

R HEMEROTECA MUNICIPAL

Número de registro 2486

Estante

A. H. 8

Tabla

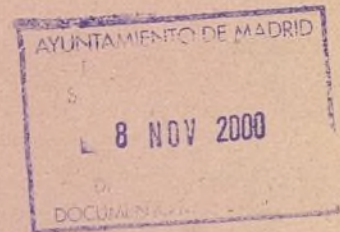
5

Número de volúmenes

Encuadernación

2-9
7-3

~~4170~~





BIBLIOTECA
MUNICIPAL

EL MUSEO
DE FAMILIAS.

MUSEO MUNICIPAL

DE FAMILIAS.
EL MUSEO



HEMEROTECA
MUNICIPAL



El Museo
DE FAMILIAS.

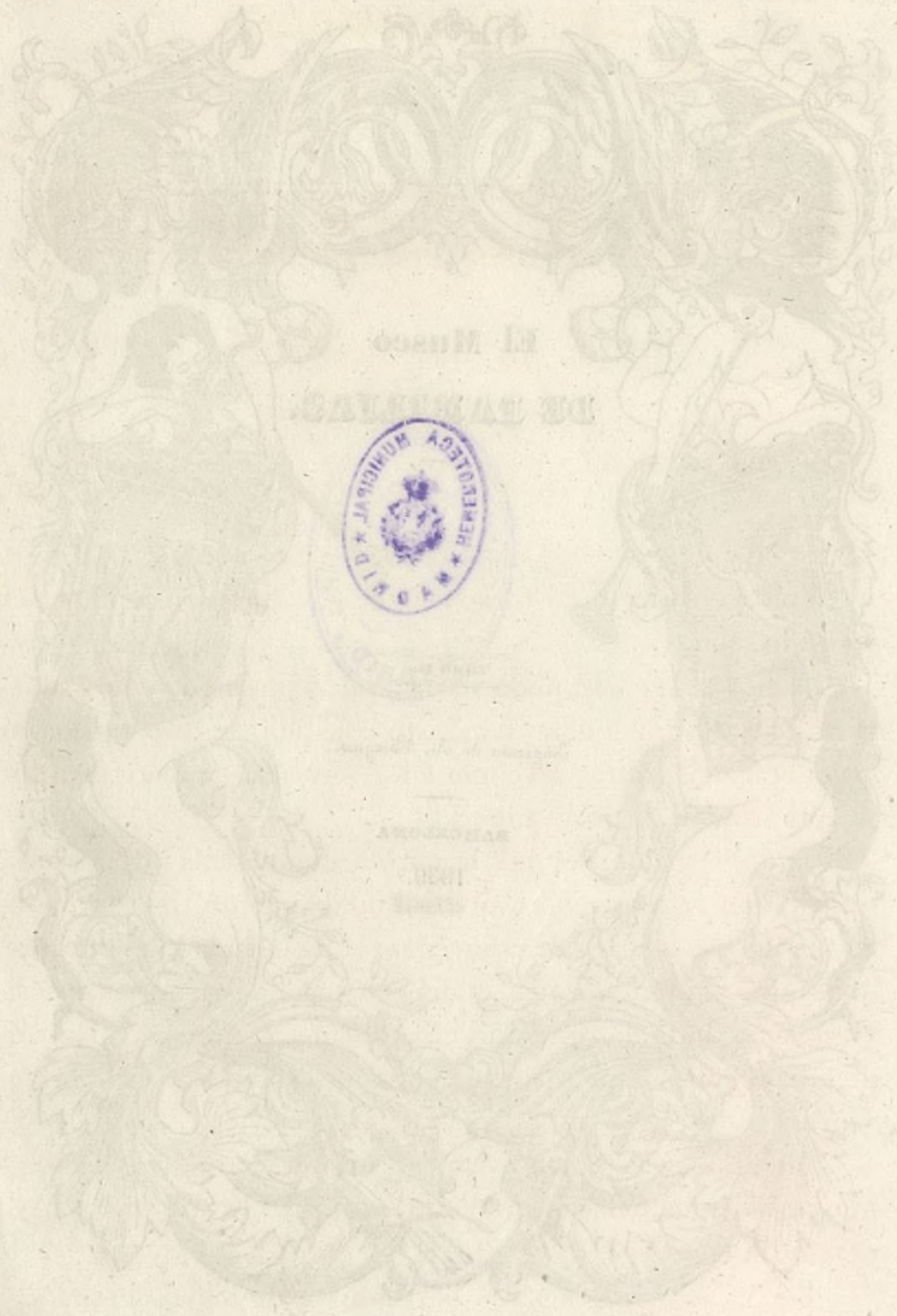


Imprenta de A. Vergues.

BARCELONA

1839.

MUNICIPAL
AYUNTAMIENTO



LOS EDITORES

DEL

MUSEO DE FAMILIAS

á sus Suscritores.



Ya hemos dado fin al tomo primero, y empezamos ahora el segundo.

Creemos haber cumplido hasta aquí lo ofrecido, y nos consta que sujetos inteligentes han visto escedidas sus esperanzas en lo jeneral de la obra, así como en la eleccion de materias, por su importancia y trascendencia.

El Público ha apreciado la pureza de nuestras intenciones, suscribiéndose á una obra que indudablemente tiene por objeto la ilustracion, y por consecuencia, la felicidad del hombre. Así es que contamos ya en el dia con cerca de TRES MIL SUSCRITORES, y no dudamos que irán en aumento, conforme vaya cundiendo el MUSEO DE FAMILIAS por todos los pueblos de la Península.

Concluimos este corto aviso asegurando á nuestros lectores que seguiremos fieles al noble intento que nos sujirió la publicacion de esta obra.

Barcelona 1 de mayo de 1839.

AYUNTAMIENTO
MUNICIPAL

LOS ADITIVOS

DEL



Y SUS

Ya hemos dado fin al tomo primero, y esperamos ahora el
segundo.
Creemos haber cumplido hasta aquí lo que nos comen-
ta que sujetos inteligentes han visto escudados sus esperanzas en
lo general de la obra, así como en la elección de materias, por
su importancia y trascendencia.
El Público ha apreciado la pureza de nuestras intenciones,
suscritándose a una obra que indudablemente tiene por ob-
jeto la ilustración, y por consecuencia, la felicidad del hombre.
Así es que contamos ya en el día con cerca de tres mil suscri-
tores, y no dudamos que han en aumento, porque van suscri-
biendo el número de familias por todos los pueblos de la Pe-
ninsula.
Concluimos este corto aviso asegurando a nuestros lectores
que seguiremos fieles al noble intento que nos animó al publi-
cación de esta obra.

Barcelona 1 de mayo de 1839

EL MUSEO

DE

FAMILIAS,

Obra periódica

QUE SALE EL DIA 1º. DE CADA MES, EN CUADERNOS EN 4º. MAYOR DE 8 PLIEGOS EN 2 COLUMNAS, Y ADORNADA CON RICAS LAMINAS GRABADAS EN ROJO Y HERMOSAS CUBIERTAS.

Estudios de Historia natural.

ARTICULO II.

Ya os lo dije, lo maravilloso prenda á todos, porque si interesa al fisiólogo, recrea á los demás. Ahora pues, ya que os lo prometí, tengo que ir guiando á ratos por los miles de portentos que la naturaleza ha ido derramando en sus pasos, sin que los hayais visto; voy á haceros presenciar aquellas entidades tan obvias y tan caprichosas, y sin embargo harto desconocidas, que van á mudar á vuestros ojos la faz del universo, y á trasformar el globo que habitais, la provincia que os ha visto nacer y el jardín en que cultivais los tulipanes, en un mundo encantado en que nada obedece á las leyes ordinarias de la naturaleza; en que los vivientes, las plantas y todo cuanto existe está sujeto á las poderosas leyes de la magia mas fantasmagórica. Por amor vuestro me hago májico, y os voy á apersonar con entes mucho mas extraordinarios y mucho mas peregrinos que cuanto hayais podido leer en los cuentos de hadas, de resucitados y de hechiceros; mucho mas fantásticos que aquellos duendes y endemoniados, cuyas asombrosas historias os contó vuestra nodriza; pues veréis á unos, que, despues de una lucha reñidísima, toman, no sus armas quebradas, sino sus brazos contusos; otros que, descabezados, se pasean señorilmente. Cuales, semejantes á la hidra infernal, se crean nuevas cabezas conforme se las van cortando; los unos, mas duchos que el mismo Proteo, sortean el peligro con mil trasformaciones sucesivas; los otros mueren cuando los benéficos rayos del sol los bañan con su influjo, y resucitan como los vampiros, cuando la tempestad amenaza

asolar la tierra; pero no nos anticipemos, y empecemos dando un paseo por la Nueva-Holanda.

Ya sabeis que los antiguos naturalistas formaron una gran clase de irracionales que denominaban cuadrúpedos, porque todos tenían cuatro piés; mas las ranas, los lagartos, las tortugas, teniendo asimismo cuatro piés, hubieran debido clasificarse entre los cuadrúpedos, lo que repugna evidentemente á todas las analogías: porque la rana se hubiera hallado en la misma clase que el caballo, el lagarto con los monos, etc. Dieron pues el nombre de *Reptiles* á todos los que, teniendo cuatro piés, arrastran el vientre, y tienen el cuerpo desnudo ó cubierto de escamas y ponen huevos. La clase de los cuadrúpedos se encontró luego ceñida á los que tienen el cuerpo cubierto de pelos y que paren los hijos vivos. Hace cincuenta años que los naturalistas modernos adoptaron estas dos clases, bajo los nombres de *cuadrúpedos ovíparos* y *vivíparos*. Vino en fin el célebre Jorje Cuvier, que desechó la clase de los cuadrúpedos vivíparos, para amoldarla á una nueva division, que llamó la de los *mamíferos* ó animales que tienen tetas para amamantar á sus hijos, y en este estado se halla la ciencia.

Ahora llegamos á la Nueva-Holanda, y henos aquí cerca del Puerto Jackson, considerando unos animales que juegan por encima de las olas y á través de las cañas de un pantano. De lejos los teníamos por nutrias, pues tienen, poco mas ó menos, el mismo color y la misma estatura; como ellas, nadan con gracia surcando la superficie de las aguas con por-

tentosa rapidez. Mas acerquémonos, y conforme váyamos estudiando estos entes particularísimos, andarémos de asombro en asombro, porque son ornitorincos (*Ornithorincus paradoxus*). A primera vista lo mas peregrino en ellos es la cabeza, que está cubierta por la parte posterior de un pelo corto y liso; la pequeñez de los ojos y la falta de orejas, así como la forma jeneral del craneo, le hacen parecer algo á un topo; pero este mismo craneo se prolonga por la parte anterior en un verdadero pico de pato, largo, chato, y tiene asimismo sus orillas guardadas de laminitas transparentes. Encuéntrase en este pico dos lenguas: una larga, estensible, erizada de pelos cortos y estrechos; otra corta, espesa, que tiene por delante dos puntitas carnosas. A la entrada de la garganta hay ocho dientes, dos en cada quijada; pero estos dientes carecen de raíces, son de corona chata y están compuestos de tubos verticales.

El cuerpo del ornitorinco es prolongado y casi cilíndrico como el de una foca, cubierto de pelos rojizos, menudos y lisos, terminado por una cola corta, pero lisa, como la del castor; tiene las piernas cortas y los piés de las delanteras están enlazados con una membrana que no solo reúne los dedos, sino que se estiende mas allá de las uñas, y resulta de esta rareza sin ejemplo que los dedos parecen como perdidos en una especie de aleta. En los piés traseros termina la membrana en la raíz de las uñas; pero tienen otra particularidad no menos notable, y es que están armados, como las patas de un gallo, de un espolon especial, largo, puntiagudo, y que los habitantes del país dicen que tiene una picadura venenosa. Ya veis que el tal ente ambiguo participa á un tiempo del ave y del pez, á pesar de ser un cuadrúpedo. Su clasificación no embarazó de ningún modo á nuestros naturalistas, que lo colocaron, sin titubear, entre los mamíferos por la consideración de sus piés, de su cuerpo cubierto de pelo y de algunos otros caracteres. Pero aquí es donde empieza para ellos, no lo desatinado de la naturaleza, sino lo fantástico de la ciencia. Este maldito ornitorinco es ¡ay! un mamífero que no tiene tetas, es un cuadrúpedo vivíparo que pone huevos. Y luego, ¡trabajad cuarenta años de la vida para labrar un sistema! Por lo demás, se conocen en el día, bajo los nombres jenericos de *ornitorincos* y de *equidneos*, cinco ó seis especies de vivientes que, lo mismo que el de que acabamos de hablar, son mamíferos, y nunca se les ha podido hallar tetas, y ponen huevos que probablemente empollan como las gallinas y los patos.

Entre los peces, hay uno en extremo comun, esparcido por todas las partes del globo, y que ha desesperado igualmente á los sabios, y es la anguila comun (*Murena anguilla*, Lin.); pues todas las investigaciones hechas para saber cómo se multiplica, y si pone huevos ó pare, se han frustrado; se han diseccionado á miles, sin haber podido hallar nunca en ninguna ni aun la apariencia de los sexos. ¿Pues de

dónde procede ese animal que se pesca con tanta abundancia en la mar, en los rios, y hasta en los arroyos mas pequeños? ¿Es hijo de un arenque ó de un gobio, como dicen los crédulos pescadores? esta opinion es inadmisibile. Mas he aquí un hecho muy reciente que ha de apurar mas á los naturalistas: un ingeniero mandó escavar el año pasado un pozo artesiano en un pueblo muy apartado del mar, como de toda porcion de agua bastante crecida para criar peces; los trabajadores escavan hasta algunos centenares de piés, y llegados á una enorme profundidad, retiran su ingeniosa sonda; y elevándose con ímpetu el agua, se arroja por los aires en chorro claro y brillante, y vuelve á caer al suelo bajo la forma de una lluvia de anguilas. En otro tiempo hubieran exclamado: ¡qué milagro! mas el ingeniero se contentó con cojer cinco ó seis de ellas, que puso en una redoma que envió á Paris á la academia de ciencias, donde yo las vi; en nada difieren de nuestras anguilas comunes, esceptuando en la magnitud, que no pasa del grueso de un cañon de pluma, y en la longitud, que es de cinco á seis pulgadas. ¿Seria la anguila hija de la tierra, como aquellos vivientes fabulosos cuyos milagros nos han contado los antiguos?

Ya que estamos hablando de los misteriosos habitantes de las entrañas de la tierra, quiero manifestaros uno que, así como el ornitorinco, contradice la ciencia. Trasladémonos á la Carniola, y, provistos de teas, internémonos por aquellas lóbregas cavernas cuyas centellantes estaláctitas atraen la admiración de los mineralojistas. Llegados al fondo de aquellas bóvedas húmedas, una cascada tan clara como el cristal mas puro interrumpirá repentinamente nuestra marcha, y el remoto ruido de otra cascada vendrá á morir en nuestro oido. Tales son los canales subterráneos por los que ciertos lagos de la Carniola se comunican entre sí. Ningun ente puede resistir á la penetrante frialdad de aquellas aguas privadas para siempre de las blandas influencias del aire y de la luz, escepto el proteo serpiente (*Proteus anguinus*, Cuv.), que veréis caminar lentamente por los peñascos del fondo, y á veces salir y arrastrarse pausadamente por la arena de berroqueña de las márgenes.

Los antiguos creían en la existencia de animales anfibios, es decir, que podían igualmente vivir en el seno de las aguas y en la tierra, teniendo por consiguiente una facultad igual de descomponer el aire y el agua para respirar; mas nuestros modernos han negado la posibilidad de tal facultad, porque el pulmon, han dicho, es el único órgano propio para descomponer el aire, y el aparato de las agallas es solo propio para descomponer el agua; y como no es posible que un animal tenga á un tiempo pulmones y agallas, no puede haber animales anfibios.

Ahora, ved ahí que vosotros y yo estamos examinando uno de aquellos proteos que pescamos en la caverna de la Carniola, y lo primero que nos salta á la vista es que tiene pulmones con que descompone

el aire cuando sale del agua y le place hacerse reptil, y agallas que le forman tres lindos penachos á cada lado de la cabeza, que le sirven para descomponer el agua necesaria á su respiracion, siempre que le place vivir á la manera de los peces. Su cuerpo tiene diez y ocho pulgadas de longitud y casi no pasa del grueso del dedo, y reinata en una cola lisa que le sirve á un tiempo de remo y timon. Su hocico es prolongado, hundido, y sus dos quijadas están guarnecidas de dientes. Es ciego, pues su ojo, escesivamente pequeño, está escondido debajo de la piel. Aquí admiraréis la prevision de la naturaleza que le privó de un órgano de todo punto inútil, mientras esté condenado á vivir en las tinieblas de aquellas profundas cavernas; pero le dió los jérmenes de él para que los desarrollara, caso que una revolucion jeológica lo volviese á echar para siempre en la superficie de la tierra. Propendemos á opinar que tuvo las mismas miras al darle el doble órgano respiratorio y cuatro patas, tan cortas y pequeñas, que casi le son inútiles, pues tiene que arrastrarse á la manera de las serpientes.

La sirena (*Siren Lacertina*, L.) que habita los pantanos de la Carolina, si se adoptase esta opinion, no seria tal vez mas que un proteo modificado por la luz del dia y por el elemento que no puede abandonar por razon de los rayos desecantes del sol. En efecto, solo difiere de él por sus ojos abiertos, pero escesivamente pequeños, y tambien por sus patas mas escasas, pues no le quedan mas que las de delante, y tan pequeñas, que no son mas, por decirlo así, que rudimentarias. Su cuerpo se ha teñido, lo mismo que todos los séres espuestos á la viva luz del dia; de un blanco pálido ha pasado á ser negruzco; ha aumentado de pujanza, travesura y tamaño, y bajo estos tres puntos de vista, puede compararse á una anguila de tres piés de longitud. Mas le han quedado los pulmones, y sus tres agallas fluctúan aun libremente por ambos lados de la cabeza. Por lo demás, os doy esto como una hipótesis que sois muy dueños de conceptualizar tan fantástica como aquellos cuentos de nodrizas que os he citado mas arriba.



LA SALAMANDRA PUNTUADA.

Entambos vivientes pertenecen á la familia de los reptiles *batracienses* de Cuvier, familia que ofrece los fenómenos mas estraños de pujanza vital. Veamos si el acaso ó nuestra buena suerte nos suministrará materia para algunas observaciones en los charcos y los fosos de agua limpia de las cercanías de Paris.

Ved ahí un lagarto que nada con gracia en el charco de Auteuil; su cuerpo es de un moreno claro por la parte superior, y de un lindo encarnado por la inferior, salpicado por todas partes de manchitas redondas y negras; su cabeza está rayada del mismo color; el lomo del macho está engalanado, pero solo en la primavera, de una hermosa cresta festoneada. Esta es la salamandra puntuada (*Salamandra punctata*, Cuv.) de los naturalistas, y con ella harémos nuestros experimentos. Tomémosla, cortémosle una pata ó raiz del cuerpo, y echémosla en el estanque del jardin. Al cabo de ocho dias le encontraremos un muñon que se ha alargado y nos ofrece una articulacion hácia su parte media, que representa el codo. Despues de algunos dias, ha tomado este muñon formas vistosas, y reconocemos fácilmente el brazo y el antebrazo; se termina por una especie de empaste ensanchado, que pronto verémos dividirse en dedos, que se compondrán del mismo número de falanges que los de la otra mano. En fin, al cabo de un mes, mas ó menos, segun el calor de la estacion, nuestra salamandra habrá recobrado su pata entera, absolutamente semejante á las demás, sin faltar nada: músculos, nervios, venas, arterias, huesos y ligamentos, todo está completo. Veamos si apuraremos esa estraña pujanza de reproduccion; volvámosle á cortar esta pata; le volverá á crecer como antes, y tantas veces como queramos.

Probemos de cortarles dos simultaneamente; despues tres, luego las cuatro, y el fenómeno de reproduccion tendrá la misma cabida que si no le hubiésemos cortado mas que una.

Si le arrancamos un ojo, el animal va á quedar tuerto sin duda. Nada de esto, pues miradle los párpados á los que la terrible herida que le hicimos resguardaba del contacto del aire; miradlos cómo, sin abrirse, poco á poco van brotando del fondo de la cuenca. Se hinchan por grados, y en breve se asemejan á un grande bulto pronto á abrirse. En efecto, en una hermosa mañana, en el momento en que el sol, elevándose sobre el horizonte, lanza sobre la naturaleza su primer rayo creador, reanimada la salamandra por un calor suave, hace un esfuerzo, abre entrambos párpados, y vuelve hácia el padre de la fecundacion dos ojos, el uno tan brillante como el otro, que reflejan ambos el vivo resplandor de la luz del dia.

Toda vez que los párpados protejieron la formacion portentosa de este nuevo ojo, volvámosle á arrancar, y con unas tijeras cortémosle los párpados. Mas ved ahí que la llaga se cubre de un humor blanco y materioso que, espesándose, se convierte en una membrana protectora, que fortaleciéndose luego, se

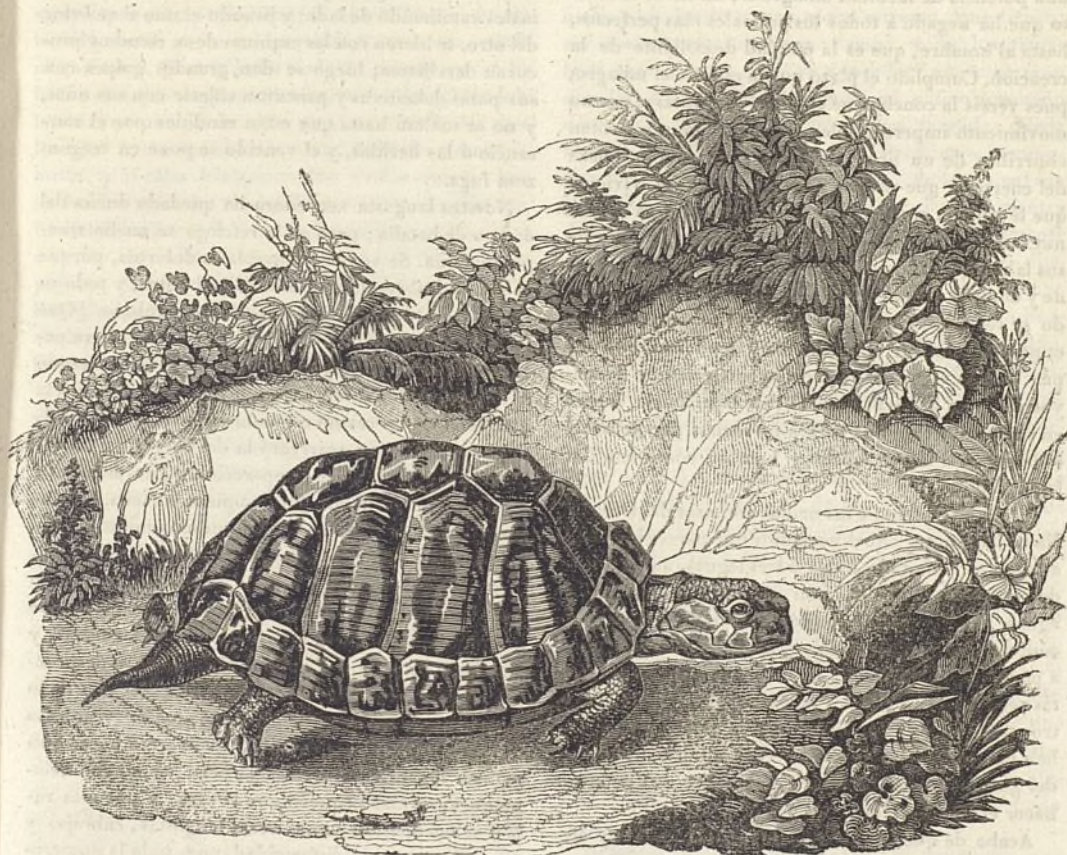
tiñe y trasforma en párpados. El fenómeno de reproduccion no tiene ya inconveniente, y solo hemos atrasado de algunos dias la formacion del nuevo ojo.

Vamos á aplicar nuestros experimentos á un órgano mas esencial, cual es el cerebro. En el hombre, como en todos los animales, es el cerebro la raiz de los nervios y el asiento de la sensibilidad. La menor lesion de esta parte delicada va seguida de los mas graves accidentes, tales como el embrutecimiento, el sueño letárgico, la parálisis y la muerte. Vamos á abrir el cráneo de nuestra salamandra con un instrumento muy cortante. Vaciamos ahora los sesos por medio de un simple mondadientes, y no dejemos absolutamente nada; ¿vamos á ver los accidentes que he dicho mas arriba se desarrollaban progresivamente? Nada de eso, pues tan luego como volvemos á meter el animal en el agua, continúa paseándose, comiendo y desempeñando todas las funciones de la vida, como si nada le hubiera sucedido.

¿Qué fortaleza tiene! Ya que no la hemos podido matar así, acabemos de una vez con ella cortándole la cabeza. ¡A fe mia! el milagro de San Dionisio no hace efecto, pues mirad á nuestra salamandra que se pasea sosegadamente sin cabeza por el agua del estanque. Solo su andar es sobresaltado y zozobroso; pues se ve que teme tropezar con su herida en los cuerpos que la rodean; y para evitar los golpes dolorosos, tiene cuidado de ir poquito á poco, y de andar á tientas con sus patas delanteras. Siempre que tiene necesidad de resollar, sube á la superficie del agua, y presenta al aire su muñon de pescuezo, idénticamente lo mismo que el animal entero que viene á presentar el hocico. El ambiente penetra en los pulmones por el agujero de la traquea, y el animal se vuelve al fondo; ¿pero cómo come? Esto es lo que yo me veria muy apurado en deciros. Probablemente las particillas de materias orgánicas, diseminadas en las aguas, penetran en el estómago por el agujero del pescuezo. Lo cierto es que vive perfectamente en este estado y que ha habido quien las ha conservado así por espacio de mas de tres meses, y que murieron por varios accidentes causados por la falta de cuidado, y no se sabe si se habria formado una nueva cabeza; mas este es un experimento fácil que podeis continuar. El animal se habitúa muy bien en una vasija de loza ó de vidrio, como sea de tamaño competente, y setenga la rigurosa precaucion de mudar el agua cada dos ó tres dias. Veréis con pasmo que al cabo de poco tiempo de haberle cortado la cabeza, conocerá la vasija de memoria, en términos de no tropezar ya contra sus paredes.

Por lo demás, muchos animales están dotados de una pujanza vital casi igual á la de la salamandra. Las tortugas, por ejemplo, se forman perfectamente un ojo nuevo cuando le arrancan alguno. Me ha sucedido vaciar completamente la caja huesosa que forma el cráneo de una tortuga griega (*Testudo graeca*, Lin.), y continuar viviendo en mi jardin con todos sus há-

bitos. Solo sus movimientos no eran tan regulares, suerte por espacio de seis meses, hasta que las heladas é iba un poco mas pesada en el andar. Vivió de esta la mataron.



TORTUGA GRIEGA.

Cuando en una hermosa velada de estío llega á caer una suave y cálida lluvia, percibiréis por el crepúsculo un entecillo habitador de vuestro jardín, que sale de su retiro inaccesible á los rayos del día; que corre pausadamente por las hojas de las flores y de los arbustos. En el lomo lleva su casa de nácar, adornada de varios círculos en espirales del negro mas subido y brillante. Es ciego, mas su cabeza está armada de cuatro cuernecitos ó tentáculos de tan exquisita sensibilidad, que le advierten la cercanía de los cuerpos aun antes de tocarlos. Al menor choque, al tacto mas delicado, vuelven á entrar en sí mismos estos probadores como los dedos de un guante, y simándose luego en la cabeza, desaparecen. La misma cabeza vuelve á entrar en su casa, y no se percibe del animal mas que la concha. Ya reconocéis la limaza de librea ó caracolito de los árboles (*Helix nemoralis*, Lin.), con que habeis jugado tantas veces en vuestra niñez. Este viviente tan mínimo en apariencia goza

no obstante de una potestad asombrosa de reproducción.

Cojamos el instante en que, caminando sin zozobra, alarga hácia adelante los cuatro tentáculos, y cortémosle la cabeza con un bisturí ó con una navaja de afeitar. El dolor le hace al momento retirar en su casa lo restante del cuerpo, del que se desprende un licor baboso y pegajoso. Este licor se seca al aire, pegando con bastante solidez las orillas de la concha á la superficie del cuerpo en que lo hayais colocado. Si en tal estado depositais el animal en un paraje que esté al abrigo de la intemperie y sobre todo de los rayos desecantes del sol, quedará allá en tan perfecta inmovilidad durante quince ó veinte dias, que parecerá muerto.

¿Qué misterio pasa en aquella concha herméticamente cerrada que burla las desaladas y curiosas miradas del observador? No lo sé; mas el resultado nos manifestará uno de los fenómenos mas extraordinarios

de la naturaleza, y podréis hacer los mas profundos raciocinios acerca de las impenetrables miras de la Providencia que otorga á la mas miserable de las criaturas, á una vil limaza que se arrastra por el cieno una potencia de facultad milagrosa, un favor inaudito que ha negado á todos los animales mas perfectos, hasta al hombre, que es la entidad descollante de la creacion. Cumplido el plazo queda obrado el milagro; pues veréis la concha que empieza á levantarse por un movimiento imperceptible; de varios puntos brotan chorrillos de un licor claro que desencana la limaza del cuerpo á que estaba pegada. Mirad al viviente que levanta la concha, y se le ve salir con una cabeza nueva armada de sus cuatro tentáculos, provista de sus labios, de sus quijadas, y en una palabra, tan grande y completa como aquella de que le privasteis. Cuando se recapacita la importancia del órgano cortado, es preciso admirar tal maravilla y quedar atónito allá pro toda la vida; porque no hay materia que dé mayor campo á la cavilacion. Ofrece tambien la limaza en su constitucion una rareza no menos peregrina, y es la de ser á la vez macho y hembra como una flor hermafrodita.

Ahora os traslado á las orillas arenosas del Océano. No os haré notar aquel horizonte que parece inmenso, aunque esté limitado á dos ó tres leguas, aquel azulado cielo que se amolda con el verde oscuro de las aguas, aquellos buques que aumentan de dimensiones conforme se van acercando y que parecen salir poco á poco del seno del mar, en fin aquel espectáculo tantas veces descrito por los poetas; sino que, bajo vuestros piés, en aquel arenal caseajoso que las aguas acaban de abandonar, quiero haceros admirar un drama del gusto mas nuevo. Sentémonos sobre esta peña sin hacer el menor ruido.

Acaba de quedar en seco una ostra: atónita y alegre por el nuevo elemento que la acaricia y le trae un temple halagüeño, despegas las pechinas de su concha para empaparse todo el cuerpo en él; mas un saltador emboscado en aquellas cercanías la acecha escondido detrás de una piedra, y se le arrima caminando de lado y sesgando, sin apartar los ojos de su víctima. Su cuerpo está armado de una espesa y dura coraza de mezclilla verdosa; camina sobre ocho piés largos y ágiles, y lleva delante dos uñas fuertes y amenazadoras; es la langosta de mar comun (*Cancer manas*, Lin.) de los naturalistas. Arrójase sobre su presa; mas avisada la ostra del peligro, cierra al momento sus dos pechinas, y feliz la voraz langosta si no deja en ellas una ó dos de sus velludas patas. Da vueltas un instante en derredor de su presa, que, encerrada en su inespugnable fortaleza, desprecia á mansalva sus miras siniestras, y retirándose al fin, cree la ostra poder volver á abrir sin peligro su casa; mas su enemigo se vuelve á arrimar poquito á poco sin hacer el mas mínimo ruido y lleva en una uña una piedrecita que ha recojido en la arena: tiene la maña de colocarla ejecutivamente en la concha del marisco, y

cuando quiere este cerrarla, no puede, y es fácil pasto del saltador. Dispónese la langosta á devorarlo, mas saliendo del mar otro individuo, viene á disputárselo, y de ahí resulta una pelea de muerte de las mas curiosas. Al principio se acometen estos dos animales caminando de lado; y jirando el uno al rededor del otro, se hieren con las esquinas de su escudo y procuran derribarse; luego se dan grandes golpes con sus patas delanteras y procuran cojerse con sus uñas, y no se sueltan hasta que están rendidos por el cansancio ó las heridas, y el vencido se pone en vergonzosa fuga.

Nuestra langosta vencedora ha quedado dueña del campo de batalla; pero en la refriega se medio rompió una uña. Se ve que su herida es dolorosa, porque se retira titubeando á su húmedo albergue, y todo su cuerpo se abandona á un temblor convulsivo. ¿Qué será de ella? Sin duda ha de morir, pues la costra petrosa que la cubre no se vuelve nunca á curar cuando la han horadado ó rajado; en breve se introducirá la gangrena en las carnes espuestas al aire, y la pérdida del brazo enfermo acarreará la del cuerpo, si un hábil cirujano no le hace la operacion. ¡Pues bien! ella misma será el cirujano, y ya empieza la faena. La langosta voltea la pata herida con un movimiento lento, que despues aumenta progresivamente en velocidad, y en fin llega á ser una especie de aleteo muy rápido que dura uno ó dos minutos. La pata se desprende de golpe en su primera articulacion con el cuerpo, y está fuera de peligro el animal. Mas ¿cómo se desprendió aquella pata? No sé sobre el particular mas de lo que os he dicho, y os he dicho lo que he visto. Lo mismo que en la salamandra, le volverá á nacer otra pata en lugar de la cercenada, pero por mucho tiempo quedará mas pequeña que la otra, y por esta razon se encuentran tantas veces langostas, cabrajes y cangrejos con esta disformidad, que toda la numerosa familia de los crustaceos goza de la pasmosa facultad de reproducir los miembros que se les arrancan. Solo pueden vivir estos animales en las aguas vivas y corrientes, en medio de las raices, de los peñascos, en los rios y la mar. Espuestos continuamente á ser arrastrados por las aguas, rodados por las olas, golpeados por las piedras, ó encerrados entre raices, bien pronto quedarian destruidos pedazo por pedazo, si no tuviesen esta facultad de reproduccion.

Ya habeis visto animales cuyos miembros renacen como las ramas de un árbol que corta la podadera de un diestro jardinero; pero hay con todo esto la prodijiosa diferencia de que las partes separadas del viviente han muerto para siempre, al paso que viven en los vegetales; y para constituirse individuos cabales y perfectamente parecidos al que los llevaba, solo requieren estas partes arrancadas del tronco hallarse en circunstancias favorables, que se reducen á plantarlas en la tierra y regarlas; bien pronto echan raices y son entónces lo que los cultivadores denominan *estacas*.

¡Animales injertos! muy raro sería esto; sin embargo busquemos, y puede que los hallemos al rededor de nosotros. Mirad al jardinero que, revolviendo la tierra de vuestro jardín, saca tamaña lombriz (*Lumbricus terrestris*, Lin.). Para destruir este gusarapo que cree perjudicial á sus cultivos, de un hazadonazo lo parte en dos pedazos, y luego continúa su tarea. Cree haberle dado la muerte, y no ha hecho mas que duplicar su existencia, desdoblándole la vida; en una palabra, de un gusano ha hecho dos. Recojed los trozos en una vasija llena de tierra húmeda, y al cabo de algunos días veréis que se han hecho dos animales tan perfectos como el primero. Las náyades (*Nais*, Lin.), harto comunes en las aguas muertas de nuestros rios y estanques, tienen una pujanza de reproducción mas pasmosa que nuestras lombrices, con las que guardan por lo demás mucha analogía. Se pueden cortar en varios trozos, y todos formarán en breve otros tantos vivientes cabales.

En las lentejas de agua que nadan en la superficie de este charco, os voy á enseñar el ente mas extraordinario que la naturaleza haya producido en la clase de los animales; este viviente es la hidra verde (*Hydra viridis*, Cuv.). Su cuerpo es cónico y se asemeja á un tintero de hasta verde. La abertura de este tintero es la boca cuyas orillas están guarnecidas de hilachas que le sirven de probadores ó tentáculos. Con organizacion tan sencilla, desempeña este pólipó todas las funciones de la animalidad; nada, se arrastra, y aun camina fijando alternativamente sus dos extremos como las sanguijuelas ó las orugas agri-mensoras; tremola sus ensayadores, valiéndose de ellos para cojer su presa, que traga y dijere á ojos vistos en el saquillo de su cuerpo trasparente. Carece de ojos; mas con todo es fácil percibir que le encarna la luz porque la busca. Tomemos uno de estos vivientes y depositémoslo en una vasija de vidrio llena de agua, que tendremos cuidado de renovar de cuando en cuando, y le conservaremos para repetir con él algunos de los numerosos experimentos que han hecho varios naturalistas.

Al cabo de algunos dias vemos despuntar en el cuerpo de nuestro pólipó, acá y acullá, pequeñas vejetaciones que pronto le forman como ramas: son hijos que empiezan á nacer. Esperemos algunos dias mas, y se desasirán de su madre como para tomar una existencia separada.

Tomemos uno de nuestros pólipos y cortémosle en cinco ó seis pedazos, y cada fragmento reproducirá en breve un animal perfecto. Cortémoslo, dividámoslo en particillas muy menudas, y todas presentarán el mismo fenómeno; ¡tan poderosa es en él la pujanza reproductiva!

Procuremos volver uno de estos animales, de suerte que pongamos por la parte de fuera el interior de su cuerpo, y por la de dentro la superficie exterior, absolutamente como cuando se vuelve un guante ó una media. Este nuevo modo de existir le es de todo

punto indiferente; pues nada, anda, come, dijere como si no le hubiésemos hecho nada absolutamente.

Mas aquí hay dos, uno grande y otro pequeño, que batallan por un pasto reducido á un gusanito; el uno lo ha cojido por un extremo y el otro por el otro, y los dos lo tragan por el extremo, que tienen; así se van acercando poco á poco, y ya los teneis boca contra boca. ¿Qué va á suceder? una cosa muy sencilla, y es que no queriendo el pólipó pequeño desgullir la parte del gusano ya tragada, queda buenamente tragado por el otro. Pero no os incomodeis por él, porque en el estómago de su camarada hará como Jonás, que tomaba paciencia en el vientre de la ballena. Efectivamente, continúa pacíficamente engullendo el gusano enterito, y cuando lo ha dijere con toda comodidad, hace pedazos el estómago del pólipó grande, salé de él, y ambos están tan buenos y son tan amigos como si nada hubiese sucedido.

Vuestro jardinero enjerta á veces los árboles: veamos si podrémos asimismo injertar nuestros pólipos; para esto emplearemos un método que los horticultores llaman de arrimadillo. Tomamos desde luego uno, al que hacemos con un bisturi un corte largo en toda su lonjitud, de suerte que lo abramos como hace una cocinera con un pichon asado en parrillas. Hagamos la misma operacion con otro pólipó, y apliquemos el uno contra el otro; con dos cerdas hacemos dos costuras para mantener las partes en sus lugares, y dejaremos así ambos vivientes en su vasija por espacio de cuarenta y ocho horas. Al cabo de este tiempo, se habrá perfectamente operado la soldadura; retiraremos las dos cerdas, y de dos animales tendremos uno solo. Su forma será la misma que la de un pólipó ordinario, con la sola diferencia que la boca y el estómago habrán aumentado considerablemente de diámetro.

Injertémoslo de otro modo. No lo hendirémos en toda su lonjitud, sino solo por el cimientó, y dejaremos intacta la boca. Reunirémos dos, así preparados, y los sujetarémos con una cerda. Dos dias despues, no tendremos mas que un animal, pero provisto de dos bocas para alimentar un solo estómago. Podemos injertar así tres, cuatro y mas, uno sobre otro, para no componer mas de uno.

¿Qué es pues la individualidad, el yo, el egoismo, como dicen los Ingleses, en la lombriz, la nayade, los pólipos y una infinidad de otros animales que los naturalistas han definido seres vivientes «que tienen el convencimiento de su existencia?» Yo os lo voy á decir, pero muy quedo, porque si aquellos caballeros me oyesen, no dejarían de pedir auxilio contra mí, y no estarían contentos hasta haberme sujetado bien. Ahora, he aquí lo que es: en los gusanos, las nayades, los pólipos y una porcion de otros zoófitos, no hay yo, ni egoismo; por lo tanto no tienen concepto de su existencia, y por lo mismo carecen de animalidad. ¡Cómo! ¿con que ya no serán animales? —¡Ay! no — ¿Probablemente serán vejetales? — Tam-

poco. — Pero sin embargo es preciso que sean algo, y toda vez que los seres vivientes son todos plantas ó animales... — Esto es lo que me arredra, porque yo no soy académico; pero si lo fuese... — ¡Y qué! — He aquí lo que diria:

Para que haya animalidad, es preciso que haya egoismo y unidad de vida: solo puede haber egoismo cuando hay un centro comun de sensaciones, y por consiguiente nervios; solo puede haber unidad de vida, cuando hay centro comun de sensacion, como lo demuestra la esperiencia, porque ningun animal provisto de nervios se injerta; toda parte separada de él muere sin volver. Así yo diria: un animal es un viviente provisto de la facultad locomotriz, que posee un centro comun de sensacion y tiene una sola vida; daria á la clase consabida un nombre cualquiera, el de *polibion* (muchas vidas), por ejemplo, ó el que querais, y diria: un polibion es un viviente provisto de la facultad locomotriz, que no tiene un centro comun de sensacion, que tiene una vida múltipla y el ázoe por base de su composicion química. Este último carácter le distinguiria perfectamente de los vegetales, cuya base química es el carbono.

Desearia saber lo que entendeis por vida múltipla. — No hay cosa mas fácil de entender. Tomemos esta nayade: ya veis que su cuerpo se compone de un gran número de anillos, y que son todos, considerados aisladamente, otras tantas nayades, provistas de una vida particular, harto cabal para bastar á este anillo cuando ha sido separado de los demás, toda vez que continúa disfrutando de ella; y que luego despues del cercen, por su solo poder se acabala: hay pues en la náyade tantas vidas como anillos, en el gusano de tierra tantas vidas como pedazos, en el pólipio tantas vidas como partes capaces de reproducir un animal. Así pues, todos los entes susceptibles de reproducirse por secciones tienen la vida múltipla, y no pueden tener un *yo*.

Con todo, me objetaréis, el animal entero va, viene, obra absolutamente como si no tuviese mas que una voluntad. — Es cierto, mas esta simultaneidad de movimiento es el resultado mecánico de la adhesion y de la posicion relativa de las partes. Ejecute cada una todos los movimientos parciales que le quepan, y resultará necesariamente un movimiento jeneral, tal como lo estáis viendo. En el océano, el *penátulo encarnado* (*Pennatula rubra*, Cuv.) os suministrará un ejemplo de los mas curiosos de este movimiento combinado; aquel ente peregrino, luminoso durante la noche, pertenece á la familia de los pólipos. Su cuerpo comun es carnudo, sostenido por un eje petroso, largo, despilfarrado, terminado en punta roma como el lado de una pluma larga; parte de su longitud está guarnecida por ambos lados con alas ó barbas sujetadas con recias cerdas, de entre las cuales salen pólipos de ocho brazos, formando todos otros tantos vivientes cabales. Cuando el penátulo nada en el mar, lo verifica por medio de los pó-

lipos que navegan con sus tentáculos con un movimiento uniforme y simultaneo. Por cierto que si cada uno de ellos tuviese una voluntad, seria muy difícil explicar esta simultaneidad de movimiento, pues mientras que el uno caminaria á la derecha, el otro iria á la izquierda, y los conatos del uno se atajarían con los del otro.

Los mariscos nos presentan algunos ejemplos aun mas notables de esta reunion de vivientes que parecen ir obedeciendo todos á una voluntad comun; tales son los *botrilos* (*Botrylus*, Cuv.) de la segunda familia de los acéfalos sin concha; su organizacion individual tiene mucha analogía con la de los *ascidios*, y sus agallas forman asimismo un gran saco que los alimentos han de atravesar antes de llegar á la boca; su cuerpo es ovalado. Están pegados los *botrilos* sobre algas ú otros objetos, y reunidos en número de diez ó doce como los radios de una estrella; sus bocas están en los remates de los radios, y los anos fenecen en una cavidad comun que está en el centro de la estrella. Cuando se irrita una boca, solo un animal se contrae: pero si se irrita el centro, se contraen todos. Los *pirósomas* (*Pyrosoma*, Cuv.) son aun mas curiosos: reunidos en muy crecido número, forman un gran cilindro hueco, abierto por un extremo y cerrado por el otro, que nada en la mar por las contracciones y dilataciones combinadas de cuantos animales lo componen; estos rematan en punta al exterior, de suerte que toda la superficie del tubo está encrespada; las bocas están horadadas cerca de estas puntas, y los anos dan en la cavidad interior del tubo. Este ó estos moluscos (pues ¿cómo denominaríamos este cilindro?) se encuentra en el Mediterraneo y en el Océano. Muchas especies arrojan un vivo resplandor de noche, y todas pueden dividirse como el *penátulo* ó pluma de mar, y los pólipos. Si objetais que los *botrilos* y los *pirósomas*, teniendo una cubierta comun que los reune, y comunicando orgánicamente entresí, pueden tener solo un albedrio cuyo asiento reside en esta cubierta, para desengañaros os enseñaré animales que están aislados y sin conexion orgánica unos con otros, aunque viven á menudo en sociedad.

Tales son los *bifores* (*Thalia*, Brown), tan raramente organizados, que quiero haceros su descripcion. Tienen el cuerpo rodeado de una capa y de una cubierta ternillosa que forma como un saco ovalado ó cilíndrico abierto por ambos extremos. Del lado del ano la abertura es transversal y ancha, y está provista de una válvula que solo permite la entrada del agua, mas no su salida. Unas fajas musculares abrazan la capa y contraen el cuerpo. Ahora os voy á explicar la estraña manera cómo anda el animal, que carece de los órganos particulares de la locomocion: hace entrar agua por su abertura posterior, y la hace salir impeliéndola con fuerza por la parte de la boca, de modo que siempre es impelido hácia atrás. Lo mas curioso que ofrecen los *bifores* es que por largo rato quedan unidos entre sí como lo estaban en el ovario,

y nadan así en largas cadenas, en que están dispuestos los individuos en orden simétrico y constante, aunque este arreglo varía según las especies. Dirigiendo á derecha é izquierda los chorros de agua, y modificando su fuerza, pueden ir á derecha, á izquierda, aprisa, despacio, según la impresión que reciben de los agentes esternos. Ahora, si estos animales no tuviesen mas que una voluntad, si no obedeciesen mecánicamente á las impresiones esternas, sería absolutamente imposible que ejecutasen movimientos simultaneos. Debemos pues concluir de todo esto que los naturalistas que los comparan á los soldados de un regimiento cuyas voluntades están todas resumidas en la voluntad de un jefe que manda, ó si se quiere, en una voluntad única, desatinan; porque, lo repito, los bífidos no tienen ninguna conexión orgánica unos con otros, y las hilachas que los eslabonan nada tienen que ver con ellos.

— Toda vez que me haceis una distinción entre vida sencilla y vida múltiple, no cabe duda que me diréis lo que es la vida en los animales. — No hay cosa mas fácil, pues no es mas que el conjunto de los fenómenos operantes de su organización: es una cosa de todo punto mecánica de que voy á explicaros todos los móviles, y lo que lo prueba es que hay algunos entre los que yo puedo acabar su vida ó restituírsela siempre y cuando quiera. — ¡Hola! ¿vos resucitais muertos? — ¿Por qué no? — Mucho me alegrara de verlo..

Venid conmigo al desván de vuestra casa y miremos por la lumbrera si encontramos en aquella agna de lluvia que ha quedado en la gotera, el ente asombroso con quien repetiremos los curiosos experimentos de Spallanzani. En efecto, ved ahí unos vivientillos vivarachos jiruetando entre sí, ó buscando su presa: pues vamos á meter algunos en un vaso de agua para observarlos mas cómodamente, y para hacernos cargo mejor de su lindeza nos pertrecharemos de anteojos.

Dichos animales son las ahorquilladas de los tejados (*Pareucularia tectorum*). Su cuerpo es ovalado y jelatinoso; se distingue en él una boca, un estómago, un intestino y un ano cerca de la boca; por detrás se junta en una cola compuesta de articulaciones que se embeben unas en otras, y allá se alargan en dos hilachas; por delante lleva el cuerpo un órgano peregrino lobulado, con los grillos dentados, cuyos dientes ejecutan una vibración sucesiva que haría creer que este órgano consiste en una ó mas ruedas dentadas que van jirando; en el pescuezo hay dos bultos que tienen cada uno un punto colorado, que sin duda será un ojo.

Vamos á sacar del agua estos vivientes y colocarlos en un pedazo de papel de escribir; conforme se vaya sacando la humedad, los veis fenecer, porque se encuentran privados del único elemento en que pueden vivir. Pronto se les seca el cuerpo y se desfigura, restando solo el aspecto de un pedacito de ma de-

ra seco y desorganizado, sin tener el mas mínimo asomo de animalidad. En este estado, mezclada la ahorquillada con el polvo de los tejados, va padeciendo todas las alternativas de este mismo polvo; pues rueda con los pedazos de teja, el trastejador la barre, y se la llevan los vientos, etc., etc. Doblemos el pedazo de papel en que hemos secado las muestras y guardémoslas en el escritorio, y al cabo de quince días, de tres meses, y hasta de dos ó tres años, lo volveremos á tomar para ver en qué se ha convertido todo aquello. Voló el tiempo, y volveremos á hallar á nuestras ahorquilladas absolutamente lo mismo que las habíamos dejado; toquémoslas con precaución, porque están tan secas que la menor cosa las partiría de medio á medio. Mirad, se rompen con tanta facilidad como si fueran palitos de leña seca.

Ahora se trata de resucitarlas: espongámoslas por un instante al vapor del agua tibia; al paso que este las va calando, veréis que se ablandan y se hinchon como esponjas. Zambullámoslas en el agua, y vuelven á hincharse y á tomar sus primitivas formas. Ya se deslinda su cuerpo ovalado, su cola articulada y su cuerpo lobado: un minuto despues, empieza la cola á jugar, alargándose y acortándose á ratos; las ruedecitas dentadas del órgano lobado empiezan á jirar y el vivientillo se va desaletargando. Se levanta, toma su ademan de vida, desde luego nada con pausa, despues con travesura; en fin, aquí está rebosando de pujanza y sanidad, buscando solicito con que satisfacer todas las necesidades de la animalidad. Dejémosle gozar un rato de la vida, y luego podemos empozarlo en el sepulcro, y volverlo á resucitar siempre y cuando nos queramos divertir con esta linterna mágica.

Menudead experimentos; en nada le haréis daño, pues esta es su suerte ordinaria. Los hermosos días de la primavera y del estío que parecen reanimar la naturaleza robusteciendo á todos los vivientes, son para ellas días de luto y de muerte. Mas cuando se pasean por los aires el rayo y la tempestad, cuando el aguacero se derrumba sobre la tierra, cuando la siniestra voz de las borrascas silba por los cielos, cual el vampiro de las cavernas de Fingal, sacude el polvo del sepulcro y vive hasta que un rayo de sol vuelva á volcarla sobre los brazos de la muerte.

Se conceptuaria que la salamandra acuática de que hemos tratado tiene, como las ahorquilladas, la peregrina facultad de morir y resucitar; pues cuando una fuerte helada la saltea antes que tenga tiempo de zambullirse en la vasija, queda presa en un témpano de hielo, y pasa el invierno helada y encarcelada, volviendo á vivir por la primavera. He conservado una cerrada de esta conformidad en un témpano durante tres años en una nevera; parecia estar muy buena, cuando, despues de todo este tiempo, la volví á la vida y á la libertad. Mas esta muerte aparente no es mas que un letargo análogo al de todos los reptiles de nuestros climas y al de algunos mamíferos. Las

funciones de la vida están adormecidas, mas no yertas.

Los mas de los fenómenos de vitalidad con que os he entretenido pertenecen á los moluscos y á los zoófitos, y habréis quedado sin duda pasmados de las formas, muchas veces raras, siempre extraordinarias, que aparentan estos animales. Entre los zoófitos, estas formas son á veces muy agraciadas y traen á la memoria ciertas frutas. El erizo de mar (*Echinus esculentus*, Lin.) tiene la hechura y el tamaño de una manzana, está cubierto de puntas cortas, rayadas, moradas, y esceptuando el color, se parece bastante al fruto encrespado del castaño. La *holoturia pepino de mar* (*Holothuria frondosa*, Lin.) es morena, de mas de un pié de largo; sus piés, muy cortos, están distribuidos en cinco series, que se extienden como tajadas de melon, desde la boca hasta la estremidad opuesta del cuerpo.

En una hermosa madrugada de estío vamos á sentarnos sobre un peñasco pintoresco que allá se interna en medio de las cristalinas aguas del Mediterraneo. Al través de la transparencia de las olas descubrimos el fondo arenoso, á una gran distancia al rededor de nosotros, y mientras que nuestros ojos estan acechando el pez de plateadas escamas ó la langosta caminando patas atrás, deja ver el sol su luminosa frente en el horizonte. Aquel destello intenso que de improviso embarga y regocija la naturaleza, es una señal que va á sacar á luz en aquel fondo arenoso una mágica mudanza de decoracion. Poco á poco se trasforma en una galana alfombra de anémonas floridas, destellando los mas subidos y variados matices. El amante del jardin mas rico en ranúnculos y en anémonas se avergonzaria de la mezquindad de su cuadro, si lo comparase con este. Entre aquellas hermosas alfombras de flores abiertas con los rayos del sol, os haré notar algunas especies de las mas lindas. Esta es la actinia-coriacea (*Actinia senilis*, Lin.); sostenida su flor como la de las otras especies por un pezoncillo bastante largo, tiene tres pulgadas de largo, y es de un hermoso amarillo anaranjado; se compone de dos filas de pétalos bastante cortos y bañados de un lindo círculo sonrosado. Mirad á su lado la actinia púrpura (*Actinia equina*, Lin.) con flores mas pequeñas y mas dobles que la anterior; sus pétalos mas largos son de una linda púrpura salpicada de manchas negras. Aquí está la actinia blanca (*Actinia plumosa*, Cuv.); su flor se asemeja á un clavel de cuatro pulgadas á lo menos de anchura; sus pétalos, de un blanco brillante, están cubiertos de pequeñas cortaduras como las del trébol que crece en nuestros pantanos. Mas lejos están las zoantas (*Zoanthus*, Cuv.), que no difieren de las actinias sino en cuanto un gran número de flores están reunidas en un tronco idéntico y rastrero, y ofrecen los mas variados matices. Los lucernarios (*Lucernaria*, Cuv.) tienen flores peregrinas que se parecen á un quitasol. En fin, seria nunca acabar si quisiera describirlos todas las brillantes hijas de Anfítrites, tan enamoradas del sol,

que cierran el cáliz en el mismo momento que se interpone la menor nube entre ellas y él.

Las flores, como ya sabeis, son el emblema de la inocencia, de la suavidad y de todo cuanto tiene mas halagüeño la edad primera; y no lo deben solo á su belleza, sino tambien á la inocencia de sus hechizos. Estudiemos estas de mas cerca, y verémos si la sencillez de sus costumbres corresponde al concepto que de ella nos habíamos formado. Crustaceos, mariscos y pececillos, despertados por los albores del dia, vienen á jugar en medio de aquellas brillantes flores. Tiemblan de repente sus corolas, los pétalos se estremecen, se alargan y cojen en su paso á estos animalitos, los enlazan y los acercan á una enorme boca que se dilata y se los engulle. Despues estos pétalos se contraen y desaparecen: se acorta el pedúnculo de la flor, se hincha, se desprende de la arena, y ved ahí que nuestras supuestas plantas van trepando, caminan dando vueltas, nadan y abandonan aquel paraje para ir á armár una emboscada en otra parte.

Estas entidades fantásticas que teníamos por flores inocentes, son animales voraces que ocultan su maldad bajo las apariencias mas esplendorosas y fermentadas. En el mundo encontraréis muchos entes semejantes, pero que no pertenecen como estos á los zoófitos *acalifos*. Las actinias tienen una pujanza de reproduccion un poco menor que la de los pólipos, y se reproducirán asimismo de cualquier parte de su cuerpo que corteis.

Os he enseñado estos vivientes trasformándose en flor, alargándose sobre un pié en forma de pedúnculo y extendiendo sus tentáculos que entónces parecen pétalos. Escasean tales mutaciones de aspectos, mas no se acercan á la rareza de los de otro zoófito, llamado por los naturalistas proteo difluente (*Proteus diffluens*, Ræs.), á que no se puede asemejar figura alguna determinada, porque su cuerpo muda á cada momento y toma sucesivamente toda especie de cortes, ya redondeado y recojido, despues ovalado, cilíndrico, cuadrado, y de repente se divide y subdivide en tiras, paletillas estrañísimas; y así es que se soslaya á toda descripcion, y no puede el dibujante darnos el viso de su figura, siempre variable.

No os lleveis á figurar que solo pertenece á los zoófitos el poder de las trasformaciones, ó á lo mas á los insectos, entes cuya organizacion es tan diversa de la de los otros vivientes que comunmente nos rodean.

Muchas veces en vuestra niñez pescasteis en los fosos ó los charcos una especie de pececillo llamado renacuajo, porque confundíéndose la cabeza con el cuerpo, parece enorme. Es bien cierto que es un pez, pues respira por agallas compuestas de borlitas muy numerosas pegadas á cuatro arcos ternillosos colocados por ambos lados del cuello, adherentes al hueso hoides y envueltos en una túnica membranosa recubierta por la piel general. Su hocico remata en

un piquito corneo, y su cuerpo se prolonga hacia atrás en una larga cola lisa y carnuda; sus ojos están sin párpados, sus intestinos son muy largos, delgados, contorneados en espiral. Solo se alimenta de sustancias vegetales, y no puede vivir mas que en el agua, como los peces. Sus costumbres son de todo punto inocentes.

Sigámosle algun tiempo en los primeros visos de su existencia. Cuando ha llegado á cierto tamaño, deja de crecer y queda así inmóvil por algun tiempo. Mas luego despuntan dos colgantes en el extremo de su cuerpo, se alargan ejecutivamente, y podemos reconocer dos patas muy bien organizadas. Durante algunos dias no se manifiesta ninguna otra mudanza, sino es que su cola se adelgaza y desaparece. Despues decaen y se marchitan sus colores; la piel se hiende debajo del pecho y salen dos patas delanteras tan bien organizadas como las otras dos. El viviente se desasosiega, travesea y restrega el hocico allá contra los cuerpos duros que le rodean. De repente se desprende un verdadero disfraz que le cubria la cabeza, y, al caer, arrastra consigo el pico corneo, y pone en descubierto una enorme boca provista de fuertes y grandes quijadas, y dos ojos guarnecidos de triples párpados. En el interior de su cuerpo sobreviene una trasformacion tan peregrina como esta; pues se acortan los intestinos y toman el crecimiento necesario para formar el estómago y el colon, de manera que, de herbívoro que era el animal, pasa á ser un voraz carnívoro. Las agallas se marchitan, y desapareciendo dejan cabida á unos anchos pulmones. Deja el renacuajo de poder resollar en el agua, de que se apresura á salir; y ya no es un pez, sino una rana comun (*Rana esculenta*, Lin.). A pesar de lo que dice el refran vulgar, tienen las ranas una cola, pero solamente durante un dia ó dos de su trasformacion, despues de la que se embebe y desaparece.

Las salamandras, lo mismo que las ranas y los sapos, pasan al estado de larva ó renacuajo antes de ser animales perfectos; pero sus larvas son mas pro-

longadas y tienen tanta semejanza con un verdadero pescado, que en ciertos países se comen como tales las de ciertas especies, con la certeza de que son salamandras.

Lo mas singular que hay en todas estas mudanzas no son las de las apariencias, sino las de los matices. Bajo este punto de vista, el camaleon logra una nombradía que fecha de la mas remota antigüedad, y sin embargo otros lagartos gozan de esta facultad en mas alto grado que él. Tales son, por ejemplo, el variable de Egipto (*Trapelus*, Cuv.), descubierto por M. Geoffroy. Este animalito tiene la cabeza abultada y el cuerpo cubierto de escamas muy pequeñas, lisas y sin espinas. El roquete ó anolis de las Antillas (*Lacerta Bullaris*, Gm.), tiene el hocico corto, salpicado de manchas morenas, los párpados salientes, y debajo del pescuezo un buche que se hincha y se vuelve de un rojo cerezo cuando se le enoja; su color ordinario es verdoso, y su tamaño no pasa del de nuestras lagartijas.

El camaleon ordinario (*Lacerta africana*, Cuv.) es comun en Berberia, en Egipto y en el mediodia de España. Tiene la piel arrugadita, el cuerpo aplastado y el lomo como cortante; la cabeza, hinchada en forma de capucho, está armada por delante de una espina. Su cola es larga, delgada y la enrosca al rededor de las ramas de los árboles para sostenerse en su marcha. Por una conformacion particular de sus ojos, puede mirar dos objetos á un tiempo y mover el uno cuando tiene el otro fijo. Sus movimientos son muy pausados, mas lanza con rapidez sobre las moscas y otros insectillos, de que se alimenta, una lengua delgadísima, recojediza y tan larga como su cuerpo. Muda de color, no como se ha creído, tiñéndose con el de los cuerpos sobre que lo colocan, sino únicamente en razon de las pasiones que lo dominan. Su matiz ordinario es de una mezcilla que tira á moreno, y que pasa, cuando le atormentan, á amarillo mas ó menos anaranjado, á rojo y verdoso.

DIARIO DE UN MÉDICO.

El Rico y el Pobre.

¡Ricos y pobres! ¡qué pesado nivel descarga la muerte sobre vosotros! ¡Cómo desaparecen delante de la enfermedad vuestras distinciones facticias! ¡qué igualdad terrible se establece entónces por primera vez!

TOMO II.

Nunca he observado con mas curiosidad y asombro este contraste y esta igualdad, que un dia del mes de febrero de 1813; dia que ocupa un lugar importante en mis recuerdos. La miseria sobre un mal le-

cho, y la miseria bebiendo el néctar en copa de oro, se me han sucesivamente presentado á la vista en un espacio de veinte y cuatro horas. Aquí un moribundo cuya agonía aceleraran los deleites del lujo; allí un pobre espirando sin tener ni un bocado de pan; y estos dos seres, nacidos con las mismas facultades, con los mismos derechos, iban, en un mismo día, á dar cuenta á su Criador de una vida desemejante, y de los sufrimientos comunes á entrambos.

Estos dos cuadros no tendrán ni peripecia ni desenlace: su contraposición aumenta su mérito, cuya realidad, sin el menor adorno, constituye su principal valor. A más de que, esto mismo es lo que se nos ofrece á cada paso en esas grandes ciudades, donde el desfallecimiento y la plétora, el exceso de los goces y el exceso de la desnudez se dan las manos.

El antiguo verdugo del duque de***, el azote de los ricos, el castigo de los felices, esa enfermedad que se introduce hasta la médula de los huesos y los roe; la gota, había, durante la primera mitad del invierno de 1813, disecado el esqueleto y chupado la sangre del que acabo de indicar, el cual había llevado, durante su juventud, una alegre vida. La intensidad de los ataques y su duración habían debilitado todo su organismo; su carácter se había vuelto en extremo agrio, y una estremada irritabilidad nerviosa, insoponible, constituía su tormento y el de cuantos le rodeaban. Hombre de placer y de partido, había poco antes tomado parte en una discusión política, cuyo teatro fuera la Cámara de los Pares, y cuyo resultado le interesaba. Esta imprudencia fué castigada con un aumento excesivo de padecimientos. Volvió á su casa medio muerto; las impresiones del viento norte, de que no se pudo librar durante la travesía, aumentaron su mal; y cuando el pobre lord volvió á encontrarse su espléndida morada y su lecho de seda, no podía ni hablar ni menearse.

Poco tiempo después, creyó que tenía motivo para quejarse de su médico ordinario, le despidió, y fui llamado yo á su lado.

El duque de*** había estado en las Indias y aumentado con felices y vastas especulaciones la enorme opulencia que le transmitieran sus abuelos. Había traído del oriente un gusto de magnificencia y esplendor, que solo su egoísmo y altivez podían igualar. Era, á decir verdad, un dechado de esta porción, poco apreciable, de nuestra aristocracia, un tipo de la riqueza sin caridad, del orgullo sin liberalidad, de la exigencia sin bondad. Caprichoso, iracundo, melancólico, concentrado en su individualidad, incapaz, no solamente de sacrificarse á los demás, sino también de salvar los estrechos límites de su egoísmo, había logrado hacerse aborrecer de todo el mundo, y aun de sus obligados, á pesar de su opulencia y de su poder. El bronco despedido de su último médico era el ejemplo más reciente de su enojosa y ruin irascibilidad; por lo tanto comparecí á su invitación, no sin una especie de temor.

Estábamos en febrero. El invierno se había prolongado, soplaban los vientos nortes, y la tierra estaba cubierta de nieve: nada más triste que las cercanías de su palacio, situado en una de las calles más solitarias de Londres. Una capa espesa de paja cubría el suelo que nada hacía resonar. De distancia en distancia veíanse criados apostados para proteger el reposo de su dueño, advirtiendo á los transeúntes y pidiéndoles que guardasen silencio. La aldaba de la puerta estaba cubierta de un rodete de paño; habían quitado los badajos á todas las campanillas, y los goznes, untados de aceite, jiraban sin ruido. En una palabra, todo estaba previsto para que nada turbase ni un momento el descanso del noble enfermo. Mi coche se avanzó lenta y sordamente, y las puertas se abrieron como por encanto: los criados habían recibido la orden de estar alerta, y no dar tiempo á los que le visitaban de alzar siquiera la aldaba. Cuajaban el suelo y la escalera dobles alfombras. Se había quitado hasta el campaneó de los relojes, y desterrado á un patio interior á un perro fiel, cuyos ladridos hubieran importunado á su dueño. En fin, las puertas no jiraban sino envueltas en una especie de andadores, y privadas de su cerradura, las cuales reemplazaran con picaportes de madera que caían sobre un pedazo de terciopelo. ¡Enfermedad! ¡muerte! ¡terrores! ¡dolor! no entreis, ¡la opulencia os lo veda! ella multiplica las precauciones y se arma contra vosotros de mil escudos.

Un criado, con calzado de franela, me pidió mi nombre; su pregunta fué un murmullo al cual contesté con otro murmullo.

— «Mi señora la duquesa desea tener el honor de hablar á V. antes que suba V. á ver á su señoría. — Anúncieme V. »

Atravesé una galería adornada de estatuas, y entré en el recibidor, donde estaba la duquesa tomando café con sus dos hijas de diez y seis y diez y ocho años. Eran las nueve, y se alzaban de la mesa. Un joven, resplandeciente con el uniforme militar, hablaba con las señoritas; la duquesa estaba pálida y parecía estar padeciendo mucho.

— «Señor doctor, me dijo, después de los primeros cumplidos de etiqueta, temo mucho que al invitarle á V. á cuidar de su señoría, no le hayan propuesto á V. un encargo que podrá tal vez desagradarle á V. Nosotros le prodigamos atenciones y desvelos y se queja siempre de que le descuidamos: nada le contenta, nada le satisface. El mal humor á que se entrega encona su mal y lo aumenta. ¿Creería V. que el único motivo que ha tenido para despedir á su médico ha sido el haber manifestado su opinión de que atribuía el estado deplorable de su enfermo á la última sesión de la Cámara de los Pares?

— Cumpliré con mi deber, señora duquesa; y si no soy más feliz que mi predecesor, procuraré al menos no tener nada que reprenderme.

— Su señoría se impacienta, dijo entonces en voz

haja un criado empolvado, flaco, vestido de negro, que me pareció debía ser el ayuda de cámara de confianza; el señor duque pregunta por el señor doctor.

— ¡En nombre del cielo! apresúrese V., repuso la duquesa; no le hable V. de lo que le he dicho; ni una palabra, por favor, sobre el doctor*** y su despido. Tal vez voy á seguirle á V.; pero, señor, se lo ruego, no cometa V. esta imprudencia: va en ello el reposo de todos. »

De esta suerte la enfermedad de un solo hombre llenaba de terror una familia entera: no era su muerte lo que se temía, sino su carácter, era el tormento que hacía sufrir á todos los que le rodeaban: muriendo, llenaba de miedo á cuantos de él dependían. Yo me hacia estas reflexiones, mas filosóficas que favorables á las preocupaciones de la jerarquía y la fortuna, siguiendo al criado empolvado que me servía de guía. La fama, alabando la magnificencia, casi real desplegada por el duque de***, nada había exajerado. Una escalera de bronce y oro; el jaspé y el alabastro prodigados y labrados; urnas antiguas llenas de plantas peregrinas; en una palabra, brillaban por todas partes el esplendor y el buen gusto, el esmero y la elegancia, junto con la brillantez del lujo. El bordado mas delicado esmaltaba aquellos paños; balanceábanse al rededor de aquellas cortinas los mas ricos festones. ¡Pobre humanidad! ¡cuánto gasto para disfrazar tu debilidad! ¡cuántas prevenciones para probar á ese hijo de lores que no era hombre! Su lecho de dolor estaba rodeado de un triple muro de raso, cuyos pliegues reunía y retenía una águila de oro que se cernía encima de él. Hasta los vasos en que la farmacia había depositado sus productos, y en los que el dolor busca un alivio á sus males, eran de materia preciosa. Cada uno de los sillones distribuidos en el cuarto de dormir fijaba las miradas por la estremada delicadeza de sus esculturas; y la transparencia de las pinturas sobre los mas costosos y esquisitos cristales velaba el resplandor de la lámpara nocturna. Jamás he visto, ni en los palacios de los príncipes, un interior mejor dispuesto para hacer olvidar á la humanidad su flaqueza, y realzar el prestigio del palacio de las hadas.

¿Qué sér se oculta en este lecho donde debiera reposar un ángel con alas de oro? Acerquémonos. Mi silla de marfil y ébano toca á la colcha recamada de oro, y apenas puedo descubrir al dueño de tantas riquezas, sepultado en el plumon y casi enteramente cubierto por las brillantes telas. Entre tanto hace un movimiento, y la sábana, mas fina que la tela, me permite ver un rostro seco, aceitinado, lleno de arrugas, una cabeza pequeña y flaca cuyos ángulos huesosos se habian afilado y adelgazado, cuyas cavidades y arrugas se habian ahuecado, bajo el influjo de la enfermedad y la impaciencia: dos ojos brillantes y curiosos, que mas bien parecían penetrar los objetos que observarlos; una mano semejante á la de un esqueleto teniendo un pañuelo calado, del cual se ser-

via á ratos para enjugar el sudor que cubría su rostro moribundo. Estuve á punto de retroceder, tanto me asustó este espectáculo por su contraste con los muebles del aposento.

El noble duque arrojó un agudo grito; y habiéndose una nueva convulsion apoderado de su sistema nervioso y hecho rechinar sus coyunturas y roto sus huesos, sus facciones, demudadas con este nuevo ataque, se volvieron mucho mas feas. Lo compararé, sin ironía y sin exajeracion, á un viejo mono á quien ahogasen. El paroxismo y los agudos clamores del paciente duraron muchos minutos. En fin me dirigió la palabra, cuyo acento era agrio, duro y casi insultante. Hablaba á borbotones, respiraba entre dos palabras, y fruncia las cejas.

« ¿Ha visto V. á la duquesa? ¿Le ha hablado V.?... ¡Doctor! V. ha permanecido abajo... al menos... al menos... cinco minutos... »

Respondile con un signo afirmativo y un saludo respetuoso.

« Yo soy... repuso, al menos así lo creo... quien ha tenido el honor de invitarle á V. á que viniese á verme... doctor... La duquesa no debía... »

— Su señoría me disculpará sin duda... »

Interrumpióme bruscamente, y con tono muy áspero:

« Sí... le han referido á V... la historia del médico que le ha precedido á V.... ¿He?... Le han hecho á V. toda una relacion... La version de la duquesa debe de ser interesante... ¿Sería V. bastante condescendiente... para referirme esta historia... ? »

— Señor, he sabido tan solo que mi compañero, el doctor***, habia cesado de cuidarle á V... »

El enfermo repuso sonriendo:

« ¡Cesado de cuidarme!... ¡Ah! ¿es cierto? »

Esta hiel, está amargura me afligian; procuré pues desviar la conversacion y dirigirla hácia un objeto menos desagradable.

« ¿Me atreveré á preguntar á su señoría si padece mucho actualmente ? »

— Sí... debajo del estómago, una sensacion fria, horrible, como un trozo de hielo. »

Le pulsé, y el resultado de mis observaciones, de mis preguntas y sus respuestas fué que corría el mayor peligro. Procuré darle á conocer, por medio de rodeos é indirectas, aunque claras, para que las comprendiese, la situacion en que se hallaba. Pareció que no me entendía. Sabia que poseía algunos conocimientos de medicina, y esperé que la indicacion de los remedios que podrian aliviarle, le instruirian del peligro inminente que corría. Volvióse vivamente hácia mí.

« ¡Ah! ea, me dijo, no quiero medicamentos infectos, como los del doctor***. »

— Su señoría es muy razonable para sacrificar su salud, y tal vez su vida, á una vana delicadeza.

— ¡Vana delicadeza! Yo no me dejaré envenenar, como quería hacerlo el maldito predecesor de V.

—¿Qué le ordenaba pues á V. S. el doctor***?

—Cuanto hay de mas abominable en el mundo. El hedor del ajo no es nada en cotejo de aquel hedor... Quería matarme... quería matarme...

—Permitame V. S...

—Le digo á V. que quería matarme... Me he visto en la precision de pasar dos dias envuelto en una franela empapada en agua de Colonia y almizcle... ¡Malvado!

—¿Quiere su señoría mandar á su criado que me enseñe los medicamentos que recetó mi predecesor?

Trajéronme una preparacion de *assa fetida* y almizcle, y ví que el doctor*** habia tenido absolutamente, sobre la enfermedad del duque, las mismas ideas que yo.

—Su señoría se admirará de mi atrevimiento; pero tal vez...

—¿Tal vez, qué? exclamó levantándose con esfuerzo...

—Tal vez me verá obligado á seguir el método del doctor***.

—Dios me condene, si se lo permito á V... ¡Ignorantes!... ¡horricos!... murmuró el amable enfermo, á cuyas palabras no hice la menor atencion. Ni siquiera conocen su códice...

—¿Su señoría se negará tambien al uso de la sal amoniaco? ¿al empleo del alcanfor?

—Ingredientes del diablo...

—Pero es necesario curar... y estos medicamentos son los únicos...

—No quiero sino uno. Mi sobrino me ha enviado un pedazo de jabalí que dicen ser excelente; ¡que me lo traigan!

—Debo oponerme absolutamente á ello... La carne salada es contraria á V. S.

—¡Tontería!

—Su señoría se halla en una situacion... muy crítica... No debo ocultárselo á V. S.

—¡Oh!... ¡muy crítica!... ¡Lo cree V!... ¡Bah! El doctor, su honrado compañero de V., me decia lo mismo, hoy hace ocho dias...

—Yo no puedo contradecirle, y añado que el peligro ha aumentado.

—¡Diablo!... con que esto es serio... ¿Quiere V. decirme qué síntomas nuevos le parecen á V. tan temibles?

—El peor de todos... es esta sensacion fria, helada, que describía V. S. hace poco. La gota sube: van á ser atacados los órganos vitales, y le aconsejo...

—Boberías... Aquello ya pasó; se acabó... No era mas que una sensacion nerviosa... poca cosa, casi nada... ¡Mehallo tan bien ahora! Solamente he hablado demasiado... Me ha hecho V. hablar... V. me ha fatigado...

—Descanse V. S.

—Pedro... ¡un vaso de aguardiente!

El ayuda de cámara me consultó con una mirada.

«¡Un vaso de aguardiente, te digo!»

Yo callé: el criado le trajo un vaso de aguardiente; lo apuré de un sorbo y pidió otro.

«En nombre del cielo, no lo haga V. S.

—¡Yo lo quiero! ¡yo lo quiero!»

Cubrióse su rostro de un sudor frio, su boca se contrajo, y se entorpecieron sus miembros.

«¡Pedro! ¡Pedro! ¡criado maldito!»

El noble duque ya no existia.

De esta suerte exhaló el postrer suspiro el orgulloso duque, heredero de antiguos jefes feudales, con un vaso de aguardiente en la mano, la blasfemia en los labios, descontento de todos y aborrecido de todos. Entré en mi casa profundamente afligido, y hasta disgustado del espectáculo que acababa de presenciar. Encontré á mi esposa sentada en un rincon del hogar, bañada en lágrimas. Le pregunté porqué lloraba, y me dijo que su camarera acababa de contarle una escena de miseria que la habia entristecido. Una pobre mujer empleada en el servicio de la casa habia caido enferma en medio de aquella rigurosa estacion, sin tener de qué comer siquiera.

«Ve, amigo mio, me dijo Emilia, ya que estás enteramente vestido, ve á ver á estos infelices: aunque habitan muy lejos, estoy cierta de que tu corazon corresponde al mio, y que no dudarás en ir.»

Informéme con la camarera de las señas de la casa de la mujer Hurdle, y supe que habitaba el barrio de San-Gil, receptáculo de toda la miseria de Londres. Apenas estuve en la calle, tuve que volver á subir, tan penetrante era el frio, y abrigar el cuello y las orejas con una doble corbata de seda (1). Emilia se aprovechó de esta ocasion para meter en mi bolsa todas las monedillas que tenia.

«No tengo necesidad de decirte el uso á que destino esto.»

Bendije en lo íntimo de mi alma la suerte que me habia deparado un corazon tan benéfico y caritativo y que lo habia asociado á mi vida. ¡Es tan halagüena la elocuencia de la piedad en boca de las mujeres!

Caminaba precipitadamente, y llegué bien pronto á un laberinto de calles oscuras y estrechas de donde se exhala un hedor inficionado y donde residen el vicio, la pobreza y el dolor. Nadie habia por las calles: una niebla espesa y glacial dejaba entrever apenas el débil resplandor de los reverberos; los robos son muy frecuentes en estos sitios, y estaba muy lejos de estar tranquilo, cuando pasó cerca de mí un sereno gritando, ó mas bien, ahullando: *Las doce y media, noche fria y oscura*; y le detuve.

«¿Sabeis dónde vive, en el barrio de San-Gil, una mujer llamada Hurdle?»

El sereno, medio borracho, puso su linterna sobre un recanton y me miró de hito en hito. Cuando su observacion le hubo convencido de que yo era un hombre de bien y que podia esperar de mí alguna re-

(1) Esta segunda corbata de invierno se llama en Inglaterra un *comfortable*.



compensa, me respondió: «¡Ah! caballero, ¡los Hurdle! ¡sobre mi palabra de honor que son unos bribonazos! no tienen ni un chelín.

—Sí, ya lo sé, son muy pobres.

—Tan pobres que roban algunas veces la propiedad ajena. Ayer arresté yo mismo á uno de esos ladrones, al hijo mayor, Tomás Hurdle. Será transportado á Botany-Bay; he aquí la suerte que les espera á todos.»

Esta inesperada comunicacion estaba muy lejos de agradarme.

«Veamos, dije yo al sereno, no se trata de eso; enseñadme su casa.

—Por aquí, señor, por aquí, y sobre todo vijile V. su bolsillo.»

Seguíle: su linterna lanzaba un débil resplandor sobre el pavimento desigual de una de esas calles inmundas que son el baldon de todas las capitales opulentas.

La casa delante de la cual nos detuvimos no tenia puerta. Atravesé un pasadizo estrecho y fangoso, y subiendo dos escalones arruinados, iba á estrellarme contra una puerta de madera tosca, que el sereno hizo estremecer violentamente con los golpes de su vara de oficio.

«Hola, despertaos; preguntan por vosotros: ¡vamos! hace frío y no estamos para esperar.»

En seguida su voz, cuya ronca rudeza acababa de hacer resonar toda la casa, se suavizó de repente, se humilló, descendió hasta el mas sumiso murmullo, y me dejó oír estas palabras apenas articuladas:

«Buen caballero, espero que no se olvidará V. de mí; los tiempos son malos, y la noche fria. Beberé á su salud.» Dí algunas monedas á este oficial de justicia tan desinteresado, y esperé que viniesen á abrirme.

«Gracias, me dijo el sereno alejándose; pero sobre todo, añadió á media voz, vaya V. con cautela, que este sitio no es muy seguro.»

Confieso que al sentir el ruido sordo de sus zapatos herrados, estaba muy lejos de quedar tranquilo, y casi estuve para ceder al deseo de volverme por el mismo camino. Entreabrióse la puerta, y una voz de mujer me preguntó con tono bronco y acento irlandés.

«¿Quién hay?

—Un médico. ¿No hay aquí algun enfermo? Betsy Jones, la camarera de mi esposa, me ha hablado de V.»

Abrióse enteramente la puerta y me dejaron entrar.

Los que leen este jénero de colecciones no están muy acostumbrados á las escenas de miseria, á los espectáculos de dolor y horror que me reservaba aquella noche. Los ricos condenarán, desde el seno de las delicias, mis descripciones como inverosímiles, y me acusarán de haber empleado feos colores cuya verdad nada les prueba y cuya verosimilitud no ha herido jamás su espíritu. ¡Pues bien! sepan estos tales que mis palabras están lejos de acercarse á la

realidad; sepan en fin que la miseria á que se halla espuesto el hombre en las ciudades populosas traspasa los límites de la verosimilitud, toda la exajeracion de la fantasía.

«Espere V. un poco, me dijo la misma voz. Voy por luz.»

Apareció en efecto una débil luz, y me dejó ver una mujer huesosa y flaca teniendo en la mano una botella, con una vela encendida en ella. Apenas tuve tiempo para echar una mirada sobre aquella repugnante figura, sus ojos esquivos, su cabello erizado, aquellos andrajos colgados de un esqueleto, cuando una bocanada de viento, haciendo caer en medio del cuarto los restos de una vidriera ya rota, apagó la vela. Exhalábase además de aquella espesa oscuridad donde brillaban dos ó tres tizones á punto de apagarse, un hedor de enfermedad, miseria y abyeccion insoportable.

—«Tenga V. la bondad de no moverse del sitio durante algunos momentos, dijo la mujer; de lo contrario, aplastaría V. á los niños que están dormidos.»

Permanecí pues en el mismo sitio por temor de aplastar á los niños. Interin la mujer ocupada en soplar las brasas del hogar que intentaba reanimar en vano, cayó la vela y no nos dejó ninguna esperanza de volver á ver la luz en medio de aquellas tinieblas.

«¡Maldicion! ya no tenemos lumbre, ni un real siquiera para comprar una vela.

—He aquí de que comprarla, le dije buscando su mano en la oscuridad para darle un chelín.

—Gracias, dijo ella. ¡Sally, Sally, levántate! ¡pronto!»

Oí rumor de paja, y una voz destemplada que salía de un rincón del aposento, jimió como una puerta mohosa que jira sobre sus goznes.

—«¿Qué quiere V.?

—Levántate y ve á buscar una vela: he aquí un chelín.

—¡Madre! ¿no seria mejor comprar una libra de pan?

—¡Si el señor doctor lo quiere! añadió la madre; el chelín es suyo.

—Con mucho gusto, con mucho gusto, repuse, el chelín es vuestro.»

Los modales y el acento de aquella mujer me habian conmovido. Cambió la voz, y gritó mucho mas alto y con una especie de exclamacion de alegría:

«¡Sally! podrás tambien comprar pan; el señor lo permite.

—¡Pan! ¡pan!» repuso la infeliz criatura.

Ví una especie de sombra vaga levantarse, disparearse, atravesar el cuarto, no sin correr el riesgo de arrojar me por el suelo. Luego oí sus pasos precipitados, cuya violencia me decia harto bien la importancia que daba la pobre muchacha á la compra que iba á hacer.

—«Perdone V., señor, repuso la madre, si no te-

nemos ningún asiento para ofrecerle á V. ¡Somos tan pobres! Solo tenemos un cajon, allí, cerca de la chimenea; y si quereis, os conduciré á él, donde podréis permanecer sentado hasta que Sally traiga luz.

—Donde V. quiera, buena mujer.»

Sentéme en efecto sobre el cajon, y dirigia algunas preguntas á la mujer Hurdle, cuando me interrumpieron los gemidos de un niño.

«¡Vamos, vamos, cállate, niño! ¡vas á dispartar á tu padre! ¡cállate pues!

—«Es que hace tanto frio... tanto frio, madre....»

Miré la ventana á cuyo pié parecia permanecer acurrucado el niño que hablaba. El aposento era mas frio aun que la misma calle. El viento entraba por los vidrios rotos, y descendia en helados torbellinos al triste aposento que nos servia de asilo. El pobre niño, advertido por la voz materna, calló; pero yo le oia dentellar y restregarse fuertemente las manos.

«Ve V., caballero, dijo la madre, desde esta mañana no hemos probado nada, absolutamente nada.

—¿Cuántos son Vdes. aquí?

—¡Ah! ¡Dios mio! el niño y su padre, y nadie mas. Porque Sally acaba de salir á comprar una vela y pan, como V. sabe. Bobby mendiga en la calle; Tim fué cojido ayer por la policía que va á enviarle á Botany-Bay... ¡Oh! es una sentencia muy injusta. Pero el padre duerme y conviene no dispartarle.

—¿Está enfermo?

—*Asmético*, señor, respondió la Irlandesa, que no sabia la verdadera pronunciacion del nombre *asmático*. ¡Pobre! y ¡cuánto padece! ¡que Dios se apiade de él! Hace una hora que duerme; lo que no habia podido lograr de mucho tiempo á esta parte. Sin embargo el niño que tiene entre sus brazos mueve mucho ruido, y es extraño que su padre no se dispierte. Es el último, señor; mama todavía; pero ocho dias hace que no tengo leche: ¡infeliz criatura! Mas le valdria no haber nacido.»

Dejóse oir rumor de pasos, y entró Sally llevando una vela que protegia con la mano contra el viento. Aquel aposento, cuyo hediondo aspecto habia presentado ya, se me presentó entónces en todo su horror. ¡Qué escena! ¡qué residencial! era imposible estar en pié bajo aquel tejado, cuyo techo oblicuo cortaba el piso en ángulo agudo. Habian procurado tapar las rendijas de las paredes y las vidrieras rotas con andrajos, jirones y papeles. No habia ni un vidrio entero, ni un lecho, ni una mesa, ni una silla, ni una almohada, ni un colchon, ni un taburete: el propietario lo habia vendido todo. Un poco de paja esparcida por el suelo servia de lecho á la familia indigente. La brisa del norte se abria paso al través de la ventana desgarnecida y destrozada. Yo temblaba de frio y de terror. Acababa de ver un enfermo opulento espirar entre sedas y rehusar por orgullo los remedios de la existencia social. Era aquella una miseria increíble; un estado de desnudez que escede á toda idea.

La mujer con quien hablaba estaba cubierta de andrajos: su cuerpo temblaba y su semblante respiraba tan solo hambre y dolor. Colgaba de su seno descarnado un niño casi desnudo. Su hija Sally, con la cabeza inclinada sobre la espalda, y como ruborizada de que la viese, rivalizaba con su madre en desaseo y fealdad. Era necesario verla, sentada sobre un poco de paja en un rincon del cuarto, devorando con ansia el pan que acababa de comprar, y que otra criaturita, enteramente desnuda, procuraba arrebatárle. El miserable padre de la familia indigente estaba sentado cerca de la chimenea, con la espalda apoyada contra el muro y los piés tendidos sobre el pavimento, y parecia dormir profundamente: no se oia siquiera el rumor de su respiracion, y un niño, que sus manos no sostenian, estaba agarrado de su cuello. El mas infeliz de los mendigos se hubiera avergonzado de llevar la blusa de color oscuro que llevaba el padre, el cual traia además, á guisa de sombrero, un gorro de papel viejo que cubria su cabeza y sus cabellos canos.

Todos mis sentidos se rebelaban, mi corazon latia, y se confundian en mi alma el asco y la piedad. La mujer me hizo saber que su marido era albañil, y que la falta de trabajo y una afeccion asmática muy adelantada le habian reducido á este infeliz estado. El hijo mayor, Tim, acusado de un robo de que su madre le declaraba inocente, habia sido metido en la cárcel. Sus padres se privaron hasta del pan, para pagar á un abogado.

«¡Cuán miserables, cuán miserables somos! decia la madre; este niño que abraza á su padre, á pesar de su sarampion, y su hermano, que está ausente en la actualidad, no tardarán en tenerlo.» Diciendo estas palabras, ahogaba sus gemidos por temor de dispartar á su marido. Observé, que el niño que estaba abrazado al cuello de su padre, estaba muy ajitado.

—¿Qué puede tener el hijo de V.?

—¿Qué tiene? tiene hambre y frio, señor: ¡ah! quisiera que fuésemos todos muertos.» En este mismo instante oímos ruido de pisadas de piés descalzos que atravesaban los corredores y subian la escalera con lamentables gemidos.

—¡Ay, Dios mio! es Bobby á quien hemos enviado á pedir limosna y que vuelve. ¿Por qué llora?»

La madre corrió, abrió la puerta é hizo entrar á un pobre desgraciado cubierto de sangre y tiritando de frio. Sostenia con una mano sus andrajos, y ocultaba con la otra su mejilla ensangrentada. Detúvose y retrocedió al verme; y luego, entregando á su madre tres ó cuatro piezas de cobre, le dijo que un señor á quien habia importunado demasiado pidiéndole limosna, le habia dado un golpe con un palo. En efecto, corria la sangre de su mejilla. Quisiera poder olvidar la expresion triste y dolorosa con que la pobre madre pronunció las palabras siguientes, abrazando á su hijo y restañando la sangre con sus labios: «¡Bobby, mi pobre Bobby!»

Mostróle en seguida sus hermanos y hermanas ocupados en comer con voracidad el pan que acababan de comprar; Bobby corrió allí, arrancó un pedazo de pan de las manos de su hermano y lo devoró.

«Pero, pobre mujer, le dije, ¡no le dejarán á V. ni una migaja!

— ¡Oh! no importa, respondió ella enjugando una lágrima, yo puedo pasar sin él mas tiempo que ellos.

— ¡Mujer infeliz! yo he venido aquí para ofrecerle á V. mis servicios como médico. ¿Con que sois tres enfermos?

— ¿Enfermos? lo estamos todos. Es una enfermedad sin viveres y sin medicamentos.

— Procuraré serle á V. útil. Primero ocupémonos de su marido. »

El padre permanecía siempre dormido: el niño procuraba introducir una corteza de pan en su boca entreabierta, y se agitaba mucho sin despertarle.

« ¡Vea V. el picarillo, el malvado, cómo atormenta á su padre! ¿Quieres acabar?

— Es necesario que hable á su marido de V. »

Acerquéme á él, y ví que tenía la cabeza inclinada sobre su pecho. La mujer tomó la vela de encima la chimenea y se arrodilló delante de su marido procurando despertarle. « Felim, amigo mio, el médico quiere hablarte. » Le empujaba con el codo y la rodilla, mas Felim no se meneaba: el niño continuaba jugando con su padre dormido: un rayo de la horrible verdad atravesó mi espíritu. « Acerque V. la luz. » dije á la mujer. ¡Su esposo ya no existía!

Habia trascurrido media hora al menos desde que habia muerto. Tenia el rostro y las manos heladas. El débil resplandor que iluminaba el aposento y su actitud de muerto nos habian ocultado este trance. Nada mas horroroso que el contemplar aquella palidez cadavérica, aquellos ojos fijos, aquella quijada caída, y compararlo con las rosadas mejillas del niño, indiferente á la vida y á la muerte, y ¡que jugaba con el cadáver de su padre!....



Cuadro de costumbres.

JORJE DE LINDSAY.

De todos nuestros sentimientos, el primero que nace y que se estingue mas tarde, y cuya realizacion huye con mas terquedad, es la necesidad de ser amado. Nuestro amor propio nos dice siempre que las señales de afecto que se nos dan son todavía inferiores á nuestros méritos. Nosotros mismos sufrimos esta reconvenccion que dirijimos desde lo íntimo de nuestra alma á cuanto nos rodea; como si una inclinacion inevitable nos obligase á profesarnos un afecto que nada puede satisfacer, á pagar con ingratitud el amor que nos profesan los demás, y á ver á los objetos de nuestro cariño despreciar á su vez nuestro mas sincero afecto. La relacion siguiente, verdaderamente, pero estraña, ofrece un ejemplo singular de esta disposicion que se convierte en flaqueza y enfermedad.

El único sentimiento que reinaba en el corazon del hombre de que voy á hablar, era esta necesidad de ser amado con ardor, con pasion; enfermedad desasosegada é imperiosa que le volvió vicioso y culpable, que desmoralizó una alma naturalmente bondadosa, que produjo todos los efectos que nacen por lo comun del libertinaje y la falta de principios, y alzó una tumba deshonrada para término de una carrera miserable y dolorosa.

La familia de Lindsay era antigua y opulenta. Jorge quedó huérfano desde muy jóven, y aunque no se distinguia por sus prendas exteriores, se hallaba dotado de talento, de deseo de agradar, de una esquisita delicadeza de gusto; y bien pronto la elegancia de sus modales hizo olvidar su desgracia natural. A la edad en que la mayor parte de los jóvenes nobles no se distinguen de sus semejantes sino por la fama de sus calaveradas, sus pérdidas en el juego, la belleza de sus caballos, era Ruperto de Lindsay miembro del parlamento, hombre de talento, objeto de envidia universal. Habia pensado (¡locura singular!) que esta superioridad adquirida seria para él una prenda de felicidad y que cautivaría el afecto jeneral. Todas las miradas estaban fijas en él; mas de una mujer pensaba en el jóven Ruperto, los periódicos repetían su nombre, y sin embargo Ruperto no era feliz: hubiera querido ser amado por sí mismo, como decia. Estas brillantes conquistas que hubieran constituido el orgullo de otro, las debía á su clase, á su fortuna, á su talento. Tal mujer no

amaba en él mas que al hombre á la moda; esotra no le escuchaba mas que por presuncion y para despertar la celosa atencion de otro amante. Estaban aquellas almas tan cuajadas de vanidad, lijereza y atolondramiento, que el pobre Ruperto de Lindsay vino á ser, despues de mil descubrimientos de este jénero, el mas triste y desgraciado de los hombres. Sin duda habia adquirido con su esperiencia el conocimiento del mundo, esto es, de los vicios humanos; mas ¡ay! ¡cuán amargo y cuán caro se compra este conocimiento! ¡cómo hiela y petrifica el corazon!

Yo le conocia y le visitaba poco antes de su partida para el continente: era un hombre profundamente desgraciado; una fiebre de melancolía parecia devorar su intelijencia y absorber sus facultades. Volvile á encontrar despues de haber pasado cinco años en las diferentes cortes de Europa; pero enteramente mudado; su espíritu iracundo se habia calmado fortaleciéndose. Habia, permitaseme la espresion, algo de indomable en ese espíritu que el roce del mundo habia secado y marchitado. A su indignacion contra los vicios del hombre, habia sucedido el desprecio por las flaquezas humanas. Habia reducido á sistema el arte de gobernar sus pasiones y de influir en las pasiones ajenas. Habian sobrevivido algunas buenas acciones á sus principios destruidos; algunos impulsos jenerosos á su moralidad arruinada; y podia cualquiera vencer el egoismo que constituia el fondo de su existencia, dirijiéndose, no á su equidad ó á su razon, sino á su humanidad. Rayaba ya á los treinta años, y, como la mayor parte de los hombres dotados de talento, empezaba á retirarse del mundo cuyo estruendo le habia seducido; su sola ambicion, su único deseo, era agradar á las mujeres. Esperaba todavía alcanzar el afecto único y profundo que habia siempre apetecido y le ofrecia tan halagüeña perspectiva de felicidad. La pasion vino á mezclarse por fin á los sentimientos frívolos y caprichosos que hasta entónces le habian embargado.

Moraba en una pequeña poblacion, situada cerca de Lóndres, una familia anabaptista, compuesta de personajes de caracteres muy desemejantes. El padre, Ebenezer-Efraim, se dedicaba al comercio, era tenido por un santo y engañaba religiosamente á sus par-

roquianos; James, su hijo, jugador, borrachon y luchador, tenia todos los defectos y ninguna de las prendas de su padre. María, hija de Ebenezer, joven cándida como un ángel, cuya alma y belleza eran puras y castas como su nombre, ignorando hasta la misma idea del vicio, dotada de una gracia innata y de un amor injenuo para cuanto la rodeaba, parecia derramar cierta luz, cierto resplandor anjelical en medio de la tristeza y la austeridad de esta casa. Tenia mas ternura que viveza, mas gracia que melancolía, y la santidad que aparentaba Ebenezer reinaba verdaderamente en aquel inocente corazon.

La viuda ó la esposa de un teniente irlandés (pues la crónica no indica aquí positivamente bajo qué aspecto se ofreció esta señora á Rupert) no fué insensible á las gracias del joven. Habitaba esta en el mismo pueblo donde residia Ebenezer Efraim: y Rupert tuvo ocasion de conocer y apreciar, en una de sus visitas, á la Irlandesa, á Miss Warner, que tal era el apellido de Efraim. Al ver Rupert á esa niña, tan modesta, tan pura, sintió conmoverse su corazon, y nada olvidó para enamorar á una niña sin experiencia, cuyo corazon no se habia despertado todavía, y que le ofrecia una presa fácil, por la misma injenuidad que la distinguia. ¡Qué voz, qué consejo hubieran podido proteger á la pobre niña y escudarla contra el peligro que la amenazaba! Su hermano y su padre, con su fanatismo y su hipocresia habitual el uno, y con sus costumbres desordenadas el otro, no podian ni granjearse su afecto, ni ponerla á cubierto de semejante peligro. Desarrollóse espontaneamente cuanto la naturaleza habia puesto de laudable en el corazon de María, todo ese desinterés, todo ese amor, tesoro oculto que ignoraba ella misma. Que no se admiren pues nuestros lectores si la experiencia del seductor, su inveterada habilidad, la elegancia de sus modales, todo el poder en fin de que podia echar mano, triunfaron de la niña é hirieron al blanco que se habia propuesto alcanzar. Bien pronto logró una autoridad y un influjo peligroso sobre ese corazon demasiado cándido para sospechar el mal; María experimentó por primera vez la felicidad de verse amada. Rupert la acompañaba en todos sus paseos, y ella escuchaba su voz como la mas dulce armonía. ¿Cómo hubiera podido resistir á unos acentos tan penetrantes y tan puros, á aquel tono respetuoso y suplicante, á aquella gracia respetuosa y llena de atractivos? Pasóse un mes, y cuando la niña contempló su propio corazon, pudo por fin leer en él todo el amor que Rupert le habia inspirado.

En cuanto á él, por mas culpable que pudiese ser, un destello de inocencia purificaba su alma y derramaba á su derredor una atmósfera de virtud. Pasáronse algunos meses de esta suerte; y, digámoslo en elojio de Rupert, no abusó de una situacion que su inmoralidad habia preparado, y ante la cual habia su humanidad retrocedido. En fin, era amado, amado con pasion, ¡amado por él solo! Al entregar-

TOMO II.

se María á una inclinacion voluntaria, no habia pensado siquiera ni en su yerro, ni en su peligro. ¡Ved ahí ese corazon por tanto tiempo anhelado, ese sentimiento puro y verdadero, cuya existencia misma era un problema para él!

Cuando Rupert tuvo que ir á visitar sus dominios, donde le llamaban negocios urgentes y embarazosos, saboreó toda la delicia de esta pasion injenua. ¡Cuánto lloró María! ¡cuánta ternura en su despedida! ¡cuánta confianza en el porvenir! Lindsay quedó profundamente conmovido: nunca las mujeres del mundo, que habian acogido sus homenajes por vanidad, le habian manifestado un afecto tan delicado y tan profundamente sentido.

Luego que hubo partido Rupert, María iba todos los dias á buscar en el correo una carta, que contenia todo el secreto de su corazon, toda la felicidad de su vida; y todos los dias volvía á su casa, dichosa, y se encerraba en su cuarto para leer la carta de Rupert. Mas yo me engaño; habia en la semana un dia, un solo dia que no le traía este deleite, y este era el lunes (1); dia aciago para ella, época desgraciada y vacía que no contaba en su existencia.

No creais que procurase luchar contra sus sentimientos: amaba como vivia, leyendo los pocos libros que le dejara Rupert, paseándose por los caminos que este preferia, pasando por delante de la casa que habia él habitado, y complaciéndose en levantar los ojos á la ventana que aquel abría todas las mañanas.

En cuanto á Rupert, que habia vivido en el continente con el lujo de un príncipe moscovita ó de una bailarina emérita, empezó á conocer algo tarde que el mejor medio de hacer aprovechar sus tierras y florecer sus dominios no era el enredarse en viajes lejanos. Como no tenia una fe ciega ni en la probidad de un mayordomo, ni en la activa vijilancia de un colono, vióse obligado á dedicar á la conservacion de su propiedad un cuidado y una vijilancia que absorbieron todos sus instantes. Merced á esta atencion asidua, adquirió una impopularidad completa; y cuando sus vecinos observaron que la presencia del dueño habia cerrado el parque, interceptado los caminos que les servian de puntos de comunicacion, obligado á los cazadores á respetar los faisanes y los gamos, establecido una severa economía en todo lo que respecta á los gastos del castillo, se pusieron todos acordes en juzgar á Rupert, y le detestaron cordialmente.

Esta vida laboriosa y el sentimiento del odio jeneral de que era objeto, fatigaron á nuestro héroe sin desanimarle. Un dia que el corte de un bosque habia reclamado su inspeccion, y que una niebla muy densa lo habia penetrado de su humedad mal sana, volvió al castillo, mojado, cansado, con una calentura que no tardó en tomar un carácter grave. Pasáronse tres semanas, y despues de haber llegado á las puer-

(1) Las cartas que en Inglaterra se echan al correo el domingo no parten hasta el dia siguiente.

tas de la muerte, volvió á recobrar el uso de los sentidos y de su voluntad, gracias á los desvelos del médico mas célebre del territorio, ó á pesar de sus desvelos, si se quiere.

« Dicky, dijo á su ayuda de cámara, dame las cartas que se me hayan dirigido durante mi enfermedad. »

Bien pronto se elevó sobre la mesa colocada cerca de la cama de Ruperto un monton de papel lustrado, de sellos negros y encarnados, de armas impresas con esmero sobre un brillante lacre, billetes sin carpeta y enormes cartas ministeriales. Primos de provincia que reclamaban sus recuerdos; empleados de oficinas que pedían sus buenos oficios para alcanzar una gratificación; mujeres abandonadas que exhalaban sus quejas en papel superfino; abastecedores que se tomaban la libertad de enviar una *notita* que sin duda Mr. Ruperto habia olvidado; tales eran los principales corresponsales de Ruperto: pero lo que mas atrajo su atención fué una sola carta en medio de aquel monton de papeles inútiles. La dama irlandesa, cuya intriga con Ruperto conoce ya el lector, no era viuda, y la ira de su marido, capitán que estaba al servicio de Inglaterra, amenazaba á un mismo tiempo á entrambos culpables. Dos veces el teniente del regimiento irlandés, el fiel Acate del capitán, habia venido al castillo de Lindsay á informarse de la salud de Ruperto, y no habiendo recibido mas que malas noticias, las habia transmitido al marido ultrajado, hombre de mal gusto y de mal tono, que miraba el matrimonio como una cosa seria, no entendia nada en los modales del gran mundo, y que, poseído del deseo de vengar su ultraje, sentia mucho que el ofensor perdiese la vida á manos del médico, y no á las suyas. Hablábale de una pistola ante la cual se arrodillaba el esposo ofendido; verdadero ídolo irlandés que pide siempre sangre en sacrificio. La mujer del capitán, repudiada por su marido, hacia á Ruperto esta patética relacion. Ruperto esperimentó mas enojo que temor, y apresuróse á buscar una carta de la jóven María entre el monton de epístolas que habia colocado el criado cerca de él. Al leer las dos ó tres primeras cartas, su semblante se animó y brillaron sus ojos de placer y alegría; mas á la cuarta apagóse la sonrisa que habia formado en sus labios, se contrajo su boca, arrugóse su frente, y rechazando vivamente el papel, mandó poner el tiro á su berlina, y subió á ella y partió hácia el pueblo donde residia María.

La jóven habia perdido de repente su felicidad y su vida desde el dia en que dejó de recibir cartas de Ruperto. ¿Habia Lindsay hecho traicion á sus juramentos? ¿era tan distraído que se olvidase de escribir á María? ¡Ay! todos estos pensamientos eran igualmente crueles.

« ¿Está V. seguro de que no hay carta para mí? » preguntaba cada dia al encargado del correo, con una voz tan tierna, tan trémula, que este se sentia enternecido, y no sabia cómo responderle: « Sí, señorita; » y su mano temblaba al cerrar el postiguillo. Poco á

poco perdió el apetito, palideció su tez, y se vidriaron sus ojos; encerrada en su aposento sin lumbré, ocupada en leer y volver á leer los billetes del hombre á quien amaba, ó en confiar á numerosas é inútiles cartas toda la amargura de su alma, no pudo la niña soportar por mas largo tiempo semejante suplicio. ¡Está enfermo, enfermo seguramente! y triunfando la ternura de su corazon de su rubor natural, reunió María sus efectos en un paquetero, y salió de la casa paterna muy de mañana, culpable en la realidad, pero mas inocente en su pensamiento que la mayor parte de las mujeres orgullosas de su virtud. Habia dado apenas algunos pasos, cuando hirió su oído una voz severa; era la de su hermano, á quien le costó muy poco conocer el motivo de esta salida tan de mañana, pues no habia podido ocultarse á su penetracion el amor de Ruperto para con su hermana. Su pecho no conocia la compasion, no porque fuese desmesurado moral, sino porque el abuso de los placeres le habia empedernido. La desgraciada niña, insultada por ese hombre tan inferior á ella, fué conducida de nuevo violentamente á la casa paterna, donde la esperaban los mas duros tratamientos y la crueldad mas bárbara. Encerráronla en su cuarto, y su hermano, triunfante por la vergüenza y la desesperacion en que acababa de sumerjir á su hermana, montó en su yegua parda y fué á hacer su deposicion á Lóndres, ante el tribunal de los cinco jueces, destinados á vengar los ultrajes hechos á la moral pública. Imaginad el desconsuelo de María, á quien le habian quitado hasta la facultad de escribir. ¡Mas ay! no debia parar aquí su desgracia.

Efraim Warner tenia por compatriota, por corelijonario, á un tal Zacarías Johnson, el mas rico, el mas santo, el mas extraño, el mas fastidioso y el mas avariento de esta tribu bendita del cielo. Todos sus vestidos estaban raidos; su voz gangosa no cantaba nunca sino salmos; su improvisacion sagrada estaba tan llena de anatemas como vacío de caridad su corazon; y su mirar era falso, bizco y siniestro. Este venerable personaje habia encontrado en María tres cosas que habian escitado en él el deseo de hacerla su compañera delante de Dios; primero la belleza, porque era sensual; segundo la paciencia, porque era malo; y en fin la fortuna, porque era codicioso. El santo varon se portó con tanta habilidad con Efraim y James, su hijo, que obtuvo su consentimiento. Segun ellos, el de María era enteramente inútil, y segun las ideas de su raza, la mujer, obediente como en los tiempos bíblicos, no tenia mas que hacer sino sufrir el yugo de un señor. Nada mas maravilloso que la hábil y profunda diplomacia que se hermana á menudo con la santidad. Cuando conversaba con el padre, le hablaba de su fortuna y de los medios que una mujer prudente puede poner en planta para aumentarla, y apoyaba su demanda con autoridades de los libros santos y retazos hebraicos. Con el hijo era un hombre de mundo, lleno de benevolencia y facilidad en el co-

mercio: «Sabia, decia él, que la juventud era amante de gastar, que la carne era imperiosa y tiránica en sus gustos é inclinaciones; y que él se tendria por muy feliz en socorrer, cuando se ofreciese la ocasion, á Mr. James Warner, y en adelantarle dinero, si lo necesitase.»

Mr. James Warner no quiso malograr tan buena ocasion, vendió sus servicios á Johnson, y abrazó el partido de este último. En todas las familias se encuentra uno que domina, cualquiera que sea; y muchas veces, por un fenómeno de que hemos sido testigos, el mas jóven y débil es el que la dirige; y el mas viejo el que se deja conducir. En la de María, el patriarca era supersticioso y de una alma débil, y su hijo, enérgico y grosero, debía vencerle necesariamente. En las familias, lo mismo que en las sociedades, siempre prepondera la inteligencia mas fuerte.

Desgraciadamente para la jóven, la demanda de matrimonio hecha por Zacarías Johnson, y la seduccion á que cedió fácilmente el hermano, coincidieron con la fuga de María y el descubrimiento de sus relaciones con Ruperto. James no dejó de aprovechar la ocasion que se presentaba de sacar partido á la vez de la cólera, el pesar, la ambicion pecuniaria, el espíritu de secta y el fanático capricho de Ebenezer. Arrancóle á este su consentimiento para el matrimonio, venciéronse sus escrúpulos, y lograron amortiguar ó borrar sus sentimientos de ternura. En vano María lloró y se arrojó á los piés de su padre: atravesó con paso firme y ojo enjuto estas dolorosas escenas de familia, y el hermano fijó sin remordimiento el dia en que debía consumarse el sacrificio de su hermana.

Los anales domésticos están llenos de estas barbaridades secretas y ocultas, que no tienen historiador y que escitan escasamente la compasion. ¡Cuántas familias perseveran todavia en este sistema, que, como toda tiranía, empieza por la opresion, y termina por la miseria! María habia apurado sus fuerzas en la lucha; era harto desvalida para prolongar una penosa resistencia, quedaron ahogadas sus súplicas é instancias, y se agotaron sus lágrimas: permaneció con el corazon rasgado bajo el peso de este dolor, sin esperanzas y sin recursos, sumergida en esa silenciosa agonia que nos fatiga como una pesadilla y nos encadena á nuestra desgracia, sin dejarnos siquiera el deseo y la fuerza de sacudirla. Sin embargo, tres dias antes del que debía unirla para siempre á Zacarías, encontró proporcion de escribir á Ruperto.

«Salvadme, le decia, yo no sé por qué medio, ni con qué objeto; pero salvadme, ánjel mio y protector. No es esta declamacion la de una niña anovelada. Moriré ciertamente muy pronto, pero quisiera veros otra vez todavia; vos me habeis dado á conocer el precio de la vida. Venid á mi lado; enseñadme á morir. Desaparezca en vuestra presencia la amargura de la muerte. De todos los terrores de que me rodea mi destino, ninguno mas horrible que el pensamiento de verme obligada á no veros, á no amaros mas. Mi ca-

beza arde y mi mano está tan helada que puedo apenas asir la pluma. ¡Ruperto! ¡Ruperto! ¡el viérnes próximo! ¡no olvideis este dia! ¡salvadme! ¡salvadme!»

Llegó el dia fatal, sonó la hora del matrimonio, y Ruperto no vino. Estaban preparados ya los vestidos de boda; vistieron á la niña, y su mismo padre subió á su aposento para invitarla á que bajase al salon, donde habia un corto número de convidados. El anciano Ebenezer abrazó á María, y viéndola tan pálida, tan desfigurada, se apoderó de él un recuerdo de ternura, su voz se suavizó y volvió á recobrar por un momento la dulzura y la benevolencia que habia tenido por ella.

«Hija mia, le dijo, ¿no tienes ni una sola palabra para tu padre?»

Ajitáronse sus labios algun tiempo, y despues de muchos esfuerzos, pronunció por fin estas palabras:

«¿Es ya demasiado tarde, padre mio? ¿puede V. salvarme aun?»

Brillaba en los ojos del padre un destello de humanidad, de piedad y de amor, é iba quizás á revocar la sentencia y á salvar á su hija. James vió el peligro, corrió á socorrer á su cómplice, y con una sola mirada, con solo fruncir las cejas, impuso silencio á los jemitos del amor paternal. La niña observó esta escena muda, y vió que estaba perdida.

«¡Que Dios os perdone!» exclamó con voz trémula, y descendió la escalera con paso vacilante.

El aposento donde iba á consumarse el sacrificio, y que se habia condecorado con el título de salon que estaba muy lejos de merecer, era oscuro y estrecho. Estaban sentadas cabe una mesita de caoba dos mujeres santas, de sesenta años, vírgenes fósiles, por decirlo así, corazones de mármol, derechas y tiesas de aspecto y movimiento, marchitas y endurecidas bajo el soplo de la supersticion y el egoismo. Salieron estos dos esqueletos al encuentro de la niña, apoyaron sus labios helados sobre la frente de María, y volvieron gravemente á sus asientos, despues de haber pronunciado no sé qué palabras sordas que ellas llamaron bendiciones. Nadie hubiera asistido, sin temblar de miedo, á esta estraña escena: todos aquellos personajes mudos y sombríos reunidos para una boda en un lugar casi fúnebre, aquella niña moribunda abrazada por dos cadáveres, y recibiendo sin conmocion aquel saludo de la tumba, presentaba un espectáculo singular que solo puede ofrecer la Inglaterra y la secta de que hablamos. Cabe una pequeña chimenea llena de leña encendida, veíase una gran figura larga, con muy ricos vestidos, y que hacia un estraño contraste con la tristeza de la escena; este era el novio, personaje grotesco por la disonancia de su vestido de fiesta y su gravedad natural. Cuando entró la niña en el aposento, sonrióse con un cumplimiento desagradable, que no sé cómo describir; brillaron sus ojos medio cerrados; sus miembros sin elasticidad probaron de desanudarse, por decirlo así; arregló con todo es-

mero los dos faldones de su chaleco, se dobló solemnemente y se sentó. Veíase delante de él un vástago de la misma secta, niño de doce años, con cabellos de un rubio soso, que tenía un pedazo de empanada en la mano, y paseaba sobre los asistentes una mirada que las prácticas religiosas de su primera infancia habían despojado ya de juventud y de vida.

En el alfeizar de una ventana veíase en pie un militar, con los brazos cruzados, el aire distraído y el rostro pálido, pensativo y doloroso. Era un hombre de unos cuarenta años, quien, al acercarse María, fijó en ella la mirada mas atenta y penetrante, la saludó con mucho interés y respeto, y se volvió á su puesto, murmurando algunas palabras que parecían dirigidas, no á los que le rodeaban, sino á sí mismo: llamábase Monkton, y acababa de renovar sus relaciones con la familia Warner, desde que supiera que Ruperto, seductor de la niña, había dado al través con su proyecto. Mis lectores reconocerán ya en él al Irlandés cuya esposa se había comprometido tan gravemente en una intriga con Ruperto. Este hombre había tenido el capricho, muy irlandés, de asistir á la boda de María, la que le inspiraba un interés singular: veía en ella su compañera de infortunio, otra víctima del hombre contra quien alimentaba el odio mas ardiente.

Tal era la reunion. Jamás día de bodas tuvo un aspecto mas triste. Jamás convidados presentaron una fisonomía mas amenazadora.

« Hermanos míos (dijo el patriarca, con el tono gangoso y apagado que afectan los hombres de esta raza, y cuyos acentos volvía mas sombríos todavía la conmoción que le agitaba), busquemos algun recurso en el maná celeste, en la palabra de Dios. »

Tomó con su mano descarnada de un estante de una biblioteca una antigua Biblia, usada por sus abuelos. Arrodillóse toda la reunion simultaneamente como por un movimiento maquinal é involuntario. Despues de la lectura, que fué escuchada con un profundo y religioso silencio, el padre improvisó su discurso, segun la costumbre de los anabaptistas, dejándose arrastrar por su inspiracion. Pidió perdon para su hija, sobre la cual, decia, el ángel malo habia osado algun tiempo descargar su influjo. Volvió la vista hácia Monkton, abandonado por su mujer; y herido de esta situacion que le conmovia, empezó una fervorosa plegaria, en la que imploraba el mismo socorro y la misma misericordia para él.

« El mismo monstruo ha ajado su dicha: el mismo hombre que el demonio habia elegido por instrumento de sus designios sobre mi hija, ha anatematizado su vida. ¡Dios eterno! haz penetrar hasta su corazon tu soplo consolador; vuélvele, como á la mujer pecadora, la paz de la existencia y la inocencia del alma. Renazca para ellos del seno de la desgracia una vida mas feliz y mas pura; sepa perdonar él, y arrepentirse ella. ¡Dios eterno! derrama los tesoros de tu gracia sobre esta casa donde no resuenan los acen-

tos de la alegría, donde los corazones están tristes, donde un día de bodas parece un día de luto. »

Monkton, intrépido militar, cuyo espíritu era muy limitado, pero entusiasta, no pudo contener sus lágrimas. Reinó un largo y profundo silencio, porque se sentían todos conmovidos. María se volvió á sentar sin pronunciar una palabra, y Monkton, con los ojos húmedos de lágrimas, abrió la ventana para respirar con mas libertad. En esto se acordó James Warner de su promesa, y suavizando un poco su voz, naturalmente destemplada:

« Padre, dijo, creo que es tiempo ya de partir; oigo el ruido de los coches que vienen á buscarnos. »

Oíanse en efecto pisadas de caballos, y una berlina se detuvo ante la casa de Ebenezer: levantáronse todos, y hasta María corrió á la ventana, y se inflamó súbitamente su frente pálida. Habían abierto la puerta de la entrada, y se oía el rumor de pasos que subían rápidamente la escalera. Ruperto entró, ó mas bien, se precipitó en la sala, pálido, trémulo y tan demudado, que nadie sino María podía haberle conocido.

« ¡Alabado sea Dios! exclamó, ¡he llegado á tiempo! »

Luego, estrechando á María entre sus brazos, y contemplado con ojo altivo á todas las personas que le rodeaban, volvió sus miradas, llenas de amor y compasion, sobre la pobre niña.

« Señor, dijo á Ebenezer, vengo á reparar los males que os he hecho. ¿Cuáles son los derechos del que dáis por esposo á vuestra hija? ¿Los habeis comparado á los míos? ¿Es rico? pues bien, mi fortuna es mayor que la suya. ¿La ama? pues bien, yo la amo mil veces mas de lo que puede amarla. ¿Le ama ella? Mirad estas pálidas mejillas, esta frente descolorida, este ojo sin brillo, esta desesperacion escrita en las facciones de la niña; escuchadla, apenas puede pronunciar sin terror el nombre del que le dáis por marido. ¿Me ama á mí? Responded vos que sois su padre, responded vos que sois su hermano; ¿no lo sabeis? ¡y que Dios me abandone para siempre, si no merezco el amor que ella me tiene! ¡Sea mi mujer! no pronuncieis, ¡en nombre del cielo! un divorcio que el cielo no os perdonaria jamás; os lo suplicamos entrambos de rodillas.

— ¡Lejos de mí, profanador! exclamó el novio Zacarías.

— ¡Lejos de nosotros! repitió el padre. »

En cuanto á las viejas señoritas, todos sus anatemas se concentraban en sus miradas, que hubieran anonadado á Ruperto, si hubiesen podido comunicarle el magnetismo de su voluntad. Solo un hombre callaba, y este era Monkton, que, apoyado siempre en la ventana é inmóvil, parecia estar jugando con el cuchillo con mango de ébano que habia servido para cortar la empanada del niño. Desde el momento en que habia aparecido Ruperto en el salon, el oficial irlandés le habia reconocido; sin embargo no se habia movido de su sitio, y sus labios marmuraban

apenas algunas palabras de ira y desprecio.

James se lanzó sobre su hermana para arrancarla de los brazos de Ruperto; mas este, con la fuerza sobrenatural que da siempre la energía de las pasiones, derribó al hermano, rechazó á Zacarías, que fué á caer sobre los dos siglos femeninos, y arrebató á la niña desmayada. Habian descendido ya la escalera de la casa, y Ruperto depositaba su preciosa carga en el coche, cuya portezuela tenia abierta un criado, cuando se presentó un hombre furioso á la puerta de la calle: era Monkton. Empuñaba todavía aquella arma, que no habia soltado ni un momento. Ruperto habia colocado ya á la jóven en el fondo de la berlina, cuando cojiéndole Monkton por el cuello de la casaca:

«¿Se llama V. Lindsay? exclamó.

—Servidor de V., repuso Ruperto.

—Pues bien, esta palabra basta, » gritó Monkton clavándole dos veces el arma fatal en el corazon; Lindsay vaciló y cayó. Entónces el Irlandés blandiendo su

arma ensangrentada sobre la cabeza de la víctima:

«Mirame, le dijo, me llamo Henrique Monkton; ¿me conoces?

—¡Oh Dios! ¡he aquí tu justicia, he aquí tu justicia!» exclamó el moribundo en voz débil, y espiró.

Pocos dias despues, descendió María al sepulcro. No seguiré en todas sus fases la historia de los diferentes actores de esta tragedia doméstica. Otros dolores aguardaban á las canas del padre. James, el mal hijo, terminó sus dias en una cárcel. Henrique Monkton, citado ante los tribunales, fué tenido por loco y perdonado. En la aldea de Telfer se ve una piedra negra con el nombre de María Warner, y en el antiguo castillo de Lindsay, el magnífico sepulcro de su último descendiente: he aquí los únicos recuerdos que han dejado de su tránsito por la tierra estos dos seres, de los cuales el mas tierno, el mas virtuoso y el mas débil fué aniquilado y destruido, como sucede siempre, por el mismo amor de quien se habia hecho dueño de su destino.





Miguel de Cervantes Saavedra.

Miguel de Cervantes Saavedra nació en 1547, en Alcalá de Henares, provincia de Castilla la Nueva, de una familia noble, aunque poco favorecida por la fortuna. Cultivó la poesía desde sus primeros años, y todo el resto de su vida conservó una pasión irresistible á las musas. El gusto de su siglo, el ejemplo de sus compatriotas, la facilidad de su idioma, contribuyeron á prolongar la ilusión que se hizo él mismo acerca de sus talentos poéticos. En 1569, cuando aun se hallaba Cervantes en la flor de su edad, corrió á Italia á buscar allí la fortuna ó la gloria: entró al principio en el servicio del cardenal Julio Aquaviva, en calidad de paje; pero la guerra que se encendió entre los Venecianos y el gran Señor, le ofreció en breve un teatro mas digno de su nacimiento y valentía. Alistóse en las lecciones del duque de Paliano, Marco Antonio Colona, general de la armada que fué á socorrer la isla de Chipre. Esta expedición no tuvo buen éxito; pero al año siguiente la victoria de Lepanto restableció el honor militar de la cristiandad, y Cervantes contribuyó tambien por su parte á la gloria de esta memorable jornada, pues recibió una

herida en el brazo izquierdo que le dejó estropeado por el resto de su vida: memorable recuerdo que mas de una vez cita en sus obras, y que le sirvió al menos para halagar su amor propio, ya que no le abrió las puertas de la fortuna. Este contratiempo no entibió el celo de Cervantes, y en 1575 se hallaba sirviendo aun; pero al regresar desde Nápoles á España en el mismo año en una galera, le apresó el corsario *Arnaut Mami*, quien le condujo á Arjel y le retuvo entre sus esclavos. En esta horrorosa situación desplegó Cervantes los recursos de su númen y la energía de su carácter. Espuso valerosamente su vida para quebrantar sus grillos y los de muchos cautivos cristianos que estaban aherrojados con él; pero la empresa, dirigida con tanta habilidad como valor, se descubrió en el trance de su decisión. Una muerte pavorosa amenazaba á todos aquellos desgraciados, cuando Cervantes cargó jenerosamente con la responsabilidad comun, y sostuvo que el único culpable era él. Solo la esperanza de un buen rescate y la infatigable solicitud de los PP. Trinitarios pudieron salvar á tan jeneroso cautivo, quien,

tejos de a
que habi
yecto de
Arjel y a
la audac
se lo en
mil escu
mas los
rigurosa
que dice
en el Do
de sufrir
velos de
mar un
marcha
mamen
so, y n
ofrecia
vantes
edad de
verse q
sia, la
Arjel,
fortuna
alma a
ras obr
publica
puso p
riño. C
de una
La plu
sistenc
Lémos
do, fu
demos
por su
tan de
bre. I
de su
se vió
vinar
puebl
del ú
su m
blicar
nado
pues
talen
é inq
trado
el m
que
mas
cipe
Cár
turb
agov
la m

lejos de arredrarse con la imájen del terrible suplicio que habia visto tan de cerca, concibió el atrevido proyecto de sublevar á todos los esclavos detenidos en Arjel y apoderarse de la ciudad. Asustado el dey con la audacia de este hombre extraordinario, exigió que se lo entregasen, y pagó á su amo por él la suma de mil escudos. Desde este momento se remacharon aun mas los grillos de Cervantes, y se le sometió á una rigurosa vijilancia. Sobre este objeto puede verse lo que dice él mismo en la Novela del *Cautivo*, inserta en el *Don Quijote*. Ultimamente, despues de seis años de sufrimientos inauditos, fué rescatado por los desvelos de los PP. Trinitarios, que no cesaron de tomar un vivísimo interés en su suerte. Teniendo que marchar á Constantinopla el príncipe africano, sumamente inquieto, si dejaba un esclavo tan revoltoso, y no menos codicioso del crecido rescate que le ofrecian, cedió á todas estas consideraciones, y Cervantes regresó al seno de su familia, en 1581, á la edad de treinta y cuatro años. Fácilmente puede preverse que habiendo nacido pobre, la afición á la poesia, la profesion de soldado, y su permanencia en Arjel, no le permitieron dedicarse al aumento de su fortuna. No tardó en apoderarse el amor de aquella alma ardiente, y esta nueva pasion le dictó sus primeras obras. Verificóse su casamiento poco despues de la publicacion de la *Galatea*, en 1584, cuya novela compuso para manifestar sus votos al objeto de su cariño. Casóse con Catalina Salazar y Palacios, hija de una familia de Esquivias, provincia de Toledo. La pluma de Cervantes fué casi su único medio de subsistencia. D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, y el cardenal Sandoval, arzobispo de Toledo, fueron tenidos por protectores suyos; pero queda demostrado, por todas las circunstancias de su vida y por sus propias confesiones, que esta doble proteccion tan decantada solo le sirvió para no morirse de hambre. Este hombre extraordinario, tan célebre despues de su muerte y el mas glorioso timbre de su patria, se vió desdeñado por sus compatriotas, que no adivinaron su númen, y vivió en la mayor estrechez. El pueblo de su naturaleza no fué conocido hasta fines del último siglo, esto es, doscientos años despues de su muerte. Las primeras obras de Cervantes se publicaron antes de la muerte de Felipe II, en cuyo reinado se desdeñaron por sistema todos los ingenios, pues igualmente receloso este príncipe de los grandes talentos y servicios, no honró mas que á los frailes é inquisidores. Felipe III no fué mas jeneroso ni ilustrado; y con todo, la publicacion del *Don Quijote* es el monumento mas glorioso de su reinado. Cuéntase que las locuras del caballero de la Mancha distrajeron mas de una vez el carácter melancólico de este príncipe, quien, de todas las prendas de su padre y de Carlos V, su abuelo, no conservó mas que la imperturbable gravedad de entrambos. Cervantes murió agoviado de achaques y privaciones, en la capital de la monarquía, á la vista de un soberano que, á no ser

por él, nunca hubiera conocido el placer de la risa. La primera obra de Cervantes fué una novela pastoral intitulada *Fileno*; despues dió la *Galatea*, del mismo jénero que la primera, é impresa en Madrid en 1584: 2.º varias comedias, desconocidas hoy dia, pero que, si nos hemos de referir al autor, fueron representadas con aplauso: el librero D. Antonio Sancho reimprimó dos, *Numancia*, tragedia; y las intrigas de Arjel (1784). Estas dos piezas, á cual peor, no hacen muy sensible la pérdida de las demás, que ascenden hasta treinta, impresas en Madrid en una coleccion, en 1615, dos tomos en 4.º 3.º Doce novelas, en las cuales resaltan con amena variedad intrigas amorosas y la descripcion de costumbres. La de *Rinconete y Cortadillo* es una sátira de los Sevillanos, en cuya ciudad habia vivido Cervantes mucho tiempo. Estas novelas han sido reimpresas varias veces. 4.º *El viaje al Parnaso*, impreso en Madrid en 1614. Este poema está dividido en ocho cantos, obra débil, considerada bajo el aspecto de la imaginacion, y con una versificacion floja y prosaica. 5.º *Pérsiles y Sigismunda*, historia septentrional, impresa en Madrid en 1653, despues de la muerte del autor. Es una novela ininteligible y zurcida de lances inverosímiles. Fuerza es confesar que Cervantes, en su epístola dedicatoria al conde de Lemos, (escrita durante la última enfermedad del autor) le recomienda este parto de su vejez con una predileccion hartamente comun en los autores hácia sus composiciones mas flojas. 6.º *El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, cuya primera parte salió en Madrid en 1605, y la segunda en 1615. Esta obra es el único monumento que afianza la gloria de Cervantes. Traducido en todos los idiomas, ha quedado sin imitacion, así como no tuvo dechado. Las costumbres cambiaron; las ridiculeces que el autor quiso destruir, desaparecieron, haciendo lugar á otras. Sin embargo, el héroe de la Mancha escita aun el interés de los hombres de todos los paises, clases y edades. Es un libro que ha producido proverbios aplicables á todas las circunstancias de la vida. Los que poseen á fondo la lengua castellana nunca se cansan de leer el *Don Quijote*, pero los que no poseen esta ventaja no pueden disfrutar del hechizo del estilo, ni de la belleza de las alusiones, aunque no por esto dejan de recrearse con su lectura. Un héroe fantástico, y que á pesar de esto no se separa jamás de la naturalidad; nuevos caracteres creados y sostenidos con un talento peregrino; observaciones tan justas como ingeniosas, una sátirilla mordaz, una naturalidad esquisita, y el arte de la descripcion manejado con maestría, he aquí lo que constituye el mérito de esta concepcion verdaderamente extraordinaria, la cual, aunque tenga algunos defectos, vienen á ser la deuda comun de la humanidad. Cervantes era sin duda superior á su siglo; pero no se atrevió á luchar abiertamente con el raudal del mal gusto y de la moda. El autor de *Don Quijote* estuvo muy distante de gozar anticipadamente

de su inmortalidad; Cervantes no halló mucho estímulo en su país para apresurarse á publicar la continuacion del *Don Quijote*. Tuvo que calumniarse á sí mismo en un folleto intitulado el *Busca pié*, publicado con el objeto de despertar la curiosidad de sus compatriotas. «Esta novela», decia en su papel, bajo el nombre de un héroe imaginario, encierra una sátira de las personas mas distinguidas de la corte.» Así es cómo Cervantes supo sacar partido de la misma malignidad que se apresuró á leer su folleto, y que se desconsoló en extremo de tener que elojiar el talento del autor y la inocencia de su obra. Sin embargo, un tal *Alonso Fernandez Avellaneda* imprimió en Tarragona, en 1614, ocho años despues de la publicacion de la primera parte de Cervantes, una supuesta continuacion de *Don Quijote*. Con dificultad se concibe cómo se comparó esta despreciable rapsodia con la obra maestra de Cervantes. La obra de Avellaneda encierra una grosería repugnante; sus lances carecen absolutamente de interés, y su estilo es chabacano y monótono. Este anónimo descarga groseras injurias al ilustre Cervantes, llamándole *viejo manco*, *miserable*, *peneñero*, *charlatan* y *calumniador*; y cabalmente en la misma época en que la nacion española se envanecía con la gloria de sus armas, ultrajaba la envidia la gloria de un valiente y antiguo militar cuyos talentos honraban á su patria á quien sirviera con tanta jenerosidad. Quizá no mereciera citarse esta circunstancia de la ruin calumnia de Avellaneda, si hubiera sido él solo ú otros de su clase los que se hubiesen declarado contra Cervantes; pero habiéndole asestado tambien sus tiros los ilustres literatos Don Estévan de Villegas, Don Isidro Perales, Don Diego de Torres, y Don Juan Martinez de Sala Franca, no hemos podido menos de manifestar el hecho, que es la mejor refutacion de tan grosera calumnia. Aun en nuestros dias se ha reimpresso en Madrid el librote del licenciado aragonés, con un prólogo apolojético; pero esta especulacion de librero fué castigada con un menosprecio jeneral; y de dos siglos á esta parte la gloria de Cervantes ha ido siempre en aumento en todos los pueblos civilizados. Los Españoles han llegado á abrir los ojos á fines del siglo último, y el orgullo nacional ha recobrado todos sus derechos. Se han rejistrado los archivos de los conventos, de

las parroquias, y de los notarios públicos, para descubrir la patria de aquel hombre extraordinario, y por tanto tiempo olvidado: el laborioso académico Don Vicente de los Rios, encargado por su sociedad de escribir la vida de Cervantes, se ha dedicado á investigaciones muy minuciosas. Carlos III, á quien la España debe los primeros progresos que ha hecho en las bellas artes de dos siglos á esta parte, honró con su proteccion el celo de la academia de Madrid. Ocupáronse en levantar un monumento digno de Cervantes, publicando una solemne edicion del *Quijote*. Facilitó el papel una célebre fábrica de Cataluña, y se fundieron nuevos caracteres al intento: empleáronse los talentos de los grabadores mas hábiles y las prensas de Ibarra, tan ventajosamente conocidas por la magnífica edicion del *Salustio*, para reparar tan notoria injusticia. Nos falta advertir que el *Don Quijote*, esta obra tan ingeniosa y divertida, se escribió en un rincon de la cárcel, donde un alcalde de monterilla de un pueblo de la Mancha echó á Cervantes de resultas de uno de esos pleitos judiciales tan comunes en España: pero él se vengó de esta tropelia, haciendo del héroe de su historia un paisano de sus jueces, y escojiendo su país para teatro de sus hazañas. Despues de la edicion de Madrid de 1780, la mas buscada es la de Londres, Tomson 1738, 4 tomos en 4.º El entusiasmo por el *Don Quijote* fué tal en los países extranjeros, que Luis XIII quiso aprender el castellano para leer dicho libro en su lengua orijinal; y solo en francés se cuentan mas de diez traducciones magníficamente impresas y adornadas con finas y hermosísimas láminas. Al leer las producciones pastoriles de Cervantes, se echa de ver que cedía mas al gusto de su siglo que al impulso de su númen; de modo que, solo en su inmortal novela caballeresca, fué donde se dejó llevar de su ingenio creador. Cervantes murió en Madrid en 23 de abril de 1616, á los sesenta y nueve años de edad, enterándole, segun su voluntad, en la iglesia de las monjas Trinitarias de aquella corte. Todos cuantos le trataran lloraron la muerte de un virtuoso ciudadano, y los que en vida le desdeñaran, estaban muy lejos de creer que el *Don Quijote* de Cervantes fuese la página mas brillante de la historia literaria con que se honra la Nacion española.

Está en prensa el QUIJOTE adornado con OCHOCIENTAS LAMINAS primorosas, grabadas por los mas célebres artistas de Europa. Constará de dos tomos en 4.º del tamaño del MUSEO DE FAMILIAS, pero en letra mayor. Tambien se dará por entregas para facilitar su adquisicion á los menos pudientes.

Esta obra será un monumento erijido al númen inmortal, al Gran Cervantes, al autor del Quijote, que es la joya mas preciosa de nuestra Nacion.

Tambien se está preparando otra edicion semejante del Walter-Scott, que se dará en los mismos términos que el Quijote.

MORAL.

Fábricas de vicios y delitos al uso de los gobiernos (1).

LEED los periódicos de Londres por la mañana; asistid al sermón al medio día; escuchad por la tarde la conversacion animada que fija la atencion de vuestra familia; el texto mas comun, el objeto universal de todos los discursos, lo que sostiene la existencia de la prensa periódica, y despierta mas vivamente la atencion jeneral, es el *crimen*. Lo encontraréis en todas partes. Se pregona en las calles, se pone en escena, se canta en las baladas, se representa en estampas, y se le anatematiza desde lo alto de la cátedra. No hay semana en que el descubrimiento de alguna nueva atrocidad, la condena de algun reo no venga á entristecer el alma y á justificar las declamaciones del misántropo. Los pormenores de esta perpetua tragedia, mezclada con incidentes cómicos, forman la única lectura de una gran parte de los vecinos de Londres. Los tribunales, siempre abiertos, siempre ocupados, parecen darnos, con la publicidad de sus debates, una constante leccion de robo, de asesinato, de locura, de estravagancia, de barbarie: cuanto mas adelanta la civilizacion, mas multiplica el crimen sus hazañas. A medida que Londres se ensancha, que se elevan en su seno nuevos palacios, vienen á morar en ellos nuevos crímenes. Una corrupcion ajigantada ocupa todas sus avenidas; los instrumentos de la ley no bastan ya para la ejecucion de su deber; las columnas de los periódicos se alargan para contener una pequeña parte de estos anales de la perversidad. Si la posteridad nos juzga por estos escritos periódicos, donde se encuentran consignadas tantas horribles maldades, creará que el crimen tuvo aras en Europa, y que esta civilizacion tan decantada no fué mas que una sima de viles y sangrientas infamias.

¿De dónde nace este diluvio de vicios? ¿No tenemos oradores para que nos sermoneen, lejisladores para castigarnos, sociedades para atajar los vicios, asilos de beneficencia, vijilantes de día y de noche, espías y jurados, jueces y abogados, moralistas y dramaturgos? ¿No tenemos la cárcel, la picota, la argolla, la horca y las dilatadas llanuras de la Australia, prontas á absorber la hez de nuestra poblacion criminal? Durante el último año, ¿no se ha cuadruplicado el número de las iglesias, doblado el de los rever-

beros, añadido nuevos estatutos al antiguo código? ¿Han cesado nunca nuestros serenos de hacer resonar las calles con sus monótonos gritos? ¿Han abandonado acaso su oficio nuestros ministros de la ley sagrada? No. Todo se perfecciona; abundan los inventos útiles, pululan los libros nuevos. Bentham y Cobbett escriben, Wordsworth y Southey moralizan, y esto no impide que los agentes de policia traigan cada dia nuevos reos á las rejas de Bow-Street (2), no á cuadrillas, sino á bandadas. Somos el gran pueblo, el pueblo libre, el pueblo eminentemente moral, y sin embargo una voz lúgubre y universal nos repite incesantemente estas tristes palabras: *¡el crimen aumenta! ¡el crimen aumenta!* El presupuesto de nuestros vicios crece cada año, y cuantos mas obstáculos oponemos á este desastroso progreso, mas las maldades que pululan á nuestro derredor se burlan de nuestros esfuerzos, se rien de nuestras leyes, de nuestros sermones, de nuestros majistrados, de nuestros suplicios.

Casi estoy por creer que hay aquí dentro alguna equivocacion. ¿Quién sabe si, en vez de moralizarnos esta disciplina social tan decantada, nos vuelve mas inmorales? Leyes, sermones y medidas prohibitivas, ¿no provocan acaso el vicio que quieren reprimir? Esto es lo que vamos á examinar atentamente.

En Londres, donde los crímenes contra las propiedades son innumerables, el robo es el pecado universal; los crímenes contra las personas son mucho mas raros. Si se busca el motivo secreto de esta proporcion desigual en la estadística de las maldades, se reconocerá que nace del mismo carácter de los habitantes en sus ocupaciones habituales y en sus pasiones secretas. ¡Amontonar! he aquí el código, la biblia, el único voto de un Inglés: nacido en Londres, donde, desde que habita, se apodera de él la avaricia, dotado de un temperamento frio y de un espíritu calculador,

(1) Hemos traducido del opúsculo inglés *Babylon the Great* (Babilonia la Grande) este discurso que está rebosando filantropía y pone de manifiesto las causas que pervierten al pueblo en las ciudades populosas. No dudamos que será leído con interés por todos los amantes de la humanidad.

(2) Calle donde está la oficina de policia.

no conoce estas violentas agitaciones que hacen el homicidio tan comun en los pueblos del mediodia. La venganza, el odio, el amor, pasiones que impelen al asesinato á un Italiano ó á un Español, no tienen cabida en una alma inglesa. Así, el mercader de Londres, el mendigo de nuestras esquinas, el ladrón de nuestras carreteras, no asesinan sino en último recurso. *John Bull* (1), tomado en masa, es capaz de pasiones ardientes; como nacion, es terrible; individualmente, es un ente macizo, sólido, imperturbable, calculador, negociante, economista, amigo de sus comodidades, mas bien gloton que voraz, indiferente á todo, y tranquilo en su egoismo. Sus faltas y sus crímenes nacen de la avaricia, de la codicia, de la frialdad de alma. Llegad á Londres, sin conocer allí á nadie; no hagais sonar vuestros escudos, no hagais alarde de este lujo que despierta la codicia, y podeis vivir en él diez años sin que nadie se cure de vos. Es el pais del mundo en que el hombre tiene menos simpatía hacia su semejante. En las calles de esa moderna Babilonia, cada cual sigue su camino sin mirar á su derredor: si fueseis mortalmente herido, si inundaseis con vuestra sangre, todavía humeante, el pavimento de Bond-Street (2), ninguna alma caritativa vendria á socorberos. Pero tambien, merced á este imperturbable egoismo, podeis recorrer las calles mas desiertas ó las mas concurridas de la misma ciudad, y aunque anduvieseis vestido de africano, japonés ó cochinchino, aunque fueseis ridículo, jorobado, ó estuvieseis cubierto de andrajos, nadie haria alto en vos.

Sucede á veces que la misma codicia, el mismo anhelo de amontonar dinero, que reina en todas las clases de la sociedad inglesa, da nacimiento, en las clases inferiores, á crímenes espantosos, á homicidios, á envenenamientos. Pero estas escenas suceden casi siempre en las provincias, mas no en la capital. En Londres hay demasiada facilidad de robar sin matar, de ocultar lo que se ha robado, y de venderlo en seguida, para que el ladrón recurra á una violencia que espondria su propia vida. Londres es el paraíso de los rateros. Allí el robo es una profesion lucrativa, un oficio excelente, en que el provecho se hermana con la gloria. Pero despues de haber explicado de un modo vago y jeneral la naturaleza y las causas de esta preeminencia del robo en Londres, estendamos mas nuestro análisis, remontemos á las fuentes, veamos cómo se fabrican, por decirlo así, el crimen y el vicio entre nosotros. Entremos en el interior de las familias, y nos admiraremos de encontrar en cada casa, opulenta ó acomodada, una fábrica de robo permanente y siempre activa.

Nuestros lechuguinos quedarian muy atónitos, si alguien se llegase á decirles que sus elegantes retretes y sus comedores son la oficina universal de donde

salen la mayor parte de los reos que van á sentarse en los bancos de los tribunales. Nada, sin embargo, mas cierto. Forzados por sus costumbres de lujo á confiar á sus criados el cuidado de comprar los objetos que les son superfluos ó necesarios, ofrecen á sus subalternos una tentación perpetua, á la que es muy arduo resistir. El criado, el mayordomo, el despensero, conocen el estado de la fortuna de su señor, sus deudas, sus rentas, la irregularidad de sus pagos, su amor al placer, y le roban á porfía. Cuando le ven dar á una bailarina de la Opera cien libras esterlinas por una entrevista nocturna, un raciocinio muy natural, y que no deja de ser exacto, les inclina á creer que sus servicios, siendo mas útiles, merecen un salario igual por lo menos. Se entienden con el mercader, sacan un contingente de los deleites del amo. Su disipacion aumenta, en los que le sirven, el deseo ó mas bien la urgencia de sacar contribuciones de una bolsa que se abre con tanta facilidad, y se sanciona, ó por mejor decir, se legitima el hábito de robar. El mercader coopera al fraude del mozo, fraude que le es útil, y sirve para dar salida á sus jéneros. El criado gana en la mesa, el despensero en el abasto de vinos, el palafrenero en los caballos, el cochero en la reparacion y compra de los coches. El mayordomo sobresale á los demás, embrolla las cuentas y dilata los pagos cuanto puede, precaucion necesaria para que se borren los recuerdos, y para que el espacio de tiempo trascurrido tienda un velo sobre este pillaje doméstico. Tal es el doble fraude con que se les engaña, y así es como se introduce la miseria en las casas mas ricas. Al principio cada gasto crece de quince ó veinte por ciento, segun el grado de influjo que ejerce el criado sobre el amo, y en seguida aumenta el número de los objetos que se suponen necesarios, á proporcion de la desvergüenza y codicia de los subalternos. Viven todos en la abundancia; desperdician estos objetos inútiles, ó los venden muy barato; y aun (y en esto consiste lo sublime en su jénero) los revenden al mismo mercader á quien los compraron, partiendo con él el dinero del amo. La cuarta parte de los gastos, en las casas opulentas, se emplea de esta manera: y para las familias á la moda, esta dilapidacion asciende á mas de la mitad de su presupuesto anual. Allí es donde se dan bailes y conciertos; allí, donde todas las minuciosidades del lujo ofrecen un negocio fácil y abundante á la explotacion de los criados; allí es donde conspiran con el tapicero, el espejero, el ebanista, el florista, el confitero, y donde todos estos Locustos, encarnizados en su presa, devoran poco á poco los millones del patrimonio de sus amos.

¿Qué sucede con esto? que el hijo de familia viene á ser el criado de sus criados. La masa de sus acreedores, unida á la de sus criados, le estrecha y le sujeta con un apretón mas cruel y mas inevitable que el de la serpiente boa. Vasallo de sus locuras, criado de su misma indolencia, no puede evitar jamás esta tiranía que le abruma. Conozco mas de veinte lechu-

(1) *Juan Toro*, así llamau al pueblo inglés.

(2) Calle de Londres muy frecuentada.

guinos de buen tono, que primero se presentarían á la corte con chaleco pardo, que cambiarían de sastre; y si lo intentasen, la conspiración de todos los criados vengaría bien pronto al artista despedido: verían su paño superfino, quemado por el ácido nítrico, caerse á pedazos, y el primer criado no dejaría de repetirle todas las mañanas que «*este vestido sienta muy mal al Señor.*» A mas de esto, ¿cómo cabe dejar de ser parroquiano de un hombre á quien debe cuatrocientas ó quinientas libras esterlinas? Despues de haberse dejado robar por atolondramiento, se dejan robar por necesidad y por cálculo. Acuden luego los judíos; los usureros, buitres que devoran los restos de las grandes y pequeñas fortunas, corren á terminar la obra de los criados; y el hombre de buen tono arruinado va á espiar en algun arrabal, en una económico morada, su pródiga inesperienza.

De esta suerte se desmoraliza toda la clase de los subalternos: mercaderes, lacayos, toda especie de abastecedores miran el robo como un beneficio lejítimo y convenido. Sus hijos, sus hermanos, sus amigos participan de los despojos de las familias ricas, y esta espoliación jeneral destruye todo principio de probidad entre el pueblo. El lacayo, enriquecido por sus latrocinios, se hace dueño de la casa; se vuelve pródigo y gasta sin medida su mal adquirida fortuna, cae en la miseria y para en ratero de profesion. Si es tacaño y prudente, pasa el resto de su vida en adiestrar á los lacayos en este ejercicio. Tal es el torrente de vicio, de depravación é inmoralidad que cae de la alta sociedad inglesa en nuestras calles, en nuestras encrucijadas: tal es la primera y la mas fecunda de estas fabricas de maldad que nuestras costumbres organizan y sostienen.

Los criados de familias de mediana fortuna siguen el ejemplo de sus superiores, y roban en menor escala: pero el resultado para la moral es absolutamente el mismo, aunque el total de los robos sea menos considerable. Las criadas se entienden con la hortelana, el pastelero, la lavandera: tienen secretas relaciones de interés con el ropavejero y con los chalanes, á quienes venden todos los objetos de poca importancia que logran sustraer: en vano la económica dueña de la casa pesa por sí misma lo que manda comprar, y sujeta á su criada á la mas rigurosa vijilancia. Está dado ya el impulso; el ejemplo procede de mas alto; la necesidad de robar es inherente á la misma profesion. A mas de esto, la justicia nos obliga á confesar que esta última clase de criados puede alegar en su favor excusas admirables. Mal tratada, mal pagada, á veces mal alimentada; condenada á ejercicios penosos, serviles, que no traen consigo ningun recreo, ningun placer; sin consejos, sin apoyo, sin reposo, sería un heroísmo el ser virtuoso. Una jóven criada, espuesta á todas las tentaciones, sin esperiencia y sin educacion, ¿será nunca una Pamela? Ved ahí que viene la vieja jítana que le dice la buena ventura, y le predice un amante, un marido, hermo-

sos niños y mucha felicidad. ¿No puede sobrecargar un poco su libro de cuentas para pagar tan lisonjeras profecías? y si se presenta un galán tan diestro en seducir á las criadas como en hacer saltar los relojes y forzar las cerraduras; si, introducido en su casa el Lovelace de su oficio, abusa de su poder y de sus ventajas para robar á la propiedad del amo; si la misma niña, hecha cómplice ciega de su seductor, concurre al pillaje y roba á los que la pagan; ¿estas acciones, tan reprehensibles y tan culpables, no son sin embargo consecuencia forzosa de la servidumbre doméstica y del estado de nuestras costumbres?

Hemos procurado demostrar de qué modo el pueblo se desmoraliza en el seno de las familias ricas y pobres; y cómo, conduciendo la costumbre de desmoralización á todos los vicios, la raza de los criados infieles acaba por llenar nuestras plazas públicas de estafadores y ladrones. Todos los abastecedores que están de connivencia con estos criados, se pegan la misma mancha y contraen el idéntico vicio. El fraude se hace esencial al comercio. Supongamos que una quiebra destruya el establecimiento de este comerciante que ayuda á los criados á engañar á sus amos: como está acostumbrado á ganar por vías fraudulentas y secretas, continuará como ha empezado, y en tres meses le veréis figurar en Tyburn (1).

En todos los ramos del comercio, el arte de engañar al público se ha perfeccionado de una manera espantosa. Pasmaos ante estos tenderos que venden los objetos á un precio mas bajo que el de la plaza, y que haciendo el mismo gasto que los demás comerciantes, se enriquecen en pocos años. Una de dos; ó revenden mercaderías robadas, ó se arreglan de modo que puedan compensar la pérdida que sufren, vendiendo á precio mas alto tantos jéneros cuantos venden á un precio mas bajo que el valor real. Casi siempre sucede que combinan estos dos medios. Quitan diestramente de la vista el paño ó la tela que acabais de comprarles, y lo reemplazan con otro de inferior calidad: os engañan con el color, con la solidez del tejido; os estafan de todos modos. Quanto mas hábiles son los dependientes en el arte de seducir y engañar al parroquiano, mas se hacen apreciar de sus amos; y el jóven á quien han colocado sus padres en una tienda para aprender el comercio, aprende tan solo el fraude, el dolo y la mentira. Cuando sale de esta cueva, está perfeccionada esta educacion: feliz ó desgraciado, sigue la senda de engaño en que ha entrado; y si alguna tentativa de latrocinio, hartamente ó manifiesta, le pone en manos de la justicia, la horca está levantada para recoger su cadáver; los periódicos están prontos para registrar su nombre, su yerro y sus últimos instantes.

Pero, seme dirá, esta grande escuela de vicios que estáis mostrando abierta en todas las oficinas, no es ciertamente el gobierno quien la establece; es una

(1) Plaza de ejecución en Londres.

consecuencia aciaga, pero inevitable, de la codicia inherente á las costumbres de un pueblo que vive del comercio. Las instituciones inglesas no favorecen esta codicia fraudulenta; y si la iniciación de la juventud en la carrera del vicio es tan frecuente como desastrosa, si la mayor parte de los mozos de tienda, de las criadas, de los criados, acostumbrados á mentir y á engañar, son, por decirlo así, otros tantos *bosquejos* de ladrones, echad la culpa al carácter de una nación especialmente comercial, á quien arrastra y avasalla el deseo de la ganancia.

No; la fábrica de vicios mas peligrosa por la publicidad del ejemplo no es todavía la que acabo de señalar. Todos los gobiernos de Europa favorecen una, mucho mas culpable, mucho mas fértil todavía en resultados odiosos. El ajotaje sobre los fondos públicos no es mas que un juego de azar, donde la audacia, la mala fe y el engaño andan disputándose la victoria. En la Bolsa es donde el gobierno sanciona estas especulaciones sobre la palabra, cuyo ejemplo enseña al pueblo que puede ganar el dinero sin industria, sin trabajo, sin probidad. Allí es donde tienen cabida todas las mentiras, todas las astucias para asegurar al jugador la propiedad de su ganancia, y aumentarla. Allí es donde entroniza la inmoralidad su santuario. Cuando un joven ve á un jugador de los fondos públicos amontonar dinero á fuerza de mentiras; cuando observa esta lucha de codiciosos que solo procuran engañarse mutuamente; cuando reflexiona sobre esta gran casa de juego, puesta bajo la proteccion de la autoridad, bajo la tutela de las leyes, ¿no ha de creer que las mismas leyes consagran la mentira y el dolo? ¿Cuántos falsarios no han salido de esta escuela? Moralmente hablando, el que profiere un aserto falso con la intencion de asegurarse una ganancia, no es menos culpable que el hombre que firma, con el mismo objeto, bajo un nombre que no es el suyo. Nuestros jueces envían al último á la horca, y no castigan al otro. Pero en la mayor parte de las inteligencias, dos actos semejantes en sí mismos se confunden siempre; y este instinto de lógica natural (tan poderoso en el hombre) es el que ha hecho cometer un gran número de yerros que los culpables han pagado con su vida. Casi todos los falsarios son jóvenes. Provocados por el espectáculo de las riquezas que les rodean, por los gozes á que aspiran, poco escrupulosos en los medios de ajenciarse dinero, cometen un crimen, bien convencidos de que la mayor parte de los hombres con quienes viven son en efecto tan culpables como ellos, y que su falta es venial y perdonable.

No hablaré de la *lotería*, de las *casas de préstamo* y de *juego*, contra las cuales mas de un moralista ha fulminado sus rayos. Quiero descender hasta las fuentes de vicios menos conocidos y observados. Las miserables moradas habitadas por la clase indigente son, segun mi opinion, semilleros de vicios; es necesario haber tenido valor de visitarlas para conocer la in-

contestable verdad de mi aserto. Allí es donde, lejos de la vista de todos, en medio de la mas asquerosa miseria, se amontonan familias de mendigos y ladrones. En el fondo de estas calles oscuras (1) que parecen edificadas espresamente para ocultar el vicio, de estos callejones sin salida que no están ni empedrados ni alumbrados, es donde se traman la mayor parte de las maquinaciones contra la vida ó las propiedades de los habitantes de Londres. Los propietarios de estas casas peligrosas, ciertos de no poderlas alquilar jamás á jente honrada, no quieren arrojar de ellas la juntuza que las habita: nunca penetra en ellas ningun sereno, y las rameras establecen allí sus habitaciones: allí se ocultan los relojes de bolsillo y sobremesa y los pañuelos robados. Si se encuentran mezcladas algunas familias honestas en estas colonias de bandidos, la corrupcion las alcanza luego. Hijos, mujeres, jóvenes, ancianos, todos viven juntos en el hábito de la mendiguez, del robo y del crimen; aumentase esta poblacion sin perder sus honrosas tradiciones, y mientras que los filósofos y los legisladores ratiocinan sobre la perfeccion de la especie humana, continúa secretamente su depravacion. ¿Por qué no se aseguran asilos cómodos y saludables á la porcion indigente de la sociedad? El vicio se acompaña casi siempre con la suciedad y el mal estar. Procurad el bien estar de los hombres, y prepararéis su perfeccion moral.

Un gran número de estos infelices que habitan las guaridas de que acabo de hablar, pertenecen á la clase trabajadora: son albañiles, pizarreros, hombres de fatiga, carpinteros. Se les emplea durante una parte del año; pero ¿qué harán, en qué se ocuparán durante la otra? Vedlos allí sin trabajo, sin medios de subsistencia y sin socorros: han de morir de hambre ó hacerse ladrones. Cuando vuelve la estacion del trabajo, el estado de miseria á que se ven reducidos los coloca bajo la dependencia absoluta del empresario que los ocupa. Obligados á aceptar lo que les ofrece, no reciben de su avaricia mas que el *mínimo* del salario, para cubrir las primeras necesidades de la existencia humana. De esta corta suma escatiman la mayor parte para ir á consolarse en la taberna. Allí se envenenan y se enervan con un líquido rojizo y amargo que les vende el tabernero; su salud se menoscaba, disminuye su robustez, su moralidad se desvanece. Durante el curso de la semana el trabajador gasta de antemano el salario que ha de recibir el sábado por la tarde. Su familia va á perecer en el hospital, y él mismo no tiene otra perspectiva que Botany-Bay (2) ó la muerte en una carretera.

Salid de los arrabales de Londres en un hermoso día de verano, y quedaréis pasmado al ver tendi-

(1) *Lanes*. Encuéntranse estas calles sucias y estrechas en *Oxford Street*, *Bond Street*, y en las mas hermosas de Londres.

(2) Colonia donde envía el gobierno inglés á los mallecheros. Véase la pág. 288 del tomo I.



DE FAMILIAS.

dos en el camino, jadeando, macilentos y estenuados, centenares de hombres de edad madura que os piden limosna, aunque su mandil y su porte indican que no les falta trabajo. Estos son víctimas de la poca prevision legislativa y de la bárbara avaricia de los arrendadores. Privados de educacion y de principios, no conociendo del mundo mas que sus miserias, ¿creéis que se abstendrán de robar cuando tengan hambre y sed? ¡He aquí una jente muy dispuesta á ser mártir de la virtud, y á sacrificarse por la sociedad que la desecha! No; aprovecharán como un favor de la fortuna la primera ocasion que se les rodee, de enriquecerse á costa ajena.

Si se resumen los hechos incontestables que acabo de apuntar, y se atiende á que el vicio, ora protegido por el gobierno bajo la forma de dolo y mentira; ora sustentado en el hogar doméstico bajo la forma de provechos secretos y fraudulentos; ora alimentado por estas supuestas costumbres comerciales, que presentan el robo como una ganancia lejitima, se aumenta todavía con las causas locales que he referido mas arriba; si se junta el hambre á este gran manantial del crimen, nadie se admirará ya de ver á la capital de la Inglaterra invadida por un espantoso progreso de crímenes; y solo estrañará la fria ceguera de los lejisladores, causa de su obstinacion, en no curar ninguna de estas profundas llagas que roen el corazon de la sociedad.

Sería una obra muy curiosa, un documento indispensable para la historia de la naturaleza humana, la fiel relacion de las diversas gradaciones de vicio y de crimen, á que sube, desde su infancia hasta el momento de su muerte, uno de estos infelices que, nacidos en la miseria, acaban por caer bajo la mano ferrea de la ley. Sin un documento ó un estudio de este jénero, la lejislacion y la filosofía quedarán siempre incompletas; no tocarán jamás al blanco; jamas sus especulaciones ó sus juicios, fundados en el conocimiento de los hechos en su realidad, remediarán unos males cuyo principio se oculta á los ojos de todos. Desde su primera edad, se encuentra, en el alma del predestinado al crimen, enteramente desarraigado el sentimiento moral: su modo de ver el bien y el mal es vago é indeterminado. Conforme va avanzando en la carrera y crece en la perversidad, disminuye y se debilita su sentido moral: todo cambia de aspecto á sus ojos. El bien se convierte en mal para él, y el mal en bien. Se hunde en sus pensamientos criminales; la sociedad le maldice, y bien así como el ángel caído de Milton, no tiene mas que un orgullo invencible por conciencia y por virtud,

La necesidad del odio, el deleite de dañar (1).

Como el vicio está siempre concentrado en su corazon, los demás hombres no ven nada que les re-

(1) Paraíso perdido, capítulo 3.

vele sus movimientos ni sus progresos interiores. No saben cómo se forma por grados una alma viciosa; no ven sino la falta y el castigo, el desenlace del drama, la última página de la historia, el efecto sin causa, el robo y el cadalso. Así es cómo están preparados y fundados todos los juicios humanos. Así es cómo se escriben los anales de los tribunales y de los imperios. Yo he visto á un paisano que queria saber qué hora era, comprar pieza por pieza todas las ruedas de que se compone un reloj, las agujas, el vidrio y la caja. Tenia todo el reloj, y sin embargo el pobre no estaba mas instruido que antes.

Figuraos un niño de seis años, dado á luz por uno de estos infelices que he pintado mas arriba, criados en esas barracas hediondas ó dormidos como irracionales en las orillas de un camino. Su padre, muerto en el hospital, no ha podido hacerle tomar un estado; sus dos hermanas son criadas en los arrabales de Lóndres; en cuanto á nuestro héroe, solo tiene un recurso para ser virtuoso; perecer en la inaccion. Se muere de frio, el hambre le devora, y su escueta es una holgazanería perpetua. Empieza por robar un pedazo de madera, una manzana, por destruir algunas pulgadas de seto vivo para defenderse de los enemigos que le asedian. La necesidad le justifica, y ciertamente que en la pequeña guerra que empieza contra la sociedad, no es él quien tiene la culpa hasta el presente. Sin embargo, la inmoralidad empieza con estos actos de fraude y violencia; bien pronto ejerce su nueva industria, la única que se le permite, con mas destreza y audacia. Los vecinos le tratan de niño mal criado; sus parientes, si los tiene, no cuidan de corregirle y advertirle; los serenos le recojen, le llevan en triunfo como un preso de estado, y le hacen comparecer delante de un juez de paz bien alimentado, de color sano, de ojos adormecidos, y de fisonomía grave y sombría. El pobre niño, que no exigiria, para venir á ser un miembro útil de la sociedad, sino ser bien vestido, bien tratado, que se le instruya en sus deberes, y que no se le deje morir de hambre, llora amargamente. ¡Ay! ha robado peras ó manzanas, y se le envia un mes á ensayar el aprendizaje de vicios en la cárcel comun; se le condena á ser semejante á los hombres depravados entre quienes va á vivir. Se le veda que vuelva jamás al camino del bien. Le cierran su pobre casa, ajan su nombre, y ya no oye hablar sino de esas hazañas lucrativas que son un objeto de triunfo para los rateros. Compara con esta fuente de ganancias peligrosas, pero considerables, la miserable vida que arrastra, y su suerte queda resuelta. Cuanta mas enerjía natural, talento, destreza, valor y audacia tiene, mas fácil es corromperle. Al estremo de esta carrera en que se lanza, se levanta el fatal instrumento del suplicio; y él camina hácia este estremo de crimen en crimen, sin remordimientos, sin pensar en el bien: y cuando ha dado la hora aciaga, sus compañeros le exhortan á manifestar valor:

el pueblo mira, el sacerdote predica, los rateros ejercen su oficio entre la muchedumbre, y el verdugo el suyo; se apresuran, se empujan, se codean, se derriban; y el legislador, asustado del progreso incesante de los crímenes, sin buscar su causa, sin subir á su origen, se contenta con añadir algun nuevo aguijón á la férula de las leyes, alguna nueva ordenanza penal á los antiguos estatutos.

Y ya que las medidas prohibitivas no producen ningun resultado, ¿no se podria probar otro camino para atajar los progresos del vicio? Ya sabemos qué efecto producen la amenaza y la presencia de las leyes criminales; sepamos pues el que produciria su ausencia.

He demostrado el modo con que se fabrica el vicio en nuestras tiendas, en nuestras familias, en nuestras cárceles; de qué modo el gobierno y las leyes mismas concurren á hacer ladrones y á infestar de inmoralidad clases enteras de ciudadanos; he descendido, en cuanto he podido, al fondo de este abismo, para descubrir las mismas fuentes de donde salen tantos actos de depravacion y desespero: es evidente que nuestras instituciones favorecen al vicio, con su imprevisión y su cruel desprecio de la humanidad; que las clases superiores de la sociedad lo alimentan á su vez con su pródiga indiscrecion y su brillante inmoralidad; que la situacion de nuestros proletarios les condena de un modo casi inevitable á traspasar la ley y á sufrir el castigo que la misma impone; en una palabra, que hacemos culpables para castigarlos. Iré mas lejos todavía, y pues he tomado el empeño de desarrollar en sus causas secretas y en sus resultados lejanos estas iniquidades tan numerosas, no olvidaré ninguna de las fuentes de vicio que mi observacion me ha dado á conocer.

Al prometer al agente de policia una recompensa y un premio por cada culpable que detenga, la ley alienta evidentemente las maldades: el mismo agente de policia es un hombre vicioso á quien ningun escrúpulo puede contener, y cuando encuentra su interés en ver aumentar el número de delinquentes, no creais que se ocupe en mejorar moralmente á sus semejantes. Si el ladron á quien sorprende *in fraganti*, le paga jenerosamente, le suelta; si encuentra mayor interés en entregarlo á la justicia, le conduce delante del juez. De esta combinacion resulta una connivencia inevitable entre dos clases de hombres que parecen no tener ninguna afinidad entre sí. Un interés mutuo establece un punto de contacto entre el delator y el ladron. El delator anima y alimenta el robo, lo protege aun de cuando en cuando, bien así como un cazador experimentado protege la propagacion de las razas que pueblan sus bosques. El ladron por su parte dirige al espía y lo paga, y á veces le entrega sus compañeros para merecer su proteccion y su benevolencia. Aun despues del arresto del delincuente, el espía, llamado como testigo ante el tribunal, puede salvar ó perder al que prendió; y este último,

cuando la infidelidad del agente de policia le ha ajenado su gracia, puede, por medio de diestras revelaciones, servir á los intereses de su aparente enemigo, que ha parado en cómplice. Así es cómo en las operaciones quimicas se ven dos sustancias heterogeneas obligadas á ligarse por la introduccion de una tercera sustancia que destruye su antipatia y las une disolviéndolas. De aquí nace un doble manantial de iniquidades y de crímenes impunes. Los bandidos confian burlar el rigor de las leyes, seduciendo á sus satélites; y estos hacen entrar en la lista de sus emolumentos el dinero que deben darles los malvados que prenden. ¿No es esto, pregunto, una fabrica de vicios harto activa y fecunda?

Aun hay mas; el robado, que sabe cuán lentos y costosos son los procedimientos de la justicia, prefiere dirigirse al agente de policia antes que á los tribunales. Por este último camino gastaria dinero sin alcanzar nada; y merced al agente de policia que tiene constantes relaciones con los rateros, está casi seguro de encontrar una parte, corta, es verdad, de su propiedad robada; lo que siempre vale mas que nada. El agente de policia recibe de dos manos, saca contribucion del ratero y del robado, y prosigue su comercio.

Pero, preguntaréis, ¿una vijilancia mas activa no descubriria al ladron? No: apenas el objeto robado se quitó de las manos de su lejítimo dueño, cuando pasa á otras manos, y la destreza de los bribones sabe burlar con admirables astucias los obstáculos que se le oponen. Colocan, por ejemplo, un falso testigo cerca de la escena donde ha sucedido el robo; su deposicion mentirosa engaña á la justicia: se escribe gravemente su declaracion; se arrestan personas muy inocentes; se examina, se pregunta, y en tanto que la penetracion de los jueces está enteramente absorbida en esta farsa ridícula, el objeto robado pasa de mano en mano, viaja de una tienda de ropavejero á otra, y el autor del robo se encuentra en completa seguridad: la justicia solo trata con rigor á los ladrones de segundo orden, á los instrumentos del robo, á los miembros de la cuadrilla. En cuanto á los jefes de la honrada profesion, son demasiado diestros para dejarse prender, demasiado experimentados para no huir de las pruebas que les abrumarian, demasiado ricos para no ser respetados y rescatados por los espías á quienes pagan. Ciertamente una sociedad así organizada ha de ser el blanco de graves reprensiones. ¡Qué! ¡no cabe ser pobre y honrado en una ciudad como Lóndres! Recorred las calles de esta gran ciudad; ¡cuántos miles de hombres no encontraréis en ellas que carecen de patrimonio y de industria, precisados á vivir de manejos y limosna, sin esperanzas, sin objeto, sin idea fija! Fluctúan, por decirlo así, en la superficie de este océano tempestuoso, cual naves sin mástiles, sin velas, sin remos, sin áncoras, sin jarcias. Todos sus esfuerzos para ajenarse un medio de subsistencia han sido vanos;

nadie cuida de ellos: tal vez han ocupado una posición honrosa y gozado sin prevision de los placeres de la vida. Un revés súbito de fortuna les ha arruinado: el aislamiento, la desnudez en que se encuentran tienen un no sé qué cien veces mas horrible que la situación del viajero perdido en una selva virgen de América. Al menos este puede arrancar algunas raíces que aliviarán su hambre; al menos puede romper un tronco de encina para defenderse contra las fieras. Pero en una gran ciudad, cada pulgada de tierra tiene su dueño, cada pedazo de hierro ó de madera tiene su propietario. No le queda al hombre lanzado en esta populosa soledad sino el aire denso y nebuloso que cubre la ciudad, el suelo helado que pisa y el agua negruzca del Támesis: puede escojer su jénero de muerte, ó robar á su prójimo, esperando que los tribunales le desembaracen del peso de la vida. Si no pertenece á ninguna parroquia de Londres, nadie le dará un pedazo de pan... ¡No deben indignarse las almas generosas, cuando piensan en estas instituciones que dicen al hombre indigente y sin recursos: « *Se criminal, ó muérete de hambre!* »

Los Montes de Piedad y las cavernas de esos prestamistas sobre prendas allanan el camino del miserable hácia la ruina, el crimen ó el suicidio. Empieza por empeñar algunas alhajas superfluas, con la esperanza de retirarlas luego. Durante algun tiempo vive del dinero prestado: la miseria continúa; los objetos mas preciosos y necesarios van por su turno á llenar la tienda del usurero; todo se perdió; la familia se encuentra sin vestidos, sin camisas, sin nada. No le queda otro recurso que mendigar y robar. Las mujeres, cuyas pasiones son mas ardientes y las ilusiones mas vivas, son sobre todo victimas de este fraude autorizado por la mayor parte de los gobiernos, y practicado abiertamente por algunos. Siempre que paso por delante de esas tiendas de prestamistas sobre prendas, que ostentan con orgullo los despojos de esos infelices á quienes han robado, mi corazon se estrecha y las lágrimas humedecen mis ojos: veo en esos detestables trofeos la ruina de las familias, el crimen, el robo, el homicidio, la mendiguez, todas las plagas que nos inundan.

Cerca de todos los teatros, y no lejos de los tribunales de policía, hay tabernas (1) habitadas por ramera y petardistas. El gobierno saca de esas madrigueras una tasa enorme, y alienta unas sentinas de desórden y de rapiña. Allí el jóven provincial que acaba de saltar en tierra se deja desbalijar por sus nuevas amistades. Deleites brutales que él tiene por placeres de Londres, preparan su desnudez; juega y pierde; rodéanle sirenas de encrucijada, y sale de estos lugares horribles con los bolsillos vacíos, la salud destruida, golpeado, despojado de sus vestidos. Las mujeres hacen el primer papel en estas casas que se

toleran y que ninguna administracion moral deberia dejar subsistir ni un solo dia. Ellas son las que cautivan al provincial, las que le incitan á jugar largo, le embriagan y le adormecen con bebidas narcóticas. Si repara que le engañan, ellas son las que con sus gritos lastimeros reúnen la muchedumbre, ocasionan la confusion y el tumulto, y favorecen de esta suerte los proyectos de sus amigos, siempre dispuestos á pescar en rio revuelto. Se ve hasta á los nobles pares y miembros del parlamento frecuentar estas miserables tabernas, y asociarse con los *boxers* ó luchadores que las habitan, raza bárbara, sanguinaria, de que felizmente el pueblo empieza á desconfiar.

Los marineros, los cómicos, los soldados tienen tambien sus tabernas predilectas, donde se ejercen las mismas rapiñas, donde pulula tambien el robo. Los espías tienen igualmente su punto de reunion, donde se ponen de acuerdo con el pueblo ladron que están encargados de perseguir. Allí se traman las maquinaciones con cuyo medio se engañará á la justicia: allí es donde preparan los testigos falsos sus declaraciones, donde se trata del precio de la restitucion de los objetos robados, se decide qué camarada será sacrificado, cuál será salvado; allí, en ese santuario del vicio y de la perfidia, es donde se fija de antemano la suerte de los ladrones y de sus víctimas.

Pero las mas estrañas y raras de estas cloacas son los mesones situados en los barrios apartados del centro de la ciudad, donde se reúnen los miembros de esta honrada profesion, despues de terminados sus altos hechos. Estos lugares pertenecen, por lo regular, á algun jefe de la cuadrilla, bandido anónimo, muy apreciado en su barrio, rico, que goza de consideracion, desconocido de sus agentes, en relaciones con la policía, y verdadero déspota de los infelices que le enriquecen esponiendo su vida y su libertad. Los espías conocen muy bien esos escondrijos que el público ignora, pero se guardan de descubrirlos y de perder de esta suerte uno de los manantiales de sus ganancias.

Uno de mis amigos, dueño de un reloj muy curioso que habia pertenecido al célebre Lord Lovat (1), y que traia las iniciales de este hombre singular, lo llevaba consigo, para hacerlo recomponer por un relojero del Strand. Cuando hubo llegado á casa del artista, vió que le habian robado, y que el reloj no estaba ya en su bolsillo. Al momento corre á casa de uno de sus antiguos condiscipulos, á quien estraños acontecimientos habian reducido á meterse á agente de la alta policía de Londres. Declárale lo que le acaba de acontecer: el agente le pregunta sobre el camino que ha tomado, el tiempo que ha empleado en recorrerlo, y le promete que le encontrará su reloj mediante cinco guineas. « Las traigo encima, le dijo mi amigo.

(1) Lord Simon Lovat, estraño personaje, escritor político, que, empleado en tiempo de los Estuardos en la diplomacia secreta, perdió la cabeza en el cadalso, á principios del siglo XVIII.

(1) Flash-houses, casas de brillo.

—Pues bien, le repuso el otro, seguidme: lo que voy á enseñaros vale el dinero que acabais de perder.»

Su guía se internó en este laberinto de calles sombrías que llaman la Ciudad, y despues de una infinidad de vueltas, llegaron á una casa destrozada, cuyos postigos cerrados anunciaban el abandono y la soledad. Habia un agujero en uno de los postigos, al cual el oficial de policía aplicó los labios y pronunció algunas palabras que mi amigo no pudo comprender: le contestaron desde dentro con el mismo incomprensible lenguaje, y la guarnicion que habitaba la plaza se decidió á dejar entrar á los dos parlamentarios. Entreabrióse la puerta y volvióse á cerrar al momento; y nuestros aventureros se encontraron en una completa oscuridad.

El oficial de policía tomó á mi amigo por la mano y le dijo: «Yo les conduzco un extraño, lo que no les gusta mucho, y por lo mismo se dispensan de alumbrarnos. Por lo regular son mas cortesés; pero venid conmigo, y no temais.»

Al extremo de un largo corredor oscuro, abrióse una puerta al agente de policía y á su protegido, y entraron en un grande aposento, donde se veía confundida una poblacion de todas edades y sexos. Los ladrones no manifestaron ningun temor, y estoy cierto que entre aquellos habitantes el que estaba menos tranquilo era el propietario del reloj. Unos jugaban á los naipes, otros fumaban; algunos, retirados en los rincones mas oscuros, parecían maldecir la fortuna que habia burlado sus esfuerzos durante el dia. El mismo aposento parecia servirles de cocina, de salon, de dormitorio y de comedor. El oficial de policía preguntó si podria ver al capitán J. Fueron á informarse, y pronto volvió el mensajero á rogar al oficial de policía y á mi amigo que se tomasen la pena de subir.

El capitán estaba muy bien alojado, y sus muebles anunciaban la riqueza y hasta el buen gusto. Era un hombre de mediana edad, de fisonomía hebrea, pero agradable, cortés y gracioso en sus modales. El agente le espuso el objeto de su venida. El capitán pidió á sus huéspedes el permiso de dejarles un momento. Durante su ausencia, mi amigo iba á empezar una disertacion bastante agria sobre el robo y su encubrimiento; pero su guía le cortó la palabra, enseñándole un largo tubo acústico que comunicaba con los aposentos inferiores.

No tardaron en ver entrar al capitán J., quien les dijo que, mediante cinco guineas pagadas de antemano, se encontraria y devolveria el reloj á su propietario. Mi amigo depositó la suma convenida, y el capitán le previno que se hallase al dia siguiente, á las diez de la mañana, delante de la iglesia de San Jorje. Entró en el aposento una jóven criada ojinegra, puso algunos refrescos sobre la mesa, fijó en mi amigo una mirada penetrante, y desapareció. El agente de policía le hizo salir de la casa por una salida diferente y que daba á otra calle, y al dia siguiente no dejó de encontrarse en el lugar de la cita. Despues de haber es-

tado esperando algunos minutos, pasó por su lado una señorita ricamente vestida, puso un paquete en su mano, y prosiguió su camino. Esta mujer era precisamente la criada del capitán, y en el papel que le habia entregado venia envuelto el reloj de lord Lovat.

Al encabezar este artículo con el título siguiente: *Fábricas de vicios y crímenes al uso de los gobiernos*, mas de un lector atónito habrá creído poderme acusar de paradoja y misantropía. Sin embargo, he probado hasta la evidencia la verdad de mi título. Organizada en apariencia para reprimir el crimen, la sociedad se encuentra en el hecho organizada para propagarlo. El rigor de los suplicios destruye en el pueblo el sentimiento de la piedad; el espectáculo de la opulencia le irrita; el hábito del fraude le desmoraliza; el ajotaje, parando en costumbre, sanciona la improbidad. Los ministros de las leyes no tienen ningun interés en que la nacion sea moral, antes bien lo tienen en que no lo sea. Todo concurre al mismo objeto: todo contribuye á borrar de los corazones el sentimiento de la equidad primitiva. Y no sucede esto solamente entre nosotros; lo mismo acontece en una gran parte del continente. Allá, como aquí, los ministros y sus dependientes se aprovechan á menudo de los secretos del estado en que están iniciados, para hacer inmensas y fáciles ganancias en la Bolsa, y enriquecer á sus queridas y parientes. Se cita uno de ellos que solia comunicar sus mas interesantes despachos á cuatro ó cinco conocidas, pagando de este modo sus atenciones. Pero lo que parecerá aun mas monstruoso, soberanos y príncipes, dueños de inmensas rentas, las encuentran insuficientes y firman libranzas secretas sobre las casas de juego, cuyas ganancias no se avergüenzan de partir con los que las arriendan. ¿Queréis mas? estos hombres que, cansados de la vida, la desechan como una carga inútil; estos suicidas de que todos los periódicos hablan con horror, no son generalmente mas que desgraciados que, colocados entre el crimen contra la sociedad y el sacrificio de sí mismos, mas quieren atentar contra su vida que dañar á otro.

Si se me pregunta qué remedios propongo contra un estado de costumbres tan deplorable, responderé: una legislación mas suave y mas sencilla, la perfeccion moral de las clases superiores y el derramamiento de las luces. Tributemos las gracias á esta sociedad de que Brougham es el jefe, y que tiene por objeto el derramar el gusto de la instruccion entre todos nuestros conciudadanos. Nunca intenciones mas benévolas y puras fueron coronadas con un resultado mas noble. Si, como lo espero, los propagadores de esta jenerosa empresa alcanzan el éxito que merecen, si el mercader en su escritorio, y hasta el hijo del necesitado aprenden á estimar algo en el mundo antes que la ganancia y el dinero; si esta necesidad de adquirir y esta iniquidad en los medios de ganar desaparecen ante las inclinaciones mas nobles que inspiran al alma humana el desinterés y el amor de la justicia; si

el pueblo
ciudad, m
crímenes

Si que
de las ar
gua, de
mas abs
que no
tenia á l
de la civ
comerci
den ya l
ración d
por el c
nes de l
ca, es á
vamos á
hle aspe

Inven
á un gr
la, que
en su in
habitab
blacion
había d
es un
decir q
que no
cha. De
tan este
to mas
que oc
Hamm
de su
queria
visitas.
del nor
los via

(1) F
zada.

el pueblo se ilustra, en fin, será morigerado, y la sociedad, manchada por tan largo tiempo de sangre y crímenes, se verá rejuvenecida, por decirlo así, por es-

te nuevo bautismo, por esta purificación que solo la ciencia puede conferir á nuestra civilización decrepita.

VIAJES.

Un invierno en Laponia.

Si quedan todavía algunos enemigos del progreso de las artes, algunos entusiastas de la sencillez antigua, de la alta sabiduría que limitaba sus deseos á lo mas absolutamente necesario; de la feliz ignorancia que no sospechaba ni deseaba nada fuera de lo que tenia á la vista, dense ya por vencidos: el demonio de la civilización penetra por todas partes, pues el comercio, los objetos de lujo, y hasta los libros invaden ya la Laponia y amenazan al Spitzberg. La narración de la permanencia de un invierno en Laponia, por el capitán Brooke, comparada con las relaciones de los viajeros que antes hablaron de esta comarca, es á un tiempo objeto de estudio y de curiosidad; vamos á presentarla á nuestros lectores bajo este doble aspecto.

Invernó el capitán Brooke en la isla de Qualoen, á un grado del Cabo-Norte (latitud 70° 38'). Esta isla, que es de unas 60 millas de circunferencia, forma en su interior una alta montaña; solo sus costas son habitables, y en ella se ha edificado la pequeña población ó burgo de Hammerfost (1), cerca de una bahía donde los buques están en perfecta seguridad: es un excelente puerto bajo todos aspectos. Se puede decir que Hammerfost es la *Venecia del Norte*, porque no se puede ir de un barrio á otro sino en lancha. Desde que hubo llegado, proporcionóse el capitán este medio indispensable de transporte; y le era tanto mas necesario, por cuanto el primer alojamiento que ocupó estaba al otro lado de la bahía, delante de Hammerfost: su lancha, amarrada bajo las ventanas de su casa, estaba siempre preparada para cuando queria salir á pescar, cazar en las cercanías ó hacer visitas. Son tan transparentes las aguas en estos mares del norte, que igualan al menos lo que nos han dicho los viajeros de la transparencia de las del Mar-Rojo:

distingúense en ellas las diferentes especies de peces á grandes profundidades. Los pescadores del pais se han aprovechado de esta propiedad de las aguas para dirigir sus ataques contra los distintos habitantes del mar: el capitán Brooke nos da algunas noticias interesantes sobre la pesca de las platijas y algunos otros peces.

«Cuando la atmósfera está tranquila, saltan dos pescadores en una lancha: el uno armado de un harpon compuesto de dos hierros muy agudos y de dos puntas, clavados en una mole pesada y suspendida de una cuerda delgada, pero fuerte, y de algunas brazas de largo: el otro conduce la lancha haciéndola deslizarse ligeramente sobre el agua, y agitando los remos con mucha suavidad, por no causar ninguna agitación sensible: como el fondo de la bahía es de arena blanca, se descubren muy bien los peces. El del harpon aprovecha el momento en que pasa por encima de un grande pescado; deja caer el armatoste, y rara vez yerra el golpe. En seguida retira el harpon y su presa. Este trabajo, prolongado durante un par de horas, basta á veces para cargar la lancha de peces, algunos de los cuales no bajan de 500 libras. Péscanse mayores todavía, y los imprudentes pescadores que quieren meterlos en su lancha se esponen á volcarla.»

Durante la permanencia de Mr. Brooke, entraron en la isla de Qualoen y en la bahía y puerto de Hammerfost un gran número de buques mercantes. Brema, Flensburgo, Drontheim y otros puertos de Noruega enviaron allí algunos; pero apenas se descubrian entre la multitud de naves rusas venidas del Mar Blanco. Vió tambien el capitán dos hermosos bergantines ingleses que vinieran á cargar de pezpalo para la Holanda y el Mediterráneo; los cuales fueron despachados por Mr. Crowe, que ha venido á ser el agente jeneral de la correspondencia entre ese pequeño rincón de la tierra y lo restante del mundo civilizado. Su mediación ha proveído á los habitantes de la isla y á

(1) El establecimiento mas septentrional de la Europa civilizada.

una parte del continente vecino de las mercancías fabricadas en Europa, y ha facilitado el que las mujeres se hallasen en estado de añadir á sus prendas personales unos adornos que les caen á las mil maravillas. El viajero parece estar muy satisfecho del bello sexo de Qualoen: «Al ver, dice, aquellos tocados, aquella gracia, aquel tono de sociedad, apenas puede uno persuadirse que se halla á algunos grados mas allá del círculo polar.» En Hammerfost, un mercader inglés es apreciado de todos; puede contar con la mas sincera acogida: su partida hace derramar algunas lágrimas, y las mujeres esperan con viva inquietud que la buena estacion se lo restituya.

La poblacion lapona y finesa se divide en dos clases; en habitantes de las costas ó pescadores, porque todos lo son, y en montañeses ó propietarios de renjíferos. Estos pasan el invierno en las montañas, mas en verano descienden á las costas. El interior del pais, y sobre todo los inmensos bosques que en parte lo cubren, están de tal modo cubiertos de insectos, que ni el hombre ni sus rebaños pueden habitar en ellos. Además, están los Lapones muy persuadidos de que se menoscabaria la salud de sus renjíferos, si no vienesen á beber un poco de agua del mar. Luego que estos animales descienden de sus montañas y están cerca del mar, corren todos, y hasta los que nunca lo han visto, á beber con ansia de aquella agua salada.

En un pais en que la naturaleza, además de carecer de atractivo, es áspera y repugnante, el hombre se acerca mas al hombre, y saborea con mas placer las dulzuras de la sociedad. Las de este pais consisten en alegres horracheras y en conversaciones cordiales entre jentes honradas, á las que se entregan los habitantes con toda su alma. Todas las tardes el aposento del capitán era el punto de reunion de todos los placeres del pais. Se examinaban, se admiraban con éxtasis todos los efectos del viajero, sus registros, sus colecciones, sus libros: era á veces incómoda la afluencia de los curiosos, pero tiene tan buen carácter ese pueblo, es tan bondadoso, tan franco, que se puede tolerar con gusto la molestia que causa su celo. Mr. Brooke describe una de esas veladas que venian á pasar los huéspedes en su casa, y prueba que cuando se trata de apurar la copa inspiradora, la *vieja Noruega* se halla en estado de servir de modelo á la *alegre Inglaterra*.

«Una tarde todos mis buenos amigos de Hammerfost quisieron reunirse en mi casa con una abundante provision de ponche y de pipas. Los capitanes de los buques que habia en el puerto tomaron tambien parte en la diversion, de modo que la reunion era muy numerosa. Resonaba mi aposento con las ruidosas explosiones de aquellos pechos entregados á una grosera alegría é indiferentes al porvenir. Ví renovarse á mi vista esos antiguos dias en que nuestros abuelos, dignos émulos de Anacreonte, llenaban de baldon á la raza degenerada de los bebedores de agua.

Fuí testigo de hazañas tales, que cabezas mucho mas fuertes que la mia, se hubieran roto mil veces, antes que lograr igualarlas. Tuve pues mucho que hacer; el valor y la mas firme resolucion no me pusieron en estado de luchar con atletas como Tojed, Aasgaard ó Jentof. El primero era un gigante cuya fuerza prodijiosa no conocia rival en toda la Finlandia. Envuelto en el espeso humo de su pipa, apurando á largos sorbos el ardiente licor, era el alma de la alegre reunion. Acababa de llegar de Alten á donde le llamaban á menudo sus funciones de majistrado, y su vuelta á Hammerfost habia sido la señal de las diversiones. El ponche es el único licor que se bebe aquí; el vino no es conocido en Finlandia: á veces, sin embargo, se vende, bajo este nombre, una mala composicion de que se sacan algunas botellas de Brema ó de Flensburgo: pero los cuerdos mercaderes no se separan nunca del licor de su pais. En todas las familias, las mujeres poseen á las mil maravillas la habilidad de hacer el ponche, y luego que uno ha probado la bebida seductora que tan hábilmente preparan, es muy difícil que sepa usar de ella con moderacion. Se echa de menos el que ellas no beban de este delicioso licor, y que se contenten con llenar los vasos á medida que se van apurando. Las reuniones empiezan, por lo regular, á las seis de la tarde en verano, y á las cuatro en invierno, y no se retiran hasta las doce. Cada uno trae su pipa, porque el fumar es su primera necesidad. El ponche es para recreo, la pipa una necesidad; el último grado de miseria á que puede llegar un hombre es no tener tabaco. Estaba mi aposento tan lleno de humo, que apenas podian distinguirse las personas que me rodeaban.

«Preparáronse mesas de juego, y se jugó al *whist* sin dejar la pipa, y esto sea dicho para siempre. Los que no jugaban se paseaban lenta y suavemente de una parte á otra del aposento. Entónces el dueño de la casa ofreció el primer toast ó brindis á la salud de la *antigua Noruega*. Esta invitacion produjo un efecto eléctrico; llenáronse sendos vasos, trincóse á la redonda, y luego se pusieron todos á fumar: este era el modo de prepararse para oir los cantos nacionales, los cuales empezaron al momento.»

Toda poesía indijena es la pintura del pais y de las costumbres nacionales. Ni mas ni menos que un habitante del valle de Tempé, el Lapon canta las delicias de su pais, la feliz seguridad de que disfruta en sus montañas, la vida sencilla, que prefiere á todos los goces de que ha venido la fama á darle una idea confusa en medio de sus nieves y sus nieblas.

Mr. Brooke, como historiador escrupuloso que no omite nada esencial, describe las comidas, que son una parte fundamental de toda reunion de la noche. Todas nuestras costumbres están allí invertidas: se empieza por el té y por el pescado cocido: el último plato se compone de carne de venado asada ó de un cuarto de renjifero y salazones. En medio de esto vie-

ne tanto mejor la danza, en cuanto las mujeres no se presentan hasta que se deja oír el violín. Este instrumento es muy apreciado en Hammerfest: cada familia tiene su ministril, y la proposición de abrir el baile es siempre bien recibida. Además del vals y la polonesa, tienen los Finlandeses su danza nacional, y la *hopska*, especie de contradanza mas variada que la inglesa. De esta suerte pasó el capitán casi todas las tardes y parte de las noches, mientras ocupó su primer alojamiento á la otra parte de la bahía.

Los Lapones de las montañas son una raza distinta de los Noruegos, y su emigración hácia la costa empieza en junio: la tierra se halla entonces descubierta, han desaparecido ya las nieves, sus trineos son de tiro, y su emigración dura hasta el invierno. Los aparejos, inutilizados ya por la estación del calor, quedan depositados en un almacén cerca de la iglesia, y la familia se pone en camino con sus rebaños de renjíferos. En las costas del golfo de Botnia no descienden tantas como en las de la Noruega, porque son mas constantes allí las brisas del Océano, el aire es por lo mismo mas frío, y barren mejor los insectos, tan incómodos en los climas del Norte. El Lapon cuida ante todo de sus renjíferos y de su salud: tras esto viene el esmero de su propia persona. Cuando ha encontrado en la costa un sitio apto para la pesca, para alimentarse su familia durante el verano, levanta su tienda y se establece allí. Es un verdadero salvaje que os rechazará, si no tomáis la precaución de humanizarle con un regalillo de aguardiente ó de tabaco; pero si os presentáis con esta recomendación, obtendréis todo lo que está al alcance de esa especie de hombre. «La vainilla, dice Mr. Brooke, es espesa y dura, pero la almendra es buena.»

«La economía doméstica de los Lapones es muy sencilla, como es fácil de imaginar. ¿Quién lo creyera? el verano es para ellos el tiempo de la frugalidad, de las privaciones, y solo el invierno les devuelve la abundancia. Lejos de vivir entonces á espensas de su rebaño, no piensan sino en aumentarlo: es su provision de invierno. Conténtanse con su leche, hacen sus quesos, y no desperdician nada de los residuos de sus diversas preparaciones. No ordeñan á las hembras sino en verano; en las circunstancias proporcionadas, luego que han recojido la leche, reservan una parte para hacerla congejar: esta es otra de las precauciones contra los accidentes que pueden sobrevenir, durante los nueve meses de la estación rigurosa; y sobre todo es un objeto de lujo, muy apetecido de los golosos Lapones. Se asegura que adquiere en este estado de congelación un sabor muy agradable. Lo cierto es que se hacen considerables envíos de ella al interior; que los aficionados la compran á cualquier precio, y que este ramo de comercio se tiene por muy provechoso.

«El Lapon montañés tiene en mucha estima su leche; y como es de índole poco tratable, se logra difícilmente determinarle á ceder parte de sus provi-

siones. Sin embargo, con perseverancia y algunas chucherías dadas á propósito, obtuve muchos favores de los de mi vecindad. Mi cualidad de Inglés fué tambien una recomendación provechosa: en fin, me traían cada día mi pequeña provision de leche de renjífero, y confieso que la encontraba tan deliciosa, que aconsejo á todos los epicureos dignos de este nombre que hagan un viaje á la Laponia para probar esta divina bebida. Parece que el sabor perfumado de esta leche es debido á las plantas aromáticas de que se alimentan los renjíferos en este país, en esta época del año. En cuanto al color y á la consistencia, se parece á la nata de la leche de vaca; y es tan sustanciosa, que es muy difícil beber mucha, á pesar de su esquisito gusto, y es muy verosímil que no se entregaria uno impunemente á la seducción de un manjar tan apetitoso.»

Esta leche, tan agradable en su estado natural, da un queso muy ruin; ó tal vez los Lapones necesitarían recibir algunas instrucciones de los Ingleses, los Holandeses ó Suizos. Pero hasta ahora el capitán Brooke nos ha hablado mas del verano de la Laponia que de su invierno: sigámosle en una de sus correrías sobre la nieve.

«La mañana era fría y borrasca. Yo estaba fatigado y privado de descanso tiempo hacia. Iba á quedar abandonado á discreción de un renjífero salvaje, arrastrado á la aventura por las nieves de la Laponia, en medio de las tinieblas, é iba á recorrer tambien algunos centenares de millas: esta expedición no era de mi gusto, y no estaba menos inquieto que un novel caballero montado en un corcel fogoso, en el momento en que se dispara y traspasa un alto coito en persecución de una zorra. Alineamos nuestros trineos, el uno cerca del otro, y habiendo el conductor (*wappus*) terminado su tarea atándonos fuertemente á cada uno de nosotros á su trineo, saltó en el suyo, tocó ligeramente su renjífero con su correa, y partimos con la velocidad del rayo. Ni tuve siquiera tiempo para despedirme de un amigo, ni responder á sus benévolos deseos: él hacia sus votos por la felicidad de mi viaje, y no eran menos ardientes los que hacia yo en mí mismo para volver sano y salvo.

«La oscuridad no me dejaba ningún medio de dirigir á mi renjífero, y así le abandoné á su discernimiento natural, y siguió la hilera de los trineos. Pero hay otra dificultad que no habia yo previsto, y es el conservar en equilibrio esta débil máquina, é impedir que vuelque, y sea el viajero arrojado sobre la nieve. Las desigualdades de la superficie ocasionan multiplicados y violentos vaivenes, y el trineo da á veces saltos de muchas varas. Bien pronto fui echado de costado, trazando un surco en la nieve, muy embarazado de mí mismo y sin poder socorrer á algunos de mis compañeros de viaje, mas maltratados todavia que yo. En un declive bastante suave, á la entrada de un bosque de abetos, una sacudida me

echó el trineo encima, y fui arrastrado muy lejos en esta incómoda postura. Antes de este accidente, iba delante de la caravana; pero retardándose necesariamente la velocidad de mi renjifero, tuve la mortificación de verme aventajado por un gran número de viajeros, sin que ninguno de ellos pudiese detenerse y ponerme como debiera estar. Por fin, un Sueco de mucha experiencia y que dirigía su trineo con suma destreza, vino á ocupar el puesto que ocupara yo antes, mientras que yo era el objeto de la risa universal. Para colmo de mi desgracia, perdiendo el equilibrio, habia soltado los harnesses de mi renjifero; y á pesar de que estaban á una pulgada de mi mano, no podia cojerlos, tanto por causa de la rapidez de la carrera, como por la agitacion é incomodidad que experimentaba en situacion tan nueva para mí. Tuvo por fin que detenerse un momento en un grande espesor de nieve, y todo volvió á entrar en su orden. Acababa de hacer un duro aprendizaje; y como ya habia aprendido algo, me hallé en estado de escitar á mi renjifero y ganar el terreno que me habia hecho perder mi accidente.

« Me encontraba empero muy en zaga: no oia las campanillas colgadas del cuello de los renjiferos; no se veia ninguna huella, nada que pudiese guiarme: me hallaba enteramente á merced del animal, y tuve que abandonarme á su instinto, apresurando su carrera cuanto pude. Como nos hallábamos entónces en un espeso bosque de abetos, era imposible correr mucho. Era necesario, de cuando en cuando, desenredar el trineo, y tuve que hacer todavía un nuevo aprendizaje. Despues de haber andado cerca de una milla por un camino en extremo tortuoso, y que no habia podido conducirme muy lejos, oí el retintín de una campanilla; no hay necesidad de decir cuán agradable me fué este sonido. No tardé en alcanzar la cola de la caravana: el desgraciado que ocupaba entónces este puesto habia sido casi tan maltratado como yo, y nos consolamos mutuamente. Luego despues mandó el *wappus* hacer alto, para dar algun alimento á los renjiferos y reunir su jente. En algunos minutos comparecieron todos al llamamiento, y nadie habia padecido ningun daño, salvo la incomodidad de ser arrastrado un poco sobre la nieve. Nos encontrábamos en la ribera derecha del Alten, poco apartados de este rio. Lo habíamos encontrado ya la noche precedente; no habíamos podido distinguir que no estaba helado; habia que atravesarlo, y esta enojosa circunstancia nos embarazaba mucho.

« A medio día, nos hallábamos en las orillas del *Aibyele*, riachuelo que viene de las montañas y desagua en el Alten. Fué necesario hacer alto, y como el medio de la corriente no estaba helado, parecia imposible pasarlo; pero los Lapones saben vencer todas estas dificultades. Despues de un reconocimiento exacto de los lugares, decidieron que el paso era practicable. La anchura que debia traspasarse, entre los

hielos de cada orilla, era de unos siete piés: el hielo era algo mas elevado de nuestro lado; y prolongándose el declive del terreno hasta este hielo, era posible hacer saltar los trineos por encima del agua líquida, dándoles una gran velocidad. Hízose esta operacion con tanta felicidad como intelijencia. El *wappus* lo dirigia todo, ponía los trineos en el punto de partida y daba la señal: partían los renjiferos á escape, la pendiente del terreno aumentaba todavía su velocidad, y antes que el viajero pudiese darse cuenta de lo que veia y de las sensaciones que experimentaba, se hallaba ya en la ribera opuesta. Sin embargo, no todos hicieron el peligroso salto con igual felicidad; yo fui de los mas afortunados; y no lo fué menos una mujer pequeña que era de la comitiva; pero otros se sumerjieron mas ó menos en el agua en razon de su gordura. Gracias á las espesas pieles en que iban envueltos, esta inmersión les incomodó tan poco como si hubiesen rodado tan solo por la nieve.

« Dirijimonos hácia el Alten. Yo y la mujer de que he hablado habíamos hecho grandes progresos en el arte del equilibrio. Es verdad que ella tenia un guia muy experimentado: su renjifero estaba uncido al trineo de su marido, acostumbrado á todos los contratiempos de los viajes en Laponia, atendido á que recorria todos los años el interior de este país. El frio era muy moderado, y aun llegué á tener calor bajo mis pieles; y bien considerado todo, mi posición me parecia soportable. »

Nuestro viajero no añade nada á la descripción ya conocida de los patines fineses y lapones. Disculpa, bajo ciertos respectos, la avaricia de que se ha tildado á estos pueblos, indicando las causas del poco caso que hacen del papel moneda, y de su costumbre de enterrar el dinero que poseen. Encuentra estas causas en la vida errante, los recursos precarios y la falta de instruccion de esos hombres esparcidos sobre una tierra árida. No pudiendo servirles el dinero que reúnen, sino en ocasiones muy raras, no tienen necesidad de tenerlo siempre consigo y á su disposición, antes bien les serviría de estorbo en sus frecuentes viajes. En cuanto el papel moneda, no entienden nada de este achaque, y se necesitaria mucho tiempo, muchos esfuerzos y medios de instruccion y circunstancias favorables para encasquetarles todas las ideas que supone el uso de esos valores convencionales.

La pesca es un recurso muy precioso para los Fineses, pues les abastece de medios de subsistencia y de comercio. Es á veces tan abundante, que una rodada puede sacar, de una sola vez, hasta 8,000 libras de pescado. Los Rusos del Mar Blanco vienen á establecerse en esos sitios, en el momento en que empiezan á aparecer las bandadas de peces. Las aves marítimas que siguen todos sus movimientos, los señalan de lejos. Los Rusos no pescan, sino que compran el producto de la pesca de los Fineses al precio de una libra de harina por cinco libras de pescado fresco; se

encargan de salario y de todas las demás operaciones, trasportan los barriles á bordo de sus naves y se vuelven al Mar Blanco.

El walrus es un animal de estas comarcas del Norte. Es muy diforme, lo que nace quizás del influjo del clima tan poco favorable al desarrollo de los seres organizados. Los músculos elásticos y los saltos del tigre caracterizan las comarcas en que el sol derrama con profusion su luz y su calor: en el Norte la maciza ballena y el pesado walrus hacen borbotar los mares. El hemisferio opuesto confirma estas observaciones, porque las formas elegantes huyen igualmente de las cercanías de entrambos polos. Parece tambien que el color de los animales guarda relacion, en virtud de leyes desconocidas todavía, con el estado de la atmósfera, la temperatura y la accion de una luz mas ó menos abundante. Hacia el círculo polar, el viajero no ve mas que colores blancos, débiles y sombríos. En las rejiones del ecuador, el encarnado, el azul, la púrpura, todos los matices del arco iris engalanan la naturaleza viviente. Mr. Brooke ha tenido ocasion de recoger muchos hechos relativos al walrus, los cuales comunica á sus lectores.

«Durante mi permanencia cerca de Hammerfost, pude observar los restos de uno de estos animales depositados en la costa, cerca de la *Casa-Encarnada*, y que habian sido traídos de la isla Cherry. La piel es de un espesor prodijioso: creo que no se ha empleado hasta el presente para las artes, porque cuento por nada el uso que se hace de ella en este pais, para envolver los mástiles de las naves. He traído una larga tira de ella, que creo puede ser muy apta para hacer excelentes tiros para los caballos y sopandas para coches (1); he sabido poco después que este cuero es tambien excelente para hacer cubos para incendios.

«Mr. Colguhoun, que ha regresado recientemente de la expedicion de que estaba encargado, para ensayar en las costas del Spitzberg y de la Laponia, los cohetes á la Congreve contra las ballenas de estas rejiones, ha visto bandadas de walruses en las costas de las islas cercanas á Spitzberg y en las de la isla Cherry, donde se podrian pescar muchos. El tiempo mas favorable para atacarles es el de la baja marea; cuando duermen ó reposan en las rocas. Si los marineros armados de lanzas son ájiles y diestros y logran matar todos los animales de la linea mas próxima al mar, les será muy fácil hacerse dueños de toda la bandada, pues los cuerpos muertos en la playa forman una valla que los otros walruses no pueden traspasar. Reducidos á defenderse en tierra, no mueren cobardemente: oponen una tenaz resistencia, saben unir sus

fuerzas y defenderse mutuamente, y su derrota no deja de ser peligrosa para los vencedores. Si no se les ha cortado la retirada al mar, se precipitan hacia él, y se ponen á nadar al menor asomo de peligro; pero á veces están reunidos en tan gran número, que se embarazan entre sí: entónces los mas fuertes se salvan á espensas de los mas débiles, y sus colmillos vienen á ser armas ofensivas contra sus desgraciados compañeros. Cuando una bandada de estos animales se precipita al mar por efecto de un terror súbito, los barcos que los persiguen alcanzan fácilmente á los rezagados, los cuales son las mas veces individuos heridos por los colmillazos de los delanteros, que, encontrándoles en su paso, les obligan brutalmente á hacerles lugar. Tanto en el mar como en tierra, el walrus no se deja cojer nunca sin resistencia, y sus esfuerzos no siempre son inútiles: los temibles colmillos de que están armados pueden romper el fondo de una barca y hacerla zozobrar (1).

«Estos animales viven de moluscos y crustáceos. Al considerar la forma de su boca, parece inverosímil que hagan presa de los pescados y vacas marinas del modo que lo han descrito ciertos autores. Es mas probable que por medio de sus colmillos arrancan su alimento del fondo de los mares y de las rocas, que en estos parajes están efectivamente cubiertas de animales de que se alimentan los walruses. Algunas veces se sirven de sus colmillos para agarrarse á las rocas, y si les sorprende el sueño en esta postura, puede suceder que bajando el mar, se encuentren colgados y sin poderse desenredar hasta que las aguas se elevan de nuevo á su altura. Me han referido que en el estrecho de Majerei, es muy frecuente ver á algunos de estos animales colgados de esta suerte en situacion muy peligrosa.

«Aunque el aceite y el marfil de los walruses hayan disminuido considerablemente con el grande exterminio de estos animales, á los cuales se hace en este momento una guerra poco racional, este ramo de comercio es muy lucrativo todavía. Como las costas en que se les caza no están muy distantes de la Laponia, hay tiempo para hacer dos viajes en una misma estacion. Es ya sabido que los dientes del walrus dan un marfil preferible al del elefante, y que su aceite es de cualidad superior.

«Los Lapones, segun dicen ellos mismos, hacen mas caso del oso que del walrus; y no sería muy extraño que le tributasen un culto supersticioso. Este animal, dicen, tiene la fuerza de doce hombres y la inteligencia de diez; le atacan á pesar de esto, y la presa del oso es la mejor hazaña de que pueda gloriarse un

(1) Mr. Fougueroux de Boudarai habia hecho algunos experimentos análogos con la piel de uno de estos cetáceos, muerto, en 1783, en las costas de la Bretaña; habia hecho con ella sopandas para coches, y quedó muy satisfecho de su servicio. Es lástima que no se hayan continuado estos interesantes experimentos.

(1) En otro tiempo eran muy numerosos los walruses y las focas en las costas asiáticas del mar Glacial, pero empiezan á desaparecer: todavía serán mas pronto destruidos en las islas. Esta especie parece acercarse al término de su existencia, y solo quedará memoria de ellos en los libros, ó en algunos restos sepultados en el interior de la tierra, hacia los polos, donde nadie irá á desenterrarlos.

cazador lapon. Es costumbre que cuando un Lapon encuentra uno de estos animales de hermosa apariencia, le dirige la palabra, aunque no logre respuesta. Estos diálogos, en que solo habla uno de los interlocutores, tienen á veces lugar entre el cazador y el oso, á quien se dispone á matar de un balazo. Cuando me hallaba en Alten, un Lapon que estaba persiguiendo á un renjifero salvaje, se encontró de repente cara á cara con un oso. Su fasil marró el tiro, y así desarmado dirigió al animal está patética exhortacion: « Seriais un ruin y un cobarde, y debierais morir de vergüenza, si atacaseis á un hombre solo y sin defensa. Esperad un poco, dadme tiempo de volver á cargar mi arma, y entonces estaré en estado de medir mis fuerzas con vos. » El oso, que era una hembra con dos cachorros, no hizo alto en esta arenga, y se alejó prontamente con sus hijos. »

El capitán Brooke hace una pintura casi halagüeña del invierno de las regiones polares. « Estaba ya muy entrado el mes de noviembre, y duraba todavía el buen tiempo, y hasta presajaban que duraria hasta el fin del invierno. Es verdad que no teniamos nieves, pues habian desaparecido del todo, pero yo no las echaba menos, á la vista de los objetos que me hubieran ocultado. En invierno los mercaderes de este pais no tienen mucho que hacer y no madrugan. A las diez no se ve nadie todavía, á no ser que por una casualidad se vean algunos individuos bostezando, estendiendo los brazos, levantando las espaldas y estregándose los ojos para disipar un resto de sueño: repárase en ellos el pesar con que dejan sus lechos de pluma, para cumplir la tarea diaria de visitar sus tiendas y almacenes. En Hammerfost, hacia casi todos los dias un paseo antes del desayuno, y lo dirigia, las mas veces, hácia una pequeña batería desde donde se descubria á un tiempo, de una parte los variados colores del sol nascente, y de la otra la luna cuyo brillo no parecia debilitarse aun. Estas hermosas y frias mañanas, tal vez desconocidas por todas partes, excepto en estos climas, hacen mucho mas saludable el aire excelente de este pais, é infunden un bien estar, un gozo suave é indecible. Pero la hermosura de los inviernos en las altas latitudes es todavía mas admirable cuando el sol se ha hundido debajo del horizonte: entónces es cuando despliega el cielo todo su brillo, y el aire aparece iluminado por unos fuegos cuya brillantez eclipsa á veces la de los astros de la noche. »

« El aire permanece en perfecta calma, como toda la naturaleza. Oyese á una gran distancia el mas débil rumor. Yo oia entónces muy distintamente lo que hablaban en otra parte de la bahía, mientras que en verano los mas robustos pulmones no podian transmitir tan lejos las vibraciones del aire. La vida estrepitosa del estío habia cambiado como la estacion y en el mismo sentido: se habian alejado los Lapones; disminuian gradualmente todos los movimientos; todo estaba sumergido en el reposo mas profundo hasta la vuelta del sol. En verano era la batería el punto de

reunion de los comerciantes que venian á observar desde allí el estado de la atmósfera y la salida y vuelta de sus naves. Yo iba tambien allí en invierno, donde permanecia mucho tiempo con mi fusil, tirando á las bandadas de ánades, que iban acercándose mas y mas á medida que avanzaba el invierno. Estos ánades son de la especie que da el plumon tan fino y buscado. Ví tambien, aunque raras veces, algunas focas solitarias en la entrada de la bahía. Durante mi permanencia en Hammerfost, bajó el termómetro rara vez del punto de congelacion, y tan solo de algunos grados. »

El viajero observa que las auroras boreales son mas frecuentes, cuando la atmósfera está en perfecta calma, y mas brillantes durante la corta duracion de las brisas lijeras. Cita particularmente uno de estos fenómenos que tuvo lugar, reinando el viento sudeste, y cuyo resplandor le pareció sobrepajar al que habia observado hasta entónces en las auroras boreales que habia tenido ocasion de ver. « No se elevaba, dice, el capitán Brooke, sino un cuarto de milla, á lo mas, sobre el horizonte, pero derramaba una luz muy viva sobre todos los objetos. »

Apesar de las bellezas reales de los inviernos polares, el autor abandona gustoso el espectáculo de un cielo estrellado y de las auroras boreales, para reunir á los bondadosos Noruegos y tomar parte en sus diversiones. Sus costumbres se diferencian, bajo muchos respectos, de las de nuestras grandes ciudades. He aquí lo que dice de ellas el capitán:

« En cada familia, las jóvenes se levantan mas temprano que todos los demás, y preparan el café para toda la casa, el cual toman todos antes de levantarse. Esta costumbre, que está muy en armonía con el modo de vivir de los habitantes de Hammerfost, se ha estendido tambien á algunas otras partes de la Noruega. Como están ociosos á su pesar, pasan en la cama el tiempo que les sobra durante una larga parte de sus largas noches. La cama, este mueble necesario, está hecho, con mucho esmero, de blanda pluma. Confieso sin embargo que no he podido acostumbrarme jamás á estas delicias de los siharitas hiperboreos, y que prefiero las mantas inglesas á estas almohadas tan calientes y lijeras. Felizmente, habia hecho provision de ellas á mi gusto. Bajo un frazada de plumon, uno no siente ningun peso sobre sí, y sin embargo se ahoga como si estuviese debajo de un lecho de pluma. Con tales precauciones contra el frio, y con sus enormes estufas que convierten cada aposento en un horno, el Noruego está perfectamente guarecido contra el rigor de los inviernos polares. »

« Así pues un comerciante de este pais se despierta muy temprano, antes de las siete; y al abrir los ojos, ve una joven que le presenta una taza de café muy caliente; le da las gracias con una mirada complaciente, y con este refrijerio vuelve á poner la cabeza sobre la almohada. A veces dice alguna palabra á su her-

mosa criada, se informa del tiempo que hace, del viento que sopla: la jóven le presenta una pipa, y sigue haciendo lo mismo con todos los demás de la familia. El comerciante arregla sus almohadas, se pone en una postura cómoda para fumar, y cuando ha vaciado su pipa, se encuentra en disposición de dormir algunas horas mas. Los extranjeros se avienen con dificultad á este régimen. Seles interrumpe el sueño antes de la hora á que acostumbran levantarse en este pais: abren los ojos con dificultad, y ¿qué es lo que ven? objetos que su imaginación altera al principio; sienten que una mano lijera golpea sus espaldas, y despues de un momento de duda, reconocen en fin á la hija de la ama de la casa que les ofrece graciosamente una bebida que ella misma ha preparado; la toman con el cumplimiento de costumbre en lengua noruega, *Torin de Tak* (mil gracias); y la bella proveedora se retira, dejando halagueñas impresiones.

He aquí pruebas de una civilización muy adelantada. Pero ¿qué pensarán las jugadoras de nuestros salones, cuando sepan que en estas comarcas los barriles de aceite son moneda corriente en el noble juego del *whist*?

«Despues de la pipa, dice el capitán Brooke, los naipes ocupan el primer lugar en los placeres de estos isleños: el *whist* y el *boston* son sus juegos predilectos. En Hammerfost se juega el *whist* casi como en Inglaterra, salvo algunas diferencias poco importantes, pero que varían los azares y hacen que los jugadores estén mas atentos. Acabada la partida, cada uno de los jugadores escribe su ganancia ó su pérdida en un libro que llevan con tanta regularidad como los libros de un comerciante; al fin del año se arreglan las cuentas, y se hacen las pagas en barriles de aceite, moneda convenida para este juego. En cuanto al *boston*, se siguen en un todo las reglas de Inglaterra y del continente europeo. Los jugadores han adoptado, para espresar el *debe* y el *haber*, los signos algebraicos del restar (—) y del sumar (+), de suerte que si quieren escribir que A gana 5, representa este beneficio por $A + 5$: para notar que B ha perdido 5, ponen en su registro $B - 5$.» El capitán calla la época en que se introdujo esta costumbre.

El comercio inglés no perderá sin duda de vista este conducto que le ha abierto un digno hijo de la Gran Bretaña. Terminemos este artículo con algunas noticias sobre este hombre, que merece ser mas conocido, y sobre las especulaciones que dirige en los mares polares.

«En 1819, un Inglés fundó en Hammerfost el primer establecimiento que tuvo la Gran Bretaña en las costas de la Laponia. M. John Crowe servía en la marina rusa; pero al estallar la guerra entre esta po-

tencia y la Inglaterra, se retiró al momento con otros oficiales. Habiéndole impedido algunas circunstancias ajenas de la situación política de Europa continuar la carrera que hasta entónces habia seguido, aprovechó de los conocimientos que habia adquirido sobre el comercio y las lenguas de los pueblos desterrados al extremo septentrional de Europa, y fundó una casa de comercio en *Fouglinas*, lugar de mi primera habitación, en la bahía de Hammerfost, delante de esta ciudad. Los excelentes puertos de esta costa no habian visto aun el pabellon de la Gran Bretaña, y aun al presente hay pocos marineros ingleses que los conozcan, de suerte que los que frecuentan los puertos del mar Blanco no se atreven á aportar en ninguna de aquellas costas, que se figuran muy peligrosas. Mr. Crowe habrá facilitado por consiguiente las relaciones de la Gran Bretaña con el norte de la Rusia, al mismo tiempo que abre á sus fábricas un mercado, poco importante sin duda, pero que puede aumentar y contribuir á derramar los beneficios de la civilización.»

La obra del capitán Brooke debe juntarse con la de Mr. Acerbi: el segundo es mas sabio, pero la jeneralidad del público dará la preferencia al primero. Tomando de entrambos los materiales necesarios, podría hacerse una excelente descripción de la Laponia, obra que parecería nueva, aunque no faltan relaciones de viajeros y noticias jeográficas sobre este pais. Los cuadros del viajero italiano gustan menos que los del capitán inglés; pero parecen mas fieles. Mr. Acerbi se ha dedicado mas á estudiar el pais; Mr. Brooke se ha ocupado de sus habitantes: solo pues reuniéndolos en una obra metódica, rica en hechos y despojada de pormenores superfluos, podría contentarse á toda clase de lectores, tanto á los que quieren instruirse, como á los que no buscan mas que un pasatiempo (1).

(1) Creemos deber añadir, á lo que acaba de leerse, algunas noticias sobre los habitantes de la Laponia sueca. Forman estos dos pueblos distintos, á saber, los Noruegos, procedentes de los Escandinavos, y los Lapones, pertenecientes á la raza finesa. Esta última raza, que habia tomado en otro tiempo tan grande incremento, ha dejado sus restos esparcidos en distintas partes del antiguo continente, como los caudalosos rios que han salido de madre, y que, despues de haberse retirado sus aguas, dejan todavía parte de ellas en algunos parajes que habian inundado. Encuéntrense Fineses en Hungría, en Finlandia, donde forman la mayor parte de la población, y en otras provincias del imperio ruso. Los Calmucos parecen derivar de la misma sangre que los Lapones, pues hablan el idéntico dialecto. ¡Cosa mas singular todavía! Estos Lapones, á quienes por sus pequeñas dimensiones, colocan al lado de los Papúes, en el último grado de la especie humana, tienen sin embargo el mismo origen que los Hunos, que hicieron temblar el Occidente bajo el dominio de Atila, y que eran igualmente de raza finesa.

INJENIOS CONTEMPORANEOS.



D. Vicente Cuyás (1).

Nació este distinguido compositor en Palma de Mallorca, en el año 1816, á cuya isla se acogieron sus padres durante la guerra de la independencia, regresando despues á esta ciudad en la que ya habitaban antes. Su padre ejercia la profesion de ajente de negocios, con cuyo trabajo mantenia con decencia á su esposa y tres hijas, á mas de Vicente, que era el mayor. Tenia destinado á este para la medicina, cuyo estudio no llegó á emprender, porque siempre mostró repugnancia hácia esta carrera; pues su corazon era demasiado sensible para poder resistir, sin condolerse, á la vista de la doliente humanidad. Entre tanto se dedicaba al dibujo, mostrando disposiciones favorables en este arte, en el cual sin duda se hubiera distin-

guido, á no arrastrarle su númen por otro camino que le habia de conducir mas fácilmente á la gloria; pues la pintura no era para él campo bastante á propósito para que pudiese desplegar el rauda vuelo que habia de tomar su fantasía: necesitaba para intérprete de ella de un arte que no solo le pusiese al alcance de la vista menos perspicaz y que penetrase al oido, si

(1) El retrato que acompaña á este artículo está sacado de un cuadro pintado al óleo, orijinal del jóven pintor Graset, el que presentó en la esposicion de pinturas hecha en la casa Lonja de esta ciudad, año 1838. Dicho cuadro representa una porcion de artistas que están cantando, á los cuales acompaña Cuyás en el piano, y es el único retrato que nos queda para recordar su memoria.

que tambien hablase mas directamente al corazon. Este era la música, para la cual habia mostrado desde su niñez una afición grande y decidida. Empezó su estudio á los 17 años, aprovechándose tanto en él, que á los dos años era ya fuerte músico, tocaba regularmente el piano, y tenia conocimientos nada comunes en el canto; pero conoció que no podia hacer carrera en él, porque la naturaleza, que no suele prodigar muchos dones á un mismo hombre, no le dió una voz cual correspondia á la espresion y buen gusto de su canto. Así fué cómo determinó entregarse al estudio de la composicion, que emprendió á los 20 años con el hábil y acreditado maestro catalán D. Ramon Vilanova, en cuyo estudio hizo grandes y muy rápidos progresos, tanto por su constante y rigurosa aplicacion, como por sus felices disposiciones y los adelantados preceptos de su director.

En una edad, en la que á la mayor parte de los hombres no se les puede añadir una sola línea á su partida de pila, parece increíble que ofrezca tanto que decir la corta carrera de nuestro jóven y malogrado compositor. A poco mas de un año de dedicarse al estudio de la ciencia del arte, nos sorprendió con un grande y hermoso duo que, así por los pensamientos que contiene, como por la erudicion que se echó de ver en él, puede parangonarse con muchos otros de los maestros mas célebres; cuya pieza fué un favorable preludio de lo que podia esperarse de su armoniosa y bien templada lira. Como su imaginacion fermentaba en ideas é inspiraciones, compuso luego otras piezas de no menos mérito, por las cuales se traslucía su grande y precoz talento. Era tanto mas laudable en este jóven su afán y constancia en escribir, cuanto, apenas habia empezado á hacerlo, tuvo que atender al sustento de toda su familia con el producto de las lecciones que muy pronto le acarrearón su conocido mérito; porque su padre, llegado á una edad muy avanzada y agoviado por los achaques que le acometieron, se imposibilitó de hacerlo por sí, como lo habia hecho hasta entónces; y así correspondió Vicente como buen hijo á los deberes del amor filial, acreditando con esto la honradez y virtudes que heredó en la cuna.

Pero todas las composiciones sueltas de Cuyás, por mas mérito que tuviesen, no eran suficientes para que se le pudiese contar en el número de los compositores líricos; bien sabia él que para alcanzar este titulo era necesario componer, á lo menos, todo un drama, empresa harto difícil en el dia, no tan solo por el vencimiento de las dificultades que se ofrecen en el todo de una obra de esta clase, como por alcanzar la altura á que ha llegado el arte desde que alumbró al orbe músico el sol que salió en Pésaro; pero no le arredró tan ardua empresa. Por lo que, continuando bajo la direccion del mismo maestro, compuso una ópera, que no llegó á acabar, aunque le falta muy poco, porque está escrita, segun tenemos entendido, para voces de grande fuerza y estension, cuales eran

las de los cantores de la compañía que se hallaba en este teatro cuando la empezó, y á las que no correspondieron todas las de los que les reemplazaron; pero no tardó en llenar un nuevo *spartito*, arreglado á la *tesitura* de las voces para las que escribia, dándonos en el año pasado la *Fattuchiera*, cuya ópera fué aplaudida en estremo, y recibida con grande entusiasmo, siendo un verdadero augurio del sabroso fruto que prometia el tierno árbol que subia con tanta frondosidad.

El que escribe estas líneas se honra con la amistad del malhadado jóven Cuyás, y si estinaba al amigo por su natural bondadoso, no apreciaba menos al artista, tanto por su modestia como por su eminente mérito; por consiguiente tuvo ocasion de estudiarlo como á tal, y bajo este punto de vista nadie puede haberle comprendido mejor, despues de su maestro; así pues no se estrañará emitamos nuestro juicio, tanto con respecto á lo que era, como á lo que hubiera llegado á ser.

Su ardiente y creadora imaginacion no era para seguir paso á paso el carril abierto por Rossini, que, de tan trillado por sus muchos imitadores, ha llegado ya al punto de que nos sorprenda muy pocas veces; necesitaba de un nuevo tipo, ya que no le era dado ser del todo orijinal; porque para serlo en música es preciso un númen colosal como el de aquel. Por otra parte el corto tiempo de sus estudios no le permitia haber hecho una gran práctica en el uso del contrapunto para la conduccion de las voces y de las formas de convencion, cuya práctica hubiera adquirido sin duda mas adelante, pero que es indispensable no obstante para la composicion de la pieza concertante. Empero necesitaba mientras tanto dar desahogo al caudal de ideas que se le agolpaban y á la secreta voz que le incitaba á escribir: veamos cómo lo hizo.

Divagando su fogosa fantasia por las altas rejiones de una atmósfera fantástica y maravillosa; y conociendo la impresion que han hecho en los ánimos los afectos de las grandes pasiones y sentimientos de los tiempos romancescos, que en este siglo han restaurado los poetas á la literatura y que tan bien supo imprimir Bellini á la música, adaptó Cuyás el jénero de este en sus composiciones; así es que sus cantos, á mas de la naturalidad y gracia que tienen por su sencillez, están llenos de sentimiento y espresion; y hasta los recitados son una declamacion continua y espresiva. No queriendo seguir el patron adaptado generalmente para el final, bastóle una sola aria para llamar la atencion en esta pieza, porque se identificó con el espíritu y filosofia de las palabras, y acomodó sus bellas tintas á las situaciones de la escena. En el duo tampoco se sujetó á la repeticion exacta de un mismo pensamiento en ambos personajes; pues buscó medios diferentes de espresarse entre sí. Pero donde mas se echa de ver su orijinalidad es en los coros, que, como los de Bellini, son enteramente de su inven-

ción. Hasta en el aria de *bravura* dió á conocer su alma de fuego y la gracia de su ingenio. En cuanto á su instrumentación, siguiendo el gusto de la época, ya la hizo sencilla y parlante ó ya brillante, según lo requerían los efectos que debiese producir, pero siempre fluida y variada.

Siendo pues nuestro compositor, en su principio, tan fiel intérprete del gran Bellini, podemos considerar que hubiera llegado á ser otro de sus sucesores; y por lo que se traslucía de su gran talento, hubiera dado días de gloria á su patria.

A mas de la *Fattucchiera* y de la otra ópera que dejó por acabar, según hemos mencionado, ha dejado también escritos cinco ó seis duos, para diferentes voces, un himno laudatorio, tres coros, una larga escena, tres grandes sinfonías y alguna otra pieza bosquejada en su cartapacio; cuyas composiciones llevan la chispa de su fecundidad y los destellos de un númen creador. La primera, particularmente, es una creación sublime, un rico diamante que no sería el menos luciente en la corona de los compositores líricos mas célebres, y una frondosa hoja que hubiera ceñido Cuyás en lo venidero. Pero ha sido ilusión pasajera para los Españoles la futura gloria de nuestro compatriota; pues la mina que tan fecunda hubiera sido en diamantes se ha hundido con todos sus tesoros; apenas se había asomado á nuestro horizonte este nuevo astro, cuando desapareció con la rapidez de un fenómeno celeste; y la hermosa flor cuya fragancia empezaba á esparcirse, se ha mustiado cuando apenas desarrollaba su lozanía. ¡Tan breve ha sido la carrera de nuestro malhadado y apreciable compositor! El corto tiempo en que tuvo que escribir la *Fattucchiera* le atropelló, porque mientras lo verificaba había de atender, a mas, á sus obligaciones, que le ocupaban la mayor parte del día, de cuyo improbo trabajo se resintió su constitución debilitada, agravándosele el mal con las fuertes y encon-

tradas sensaciones que causaron á su sensible corazón el natural sentimiento de la pérdida de su adorado padre, acaecida pocos días antes de su tan completo triunfo, y la dulce y grande conmoción que sintió en este día (1). Declarósele por fin una tisis que lo llevó al sepulcro, después de una enfermedad de siete meses, á la edad de 23 años (2), dejando en las artes un hueco difícil de llenar; por cuyo motivo le han de llorar cuantos lleguen á conocer sus producciones.

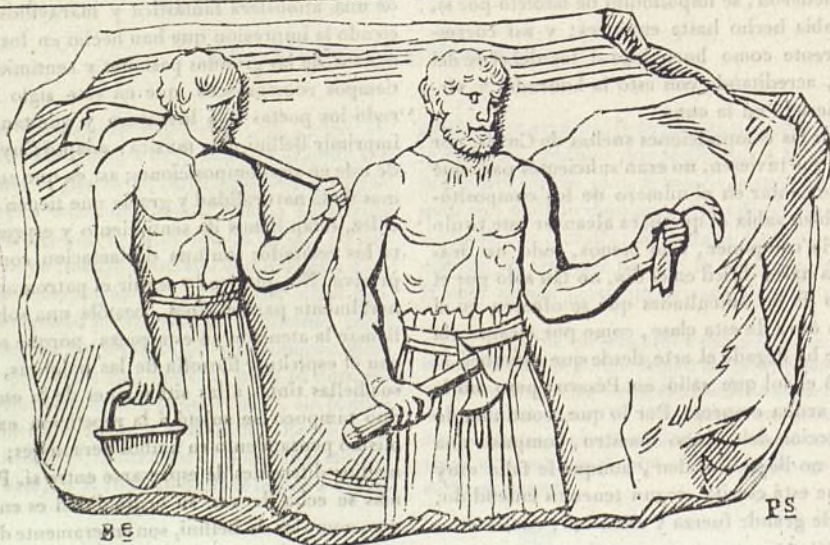
Así se convirtió en lúgubre ciprés el laurel que ya crecía para el artista; y el resplandor que había de adquirir su nombre se trocó en el de la antorcha fúnebre. Una casual coincidencia sucedió á su muerte, y es, que el día en que acaeció, se cantó por última vez en el teatro su *Fattucchiera* (3), y en el mismo momento de acabarse la ópera, se acabó también la vida de su autor, recibiendo su espíritu los ángeles para llevarlo, al son de su dulce música, á la mansion de los escogidos, al mismo tiempo que una nube bajada del cielo se llevaba el de Ismalia (4), según la suposición del poeta. — A. F. S.

(1) El público, entusiasmado al oír la hermosísima ópera del artista, pidió unánime repetidas veces que saliese el autor á las tablas para conocerle personalmente y aplicarle el lauro debido á su númen y conocimientos. La autoridad, simpatizando con los ilustrados Barceloneses, accedió á tan justos deseos, y habiéndose presentado Cuyás en el proscenio, acompañado de los artistas filarmónicos de la compañía italiana, recibió varias coronas de las manos de los inteligentes, en medio de las aclamaciones del concurso arrebatado.

(2) Murió en 7 de marzo de 1839.

(3) Esto es, por última vez, en aquella temporada que se estaba acabando.

(4) Ismalia, personaje de la ópera (la *prima donna*) habiéndose reunido con la sombra de su amante en una cita preparada por la maga (la *fattucchiera*), iba á ser víctima de los maleficios de esta, cuando el cielo, por medio de una nube, la libra de su venganza.



BAJO RELIEVE COPIADO DE LOS MUCHOS QUE SE VEN EN LOS CLAUSTROS DE LA CATEDRAL DE TARRAGONA

Ayuntamiento de Madrid

CIENCIAS NATURALES.

ESCENAS DE LA VIDA DE UN NATURALISTA.

Si habeis recorrido los salones de Edimburgo, hace tres ó cuatro años, habréis observado, en medio de esa reunion filosófica, hablando en lenguaje oscuro, y profundizando sin piedad las mas elevadas cuestiones metafísicas, un hombre muy distinto de los que le rodean.

El vestido europeo, tan mezquino y ridiculo, no puede disfrazar enteramente esa dignidad sencilla y casi salvaje de que se reviste el númen en medio del estudio de que se alimenta. Mientras que los literatos, raza vanidosa y parlanchina, entran en aquella arena de conversacion, donde se disputaban el premio del epigrama y el laurel del pedantismo, el hombre de que vamos á hablar, estaba en pié, la frente erguida, el ojo libre y orgulloso, silencioso, modesto, escuchando con aire desdeñoso algunas veces, pero nunca cáustico, las proezas académicas, cuya algazara parecia llenarle de asombro. Si alguna vez tomaba la palabra, era en algun intervalo de reposo, y volvía á dirigir la conversacion á su principio y á su objeto. Animaba sus discursos raros y llenos de exactitud, de moderacion y de calor, una crítica agreste y hermosa. Sus largos cabellos negros y rizados se dividian naturalmente sobre sus lisas y nevadas sienes, sobre un hueso frontal dispuesto para contener y proteger la llama de una vasta inteligencia. Brillaba en todo su vestido una limpieza esquisita, pero singular; parecia que le hubiese servido de espejo el agua del arroyo que atraviesa la selva virgen, bañando las raices seculares de las encinas tan antiguas como el mundo. Al ver su larga cabellera, su cuello descubierto, la independendencia de sus modales y la elegancia varonil que le caracterizaba, hubierais dicho: ese hombre no ha vivido mucho tiempo en la antigua Europa; nuestra civilizacion, madre de la cortesia afectada, que ha pasado de las cortes á las ciudades y de las ciudades á las villas, y que ha sustituido á los sentimientos reales unos simbolos vanos, no le ha marcado con su sello vulgar. Sin duda no se ha vaciado en el molde de la costumbre; conserva todavia su valor y su peso. No se echa de ver en su carácter y sus costumbres la liga de la sociedad y la mentira.

¡Cuánto agrada un hombre de esta especie en esas asambleas locuaces y científicas, donde todos los talentos y todas las pretensiones causan un fastidio mortal!

Añadid á los rasgos que acabamos de indicar, una fisonomía franca y tranquila, un semblante atrevido, unos ojos vivos, ardientes, penetrantes y fijos como los del halcon, un acento extranjero, usando espresiones estranas, brevemente pintorescas, y tendréis un retrato muy aproximado del historiador de las aves, del americano Audubon.

Él ha orillado su nombre, y se llama á sí mismo: «El hombre de los bosques de América (1);» único título que le cuadra. Aquellas soledades han sido el gabinete de sus estudios, y ha recorrido en todas direcciones sus dilatados desiertos poblados de animales silvestres. Allí ha respirado, con el ambiente fresco, cargado de las exhalaciones de la vegetacion salvaje, ese respeto á la dignidad, esa conciencia de la energía humana que siempre ha conservado.

¿Cabe algo mas curioso que esa vida dedicada á la observacion solitaria de una sola casta salvaje que huye, por su organizacion y su vida aerea, de nuestras investigaciones, y burla las observaciones de nuestros sabios? El amor y las delicias de la naturaleza rodearon á Audubon desde su infancia. Ha pasado las noches al sereno, al pié del árbol que anida entre sus ramas el pueblo cuyas costumbres acababa de estudiar, y que nunca ha perdido de vista. Ha seguido el sendero por donde revoloteaba el ave, ni le ha arretrado el trepar hasta el trono del águila, puesto en la cima de la roca mas escarpada. Ha dedicado á este único objeto toda la paciencia de un novicio, y toda la pasion de un artista; ha proseguido su obra al través de toda clase de peligros, volviéndola á empezar siempre con una perseverancia sin igual. Sus noches no tenian mas que sueños alados y melodiosos gorjeos, y guardaba continuamente en su memoria las imágenes de sus favoritos. No vayais á equivocaros y á acusar de singularidad esta poderosa orijinalidad que habia recibido Audubon desde su nacimiento. Era ornitólogo desde su cuna. Necesitaba razas aladas para pintarlas, observarlas, analizarlas y amarlas; buscaba conciertos para escucharlos en los sotos; plumas brillantes para reproducirlas; alas vagamundas para seguirlas en sus curvas y espirales. Y, decidme, ¿no se revela algo de divino en este instinto de observa-

(1) *American woodsman.*

ción solitaria, en este amor á un estudio inocente, en este despropio de todos los afanes materiales, en esta fuerza intelectual de un hombre que, sin maestro, hace toda su educación de historia natural en el fondo de los bosques, y completa él solo un ramo de la ciencia, ramo importante y que no se esperaba que pudiese completarse?

Oigámosle cuando refiere sus sensaciones y pinta su singular individualidad.

«Yo he recibido, dice, la vida y la luz en el Nuevo-Mundo. Mis abuelos eran franceses y protestantes. Antes de tener amigos, llamaron mi atención y conmovieron mi corazón los objetos de la naturaleza material. Conocí y sentí las relaciones del hombre con el mundo, antes de conocer y sentir las relaciones del hombre con su semejante. Me enseñaban la flor, el árbol, el césped, y no solamente me alegraban como á los demás niños, sino que me unía, digámoslo así, á estos objetos. No eran mis juguetes, sino mis amigos. Yo les atribuía, en medio de mi ignorancia, una vida superior á la mía; y mi respeto, mi amor á esas cosas inanimadas fechan de una época de la que puedo apenas acordarme. Es una singularidad muy curiosa y que ha influido mucho en mis ideas y sentimientos para pasarla por alto. Repetía apenas las primeras palabras que un niño tartamudea con tanto gozo de su madre, y apenas podía tenerme en pie, cuando el placer que me dieron los diferentes tintes de las hojas y el profundo matiz del cielo azulado me penetraban de una alegría infantil. Empezaba á formarse ya mi intimidad con esa naturaleza que tanto he amado, y que ha pagado con tan vivas fruiciones el culto que la he tributado; intimidad que no se ha interrumpido ni menguado nunca, y que no cesará hasta el sepulcro. Un hábil observador la hubiera adivinado en aquella época, y estoy persuadido de que estas primeras impresiones han trazado toda mi carrera y preparado mis largas tareas.

«Crecí con la edad, sin cesar de desarrollarse en mi esta necesidad de conversar, digámoslo así, con la naturaleza física. Cuando no veía ni bosque, ni lago, ni el mar con sus vastas playas, estaba triste, y nada me alegraba. Procuraba recordar mis paseos predilectos, poblando mi aposento de aves; y desde el momento en que tenía un instante libre, iba á buscar las rocas huecas, las grutas cubiertas de musgo, asilos de las paviotas y de los cuervos marinos de negras alas. Prefería estos abrigos solitarios á los dorados artesones y á las elegantes alcobas. Mi padre, cuyo único hijo era yo, favorecía mis gustos, y me proporcionaba huevos, flores y aves. Era un hombre dotado de sentimiento religioso y poético. Sus descripciones alentaban en mí el instinto que á él le animaba. Aquella perfección de formas, aquella delicadeza de pormenores, aquella variedad de tintes me enamoraban. Me presentaba la ciencia bajo un punto de vista hermoso, lleno de interés, en vez de reducirla á una especie de análisis anatómico y yerto que hace

de la naturaleza un esqueleto. Mi padre me enseñaba también la historia de las aves, de sus emigraciones, de sus amores. Me hacía reparar las manifestaciones exteriores por las que se revelaban sus esperanzas ó sus temores. Nada me admiraba tanto como su mudanza de plumaje; y en este conjunto de hechos, apenas indicados, encontraba una novela infinitamente variada, siempre nueva, cuyos rodeos seguía atentamente mi espíritu.

«De esta suerte una alegría pura y viva, una especie de hechizo hermoseó los años de mi juventud, llenos de esas observaciones que eran el preludio de las mas penosas tareas, y que tanto me embelesaban. Horas enteras se fijaba mi atención enajenada en los brillantes y lustrosos huevos de las aves, en el blando lecho de musgo que encerraba y protegía sus parvas, en las ramas que los balanceaban y sostenían, en las peladas rocas, azotadas por los vientos, que las presentaban á los ardores del sol. Contemplaba con una especie de éxtasis secreto el desarrollo que seguía á su nacimiento: los unos nacían con los ojos abiertos; los otros no los abrían hasta muchos días después de haber salido del huevo. Yo ponía toda mi atención y todas mis facultades en estos fenómenos cuya variedad me pasmaba. Me complacía en observar el progreso lento con que caminan algunas aves á su perfección, y en ver ciertas razas, apenas salidas del huevo, huir á vuelo tendido y sacudir, volando, los restos de su cáscara trasparente.

«Tenía diez años, y conforme iba creciendo, crecía también en mi esta pasión á la historia natural. Hubiera querido apropiarme cuanto veía. Mas ambicioso que los conquistadores, deseaba ser dueño del mundo, sin que tuviesen límites mis deseos. Me airaba contra la muerte que despojaba de sus formas mas bellas y de sus mas brillantes colores al ave que había logrado cojer, é inventaba mil medios para combatir á ese monstruo, á la muerte, que venía á inutilizar todos mis trabajos y destruir los objetos de mi cariño. Procuraba luchar contra ella; pero las constantes reparaciones que exigían mis aves rellenas de paja, el color amarillo y apagado que cubría su bello plumaje, probaban que la muerte era mas poderosa que yo. Comunicaba á mi buen padre el objeto de mi pesar; esos ensayos que desaparecían entre mis manos; aquellos animales tan ágiles y tan tiernos, cuando vivos, y destinados, después de muertos, á tan triste metamorfosis. Mi padre quiso consolarme, y me trajo un volumen de láminas iluminadas que representaban con mucha exactitud las mismas aves que hacían mis delicias, y cuyos esqueletos adornaban mi reducido aposento.

«Esto me causó un alborozo indecible. Volví á encontrar al cabo, no los seres que había perdido y que habían sido los amigos de mi infancia, sino su imagen aproximada. Pensaba que el mejor medio de apropiarme la naturaleza era copiarla, y vedme ahí dibujante novicio é inesperimentado, copiando, y

copiando mal, cuanto se ofrecia á mis ojos.

«Durante algunos años solo me ocupé en hacer y rehacer aves, las cuales parecian ya cuadrúpedos, ya peces. Yo que habia despreciado tercamente las láminas del libro que me diera mi padre; y cuya crítica habia descubierto mil defectos en esos retratos, cuánto me avergoncé cuando mis pacientes esfuerzos no llegaron á alcanzar unos resultados tan miserables, pudiendo apenas reconocer yo mismo el ave que habia dibujado! Mi pincel, padre y creador de una raza inaudita y desproporcionada, me daba lástima. Pero lejos de desalentarme ese mal éxito, irritaba mi pasión. Cuanto mas mal dibujadas y mal pintadas eran mis aves, mas admirables me parecian los originales. Copiando y volviendo á copiar sus formas, su plumaje y sus diversas particularidades, continuaba, sin saberlo, el estudio mas profundo y minucioso de la ornitología comparada. Conocia tanto mejor todos los pormenores de la organizacion de las aves, en cuanto procuraba con mas laboriosa paciencia reproducirlos exactamente. Era tal la intensidad de esta pasión pueril, que no ha disminuido con la edad, que si me hubiesen robado mis dibujos, creo que me hubieran muerto. Este trabajo ocupaba mis dias y mis noches. Cada año producía una inmensa cantidad de dibujos malísimos que condenaba á las llamas el dia de mi cumpleaños; y sabe Dios qué incendio producian en el hogar paterno aquellos montones de papel embadurnado!

«Mi padre creyó descubrir en esta inclinación una aptitud natural para las artes del dibujo. A quince años me envié á Paris, donde estudié los principios del arte en el taller de David. Salieron de mi lapicero narices ajigantadas, bocas colosales, y cabezas de caballos antiguos. Me fastidiaba, y toda esa escultura que me hacian copiar me parecia fria y sin interés; por lo que volví á mis bosques nativos.

«Apenas hebe llegado á América, empecé otra vez á dedicarme con ardor, pero con mas éxito, á los estudios que tenian para mí tantos atractivos.

«Recibí un regalo de mi padre, que me fué doblemente agradable, ya por su valor intrínseco, ya por el embeleso de una atencion que lisonjeaba mis gustos mas declarados. Regalóme una plantación magnífica situada en Pensilvania, regada por el rio Schuylkil, y cortada por el arroyo de Perkyoning. Caséme en esta deliciosa morada, cuyos altos arbolados, campos ondulantes y colinas coronadas de bosques ofrecian al pintor de paisajes los mas pintorescos modelos. El Señor hendijo mi union, y ni los cuidados domésticos, ni la ternura que tenía á mi mujer, ni el nacimiento de dos hijos disminuyeron en nada mi pasión ornitológica. Mis amigos la desaprobaban altamente. Mis investigaciones y estudios ocasionaban gastos bastante considerables que nada resarcia. Asaltáronme algunos reveses de fortuna; pero mi entusiasmo me sostenia siempre; y veinte años de investigaciones y de observaciones aumen-

taron aun mas esta llama secreta que me animaba. Una atracción invencible me arrastraba hácia los antiguos bosques del continente americano, apesar de los consejos de todos mis conocidos. Ellos no podian asociarse á mis pensamientos, disfrutar mi felicidad, ni saber qué placer es para mí el observar por mis propios ojos las escenas vivas de la naturaleza. Yo era, á su modo de ver, un monómano accesible tan solo á la idea que me embargaba; un loco que descuidaba sus deberes, sacrificando sus intereses á su locura. Emprendia solo largos y peligrosos viajes; recorria los bosques y me estraviaba en las soledades; las riberas de nuestros lagos inmensos, nuestros vastos prados y las playas del Atlántico me veian errante, sin cesar, por sus mas recónditos asilos. De esta suerte pasaba los años lejos de mi familia.

«No era, ó lector, el deseo de la gloria el que me guiaba por estas soledades: queria tan solo gozar de la naturaleza. Cuando era niño, hubiera querido poseerla entera, y cuando hombre, vivian todavía en mi corazón el mismo anhelo, la propia embriaguez. Nunca concebí entónces la esperanza de ser útil á mis semejantes: no buscaba mas que mi diversion y mi placer. El príncipe de Musignano (Luciano Bonaparte), á quien encontré en Filadelfia, me instó vivamente para que publicase mis ensayos, y varió el curso de mis ideas; era la primera vez que me alentaban en mi carrera. Por otra parte, Filadelfia y Nueva-York, donde recibí una excelente acogida, no me ofrecieron ningun medio pecuniario de continuar mi empresa. Subí la larga corriente del Hudson; mi barca surcó de nuevo esos lagos que parecen océanos, y me engolfé de nuevo en mis queridas soledades.

«Crecia el número de mis dibujos; mi colección se completaba, y empezaba ya á soñar la gloria: acaso no podia el buril de un grabador europeo eternizar la obra de mi juventud, el resultado de aquel trabajo continuo y de aquel celo incansable? Estas quimeras halagaban mi imaginación, y sentí redoblar mi valor, y ensancharse mi porvenir.

«Después de haber habitado durante muchos años el pueblo de Henderson, en el Kentucky, sobre las riberas del Ohio, partí para Filadelfia. Mis dibujos, mi tesoro, mi esperanza quedaban cuidadosamente encerrados en una maleta, que confié á uno de mis parientes, no sin rogarle muchas veces que volase con el mayor interés por este depósito, tan precioso para mí. Mi ausencia duró seis semanas. Luego después de mi regreso, pregunté por mi maleta; me la trajeron, y abríla. Figuraos mi desesperación. No encontré en ella mas que trozos de papel rasgado, destrozado y casi reducido á polvo; lecho cómodo y blando donde reposaba toda una nidada de ratones de Noruega. Dos de estos animales habian roído la madera, se habian introducido en la caja, y habian instalado en ella su familia. He aquí todo lo que me quedaba de mis trabajos; cerca de dos mil habitantes del aire dibujados y pintados por mi mano, reduci-

dos á cero. Un fuego ardiente atravesó mi cerebro como una flecha inflamada; se estremecieron todos mis nervios, y tuve una calentura que me duró algunas semanas. En fin, se despertó en mí la fuerza física y moral. Cojí mi fusil, mi album, mi cacerina, mi lápiz, y me engolfé en mis bosques como si nada hubiese sucedido. Heme ahí volviendo á empezar todos mis dibujos, y embelesado de ver que me salían mejor que antes. Necesité tres años para reparar el destrozo causado por los ratones de Noruega; tres años que lo fueron de felicidad.

«Cuanto mas crecía mi catálogo, mas me apesadumbraban y enojaban las vacíos que encontraba todavía en él; y deseaba vivamente hallarme en estado de completarlo. Solo y sin recursos, ¿cómo llevar á cabo tan vasta empresa? Juré no descuidar nada de lo que pudiesen ofrecermi mi bolsa, el tiempo y mis penalidades. Cada día me alejaba mas y mas de los sitios habitados; pasáronse diez y ocho meses, y se hallaba terminada ya mi misión: había explorado todos los rincones de nuestros bosques. Fui á visitar mi familia que habitaba entonces en la Luisiana, y me hice á la vela hácia el Nuevo Mundo, llevando conmigo todas las aves del nuevo continente.

«Una feliz travesía me condujo á Inglaterra. A la vista de estas costas blanquecinas, delante de esa ciudad opulenta, cuyo patrocinio podia pagarme tantas penalidades, ó cuya indiferencia podia dejarme desfallecer en la indigencia y el olvido, no pude menos de sentir un terror y una ansiedad profundas. Pensaba en lo precario de mi situación, en mi aislamiento en un país donde no tenia ni un solo amigo, en aquel desierto poblado de hombres desconocidos, tal vez enemigos. Echaba menos mis bosques, el gasto de este largo viaje, y mi empresa, que me pareciera antes aventurada hasta el heroísmo, me pareció loca hasta la demencia. ¡Alabado sea Dios! En Liverpool me acogieron, alentaron y protejieron los Roscoe, los Rathbone, los Trail, los Chorley, los Mellie; en Manchester, los Gregg, los Lloidy, los Sergeant, los Holme, los Black; y mi gratitud se complace en ofrecerles aquí el tributo que les debe mi corazón. Edimburgo me ofreció patronos no menos entusiastas y jenerosos.

Tal es la relación del mismo Audubon; su amor ardiente á la ciencia, esta pasión que puede llamarse heroica, han dado frutos dignos de inmortalizar su nombre. Hemos tenido el gusto de admirar, en los salones de la Sociedad Real de Edimburgo, la exposición pública de sus dibujos orijinales pintados á la aguada. Una fuerza mágica nos ha trasportado al seno de los bosques que ese hombre de número ha habitado por tanto tiempo. Sabios é ignorantes han quedado igualmente pasmados de este espectáculo, que no intentaremos reproducir. Imaginad un paisaje todo americano, árboles, flores, césped, hasta los matices del cielo y de las aguas, animado de una vida real, especial, trasatlántica. Sobre esas ramas, en esas

orillas copiadas por el pincel mas severamente fiel, brillan todas las razas volátiles del Nuevo Mundo, grandes como parto de la naturaleza, con su actitud particular, su individualidad, sus singularidades. Allí, todos los plumajes brillan con los mismos matices de la naturaleza. Los veis en movimiento ó en reposo, en sus juegos ó en sus guerras, en sus riñas ó en sus caricias, cantando, empollando, dormidos, despiertos, atravesando el aire, rozando las olas, ó despedazándose en sus combates. Es una visión real y palpable del Nuevo Mundo, con su atmósfera, su vegetación ajigantada, y sus colonias que no conocen todavía el yugo del hombre. El sol brilla al través de los claros del bosque; el cisne fluctúa suspendido entre un cielo sin nubes y una agua transparente; peregrinas y majestuosas figuras cuajan el suelo micaceo de las riberas del Océano Atlántico. Y esta realización de todo un hemisferio, este cuadro asombroso de una naturaleza tan grandiosa, ha salido del pincel de un hombre, solo, oscuro, ignorado; triunfo inaudito de la paciencia y del número, resultado de mil triunfos alcanzados sobre innumerables obstáculos.

Todos los amigos de las artes alentaban á Audubon para que hiciese grabar y publicar su grande obra. Era á la verdad una empresa temeraria. Tratábase de cuatrocientas láminas de papel grande y de dos mil figuras iluminadas. Solo una rejion en el mundo podia ofrecer á su autor la protección necesaria; la Gran-Bretaña. En fin, gracias á los auxilios que ha recibido, á las nobles protecciones que ha encontrado, se ha empezado y se prosigue este monumento inmortal. Respira en esos hermosos grabados la república de las aves, todo un mundo desconocido. El texto es digno de las láminas; no encontraréis en él un análisis frio ó una descripción pomposa, sino la novela y la historia de este pueblo alado, que ha estudiado el naturalista en sus solitarios asilos. El amor de las aves se comunica al lector de esas páginas tan vivamente poéticas. Audubon mezcla su propia historia á la de sus favoritos; os asocia á sus aventuras, y refiere con gratitud los nombres de los que le han ayudado en sus tareas. Se camina con él al través de los vastos paisajes americanos. Se sigue el curso de esos rios gigantescos cuyas inmensas superficies recojen en su albeo todos los riachuelos del mismo continente, cuyas aguas reunidas van á perderse en el mar. Audubon ora viajaba solo, ora acompañado de su mujer y de sus hijos. Escuchémosle de nuevo, ó por mejor decir, viajemos con él.

«Cuándo salí de la Pensilvania para volver al Kentucky, llevaba en mi compañía á mi mujer y mi hijo mayor, entonces muy niño. Las aguas estaban muy bajas. Alquilé un batel llano, muy largo y cómodo. Hicimos de antemano las provisiones necesarias, y partimos acompañados de dos robustos negros.

«Era esto á fines de octubre. El Ohio, rey de los rios, reflejaba en sus tranquilas aguas esos heriaosos

matíces que doran las hojas durante el otoño, y al acercarse el invierno. Los festones de las viñas, brillantes como el acero bruñado, ó rojos como el cobre herido por el sol, colgaban de los corpulentos árboles de la orilla. Los resplandores del día, destellando en las aguas cristalinas, se reflejaban en las hojas, teñidas en parte de verde subido, y en parte de ese color ardiente y azafranado, mas hermoso quizás que los vivos y puros colores de la primavera. La atmósfera estaba tibia y el disco del sol era de color de fuego. Nada rizaba la superficie del agua que solo nuestro remo agitaba. Avanzábamos quietos y silenciosos, contemplando la belleza y magnificencia de las escenas que nos rodeaban. A veces salían del río unas como flechas y volvían á caer en él en lluvia de plata una infinidad de peces pequeños perseguidos por algun gato acuático (1). Raras veces he experimentado una sensación mas deliciosa é inocentemente profunda. Tenia á mi lado los objetos que me eran mas caros, y por todas partes esta hermosa naturaleza que nos sonreía.

«A un lado del Ohio se eleva un grupo de altas colinas con declives muy suaves, y á la izquierda se dilata hasta el horizonte una vasta llanura fértil y cuajada de bosques. Alzanse en el río islas de todas dimensiones, verdes como una canasta de flores. El río culebrea blandamente al rededor de sus islas, cuyas sinuosidades y curvas son tan undosas, que parece que uno navega mas bien sobre un lago que sobre un río. Ofreciéronse á nuestra vista algunos desmontes empezados en las riberas, los cuales amenazaban con una próxima invasion la belleza primitiva de estas soledades, y que no pude ver sin dolor.

«Al acercarse la noche, y á medida que se extendían las sombras sobre el río, se apoderaba de nosotros una conmoción mas profunda. Sonaba á lo lejos la campanilla de los ganados; el eco, siguiendo los recodos del río, llevaba hasta nosotros el sonido de la bocina del gondolero, el prolongado grito de guerra del gran buho, el ruido sordo de sus alas al hender el aire silencioso; ruidos que se dejaban oír mucho mas, conforme desaparecia el día, y que escuchábamos con un poderoso interés y una curiosidad indecible. Aparecia de nuevo el sol, y algunos gorjeos sueltos de los habitantes de los bosques nos anunciaban el despertar de la naturaleza; el gamo atravesaba la corriente dándonos seguro indicio de que bien pronto cubriría la nieve los campos; y acá y acullá la habitacion y el humilde techo del colono revelaban una civilizacion naciente. De cuando en cuando encontrábamos algunos barcos chatos, cargados de madera ó de mercancías, y que no tardábamos en dejar atrás; otros mas pequeños iban cargados de emigrados de todas las partes del mundo, que iban á buscar un asilo á lo lejos y á plantar su tienda en estas soledades.

«Servíannos de comida las ayutardas y las pintadas que abundan en aquellos sitios, y que venían sin desconfianza á revolotear á nuestro derredor. Con un solo tiro nos procurábamos un festín espléndido. Escojíamos para comedor algun arbusto espeso, tapizado de verde y blando musgo, y dudo que ningun gastrónomo haya encontrado nunca mas delicadas fruiciones en el lujo de su mesa.

«Pasábanse estos días felices, y cada vez nos aproximábamos mas y mas á nuestro hogar. Nos hallábamos cerca del arroyo de los Pichones, que va á perderse en el Ohio, cuando vino á sorprendernos un ruido extraño. Eran las mas espantosas disonancias; unos ahullidos semejantes al *whup* de los Indios, terrible alarido de guerra que conocíamos demasiado para no temerlo. Yo remaba vigorosamente para huir del peligro que nos amenazaba. Aun no hacia ocho días que los Indios se habían esparramado por la campiña, destruido las habitaciones de los colonos, degollado á los niños y mujeres, y cubierto de sangre los desmontes empezados. Durante algunos minutos se apoderó de nosotros un terror profundo. Los gritos crecían. En fin, vimos, debajo de unos espesos jarales, una multitud de hombres y mujeres, que con las manos levantadas al cielo y la cabeza erguida, lanzaban en coro, con aire frenético, esos jemitos, esos ahullidos, esos bárbaros gritos. Eran metodistas que venían á practicar sus piadosos ritos en aquellas soledades, lejos de los profanos y de los escépticos: el tumulto de sus voces discordantes y chillonas era la espresion de su entusiasmo. Llegamos por último á Henderson.

«Este viaje de doscientas millas ha dejado en mí deliciosos recuerdos. De veinte años á esta parte esas desiertas y encantadoras riberas han mudado de aspecto. Ha desaparecido su nativa grandeza, su belleza primitiva. No se ven ya frondosos ramos que dibujen su verde arcada sobre el río; han sido derribados los árboles centenarios; el hacha aclara cada día esos hermosos bosques, que adornaban con un largo feston movable la cima de aquellas colinas; la sangre de los indijenas y de los nuevos habitantes se han mezclado con las olas del río cuya esclusiva posesion se disputaban. Ya no se encuentra ni al Indio coronado de su diadema de plumas, ni aquellos rebaños de búfalos y gamos que se abrian paso al través de los bosques en ruidosas caravanas. Las aldeas, las villas, las ciudades han invadido esas rejiones, en las que resuena el martillo, y donde la sierra prepara continuamente nuevas habitaciones. Cuando reposan y no se oyen los instrumentos del carpintero y del albañil, el incendio devora bosques enteros, y la civilizacion se anuncia por medio de la desolacion. El seno tranquilo del Ohio se ve surcado por una multitud de barcos de vapor, que turban sus aguas y oscurecen el aire con sus huellas de humo. El comercio viene á sentarse sobre esas rocas seculares, y la Europa nos envia todos los años el exceso de su po-

(1) *Water-cat.*

blacion, como para ayudarnos en esta invasion progresiva, en esta conquista inevitable.

« Los filósofos decidirán la cuestión del progreso de la civilización debe ser un objeto de gozo ó de tristeza para el que piensa. Yo lo ignoro; mas, á fuerza de vivir bajo la sombra de aquellos árboles y de dirigir mi barquichuelo por aquellos rios, me habia unido á ellos un sentimiento de ternura casi apasionado, que mas de un lector vituperará tal vez. Siento mucho que ningun escritor, ningun pintor de númen haya conservado la imájen de estas bellezas que van á desaparecer. Tal vez nuestros Irving y nuestros Cooper emprenderán un trabajo tan digno de ellos. Ese cuadro curioso de una civilización naciente, esta lucha de la sociedad en su cuna con la naturaleza virgen, merecen ser ofrecidos al mundo por estos hombres eminentes. Pájina que faltaba á la historia de todos los pueblos, ella completará los anales del género humano; sabrá el mundo que en estos sitios retirados, unos verdaderos héroes, unos aventureros osados han plantado su cabaña asaltada por los indijenas y atacada por los animales de los bosques, con peligro de su vida y con trabajos y penalidades increíbles; que han luchado, durante muchos años, con el clima, con una tierra que no estaba acostumbrada al arado, y con el aislamiento de su posicion; y que estos valientes colonos, los Croghan, los Boon, los Clark, no tienen menos derecho á la fama que los Rómulos y los Cécropes. Nacidos en una época de análisis y de ciencia, no se rodean de velos teúrgicos, antes bien, los anales de su vida tienen un interés mas poderoso; el de la realidad. »

No insultarémos al lector comentando el mérito de estas bellas pájinas: un sentimiento verdadero las anima; este colorido puro y vivo, ese tono sencillo y ardiente, esta convicción inimitable pertenecen á los jenios mas felices. Audubon escribia, como se ve, lo que le dictaban sus impresiones personales. No es menos notable la fidelidad de su pincel en la descripción siguiente, de un huracan en la América septentrional.

« Nunca pasa el huracan sobre el continente americano sin dejar impresiones en él sus huellas. Yo fui testigo de uno de estos terribles fenómenos, y guardo de él un recuerdo tan vivo, que tal vez se me acusaría de exajeracion si trazase la penosa sensación que experimento todavía cuando lo recuerdo.

« Viajaba á caballo. Me encontraba entre Shawaney y el ancon de la Canoa; hacia un tiempo hermoso, un aire suave, y yo cabalgaba lentamente. Apenas hube entrado en la garganta ó valle que separa el ancon de la Canoa del de Highland, se oscureció el cielo y... una densa niebla convirtió el día mas claro en una noche oscurísima. Me detuve, asombrado, y sentí una sed ardiente que apagué en el arroyo inmediato. Bien pronto se dejó oír un largo murmullo, y se dibujó sobre el fondo tenebroso del cielo una mancha oval y cárdena. Estremeciéronse las ramas superiores de

los árboles, y este estremecimiento se comunicó en seguida á las ramas inferiores. Luego ví volar los troncos á pedazos, desarraigarse, alzarse y huir ante el viento, y pasar delante de mí todo el bosque como un torrente de ajigantadas y espantosas fantasmas. Esos troncos se empujaban, se pulverizaban en su ruta. En el centro de la impetuosa corriente, las cimas de los árboles mas corpulentos tenían que tomar una dirección oblicua y doblegarse; encima y debajo de ellos, huía bajo el mismo impulso una nube de ramos rotos y de polvo. El espacio ocupado poco antes por todos aquellos árboles no era mas que un arenal vacío, sembrado de troncos y raíces; parecia el lecho del Meschacebé despues de haberse retirado sus aguas. Las cataratas del Niagara no braman con mas violencia, ni es mas horrorosa la impetuosidad de su caída.

« Cuando se hubo amainado y como adormecido la violencia del huracan, volaban todavía por el aire millones de ramas desgajadas, y la marcha de la densa columna que señalaba el paso de la tempestad, duró todavía algunas horas, como encadenada por una fuerza de atracción. El cielo se habia cubierto de un velo verdoso y lúgubre, y la atmósfera se hallaba cargada de un hedor de azufre muy desagradable. Yo esperé, en el silencio y en medio del estupor, que la naturaleza hubiese recuperado, sino su forma primera, al menos su aspecto acostumbrado. Mis asuntos me llamaban á Morgantown. Aventuréme á atravesar el lecho del torrente aéreo, conduciendo por la brida á mi caballo, á quien asustaban todos aquellos esqueletos de árboles despojados y derribados. Hallábanse amontonadas en el suelo las ruínas del bosque destruido, donde formaban un muro tan espeso, que, ora obligado á abrirme un sendero en aquel laberinto, ora á deslizarme bajo las ramas entrelazadas, ora á traspasarlas de un salto, experimenté una fatiga mortal durante el tiempo que empleé en este trabajo.

« Esta ráfaga de viento cuya columna ocupaba cerca de un cuarto de milla, se llevó casas, levantó tejados, y obligó rebaños enteros á emigrar violentamente por los aires. Encontróse una pobre vaca muerta en la cima de un abeto, donde la habia transportado el ala del huracan. El valle es todavía al presente un lugar desolado, cubierto de musgo y abrojos, inaccesible á los hombres, y asilo de animales carnívoros. »

Mas durante las largas escursiones de nuestro naturalista, vinieron tambien á amenazar sus dias otra especie de peligros: la relación siguiente es digna de colocarse en alguna de las novelas de Cooper.

« Despues de haber recorrido, dice, el Alto Misisipi, tuve que atravesar uno de esos inmensos prados, sábanas de verdura que parecen un océano de flores y césped. Hacia un tiempo magnífico. Todo estaba lozano, verde y brillante de rocío á mi rededor. Calzado de buenos borceguíes forrados, seguido de un perro leal, armado de mi fusil, y cargado de mi

mochila, caminaba lentamente, embelesado con la brillantez de las flores, admirando los juegos de los gamos y de los cervatillos que venían á danzar delante de mí. Seguía un antiguo sendero indio, cuando el sol se hundió en el horizonte, sin que viese el techo, el asilo, el abrigo que anhelaba mi cansancio. Las aves nocturnas, atraídas por el zumbido de los insectos de que se alimentan, ajitaban sus alas sobre mi cabeza, y me coronaban con sus círculos concéntricos; el gemido de las zorras que llegaba hasta mis oídos, parecía anunciarme la proximidad de las viviendas por cuyos alrededores vagan de noche.

«En efecto, entreví una luz hacia la cual me dirigí, y que salía de una choza aislada, cuya puerta entreabierta dejaba penetrar mi mirada hasta el hogar encendido: de cuando en cuando se interponía una figura de hombre ó de mujer entre la llama y yo. Era una mujer, á la cual pregunté, cuando hube llegado á la choza, si podría encontrar bajo su techo un asilo por aquella noche.

«Sí,» me contestó sin mirarme.

«Su voz era dura, y desagradable su acento. Estaba medio desnuda. Entré y sentéme sin ceremonia en un viejo escabel cerca del hogar. Tenía delante de mí un Indio jóven, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las manos. Según la costumbre de los indijenas de América, no se movió al acercarse un hombre civilizado. Los viajeros han interpretado como indicio de pereza, de estupidez ó de apatía este silencio que dimana del orgullo mas altanero. Veíase apoyado en la pared un gran arco indio, y muchas flechas y aves muertas esparcidas por el suelo. El Indio no se movía y parecía no respirar. Dirijile la palabra en francés, idioma del cual la mayor parte de los Indios de esas rejiones saben al menos algunas palabras. Levantó la cabeza, mostróme con el dedo uno de sus ojos que habia salido de su órbita, y la sangre que corría por su semblante, y acompañó esta accion lanzándome con el ojo que le quedaba una mirada significativa. Supe despues que habiéndose roto la flecha de su arco en el momento en que estaba tirante la cuerda, uno de los trozos del arma habia venido á herir el ojo del Indio y se lo habia vaciado. Estaba padeciendo sin quejarse; sus facciones conservaban su feroz dignidad, á pesar del vivo dolor que sentía: era bien formado, ágil, ligero de cuerpo, con una fisonomía intelijente y cándida. Yo admiraba ese valor del salvaje, estoico del desierto, y estoico sin vanidad, concentrando el dolor en sí mismo.

«No habia ninguna cama en la choza. Veíanse amontonadas en un rincon algunas pieles de oso y de búfalo sin curtir. Saqué un hermoso reloj de repeticion del bolsillo y dije á la mujer:

«Es tarde: estoy cansado y tengo hambre; ¿podriais darme algo que comer?

«Lanzó sobre el reloj una mirada ardiente, ávida, y se me acercó.

«Sí, me dijo con tono singular, si apartais un po-

co las cenizas, encontraréis una torta que debe de estar ya cocida; tengo tambien carne de búfalo salada y escelente venado. Voy á traerlos todo eso... Pero ¡qué hermoso y brillantes vuestro reloj! Pres-tádmelo, os ruego.»

«Desasí la cadena de oro que suspendía el reloj á mi cuello; ella tomó el reloj, lo miró y remiró en todos sentidos, y pasó la cadena de oro al rededor de su cuello.

«¡Qué feliz sería, exclamó como estasiada, si tuviese un reloj como este!

«Paré muy poca atencion en sus palabras; dejéle sin desconfianza la joya que parecia examinar tan ino-centemente, é impelido del hambre, me puse á cenar: mi perro me hacia compañía y tomaba parte en mi comida. Habia recorrido muchas veces los yermos americanos sin encontrar ladrones, y la vieja no me infundia la menor sospecha á pesar de su fisonomía repugnante y su voz bronca.

«De repente el Indio se levanta, pasa por delante de mí, se pasea por la choza: yo creí que el dolor que sentía era la causa de la agitacion que manifestaba. Mas él, aprovechando el instante en que la vieja nos vuelve las espaldas, se acerca, se inclina y fija en mí una mirada tan ardiente, tan sombría, tan profunda, que no pude menos de estremecerme. Admirado de estos movimientos y de estas señales, le sigo con la vista. Me parece que se irrita porque no le comprendo, y despues de haberse sentado de nuevo, se vuelve á levantar, y pasando cerca de mí, me pellizca tan fuertemente, que me arranca un grito. La mujer se vuelve; y él corre á ocupar su puesto en el escabel, examina su *tomahawk* (1), afila sobre una piedra su cuchillo de monte, examina la punta, y se pone á fumar tranquilamente, lanzándome siempre á hurtadillas unas ojeadas singulares, cuyo fuego hubiera hecho bajar la vista mas atrevida.

«Adiviné en fin el aviso misterioso que me daba el salvaje: yo estaba en el mayor peligro. Entónces contesté con miradas de intelijencia á mi protector, y pedí mi reloj á la huésped. Volviómelo; y saliendo de la cabaña, no sé con qué pretexto, llevando mi fusil de dos cañones, lo cargué con cuatro balas, le puse en estado de hacer fuego, renové las piedras y volví á entrar. El Indio me seguía con la vista. Tendíme en una piel de búfalo, llamé á mi perro, coloqué el fusil á mi lado, y cerrando los ojos, hice como que me entregaba al sueño mas profundo. El Indio permaneció en su asiento, apoyado en su *tomahawk*.

«Dejóse percibir un rumor, abrí los párpados y vi dos jóvenes de aventajada estatura y muy vigorosos que entraban en la cabaña, llevando un ciervo que acababan de matar. La vieja, su madre, les dió aguardiente y bebieron largamente. Luego, dirijiendo sucesivamente la vista hacia el Indio herido y el rincon en que yo reposaba, preguntaron quién era yo, y

(1) Especie de maza indiana.

por qué había entrado en la choza *ese perro salvaje*. Hablaban en inglés, y el Indio no entendía una palabra de este idioma. La madre los llevó al extremo opuesto de la choza, señalóme con el dedo, y discutió con sus dignos hijos, en una larga conferencia, acerca de los medios de desbacerse de mí, y apropiarse el fatal reloj que había tentado tan vivamente su codicia. Los jóvenes se pusieron á beber de nuevo, hasta emborracharse; la vieja bebía con ellos, y yo confiaba que esas frecuentes libaciones no tardarian en ponerlos á todos fuera de combate. Golpeé suavemente con la palma de la mano la espalda de mi perro, y armé el fusil. La admirable sagacidad de este animal le advirtió el peligro que corríamos. Meneó la cola, y se sentó con el ojo clavado en mis enemigos y pronto á lanzarse sobre ellos. El Indio, inmóvil, tenía una mano apoyada sobre el mango de su cuchillo de caza, y la otra sobre su tomahawk. Era una escena muy dramática, cuyo interés crecía con el silencio.

«La vieja descolgó un largo cuchillo de la pared de la choza, y cuyo acero debía enviarme al otro mundo. Había en uno de los rincones una muela de amolar, hízola jirar suavemente y aguzó cuidadosamente el arma: yo vi caer el agua gota á gota en la muela, sin perder uno solo de los movimientos de aquella criatura infernal: el hogar, medio apagado, alumbraba sus facciones descarnadas; los jóvenes, sus cómplices, vacilaban sobre sus piernas vinosas, y el salvaje, tranquilo siempre, estaba en pié, y su mano, que estrechaba fuertemente el fatal tomahawk, estaba pronta á dejar sin vida al primero que se le acercase. El cañon de mi fusil estaba dispuesto de modo que hiriese de muerte al primero que se me acercase, y mi perro miraba alternativamente á su dueño y á sus agresores. Esta ansiedad duró mucho tiempo, y un sudor frío cubría mis miembros.

«Vamos, dijo la vieja en voz baja á sus hijos: Él duerme, y yo me encargo de él: Vosotros despachad á ese Indio.

«Ella se adelantó poco á poco, con paso firme, pero prudente; apenas tocaba la tierra que pisaba. El Indio se había puesto en pié; el tomahawk que su mano blandía iba á caer sobre uno de los asesinos, y yo me preparaba á apretar el doble gatillo de mi fusil, cuando oímos llamar débilmente á la puerta.

«Levantéme y abrí. Eran dos viajeros canadienses, verdaderos Alcides, cuya llegada celebré. El Indio señaló á los dos hijos de la huésped con un jesto elocuente, y se puso á gritar en mal francés, apenas inteligible:

«Ellos querer matar á este hombre blanco, y á mí, hombre rojo. El Grande Espíritu enviar á vosotros, hombres blancos.

«Yo confirmé la acusación del salvaje, y referí á los viajeros, los cuales iban armados de carabinas, la escena que acababa de pasar. La vieja, atónita, tenía todavía el cuchillo en la mano. Los dos jóvenes, bor-

rachos, no negaron sus intenciones de asesinato; la vieja se desahogó en imprecaciones y gritos que no la salvaron. Los atamos de piés y manos, y el Indio se puso á ejecutar una de esas danzas burlescas y triunfales que están en uso entre las tribus del desierto. Pasamos la noche en la choza, y apareció por fin la aurora roja y risueña.

«Tratóse de castigar á los asesinos. Les desatamos los piés, pero les dejamos las manos ligadas y les obligamos á seguirnos. Hay en estas apartadas rejiones una legislación establecida por los colonos, que consiste en quemar la habitación del asesino, y en atar á este á un árbol y darle azotes: nosotros nos conformamos á este código, que está hoy día vigente desde las playas del Atlántico hasta las cascadas del Niágara. La choza fué reducida á cenizas. El salvaje recibió en premio los utensilios del ajuar y los muebles de los culpables; la vieja y sus hijos fueron sujetos á este ignominioso suplicio, y después de haberlos desatado continuamos nuestro viaje, acompañados del joven guerrero indio que fumaba gravemente por el camino.

«Fué el único peligro de este jénero que corrí durante mis largos viajes. Entre tanto las soledades de América se pueblan de la escoria del mundo; y encontráis diseminados por aquellos prados sin límites, asesinos de Viena y de Leipzig, pillos de París y de Londres, aventureros italianos, mendigos escoceses, etc. Reducidos á vivir del trabajo de sus manos, sus vicios, como que no tienen de que alimentarse, se amortiguan, y sus costumbres se mejoran. Cuando vuelven á sus inclinaciones criminales, unos majistrados llamados *reguladores*, encargados de eso, les dan caza, los persiguen hasta los yermos mas apartados, y les obligan á encerrarse como fieras en impenetrables escondrijos. He aquí los medios de que se valen.

«Cuando alguno de los miembros de las nuevas colonias ha violado las leyes, cometido un asesinato ó un robo, ultrajado abiertamente la decencia y la probidad, los notables del lugar elijen algunas personas de su seno, encargadas de examinar y castigar al culpable. Estos son los *reguladores*. El primer delito se castiga con el destierro. El criminal tiene que salir, dentro del término prefijado, del país donde se ha cometido el crimen. Desgraciado de él si se atreve á presentarse en las cercanías y cometer nuevas violencias. Los *reguladores* le declaran fuera de la ley; se quema su habitación, se le azota sin compasión, atado á un árbol, y si el asesinato ha sido premeditado, se le fusila y se planta en una estaca su cabeza ensangrentada y separada del tronco. Esta severidad, que algunos mirarán tal vez como bárbara, es muy necesaria para la seguridad de estos establecimientos nacientes.

«Todavía no han olvidado los navegantes del Bajo-Ohio y del Misisipi el nombre de Mason, el Rob-Roy del oeste de la América. Era un hombre ajigantado, diestro, valiente, infatigable, y que, á la cabeza de

una partida armada y numerosa, llevaba el terror y la desolacion por todos los paises circunvecinos. Habíase establecido en la confluencia del Ohio y del Misisipi, y la mayor parte de los barcos chatos que bajaban por alguno de estos dos rios, caian en sus manos. Los negros, los caballos, las provisiones, las armas, el dinero; todo caia en su poder. Su nombre formidable resonaba en todo el oeste de América. Conocia perfectamente los sitios, y tenia numerosos espías que le advertian los peligros que corria: de esta suerte escapó por mucho tiempo á todas las pesquisas. Aviniéronse en fin algunos *reguladores*, y se ligaron para librar el pais de un hombre tan temible.

«Recorrieron toda la comarca, cuidando de seguir diferentes direcciones. Por último, uno de ellos encontró á Mason, que montaba un soberbio caballo. Hizo como que no le conocia, prosiguió lentamente su camino, le observó de lejos, y en el momento en que Mason, agazapado en el hueco de un árbol, imaginaba pasar la noche en él, apretó las espuelas á su caballo, fué á buscar refuerzo, y condujo una partida de hombres decididos de un pueblo inmediato. Mason se hallaba ya despierto, cuando se presentaron; así que mató á los primeros que se le acercaron; no sé le pudo prender vivo, y despues de un largo y sangriento combate, fué echado su cadáver al suelo, le cortaron la cabeza, quemaron su casa, y solo este terrible trofeo indica hoy día el lugar que antes ocupara.

«He asistido á muchas de estas ejecuciones, aunque menos sangrientas que esta. No hay espectáculo mas singular que el que ofrecen una docena de *reguladores* á caballo, formando un círculo, con la carabina á la espalda, y en medio del círculo el delincuente medio desnudo, sujeto á una vapulacion mas ó menos larga. Un jóven, entre otros, que no era culpable ni de robo ni de asesinato, pero que habia procurado esparcir por el pais las costumbres desordenadas que trajera de Europa, no recibió ni la muerte ni una correccion muy severa; mas el suplicio que le impusieron los *reguladores*, jueces, lejisladores, verdugos, carceleros y jendarmes á la vez, es muy extraño para no ser citado. Le hicieron correr, enteramente desnudo, por un campo de ortigas; y este paseo, sin causarle ningun mal verdadero, le puso en estado, por algunos dias, de no poder hacer ningun movimiento. Luego que estuvo restablecido, salió del pais, y supo por experiencia la paga que se da al que trasplanta los desórdenes del mundo antiguo á los desiertos del nuevo.»

Ved ahí cómo ese filósofo de los bosques, ese naturalista á quien diera Dios la mision de observar y de pintar sus obras, engrandeciendo su círculo, copia y da vida á todas las costumbres, á todos los paisajes, á todas las escenas estrañas é interesantes de ese gran continente. No nos habia prometido mas que aves, y sin embargo presenta á nuestra vista en su panorama toda la América septentrional; porque ha comprendido que aquellas llanuras, aquellos ár-

boles y aquellas riberas, creadas para dar asilo á esa raza alada, eran el fondo necesario de su cuadro. En cuanto á la historia de las mismas aves, de su vida privada, de sus amores, de sus guerras, de sus costumbres, es encantadora, aun en sus pormenores mas minuciosos: escojemos casualmente la biografía del sinsonte, ave particular de la América.

«Cuando el canto de amor del sinsonte atraviesa el ramaje de la magnolia de la Luisiana, de ancho tronco y de inmensa cima siempre verde, el Europeo que recuerda el himno nocturno del ruiseñor, oculto entre las ramas de la encina, siente un secreto desprecio por lo que admiró en otro tiempo. La bignonia y los céspedes se entrelazan al rededor de los grandes árboles, los aventajan en altura, los coronan y vuelven á caer en festones. Un perfume celestial embalsama los aires, y brillan por todas partes las flores, los racimos naduros, y una atmósfera tibia y suave. Parece que la naturaleza, embarazada de tantas riquezas, se detiene un dia para derramarlas sobre este pais venturoso. Levantad los ojos, y veréis el ave hembra reposando en una rama de un árbol corpulento; el macho, lijero como una mariposa, describe rápidos círculos á su alrededor, sube, baja, vuelve á subir, con los ojos encendidos y siempre fijos en ella, con sus hermosas plumas algo estendidas, saludando con la cabeza al objeto de su cariño, y cada vez que levanta el vuelo, empieza ese himno de alegría, el mas brillante, el mas melancólico de los himnos.

«No empieza, como el ruiseñor, con largos y melancólicos suspiros: se pone á cantar con pasion y pujanza, modulando en seguida, graduando y variando el canto con un arte increíble; procurando introducir en sus composiciones el remedo de los sonidos mas dulces que le ofrece la naturaleza por modelo, el murmullo de las hojas, el canto de la pardilla y el murmurio del arroyo. Ese canto acompaña su vuelo; mas todo eso no es mas que un preludio. Cuando viene á posarse en la rama que sostiene á su compañera, sus notas son menos brillantes, pero mas suaves, mas esquisitas. En seguida se lanza otra vez por los aires, se baja, vuelve á subir, recorre con la vista todas las cercanías, para asegurarse de que ningun enemigo amenaza su reposo; bate las alas; parece ejecutar una danza caprichosa en medio del aire con sus compasados movimientos; vuelve á posarse al lado de la hembra, y por final de este gran concierto, le da la parodia mas exacta de todas las melodías, de todos los gritos, de todos los silbidos, de todos los acentos de los demás individuos de su raza. Ya remeda á la pardilla, á la perdiz, al buho: ya el cloqueo del ánade y la cháchara de la gallina. En fin, una especie de suspiro, un sonido triste, ahogado, voluptuoso que deja escapar la hembra, impone silencio al sinsonte y le atrae á su lado.

«Trátase bien pronto de fijar el establecimiento conyugal. Hembra y macho vuelan juntos, y se detienen cerca de alguna casa desierta. Sabe que divertirá al

habitante de aquella morada, y no hay ave mas orgullosa que ella. El naranjo, la higuera y el peral le abastecen bien pronto de materiales para la construccion del nido: juntan á todo eso ramas secas, hojas, lino, algodón y césped, y colocan su pequeño edificio en el punto de union de dos ramas divergentes. Depositán cinco huevos en ese blando lecho, y el sintomate no tiene otra tarea que velar por la seguridad de sus hijos y cantar. Aparta de su nido las sierpes, los gatos y las aves de rapiña; pásanse quince dias, y la nidada despliega su vuelo, deja á sus padres, y va á proveer por sí misma á su existencia.»

Tenemos muchos libros de historia natural; pero abundan en ellos las jeneralidades y las descripciones vagas; en el de Mr. Audubon sobresalen, por el contrario, las pinceladas mas finas, mas delicadas, y una precision estremada en las circunstancias: es el diario cabal de la vida de las aves. Audubon destruye mas de una preocupacion popular. Tales son, por ejemplo, esas opiniones, ó mas bien esas lúgubres metáforas, que hacen despreciar al *buho*, como una ave estúpida, fúnebre, melancólica y falta de sagacidad. Se les hace anidar en los sepulcros, se les arroja á pedradas cuando se atreven á presentarse de dia; se dice en la conversacion familiar: «triste como un *buho*, sombrío como un *buho*.» Audubon os dirá que entre las numerosas razas del buho, solo hay una, el buho *de pico negro*, cuyo temperamento y humor melancólico merecen, no esas reprobaciones y esas injurias, sino una compasion amorosa; porque el pobre animal es casi ciego y ha recibido en herencia una tristeza hereditaria: en cuanto á sus hermanos, Shakspeare los conocia muy bien, cuando los llamaba «aves alegres.» Los Atenienses los apreciaban mucho; y Audubon trajo uno de Filadelfia á Nueva York, que era un bufon de los mas divertidos.

«Cuando acampaba en medio de los bosques, dice el naturalista, venia á visitarme á menudo el buho barrado, que suelta tan largas y estrañas carcajadas. No le espantaba mi hogar; se me acercaba á salticos, me miraba, movia su cabeza á derecha é izquierda, y se parecia, por la singularidad angulosa de sus movimientos, á uno de esos muñecos de madera de resorte cuyas mandíbulas, piés y manos ejecutan algunos jestos cómicos. Si se cubria la atmósfera, y el tiempo amenazaba lluvia, esta ave redoblaba sus movimientos; las plumas de su cabeza se erizaban; y parecia cubrirse de una gorguera: poníase á reir mas fuerte que nunca, y su *whah! whah!* penetrando en los mas ocultos retiros, despertaba la atencion de sus camaradas, que le contestaban en eco. Hubierais dicho, al oir esa discordante gritería, esa estrepitosa algazara, que el reino de los buhos celebraba alguna fiesta extraordinaria.»

El retrato del águila calva es igualmente hermoso, y mas exacto que las bellas páginas de Buffon.

«El águila es el ave mas sublime. Flota sobre los estandartes y es el símbolo del valor y de la grande-

za. Es el blason de la libertad de América, así como sirvió de tipo á Roma en sus conquistas y á Napoleon en sus empresas. El poder de su vuelo, la altura y rapidez de su remonte, su vigor, su audacia, su valor frio justifican esta eleccion que ha consagrado el consentimiento de todos los pueblos. Es un héroe y un tirano. Su ferocidad iguala á su valor. Se complace en sumerjir sus garras en la sangre; la mortandad la deleita, aun cuando no tenga necesidad de devorar la presa.

«En otoño, en el momento en que millares de aves huyen del norte y se acercan al mediodia, dejad deslizar vuestra barca por el Misisipí. Cuando veais dos árboles cuya cima aventaja en altura á todas las demás, elevarse el uno delante del otro, en las dos orillas del rio, alzad los ojos, y veréis al águila posada sobre uno de los árboles. Brilla su ojo en su órbita y parece quemar como el fuego. Contempla atentamente toda la superficie de las aguas; á menudo fija sus miradas en el suelo; observa, escucha, oye y recoge los mas leves ruidos, y no le escapa ni el gamo que pisa apenas las hojas. El águila hembra permanece de centinela en el árbol opuesto, y de cuando en cuando parece exhortar con su grito al macho á que tenga paciencia. Este le contesta ajitando las alas, inclinando el cuerpo, ó con un ahullido cuya discordancia y estrépito se parecen al reir de un maniático. Luego se pone muy erguida, y al ver su inmovilidad y su silencio, cualquiera le tendria por una estatua. Los patos, las gallinas acuáticas, las abutardas huyen en batallones, que la corriente del rio arrastra; presas que el águila desdena, y á quienes este desprecio salva la vida. Un sonido, que el viento hace volar sobre la corriente, llega en fin á los oidos de entrambas águilas: este ruido, que tiene el retintín de un instrumento de cobre, es el canto del cisne. La hembra advierte al macho con un grito compuesto de dos notas: todo el cuerpo del águila se estremece; y dos ó tres picadas que da rápidamente en su plumaje le preparan para su expedicion. Va á partir.

«Viene el cisne como una nave flotante en el aire, con el cuello blanco como la nieve, tirado hácia delante, y con la inquietud en los ojos. El movimiento precipitado de sus alas apenas basta para sostener el volumen de su cuerpo, y sus patas, replegadas bajo su cola, se ocultan á la vista. Acércase lentamente, como una víctima al ara. Oyese un grito de guerra, y parte el águila con la rapidez de la exhalacion que vuela ó del rayo que brilla. El cisne ve á su verdugo, baja el cuello, describe un semi-círculo, y en medio de la agonía de su temor, maniobra para huir de la muerte. Solo le queda un medio de salvacion, y es el sumerjirse en la corriente; mas el águila preve la astucia, obliga á su presa á permanecer en el aire, volando constantemente debajo de ella y amenazando herirla en el vientre y debajo de las alas. Esta profunda combinacion, que el hombre envidiaria al ave, nunca deja de producir su efecto. El cisne se debili-

ta, se cansa y pierde toda esperanza de salvacion. Mas entónces su enemigo, temiendo que caiga en el agua, hiere con sus garras á la víctima debajo de las alas, y la precipita oblicuamente en la orilla.

«Tanto poder, tanta destreza, actividad y prudencia terminan por fin la conquista. Nadie pudiera ver sin horror el triunfo del águila. Danza sobre el cadáver; hunde profundamente sus garras de metal en el corazon del cisne moribundo; sacude las alas, da alaridos de gozo, y se embriaga de placer con las últimas convulsiones del ave. Levanta su cabeza calva, y sus ojos, inflamados de orgullo, se tiñen de color de sangre. Su hembra viene á juntarse con él, y entrambos vuelven el cisne, atraviesan su pecho con el pico, y se atracan de sangre, caliente todavía.»

Audubon no ha olvidado ni una sola circunstancia de los anales ornitológicos, y ha tratado especialmente con un esmero particular de los amores de las aves. Unos han referido los amores de los *Anjeles*, historia seguramente apócrifa; otros los amores de los *Poetas*, amores quiméricos como los del Petrarca, ó ridículos como los del Dante, ó insensatos como los del Taso. También nos han referido los misterios conyugales de las flores; y esta manía de platonizar amorosamente todos los objetos del universo nos ha valido los *Amores de los Minerales*, y los *Amores de los Triángulos* (1). ¿Quién no preferirá á esos ridículos refinamientos los amores aéreos, pero reales, tiernos y atractivos, en cuya descripcion ha sido tan feliz nuestro naturalista?

La tórtola de la Carolina le ha suministrado las mas deliciosas pinturas.

«Cubre las ramas de la *estuartia* un lujo maravilloso de flores y pimpollos blancos. La tórtola se pone en una de las ramas superiores del árbol, con las alas medio desplegadas, y pronta á huir de las caricias del macho que revolotea á su derredor, y al cual opone por algun tiempo una gazonería que le desespera. Si el macho vuela hácia ella, esta salta á una rama mas alta. Entónces el macho, sacudiendo las alas, se eleva tanto como puede, y luego, dejándose caer de repente, describiendo un ancho círculo, con la cola y las alas desplegadas, vuelve, despues de esta navegacion aérea, á posarse en una rama inmediata á la suya. La hembra se va arrastrando hácia un lugar mas misterioso y mas oculto al macho, cuyo homenaje desechaba su coquetismo.

«Luego que el calor de la primavera hace renacer los primeros pimpollos, la tórtola de la Carolina empieza á cantar. Su canto es un acento melancólico y tierno, animado de una dulzura apasionada, preludio feliz y símbolo exacto de la ardiente savia que va á circular por las venas de la naturaleza. Cuando vuela, sus alas producen un ruido singular, murmullo voluptuoso que se oye de muy lejos. Capaz de elevarse en su vuelo mucho mas arriba de los mas altos

árboles, prefiere deslizarse por sus ramas inferiores, seguir la orilla de los lagos, y hogar tranquilamente por los aires, trazando en ellos una línea directa y rápida. Cuando se para en un árbol, su cola, que ajita con mucha gracia, corresponde al movimiento de su cabeza y de su cuello.»

Todas las aves son celosas en sus amores, menos el picoverde de alas de oro. Nuestro naturalista ama con razon á esas brillantes criaturas de los bosques, como á las mas amables y brillantes de las aves.

«He pasado dias enteros, dice, en compañía de esos entecillos alados. No hay ave mas viva y mas alegre que ellos; la voz del picoverde se oye desde lo alto de los añosos troncos y de los árboles que caen de vejez, y todos sus camaradas le contestan. Se ve á muchos machos persiguiendo á una sola hembra, revolotear, subir, bajar y ejecutar mil evoluciones extrañas; especie de danza burlesca que no puede verse sin reir. De esta suerte manifiestan los pretendientes á su hermosa el deseo de agradaarla y divertirla, sin que haya celos entre estos galanes, que se disputan pacíficamente y sin odio el premio de los juegos, la compañera que debe pertenecer al vencedor. Repítense las mismas ceremonias de árbol en árbol, de zarza en zarza. A veces veréis danzar volando doce ó trece aves al rededor de la presumida, que se manifiesta indecisa, y continúan los juegos hasta el momento en que da la preferencia á uno de los rivales, al cual embiste ella con el pico cuando pasa por su lado. Al momento todos los pretendientes echan á volar y corren á encontrar otra hembra. La pareja permanece cara á cara. Trátase bien pronto de buscar otra habitacion mas cómoda para el nuevo matrimonio. Parten juntos y escoljen en el bosque un tronco de árbol fácil de ahuecar, y el macho y la hembra trabajan con el pico en el nido que debe contenerlos á ellos y á sus hijuelos. A medida que vuela por el aire un pedacito del árbol á impulsos de las picadas de uno de ellos, el otro le felicita con un pequeño grito, eco de su alegría. Se termina por fin el nido, y entónces es una diversion ver á las dos aves subir y bajar el árbol en todas direcciones, aguzar sus picos en todas las ramas, cazar inexorablemente á los petirrojos y á los otros pájaros, y hacer correrías lejanas para cazar hormigas, larvas é insectos. Dos semanas despues encontraréis en el lecho conyugal seis huevos blancos y transparentes como el cristal.

«Los picoverdes hacen dos nidadas cada estacion; así es que esta alegre raza abunda que es un portento en todos los bosques de América, de modo que no podeis dar un paseo sin oir sus gritos penetrantes, y el retintín de su pico sobre la corteza de los árboles.»

Tales son los colores vivos, variados, sencillos que la pluma del naturalista, tan pintoresca como su pincel, emplea para comentar y esplicar las admirables láminas que componen su obra. Así es cómo comprendemos nosotros la ciencia. Gracias á los progresos de la civilizacion, no se contenta ya con una ári-

(1) Publicóse en Lóndres un poema extraño bajo este título,

da nomenclatura, ni se oculta ya entre el polvo de las antiguos libros. A Dios para siempre esas clasificaciones simbólicas y artificiales que reemplazaban el estudio del mundo, y sustituían á las armonías de la creacion una especie de esqueleto, cuyos huesos engalanados servían de juguete á los eruditos. Leed esas antiguas monografías, y no encontraréis en ellas sino títulos, palabras, cifras, una sucesion eterna de números, cosas que no hablan al alma ni á la imaginacion. ¿Es esta, gran Dios, tu obra eterna, tu obra viviente, animada en todas sus partes? ¿Cuántas invenciones pueriles nos dais en lugar de este gran todo!

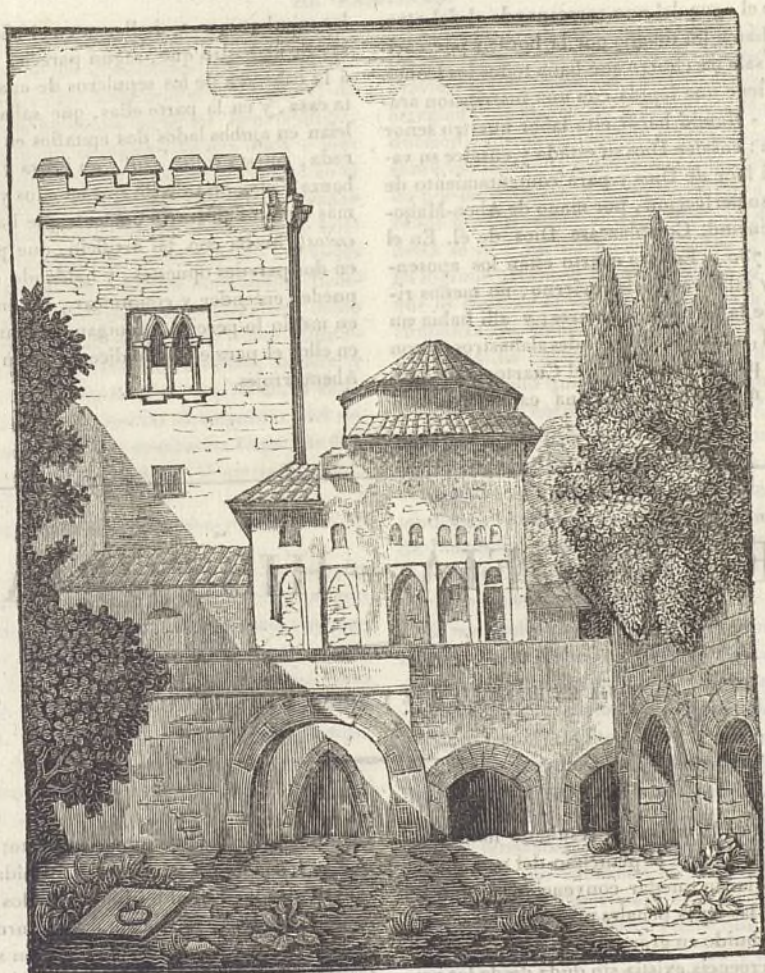
Ved ahí una águila encima de una roca; disertad largamente sobre una clase de aves que tienen, como decís, el pico retorcido y las patas armadas de garras. ¿Qué me importa todo esto? Intérprete desabrido, ¿por qué vienes á ponerte entre mí y el espectáculo cuyas causas busca mi curiosidad? Yo quiero saber porqué aquella águila está allí; qué interés tiene en dejar el llano que le ofreció una caza tan abundante; porqué escoje por trono y lugar de reposo ese peñasco agudo, ese monton estéril de témpano de hielo que no puede proporcionarle ni abrigo ni pasto. Yo os preguntaré tambien de qué puede servir al plan jeneral del universo esa montaña árida de granito que baña el mar. Si me decís que el águila, por la abertura y la disposicion de sus alas, necesita de una cima muy elevada, desde donde pueda tomar mas fácilmente su vuelo; si probais por la conformacion del globo la necesidad de las montañas, donde se elaboren los metales y donde se encuentren los grandes receptáculos que alimenten los arroyos y los rios, recibiré verdaderamente una instruccion, conoceré algunas de las armonías de la naturaleza, y me

inclinare con respeto ante este instrumento de mil cuerdas fabricado por el eterno Autor.

No hay duda que es muy útil clasificar sistemáticamente los hechos, y que este orden ayuda á la memoria y favorece la estension de los conocimientos. Entónces es mas fácil descubrir, entre las observaciones ya hechas, esta relacion misteriosa que las enlaza unas con otras: pero estos sistemas no son mas que los armarios, digámoslo así, destinados para contener los diversos objetos de una coleccion. No prodigéis los adornos, no sobrecarguéis de dorados inútiles ni de relieves y espirales, los enmaderamientos de vuestros gabinetes; estableced un orden sencillo en la clasificacion de los objetos, y no creáis haber alcanzado el objeto de la ciencia porque habeis ordenado vuestras adquisiciones. La nomenclatura no es mas que el alfabeto de la ciencia.

Mas la intelijencia humana ha sacudido sus trabas, se empieza á abandonar ya esta senda árida y oscura, y nadie se para ya en los senderos de una clasificacion inútilmente abstracta. Hasta el público se acostumbra á estudiar la naturaleza; las nociones de física, de química y de historia natural se jeneralizan mas y mas; no se hallan ya desterrados del templo de la ciencia el amor á la naturaleza y la necesidad de conocerla y observarla en sus mas íntimas relaciones; y no desesperamos de ver llegar el día en que ya no se tomarán las palabras por cosas, ni las abstracciones por realidades. ¡Bien hayan pues los Cuvier, los Levaillant, los Wilson, los Selby, los Audubon, que han añadido de nuevo la cadena eterna que nos liga á las obras de la creacion y á la mano poderosa que estableció en el principio del mundo su eterna armonía!





LA ALHAMBRA.

Esta fortaleza está situada sobre una de las colinas que dominan la ciudad y llanura de Granada: tiene media legua de circuito, y sus dos alcázares ó palacios reales reúnen lo mas rico y selecto del arte en este jénero de estructuras. Su conjunto forma una de las maravillas de España, y los mármoles y columnas, en cuyos pedestales están representadas muchas batallas, con figuras de medio relieve cinceladas con mucha delicadeza, y la abundante profusion de otras labores, manifiestan las inmensas sumas que ha costado. Estos dos alcázares están contiguos. El primero y mas principal se llama *Cuarto de Comares*, del nombre de una hermosísima torre labrada ricamente por dentro, de una labor muy costosa y muy apreciada entre los Persas y Sirios, llamada *Cumarajia*; en él tenía su fundador, Abil-Hagex-Jusef, los aposentos de verano. Desde sus ventanas, que corresponden al cierzo, al mediodía y á poniente, se descubren las casas de la Alcazaba, del Albaycin, la mayor parte de la

ciudad, toda la ribera del rio Darro y la vega, con hermosa y amena vista de jardines y arboledas. A la entrada de este palacio hay un pequeño patio con una pila baja al gusto africano, muy grande y de una pieza, labrada á modo de venera, y á uno y otro cabo hay dos saletas labradas de diversos matices y oro, y de lazos de azulejos, donde juntaba el rey su consejo y daba audiencia, y cuando estaba ausente, oía, en la que está junto á la puerta, el Cadi, ó justicia mayor, á los negociantes; y á la puerta de ella habia un azulejo puesto en la pared con letras árabes que decian: «Entra y pide; no temas pedir justicia, que hallarla has.» El segundo palacio, que está á la parte de levante, se denomina el *Cuarto de los Leones*, por una hermosa fuente que tiene en medio de un patio enlosado de alabastro y con muy ricos pilares al rededor. Esta fuente tiene una gran pila de alabastro colocada sobre doce leones de lo mismo, puestos en rueda, del tamaño de becerros, y horadados con tal

artificio, que el agua del uno corresponde al del otro, y todos la echan á un tiempo por la boca; y por encima de la pila sale un chorro que baña todos los leones. Esta fuente tiene una lápida con una inscripcion árabe que dice: «Mandó hacer esta labor nuestro señor Alcolebillah: ensalce Dios su estado y ensalce su valor. Acabóse á loor de Dios y para contentamiento de los que vean su perfeccion, por mano de Aben-Mahomad-Aben-Cencind. Complázcase Dios de él. En el mes xenal de 780.» En este cuarto están los aposentos, alcobas y salas reales de invierno, no menos ricos que los de la torre de Comares; y allí habia un baño artificial, enlosado de grandes alabastros, y con sus fuentes y pilas. A espaldas del Cuarto de los Leones, hácia el mediodía, habia una capilla real con

los sepulcros, y se hallaron en el año 1574 unas losas de alabastro que, segun parece, estaban puestas á la cabecera de los sepulcros de cuatro reyes de esta casa, y en la parte ellas, que salia de la tierra, se leian en ambos lados dos epitafios en letra árabe dorada, puesta sobre azul, en prosa y verso, en alabanza y memoria de los que en ellos yacian. Hay además en estos alcázares una sala que llaman de los *Secretos*, hecha con tal artificio, que poniéndose dos, en dos paredes opuestas, y hablando en voz baja, se pueden entender y comunicar, sin que los que están en medio lo perciban ni oigan. Se manifiesta tambien en ellos el paraje donde dicen fueron degollados los Abencerrajes.

FILOSOFIA.—HISTORIA.

LA MAJIA EN EL SIGLO DIEZ Y NUEVE Y EN LOS ANTERIORES.

Si la creencia en la majia era resultado natural de las ideas monacales sobre el principio del mal, no cabe leer su historia sin quedar convencido de que las persecuciones y las leyes penales promulgadas contra ella, han contribuido en gran manera á prolongar su duracion. Esta creencia existia sin duda desde los primeros años del cristianismo; pero la majia no empezó á representar un papel importante en la historia hasta que, despues de 1484, la bula de Inocencio VIII hubo escitado fuegos, hasta entónces apagados. La mayor parte de nuestros lectores tienen seguramente una idea muy imperfecta de todos los horrores que ocurrieron durante dos siglos y medio. Sabrán confusamente que fueron quemadas muchas personas por este motivo, recordarán el haber leído en la historia la relacion de algunas persecuciones dirigidas contra las brujas; pero ignorarán el número indefinido de aquellos asesinatos jurídicos. La ralea de los hechiceros pareció que se multiplicaba y llenaba la tierra, no bien hubo Inocencio puesto su odioso mandato en las manos de Sprenger y de sus cofrades, y establecido una forma regular de procedimientos para aquellos supuestos crímenes en la extravagante obra titulada: *Malleus Maleficorum*, que era á la vez un comentario teológico y jurídico á la bula. El primer edicto de persecucion fué confirmado despues por las bulas sucesivas de Alejandro VI, á quien á su vez hubiera Satanás podido decir con justicia: *Et tu, Brute!* Leon X, en 1521, y Adriano VI, en 1522, creyeron que de-

bían tomar igualmente su parte en esto; pero el achaque se hacia de dia en dia mas formidable, y si hemos de dar crédito al testimonio de los historiadores contemporaneos, se presentaba la Europa como un arrabal del *Pandæmonium*: la poblacion se dividia materialmente en hechiceros y hechizados. Cuenta Del Rio que en 1515 fueron ejecutados en Jinebra 500 hechiceros en el trascurso de tres meses. En un año, dice Bartolomé de Spina, se dió muerte á mil en la sola diócesis de Como, y en los años siguientes se quemó á un centenar por término medio. En Lorena, de 1580 á 1595, se gloria Remijio de haber hecho abrasar á 900. Por los años de 1510 fué increíble el número de ejecuciones en Francia. El hechicero, conocido bajo el nombre de *Tres-Escaleras*, descubrió á Carlos IX, cuando estaba en el Poitú, los nombres de 1,200 de sus cómplices. Esta es por lo menos la version mas moderada y razonable de aquella historia, pues el autor del *Diario de Henrique III* hace subir el número á 3,000, y Bodino, añadiendo un cero, á 30,000.

En la Alemania, que era la mas especialmente designada en la bula de Inocencio, aquel contagio hizo los mas increíbles estragos. Bamberg, Paderborn, Wurtzburgo y Tréveris fueron, durante un siglo y medio, los puntos donde causó mayores males; sin embargo, despues que se introdujeron las pesquisas por comision, ninguna parte de la confederacion jermánica se libró de su funesto influjo. Seria una tarea

molesta y repugnante el recorrer circunstanciadamente aquella larga serie de atrocidades, pero *ab uno disce omnes*. Hauberto ha estendido el catálogo (1) de las ejecuciones que tuvieron lugar en Wurtzburgo, desde 1621 á 1629, en el espacio de dos años y medio. Mas de 157 individuos subieron al cadalso en el curso de 29 ejecuciones sucesivas. Es imposible echar una ojeada en aquella lista sin estremecerse de horror: la mayor parte de los que en ella figuran son viejas y extranjeros, porque en aquellos malhadados tiempos se prendia en Alemania á los extranjeros, como sucedia en Francia bajo el reinado del terror. Contiene los nombres de niños de doce, de once, de diez, y hasta de nueve años, de catorce vicarios de la catedral, de dos jóvenes de familias distinguidas, del senador Stolzenburgo, de una muchacha ciega, de Gobel Babelin, la joven mas linda de Wurtzburgo, etc.

Sanguine placárant Divos et virgine casá! (2).

No obstante, por espantosa que sea esta lista de 157 personas ejecutadas en el espacio de dos años, su número no guarda proporcion ni es de mucho tan considerable como el de las víctimas de las pesquisas que se verificaron en el Linden, desde 1660 á 1664; pues en aquel corto distrito, que tenia á lo mas seiscientos habitantes, fueron condenadas á muerte treinta personas, que vienen á ser el vijésimo de la poblacion.

¡A qué espantosos resultados nos traen estos datos! Si tomamos el de 157 como término medio de las ejecuciones verificadas en Wurtzburgo, y nos consta que este guarismo es inferior á la verdad, tendríamos que fueron castigados por el crimen de majia 15,700 en el solo siglo que precedió á 1628. Aquellas aterroradoras pesquisas se prolongaron con redoblada actividad hasta 1629, y aun hasta 1660, bien que con menos ardor. Es preciso pues añadir muchas mas víctimas á las de que ya hemos hablado. Si, como podemos creerlo, Bamberg, Paderborn, Tréveris y los demás obispados católicos han pagado al verdugo igual contingente, como tambien los estados reformados en que se desplegaba un celo no menos ardiente, podemos calcular en 100,000 el número de los acusados de brujería ejecutados en Alemania desde la bula de Inocencio VIII hasta la absoluta cesacion de aquellos horrores.

Pero existe otro documento que quizá escita aun mas repugnancia é indignacion que las pesquisas de Wurtzburgo: y es una cancion publicada en 1629 sobre las ejecuciones y los tormentos de las desventuradas víctimas, y que se cantaba por la música de la *Dorotea*, balada popular de aquel tiempo. Setitula *Druzenzeitung*, ó la Crónica de los Hechiceros, «que contiene la relacion de los acontecimientos notables que han teni-

do lugar en Franconia, en Bamberg y en el Wurtzburgo, concernientes á los desgraciados que, por avaricia ó por ambicion, se han vendido á Satanás, arreglada á la música de la *Dorotea*.» Esta infame produccion va acompañada de muchas láminas grabadas sobre madera, que representan á los diablos agarrando por los cabellos, brazos y piernas á los desventurados que arrastran consigo. En una de aquellas viñetas se ve á un hechicero á quien el tormento no ha logrado arrancar la confesion de su crimen, pero que lo confiesa al verdugo, que, para sorprender su confianza, se habia disfrazado de diablo. Acompañan la lámina chanzas atroces acerca de la ejecucion del desgraciado que habia caido en aquel lazo, y que en seguida fué entregado á las llamas. ¡Qué idea debemos formar de una época en que se componian semejantes horrores en canciones burlescas para diversion de la plebe! Aquellas persecuciones de muerte se extendieron como una peste hasta las orillas del golfo de Finlandia; pues vemos que en Riga, en 1626, Hermann Sampsonio hizo imprimir *Nueve sermones escogidos contra los hechiceros*.

El resultado natural de la perseverancia con que de continuo se hablaba al pueblo de Satanás y de sus fechorías, fué persuadir á millares de almas débiles ó depravadas que realmente tenian relaciones con el maligno espíritu. Este es por lo menos el único modo cómo se pueden esplicar las estrañas confesiones que forman la particularidad mas notable de aquellas pesquisas, en que se ve á infelices criaturas, que, si bien no ignoraban la suerte que estaba reservada á su injenuidad, no vacilaban en declarar sus relaciones sexuales con Satanás y sus reuniones nocturnas con los espíritus, pareciendo como que reconociesen la justicia del castigo que se les iba á imponer. Al leer aquellos procesos, uno recuerda involuntariamente los efectos del violin del Judío en el cuento fantástico de Grimmi; se ve el error propagarse como una epidemia de uno á otro individuo, de suerte que los testigos, los jueces, y hasta los mismos infelices acusados ceden á la ilusion jeneral y se dejan arrastrar por la corriente.

Fuerza es confesar no obstante que en muchos casos, y sobre todo, en las pesquisas que se practicaron á principios del siglo diez y siete, cuando estaban mas en boga las doctrinas sanguinarias de Sprenger y Del Rio, las confesiones que decidian la conviccion del juez eran casi siempre arrancadas por el tormento físico y moral, y retractadas en seguida, hasta que el atormentador volvía á tender al paciente sobre sus caballetes. Un ejemplo que trae Del Rio puede valer por mil. Refiere que un desgraciado hidalgo de Westfalia habia sido aplicado á los caballetes veinte veces, *vicies ævæ questioni subditum*, y que se resistia sin embargo á confesar que fuese hechicero. Por fin, el verdugo le propinó una bebida embriagante, y confesó cuanto quisieron. Despues de esto, esclama Del Rio: «¡Ved cuánta es nuestra jenerosidad en Alemania!

(1) *Bibliotheca magica*.

(2) Aplacaron á los Dioses con sangre y sacrificando una virgen.

No condenamos á muerte á los criminales sino despues de haberlos sujetado veinte veces al tormento. » Otro que, como el desgraciado licántropo (1), habia protestado de su inocencia. « *Da lies sich sie tüchtig foltern*, dice el inquisidor, *und sie gestand*. ¡Le atormenté vigorosamente (el tormento duró cuatro horas) y lo confesó todo! » En efecto, ¿quién no hubiera confesado? De todas maneras la muerte era inevitable; y procuraban llegar á ella con los menos sufrimientos posibles. « Un día, dice Sir Jorje Mackenzie, me encargaron que examinase á algunas mujeres que habian hecho una confesion pública. Una de ellas que era de edad muy avanzada, me dijo que ella no habia confesado porque fuese culpable, sino porque era una infeliz mujer que necesitaba trabajar para subsistir: pero que como todos la tenian por bruja, perecia de hambre, pues nadie queria darle de comer ni asilo; que se veia apaleada por los hombres y mordida de los perros, y por consiguiente ansiaba que la matasen. » Aun mas: sucedia con frecuencia que no se contentaban con poner en el tormento al acusado, sino que sus deudos y amigos eran sujetos á la misma prueba. En el proceso de Alison Pearson, su hija, de nueve años, fué puesta sobre los caballetes, y á su tierno hijo le aplicaron cincuenta azotes en la planta de los piés. Cuando no se atormentaba corporalmente, se echaba mano del terror ó de otros medios morales que produjesen los mismos resultados. En la causa de las hechiceras de Nueva Inglaterra, en 1696, seis pobres mujeres que fueron puestas en libertad, despues que hubo calmado un poco el ardor de las persecuciones, y que algun tiempo antes habian hecho la confesion de sus hechicerías, declararon que la confesion que habian hecho les habia sido sujerida, que los que les habian dicho que ellas eran brujas y que sabian la majia igualmente que ellas, habian acabado por trastornarles la cabeza y persuadirles todo lo que quisieron.

Es incontestable sin embargo que en muchos casos eran sinceras las confesiones. No es ciertamente asombroso que en unos tiempos en que los fenómenos de la naturaleza eran tan mal comprendidos, los explicasen las imaginaciones ardientes y melancólicas del modo que explicaban las estravagancias con que se atormentaban por la accion de un poder maléfico. En aquella época todo se explicaba por la brujería. ¿Un niño tocado por una persona sospechosa caía enfermo ó moría? Era que le habian echado un sortilejo; y esta creencia duró hasta 1712, hasta el siglo de Bolingbroke y de Voltaire, como puede verse en el proceso de Wenham. ¿El gato de una pobre vieja iba á reunirse con otros por la noche? Era la vieja misma, que habia tomado aquella forma. Cuando fué acusado Roberto Erskine de Dune, casi en la misma época, del asesinato de su sobrino, se le hicieron cargos de haber empleado el veneno y los sor-

tilejos para deshacerse de él, como si por sí solo no hubiese bastado el empleo del veneno.

Todavía es menos sorprendente que fuesen considerados como obras del diablo aquellos fenómenos que á veces se verifican en la máquina humana, tales como las combustiones espontaneas, las ilusiones de óptica, y los que produce la escitacion del cerebro y de los nervios. ¿Qué horror no hubieran causado en el siglo diez y seis ó á principios del diez y siete los espectros de Nicolai ó de Nicholson, si, en lugar de las Memorias de la Academia de Berlin, en 1799, ó del tomo 15º del *Diario Filosófico*, hubiesen hablado de ellos por primera vez el *Malleus* ó el *Flagellum Dæmonum*! Con qué terror se hubiera escuchado, en la primera de aquellas épocas, la relacion de las visiones que atormentaban al malhadado Backzko de Kænigsberg, durante sus tareas políticas en 1806; aquel negro de figura asquerosa que se sentaba delante de él, aquel monstruo con cabeza de mochuelo que iba á contemplarle todas las noches por entre el cortinaje de su cama, aquellas serpientes que se enroscaban á sus rodillas mientras trabajaba sus períodos! En 1651, vemos al inglés Pordage presentar como hechos reales visiones enteramente semejantes, producidas por la escitacion del cerebro. Él y sus discipulos, Juana Leade, Tomás Bromley, Hooker, Saberton y otros, en su primera reunion, vieron una incomparable magnificencia. Todas las potestades infernales desfilaron por delante de ellos, sentadas en carrozas rodeadas de sombrías nubes y tiradas por leones, osos, dragones y tigres. Venian en seguida los espíritus subalternos, con orejas de gato, con garras y miembros retorcidos y contrahechos. Ya fuese que los discipulos de Pordage cerrasen los ojos, ó que los tuviesen abiertos, aquellas visiones se les presentaban siempre distintas; « porque nosotros veíamos, dice su maestro, con los ojos del espíritu, y no con los del cuerpo. »

Todos estos fenómenos que explica hoy día la medicina por las leyes rigurosas de la naturaleza, considerados entónces como hechos maravillosos, es muy sencillo que indujesen al hombre á creer que se hallaba en comunicacion con las potestades del cielo y del infierno. De ahí es que el doctor Dee asegura con una conviccion que parece sincera, que él se hallaba en la mayor intimidad con los ángeles. Su cofrade, el doctor Ricardo Napier, padre del ilustre inventor de los logaritmos, creia recibir del ángel Rafael la mayor parte de sus preceptos medicales. En una palabra, habia en aquella época muy pocos médicos que creyesen poder completar una curacion sin el auxilio de algun medio sobrenatural. Sin duda por esta razon, aun hoy día se observa algo de cabalístico en las ordenanzas de los médicos. Refiere Aubrey muy formalmente que teniendo Arisa Evans una nariz enorme, tuvo una revelacion de que la mano del rey debia curarla; y cuando Carlos II hizo su entrada en San-James, precipitóse sobre su mano, frotó su nariz, con el mayor asombro de su majestad, y quedó curada.

(1) El maníático que se imagina ser lobo.

En tiempo de Aubrey, las visitas de los espíritus eran tan comunes, que anuncia con la mayor frescura en su diario su entrada y su salida y sin manifestar la menor sorpresa. « En 1670, hubo una aparición cerca de Cerencester. Le preguntaron si era un bueno ó mal espíritu, y desapareció sin contestar, haciendo un zumbido melodioso, y dejando tras sí un olor muy suave. »

Sin embargo, no todos los crímenes y flaquezas de que se acusaban á sí mismos los que se creían hechizados, debemos suponer que fuesen imaginarios. Porque no hay la menor duda de que hombres artificiosos y malvados han abusado mas de una vez de la credulidad de aquellas infelices criaturas por sus intereses ó por sus deleites. Sin estendernos demasiado sobre un asunto tan delicado, nos contentaremos con recordar la historia del P. Gerardo y de la Cadriere; y aun mas recientemente en Francia se introdujo un hombre en el retrete de una muchacha, suponiéndose el ángel Gabriel.

Se ha hablado mucho de la conformidad que guardaban las deposiciones de los hechiceros, aunque fuesen examinados separadamente. Pero hay mucho que disputar acerca de lo que se ha dicho con respecto á esto. La uniformidad apenas existe sino en el todo, pero rarisimas veces en los pormenores. Si se nota en algunos puntos jenerales de las declaraciones, no tiene esto por cierto nada de extraño. Las ideas que se habian formado de los diablos, de las ceremonias del sábado infernal, etc., una vez fijadas, era preciso que las visiones que atormentaban á aquellos desventurados tomasen un carácter uniforme é invariable; de suerte que, dejando hablar á los reos, debian por necesidad presentarse testigos en sus dichos. Ni aun está todo aquí: casi siempre no eran las deposiciones del reo mas que el eco de las preguntas que iban todas indicadas en el *Malleus*. ¿Cómo pues podian dejar de ser uniformes unas contestaciones, que eran la simple afirmacion de unas preguntas siempre las mismas? Pero los resultados eran muy distintos y bastante cómicos á veces, si el interrogatorio iba dirigido por una persona que no estuviese informada del manual de Sprenger. En las pesquisas del Linden, por ejemplo, de que hemos hablado ya, sucedió que el inquisidor era un veterano que habia hecho muchas campañas en la guerra de los Treinta Años, y que, en vez de abrumarse la cabeza con los *incubi*, *succubi* y demás materias indispensables en aquellos interrogatorios, tan solo queria saber quiénes eran los jenerales, los oficiales y hasta los cabos de la milicia infernal; preguntas á que recibió contestaciones tan limpias y satisfactorias como las que, para instruccion nuestra, traen en sus crónicas Del Río y Bodino.

En el siglo diez y siete se propagaban aquellas ilusiones como las afecciones contagiosas. Apenas publicaba un hipocondríaco los síntomas que habia experimentado, cuando ya otros cincuenta se sentian acometidos del mismo modo. En el célebre negocio de

Moirá cundió entre los niños una enfermedad que se atribuyó á un maleficio. Los desgraciados hechiceros que oían esta declaracion, atestiguan su verdad llorando y puestos de rodillas. Preséntase aquel proceso como el compendio de todos los absurdos humanos. Las acusadas declaran que por la noche encuentran al diablo sobre el Blócula, que es el salon de baile de Satanás en Suecia, como lo es el Brocken en Alemania; que allí se pasean montadas en mangos de escoba, en asadores, en cabras, etc.; que son bautizadas por un sacerdote comisionado por el diablo; que cenan en seguida en su compañía con bastante frugalidad, segun parece por la lista de platos que aseguran se sirven en aquellos banquetes, en los cuales no se bebe vino: que despues se ponen á bailar, y que cuando el diablo está de buen humor, les quita los mangos de escoba de entre las piernas, y las apalea reventando de risa; que algunas veces les toca alguna pieza de música, á que es muy apasionado, como lo prueba la famosa tocata de Tartini. Todas confiesan haber tenido relaciones sexuales con él; y este rasgo, invariable en las declaraciones de las brujas, podría inducir á consideraciones medicas bastante curiosas. Muchas de aquellas infelices hasta pretendian haber tenido de Satanás hijos ó hijas. Una vez se puso enfermo y quiso que le hicieran una sangría y que le aplicasen vejigatoriois: á pesar de aquellos remedios pareció que iba á morir, y con este motivo hubo luto jeneral en el Blócula. ¿No es asombroso que un tribunal compuesto de la flor de los ciudadanos de la provincia de Dalecarlia, asistidos de los comisionados venidos de la capital, haya condenado, en vista de tales declaraciones, á sesenta y dos mujeres y á quince niños? El doctor Hornock cuenta su muerte con una cruel sangre fria. « El 25 de agosto, dice, día de su suplicio, el tiempo estaba soberbio y el sol muy brillante; muchos millares de personas presenciaron aquel espectáculo. »

Treinta años antes, habia habido un ejemplo igual en la casa de huérfanas fundada en Lila por la célebre Antonieta Bourignon. Un día le pareció ver á una bandada de diablillos enteramente negros revoloteando por encima de las cabezas de las jóvenes reunidas en la sala de estudio; aterrada con aquella vision, les encargó que estuviesen prevenidas. Otro día que una de ellas habia logrado escaparse del cuarto en que la habian encerrado por penitencia, al preguntarle cómo habia podido fugarse: « He sido libertada, respondió, por un demonio á quien me entregué cuando niña. » En menos de seis meses, todas las muchachas del establecimiento, en número de mas de cincuenta, se declararon hechizadas, suponiendo tener por la noche relaciones con el diablo, asistir al sábado y á los banquetes de Satanás. A tan extrañas revelaciones se siguieron los exorcismos de toda clase y las mas acaloradas discusiones entre los capuchinos, que creian en la posesion, y los jesuitas que la ponian en duda. Los padres, adhiriéndose á la opinion de los capuchi-

nos, acusaron de brujá á la Bourignon, que debió tenerse por muy afortunada con librarse de la muerte. Aquella prueba le hizo conocer á fondo el reino de Satanás, y convencerse del riesgo que ofrecia el inflamar unas imaginaciones juveniles, bastando una sola chispa que hubiese estallado delante del inexorable tribunal para encender su hoguera.

La demoniomanía se exalta por causas físicas, y sobre todo por ciertas afecciones nerviosas. De ahí es que, en 1669, los huérfanos del hospicio de Horn (Holanda) se vieron acometidos de las mismas convulsiones que los de Moira. Felizmente las sospechas de brujería no se dirigieron contra ninguno de ellos aisladamente. Lo mismo habia sucedido un siglo antes á sesenta y dos niños de la casa de espósitos de Amsterdam. Acusaron á algunas viejas de haberles dado un hechizo en la calle. Estas afecciones nerviosas han hecho un gran papel en el proceso de las jóvenes de Loudun, de las infelices víctimas de las ejecuciones sangrientas que tuvieron lugar en la Nueva Inglaterra en 1699, y en otros muchos. En efecto, la accion misteriosa del fluido nervioso sobre los espíritus débiles bastaria para esplicar los fenómenos mas singulares que presenta la historia de los exorcizados. No es por cierto maravilloso que, despues de un siglo de experiencia, los jueces y el público, por ignorantes que se les suponga, llegasen á sospechar que la confesion del acusado no es en esta materia la mejor prueba. En los procesos de esta clase que se fallaban en la Nueva Inglaterra, la condena seguia siempre á la confesion. Por fin, despues que hubo reconocido cuán poco pesaba la confesion en la balanza de la justicia, declaró el jurado libre á una criminal, á pesar de una confesion formalísima.

Pero ¡cuánta sangre inundó á la Europa antes que se admitiese este principio y se reconociese lo absurdo de la majia! La reforma, que tantos errores destruyó, pareció confirmar esta fatal aberracion del espíritu humano. La mas corta aldea tenia sus espías y delatores, cuya ocupacion era descubrir la mas leve señal de un pacto diabólico; y á la menor sospecha, llegaba el terrible acompañamiento de inquisidores, jueces y verdugos. Para deshacerse de un enemigo bastaba con frecuencia echar una palabra en aquella boca de leon. Los procesos de Edelino, de Urbano Grandier, del mariscal de Annere en Francia, del doctor Flaet y de Sidonia Vanvork en Alemania, y de Pedro d'Albano en Italia, prueban que muy á menudo los acusadores no daban crédito á la posibilidad del crimen que imputaban á sus enemigos. Aquellas pesquisas hacian la fortuna de los oficiales de justicia, y colocaban al verdugo entre los grandes personajes. «Se le veia, dice Lindon, pasearse ostentosamente, montado en un soberbio corcel y vestido de magníficos trajes recamados de oro y plata, al mismo tiempo que su mujer eclipsaba con el lujo de su tocado á la flor de la nobleza.»

Por fin, las atrocidades cometidas en Wurtzburgo

y en Tréveris disiparon la prolongada ceguedad de los ánimos acerca de los progresos de aquel azote, que, cual la nube del profeta, habia aparecido en un principio como un punto negro en el horizonte, acabando por cubrir la tierra de su tenebroso horror. Mientras las víctimas fueron de la ínfima clase del pueblo, algunas pobres viejas ó miserables extranjeros, los hombres cuya inteligencia luchaba con las supersticiones populares, preferian permanecer espectadores de sus aeiagos efectos á correr la suerte de los Edelinos ó de los Flaet. Pero cuando descargó la calamidad sobre las clases mas elevadas de una sociedad todavía bárbara, cuando los nobles, los majistrados, los profesores, y hasta los abades, se vieron espuestos á ser interrogados en el tormento acerca de los sortilejos de sus esposas, de sus hijos, de sus allegados, su comun interés les decidió á conspirar con su razon contra un fanatismo insolente.

La publicacion de la *Cautio Criminalis*, en 1631, fué en Alemania un golpe decisivo contra el sistema de los inquisidores. Desde el siglo diez y seis, Ponzonibio, Wiero, Pedro de Apponi y Rejinaldo Escoto lo habian combatido; pero los Alemanes leian muy poco los libros extranjeros, y el de su paisano Wiero era casi tan absurdo como las doctrinas que refutaba. Es muy notable que, aun despues de la reforma, haya sido un jesuita, Federico Spee, noble Wesfaliano, el primero que ha tratado la materia bajo un punto de vista filosófico y razonable. La narracion de aquellas horribles pesquisas causó tal impresion en Juan Felipe de Schenbram, obispo de Wurtzburgo, luego despues arzobispo y elector de Maguncia, que á su llegada, su primer cuidado fué abolirlas en su electorado. El duque de Brunswick y algunos otros príncipes alemanes imitaron su ejemplo. Poco despues, las densas tinieblas que cubrian la Suecia y la Dinamarca empezaron á disiparse en algunos puntos del imperio germánico. En la *Coleccion de Ricardo*, leemos un rescrito que Federico-Guillermo, elector de Brandeburgo, dirigió, el 4 de noviembre de 1654, á los jueces de paz de Ana Ellerbroke, el cual, contra el sistema seguido por los inquisidores, manda que se oiga al preso antes de ponerle al tormento, y condena como injusta y absurda la prueba del agua. En el proceso de Catalina Sempel, en Newendorf, la pena de muerte pronunciada contra ella en 1671 por los jueces de provincia fué conmutada por la cámara electoral en una reclusion perpetua, cosa no oida hasta entónces.

En 1701, Tomasio sostuvo públicamente en la universidad de Hala su famosa tesis sobre el crimen de majia, y aquella obra, que cincuenta años antes no hubiera atraído sobre la cabeza del doctor otra corona que la del martirio, fué aplaudida como el eco de la razon y de la opinion pública. Tomasio tomó el fondo de sus argumentos y sus ejemplos de un libro de Bekker, imitado del tratado de Van Dale sobre los oráculos: supo desprenderse de las trabas del cartesianismo, que habian paralizado los esfuerzos de Bek

ker. Sin embargo, aunque sus argumentos amortiguaron algo el fuego de la persecucion, no consiguieron apagarlo del todo. Volvió á reanimarse en 1739 en Sigedín, en Hungría; trece personas fueron entregadas á las llamas, y su proceso estuvo acompañado de atrocidades dignas de los siglos mas bárbaros. El espantoso proceso de María Renata de Wurtzburgo vino por fin á cerrar, en 1749, la larga serie de asesinatos que manchan los anales de Bamberg. Lo que distingue aquella causa de todas las precedentes es el horror que escitó en Alemania, en Francia y en Italia; porque María no era hechicera, sino una confeccionadora de filtros y de encantos, en una palabra, lo que el código Teodosiano llama *venéfica*. Cada cosa en su época: los filósofos extranjeros, y señaladamente Maffei, Tartaroti y Dell'Ossa, tomando por texto el *Malleus Maleficorum*, lo atacaron con tanto éxito, que consiguieron libertar á la Alemania de la ciega supersticion que la sojuzgaba.

A escepcion del canton católico de Glaris, donde una supuesta bruja fué entregada á las llamas, en 1786, la Suiza ha dejado de ser, hace casi dos siglos, el teatro de tan monstruosas ejecuciones: la última tuvo lugar en Jinebra, en 1652. Sebastian Michaelis pretende que el tribunal de aquella ciudad ha considerado siempre la confesion como una prueba quimérica en esta materia, y no ha castigado la majia sino cuando se ofrecia agravada por la circunstancia de algun atentado cometido sobre hombres ó sobre animales. Pudo haber sido así en el principio; pero bien pronto se abandonó esta regla; pues en ninguna parte estalló con mas violencia la rabia de la persecucion que en Jinebra. No obstante hay que hacer á esta república la justicia de confesar que fué la primera que logró sacudir el yugo.

El edicto que en 1682 promulgó Luis XIV prueba que el legislador no creia ya en la brujería; y en efecto, no castiga mas que la pretension de ejercer poderes sobre naturales. Aquel primer paso dado en la senda de la razon fué una respuesta del gobierno francés á una protesta del parlamento de Normandía contra una conmutacion de pena pronunciada á consecuencia de una sentencia de muerte fallada por aquel parlamento en una causa de sortilejo. En aquella esposicion recordaban á S. M. los majistrados normandos que una infinidad de fallos de diversos tribunales formaban la jurisprudencia del reino sobre aquella horrorosa materia, y terminaban sus quejas manifestando la esperanza de que: «S. M. tendria á bien que se llevasen á efecto los fallos pronunciados, y permitir que se continuase la sustanciacion y decision de los procesos de personas acusadas de hechiceras, y que la piedad de S. M. no sufriría que durante su reinado se introdujera una nueva opinion contraria á los principios de la relijion, en cuyo favor habia siempre S. M. empleado tan gloriosamente sus desvelos y sus armas.» El cuadro de asesinatos judiciales presentado por el parlamento de Normandía como la

jurisprudencia del reino en materia de majia, fué sin duda el motivo determinante del edicto de 1682.

Estamos muy lejos de creer, con el doctor Francis Huskisson, que la Inglaterra sea, de todos los paises de Europa, el en que la supersticion ha encendido mas tarde y ha apagado mas pronto sus hogueras. Halláramos la prueba de lo contrario en el famoso proceso de Bolingbroke y de Margarita Jourdain, cuyos sortilejos ha descrito Shakspeare en su trilojio de Henrique VI, en los estatutos de Henrique VIII, de Isabel, de Jacobo I.^o (publicado este último en la época en que era procurador jeneral el célebre Coke, y Bacon se sentaba en la cámara de los lores). Halláramos la prueba en la bárbara conducta que guardó Hopkins con los desgraciados habitantes del Lincolnshire, cuyos imaginarios crímenes describe Hudibras, y que fueron condenados á la horca, unos por haberse presentado en público desnudos, y otros por haber pasado dia y noche en medio del campo sentados sobre unos miserables harapos en la actitud del dolor.

¿Qué hubiera dicho Mr. Huskisson de aquella lista de tres mil víctimas inmoladas bajo el reinado del parlamento largo, lista que Zacarías Grey, editor del *Hudibras*, leyó con sus propios ojos? ¿Qué hubiera dicho de las absurdas declaraciones que hicieron condenar á las brujas de Warbois, así como á las miserables del Lancashire que fueron sacrificadas á la perfidia del débil Robinson, y cuya memoria ha consagrado la musa dramática de Heywood y de Shadwell? ¿Qué triste espectáculo el del célebre Hale, condenando á Amy Dung y á Rosa Cullender, en 1664, por un testimonio capaz de hacer sonreír de compasion á un niño! Algunos destellos de razon iluminaron la majistratura bajo la presidencia del *chief justice* Holt. Los cargos producidos en el proceso de la madre Munnigns, hubieran, en 1694, bajo un juez menos ilustrado, conducido á aquella infeliz al suplicio; pero Holt dirijia los debates con tanta firmeza y pulso, que el jurado pronunció con voz unánime el primer veredicto de *no culpable* que se habia dado en casos semejantes. Diez causas de la misma naturaleza, falladas desde 1694 hasta 1701, tuvieron el mismo resultado, y en el proceso de Wenham, sobre todo, en 1711, fué donde se manifestó con mas evidencia la revolucion que se habia obrado en el ánimo de los majistrados. En todo el curso de los debates, el *chief justice* Powell acogió con una sonrisa de incredulidad y de menosprecio los cargos absurdos producidos principalmente por los testigos eclesiásticos. Apesar de sus esfuerzos, el jurado declaró culpable al acusado; sin embargo, á fin de patentizar la ceguedad de los jurados y obtener mas fácilmente la gracia del condenado, Mr. Powell les preguntó en el momento en que se hubo pronunciado el veredicto: «si le declaraban culpable sobre el punto de la acusacion que le imputaba haber estado en comunicacion con el diablo bajo la forma de un gato?» El

presidente del jurado contestó: «Sí, es culpable sobre este punto.» Es inútil añadir que el condenado alcanzó su perdón.

A pesar de este ejemplo de estúpida atrocidad, mistress Hicks y su hija, de edad de nueve años, fueron ahorcadas en Huntingdon, en 1716. Consistía su crimen en haber vendido su alma al demonio, y haber atraído una tempestad quitándose las medias para enjabonarlas. Este asesinato jurídico cierra la lista de aquellos que con la acusación de sortilejo echaban un baldón á la Inglaterra. Aquel crimen imaginario, en 1766, desapareció de su legislación penal, y una nueva ley impuso la pena de encarcelamiento y de la picota al que se dedicase á evocar á los demonios: no obstante, en 1809 y en 1827, los tribunales conocieron de dos casos que prueban que el pueblo en el campo cree aun en los sortilejos.

Barrington, en sus observaciones al estatuto vigésimo de Enrique VI, hace subir á 30,000 el número de las víctimas de tan monstruosas acusaciones.

En ningún país quizá se ha presentado mas estúpida y sanguinaria la superstición que en Escocia. Su aspecto salvaje, sus pintorescas montañas, los fenómenos variados y á menudo terribles con que la naturaleza hiere los ojos y la imaginación de los habitantes, bajo un cielo, unas veces risueño, otras nublado ó cargado de tempestades; el aislamiento de su vida pastoril, sus misteriosas vijilias en las entrañas cavernosas de las rocas, sus usos, sus costumbres, su alma, á la vez meditabunda y entusiasta, pasando repentinamente de la turbulencia de los campos á la profunda calma del desierto, todo provoca aquella fatal ceguera y puede arrastrarla al mas sombrío fanatismo. En los tiempos mas antiguos, los fenómenos de la naturaleza obraban á los ojos del pueblo como revelaciones del cielo. ¿Aparecía un meteoro luminoso, una aurora boreal? Eran caballeros que combatían en el aire; antorchas fúnebres que ardían en la cima de las montañas; esqueletos que iban á bailar en las bodas reales; espectros que se habían escapado del campo de batalla de Flodden y que aparecían en sus palacios para recordar á los grandes de la tierra las miserias de la humanidad, y escribir en una cruz de sangre los nombres de los héroes que habían sucumbido.

Mas adelante, los incubos y súcubos aparecieron en todas partes, y voces formidables, apagando el estampido del trueno, apelaron de los malos sacerdotes al tribunal de Dios. Los anales del siglo trece celebran las hazañas de tres encantadores, Tomás de Hersildoune, Miguel Escoto y lord Soulis. La nombradía del segundo ha pasado los Alpes, y el Dante lo coloca en su Infierno entre Bonatto, astrólogo, y el Parmesano Asdente (1).

(1) Quel altro che nei fianchi é così poco
Michele Scotto fu, che veramente
Delle magiche frodi seppe il ginocchio.
(Canto XX.)

Antes de la reforma, estas creencias populares apenas perturbaban la paz pública. A menudo se castigaba de muerte á los malvados, para quienes era el supuesto ejercicio de la magia una arma de terror; pero no se había pensado aun en exorcizar por medio del fuego. Miguel Escoto y Tomás de Hersildoune vivieron y murieron en paz, y el fin trágico del tirano Soulis no tanto fué el castigo de sus supuestos sortilejos, como de las atrocidades que le inspiró el demonio de la crueldad, y cuya ejecución confiaba á satélites de cabeza y corazón de hierro, esclavos dignos de tal señor. Los anales del foro de Escocia no presentan, hasta el reinado de María, un solo proceso de simple magia. En el de la desventurada condesa de Glamis, ejecutada en 1536, bajo el reinado de Jacobo V, por tentativa de envenenamiento en la persona del rey, se procuró escitar las prevenciones del pueblo contra una acusada que le había interesado desde un principio por su ingenio y por su belleza, y lo consiguieron presentando la brujería como una circunstancia agravante de su crimen; mas aquella imputación, desnuda de pruebas, en nada influyó en su suerte.

La reforma obró una revolución fatal en las ideas populares acerca de la magia. Los Escoceses, adoptando, respecto á los poderes sobrenaturales, las creencias de sus hermanos del continente, trasplantaron á un suelo harto bien preparado la doctrina del imperio visible de Satanás y de su trato con los hombres. La espada de la justicia reemplazó al arma de la persuasión, y las palabras de Moisés que declaran á todo falso profeta indigno de vivir, sirvieron de base al acta setenta y tres del noveno parlamento de María, que castiga con la pena de muerte á todo hechicero y al que comunique con él.

Bajo el reinado de Jacobo VI, su sucesor, sucedió con la magia lo que había sucedido con ciertas acusaciones, que, en el imperio griego, bajo Justiniano; y en Italia, en los siglos catorce y quince, se habían convertido en instrumento ordinario de calumnia. Esta monstruosa creencia contajó todas las clases de la sociedad: las señoras de mas alta jerarquía tenían bajo su protección una numerosa clientela de hechiceros. Entre ellas pueden citarse lady Buccleugh de Brankholm-Hall, las condesas de Athol y de Huntly, la esposa del canceller Arran, lady Ker, la condesa de Lothian y la condesa de Angus, nieta de lady Glamis. El célebre Knox tuvo que sufrir la misma acusación de parte de los enemigos de la reforma, celosos de la pujanza intelectual y moral de que le había dotado la Providencia. Se le imputaba el haber hecho evocaciones en el cementerio de San Andrés, y provocado la aparición del demonio armado de sus cuernos, aparición terrible que había llenado á su secretario de un espanto tan grande, que no tardó en morir. Fué tal el exceso de aquella superstición, que, según relación de Escoto, sir Lewis Ballantyne, lord justice de Escocia, habiendo propuesto por cu-

riosidad á un hechicero llamado Ricardo Grahame, que hiciese aparecer el demonio, lo evocó en el patio de su casa de Canongate, y que, á su vista sobrecojió á Ballantyne un terror que lo llevó á la tumba. ¿Qué sabiduría podía esperarse de los magistrados escoceses, cuando sus jefes participaban hasta tal punto de la ceguedad del pueblo? La iglesia estaba tan infestada como la corte y los tribunales. En el proceso de Alison Pearson, en 1558, el célebre Patricio Adamson, arzobispo de San Andrés, enfermo á la sazón, suplicó á aquella desgraciada que le curase por medio de un brevaie encantado.

Una creencia tan jeneral debía manifestarse en actos. Por esto, en el archivo de la corte de Edimburgo se hallan una infinidad de fallos proferidos de 1572 á 1625, que están resumidos en estas dos palabras: *Convencido y quemado*.

La acusacion de majia hace papel en las causas de envenenamiento mas notables: testigo la de lady Fowlis y de Hector Munro de Fowlis. Observaremos de paso que en aquellos tiempos de ignorancia en todas partes se notaba una disposicion jeneral á atribuir á la majia las tentativas de envenenamiento, á favor de mixturas que en la infancia de las artes quimicas parecian obra de un poder sobrehumano. Se acusaba á lady Fowlis de una tentativa de envenenamiento en lady Balnagown, esposa de Jorje Ross; al cometer aquel crimen, llevaba por objeto que sir Jorje se casase con su hija mis Fowlis, y apoderarse por este medio del patrimonio de aquella casa. Pero este último proyecto tropezaba con obstáculos de que era preciso desembarazarse en las personas de Roberto y Hector Munro, yernos de lady Fowlis, y en las de sus hijos. Mas adelante diremos cómo Hector Munro trocó el papel de victima designada por el de cómplice. Catalina Ross, hija de sir David Ross, entró con su marido en la trama, á la que supo atraerle con una voluntad enérgica y aquella destreza que era mas comun de lo que se cree en los siglos semibárbaros, y que consiste en hacer de la supersticion el instrumento del crimen. A tenor de sus consejos, principiaron los acusados por dibujar con yeso el perfil de sus víctimas, y en vez de quemar ó enterrar aquellos retratos, los colgaron en la parte de sus habitaciones que miraba al norte, disparándoles infinidad de flechas sin conseguir tocarlos. Lady Fowlis procuró al principio introducir algunos zumos venenosos en una botella de cerveza; pero este primer ensayo no tuvo éxito. Hizo preparar despues un veneno mas activo, y encargó á su nodriza que se lo diese al jóven Roberto Fowlis: pero creyendo esta que lo que iba á servir á su amo era una bebida saludable, no pudo resistir á la tentacion de probarla, y al momento pagó con la vida su indiscreta curiosidad. El frasquito que contenia el licor, al caer se hizo pedazos, y el funesto brevaie calcinó todo el césped que tocó al derramarse. Este contratiempo no hizo desistir sin embargo á la páfida castellana de su odioso proyecto: administró

al jóven laird repetidas dosis de arsénico, mezcladas con la comida, pero la enerjía de su constitucion resistió á todas aquellas tentativas. Por fin, auxiliada de una de sus cómplices, hizo servir en la cena de lady Balnagown un plato de judías polvoreadas con arsénico. Fué el efecto tan violento, que al ver los primeros síntomas, el infame criado que se habia prestado á ser el instrumento del crimen, desapareció lleno de espanto. Lady Fowlis fué presa por la denuncia de sus cómplices, de los cuales la mayor parte fueron entregados á las llamas antes de la sentencia; pero el procedimiento seguido contra ella terminó en una escandalosa absolucion. El jurado, que se componia principalmente de vasallos de las tierras de Munro y de Fowlis, habia sido cohechado.

En cuanto á Hector Munro, estaba destinado á representar el papel principal en otra trama contra la vida de su hermano Jorje. Crédulo al esceso, y dotado de menos enerjía que su suegra y sus cómplices, vivia fascinado por las furias que le rodeaban. No era por cierto un malvado, pues para volver la salud á su jóven hermano Roberto habia ya consultado á las mismas hechiceras que despues conspiraron con él contra la vida de Jorje. Pero acometido de una especie de descaecimiento, se dejó persuadir que no recobraría la salud á no ser que su hermano muriese en su lugar, y consintió en cederlo á la muerte por puro egoismo. Para evitar toda sospecha, convinieron en que se le haria morir lentamente, y la encargada de la ejecucion fijó de antemano para el 17 del próximo abril la hora postrera de la victima. Parecia que los hechizos de que se hizo uso debian producir grande efecto fisico y moral sobre el sér débil y crédulo en quien debian obrar. Una noche del mes de enero, á eso de la una de la mañana, salieron las brujas del cuarto en que estaba enfermo Hector, y fueron á abrir un hoyo en la línea que dividia las propiedades de los dos hermanos. Hector, envuelto en una capa, fué trasladado á aquel lugar silenciosamente, y cubrieron el hoyo con tablas y cespéd. Hecho esto, se mandó á su nodriza que diese nueve pasos hácia atrás, y que despues volviese á la tumba para preguntar al presidente de aquella reunion infernal cuál era su eleccion. «Hector, respondió el oráculo, está destinado á vivir, y su hermano Jorje ha de morir en su lugar.» Preguntada y respuesta fueron repetidas tres veces, despues de lo cual se volvió á su cama á Hector yerto de frio y espanto. Jorje murió en el mes de abril, como se habia predicho, sin que fuese posible averiguar si fué el veneno ó el terror supersticioso lo que le precipitó en el sepulcro. Su hermano, recobrada la salud, fué procesado y absuelto.

Apenas hubo calmado la agitacion que habian producido en todos los ánimos los debates de aquellos dos procesos, cuando vino á llenarlos de estupor un atentado cometido con el auxilio de la majia contra la vida de Jacobo y de la reina. Un criado llamado Gellis Duncan se habia atraído las sospechas de su amo

por algunas curaciones extraordinarias que habia hecho. El bailío, para aclararlas, le hizo aplicar al tormento. Se le apretaron los dedos, se le comprimió fuertemente la cabeza por medio de una cuerda, pero sin poderle arrancar ninguna confesion. De este silencio infirieron que traia una señal del diablo, y no les quedó la menor duda al descubrirle una en la garganta. Con aquel descubrimiento se deshizo el encanto; confesó que ninguna curacion habia hecho sin el auxilio de Satanás, y reveló crímenes hasta entónces inauditos y que habia cometido con la asistencia de infinitos cómplices que fué designando, y de los cuales fueron presos treinta ó cuarenta. En este número figuraban grandes señoras, entre otras Eufemia Macalzean, hermana de lord Cliftonhall, uno de los miembros del senado judicial de Edimburgo.

Un principe tan supersticioso y crédulo como Jacobo debia poner todo su pundonor en seguir con ahínco hasta la última ramificación de aquel laberinto de misterios diabólicos. Todos los dias presenciaba el exámen de los acusados, y manifestaba su pasmo á cada rasgo terrible ó grotesco que presentaba su confesion. Asistió á la danza del sábado ejecutada por Gellis Duncan.

El personaje mas importante del drama es el llamado Cuninghan que el proceso designa bajo el nombre del doctor *Fian*, maestro de escuela de cerca de Tranent. Sobrellevó el tormento con una enerjía física y un valor moral extraordinarios. Se empezó por ceñirle estrechamente una cuerda al rededor de la cabeza, cuya primera prueba no consiguió arrancarle una sola confesion. Se echó mano de la persuasion para obligarle á confesar su delito (por ahí debiera haberse comenzado); pero este medio fué igualmente inútil. Por fin se le sometió á una especie de tormento, llamado los *borceguiles*; despues que tuvo lastimadas las piernas á la tercera aplicacion del instrumento fatal, reveló pormenores que atestiguaban la mayor inmoralidad y que comprendian todas las circunstancias del crimen de alta traicion con el auxilio de maleficios. Vuelto á su prision y puesto incomunicado durante dos ó tres dias, logró escaparse; pero vuelto á prender, retractó sus confesiones con grande disgusto del rey, quien, para hacerle recobrar la memoria, le mandó poner de nuevo en el tormento. Con unas tenazas le aplastaron las uñas, y entre estas y la carne le hundieron hasta la cabeza unos clavos que formaban dos puntas. Persistió no obstante en su silencio. Se le sometió segunda vez á la prueba de los *borceguiles*, y aquel horrible suplicio duró tanto tiempo que últimamente eran una llaga todas sus piernas, abriéndose paso los huesos quebrantados por entre los pedazos de carne de que manaba la sangre en abundancia. Rendido al fin por el dolor, rompió el doctor el silencio, y sus respuestas presentaron, con las confesiones que el tormento habia arrancado á Inés Samson, una coincidencia que llenó de asombro el ánimo del rey. Mas lo que parece increíble es la serenidad con que

entrambos acusados revelaron los incidentes mas horriblemente grotescos, de suerte que Jacobo, despues de haberlos oido, exclamó: «No he visto en mi vida tales impostores.»

Es sabido que la monomanía supersticiosa de Jacobo consistia en hacer la guerra á Satanás y á sus agentes de la tierra. Las crónicas de aquel tiempo aseguran que un dia, disgustado el diablo del mal éxito que habia tenido un atentado contra la persona del rey, exclamó en francés: «*Je n'ai aucun pouvoir sur lui, il est l'homme de Dieu*» (1). «Un viaje que el rey hizo á Norway para ver á la reina y traerla á Edimburgo, ofreció ocasion favorable á los instrumentos de Satanás. El consejo diabólico determinó levantar una tormenta para destruir su mas terrible enemigo. Se hicieron los preparativos con mucha solemnidad: el principe de las tinieblas propuso elevar una niebla que hiciese estrellar al rey sobre la costa de Inglaterra, y el doctor Fian, en calidad de secretario de su majestad infernal, escribió á Marion Linkup y á otros asociados, invitándoles á trasladarse dentro de cinco dias al centro del océano para salir al encuentro de su amo y con el desiguió de hacer perecer al rey. Hecho en esta forma el llamamiento, pasaban de doscientos los que se pusieron en camino, embarcándose cada bruja en una criba ó en un cedazo. No dicen en qué latitud encontraron al diablo. Así que se les hubo aparecido, envió á Roberto Wierson un gato que habia sido colgado nueve veces, profiriendo al mismo tiempo estas palabras: «*¡Ea! ¡arrójalo al mar!*» El encanto produjo su efecto, porque Jacobo, cuya escudra no logró ver cielo hasta hallarse á la vista de la costa de Dinamarca, declaró que su embarcacion era la única que habia tenido el viento contrario.

Terminado el primer acto de aquel drama, tomaron tierra las brujas sin soltar jamás las cribas, que les sirvieron de copas en las repetidas libaciones que hicieron despues de su desembarco. En seguida se trasladaron en procesion á la iglesia de Northberwick (era el punto de la segunda cita que les habia dado su señor). La banda se componia de mas de ciento (Inés Samson nombró treinta y dos en su revelacion).

Allí se les apareció su amo bajo la forma de un predicador: el doctor Fian desempeñó el papel de maestro de ceremonias. Con un soplo hizo rechinar las puertas de la iglesia sobre sus mohosos goznes y convirtió en ascuas cuantas velas estaban cerca del púlpito. Greillmeil hacia de portero. Repentinamente apareció en el púlpito el diablo vestido de un ropaje y sombrero negros. He aquí su retrato delineado por el estilo del Dante en las Memorias de James Melville: «Su cuerpo era duro como el hierro, su figura terrible, su nariz como el pico del águila, sus ojos como dos ascuas, sus manos y piés armados de retorcidas garras y su hablar interrumpido. Desde luego reunió toda la congregacion y preguntó en seguida á ca-

(1) Nada puedo sobre él, es el hombre de Dios.

da uno si le habia servido lealmente, y qué habia hecho despues de la última reunion para el buen éxito de la gran conjuracion contra el rey. Y como Greillmeil contestase indiscretamente: *Nada por ahora, á Dios gracias*: Lucifer le hizo conocer, con bastante aspereza, que habia dicho una necedad. Encargó en seguida á sus discípulos que hiciesen al rey cuanto daño pudiesen, bajó del púlpito y partió en medio de respetuosos homenajes, acompañados de ceremonias que seria largo describir aquí.

La suerte de los imprudentes que hicieron tales declaraciones no podia ser ni un instante dudosa en aquel siglo de supersticion. Fian, para quien no tenia ya ningun valor la vida despues de tantos sufrimientos, fué ahorcado y entregado á las llamas. Inés Samson tuvo la misma suerte. Bárbara Napier, otro de los actores de la escena de Northberwick, absuelta sobre este extremo, fué condenada por otros hechos de brujería. La víctima mas digna de interés en aquel espantoso drama era Eufemia Macalzean, hija de lord Eliftonhall, dotada de una alma enérgica, animada de pasiones ardientes, católica celosa, y enemiga de Jacobo y de la reforma. No cabe duda que tuvo relaciones íntimas con miserables, tenidos por hechiceros, y que en muchas ocasiones se valió de su auxilio para deshacerse de las personas que atajaban su perversidad ó se oponian á sus desórdenes. Su acta de acusacion, lo mismo que la de la Brinvilliers, presenta un horroroso tejido de maleficios, envenenamientos ó tentativas de este crimen. Absuelta por el jurado sobre algunos extremos de la acusacion, fué convencida de haber tomado parte en la muerte de su abuelo, del sobrino de su marido y de Douglas de Pennfrastone; de haber asistido á la reunion de Northberwick y á otros conciliábulos de hechiceros conjurados contra la vida del rey. La pena de tales crímenes era la horca y en seguida las llamas, pero ella fué condenada á ser quemada viva, castigo que sobrellevó con gran valor el 25 de junio de 1591.

Fué tal la impresion que causaron aquellas escenas horribles en el ánimo del Salomon escocés, que le inspiraron un proyecto de estatuto, enmendando el procedimiento contra los hechiceros y su extraño tratado de la *Demonología*.

Bajo el reinado de Carlos I, desde 1625 á 1640, los anales judiciales de Escocia presentan ocho procesos de majia, de los cuales solo en uno recayó absolucion. En el de Catalina Oswald, el defensor se atrevió á alegar que ningun crédito merecian las declaraciones de los hechiceros que atestiguaban la presencia de un acusado en alguna de sus orjías; por que, decia, los jurisconsultos demuestran que todas sus visiones no son mas que estravíos de la imaginacion. Este argumento no causó ningun efecto sobre el jurado.

El reinado de los puritanos condensaba en Escocia las tinieblas de la supersticion. En 1640 la asamblea general mandó á todos los ministros de su secta que

formasen una lista de los hechiceros de su parroquia y que las presentasen sin compasion delante del tribunal supremo. La misma obligacion se les impuso en 1643, 1644, 1645 y 1649. Un año despues de la ejecucion de Carlos, el parlamento sometió á iguales penas á los hechiceros y á los que los hubiesen consultado. De ahí es que desde aquella época hasta la restauracion, la razon y la humanidad no pudieron aplaudir mas que una sola absolucion en treinta procesos de majia. En una sola pesquisa que se practicó en Glasgow, Stirling y Ayr, en 1659, fueron condenadas y quemadas ciento y diez personas. Si tuviéramos que limitarnos á compulsar los registros de los tribunales, tendríamos una idea harto incompleta de las devastaciones de ese terrible azote. Los jueces, para desembarazarse de un exceso de trabajo, y el consejo privado, para no sobrecargarles demasiado, confiaban á los señores y á los ministros de los cultos el cuidado de averiguar, sentenciar y ejecutar á los hechiceros. Estas numerosas comisiones sembraron la desolacion por toda la Escocia. Los eclesiásticos desplegaron el celo mas ardiente en aquellas persecuciones, y á su presencia eran arrastradas todas las víctimas que se habia propuesto inmolar el fanatismo. En la aplicacion se les veia con frecuencia desempeñar por sí mismos el oficio de picadores, y hundir penetrantes agujas en el cuerpo de los supuestos hechiceros, para poner á prueba su sensibilidad. Además procuraban agotar su constancia, abrumándoles con preguntas, para arrancarles una confesion, que, por mas que al momento fuese retractada, llevaba siempre consigo la condena del acusado. A menudo se consideraba la opinion pública como causa bastante para perderlos.

El primer año de la restauracion, 1661, fué notable por veinte condenas por crimen de brujería, pronunciadas por la *judiciary court* de Escocia. En un solo dia (el 7 de noviembre de 1661) el consejo privado de su majestad creó catorce comisiones, de la clase de aquellas de que acabamos de hablar, confiadas, como dice el acta de la deliberacion del consejo, á nobles inteligentes (*understandig gentlemen*). El número de las víctimas de estas cámaras ardientes, derramadas por todas las provincias, es incalculable, y algunos de sus procesos verbales, recojidos en los manuscritos de aquel tiempo, escuden en estravagancia á todos los de la *judiciary court*, relativos á delitos análogos.

La violencia de aquel delirio popular empezó á amortiguarse desde 1662, y en los seis años siguientes, la brujería no dió lugar á ningun procedimiento. Uno, llamado James Welsh, fué públicamente azotado, por haber acusado á muchas personas de este crimen imaginario, acusacion que algunos años antes le hubiera granjeado los mayores aplausos de un populacho fanático. Fountainhall, en su *Coleccion de Decisiones*, vacila en poner y cuenta en términos dudosos la causa de diez mujeres condenadas por majia

en 1678, en virtud de sus propias confesiones; y Sir Jorge Mackensie, en sus *Leyes criminales*, sin negar la realidad del crimen y la utilidad de su castigo, sienta principios enteramente contrarios al modo de proceder seguido en los siglos anteriores. «Cuanto mas horrible es este crimen, mas clara, precisa y concluyente debe ser la prueba; y yo condenaria á penas casi tan severas como á los hechiceros verdaderos, á los jueces cuya atroz temeridad, so pretexto de brujería, ha entregado á las llamas á millares de víctimas.» Despues de haber sentado tan sabia doctrina, en la memoria que dirigió á los magistrados de Edimburgo acerca de los acusados de brujería que estaban pereciendo de estenuacion en las cárceles, concluyó Sir Jorge pidiendo su libertad, y la obtuvo en razon á que no existian mas pruebas contra ellos que las confesiones que les arrancara el tormento. Sin embargo, en 1697, se vió todavía una sentencia proferida por una comision en una causa, cuyas circunstancias nos recuerdan el famoso proceso de las hijas de Loudun, y en que la principal acusada se habia entregado, como aquellas, á éxtasis y convulsiones. Los acusados eran en número de veinte, y entre ellos figuraban una jóven de catorce años y un muchacho de doce. Casi todos salieron condenados; pero, lo que es mas particular, solo fueron ejecutados cinco. El último fallo de la *judiciary court* sobre esta materia es el proferido en 3 de mayo de 1708, que condena á Elspeth-Rule á ser marcada en la mejilla y á destierro perpetuo de Escocia. Y la última ejecucion de muerte es la de una vieja de la parroquia de Loth, condenada

por el cherife Davidross, diputado de Caitliness. Aquella desventurada, conducida en medio del frio mas intenso y casi desnuda al lugar del suplicio, se arrojó con presteza y con una especie de alegría á las llamas que ardian para consumirla.

De este modo termina la trágica historia de la brujería en Escocia: las leyes penales que la castigaban fueron abolidas, como llevamos dicho, en 1735; pero estamos muy distantes de creer que el imperio del fanatismo esté enteramente destruido en Inglaterra: al contrario, ejerce un influjo muy poderoso en las imaginaciones naturalmente sombrías y meditabundas. ¿No vemos todos los dias mirados como santos, como apóstoles, á los hombres que han reunido en torno suyo algunas personas para leerles la Biblia? Bajo la influencia de semejante disposicion, van descuidándose mas por cada dia los deberes de la vida práctica y activa: aquella beneficencia silenciosa y pura que iba á buscar al pobre y al desvalido en el lugar de sus padecimientos, para verter sobre ellos sus misteriosos tesoros, se ve reemplazada por una ostentacion, que, sustituyéndose á aquel abundante manantial de bienes para el necesitado, abre á cada paso suscripciones públicas para objetos muy ajenos de sus intereses. La razon pública acabará no obstante por hacer justicia á las singulares y maléficis extravagancias de que se halla todavía sojuzgada una gran parte de aquella poblacion. Este desarreglo de la imaginacion es una verdadera anomalía en nuestro siglo, y no puede dilatarse por mas tiempo.

DIARIO DE UN MÉDICO.

La Tísis.

PARA toda alma religiosa y que se va haciendo cargo de los acontecimientos de este mundo y de los intentos del Criador, menudea en los anales médicos un hecho que es objeto de admiracion incesante: tal es la tísis. Ella no las ha con el vicio, no castiga los excesos, y se complace en apoderarse de la juventud, de la belleza y de la virtud. Tengo por cierto que el viviente en quien estampa su sello fatal, no tiene asomos de vulgar; el azote arrebatá, no diré con preferencia, pero sí con pertinaz é insaciable crueldad, las ntelijencias tempranas y las personas mas sobresalientes, mas virtuosas, mas sensibles. Heme detenido muchas veces delante de las víctimas de este monstruo, y se agolpaban en mi entendimiento mil cuestiones melancólicas, reconvencciones amargas contra la Providencia y sus miras.

Anjel destructor, ¿porqué, me estaba yo preguntando, no escojes para víctima á la decrepitud ó al vicio? ¿por medio de qué sutileza infernal has hollado hasta aquí lo sumo de la ciencia, con el caudal de esperimentos de los siglos? ¿Porqué tu guadaña asoladora allá va arrollando sin lástima los entes que Dios ha criado con mas amor y ha dotado de mas grandiosas potencias? Cuando te presentas al observador, es siempre demasiado tarde: tu presa es segura, y está dado ya el golpe mortal.

¿Cuántas familias he visto en mi carrera, acosadas por este azote, privadas de todo consuelo, de toda esperanza, y encaminando á Dios las mismas preguntas dolorosas que acabo de reproducir! Seria fácil fundar una novela trágica sobre las consecuencias naturales de esta enfermedad, cuyo interés se podria au-

mentar con el desempeño del escritor; mas no es este mi objeto. Referiré sencilla y brevemente uno de los casos de tisis que tuve ocasion de observar; y entre-sacaré cabalmente del sinnúmero de sus ejemplares el que trae menos conjuntos estraños y circunstancias anoveladas. Deseo que no se me tache de exagerado al leer la relacion siguiente. El recuerdo de una criatura anjelical, arrebatada al mundo en su lozanía, encarnó en mi ánimo con estremos dolorosos, y estoy ajeno del intento de una composicion dramática para entretenimiento de jente ociosa.

Miss Herbert era ya huérfana á diez años; y su padre y su madre, que murieron anticipadamente y con breve intermision, la confiaron á los desvelos de un anciano baronet, tío de la niña, y cuyo pecho tierno y afectuoso estaba al parecer afianzando la felicidad de la jóven. Un primer amor burlado habia dejado una huella dolorosa é indecible en el alma del tío, el cual habia jurado no volver á casarse jamás. Los haberes menoscabados por la imprudencia y la disipacion de su padre no le hubieran bastado para sostener la jerarquía que le cabia en la sociedad y el título que llevaba, si el influjo de un pariente no le hubiese proporeionado un empleo muy lucrativo en las Indias Orientales. Es ya notorio el recurso de los hidalgos arruinados; y que gracias á las raras disposiciones de la Gran Bretaña en la mas hermosa rejion del orbe, el Indostan no es hoy dia mas que un hospital jeneral para las fortunas inválidas de los Tres-Reinos.

Esta partida indispensable contrarestaba allá bajo un solo respecto al tío, segundo padre de Miss Herbert. Habíase hermanado con ella á impulsos de aquel afecto de las almas que no han desmoronado aun el tesoro de su cariño. Toda su felicidad, todas sus esperanzas se cifraban en la huerfanita; era el suyo á un tiempo un afecto de tino y de obligacion, de desprendimiento y de ternura. Le desconsolaba tan solo la aprension de dejarla en Inglaterra, espuesta á todos los acontecimientos de la vida y lejos de su único arrimo; pero temia tambien el clima de la India y su influjo abrasador tan funesto á los Occidentales y á las organizaciones delicadas. Este apuro le aguijaba en gran manera. Temia por otra parte mucho mas la educacion de los colejos de pensiones y la floja y soñolienta vijilancia con que se cria á las niñas en Inglaterra, por lo que se determinó al fin á llevársela consigo, y poco tiempo despues de haber cumplido los doce años, se hallaba Elisa, que tal era su nombre, en Calcuta; flor delicada y frágil espuesta á los rayos de un sol ardiente y á las influencias de un clima peligroso.

No descollaba Elisa en hermosura y gallardía; mas á la edad en que la ví, podia servir de norma á la delicadeza aninada. Débil y esquisita en extremo, una ráfaga podia arrebatlarla del suelo. Se la hablaba quedito y en ademan comedido, por no ajar su existencia casi espiritual ó aérea. Todos los rasgos de

Miss Herbert pertenecian á un órden de creacion menos tosco y terrestre que la nuestra; la telilla de su piel era mucho mas fina; los matices de su tez eran transparentes como la porcelana esmaltada; sus cabellos eran mas sutiles que la seda, y sus largas cejas, mas finas todavia, formaban como un velo sobre sus ojos azules y de suavidad inesplicable. Nunca se veian en la imájen de Miss Herbert vaivenes ardientes ó briosos; todo era en ella delicado hasta el extremo, y si hubiese vivido, la hubieran marchitado sin duda las tempestuosas escenas del mundo, como al débil esquife en el hervidero del piélago encrespado. Su índole estaba retratada al vivo en su fisonomía y en todo su exterior. Asomaban en ella, á competencia, travesura, agasajo, gracejo y distraccion. Apetecia la soledad, huyendo de la brillantéz bulliciosa, de todo estruendo y agitacion; pero aun aquella melancolía era moderada, aquella aficion al retiro era agraciada y comedida como todos sus anhelos. Su interior avenible, su cabal organizacion le estamparon desde niña sobresalientes habilidades. Se desalaba tras las obras de imaginacion, y no cabia idear un sér mas acendrado, mas primoroso y mas encantador que Miss Herbert.

Su madre habia muerto á los veinte años de una afeccion pulmoníaca, y su padre habia fenecido víctima del tifo seis meses despues. Miss Herbert habia heredado la flojedad de complexion á que se habian postrado sus padres; así se vió cercada desde su nacimiento de los desvelos mas esmerados, y tal vez aquel afán, aquel alinco estremado paró en aumentar mas y mas su debilidad natural.

El tino decoroso era el árbitro de su alma y cuerpo. En asomando la exajeracion, la graduaba al punto de embuste, y lo detestaba. Atesoraba tan suma propiedad en sus conceptos y propensiones, tal delicadeza para deslindar, y tal perspicacia para calar los objetos, que nunca desacertaba. Niña como era, ansiaba en las artes la verdad ante todo; en los libros la observacion y el donaire, y la sinceridad en el mundo. ¡Ah! ¿cómo se hubiera manejado en medio de esta atmósfera de falsedad y engaño con que nos está acosando la vida? Un solo rasgo de su índole bastará para retratarla. Era todavia muy niña, cuando su tío la llevó á casa de una anciana baronesa inglesa, habituada al mundo y á aquella entonacion relumbrante de lenguaje que se conceptúa primor y señorada. Enamorada de la niña que le presentaban, se deshizo en alabanzas lisonjeras y en esclamaciones que desagradaron mucho á Miss Herbert.

«No quiero, dijo á su tío al volver á su casa, no quiero visitar mas á esta señora que me tiene por un ánjel y que me llama neciamente su diosa; es una embustera, tío, y no quiero volver á verla.»

No sé si todos mis lectores estarán tan admirados como yo de la finura en el tacto y de la pasion de lo verdadero que se cifran en estas cuantas palabras de una muchacha tan jóven; era un pasmo, una delicia es

art viendo aquella inocencia anjelical y discreta, conservar su cándida y agraciada pureza, en medio de todos los extremos del lujo y de las demostraciones entrañables y desaladas que la estaban asaltando.

El tío, que vivía retirado, y de índole melancólica, pero halagüeña, veía gozoso y aprensivo crecer á la niña; y cuando mas iban sobresaliendo sus peregrinas prendas, mas enardecían su cariño para con Miss Herbert y agravaban su zozobra de malograrla. Esta congoja era el único pesar que daba la niña á Sir Carlos Herbert.

« ¡ Ah ! me decía, yo me asemejo á aquel marinero de las *Mil y una Noches*, que habia puesto todos sus tesoros en una frágil barquilla; esta pobre niña, esta criatura tan deleznable señorea mi alma, embarga todos mis pensamientos, y si la perdiese, señor doctor, naufragaría mi porvenir, todo se desvanecería para mí. ¿ Qué hago en este mundo? yo no tengo mas vínculo, mas afecto, mas esperanza, que ella, ella sola; y, ya lo ve V., ella es sobrado linda, sobrado bondadosa para este mundo; el cielo nos la ha prestado por algun tiempo, pero no nos la ha dado; y todas las noches, cuando la veo dormida, me parece que vuelan al rededor de su hermosa cabeza celestes mensajeros que la están pidiendo y van á arrebatármela bien pronto. Esta niña me causa ímpetus muy estraños, señor doctor; me parece que es una vision que va á burlarme y que apenas tengo el derecho de requerirla; de pedir al cielo que la deje por mas tiempo entre nosotros. Vivo en la aprension continua de aquel trance tan aciago, que nada me pronostica, sin embargo, y que creo acarreará mi muerte cuando llegue. »

La ternura del tío para con su sobrina, junto con la zozobra de su malogro, crecía por momentos, y se convirtió bien presto en una especie de idolatría. Después de haber pasado un año en Calcuta, creció tanto el desasosiego acerca de la salud y la vida de su sobrina, que antepuso la renuncia de su empleo y de la pension considerable que se le habia asegurado, al añadir un solo peligro á los que conceptuaba amenazaban á su felicidad y á la existencia de Elisa. En efecto, el rumbo de la India es para los tísicos la carrera del sepulcro; y en aquel país, donde el ambiente caldea la respiracion, nacen y crecen y se enconan con pavorosa prontitud las semillas mas ténues de aquella enfermedad hereditaria. Por desgracia, el estado de sus haberes se contraponía á su regreso á Inglaterra, y mediaron todavía cuatro años antes que los acreedores paternales, jauría hambrienta é incansable, hubiesen alzado las hipotecas que desangraban los bienes de Sir Carlos. En vano solicitó del gobierno inglés un empleo de menos entidad que le volviese á su patria; nada pudo alcanzar. Aquella resistencia alteró gravemente su salud y le imposibilitó el ejercer las funciones que se le confiaron; é iba á regresar á su patria menesteroso y enfermo, cuando la estraña jenerosidad de un nabá realzó su fortuna y sus esperanzas.

Era el tal un amigo íntimo de Sir Carlos Herbert con quien habia este desahogado todos sus quebrantos y zozobras acerca de la salud de su sobrina, y su vivo deseo de volver á Inglaterra y de lograr allí una situacion honrosa y remunerada. Apesar de todo su influjo con hombres poderosos, no habia el nabá, entregado siempre á su vida sensual y voluptuosa, dado un solo paso por su amigo. No tenia mujer ni hijos, y en su testamento, abierto despues de su muerte, legaba todos sus haberes, de los mas cuantiosos de la India, á Sir Carlos Herbert y su sobrina, *pro indiviso*, mientras viviesen entrambos, y reversible á cualquiera de los dos que sobreviviése al otro. Apenas hubo llegado esta noticia á oídos de Sir Carlos, apenas se vió en posesion de la fortuna del nabá, que era limpia y líquidada, cuando se hizo á la vela para Inglaterra.

Ya, durante su permanencia en Calcuta, diversas circunstancias habian venido á acibarar mas y mas sus sobresaltos. Habia consultado á uno de los mas célebres prácticos de Calcuta, el doctor Charney; le habia explicado muy por menor todo lo relativo al nacimiento de la jóven y á las zozobras que le causaba, y le hiciera observar el color de púrpura que salpicaba sus mejillas blancas y la excesiva delicadeza que la particularizaba. El doctor habia venido á comer muchas veces, por órden suya, á su casa, y se habia sentado al lado de Miss Herbert, á quien tenia que observar ahincadamente. Sea inconsideracion, sea inespriencia, sea quizás que la dolencia pavorosa se entoldase todavia bajo tanta solapa, que la vista mas científica no acertase á calarla, el doctor no descubrió, en la temporada de sus observaciones, el menor asomo de tísis. Rayó el gozo en el pecho de Sir Carlos, cuando su médico le dijo que no se manifestaba en la niña ningun paso hácia la consuncion, y que volviéndola á Inglaterra, podia prometerle una larga vida.

Mas Elisa preguntó quién era aquel hombre que, siendo estraño á la familia, habia venido á ser de repente su commensal; que le clavaba tan largas y penetrantes miradas, que seguía todos sus movimientos, escuchaba todas sus palabras, la tomaba el pulso riendo, y le hacia preguntas con tan estraño interés sobre su sueño y su salud. Elisa era el mismo despejo, y no cabia engañarla. La torpeza del doctor Charney, preguntando á la camarera de la niña, la que le repetía todas las preguntas del doctor, acabó de enterarla. Creyóse desde entónces doliente de una enfermedad gravísima y espuesta á la secreta vijilancia de un médico, encargado de contar todos sus pasos y de acchar todos sus movimientos. Brotó de aquí una aprension de esclavitud, de zozobra y de congoja. Le horrorizaba allí interiormente el aspecto de aquel espía médico, cuyo título y destino se le ocultaba; creció dolorosamente su irritabilidad nerviosa, siendo el resultado de tanta precaucion desasosegar y melancolizar á la jóven que estaban ansiando conservar. En



vano el tío anduvo ensartando patrañas, para aventar aquel aciago concepto del ánimo de su sobrina. Había apurado todo su ahinco para encasquetarle que las venidas del doctor á su casa eran todas por relaciones de negocios y contratos mercantiles, cuando un día vió entrar á Elisa toda pálida en su gabinete; y después de haber abrazado á Sir Carlos:

«Pero mi querido tío, le dijo con voz palpitante: dígame V. si tengo que temer algo, si estoy amenazada de tísis.»

El ímpetu de la pregunta sobrecojió á Sir Carlos, quien tartamudeó largo tiempo sin acertar á responder; luego, después de haber vuelto en sí:

«No, exclamó muy turbado, eso nada significa..... eres muy niña..... pero, verdaderamente, eso es muy ridículo... ¡qué locura!.... ¡qué necesidad!....»

Sus protestas fueron tan redobladas y vehementes, tan mal disimulada su pasmo, y su turbación tan patente, que la cuitada Elisa, dando á su tío un beso de despidio y sonriéndose antes de dejarle, quedó persuadida de que lo había adivinado todo, que su mal era incurable, y que era necesario resignarse á una temprana muerte. Ella misma fué quien le historió todo esto, después de su vuelta á Inglaterra, y no dudó que tan aciago desacierto influyó en gran manera para los progresos de la enfermedad y para los estremos de su gravedad. Por lo regular los médicos no estudian lo suficiente la parte moral de su arte, ignoran el poder que ejerce en nosotros la imaginación, y no saben hasta qué punto está sujeto el cuerpo al alma.

Varió Elisa desde aquel punto; su vida había sido brillante, alegre y volátil como el destello del sol que volteja por el espacio; mas aquella pujanza, aquel vaiven de sensaciones que embelesaban á cuantos la conocían, desapareció para siempre. Solía estarse á solas en su aposento, derramando lágrimas y embargada en el pensamiento único de que abrigaba en su interior la misma muerte. Sir Carlos, por su parte, mal hallado con su propia y aciaga vijilancia, se destempló con cargos y reconvenciones. Elisa se armó de valor y aparentó, junto á su tío, un gozo que estaba muy ajena de percibir. Trastornóse el sosiego de la casa, poco antes tan feliz; una mortificación y un disimulo continuo ahuyentaron la bonanza que había disfrutado hasta entónces. Nada alcanzó á desimpresionar á Elisa de sus zozobras, aumentadas mas y mas con el esmero desalado de su tío. Una tos violenta, la desgana, una leve palidez bastaba para sobresaltar el cariño de Sir Carlos, cuyo reflejo, digámoslo así, recaía en su sobrina. Es propio de esta enfermedad el causar un desasosiego dilatado, el añadir al dolor que causa la pérdida de un objeto amado, la zozobra incesante del golpe mortal que vamos á presenciar. En aquella familia, este vapor, este quebranto empezaron mucho antes de haberse declarado los síntomas de la consunción. ¿Cabe mayor fatalidad que el estar viendo los progresos de la muerte en un

vivo, y no observarle sino para mirar si se descargó ya la sentencia tremenda?

Tal era el estado interior de aquella familia, cuando Miss Herbert volvió á Inglaterra á los diez y ocho años de su edad. El viaje, largo y cansadísimo, como lo es siempre, había sin embargo dado un impulso feliz á toda su existencia. La novedad de las escenas, la brisa marítima, que no deja nunca de comunicar un vigor nuevo, aunque momentáneo á veces, á los que están bajo su influjo, todo al parecer se aunaba para fortalecer la salud de la niña; y á su llegada á Plimouth, renacieron con suma actividad las esperanzas del tío. Cuando la vió afianzarse sobre los costados de la nave, con la vista despejada, con el rostro apacible, fresco y risueño, creyó que habían cesado todos sus motivos de sobresalto, que habían sido infundados todos sus temores, que la salud de Elisa estaba afianzada. Un coche les aguardaba en la playa: brincó ella velozmente el espacio que la separaba del carruaje. Cuando estuvieron sentados juntos, el anciano, á impulsos de su alegría, no pudo menos de abrazarla y decirle:

«¡Hija mía, muy linda; estamos ya en Inglaterra; quiera Dios que vivas feliz en ella! Confieso que hacía mucho tiempo que temía por ti; pero ahora que respiras el ambiente de tu patria, tengo, no sé por qué, el concepto y la certeza de tu felicidad y de tu vida.» Sir Carlos lloraba al decir esto. El célebre doctor Baillie, que vivía todavía y á quien acudió á consultar, no encontró en el estado de Miss Herbert nada que pudiese sobresaltar. «Era, decía, una niña delicada, cuya complexión podría alterar sin duda el exceso de los afanes y deleites, si se engolfaba alguna vez en ellos; pero á la que podía prometerse una larga existencia, si se la manejaba con tino, si habitaba en el campo, y con tal que se casase bien jóven.»

Sosegadísimo al fin Sir Carlos, siguió al pié de la letra los encargos del doctor. Compró, á poca distancia de Londres, un castillo de arquitectura medio gótica, cuyas elegantes torrecillas se alzaban sobre un alfombrado de verdor. Fué aquello el santuario donde el anciano, idólatra de su sobrina, dispuso para ella una vida sencilla y encantadora al mismo tiempo. Como no vivía mas que por Miss Herbert, era la suya una de aquellas pasiones únicas, cuya pujanza tiene algo de maravilloso, y cuya soledad aumenta la intension. A veces se sentaba cabe la ventana de la biblioteca, con los ojos fijos en la dilatada llanura de tapiz verde que se extendía delante del peristilo gótico. Esta escena sin drama era muy tierna por los afectos íntimos que se cifraban en ella; allí, en medio de tanta amenidad, retozaba la niña, mas linda cada día, y que guardaba su delicadeza aññada cuanto mas se iba acercando á la mocedad; junto á ella estaba el perro de la familia, el amigo íntimo de la casa, que se tendía á sus piés, ó corría ó se detenía según se lo mandaba; y el tío, que no te-

nia ningun lazo que le ligase al mundo, y que habia vinculado en su sobrina cuanta sensibilidad y esperanza le quedaba, estaba pasando dias enteros en seguir con la vista los movimientos de Elisa.

Tenia diez y ocho años; su hermosura, su inteligencia sobresalian mas y mas de pareja. ¿Me empeñaré en comunicar á mis lectores los conceptos, las sensaciones que suscitó en mí aquella muchacha por entónces? Los mas de los hombres, allá distraídos, desconfiarían de mis palabras, y opinarían que estoy realizando con matices soñados un viviente ideado en mi fantasía. Mi relacion quedará muy inferior á la verosimilitud para cuantos estudien esmeradamente el pormenor y las alternativas de la vida, y que saben la tempranada que traen consigo las potencias de todo viviente á quien asesta la tisis sus tiros mortales.

Sí, yo he oído á Elisa Herbert salpicar su conversacion vivísima de conceptos mas grandiosos y nuevos que cuantos asoman en las obras de muchos autores á la moda; y si yo diese á luz las advertencias cándidas de la jóven sobre el Taso y sobre Mozart, sobre las sensaciones que causan la música y la pintura, se atribuiría el primor, el brio y el acierto de estos reparos á no sé qué charlatanismo de escritor y novelista. Por un fenómeno, que esplicarán los filósofos, si pueden, parece que esta enfermedad, arrebatando de

antemano sus víctimas de todo pensamiento terrenal, y apagando en su regazo la llama de la vida, atiza el fuego de la inteligencia y del alma.

Bien pronto se apoderó del corazon de Miss Herbert un impulso mucho mas entrañable que cuantos la habian embargado hasta entónces. El jóven capitan Fitz Williams le ofreció sus rendimientos, y alentado por Sir Carlos, digno por otra parte de apreciar el mérito de la jóven, recibió la declaracion de amor que habia infundido y participaba. El gozo de la felicidad robusteció al parecer á Elisa: veíase todos los dias á los dos novios correr á caballo por las amenas campiñas del condado de Kent, y parecia que la muerte hubiese olvidado su presa. Satisfecho acerca del estado de su sobrina, partió el tio para Irlanda donde le llamaban algunos negocios de interés. A su vuelta, no observó ninguna mudanza en la jóven; pero tres dias despues, estando en su retrete dedicado á contestar á algunas cartas, vió entrar á la mujer de confianza que habia dejado junto á Elisa, cuyo ademán y turbacion le pasmaron.

«¿Está enferma Elisa? exclamó dejando sus anteojos sobre el escritorio.

«No, señor, no, ciertamente no,» respondió la mujer, sobresaltada con el abinco del anciano.

En seguida fué desmenuzando con mil rodeos y tras una infinidad de precauciones oratorias las mues-



tras azarosas que se habían declarado durante su ausencia; tales como una leve tos, frecuentes desvelos, trasudores fríos, calenturilla todas las noches, y en fin « un encarnado purpúreo en las mejillas. »

El tío había estado escuchando con mucha cachaza y atención la relación enmarañada de la mujer de confianza, mas golpeando á estas últimas palabras el escritorio con sus anteojos que rompió, y levantándose de repente:

« ¡La tisis! ¡eso es la tisis! ¡esa mancha encarnada es la muerte! ¿Por qué no me lo dijo V. antes? ¿por qué no haberme escrito á Irlanda? nunca se lo perdonaré á V., señora. »

Llamó á su criado, y le envió al momento en busca del doctor Baillie; mas este se hallaba enfermo, y Sir Carlos, muy descontento por otra parte, accedió á mi asistencia, á falta de otra mejor.

Entonces fué cuando me hallé introducido en aquella familia. Nunca padre alguno manifestó mas entrañable afán por su hija; nunca marido alguno me pareció vivir mas enteramente de la vida única de una joven y hermosa consorte. Al eco solo de tisis, temblaba el pobre tío de pavor. ¡Sabe Dios cuántas precauciones me hizo tomar! ¡con qué ahinco me encomendó no dejase maliciar á Miss Herbert el peligro que corría! ¡Sabe Dios con qué temblor, con qué congoja, con qué ajitación me presentó á ella! Era una tarde del mes de setiembre: la familia tomaba el té en un recibidor, y los rayos melancólicos de una tarde de otoño atravesaban el follaje esculpido de la ventana gótica, y paraban en una joven delicada, vestida de muselina blanca, en extremo linda. Era Miss Herbert.

Apenas la ví, me asaltó una corazonada trágica. Asusta á todo facultativo la blancura de una tez salpicada de subido carmin en los juanetes de ambas mejillas, y el brillo extraño de dos ojos negros resaltando bajo una frente macilenta. Manos á la obra, dije para mí; aquella misma mañana había yo cerrado los ojos de una niña á quien esta cruel enfermedad había arrebatado á su familia inconsolable; y harto reconocía yo aquella mancha sangrienta con que está apuntando á sus víctimas. Saludóme mudamente y volvió á sentarse. En seguida se encaró con su tío, cuyo ademan despavorido manifestaba todo su quebranto.

Esta visita fué penosa para todos: para la joven, que sabía que peligraba su vida; para Sir Carlos, que procuraba en vano disimular su turbación; para la señora de confianza, que vivía mucho tiempo hacia en la mayor intimidad con la familia y que amaba mucho á Elisa. Durante un cuarto de hora estuvimos todos cortados con nuestra mutua presencia. Por fin reparando en un piano, hice mi acatamiento á la niña sobre su habilidad filarmónica: sonrióse al oírme hablar de aquel modo, y su sonrisa desdeñosa me parecía estar diciendo: « V. desempeña aquí un pa-

pel, y yo lo conozco. » Continué hablando del mismo objeto, y le rogué tocara una sonata de Beethoven, que ejecutó con mucho gusto y primor. El tío se retiró y me dejó solo con Elisa y la señora de confianza. Mis informes y mis reparos no hicieron mas que revalidar cuanto había conceptuado: aquel pulso disparado, aquella respiración abrasada y torpe, indicaban ya los asomos del ángel fúnebre que golpeaba con sus alas de muerte, la pálida frente de su víctima. Ella ignoraba que todas las respuestas que me estaba dando firmaban su sentencia de muerte. Mientras me afanaba por esplayarla, se robustecía en su interior el convencimiento de su fracaso. Y entretanto me escuchaba con una confianza aparente que me traspasaba el corazón.

« A Dios, señorita, la dije al dejarla; con un semblante cual se necesita para auxilio del médico.

— Gracias, gracias, me dijo alargándome la mano. Es V. muy bondadoso, como que avienta mis zozobras; vaya V. á ver á mi tío, se lo ruego á V., y sósieguele V., pues lo ha menester en gran manera. »

Había conceptuado que Miss Herbert se había dejado alucinar por mis palabras, pero nada de eso. Apenas hube salido del aposento, se retiró, como supe despues, á un oratorio apartado, donde lloró mucho. Me había adivinado.

Mi instituto requería con Sir Carlos decirle la verdad, la verdad desnuda y amarguísima. Encontréle en pie en su retrete, con el sombrero y los guantes en la mano, aparejado para acompañarme hasta la puerta del parque.

« Despues de todo lo que acabo de ver y de oír, le dije, la obligación tremenda de mi profesión me obliga á advertirle á V. que se han declarado en su sobrina los primeros síntomas de la consunción pulmoníaca. No hay duda de que los desvelos del médico, la mudanza de clima pueden alejar el peligro y retardar tan aciago trance; pero, lo digo con dolor y pesar, solo la mano de Dios puede salvarla.

— ¡Oh Dios misericordioso! exclamó Sir Carlos, que se arrimó por un rato á la reja del parque sin hablar y sin menearse.

— Pero me había olvidado de decirle á V., exclamó de repente, y como si asomase á su memoria un recuerdo repentino, me había olvidado de decirle á V. que Elisa ha recobrado su apetito. ¿No es esto un síntoma feliz? diga V., señor doctor; ¡responda V.! ¡responda V.! »

Mi respuesta fué cruel, y le causó una mella profundísima. Le dije que todos los que se hallan achacosos mortalmente del pecho recobran el apetito poco antes de su muerte.

Entonces aquel pobre hombre, cuya existencia se hallaba embebida en la de su sobrina, se disparó con violenta desesperación.

« ¡Es fuerza pues que este ángel muera! exclamó, ¡es necesario que muera! ¡Qué! señor doctor, ¿to-

dos mis haberes no podrán rescatarla? Venga V. á mi casa, habite V. en ella, disponga V. de todo, pero sálvela V., vuélvamela V. Si es necesario llevarla á Francia, á Italia, estoy pronto; porque, ve V., su vida es la mia, y cuando ella deje de existir, ¿qué haré yo en el mundo?....

— Sosiéguese V., repuse, sobre todo en su presencia; de lo contrario, apresuraria V. su muerte.

— ¡Ah! ¡señor doctor, esto es una ironía, una nía muy amarga! ¿Cómo quiere V. que la mire? ella no existe ya, está ya amortajada.»

Al día siguiente me avisté de nuevo con Miss Herbert, avistamiento mucho mas interesante y mas penoso á un tiempo que la primera vez. La infeliz fué desmenuzando sus padecimientos con sumo despejo. Sentía, dijo, un vacío interior, una vida que parecía irle faltando y alejándose de su interior, una enfermedad sorda y secreta, una continua necesidad de aliviarse por medio de una espectoracion secreta, á que acudía revuelta la sangre. En fin era la tisis completa.

«¿Cuánto tiempo cree V. que me queda de vida? me preguntó con voz apocada.

— ¡En nombre del cielo, le dije, no haga V. jamás semejantes preguntas! pues son desatinadas, son infructuosas.

— ¿Padeceré mucho?

— *Por ahora*, creo que no, añadí cargando el acento en aquella palabra; y un clima templado puede ser á V. todavía muy provechoso.»

El cuerpo frágil de la niña se estremecía á estas palabras, y su cabeza, meneándose, parecía estar me diciendo que no creía ya en mis promesas.

«¡Pobre tío! exclamó; ¡pobre Williams!»

Y cayó desmayada entre los brazos de sus criadas. Sir Carlos, de suyo arrebatado, y á quien no hubieran reportado todos los contratiempos de la vida, entró de repente y manifestó su quebranto con impetus de cólera. Apesar de ser un hombre bien educado y de elegantes modales, se le oyó proferir las mas horrendas maldiciones. Se le vió pegar á sus lacayos y sacrificar todo lo que le rodeaba á la ira descerrajada que le estaba dominando. Cuando le representé la inutilidad y el desvarío de sus arrebatos, cayeron sobre mí sus denuestos, maldiciendo la medicina y los médicos.

«¿Cree V. que lo digo de chanza, señor doctor? ¿y V. mismo se rie, ó trata Vmd. de atropellarme? ¡Qué! ella está muriéndose pausadamente, á mi presencia, y ¿quiere V. que esté sosegado? No, ¡yo estoy loco! ¡yo estoy loco de dolor! ¡Maldicion sobre las almas yertas y sobre los hombres empedernidos!»

Bien pronto tuve que cuidar dos enfermos en vez de uno, y temí que el anciano se volviese loco. Era el tal uno de aquellos ánimos ardientes y melancólicos que no atienden mas que á una especie en cada lance, y que se engolfan en ella sin reserva. Los conatos que estremó para concentrar y encubrir los impulsos y vaivenes que le avasallaban, le causaron una

calentura interior que le retuvo mucho tiempo en cama.

Cuando el doctor Baillie, que ha clavado con especialidad su ahincó en los achaques tísicos, quedó en salvo de la enfermedad horrorosa en que había peregrinado su vida, fui á consultarle y lo traje á Miss Herbert, á quien encontramos sobre la cama, medio desnuda, con la mano derecha estendida sobre sus ojos cerrados, y teniendo en la izquierda una cinta negra de la cual pendía un medallon que contenía un rizo de cabellos del capitán. Incorporóse pausadamente al verno, y dió su brazo al doctor Baillie. Enmudeció este por un rato, y salió del aposento, después de haberle dicho algunas palabras consoladoras cuyo sentido me era harto patente. El tío prorumpió en un ademán violento cuando nos avistó, y levantándose del sillón en que estaba sentado, se puso en pie delante de la chimenea, sin atreverse á hablarnos. La espresion de sus ojos esquivos era espantosa.

«Sir Carlos, le dijo mi compañero, creo que las predicciones del doctor*** se realizarán: el otoño que se adelanta, y lo poco saludable del clima inglés durante la estación, amenazan los días de la enferma. De todas las variedades de la tisis, podría alcanzarla y arrebatarla la mas temible, si no muda de temple. Id á Italia con ella, pues es el único medio posible de evitar el golpe que la amenaza.»

En efecto, tres semanas despues, toda la familia estaba ya en Nápoles.

Pocos días antes de esta partida, acababa de entrar en mi casa muy fatigado y me iba á acostar, cuando se dejaron oír los redobles del retintín de la campanilla, y un criado con librea, precedido de mi ayuda de cámara, trajo en uno ó dos segundos un jóven que se arrojó á mi dormitorio. Iba vestido de viaje, y estaba macilento, ojihundido, triste y con la voz balbuciente y apagada. Era el capitán Fitz-Williams, que había pasado algunas semanas en Escocia, en casa de uno de sus parientes, y que acababa de saber de repente la situación de Miss Herbert. No desatendió los medios á que puede recurrir un médico para esplayarlo y esperanzarlo.

Me es imposible explicar la conmoción de mi espíritu.

«Vamos, dijo él, ya veo lo que es: ella y yo estamos condenados á muerte. ¿Para qué he llegado á ver á Miss Herbert? ¿para qué la he oído jamás?»

Hasta aquellos hombres que se llaman filósofos, y que encapotan con tal dictado su escasa existencia, aquellos entes tan estragados que rebosan por el mundo, y que no alcanzan de las penas ó placeres sino la privación ó la libertad ilimitada de sus deleites sensuales; aun estos no se hubieran atrevido á predicar su sermón de egoísmo al pobre capitán; hubieran participado de sus angustias estando al lado del lecho doloroso donde ella yacía. La consunción no es una enfermedad como cualquier otra; es la misma

muerte en pié al lado de la víctima, es como aquel personaje del Dante que se apodera de su presa poco á poco; es sobre todo la certeza y el progreso pausado del azote que hacen mas odiosa su presencia, que la de todas las enfermedades á quienes se logra, sino la esperanza, la posibilidad de arrancar la víctima que amenazan.

El capitán usó de licencia, siguió á Italia á su novia y permaneció con ella hasta el mes de julio. El delicioso clima de Nápoles pareció reanimar algun tiempo en el seno de la jóven la fragua de la vida; y engañados por esta esperanza fementida que enjendra siempre la tisis en un horizonte lejano, el tío y Fitz-Williams creyeron durante algun tiempo que podrian conservarla. Así, como sucede siempre, su afecto iba á mas al paso que iba ya á finar su objeto. En fin, Elisa manifestó el anhelo de volver á Inglaterra, porque no queria morir sino en su patria, no ser enterada sino al lado de su madre.

Entónces la volví á ver: mas ya no era la misma; allí estaba aquella flor tan linda que habia visto yo descollar, ya marchita, deshojada y cabizbaja, semejante á una gallarda azucena que se está meciedo por la tarde sobre un tallo rozagante, y que por la mañana, cuando la tempestad ha violentado su cáliz y desgarrado sus hojas, yace desconsoladamente por el suelo. Estaba sentada, ó mas bien, echada, en el mismo recibidor donde la ví la primera vez, sobre un canapé delante de la gran ventana gótica de que he hablado otra vez. Cuando entré, las personas que habia allí me advirtieron por medio de un ademán muy espresivo que Miss Herbert estaba descansando; pisaba apenas el suelo, temiendo turbar su reposo, y me detuve en fin delante de la jóven. ¡Ah! ¡qué doloroso era estar viendo su flaqueza y su palidez! era una sombra. La habian envuelto en un gran chal de las Indias para bajarla mas fácilmente de su dormitorio, y sobresalía su vestido de muselina blanca en el fondo negro y las palmas encarnadas del cachemira. Sus piés flacos y sus delicadas pierrecitas desaparecian bajo el raso y la seda, que no dibujaban siquiera sus formas: cada dia le habia arrebatado alguna parte de su antigua gordura rebosante toda de sanidad. Costaba trabajo el comprender cómo aquella niña viviese; que hubiese todavía sangre y músculos bajo su piel trasparente; parecia el símbolo del sueño de un ángel, ó una estatua lijera de Canova. Los largos vuelos negros, entre los cuales aparecian sus bracitos, hacian resaltar mas y mas la blancura de su piel. Su cintura, ceñida con una cinta azul celeste, parecia pertenecer mas bien á una niña de diez años que á una persona de la edad de Elisa. No hacia el menor movimiento, y se hubiera podido poner una hoja de rosa sobre los labios de la enferma, sin que se llegara á estremecer la hojilla. Al retirarse las carnes, habian dejado á descubierto la simetría y el primor de sus facciones delicadas; era casi un esqueleto, pero sobre el cual asomaba todavía un resto de belleza esquisita. ¡Ay de

mí! horrorizaba su vista. El anciano tío, cuya cabeza estaba descubierta, cuya frente ya blanca habia perdido todos sus cabellos desde el trance en que habia sido su sobrina condenada á una muerte anticipada, enjugaba con un pañuelo de batista, que pasaba sobre el semblante de Elisa, las gotas de sudor yerto que corrian de sus sienes huecas y de su frente amarillenta.

Entretanto ella levantó los ojos, volvió la cabeza, y viéndome sentado á su lado, me tendió su mano sonriéndose desconsoladamente.

«¿No es verdad que he perdido mucho, señor doctor?» me dijo con una voz tan escasa, que pude percibir apenas las palabras que pronunciaba.

—Veo con pesar, le respondí, que está V. débil y flaca.

—Y mi pobre tío, exclamó, ¿no es verdad que ha perdido tambien mucho?»

Luego tendió de su lado su bracito blanco, que parecia poder sostener apenas, pero no pudo llegar hasta él. El anciano se levantó y cubrió de besos la frente de su sobrina.

«¡Oh! con tiento, con tiento, dijo ella, tantísima ternura me mata.»

Entónces se levantó, y recobrando algun brio por un arrebato repéntino, salió del aposento anegada en lágrimas.

Tantos pormenores cuyo redoble ha de molestar al lector, componen el contexto de aquella tragedia casera, objeto comun de conversaciones indiferentes y que llamamos *enfermedad*. Ya habian cesado sus pulsaciones; ya se habian estancado las arterias, ya el frio de la muerte andaba por sus exhaustas venas, y sin embargo el anciano esperaba todavía. Un tanto mas de ahinco en sus miradas, un poco mas de frescura en su tez, hastaban para enardecer aquella fe ciega en el porvenir, que los padres no quisieran perder jamás y que era imposible anonadar.

Me acuerdo sobre todo de una tarde que me interesó tan entrañable y desconsoladamente, que no puedo contrarestar el anhelo de rasguear su recuerdo en estas pájinas. Nadie ignora el temple especial de la música de Mozart, y ante todo de la sagrada; de aquella música intelectual que no se encamina á los sentidos, sino al alma; que puntea, por decirlo así, las cuerdas mas íntimas y mas finas de nuestros sentimientos religiosos; de aquella música en fin que tiene algo de solemne, de afectuoso, de trascendental, de sublime. Nadie ejecutaba aquella música con un apego mas espresivo y sobrehumano que Elisa: y en efecto sus consonancias halagüeñas, mas no voluptuosas, se hermanaban con el temple de la niña y robustecian sus inclinaciones.

«Vamos Elisa, hija mia, le decia su tío, tócanos esa preciosa misa de Mozart que repetias ayer noche. ¿V. lo apetece, señor doctor, no es verdad? es el único desahogo que me queda.»

Elisa se puso en efecto al piano. Nunca he justipre-

ciado tan adecuadamente el númen de Mozart como aquella noche. ¡Oh! y ¡cómo encarnaban en mi pecho y hechizaban mis oídos, y hacían brotar lágrimas de mis ojos, sus blandas y solemnes melodías! ¡cómo se dejaba percibir tan profunda y entrañablemente aquella sensación dolorosa y celestial que ha estampado Mozart en todas sus obras religiosas! ¡cuán sublime era su grandiosa y escelsa armonía bajo los dedos del ángel moribundo que estaba yo contemplando amarguissimamente! ¡Lloré, lo confieso, y Miss Herbert lo reparó.

«Esta música traspasa el corazón, ¿no es verdad, señor doctor?» me dijo.

El tío, en extremo trastornado, tuvo que retirarse.

«Quisiera que ejecutasen esta música en el órgano, dijo Elisa, cuando me depositarán en la tumba..... ¡Él la amaba también!...»

Luego suspiró, y del otro extremo de la sala se elevó otro suspiro profundo como un eco; era sir Carlos que acababa de entrar, y que, cubierto el rostro con su pañuelo, procuraba en vano enfrenar su des-

esperación.

¿Para qué prolongar la dolorosa relación de esta agonía? La flaqueza de Elisa y su palidez estaban por puntos manifestando nuevos progresos del achaque matador. El capitán Fitz-Williams, á quien una calentura retuviera en Milan, vino ¡ay! demasiado tarde, y no encontró mas que los restos exánimes de la que amaba. Yo habia asistido al trance postrero de la joven, cuya imaginación se habia caldeado, cuyo númen se habia enardecido con un fuego poético durante el delirio de la calentura que se apoderó de toda ella. Su muerte arrebató á la tumba al anciano tío y al joven amante. ¡Pueda el recuerdo que le dedico ser condolido de algunos! ¡Pueda este aciago drama, sin situaciones y sin movimientos, este retrato fiel de pasos que tanto menudean en la carrera de la vida, y desgarran allá mil corazones afectuosos, merecer la atención de los lectores!

CELINA.

La baronesa de Villois era una mujer alta y flaca, tan desproporcionada para su estatura de cinco pies y medio como para su título de baronesa; y sin asomo de prendas patentes que la deslindasen de un cabo de gastadores, abundaba en todas las que pueden igualar moralmente á dos entes de tan diverso jaez. Su esposo, el baron de Villois, se apellidaba jeneral y español, apoyando la primera de aquellas dos pretensiones en una cinta que ostentaba en el ojal, y cuyo color era una confusa mezcla de rojo, de azul, amarillo, verde y negro: de tal modo que podia decirse que encerraba todas las condecoraciones de Europa, sin que sobresaliese una sola. Para revalidar su segunda pretension, usaba en su lenguaje un estravagante guirigai de vocablos en *a* y en *o*, en *as* y en *os*, lo que él atribuía á su escaso conocimiento del francés. Por lo demás, se susurraba que sabia fullear muy lindamente en el *ecarté* (corria á la sazón el año 1822).

Varios jóvenes cuyo único afán se reducía á mofarnos de las damas añejas que encubren su edad madura hasta cumplidos los cincuenta, apellidábamos á la baronesa de Villois la *señora del arbol*. El origen de ese título no era otro que una acostumbrada frase de la baronesa: «*aborrezco en el alma*, decia, *á las mujeres que se aplastan de arbol*;» por cuya razón ella se arbolaba con un color entre rojo y de ladrillo, que acababa de afeár su repugnante rostro. En cuanto á

su marido, su famosa cinta le valió el apodo de *arco iris*.

Mas sin embargo del mal porte de la baronesa y de la reputación del baron, que corria parejas con su lenguaje, entrambos personajes disfrutaban algunos privilegios bastante raros. Era el mas incomprendible el de tener entrada en varias tertulias selectas; el otro, no menos particular, consistia en atesorar una hija asombrosa, de un cuerpo tan agraciado, de un rostro tan hermoso, de una agudeza tan peregrina, y de una conversacion tan sumamente interesante, que podia llamarse con razón una mujer divina: tanto mas, cuanto que la acompañaba cierta reserva que infundia respeto á sus rendidos. Por lo que toca al último privilegio de los Villois, privilegio que algunos maliciosos esplicaban por medio del segundo, consistia en tener por amigo á un tal Ourdan, hombre en extremo vivaracho y de finos modales, prestamista salido con bien de las liberalidades del imperio y de las liquidaciones de 1815; maestrizo en chupar á los sandios millonarios, y dotado de un pico afilado. Conocía todo lo perteneciente al imperio, así los personajes como los lugares, y sabia anécdotas chis-tosas ó terribles de cuantos nombres célebres salian por casualidad en la conversacion que ocho ó diez privilegiados sostenian casi diariamente, constituidos en tertulia, á donde Ourdan acudia siempre despues

de haber dado la una de la madrugada. Aquellas desenfrenadas zahurdas, apellidadas centro de murmuración por los que se hallaban escluidos, comenzaban ordinariamente á las dos de la madrugada, terminando á las cuatro con una cena exquisita, conocida entre los iniciados con el nombre de *bocado tras el pulgar*. Allí era donde Ourdan estaba en su elemento.

Habíamos intentado varias veces brindar á los barones de Villois con nuestros bacanales nocturnos, pero jamás lo permitió el Sr. Ourdan: daba por única razón hacérsele intragable la presencia de un richacho macizo, casado con una mujer vivaracha y graciosa, muy querida de nosotros, y á la cual acompañaba á todas partes, semejante á un pesado caballo normando, sujeto á un cenceño calesin. Era hombre que gastaba muchos chistes acompañados de estruendosas carcajadas: «Nunca, nos decía, permitiré que semejante buho disfrute la ventaja de no ser el mas irracional de cuantos concurren á nuestra tertulia.»

Pero aunque encomiase de tal modo el despejo de los Villois, no permitía jamás la menor chanza contra ellos, y escuchaba con impaciencia los elojios aclamadores de su hija Celina.

El tal nombre era tal vez lo único que provenia realmente de los Villois, y sin duda por esa razón habíanlo escogido tan sumamente ridículo. Muchos eran los que, al oírle pronunciar, continuaban el título del libro de donde lo habían tomado; prosiguiendo, *¿ay qué misteriosa criatura!* y entonces Ourdan murmuraba con despecho uno de sus solemnes aforismos: «En ninguna parte he encontrado tantos necios como en la nación mas traviesa del globo.»

Segun el informe de cuantos podian entrometerse en la casa de los Villois, consistía esta en una espaciosa pieza provista por demás de sillas, sillones, cortinas y espejos, con un reloj de sobremesa encima de cada chimenea, y sus correspondientes candeleros de dos brazos por añadidura: en una palabra, era una de aquellas viviendas alhajadas por el mercader y no por el inquilino; abundaba en lo que puede ser útil á todos, pero carecía absolutamente de cuanto sirve tan solo para persona determinada.

Empeñada nuestra tertulia en curiosar, fué comisionando sucesivamente á todos sus individuos para visitar á los Villois, con el objeto de indagar algo; pero Celina los recibió invariablemente á todos, sin desamparar ni un solo instante el estrado; al paso que Ourdan no pareció jamás: y como no ignorábamos en qué empleaba este último todo el día y toda la noche, exceptuando tan solo las horas destinadas generalmente para visitas, nos quedamos, al cabo de ocho dias, sin saber qué opinion aventurar acerca de Ourdan, de Celina y de los Villois.

Enardecidos entónces, á guisa de lugareños, tomamos con empeño lo que habíamos comenzado por pasatiempo, y de nuestra curiosidad burlada se orijinó una pandilla, escogiendo á uno de nosotros mismos, á fin de aparentar una pasión de fragua á los piés de

Celina, y dándole á otro el cargo de enamorar á la señora baronesa. El primero nos traicionó; pues, al segundo avistamiento, se prendó rematadamente de Celina; y no pudimos, por consiguiente, contar ya mas con semejante aliado: pero, en cambio, el denodado banderín de la señora de Villois se engolfó locamente y sin miramiento en su intento. Ya solo pedia veinte y cuatro horas para lograr la confianza de la baronesa, cuando desaparecieron de improviso de Paris todos los Villois, padre, madre é hija, para volver á aparecer, pasados cuatro meses, en Italia, á manera de aquellos buzos que se empozan instantaneamente en una orilla del Sena para no salir hasta llegar á la opuesta.

Un misterio inapeable encapotó estos cuatro meses de la vida de los Villois, sin que pudiese descubrirse, ni el camino que habían llevado, ni mucho menos el cómo y el porqué Celina se había dado á conocer á la mas rica familia de Nápoles, bajo el nombre de la condesa de Andressi, nombre del que nadie tenia la menor noticia: sin embargo suponian algunos que había pertenecido en otro tiempo á una familia noble y rica del Piamonte, arruinada y estinguida durante la revolucion. Se trató de escudriñar á Ourdan sobre este misterio; pero volvía la espalda á los hombres, reíase en sus barbas de las mujeres; y si algun rencor abrigó por la travesura nuestra, se redujo á saludar en todas ocasiones al pretendiente de la baronesa, llamándole *mi valiente*. Corrió aquel saludo; no pudiendo sacrificar á los Villois, nos dirijimos contra nuestro cómplice; y llegó á tal extremo, que apenas se acercaba á alguno de sus amigos, cuando resonaba en sus oídos el solemne apodo *mi valiente*. Al principio se reía, pero al fin se encolerizó; de ahí dimanaron tres desafíos, que desquiciaron nuestras veladas, y la muerte del pobre caballero de los chistes. Ourdan recibió la noticia con suma indiferencia, y diciendo: *no hay mal que por bien no venga*, se convirtió en amante de la viuda. Los Villois quedaron olvidados.

Entónces entré en un mundo nuevo, abandonando los moribundos restos del imperio para entrometerme entre pintores y literatos; quienes procuraban penetrar á duras penas la corteza romana, que envolvía á la sazón todas las artes; en una reunion donde concurrían en gran número, encontré un lozano jóven, artista de corazón, rebotando de entusiasmo, fecundo en raptos arrogantes, pero cuyas palabras y pinceles no se avenían muchas veces á todo el raudal de sus pensamientos, á causa del revuelto alboroto que se apoderaba de su cerebro, de manera que apenas se le entendía: constituyéndole sus prendas antojadizo y medroso, haciéndole pasar repentinamente de los arranques mas impetuosos á una tristeza pesada, sin sensibilidad ni movimiento. Llamábase Jorje Leister, y estaba casado con una jóven de veinte y ocho años, llamada Teresa, y que podia considerarse como una norma de enamoramiento. Era una mujer gallarda, amorosa y espresiva, dotada de un rostro que se sonreía

lánguidamente si la requiebaban, y que se enardecía escuchando desaladamente cuando elojiaban á su marido: se entraba con adoraciones, y se paraba en acatamientos. Sin embargo, sus ojos negros y grandes, sus cabellos del mismo color, realzaban su tez morena; todo al parecer estaba brotando ímpetus violentos que debían quebrantar allá, tarde ó temprano, la vida uniforme que traía.

Un año hacia que Leister habitaba en París gozando de una vida ociosa y que requería haberes arraigados; sin que no obstante se supiese dónde paraba aquel arraigo: pero un hombre que no se entrapa y que está para casarse puede vivir en París veinte años enteros sin que nadie se informe acerca de su suerte ni de su esfera. Le veía á menudo, y había notado varias veces que, en medio de sus quehaceres y del regocijo que reinaba en sus tertulias, se entregaba á mudos arrobos y al desapropio de los objetos circunstantes, en el que nuestro ánimo prescinde de lo presente para volver á lo pasado y recordar algun trance favorable ú adverso de suma trascendencia. Apeado de su distraccion con la jovialidad de Teresa, volvía en sí arrebatadamente, y se mostraba entónces decididor vehemente y sofisticó; lo que suponía ser muy entrañable el recuerdo que le dominaba, puesto que necesitaba hacer tales conatos para olvidarlo. Todos sus amigos habíamos advertido estos vaivenes; pero mientras yo, que le amaba, escudriñaba una causa para poder explicarlos, considerábanlos todos los demás como parto de su índole. Los indiferentes satisfacen á todo con semejante palabra; y cualquier pesar secreto que se interne convulsivamente en el ánimo de un hombre, se conceptúa un capricho con suma facilidad. Leister era de temple soñador, y bajo este supuesto, podía hacer saltar sus cascos de un pistoletazo sin temor de que nadie lo estrañase.

Mediaron así dos años, hasta que un día, al llegar á su casa, le hallé desazonado, acosado por algun nuevo pesar amargo. Se paseaba por su aposento, ajitado y colérico, á manera de un hombre que busca algun objeto en que desahogar su destemple, mientras su consorte estaba llorosa y arrinconada.

« ¡Ola! ¡por Dios! ¿qué sucede? preguntéle al ver que no trataba de hablarme.

— Me marchó de París, contestó.

— ¿Pero, porqué? » repliqué al instante.

Al escuchar esta pregunta, se enfureció ostentando un ademan altanero.

« ¿Tengo yo que daros cuenta de mi conducta, caballero? »

Contentéme con tomar mi sombrero, y disponíame para salir, cuando Teresa acudió á detenerme, gritando:

« ¡No hagais caso de cuanto diga! ¡hoy se ha vuelto verdaderamente loco! »

Leister se habia echado sobre una silla apretándose con ambos puños la cabeza, y Teresa continuó en voz baja:

« Ha salido esta mañana muy temprano, ha vuelto dos horas despues en el estado en que le veis, y en vez de responderme, me ha arrojado un paquete de billetes de banco encima de la mesa, diciéndome: pagad todas las deudas de la casa; mañana salimos de París. »

Me desengañé pues de que, como maliciaba, no todo consistía en algun apuro por falta de dinero. Un momento despues, Jorje se levantó, acercóseme y tendióme la mano, presentando la otra á Teresa.

« Tiene razon, me dijo, soy un loco, me encolerizo con la misma facilidad que un niño, y me doy de cabeza contra las paredes, sin lograr mas que aumentar mis pesares desconsolando á cuantos amo. Pero, ya se acabó.

— ¿Con qué, no partís ya? »

— Sí tal, replicó tibiamente: parto mañana.

— ¡Tan pronto! continué.

— ¡Oh! exclamó enfureciéndose otra vez, esta tarde, en este momento mismo, si posible fuese: nunca será demasiado pronto para huir lejos de ella.

— ¿Quién es ella? » exclamó Teresa levantándose orgullosa delante de él, con un disparo de celos y de duda que centelleaba en las miradas ardientes con que procuraba desentrañar sus intentos.

Habia quedado Leister tan turbado por haber prorumpido en aquella aciaga palabra, que no hizo el menor caso del tono imperioso con que le dirigió Teresa su pregunta. Quiso contestarla echándolo todo á broma, pero se turbó á pocas palabras; le clavaba su mujer unas miradas escudriñadoras que le trastornaban; le remedó la amarga sonrisa de incredulidad con que fué recibida su contestacion, y díjola finalmente:

« Sois una loca, Teresa, ¿no os he dicho que mañana partirémos? »

Salióse acto continuo del aposento y me dejó á solas con su esposa. Esta permanecía en el mismo lugar, todavía inmóvil y distraida; miróme en aquel momento, mordiéndose los labios convulsivamente; y agolpando en una palabra todos los ímpetus que batallaban en su alma, me dijo con voz trémula:

« ¡Jorje me engaña! caballero.

— Señora...

— ¡Oh! exclamó interrumpiéndome violentamente; siempre me ha engañado. »

Quedábame en ayunas de todo, y no me gustaba mucho, á la verdad, el papel de pacificador entre dos esposos encolerizados; pero no me era posible ni el marcharme, ni el quedarme mudamente. Viendo pues que la señora de Leister se paseaba atropelladamente por la estancia, procuré recordar alguna de aquellas frases corrientes en ocasiones semejantes; y con el acento mas paternal que pude dar á mi voz, la dije:

« ¡Por Dios, señora! haceis muy mal en desconsolaros con tal extremo. »

Pero ella meneaba la cabeza y proseguía absorta en sus pensamientos.

« Jorje os ama. »

Y asomó en sus labios una sonrisa repentina.

« No ama mas que á vos. »

— ¿Quién sabe? contestóme amargamente.

— Vuestro marido es pundonoroso.

— Es que no es mi marido: » me replicó parándose frente á mí y echándose en cara, con sus ojos clavados en los míos, la necesidad de mis consuelos. Mas resuelta luego, añadió en voz baja:

« No, caballero, no, no es mi marido; me habia prometido.... »

Y Leicester entró.

« Nada le digais, me encargó luego Teresa; todo lo sabréis. »

Leister, sosegado al parecer; « amigo mio, me dijo, espero que nos acompañaréis á la mesa, ¿no es verdad? Este es tal vez el ultimo dia que podré dedicar á la amistad, prosiguió con acento melancólico, porque yo os amaba verdaderamente, y es preciso que me destierre; es preciso que me vaya á Inglaterra; y tal vez algun dia será preciso tambien que abandone la Inglaterra por la América, y la América por el desierto ó por la tumba. »

Mientras que hablaba de este modo con voz afectuosa y apocada, sus ojos se arrasaron de lágrimas, y no acerté á contestarle.

« No me desaireis, añadió, ó creeré que me aborreceis. »

— No, contestéle, me quedará. Pero como habia admitido otro convite, habré de escribir un billetillo en descargo. »

Tomé una pluma, Leicester llamó á un criado, y al entregarle yo el billete, le dije en voz alta:

« En casa del señor Ourdan, calle.... »

— ¡El señor Ourdan! exclamó Jorje vivamente. ¿Conoceis al señor Ourdan?

— Mucho.

— ¿Y en su casa era el convite?

— En su misma casa.

— ¿Y vos le conoceis? preguntéle yo luego.

— Sí, replicó Jorje con ademan despegado; es mi banquero.

— ¡Cómo! repliquéle sin reflexionar, ¡yo le creia retirado de los negocios!

— No obstante, contestóme con mucho desvío, se dedica á los míos. »

Teresa nos miraba, durante esta conversacion, como para descubrir algun misterio, pero el silencio en que permanecimos los tres no era el preludio de un desenlace, cuando el criado me preguntó:

« ¿Dónde vive el señor Ourdan? »

Dile las señas, bastante atónito de que un criado no supiese, despues de tres años de servicio en casa de Leicester, dónde vivia el banquero de su amo, y Teresa acudió para desahogarnos un tanto con algunas espresiones de planton entre las jentes.

« Os doy mil gracias, me dijo, por el sacrificio que

sin duda nos haceis, de una reunion mucho mas brillante que la nuestra. »

— ¡Oh! señora, no adolezco del achaque de anteponer los conocidos á mis amigos, respondile, creyendo poder marchar finalmente sobre un terreno firme; confieso no obstante que el tal convite tenia algun aliciente para mí, pues que debia encontrarme en él con una persona que me ha sido muy querida.

— ¿Una mujer, tal vez?

— Sí, señora; una mujer jóven, hermosa y despejada en extremo.

— ¿Y cuál es el nombre de esa maravilla? me dijo la señora de Leicester con una sonrisa burlona, muy propia de una mujer que está oyendo alabanzas de otra, conceptuándolas abultadas por la pasion que media en el asunto.

— En mi tiempo, contestéle, se llamaba la señorita de Villois, pero actualmente se titula la condesa de Andressi.

— ¿En vuestro tiempo? interrumpió Leicester, con voz anudada á la garganta y traspasándose con una mirada recelosa y enfurecida: ¿en vuestro tiempo? repitió.

— En mi tiempo, contestéle pasmado y casi balbuciente, quiero decir el tiempo en que la veia... en público... muy raras veces, porque jamás puse los pies en su casa; y por otra parte, la señorita Villois nada tenia que tildarse; hasta la murmuracion la respetaba. »

Pero mientras estaba entablando tan intempestivamente una apología de la señorita de Villois, como si hubiese tenido que defenderla ante su juez, sin apurar el motivo del interés que á Leicester podia caber, y hasta sin saber á punto fijo si tomaba alguno á impulsos de un no sé qué, advertí que habia cometido un yerro; la señora de Leicester, mejor entendedora que yo, queriendo clavar mas y mas en el pecho de su marido el acero que yo procuraba retirar y que de tal modo le habia puesto fuera de sí, le dijo con un tono cuya afectada lijereza no podia encubrir por entero la intencion:

« ¡Oh! poco nos importa, ni á mi marido, ni á mí, el pundonor de la señorita Villois. ¿Era, acaso, vuestra querida? »

— Con todo honor, señora, os protesto que no; la contesté.

— ¡Ah! exclamó Teresa soltando una carcajada; parece que os sonrojais. »

Leister estaba cárdeno; y temblaba la señora de Leicester, como calenturienta en medio de sus carcajadas.

« Señora, repuse yo con un desentono capaz de acallar su estudiada jovialidad, bajo la palabra de honor os juro que nunca he reconocido en la señora de Villois mas que una mujer digna de los respetos del mundo entero. »

Aduve poquisimo atinado en el lance: recargué

mi contestación para poner coto á las chanzas de la señora de Leister; su marido se encojió de hombros, y ella me contestó con despeto:

«Os conceptúo caballero; y creo asimismo que esta señorita se ha granjeado hartos defensores de sus prendas.»

Terminó esta esposición lanzando una mirada á Jorje; pero este se había empedernido al parecer; vino al suelo la satirilla rechazada por su desvío, y asomaron á decirnos que estaba pronta la comida.

Me hallaba confuso y atajado: confuso por todo lo que acababa de descubrir, y tal vez mas aun por lo que me faltaba saber, como tambien por lo que se asomaba allá, todo anovelado y aun trágico, en las residencias de Jorje, en su marcha atropellada el mismo día de la llegada de Celina, á quien seguramente conocia y cuya reputación en algo le interesaba, y finalmente en la confidencia de la señora de Leister: todas estas especies se revolían en mi celebró de un modo confuso y con tal baraja de circunstancias, que solo les faltaba una palabra para reunir las y redondear con ellas un drama: lo propio sucede en una orquesta cuyos instrumentos flocean atropelladamente, y que á la señal del maestro rompen acordes y componen una armonía perfecta.

Me hallaba, al mismo tiempo, desazonado con el humor de la señora de Leister, quien era de temer que faltase á la confidencia prometida; si bien me pareció que me enteraría mas cabalmente por medio de Jorje, ó que á lo menos tendrían mis descubrimientos mas solidez que valiéndome de su mujer. Regulaba que por aquella parte consistía todo en algun descarrío de tabla de una hija de familia honrada, caída en el lazo con palabra de casamiento; en fin todo lo que constituye jeneralmente la seducción de las niñas.

Pero Jorje se mantenía silencioso aquella tarde, y se mostraba en jeneral poco inclinado á revelaciones. Después de haber vacilado largo tiempo, decidíme á retirarme para ir en busca del señor Ourdan en el teatro de la ópera italiana, donde debía de hallarse con la condesa de Andressi. Al principio tuve intento de referir en qué pensaba emplear la noche, para ver el efecto que esto producía; pero ignorando hasta qué punto estaba cargada la mina á que intentaba aplicar el fuego, varié mi resolución. Durante la comida dijo Jorje que tenía que hacer algunas compras para su viaje, las cuales le embargarían gran parte de la noche; por lo que salimos juntos.

«¿Hacia dónde os encamináis?» me preguntó maquinalmente, á manera de un hombre que no quiere entablar ninguna conversacion.

Cedí al impulso aciago que me arrastraba; jamás un necio se ofreció mas incautamente al afán de un curioso, y le contesté con una indiferencia igual á la que aparentaba su pregunta:

«Voy al teatro de la ópera italiana en busca de Ourdan y de la condesa de Andressi.»

Sin duda Satanás me iba apuntando mis espresiones;

Jorje no podía oír pronunciar aquellos dos nombres sin que retemblasen todos sus miembros; contúvose no obstante y me contestó:

«¡Ah! ¿con que se halla en el teatro de la ópera italiana?» y me dejó luego tomando un rumbo diametralmente opuesto al que me conducía hacia los Bouffes, pues daban todavía este nombre al referido teatro.

Al llegar al palco de Ourdan, encontré sola á la condesa, y me quedé atónito: estaba tan hermosa, que en vez de prorumpir en voces de asombro, enmudecí. Acojióme como á un amigo. No era ya una señorita que no acierta á escuchar ni responder sin turbarse; era una mujer á todas luces cabal, con una gracia encantadora y una sonrisa sobrehumana. Jamás me sobrevino impulso tan vehemente de arrojarle á los pies de una mujer para pedirle perdón. ¿Perdón de qué? Lo ignoro; pero me deleitaba tan sumamente en mirarla, que me parecía corriente aquel impulso.

No cabe mujer que cause una sensación tan estremada sin que lo eche de ver y se complazca; y la condesa de Andressi paró en decirme:

«Dadme el brazo y darémos una vueltecita por el corredor.»

Salimos con efecto, tomó mi brazo, y empezó á hablarme de lo que yo había llegado á ser, diciéndome que en Nápoles había oído mentar algunas veces mi nombre. Creí que estaba soñando. Las mujeres nos estaban retratando; algunos primorosos que solían darme los buenos días con la puntita del guante, me saludaron en términos que pudiese llamar la atención de la condesa, para que me preguntase sus nombres: pero en nada absolutamente paraba su atención, embargada en informarse de mi nuevo método de vida, de mis compromisos, y de si me estorbarían el visitarla á menudo. Jamás cupo á un mortal recargo semejante de ventura y de botaratería: preciso es que yo chispease como una máquina eléctrica. Mas de improviso la condesa se para y enmudece: mírola, y la veo pálida y zozobrosa por las miradas de un hombre que la observaba con descomedido anhelo. El susodicho era Leister; pero á cualquiera, á Leister mismo, era preciso pedir cuenta de tantísima desfachatez, y dír un paso hacia él.

«Entremos, me dijo la condesa con voz palpitante, entremos.»

Me condujo á su palco; estaba en una agitación continua; no tan solo no me hablaba, pero ni aun me contestaba. Apareció entonces Ourdan, y le habló eficazmente y muy quedito. Yo había caído de mi tercer cielo, salí del palco para no atajar las quejas que la condesa daba á Ourdan; los actores se hallaban en escena, y encontré vacíos los corredores: empezaba á glosar los agasajos de Celina por los informes que debía tomar sobre Leister, cuando me encontré con este último junto á la puerta de un palco desde donde podía ver, y miraba desalentadamente en efecto á la condesa.

Quise al pronto sortearlo, pero me hallaba enajenado por mi suma felicidad y queria descubrir algo; embestí pues á Jorje, y apeándole de su embeleso, le dije:

« ¡Y bien! ¿es aquí donde haceis vuestras compras? »

Volvióse atónito, y pasada su primera extrañeza, me contestó con el ademán misterioso que solia:

« ¡Oh! ya no me marchó. »

Me alegró esta noticia: el enredo se iba enmarañando, y las relaciones misteriosas entre Leicester y la condesa se ponian de manifiesto: me parecia estar leyendo una novela. La marcha de Jorje me hubiera reducido tal vez al primer tomo; con su detención en París me prometia el desenlace: nótese empero que no era yo quien sostenia el libro, ni quien doblaba las hojas. Se aumentó mi curiosidad con la impaciencia, prometiéndome un invierno sumamente afanado; y dejé á Leicester para volver al palco de la condesa, que estaba otra vez hermosísima: sin duda Ourdan habia podido sosegarla; y decidí en mi entendimiento que la habia prometido la marcha de Leicester.

Para cerciorarme, volví á tratar del porqué habia faltado á mi palabra rehusando el convite, y conté cómo habia comido en casa de un amigo que marchaba de París el día siguiente. Siguióse á mis palabras una mirada de reciproca inteligencia entre Ourdan y la condesa, la cual traduje yo en este sentido:

« Y pues, ¿no os lo dije? »

— Sea enlorabuena. »

Entonces Ourdan me preguntó con su propia boca, del mismo modo que Juno (sic ore locuta est): « ¿podrémos lograr que acudais mañana? »

— No sé, contestéle con rematada doblez, he vuelto á tropezar con él, y me ha dicho que no pensaba ya en salir de París. »

Estas palabras surtieron mucho efecto: la condesa se puso pálida, y sus ojos se enardecieron con un raptó de ira que casi infundió miedo á Ourdan. Yo estaba en mis glorias; parecíame de perlas mi ardid; juntaba á esta vanagloria un escaso dejo de venganza; y retiréme á fuer de astuto, despues de logrado un triunfo, sin esponerme á perder mi ventajosa posicion.

Durante la noche estuve dos horas saboreando la esperanza de que recibiria el día siguiente dos billetes, uno por cada parte; pero el día siguiente se pasó sin novedad, y el otro del mismo modo. Palpablemente se arreglaban, se hacian la guerra sin contar conmigo; me habian cerrado el libro en mi rostro.

Sentí tanto enojo, que medio resolví olvidar enteramente á Leicester y á la condesa, convencido casi de que me habian referido realmente las suposiciones que formé en mi imaginacion, y juzgando que debia retirarme desde el momento en que se me negaba la confianza que me debian. Sin embargo no alcanzaba que no me hubiesen hecho á propósito algunas revelaciones, y consideré que, apartándome sin motivo, po-

drian tacharme de descortés. La curiosidad acudió al auxilio de esta cuerda reflexion, y el tercer día hice una visita á Leicester, á su mujer y á la condesa. Los tres me recibieron como si nada hubiese sucedido. Celina sobre todo se mostró sumamente cariñosa, y entonces empecé á notar la ausencia de sus *papás*. Iba á salir despediéndome con un cumplido de cajón, semejante al que habia entablado la conversacion; cuando trajeron á la condesa un hermeso niño de unos dos años, y en cuya fisonomia me figuré ver el nombre de Leicester, estampado al vivo. Como me hallaba dispuesto para todo jénero de extrañezas, bien persuadido de que me permitirian observarlo todo mientras aparentase no comprender nada, cuando Celina escudriñó en mi rostro la impresion que habia hecho en mí la vista del niño, solo dejé traslucir un grandísimo pasmo por su singular hermosura. Parecióme que Celina se complacia allá en sus adentros de haber salido del paso, y llegó mi avilantez hasta el punto de preguntarla cuándo veriamos en París á su marido, el conde de Andressi, el padre de aquel niño tan lindo; pero juzgando atajar á Celina, le proporcioné mas bien una salida, y me contestó que, teniendo su marido intereses de cuantía en la India, se habia marchado para arreglarlos. Parecióme atinada ocurrencia la de la India, porque trabajosamente le hubiera podido enviar mas lejos, y me aparejé á recibir la próxima noticia de su muerte en un naufragio. Esta conversacion me fué sumamente provechosa; porque encontrando toda aquella máquina, ó lo que yo bautizaba con nombre de tal, harto vulgar para deshechizarme de Celina, me libertó de un devaneo que me hubiera indudablemente acometido. Volví á recordar las relaciones que se habian supuesto varias veces entre Ourdan y la señorita de Villos; y me glosé todo aquel enredo con una infidelidad de Celina con Leicester, durante su ausencia de París, perdonada por Ourdan, y encubierta por medio de un casamiento supuesto y de un título *in partibus*.

Hecha esta suposicion y arreglado el negocio de aquel modo conmigo mismo, proseguia tratando á los autores del drama pasado ya y probablemente terminado: una vez arreglado el desenlace en mi caletre, poco interés debia tomar en su prosecucion. Pero, pasados algunos meses, me pareció advertir una mudanza notable en casa de Leicester. El lujo habia desaparecido poco á poco; contratáronse algunos préstamos; Leicester nunca se hallaba en casa, y su mujer siempre permanecía en ella, no haciendo mas que llorar. Habia intentado varias veces arrebatarle la confianza prometida: pero hubiérase dicho que me consideraba como un enemigo suyo. Por otra parte, Celina se mostraba algo inquieta; escondia, en estrecho conmovida, algunos billetes, en cuya lectura la sorprendia, si alguna vez llegaba á su casa inesperadamente.

Llamé una tarde, y me abre un criado mostrán-

dose atónito y diciéndome con muy poca maña:

— ¡Ah! ¿es V., caballero?... puede V. entrar, sí; puede V. entrar. »

Era pues indudable que se aguardaba á alguien que se hacia forzoso no recibir.

Al llegar al cuarto de la condesa, sentí una puerta que se cerraba con violencia por el lado opuesto; entraron recado, pero el aposento estaba vacío.

« ¡Ah! me dijo el criado: eso consiste en que la señora no sabía que fuese V. quien llamó: voy á noticiárselo. »

Ví un billete abierto encima de la chimenea; la letra era de Jorje, y solo contenia estos renglones: « Señora, es preciso que nos avistemos hoy mismo, pues así lo requiere mi vida y la vuestra. A las diez en punto estaré en vuestra casa. »

Entónces comprendí la causa del susto y de la huida de la condesa; quien entró pausadamente y me sorprendió con los ojos fijos en el billete; pero, aunque me sonrojé, no me mostró el mayor enfado por mi indiscrecion.

— ¿Habeis leído ese billete? me dijo. »

Nada contesté.

— Tanto mejor, continuó: tal vez no me hubiera determinado todavía á revelároslo todo. ¿Conoceis á Jorje?

— Es amigo mio.

— ¡Pues bien! es preciso que me liberteis de semejante loco; es preciso que le obligueis á entrar en razon. »

Sentóse, acto continuo, me señaló una silla, preparándose á empezar una larga relacion; cuando tocó de nuevo la campanilla, y levantóse toda trémula al oirla.

— « ¡No han dado aun las diez! exclamó.

— Nada temais, » le dije.

Sonaron los pasos de un hombre, y Ourdan entró.

— « ¿Y pues? » exclamó Celina, saliéndole al encuentro.

— Sosegaos, le contestó con ademan aciago; os digo que no vendrá. »

Nunca hubiera creido que la fisonomía burlona de Ourdan fuese capaz de una espresion tan terrible. La condesa de Andressi vivía en una de las calles mas escusadas del barrio de San Jermain; no sé qué aprensiones de maldad se amotinaron en mi cabeza, y exclamé, sin saber lo que decia:

— « ¡Oh! ¡nada de violencia á lo menos! »

Miróme á la sazón Ourdan, como si no me hubiese advertido al entrar; volvió á tomar su rostro su traza característica, y me contestó con forzada sonrisa:

— « ¡Eh! no se sangra á los locos con un puñal. »

Esta respuesta aquietó, al parecer, á la condesa, al paso que póstró todas sus fuerzas; y se dejó caer sobre una silla murmurando apocadamente:

— « ¡Ah! ¡pobre desdichado! ¡pobre desdichado! »

Yo era el que me hallaba en una posicion mas apurada de los tres actores que asomaban en esta escena, aun cuando no tuviese la menor parte en lo

que la habia motivado. Viendo que Celina lloraba, mientras Ourdan sentado en un rincon pateaba el suelo de impaciencia, quise retirarme, y acercándome á la condesa, la dije en voz baja:

— « Adios, señora: creo que no teneis ya nada que decirme. »

— ¡Estaos aquí, me contestó con voz casi imperceptible, quedaos! »

Conoci entónces que Ourdan no le infundia menos temor que Jorje; acabé de perder el hilo y no podia calcular de ningun modo el paradero del transee: bien hubiera querido ir á informarme de Leicester; pero no quería abandonar á la condesa, y seguí mudo, hasta que resonó en la antesala un estruendo atropellado que nos sobresaltó á los tres. Esta vez sí que era Jorje amenazando matar al que intentase detenerle: en vano me encaminé á la puerta para precaver alguna desgracia; Jorje percibió, al abrirla, la claridad del aposento á través de la oscuridad del salon, y entró atropelladamente todo desaforado, sangriento, desgarrado, y con un trastorno pavoroso. Empuñaba dos pistolas, miraba á Ourdan y á Celina con una complacencia montaraz, y exclamó:

— « ¡Ah! ¡entrambos estáis aquí! ¡tanto mejor! »

Encaminóse luego á la puerta en ademan de cerrarla; opusieronle dos criados, á quienes Ourdan dió orden de alejarse; dió vuelta á la llave en la cerradura, y metióse en el bolsillo; y entrando aseñoradamente en el aposento, me estuvo mirando.

— « ¡Sin duda el cielo me protege! exclamó, pues bien, todo lo sabréis. Vais á escuchar una historia horrorosa; pero vos, á lo menos, podréis referirla despues; porque no sois un desamparado sin familia á quien se puede hacer desaparecer sin rastro, ó como un loco, ó como un infame; ¡teneis un padre, teneis amigos, teneis alguien que os ama! »

— ¿Os olvidais de Teresa? preguntéle.

— ¡Otra infame! me contestó; y volviéndose hácia Ourdan, continuó: sí, caballero, todo me lo ha dicho, todo; hasta el precio que habiais puesto á la infame comedia que me representaba. Pero no es de ella de quien yo quiero hablar ahora; es de vos y de esta mujer. »

La condesa hizo una demostracion de ira.

— « ¡Oh! tened paciencia, señora; es preciso actualmente que me escucheis por una vez. Por lo demas, caballero, prosiguió volviéndose hácia mí y llamándome á parte; es preciso que sepais quién soy yo; no sabeis mas que la mitad de mi nombre; yo me llamo Leicester, Leicester, conde de Andressi, y comprenderéis ahora que esa señora es mi mujer. »

Quedéme pasmado: pero la agitacion de Jorje no amainaba un punto.

— « ¿Sois vos el conde de Andressi? »

— El conde de Andressi, sí; un nombre honroso que ha pertenecido siempre á hombres honrados hasta llegar á mí, y á mujeres sin tacha hasta llegar á esa mujer. »

Acabó su dicho señalando con un desprecio, acompañado de desesperación, á Celina, que parecía anonadada con aquel enfurecimiento concentrado, y enmudeció:

— «¿Con qué es verdad? exclamó Jorje, exasperado por su silencio. ¡Escuchad! me dijo, encarándose otra vez conmigo; ¡es espantoso! Ved aquí cómo sucedió:

«Mi padre, que, según sabéis, no era Francés, arruinado después de la invasión del Piamonte por las armas de la república, se ocultó en Francia bajo el nombre supuesto de Leicester, que era el de mi madre: convirtiéndose en comerciante, llegó á hacer fortuna; pero finalmente se arruinó. En 1810 le encarcelaron por una deuda de cien mil escudos, en cumplimiento de esa ley execrable, que condena á un extranjero á morir en la cárcel cuando no tiene con qué pagar: ley homicida que dice al individuo, anda, trabaja, prospera, y le priva el uso de sus miembros; insolencia y crimen juntamente, que coloca al fracaso, á la equivocación en una escala inferior á los mas atroces delitos: porque el malvado mas detestable de cuantos yacen por los presidios, tiene una esperanza que le sostiene; un antojo ó un rásgo de clemencia del soberano puede volverle su libertad perdida, pero perteneciendo el deudor extranjero, como pertenece, á su acreedor, no hay poder en el mundo que alcance á derramar una gota de consuelo

sobre su vida de sempiternos padecimientos. El acreedor de mi padre era ese hombre que aquí veis. Contaba yo doce años, cuando borró á mi padre de la lista de los hombres; y á doce años me ganaba el sustento, y hasta iba formando un capital con mis ahorros. ¡Pero cien mil escudos! caballero, ¡cien mil escudos! Llegado á los veinte y dos años, poseía diez mil francos, alimentaba á mi padre en su prisión muy mal, miserablemente, sin que aliviase su angustia: me parecía que todo lo que gastaba para proporcionarle algunas comodidades lo robaba á su libertad; y ¡maldición! sufrí que me pidiera dos veces repetidas un vestido para estar durante el invierno á cubierto del frío. Un día que se hallaba enfermo, tuve que mandarle un médico y varios medicamentos, tuve que pagarlo todo; y entónces, conociendo que en vano esperaba poder salvar á mi padre, me asaltó el intento de asesinar á ese hombre.

— ¿Y qué? interrumpió Celina trémula.

— ¿Y qué, señora? le contestó Jorje, quien ocupado enteramente en la memoria de su padre, se olvidaba, al parecer, de la persona á quien hablaba: ¿y qué? si no lo hice, no fué porque temiese cometer un crimen, no; sino porque mi padre necesitaba de alguien para no morir de hambre, de frío y de desesperación. No es preciso advertiros que hice mil súplicas á ese hombre: tres veces vine á pié hasta París para abrazar, desesperado, sus rodillas. ¡Inicuo y



mil veces malvado! » Jorje se habia acercado á Ourdan y le apuntaba una de sus pistolas, pareciendo pronto á hacerle saltar la tapa de los sesos.

— ¡Jorje! gritéle yo, interponiéndome.

— ¡Oh! no; contestó; no es nada. Era mi tercera venida; y caballero, me dijo, puedo salvar á vuestro padre: soy el tutor de una jóven que ha cometido un deslíz que podría causar su perdición.

— ¿Yo? clamó Celina con acento de pavor.

— Vos, señora, vos; » le dijo Jorje.

Y Celina volvió á caer sobre su asiento.

— Esa jóven tiene que casarse; pero es de una familia que no puede, sin deshonrarla públicamente, sacrificarla á un nombre desconocido. El vuestro tiene algun esplendor; casaos pues con ella, y el dote será la libertad de vuestro padre, junto con una pensión de veinte y cuatro mil francos; pero bajo condicion de que no debeis volverla á ver, una vez efectuado el matrimonio: viviréis encubierto bajo el nombre de Leister, mientras ella llevará lejitimamente el título de condesa de Andressi. Solo oí una palabra de todo ese razonamiento, la libertad de mi padre; acepté sin reflexionar; y, poniéndome en las manos de ese hombre, partí para Lion. Se hizo todo como por encanto, y el mismo día en que debia celebrarse el matrimonio, media hora antes de la ceremonia convenida, llegó la señora con esa familia tan distinguida que sabeis. Nada veia, nada comprendia en aquel momento, ni reparé tan siquiera su hermosura: la cárcel de mi padre debia abrirse, concluida la ceremonia, y en efecto se abrió. ¡Oh! ¡cuán dichoso fui en aquel momento! creia morir de placer: y ojalá hubiese sucedido así, caballero, porque entonces hubiera creido que habia en el mundo algo verdaderamente bueno, y hubiera creido en Dios: pero conservé la vida. Nada habia dicho á mi padre todavía, ó mas bien le habia engañado: habléle de un casamiento honroso, de un ajuste con Ourdan, para no acibarar sus ratos primeros de libertad: pero, loco, fuera de mí como estaba, en vez de llevarme mi padre á mi habitacion, le conduje á la de mi nueva familia. El coche de viaje se hallaba preparado en el patio, recordé las condiciones de Ourdan; y sin embargo, á pesar de mi turbacion, presenté á mi padre al baron y á la baronesa que habian bajado para activar los preparativos de la marcha, con las mañas que teneis tan sabidas.

— ¡Cómo! exclamó mi padre mirando al vil que se hacia apellidar baron de Villois, ¿ese es el padre de tu nueva esposa?

— El mismo, le contesté.

— ¡Este desdichado! repitió; ¡el lacayo del infame Ourdan! ¡Oh! ¡la cárcel mas bien! ¡la cárcel!

Eché á correr, corrí en su seguimiento, se lo confesé todo. Mientras creyó que dicha mujer solo llevaria el nombre de Leister, nuestro nombre desconocido, no me maldijo; le infundí únicamente compasion; pero cuando supo que le habia vendido ese nombre de Andressi que! habia ocultado en medio de su des-

amparo, como una joya paternal que, ni por el necesario alimento se enajena, sino que antes bien, solo se muestra á los demás cuando se puede presentar guarnecida de oro; entónces se sumió en la desesperacion y me rechazó de su seno: entónces murió. A lo menos no llegó á ver un ente mas infame que esos dos; no llegó á ver á su hijo maldecido y deshonorado revolver su frente en un lodazal mas inmundo que el que pisan los piés de esas jentes de cieno porque, caballero...

Y al llegar aquí, Jorje, que derramaba lágrimas con el recuerdo de su padre, se puso á sollozar amargamente, continuando con las siguientes palabras que sus sollozos sofocaban.

— Porque, caballero, yo soy mas infame que ellos... ¿Veis esa mujer que me ha comprado mi nombre para prostituirlo? pues yo amo á esa mujer, yo me he posturado á sus piés para suplicarla que me permitiese llevar á su lado ese nombre que me pertenece, y que ella ha encenagado, convirtiéndole en el nombre de la querida del verdugo de un pobre viejo!

— ¡Padre mio! exclamó Celina arrojándose sobre Ourdan y sacudiéndole violentamente: responded, por Dios, padre mio ¡Ved que es abominable cuanto ese hombre está diciendo!

Esté alarido, esta exclamacion, estos raptos de desesperacion de Celina, dejaron á Jorje inmovible: me figuraba estar presente á uno de aquellos sueños fantásticos que se encumbran en el cerebro de los poetas. Pero Ourdan no respondia: en este instante el desdichado cavilaba sobre un crimen ó un arrepentimiento.

— Pero, dijo Jorje con una voz que dejaba entrever una vaga esperanza por entre los pliegues de la cólera: pero, señora; ese niño que lleva mi nombre, ese niño...

— Es el vuestro, caballero, replicó Celina. ¿Acaso no tuvisteis de...?

El nombre no le vino á la memoria, y repitió:

— ¿No habeis tenido un hijo?

— Sí, contestó Jorje, un hijo muerto en poder de su nodriza.

— ¡Robado por mi padre, ó mas bien por mí, caballero.

— ¡Robado! replicó Jorje. Teresa le vió despues de muerto.

— Pues bien, si es preciso decirlo todo, comprado á su madre.

— ¿A Teresa? exclamé yo.

— Sí, me dijo Jorje, víctima repentina del sumo abatimiento: á la misma Teresa á quien he amado como á un ángel consolador; porque la encontré en medio de la desesperacion que desgastaba mi vida: sí; cuando, solo sobre la tierra, no sabia qué abrigo buscar á mi alma, vino en busca mia y la amé. Comprendeis ahora cómo, durante tres años, he sacrificado todos los minutos de mi existencia, uno á uno, á una mentira: porque esa mujer, caballero, esa mujer tambien era un lazo que me armó ese in-



fame: una cortesana que habia unido á mi vida para acecharla y para perderla; para mostrarme á vuestros ojos, señora, que tal vez sois inocente, como un relajado libertino. ¡Y la desgraciada ha sido víctima, como yo lo he sido, tan miserable como era! Ese hombre la engañó, la esperanzó casarse conmigo; y cuando, oprimido por sus ardientes exigencias, he querido imponerle un eterno silencio; cuando le he dicho que no era ya soltero, entonces ha exclamado: ¡Ah! el infame Ourdan me ha engañado; y entonces lo he sabido todo, obligándola á revelármelo; entonces os he escrito; y dos horas despues, al dirigirme á este sitio, me he visto asaltado por asesinos. Decidme, señora; vos que conocéis á ese hombre; vos que le habeis llamado padre; ¿podriais explicarme la monstruosidad de su alma?»

Callóse Celina. Ourdan seguia absorto en su pavor ó en sus cavilaciones. Hizo finalmente este último un violento conato como para vencerse á sí mismo, levantóse, tomó el sombrero, y acercándose á su hija, le dijo:

«Celina, podeis noticiar públicamente la vuelta del conde Andressi.»

Pero al ir á salir, arrojóse Jorje sobre él.

«¡Es mi padre!» clamó Celina, y Jorje sacó la llave del bolsillo, entregándola á Ourdan, cuyo carruaje sentimos pronto que se alejaba.

«Gracias, caballero, dijo Celina á Jorje: ¡y yo, infeliz, he dado muerte al vuestro!»

Sus ojos derramaban lágrimas á raudales, y Jorje, retirado en un rincon del aposento, reflexionaba, con el alboroto de sus pensamientos, acusando sin duda, y sincerando á un tiempo á Celina: adelantóse por último y la dijo:

«Pero, señora, ¿porqué consentisteis en este matrimonio?»

—¡Ah! respondió Celina, ¡era tan fácil engañarme á mí! Sin embargo, os debo manifestar que mi madre.....»

Detúvose despues de haber soltado esta palabra, y encarándose conmigo, me dijo:

«Ya que no sabeis todavía todas nuestras desgracias, permitidme que os calle su nombre. En cuanto á vos, continuó volviéndose hácia Jorje, nada ignoraréis.»

Quise entonces retirarme; pero,

«¡Oh! no, me dijo Celina, «estáis, y no me mostréis, os suplico, el menor encono.»

«Comprendí entonces la situacion aciaga en que se hallaba.

«Mi madre era de jerarquía que daba visos de verosímil á todo cuanto me decian hallarse dispuesto de antemano para mi felicidad. Mi padre me repetia continuamente que debia casarme á diez y ocho años y que estaba destinada al conde de Andressi. Ese caballero, fuese quien fuese, debia ser mi marido. Esa aprension fué creciendo conmigo; y cuando mi padre me participó mi enlace venidero, no el misterio

que acompañó aquel acto, ni la condicion de separarme de vos una hora despues para no volveros á encontrar hasta llegar á Nápoles, nada estrañé. Sabeis muy bien lo que sucedió. Llegados á Nápoles, me separaron de mis supuestos padres, y vivia en casa de una hermana del señor Ourdan, esperando vuestro arribo; pero jamás acababais de llegar, y bien pronto supe, por las cartas de mi padre, que me habiais desamparado para encenagaros en las caricias de una vil cortesana. Mientras mi padre conoció por mis escritos que esperanzaba aun mejoraseis de conducta, me mantuvo en Italia; pero cuando al fin comprendió que habia tomado mi partido sobre mi estraña viudez, me hizo volver á Paris, donde supe que os hallabais. Entonces os detestaba; aun mas, os despreciaba; y la aprension sola de estar habitando la misma poblacion que os servia de morada, se me hacia insufrible. Díjome mi padre que debiais partir el dia siguiente.

—Sí; interrumpióla Jorje, me amenazó con negarme la pension pactada para rendirme por hambre; pero yo os habia visto, Celina, yo os amaba; y este amor desaforado, al cual lo he sacrificado todo, ya.....»

Celina bajó los ojos y continuó en voz baja:

«No me habéis en esos términos; todavía no lo sabeis todo. Al ver que porfiabais en quedaros, se duplicó el aborrecimiento que os tenia; pues mi padre me presentaba aquel amor que me escribais como un cálculo infame que tenia por objeto, una vil especulacion.

—¡Oh! ¿pero no lo creéis ya así, no es verdad, señora?»

—No, replicó Celina entrañablemente; pero lo he creído: la única ofensa que me echaba en cara, con respecto á vos, era el robo de vuestro hijo; pero mi padre me decia que le habia visto desamparado junto á las puertas de un hospicio, y por otra parte, apellidándole como lo hacia, no cometia ninguna usurpacion: además yo amaba á este niño, le amaba por la semejanza de su fisonomía y la vuestra.

—¡Ciertamente! exclamé yo.

—¿Con que le habeis visto? me dijo Jorje. ¿Y yo?»

—¡Es vuestro hijo! respondió Celina desconsoladamente; y os hallais actualmente en vuestra casa.»

Por estas palabras cojeí que en el instante mismo en que Jorje podria ser el marido de Celina, aquel niño solo seria hijo de alguna estraña.

Jorje no insistió, nos retiramos á media tarde y pasó la noche en mi casa. Una cosa habia aun inexplicable á nuestro entender, esto es, la conducta de Ourdan. Formábamos mil conjeturas anoveladas para comprenderla, cuando una frase de tres líneas nos la puso en claro. Por la mañana Jorje recibió un billete del tenor siguiente:

«SEÑOR CONDE:

«El señor Ourdan acaba de participarme vuestra llegada, y espero os serviréis pasar á mi escritorio, don-

de os entregaré algunos papeles que os interesan

«N... notario.»

Fuímonos en seguida al despacho de ese M. N..., quien entregó á Jorje un papel que decia así:

«Cuando mi hija Celina haya cumplido los veinte y un años, Mr. N... le entregará los papeles adjuntos; pero si se casase antes de cumplir la edad mencionada, solo podrá hacerse la entrega á su marido, por mas que otras personas, de cualquiera clase que fuesen, se presentasen á reclamarlos.

«Firmado....»

Leyendo por encima de la espalda de mi amigo, alcancé á ver la firma, que consistia en un nombre de pila; y sobre el lacre que cerraba la carpeta de los tulos, se advertia una corona soberana.

Aquellos papeles consistian en un reconocimiento de 300,000 libras de renta inscritas en el gran libro, de las que Ourdan se confesaba depositario en nombre de Celina, á quien pertenecian por una donacion que estaba adjunta.

El notario nos dijo haberle encargado el señor Ourdan que entregase á Jorje las *inscripciones* mencionadas en el reconocimiento, para cumplir con esta obligacion. Terminado todo:

«¿Y pues? pregunté á Jorje, ¿comprendeis ahora el enredo? Casó á Celina á los diez y ocho años para que no le entregasen estos papeles; y la casó con un hombre, á quien habia traspuesto, para que tampoco pudiesen entregarlos al marido.

— ¡Dios mio! exclamó Jorje, ¡tantos crímenes por un poco de oro! ¿Y dónde estará ahora el desdichado?

— Sin duda os enterarán de todo en casa de su hija.»

Jorje siguió mi consejo; juzgué cordura el dejarle ir solo; estuve esperándole en vano todo el dia y buena parte de la noche; y á la mañana siguiente vino á participarme que Ourdan habia salido para América, y que él asimismo haria un viaje de algunos años con su esposa. Encargóme que pagase, por medio de su notario, una pension á Teresa, y se despidió de mí. Fuí á hacerlo de Celina, la cual se turbó sumamente al verme: nunca me habia parecido tan bella; llamó á su esposo Jorje, y me retiré poco satisfecho.

Salieron finalmente de Paris, y desde entónces, muy á menudo, cuando recuerdo el nombre escrito en los papeles del notario, no me maravillo de que Ourdan estuviese tan cabalmente impuesto en las aventuras de la corte imperial.

Un matrimonio griego en Atenas.

No creo que pueda imaginarse un retiro mas risueño, para un sabio fastidiado del bullicio de las ciudades populosas donde se disputan el cetro las pasiones, que el de Atenas durante los dos ó tres meses tan ricos en dulces ilusiones, en que termina el verano y empieza el otoño. Su situacion y sus ruinas no ofrecen aquella sombría magnificencia que causan á primera vista, como las de Roma, tanto asombro al extranjero, y le fastidian de todo lo mortal. La sociedad que en ella se encuentra es muy limitada para dar pábulo á una vida contemplativa; pero los viajeros modernos encuentran, como los antiguos, en su estrecho recinto, lleno de monumentos, un alimento intelectual cuya variedad cautiva á los mas descontentadizos. Los acontecimientos mas comunes de la vida no bastan á borrar de vuestras ideas ese tinte poético que les comunican necesariamente la contemplacion de los sitios y el estudio de los monumentos de la antigüedad. He observado siempre una singular relacion entre la historia de las ciudades antiguas y su posicion topográfica. El carácter especial de los habitantes de Jerusalem, de Tébas, de Lacedemonia se halla impreso en los sitios particulares de esas famosas ciudades; y á pesar de las devastaciones del tiempo, no puede contemplarse su estado actual sin po-

blarlas de esos hombres eminentes que reanima el buril de la historia.

Asi las rocas basálticas de Jerusalem senos presentan surcadas por los rayos de Jehovah; las riberas ferruginosas del Tajeto nos recuerdan la inflexibilidad del carácter espartano; y las formas graciosas del paisaje de Atenas, esa mezcla venturosa de la tierra y de las aguas, de las llanuras y las colinas, de los sotos y los prados, su atmósfera purísima, esplican la suma delicadeza, ese instinto de lo bello, cuyo conjunto constituia el espíritu ateniense, que, bajo el nombre de aticismo, es todavía para nosotros el dechado de la urbanidad y del buen gusto.

Recorra con la vista el viajero sentado en el monte Himeto, en una hermosa mañana del mes de junio, el dilatado panorama que le rodea, y podrá leer en él un resumen de la historia de la república de Solon, y las causas de sus acontecimientos mas notables. El Acrópolis, el templo de Teseo, la Academia, todos esos monumentos se esplican por el carácter del paisaje y por la belleza del clima. Despues de veinte siglos, el entendimiento se embriaga todavía con las mismas inspiraciones, y una meditacion grata y apacible, que en nada participa de los sombríos sueños del norte, absorbe insensiblemente todo vuestro sér

El pensamiento es aquí el aliento de la vida, y este aliento es delicioso en una atmósfera embalsamada. Nada sombreía en este cuadro. El pastor que veis á vuestros piés es albanés; pero la ferocidad estampada en su fisonomía os recuerda esos seres feroces é indómitos que poblaban la Grecia en los tiempos heroicos, subiendo de Pisistrato á Teseo. La vista de un sable musulmán os recuerda la invasión de los Persas; los coros guerreros de Esquilo, las narraciones de Herodoto; y al aspecto de las falanjes y de las flotillas griegas, esperais ver otro nuevo combate de Maraton ó de Salamina. En una palabra, todo se vuelve antiguo á vuestro rededor, y si atrae vuestra atención la marcha de los rebaños al través de una nube de polvo, bien pronto vuelve á fijarse sobre el Partenon y la Acrópolis.

La sociedad, si puede darse este nombre á algunos grupos de personajes, la sociedad está allí en armonía con la naturaleza de esta comarca peregrina. Los Griegos son representados por los primados; los arcontes por uno ó dos papas ó frailes, y por los consules, griegos todos de origen ó por afección. Los viajeros y los artistas se renuevan y suceden sin cesar, y algunos se han naturalizado allí muchos años hace, á cuya cabeza se distinguan poco ha Luzieri y Fauvel. Todo respiraba en casa de este último su pasión á lo antiguo; notábanse en la entrada de su patio algunos fragmentos de estatuas, la mayor parte de las cuales habian perdido, es cierto, ese perfil tan gracioso que distingue los monumentos mas bien conservados de la estatuaria griega, pero conservaban todavía un aire de vida, una espresion que pasmaba á primera vista. Este patio formaba un museo de monumentos antiguos, distribuidos con un gusto cabal, á lo largo de las paredes, y cuyos graciosos contornos acariciaban blandamente las flores enredaderas y la yedra. El sol, cuyos rayos iluminaban esos preciosos restos al través del ramaje de los emparrados que les daban sombra, los murmullos de la fuente cuyas aguas corrían á sus piés, todo sumerjía el alma en una profunda meditacion, de la cual solo os distraía la charla del anticuario y la alegría toda francesa de Mr. Fauvel.

Bajo uno de aquellos toldos de verdor le vi por la vez primera, absorto en la meditacion del monumento de Atenas, que ejecutaba en cera. Ni los años ni una larga ausencia de su país habian disminuido en nada esa originalidad de talento, esa viveza de sentimiento, y esa alegría casi infantil que caracteriza á nuestros vecinos. Tenia, á pesar de su edad, el aire inquieto y vivo; las agudezas de su conversacion, la gracia de sus modales, me trasladaron por un instante á Paris y en medio del siglo pasado. La Francia y Atenas se habian de tal modo confundido en su corazón, que no formaban para él mas que un solo y mismo país.

Mientras que nos paseábamos hablando, su criada, que era una Albanesa gorda, vino á depositar su ca-

fésobre un fragmento de sarcófago, adornado de Amores y de Jenios. Cerca de nosotros revoloteaba una corneja á la que quería mucho. La corneja de Mr. Fauvel era conocida de toda la ciudad; cada mañana, despues del desayuno, hacia sus escursiones por las cercanías, y volvía por la tarde al lado de su dueño, tan respetada como el pabellon del cónsul. ¡Pobre Fauvel! ha participado de las desgracias de su patria adoptiva; su museo, su Albanesa, su corneja, todo lo ha perdido, menos su valor y su filosofía. Al presente vive retirado en Esmirna, y el único objeto que le consuela de su espatriacion de Atenas, es el plano en relieve amoldado en cera que espera por fin poder terminar.

Una tarde, mientras que, debajo de uno de los emparrados de su museo, examinábamos ciertos monumentos de la ciudad de Minerva, un hermano de Logotheti, el cónsul inglés, vino á proponerme que me conduciría á ver un matrimonio griego, que se celebraba allí cerca. Acepté por curiosidad, y despues de haber andado algunos minutos, unos gritos de alborozo, que salían del fondo de un callejon cerca de la muralla, nos anunciaron el lugar de la fiesta.

Mi introductor era un *papas* ó fraile de alta estatura, de un temple de alma y de una fuerza muscular que le hacían mas apto para manejar el mosque que el báculo pastoral: á juzgar por su cara redonda, era aficionado á los buenos bocados, cualidad que le daba mas derechos á la afección que al respeto de los habitantes. Nadie honraba mejor que él un bautizo ó un matrimonio. Era el alma de los banquetes, y daba por todas partes la señal de la alegría. Fácil es pues adivinar que su aparicion fué saludada con repetidos aplausos, y que fué acogido con un saludo universal.

Me hallaba en casa de los padres de la novia, é iban todos á ponerse en marcha hacia el domicilio del esposo. La casa, aunque de mediana apariencia, parecia sin embargo cómoda. Los convidados atajaban la escalera de piedra practicada al exterior y que conducía al primer piso. El ruido de los címbalos y de los tambores se mezclaba á los *vivas* y preludiaba el epitalamio. Los actores, poco numerosos, desempeñaban tan bien sus papeles, que hubiera sido difícil oír una sola palabra en medio de aquella algarabía. Me costó no poco llegar hasta la sala al través de la muchedumbre. Ví á la casada sentada en medio de muchos grupos de amigas. Daban la última mano á su tocado, mientras que su nodriza acababa de componer el enorme edificio de su peinado. Desengañada esta buena mujer de las vanidades de este mundo, empleaba todo su coquetismo en su joven señora: brillaban sus ojos de alegría á cada pieza nueva que agregaba á su grotesco tocado, y de vez en cuando se arrodillaba ante el modelo labrado por sus manos, y solicitaba, en medio de su arrobó halagüeño, los sufragios de los circunstantes. El aire de la joven era mucho mas cómico todavía: tenia diez y ocho años

facciones regulares, aunque frias, y el aire distraido. Sus ojos eran pequeños y negros, mas habian creido hacerlos aparecer mas grandes y darles mas espresion, prolongando los dos ángulos de sus párpados y pintando sus cejas de negro. Su color natural habia desaparecido bajo el albayalde y el carmin que cuajaba su rostro. Su peinado, de tres pisos, sostenia un anfiteatro de flores de papel dorado, de zequíes ensartados, etc.... Este peinado es en las familias griegas lo que era, en sentido figurado, el sombrero de rosas en Normandía, la viudedad de la casada. Terminado el peinado, se hizo circular por la reunion un plato destinado á recibir las suscripciones de los convidados, y lo que se recojió fué depositado en sus manos. Al ponerse el sol, se puso el séquito en movimiento. Apenas la novia, agobiada bajo el enorme andamio que pesaba sobre su cabeza, y sostenida por dos de sus compañeras, asomó á lo alto de la escalera, cuando entonaron el epitalamio, especie de cantinela en diálogo, salmodiada con voz nasal, y acompañada de ademanes grotescos. Al bajar la escalera, la heroína de la fiesta iba precedida de un niño que traía un espejo levantado en alto para proporcionarle el gusto de ver sus adornos. Noté que ella se aprovechó muy poco de ese llamamiento, digámoslo así, á su presuncion; y solo parecia sensible á la incomodidad de sus atavíos. Durante la marcha de la comitiva, tan bien ordenada como lo permitia la dimension de las calles que tenian que atravesar y la ruidosa algazara de los convidados, echaban flores por el camino, y se mezclaba al ruido de los instrumentos la espresion enfática de todos los votos y parabienes usados en semejantes circunstancias, y cuya larga lista ha conservado la tradicion. La comitiva, precedida de antorchas, llegó, despues de numerosos rodeos, á la casa del novio.

Subsiste todavia en sus descendientes el despotismo doméstico de los antiguos Griegos. El código riguroso de los *jinecos* (1) sobrevivió á las costumbres y á la religion que lo establecieron. No fué poca mi sorpresa, cuando, al entrar en el patio de la casa conyugal, encontré mas flemma y apatía de la que hubiera encontrado entre Alemanes ó metafísicos septuagenarios. El amante, de color bronceado, y á cuya edad hacian traicion algunas arrugas, estaba sentado debajo de un grupo de olmos y plátanos. ¿Pensaba acaso en un soneto sobre las gracias de su novia, en alguno de esos golpes teatrales y que se ensayan antes de ejecutarlos? No; se hallaba estasiado bajo la navaja del barbero, y sus amigos admiraban con envidia la destreza del artista. Terminada la operacion, y perfumado nuestro héroe de piés á cabeza, se hizo en la asamblea la misma recoleccion que en casa de la novia: todo lo cual se efectuó con yerta seriedad, y no entrevi la menor sonrisa en los labios de los jóvenes del acompañamiento. La novia, que durante

estos preparativos, habia permanecido con sus compañeras en un rincon del patio, con una paciencia y una resignacion ejemplares, viendo á su señor y dueño dispuesto á recibirla, dejó su asiento y se adelantó hácia la casa conyugal: este movimiento no hizo en él la menor impresion, y no se dignó ni siquiera saludarla, conservando su imperturbable flemma, hasta que hubo pasado la puerta el acompañamiento femenino. Bien pronto, y, la verdad sea dicha, nada comprendí de este golpe teatral, el novio se desprendió del grupo que le habia ocultado hasta entónces á las miradas de su amada, y mientras que entonaban de nuevo el canto del himeneo, entró en la casa, despues de haber dejado su cuchillo en la puerta. Mi amigo Logotheti, á quien pedí la explicacion de esta ceremonia, se sonrió meneando la cabeza, mas no supe qué contestarme.

Al entrar en la sala con el resto de la comitiva, quedé no poco escandalizado al ver á la novia sentada tres pulgadas mas abajo de su esposo, en el asiento destinado para los dos. Los parientes y amigos tomaron asiento á su lado, y se observó durante algunos minutos un silencio jeneral. El marido se pavoneaba con orgullo; la mujer se manifestaba humilde y satisfecha; mas no se leia en sus facciones ninguna espresion de felicidad: en cuanto á las personas que hacian parte del acompañamiento, lejos de interesarse ó envidiar la suerte de los esposos, parecian felicitarse de no encontrarse en su lugar. Entretanto iba á empezarse la ceremonia religiosa, cuando una mirada de Logotheti me anunció que estaba yo de sobras. Viendo que los demás del acompañamiento desaparecian sucesivamente, despues de algunos parabienes, salí con ellos, y pasados dos minutos, me hallaba ya en medio de la muchedumbre que, al exterior, llenaba el aire de aclamaciones.

La luna reflejaba sus suaves y pálidos resplandores sobre las columnatas del Panteon y sobre los viñedos de la moderna Agorá (1), cuando volví á casa de Mr. Fauvel. Le encontré que estaba tomando el fresco en el patio, en medio de algunos amigos, hablando sobre el mérito de los diseños de Luzieri, con menos indulgencia de la que se debía á un Ateniense y á un filósofo. Puestos entrambos al frente de los anticuarios de Atenas, sus disputas servian de texto á las habladurías del dia. Sin embargo los Griegos se manifestaban en esta ocasion celosos defensores de Mr. Fauvel, porque no podian perdonar á su rival el haber ayudado á Lord Eljin en su atentado contra los mármoles del Partenon. Los hijos de este cónsul, llamados Licurgo y Temístocles, cuyos nombres justificaban por su patriotismo, no eran los que menos encarnizados estaban contra la sacrilega codicia del noble par. No sé exactamente cómo se terminó la disputa: sin embargo, creo que se acabó como las guerras civiles de los primeros tiempos de la república.

(1) Nombre que se daba en la antigüedad á la plaza pública, donde se reunia el pueblo.

(1) Los aposentos de las mujeres.

blica romana. Desgraciadamente el alfanje turco ha cortado el nudo gordiano de una manera muy funesta para los Griegos y para Mr. Fauvel.

Interrumpí la cuestion que tenían, nada favorable á Luzieri, dando algunas noticias sobre el ceremonial de que habia sido testigo; pero en el momento en que Mr. Fauvel iba á entablar una discusion, digna de figurar en el *Diario de los Sabios*, sobre las tradiciones y las ceremonias trasmitidas de jeneracion en jeneracion á los modernos Atenieses por los con-

ciudadanos de Péricles y Demóstenes, y principalmente sobre la del cuchillo clavado en la puerta de la casa conyugal, llegó un enviado del cónsul austriaco, que le daba aviso de que una embarcacion iba á zozobrar en el Pireo; fué pues forzoso sacrificar los gustos del anticuario á los deberes del cónsul. Mr. Fauvel pidió su sombrero, nos recomendó su corneja, y desapareció, dejando sin terminar una cuestion en la que Logotheti y yo tomábamos, por otra parte, muy poco interés.

ESCENAS DE LA VIDA MARITIMA.

El Maelstrom ⁽¹⁾.

PRESENTA una circunstancia mi vida de marino que tan solo puede esplicarse por un milagro. Porque ¿cómo volvió á arrojarme con vida el sumidero que me habia tragado? ¿Por qué prodigio logré salir del abismo que no abandón a su presa jamás? Despues que he experimentado todas las angustias de la muerte, ¿qué predestinacion me ha forzado á vivir para revelar á los hombres los misterios de una situacion á la que no hay hombre que sobreviviera? Bien presentes he conservado en mi entendimiento todas las particularidades de aquella jornada; su terror me domina aun, su impresion no se ha borrado todavía. Estoy viendo el navío, impelido por la fatalidad, correr á una destruccion inevitable; oigo todavía las palabras de hombres que están agonizando, sus fisonomías están grabadas en mi memoria, y me figuro presenciar aun cuanto pasó en torno mio. Tienen estos sucesos alguna importancia en los anales de la humanidad, y voy á escribirlos; porque nadie posee los datos que yo, nadie como yo puede decir lo que es una tripulacion atraída por el Maelstrom, qué sensaciones experimenta, las tristes escenas que ocurren sobre el puente del buque, el modo cómo se verifica aquella absorcion, aquel naufragio en medio de la calma, aquella ruina en el mas cabal silencio, sin tinieblas y sin tormentas.

—Hoy es viérnes; el capitán quiere partir, y hace muy mal. »

Así hablaba á bordo de la *Jóven Susana*, goleta escocesa, el contramaestre Braerigg, que, con los brazos cruzados, y apoyado sobre la carronada, levantaba los ojos al cielo. Un sol de otoño derramaba sobre el mar de Noruega aquellos rayos pálidos que, si bien alumbran la naturaleza, ni la penetran ni vivifican.

Una jóven escocesa, mas pálida y blanca que el sol de Noruega, apoyaba el brazo en el de su padre, an-

ciano cuyo traje anunciaba pobreza, cuya fisonomía inspiraba respeto, y cuya cabellera habia encanecido en el ejercicio de todas las virtudes. Mac-Read era ministro de la iglesia presbiteriana; á poca distancia de aquel grupo se veía su hija mayor, Helena, de cabellos negros y dotada de una fisonomía llena de nobleza y entusiasmo. Estaba sentada sobre un lio de cuerdas, y escuchaba con atencion al criado Dunal, natural de Stirling en Escocia, adherente á la familia por una de aquellas asimilaciones que no se encuentran sino en el pais de que hablamos, y persuadido de que era padre de las dos jóvenes, Helena y Sprightly, tanto al menos como Mr. Mac-Read.

La conversacion continuaba entre el contramaestre y Mac-Read: —«Sí, decía el contramaestre, hoy es viérnes; y por lo mismo mirad con qué gusto trabaja nuestra jente; tiene verdaderamente toda la actividad de las tortugas; nada sacaremos de ellos.

—¡Cómo! interrumpió la hija mayor, que se levantó, ¿es V. supersticioso, señor contramaestre?

—¡Oh! no digo eso, señorita. El viérnes, en tierra, poco me importaria; pero cuando es preciso bailar sobre estas aguas azules, y maniobrar con la tempestad ó con la bonanza; á fe que no desprecio el viérnes, además de que es imposible hacer carrera con

(1) El *Maelstrom* ó *Malstrom* es un inmenso remolino que los navegantes dicen que existe entre las islas Weroen y Mosken, situadas en el Océano ártico, á los 67.º 40' latitud N., y á los 11.º 44' longitud E. El ruido de aquel abismo se deja oír á muchas leguas de distancia, y es tan poderosa su fuerza de atraccion, que las embarcaciones que pasan allí cerca son arrastradas al sumidero. Ese remolino, dice Malte-Bruun, aumenta su pujanza á veces por el choque de dos altas mareas contrarias, ó por la accion de los vientos. Atrae los buques, y los estrella contra las rocas, ó los engulle, no volviendo á aparecer sus restos sino algun tiempo despues.

estos hombres sino cuando están alegres. Entonces trepan airoosamente por las cuerdas, alternan las canciones con el silbido, todos los pechos laten de esperanza; desprecian la tierra y desafían la mar. Pero con una tripulación tan mal dispuesta, ¿qué diablos quiere V. hacer?

—Contramaestre, gritó una voz bronca, ¿en dónde está el perro montañés Campbell?

Era el capitán que hablaba.

—Duerme, contestó el contramaestre, Campbell está malo.

—¡Malo! ¡yo no quiero enfermos!

—Según ha dicho el cirujano, tiene mucha calentura. ¿Creerá V., capitán, que ha tenido esta noche en su hamaca una de sus visiones infernales?

—Vaya con mil diablos Campbell y su segunda vista, exclamó el capitán, jurando bastante recio para que toda la tripulación supiese que el capitán había jurado. ¿Quién me ha metido á mí con un marino montañés, un marinero de matorral que desorganiza mi tripulación con sus visiones?

—Capitán, me atreveré á pedirle á V. respetuosamente un favor de parte de toda la jente, y que confían alcanzar.

—¡Cuál!

—Esperan que no zarparemos hasta mañana. ¡Nunca la *Jóven Susana*, créame V., ha zarpado en viernes!...

El capitán no aguardó el fin de la frase, volvió las espaldas al contramaestre, llenó de imprecaciones á toda la tripulación, y se airó en términos que nadie se atrevió á chistar. La maniobra no se ejecutó mas aprisa, los marineros se miraban con un aire de desconfianza sombría. El mal humor reinaba por toda la embarcación, el capitán se paseaba con las manos detrás buscando una ocasión para regañar. El Escocés de la segunda vista, Campbell, á quien había hecho levantar, había salido del entrepuente y hacia su servicio refunfuñando. De repente entonó aquella lamentación inarticulada, el *wail*, canto de muerte de los Escoceses salvajes, ahullido modulado, lloroso, interminable, prolongado, que se parece al zumbido que hace el viento en las catedrales. El viejo criado escocés levantó la cabeza y reconoció el canto fúnebre del clan de los Campbells. Helena hizo un movimiento de sorpresa, y la pequeña Sprightly se puso á llorar, porque había despertado á la vez en su alma la idea de la muerte y de la patria.

Tan tristes presajios no tardaron en realizarse.

Arreció el viento, la mar bramaba, y estalló luego una tempestad. La maniobra se ejecutaba lentamente. El buque se estremecía y temblaba al choque de las olas; resistía sin embargo, gracias á la solidez de su armazón; pero el rumbo que seguía era opuesto al que debiera llevar. Por debajo de la *Jóven Susana*, al derredor de ella y á lo largo de las escotillas, chispeaba la espuma, bramando la ola que la precipitaba, y azotando al buque como el ariete las murallas. Pa-

sóse toda la noche haciendo trabajar las bombas; el agua entraba en la sentina; y cuanto pudo hacer la tripulación fué arrojar esta agua y poner el buque en estado de bogar.

Había desaparecido uno de los mástiles, y era preciso cortar el otro; la armazón ó el esqueleto de la *Jóven Susana* continuó su marcha sobre el abismo que hacia saltar bramando los restos del buque, tan listo, tan nuevo, tan fuerte y tan veloz poco antes. En aquel ataud arrastrado por la tempestad, se hallaban una multitud de hombres que el desaliento había prostrado y que no cumplían sus deberes mas que por hábito. Tienen el heroísmo los marineros de obedecer y trabajar, aunque no aguarden mas que la muerte en premio de tanto afán.

—Padre mío, ¿hay todavía alguna esperanza? preguntaba una voz dulce.

—Roguemos juntos, queridas hijas, respondió el ministro presbiteriano, cuyos ojos estaban humedecidos de lágrimas.

Las plegarias de aquella voz venerable, el ruido de las hojas de la Biblia, al volverlas los dedos del anciano, las respuestas de las dos hijas, pálidas y tendidas en sus hamacas, la luz vacilante de una lámpara no saldrán jamás de mi imaginación. La muerte amenazaba en el cielo y en el abismo, la muerte sitiaba nuestro buque, el capitán bebía ron para reanimar, no su valor, sino su esperanza; los hombres estenuados luchaban aun; y la nave, que había sido reparada con bastante habilidad por medio de una vela, proseguía su curso vacilante é incierto.

—Y bien, Donald exclamó el capitán, se acaba de pasar la noche y ya tocamos casi al puerto. El viento ha mudado. ¡Mirad qué día mas hermoso! vuestro Campbell de la segunda vista es un mentecato, y nosotros no moriremos por habernos hecho á la vela un viernes.

—Estamos muy mal parados, contestó Donald Campbell, que pasaba muy cerca, y silbó lentamente su fúnebre melodía.

—A desayunarse, muchachos, dijo el capitán, un vaso de grog (1) á cada uno por su trabajo.

Nadie contestó á los gritos de alegría del jefe, todos estaban inquietos y conservaban en la fisonomía la impresión del espanto.

—La *Jóven Susana* necesita mas su arboladura que nosotros el desayuno, contestó uno de los marineros.

La niebla de la mañana iba entretanto desapareciendo por grados, y descubría en el horizonte unos grupos de islotes muy pintorescos. El furor del océano había calmado; ni una sola arruga se veía en el mar, todo estaba tranquilo. En medio de aquel silencio, ¿qué murmullo se dejaba percibir? ¿qué es aquel ruido que viene de tan lejos, indistinto, confuso, y que

(1) Licor compuesto de ron, azúcar y agua.

acercándose por grados, se parece al zumbido de un enjambre de abejas? Toda la tripulación se puso en el combés, reteniendo hasta el aliento. El capitán permaneció inmóvil cerca de la escalera del entrepuente; el contramaestre, inclinado sobre la proa, tendido el cuello, el cuerpo recojido, los ojos fijos, escucha con ansiedad; su ayudante, que había levantado la mano para dar disposiciones, permaneció inmóvil con la mano levantada y suspensa. Después de dos minutos de aquel silencio, de aquella atención, de aquel estupor, todas las miradas se cruzaron, lo habían conocido, lo habían adivinado. El contramaestre se dirigió al capitán. « ¡Ah! le dijo, esto se acabó, ¡es el Maelstrom! »

— ¡El Maelstrom! »

Fué un eco de muerte, veinte y treinta veces repetido, que recorrió todo el buque: después callaron todos.

— ¿Qué es el Maelstrom? » preguntó candorosamente la tierna Sprightly. »

Donald volvió á empezar el canto de los muertos.

Un marino con el pecho desnudo, y que acababa de beber un vaso de grog, respondió:

— ¡Es la muerte!

— ¡Vamos, muchachos! exclamó el capitán con voz penetrante, manos á la obra, con mil rayos. ¡Un nuevo mástil! ¡Otro! ¡Trabajad! ¡trabajad! »

El ruido nada dejaba oír. El sol brillaba en el horizonte, y el buque seguía tranquilo su curso sobre aquel plano líquido. Entretanto la tripulación, poseída de una fiebre de actividad inaudita, hacia los preparativos necesarios para plantar el nuevo mástil, preparaba la vela y se movía en todas direcciones. El hombre de la segunda vista era el único que no quería trabajar. Donald, al contrario, procuraba ser útil en algo, se ofrecía para todo, se multiplicaba, arrancaba el martillo de las manos del carpintero, dirigía correcciones paternales á los perezosos, y estorbaba la maniobra con su estremada solicitud. ¡Pobre viejo que no había visto otras tormentas que las del Loch-Nevis, y que no conocía otro peligro ni otro abismo que los pequeños remolinos de las aguas del Tweed y del Clyde, Donald no podía comprender la calma del visionario Campbell, á quien dirigía amargas reprensiones. En una hora todo quedó acabado; levantaron el mástil recién construido, é izaron la vela. Mas ¡ah! era en vano. El fluctuante lienzo volvía á caer con pesadez y envolvía, sin levantarse, el mástil fabricado con tanto afán. ¡Qué desesperación! la chalupa había desaparecido en la borrasca. Ya se veían los picos de las rocas de Lofoden, ya el Maelstrom, el inevitable sumidero, se dejaba oír de mas cerca. La *Jóven Susana* se iba acercando al monstruo que la había devorado. Todos los ojos se fijaban en el mástil y en la vela. ¿Quién pintará la expresión de aquellas fisonomías, el silencio de todos aquellos hombres, el abatimiento de los mas valientes, la resignación de las muchachas, el dolor del padre, dolor que

TOMO II.

no le afectaba por sí, sino por sus hijas? Durante aquel silencio jeneral, se veía al perro del capitán, un perro leal de Terranova, correr en todas direcciones por el buque como para huir de aquella fatal escena, echar ahullidos horribles y prolongados que rasgaban el corazón de todos los circunstantes. MacRead rogaba en voz alta; las dos jóvenes estaban de rodillas.

— Ya lo sabía yo, exclamó el visionario, que fué el primero que rompió el silencio.

— ¿Qué sabías?

— ¡Mirad las rocas del Lofoden! Las he visto, las reconozco. Estaban á la derecha, cómo las veis. Mi sueño no me ha engañado. ¡Oh! ¡viernes, día fatal! ¡Oh capitán maldito!

— ¡Maldito capitán!

El grito de guerra de los Mohawkes, los ruidos de coraje de los Palikares, al lanzarse al combate, no son masterribles que el grito de rabia de los marineros que, dirigiéndose á la popa, cojieron al desgraciado capitán, y, apesar de sus gritos, de sus súplicas, de su resistencia, de su furor, fué arrojado de bordo. Su perro le vió caer; y este último amigo se echó al instante al agua, se fué nadando hácia él, le cojió por el cuello de la casaca, le atrajo hácia el barco, y resistió por largo tiempo á la corriente que le arrastraba. En fin, los dos brazos del capitán salieron del agua, cojieron al perro, como para aferrarse á su última esperanza de salvación, y el amo y su fiel compañero se hundieron para no reaparecer. El crimen cometido, la muerte cercana, todos los conatos inútiles, ninguna esperanza de salvación; ¡el buque marchaba lentamente á su ruina! ¡qué situación! Toda la maniobra quedó abandonada. Los hombres se dispersaron; el contramaestre se sentó sobre los restos del mástil, y permaneció, inmóvil, contemplando el suicidio del buque. Unos se pusieron á rezar, otros á bailar, y la mayor parte se disputaban el grog y el aguardiente. Hubo también algunos, y eran los mas valientes, que se arrojaron al agua dando unos espantosos gritos. Ví á muchos que hallaban en corcos como frénéticos. Estos reían á carcajadas, y las interrumpían de repente dando largos y terribles sollozos. Aquellos, dominados de un profundo estupor y tendidos sobre el puente, se levantaban, se abandonaban á un parasismo de rematada alegría, rompían las escotillas y lanzaban las cuerdas al mar. No obstante, la naturaleza entera brillaba bajo un sol que parecía acariciar con su sonrisa las apacibles aguas de la verde isla de Mosken. La *Jóven Susana* se deslizaba como una saeta, sin poder detener ni cambiar el rumbo que la conducía á una muerte inevitable, en las entrañas del anchuroso boqueron.

« Contramaestre, le dijo su ayuda; apelo á vuestro testimonio de que yo no he hecho daño al capitán. »

El contramaestre se sonrió sin contestar. El ayuda se había formado de la justicia divina la misma idea que tenía de un tribunal de la tierra; ¡Pobre hombre! creía necesitar un testigo ante el soberano Juez.

« ¡Y bien! ¡pobre Will! vos no me respondéis.

13

! Ah! ; cuánto tiempo nos resta aun de vida! ¿decidme...? »

El contraatastre se volvió á Tom.

— Muchacho, es preciso dar cuenta de nuestra conducta, contad conmigo. Teneis mas valor que los que allí están bailando. Mas, á fe mia, recojamos las velas y no hablemos mas. Vamos á echar el áncora; el otro mundo está á nuestra vista, atemos tranquilamente el último nudo. ; Tom! un hombre de valor muere sin chistar. ; A Dios, Tom! Tal vez ya no nos quedan mas que cinco minutos para gozar de la vida; ; nada mas!

— Contraatastre, vos veréis si yo sé resistir al huracán. ; Adios, camarada! ; Y aquellas dos pobres niñas!.. ; Ah! esto me rasga el corazón.

— ; Silencio, pues! ; mal haya! ; Que Dios me perdone si juro! Nada mas diré. ; Vete! »

La atraccion del Maelstrom se hacia mas perceptible. Los suicidios de los hombres que se echaban al mar, los unos cantando, los otros llorando, despoblaban la embarcacion. En las alturas del Velsen se veian grupos de hombres y mujeres que estaban mirando al desgraciado buque arrastrado á su perdicion, y le compadecian sin poder salvarle. El padre tenia á sus dos hijas abrazadas, y miraba al cielo murmurando algunas palabras, apenas inteligibles. Un pájaro blanco como la nieve, de plumaje brillante y lustroso, descendió de las alturas de Ambareem, se cernió sobre la embarcacion, batió sus alas á poca distancia del puente, y siguió largo tiempo el curso del buque. El venturoso pájaro podia vivir; el buque debia perecer.

Sin embargo, un espantoso acontecimiento vino á llamar nuestra atencion, y parecia verificarse en la misma direccion del Maelstrom; oíamos unos horribles bramidos y ahullidos de agonía, como si un monstruo gigante estuviese luchando con la muerte. En efecto, una ballena, cediendo al impulso de la corriente, habia llegado al centro del sumidero, y luchaba en vano contra la irresistible fuerza que la absorbía. En vano la cola de aquel coloso batia las olas que se remolinaban. En vano sus narices echaban en el aire dos columnas de agua; el enorme monstruo fué absorbido, y desapareció.

Era aquella la suerte hácia la que una marcha, cada vez mas rápida, nos arrastraba contra nuestra voluntad. La hermosura del día, la transparencia del sol, el brillo de las aguas, nos hacian increíbles la proximidad de la muerte, la certeza del naufragio. Un jóven que habia pasado muchas horas llorando, levantó la cabeza y se dirigió al contraatastre:

« ; No, le dijo, no puedo creerlo, esto no es posible! ; El mar está en calma! ; Dónde está el escollo? ; Dónde la muerte? ; Dónde la tempestad? ; Cuentos de niños que todos habeis tenido la locura de creer! »

El contraatastre levantó la cabeza sonriendo amargamente. « ; A la maniobra! prosiguió el jóven. ; Vamos! ; vamos!

— Maniobra como quieras, replicó el viejo marinero mirando al jóven con el mayor desden; dentro de tres minutos la *Jóven Susana* no tendrá ni siquiera tres tablas unidas. Jóven, prepárate, enjuga tus ojos: una ó dos azumbres de agua que es preciso tragar, á esto se reduce todo. El buque empieza á zozobrar, el agua se révuelve. Jóven, si quieres ver á un hombre morir, quédate á mi lado. Pero calla y déjame en paz. »

¡ Ah! él decia la verdad. La impetuosa atraccion del Maelstrom aumentaba la celeridad de nuestra marcha. Las olas hervian al derredor de nosotros. La *Jóven Susana* daba vueltas á derecha é izquierda, traqueada por las olas que se combatian. ¿Cómo cabe explicar la intensa agonía, la atroz demencia de aquellos moribundos llenos de vida? El mismo barco, saltando hácia el abismo, parecia un ser viviente poseído de la demencia. Bien pronto, impelida, como la bala, por la fuerza de la pólvora, resbala, huye, se abalanza, cae, rueda, rebota y vuelve á caer. Los marineros se aferran á las cuerdas; Donald se precipita en el abismo; el contraatastre echa su sombrero en el aire, mientras que la *Jóven Susana* vuela sobre si misma como el juguete en la mano de un niño; yo no sé nada mas. Aquí se acaba el recuerdo de aquel terrible naufragio; todavia estoy viendo el terrible instante en que la popa aparecia sola por debajo de las olas, y en que el abismo tragando, si así se puede decir, su presa, la atraia por la proa en sus profundidades y la tenia un momento suspendida en aquella posicion vertical.

Yo que, tendido sobre el puente, mudo, sin esperanza, casi estúpido, observaba el fin de aquella escena con una resignacion desesperada, me encontré ensangrentado y desnudo sobre las rocas de la costa de Ueggesen, apenas tuve fuerza para arrastrarme hasta un grupo de chozas habitadas por mineros. Sin duda el sumidero, con la violencia misma de las contra-corrientes, habia rechazado algunos de los destrozos que debia tragar. Ví esparcidos en la arena un fragmento de tabla rota y un pedazo de cable.

No habia memoria, segun me dijeron los pescadores que me recojieron, de que el Maelstrom hubiese perdonado jamás una sola de sus victimas.





Estudios marítimos.

DE ALGUNOS ANIMALES APÓCRIFOS Y
FABULOSOS DEL MAR.

MUCHOS de los animales á que se da por patria el mar no tienen nombre. Hablarémos tan solo de algunos que la tradicion ha hecho célebres entre los marinos, ó cuya existencia ha sido supuesta por acontecimientos cuya causa se les atribuia, por falta de probabilidades mas racionales en que apoyar las conjeturas.

En los diarios modernos menudean relaciones de sucesos causados por el encuentro de grandes monstruos marinos. El diario de la Habana, en uno de sus números del año 1830, contenia la narracion de un

capitan que mencionaba el hallazgo de un animal de esta especie desconocida.

«Salidos de Matanzas el día 3 de enero, dice el capitan, hacíamos rumbo hácia nuestro destino, cuando á eso de mediodía divisamos, á cuatro millas de la costa que seguíamos, un objeto muy alto sobre la superficie de la mar. A primera vista, creyeron los marineros y pasajeros que era un buque que habia zozobrado; mas para cerciorarnos de la verdad, mandé yo gobernar de suerte que nos acercásemos á él, cuanto pudiésemos. Llegados á corta distancia de él,

pareció mudar de aspecto el objeto en que estaban fijos nuestros ojos, pues creímos que era una embarcacion grande que pedia socorro. Creyendo poder ser útil á algunos infelices, la atracamos á tiro de fusil, y entónces se aclararon nuestras dudas. Aquella apariencia de embarcacion nos presentó la quijada superior de un monstruo de espantosas dimensiones, que, elevándose quince ó veinte piés sobre el agua en posicion casi horizontal, estaba rodeado de una infinidad de peces de varias magnitudes que nadaban en todas direcciones, y ocupaban un espacio de cerca de una milla en derredor suyo. Acercándonos mas á aquel inmenso cetáceo, le vimos mover las quijadas, y se oyó un terrible estruendo, semejante al que resulta cuando se desploma una pared; dejóse ver pausadamente una aleta de color negro, de unos nueve piés de elevacion, colocada á unos sesenta piés de la boca, y no pudimos estimar la longitud total de aquel monstruo cuya cola no se manifestó sobre la superficie del mar. Si no por las reiteradas instancias de los pasajeros cuyo miedo era manifiesto, yo me hubiera arrimado á él, de suerte que hubiera podido dar pormenores mas terminantes acerca de este extraordinario encuentro.

« En el instante en que mudamos de rumbo, desapareció el monstruo hácia el noroeste, pero luego despues se manifestó al norte, á una grande distancia, y nos pareció que habia vuelto á tomar la posicion que tenia cuando lo vimos por la primera vez. Sus dimensiones son infinitamente mayores que las que podria ofrecer la mas colosal de todas las ballenas; y su conformacion, que en nada se parece á la de este último jénero de cetáceo, me induce á creer que debe de pertenecer á una especie de todo punto desconocida hasta el dia.

« Certificado verdadero y sincero en la Habana, el dia 5 de enero de 1830. Siguen las firmas de los pasajeros y marineros del *Neptuno*, con la del capitán José María Lopez.»

Se encuentran en Olao Magno y en la cosmografía algunas palabras acerca de un monstruo marino cuya descripcion presenta analogías bastante directas con el análisis que precede. Olao sobre todo habla de un enorme cetáceo que se sostenia casi perpendicular en el agua, y por consiguiente no enseñaba mas que la cabeza, de la que salia un tubo cuya agua, recién comprimida y arrojada en el aire, le formaba un ancho penacho. Temian mucho á este monstruo los antiguos navegantes, á quien por otro lado amedrentaba el ruido, y muchas veces le ahuyentaban con trompetas. A veces acometia á las embarcaciones, dándoles violentas sacudidas, y para desprenderse de él tiraban al mar viejos toneles sobre que se lanzaba alegremente el gigante marino, mientras que el buque se escapaba á fuerza de remos. En la marina americana, bajo el título de *cachalote blanco*, hay una tradición que nos trae á la memoria esta última circunstancia, porque por un medio semejante de tone-

les se llevó á cabo la aventura siguiente:

Los pescadores balleneros de Nantukett, que en toda estacion se hallan en las islas Maluinas, nunca dejaban de encontrar en los parajes en que acostumbraban todos los años ejercer la pesca, un enorme cachalote que, acosado á veces por los harponeros mas atrevidos, no habia parecido nunca estar dispuesto á prestar su grasa al hervidero de las espacijas calderas de á bordo. Una circunstancia muy notable habia sobresalido principalmente en el cetáceo para todos los navegantes, de suerte que era imposible que se engañasen acerca de la realidad de la presencia continua del mismo monstruo en las aguas de las Maluinas; esta circunstancia es que este cachalote, notable desde luego por sus proporciones irregulares, era sobre todo extraordinario por su color, que era del mas puro y lustroso blanco. Los mas de los cetáceos conocidos bajo el nombre de ballenas y de cachalotes tienen muchas veces debajo del vientre algunas grandes manchas lechosas, salpicadas irregularmente por el campo subido de la cubierta jeneral. Mas un cachalote enteramente blanco podia pasar con razon en la imaginacion de los pescadores por el fenómeno mas raro que tuviese el Océano; así es que habia, mayormente entre los marineros, una especie de supersticion medrosa que hacia la llegada del monstruo una circunstancia á sus ojos contrapuesta al éxito de su navegacion. Cuando se habia manifestado el grande cachalote blanco, por maravilla los remeros tenian brio para mover los remos de sus ágiles piraguas, y por otra parte es preciso convenir que mil accidentes habian demostrado que el lomo brillante del cetáceo, mezclado con las aguas azules de ciertos parajes, era una señal aciaga. Denodados pescadores se habian aventurado á veces á perseguirle; pero todos los esfuerzos de los remos y las disposiciones mas felices del mar, superficie llana, brisa favorable, nada habia salido bien á los desalentados marinos. En fin, bien que la presencia del gran cachalote en los mares del Sur llegase á épocas muy remotas, ni un solo harponero habia logrado clavar en su lomo el arma tan fatal á las ballenas y á los cachalotes vulgares. Creemos por demás añadir que los buques que llegaban del continente al teatro jeneral de la pesca no dejaban nunca de informarse con afan de todo cuanto podian tener que decirles sus predecesores acerca del fantástico animal. La narracion de las infinitas mañas para escapar á los pescadores, sus inesperadas apariciones, sus maldades para con las piraguas imprudentes de que un descuidado golpe de quilla le hacia justicia; la historia falsa ó verdadera, con adiciones y comentarios, la biografía florida y arriesgada del cetáceo formaban el ovillo de que salian todas las conversaciones de á bordo. Los marinos mas acreditados en la opinion de los balleneros eran los que habian sido osados á perseguir al enemigo jeneral, y el sumo blason se cifraba en haber tenido la piragua rota por haberlo tocado. Muchos años me-

diaron durante los cuales quedó todo perpetuamente en este estado.

En el año de 1828, una hermosa fragata americana, llamada *la Oceania*, volvía á entrar en Nantukett con un abundante cargamento de barbas y aceite de ballena. La tripulacion, como siempre, contaba las historias mas curiosas acerca de las nuevas crueldades del impune cachalote blanco. Dos piraguas armadas de los mejores marineros del pais acababan de ser victimas, en la última estacion, de su acalorada vocacion al exterminio del monstruo; pues algunos coletazos ó rabotadas llenas de desprecio habian roto con maña las embarcaciones y herido á los hombres que iban dentro. El capitán de *la Oceania* habia perdido uno de sus parientes en aquella formidable refriega. Una ira desvalida arrebatava toda la poblacion marítima de Nantukett.

El antiguo capitán tenia una hija primorosa, una de aquellas criollas americanas que son el conjunto de las beldades del norte y de las hijas caribes. La jóven era pues muy hermosa y tenia una dote muy considerable: pocos partidos habia en la ciudad que se le pudiesen proponer con ventaja. Pues bien; su padre, el viejo ballenero, prometió la mano de su hija y el mando de su hermosa fragata *la Oceania* al valiente pescador que por cualquier ardid que fuere matara al monstruo, y trajera al puerto la grasa productiva, vellocino del nuevo Jason.

No faltaron concurrentes, pues hubo competencia entre todos los buques que salian. Educada la jóven Americana en medio de las maravillosas relaciones de que el *gran cachalote blanco* ofrecia el tema inexhausto, habia en cierto modo enloquecido con su padre; pues el concepto de ser esposa del vencedor se le ofrecia á la imaginacion al través de nublosas visiones de gloria y de triunfo. Es imposible enumerar las jentes de toda clase y categoria que se armaron para el gran torneo, y cuántas impacientes expediciones se prepararon para ir á echar combatientes en la arena. Pasemos los espacios del tiempo y del lugar y vamos á las encumbradas aguas de las islas Maluinas.

Un sol esplendoroso hacia del mar una brillantísima balsa de luz; con la brisa apenas flameaba el velamen. Veinte naves inclinadas hacia diferentes rumbos estendian al aire inmóvil sus blancas velas, como alabastros ajigantados en el golfo; y atentas las atalayas de los puntos mas elevados de los palos, estaban contemplando el horizonte que un claro cielo estendia á sus ojos. Las piraguas estaban ya dispuestas y los remeros impacientes: un pabelloncito de colores muy vivos habia de tremolar en la popa de cada canoa, y el penacho de los combatientes debia señalar, á lo lejos, su derrota ó su victoria. Los harpones, las lanzas, las flechas cortantes, relucian al sol contraponiéndole centellantes relámpagos; todo estaba pronto para la formidable justa, y el monstruo por su parte no se hizo aguardar.

En el trance en que la impaciencia de los pescado-

res era sobre todo escesiva, se cuarteó de repente la superficie llana de la mar en medio de muchas embarcaciones. El voluminoso aliento del cetáceo lanzó en el aire abrigantado una inmensa mazorca de agua, semejante á un torrente de diamantes; apareció en seguida la blanca armadura del gigante de los mares, tersa como acero pulimentado. Su canto bélico, su alarido de combate fué un gruñido formidable, semejante al derrumbo de un moate; golpeó el agua con su ancha cola doblegada, y las olas revueltas, levantadas por él, se rompieron ribeteadas de una cenefa resplandeciente; en fin era este un espectáculo que asombraba la vista y que deslumbraba de mil maneras. Cuando se ofreció á los ojos de todos los combatientes esta aparicion, no se oyó mas que el alarido unánime de la escuadra ballenera, y partiendo las piraguas se dirigieron hacia el campo de batalla. Dibujáronse los variados matices de los patrones como penachos caballerescos, y el rey del mar agitaba como á reto la blanca espuma que emanaba de su tubo. Tan ardiente fué el pensamiento de la prenda preciosa que prometia la victoria, que el aparato hostil del monstruo no acobardó á los combatientes; por otra parte, era un guante echado al amor propio de muchos marineros, una leyenda tradicional de que faltaba hacer una copia en la que debia engastarse un nombre glorioso. Volaban las piraguas contorneando las blandas ondulaciones de la superficie, y parecian hojas remolinadas. Llevadas hacia un objeto desconocido como estas últimas cuyo color verde tenian, las pobres barcas devoraban la superficie, que se rayaba á impulsos de su leve desliz, sin tomar tiempo de mirar su forma caprichosamente reflejada en el inconstante espejo de las aguas. Los remeros encontraban fuerzas inexhaustas con la esperanza de la victoria, que fué inconstante á muchos.

Los primeros pescadores que asomaron sobre el monstruo marino no tuvieron tiempo de lanzarle sus macizos harpones. Mostrando apenas la cabeza y parte del cuerpo en la atormentada superficie de la mar, tenia sumergida la formidable cola, y solo la levantaba para hacer pedazos una piragua. Cubriase la arena de destrozos, y las armas y los hierros, esmeradamente afilados, en lugar de hundirse en la espesa cubierta del cetáceo, lanzados al acaso por el choque, clavaban de rebote sus cortantes filos en los miembros de los desgraciados marineros. Hubo tal mortandad, que ni una piragua ni un hombre solo escapó sin heridas. Unicamente una embarcacion mandada por un pescador que una inferioridad jerárquica de posicion habia, á pesar suyo, retenido en ciertos límites, fluctuaba aun en derredor de tantas ruinas y destrozos; alarmado por un instante acerca de la suerte que le prometian tales preludios, el pescador, acobardado, trataba de acudir á su embarcacion. Pero repentinamente una idea nueva viene á alentar su decaído valor: corre á bordo, y colocando un tonel viejo de grandes dimensiones en la proa de su piragua, tantea

el afán de los remeros, y confiando en su resolución, se dirigió hacia el cachalote, que, decidido quizás á quedar dueño del torneo, venía á su encuentro como para presentarle batalla. El ballenero observó todos sus movimientos y se afirmó en su esperanza.

Cuando juzgó cabal la distancia que separaba aun el cetáceo de la barca, se dió la orden de botar al agua el grueso tonel, y en el mismo momento desvió la piragua su camino. Precipitose el cachalote sobre la pipa, abriendo su larga quijada cuyas dentelladas parecían nuevas amenazas ó algún siniestro aviso. Ha-

bía allí miedo para mil valientes, mas nadie en la barca sintió sus efectos. Mientras que el animal, escitado por las escaramuzas precedentes, se limpiaba los dientes con el tonel abandonado á sus juegos ó á su cólera, el atrevido ballenero á quien un circuito había arriado á uno de los lados del monstruo, le arrojó su aguda lanza con una destreza y una pujanza portentosas, cerca de cierta cavidad que proteja y descubría alternativamente en sus movimientos la aleta del cachalote (1). El movimiento que hizo levantó enormes oleadas en la superficie del mar, y la casualidad mas



prodijiosa pudo solo salvar la piragua del contacto destructor de uno de sus movimientos. Aturdido su instinto con el padecimiento, el monstruo se entregó á los brinco mas fogosos; luego, como para desprenderse del dolor de aquella mortal herida, partió con ímpetu en una dirección cualquiera; aunque la costumbre, ó mejor, las reglas de la pesca de la ballena colocan una cuerda en todas las armas que se dirijen contra estos monstruos para que la piragua quede unida á sus corridas, esta vez se tuvo por muy arriesgada aquella disposicion. Así es que huyó el cachalote sin trabas, pero con la muerte en su ajigantada mole. Cuando vieron los marinos la espesa sangre que salía á borbotones del aliento de su adversario, sintieron un gozo indecible. Lo demás es fácil de adi-

vinar: la piragua ensangrentada se unió en triunfo á su buque: fuese á morir el cachalote en otras aguas, donde fué hallado y hecho trozos; el vencedor se volvió á Nantukett.

(1) Las ballenas y los cachalotes, en los costados mas cercanos á su aleta, tienen un pequeño espacio, cuya piel es arrugada, que abre paso hasta los pulmones del monstruo, al través de su armazón huesosa y sólida. Dirigido á esta parte, es mortal el golpe que recibe el cetáceo; entonces, en lugar de echar por los tubos el agua que encubren ciertas bolsas comprimidas en la quijada posterior, arroja arroyos de sangre que un derramamiento abundante abandonó á sus canales misteriosos. En cuanto chorree la sangre por los tubos, su muerte es cierta; y así toda la habilidad de los pescadores de ballenas consiste en saber acertar este paraje.

Todo el pueblo aguardaba en la playa el desembarque del pescador que acababa de alcanzar una victoria tan brillante. Empavesado su buque de brillantes gallardetes, anunció el triunfo con la esplosion de sus carronadas. *La Oceania* izó sus pabellones para recibir á su nuevo capitán; la jóven Americana cuyos admirables hechizos formaban la corona del vencedor, estaba esperando en la playa..... Por todas partes se oían mil gritos de alegría, mil clamores de entusiasmo, y un piélago de pueblo tendía sus oleadas curiosas hasta el punto en que iba á atracar la barca, que se acer-

caba cubierta de banderas flotantes.... Una banda militar tocaba entre la multitud sus marchas mas retumbantes..... La piragua se acercó, y adelantóse hacia la hermosa Americana que bajó de un espléndido palanquin para recibir al vencedor..... Aumentáronse los gritos, y el nombre del vencedor voló de boca en boca..... era un grueso negro.

Esto sucedió, como ya lo hemos dicho, en 1828; hoy día el nuevo capitán de *la Oceania* es riquísimo y tiene hermosos hijos mulatos.



HISTORIA CONTEMPORANEA.

Memorias y Observaciones

DE M. G. MORRIS,

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LOS ESTADOS-UNIDOS EN FRANCIA, EN TIEMPO DE LA REVOLUCION FRANCESA (1).

Nacimiento de Mr. Morris.—Parte que toma en la emancipacion de la América del Norte.—Sus vinculos con Washington.—Pasa á Francia en 1789.—Encuentra á Mr. de Lafayette.—Su conversacion con él.—Festin en casa de Madama de Beauharnais.—Tertulia en casa de Madama de Chastellux, con la marquesa de Montesson y la duquesa de Orleans.—Comida en casa del mariscal de Castries con Mr. Necker.—Fisonomia de este último.—Fisonomia de la sesion de abertura de los estados jenerales.—Charla en casa de un fondista de Versailles.—Velada en casa de Mr. Jefferson, ministro de los Estados-Unidos en Francia.—Tristes pronósticos de aquel estadista acerca de la revolucion francesa.—Tertulia en casa de Madama de Flahaut con Mr. de Tayllerand.—Travesuras de Mr. de Segur y de Mr. de Cubieres en Rincy.—Conversacion y desahogos de Mr. de Lafayette en casa de Madama de Tessé.—Sesion en los estados jenerales.—Conversacion con Madama de Stael.—Situacion apurada de Lafayette.—Carta de Mr. Morris á este último.—Comida en casa de Mr. de Tayllerand.—Entusiasmo de Madama de Stael con su padre.—Tibieza de Mr. Morris y de Mr. de Lafayette.—Nueva conversacion con este último.—Correspondencia de Mr. Morris con los estadistas americanos.—Carta de Washington sobre la revolucion francesa.—Beneficios de esta revolucion.—Partido del medio, bajo la constituyente, el mas pujante por su número, el mas endeble por su aletargamiento.—Profecia de una dictadura militar.—Mr. Morris proporciona asilo al conde de Estaing.—Mr. de Lafayette tiene que huir de Francia.—Proceso de Luis XVI.

¿HAY positivamente un partido republicano en Francia? «Forzoso es creer, dice Pascal, á unos testigos que se dejan degollar.» ¡Ahora bien! hemos visto, hace poco, unos hombres prorumpiendo en alaridos de ¡viva la república! que recibían la muerte voceando la misma cantilena; y sin embargo pongo en duda la sinceridad de un entusiasmo testimoniado con tan terribles comprobantes. Se ha aplicado la estadística á todo, pero, por desgracia, á nada suele cuadrar. Si yo tuviese proporcion, quisiera hacer el inventario del partido. Estoy mas que seguro de todo ya de antemano. ¡Cuántos suplicantes chasqueados no me saldrían al encuentro, empadronados entre los 52,000 individuos que pedían plazas de directores en la administracion de correos, ó entre los 11,000 que obedecían á las autoridades municipales de Paris, para inspeccionar sus mercados, mediante retribucion! Vería tambien en él muchos de los que venían á pedir á la Lejion de Honor coronas murales ó de sitios, por acciones brillantes que habían quedado á oscuras, y que no pudiendo alcanzar el que se les escribiese en el libro de oro de una órden de caballería, se hacen niveladores, con la esperanza sin duda de alzarse mas tarde sobre sus escombros. Se encontrarían tambien entre ellos algunos jóvenes cuya cabeza se enardece leyendo historias que no comprenden, é indoles inje-

nuas y limitadas profesando de buena fe una política rectilínea, sin ver que no se pueden tirar líneas rectas sobre superficies desiguales, porque los altos y bajos del terreno las han de estar torciendo y quebrantando á cada paso. Mas en nuestra estadística, sería mucho menor el número de los necios.

He aquí la obra de un hombre grave que, con Washington, Franklin, Jefferson, había contribuido á fundar en la América del Norte, felices repúblicas, cuya anticipada madurez anunciaba ya en su tiempo allá un porvenir grandiosísimo. Presenciando en Francia cuántos conatos se estaban estremando para plantear allí un régimen análogo, iba anotando en un diario, hecho para sí, todas aquellas tentativas cuyo carácter violento y convulsivo extrañaba su razon sossegada y austera; y reparaba su aborto con una sensatez exquisita que tenía visos de adivinacion. Se hace curiosísimo igualmente el referir sus relaciones con caudillos de partido, arrastrados á remolque por aquellos mismos que ellos creían conducir, y no logrando aquel aparente predominio sino á costa

(1) Hemos extractado estos fragmentos de las *Memorias de Morris*, publicadas en Nueva-York, 3 vol. en 4º. No dudamos que se leerán con interés.

derastreras y perpetuas condescendencias. Ciertamente es imposible envidiar la popularidad, cuando se ve á qué precio hay que comprarla.

Acosado de continuo por tantos trances violentos que se estaban agolpando á su presencia, por tantos pronósticos aciagos, seguidos luego de realidades espantosas, Mr. Morris no ha hecho tal vez justicia á los beneficios de aquella revolucion, cuyo parto fué la Asamblea Constituyente. Si esta Asamblea, estraña taracea de inesperienza y de sabiduría, ha revuelto el mal con el bien que ha hecho, este daño ha sido siempre involuntario, al paso que causaba beneficios á sabiendas, y á impulsos de sentimientos gallardos y acalorados, recién heredados del grandioso siglo que estaba encargada de cerrar. Antes de dar á conocer la obra por medio de citas cuya estension se amenizaria con el interés, acabaremos de retratar al autor.

Gobernador Morris, hijo de Luis Morris, gobernador de Nueva-Jersey, nació en una de las tierras de su padre, llamada Morrisania, el 31 de enero de 1752. Entregóse desde su mocedad al estudio de las leyes, sobresalió con su afluencia y su tino, y entró luego en la carrera de los empleos. Cuando la torpeza del gobierno inglés, tildada en vano por la voz elocuente de Chatam, acarreó la separacion de las colonias y su emancipacion, Morris, á la sazón muy mozo, fué honrado con la confianza de sus compatriotas, y se sentó entre los individuos del primer congreso provincial de Nueva-York, en 1775. Perteneció sucesivamente al congreso, á la convencion, á la junta de seguridad, y en fin al congreso federal; acreditó absolutamente en todo su comedimiento y su entereza. ¡Cuántas y cuántas veces su briosa elocuencia aclaró cuestiones arduas! y ¡cuántos documentos, que sirvieron de base á la constitucion americana, salieron de su pluma!

Washington vivió con él en la mas estrecha amistad, sin que turbase jamás su constante intimidad la mas leve desavenencia. Él fué quien redactó las instrucciones dadas á Franklin, cuando partió para Francia. Nombrado primer secretario de estado, se dedicó especialmente á la hacienda. Cuando quedó reconocida la independencia americana y se arreglaron los asuntos personales de Morris, pasó á Europa, donde permaneció cerca de diez años.

El periódico trabajado por Mr. Morris, durante su permanencia en Francia, desde el año 1789 hasta el de 1793, es un documento en extremo curioso. Como republicano, había tomado parte en la revolucion de América. Él fué quien en el congreso, senado patriarcal, compuesto de tantos hombres concienzudos y sabios, contribuyó, sobre todo, á enquistar sólidamente el edificio económico-político de la Union. Amigo de Franklin, de Washington, de Lafayette y de Jefferson, no cabían contra él sospechas de parcialidad á favor de las clases aristocráticas. Apetecía las costumbres sencillas, y confiesa injenuamente su turbacion y su tortada en medio de las tertulias de

Francia y de Inglaterra, cuyo gracejo acicalado, tono fútil y conversacion chispeante le deslumbraban sin agraderle. Al leer las hojas sueltas de su diario, se está viendo aquella índole circunspecta y sosegada, candorosa y reflexiva que hermana siempre el número con la sensatez, y la libertad con el orden. Mr. Morris era absolutamente americano; dotado de escasa imaginacion, de poca chispa y agudeza; mas un excelente asiento y una tolerancia filosófica dan mucho peso á sus opiniones. Hemos recorrido con sumo interés las observaciones de este republicano de los Estados- Unidos sobre la revolucion francesa y sobre la situacion de Europa en aquella época. Morris acababa de ver cumplirse un glorioso acontecimiento que él mismo había auxiliado, y que daba la libertad al continente de la América del Norte. Sabia por experiencia los manantiales de donde sacan los pueblos su independencia, la riqueza y la enerjía nacional; no ignoraba ninguno de los móviles que habían coronado con éxito inmortal la revolucion de Washington. Él mismo había tomado parte en aquellas decisiones sosegadas y largo tiempo premeditadas, cuyo resultado había sido la fundacion de una libertad duradera y pacífica. En vez de atropellar sus movimientos y de emplear en su obra fundadora aquella violencia que solo conduce á los trastornos, los legisladores americanos habían procedido pausada y trabajosamente con una cautela que se hubiera podido tildar de medrosa, y un comedimiento que muchos apodaban de flaqueza.

Apenas hubo llegado á Francia, le dionó ya el ímpetu de las opiniones, el destemple de los ánimos y la liviandad de los ingenios. No le cupo en la cabeza que cuadrara un gobierno democrático para nacion tan amante de distintivos, tan arrebatada en sus impulsos, tan atolondrada en sus acuerdos, tan contrapuesta á las costumbres de la sencillez patriarcal, al aguante reflexivo, tan brillante en su sociabilidad, mas tan ardiente al mismo tiempo y vanidosa. Apenas desembarca en Havre, ya apunta en su diario las observaciones siguientes:

«Hay aquí un caballero que acaban de presentarme y que me acosa con sus cumplimientos: se han empeñado en probarme que es muy amable. Él mismo lo afirma y me habla sin cesar de sus haberes, de su crédito, de su pundonor y de sus habilidades. «Es una lástima, me dijo, que no sea yo monarca ó al menos ministro; gobernaría la Francia como debe ser gobernada; hará bien pronto treinta años que el ministerio se va estrellando de locura en locura, y el último de sus devaneos es, sin duda, el auxilio franqueado por Mr. de Vergennes á los Estados- Unidos de América.»

Morris, que venia de un pais donde cada ciudadano acudia á sus negocios, y no tomaba parte en el gobierno sino en los términos prescritos por la ley, se admiraba con razon de aquella político-manía que se había apoderado entónces de los Franceses. El letrado

dillo mas idiota traia una constitucion en la faltriquera. El mas chapucero autorcillo de novelas habia formado su jauja. Solo se pensaba en hacer leyes sobre el papel é instituciones para leerlas á las damas. Nadie se libertaba de este contajo. Morris estaba viendo bajo un concepto ridiculo todo aquel hervidero de palabras y de pensamientos; sabia por experiencia que no se necesitan, para fundar una república, palabras campanudas, sino sabias y cuerdas acciones.

«Mr. de Lafayette, dice en su diario, está todo macizo de política; se equivoca sobre la índole de su país, y es demasiado republicano para la Francia. Me ha recibido con un entrañable agasajo que merecerá mi eterno agradecimiento. No caben ratos mas agradables que cuantos he disfrutado con aquella encantadora familia. Pero por grande que sea el afecto que le profeso, no puedo avenirme con sus teorías políticas, las cuales me parece no se hermanan con la índole y costumbres de la Francia; yo las repruebo, como reprobria el que se quisiese aplicar el sistema monárquico á las colonias americanas, labradas, tiempo hace, para su existencia actual por mil circunstancias históricas y locales. Mr. de Lafayette me ha mostrado la *declaracion de los derechos del Hombre*, que ha leído en la Asamblea Nacional. Le he dado mi parecer con desahogo; he propuesto muchas enmiendas, y le he aconsejado que se valiese de voces mas sencillas y mas graves. Yo conceptúo ese ímpetu y esa exajeracion declamatoria y metafísica como enteramente contrapuestos á la verdadera libertad.—¿Creeis, le dije, que se afianza la felicidad de los pueblos con palabras campanudas?»

Vamos á copiar tal cual paso de aquel diario que contiene las particularidades mas nimias de la vida de Morris. No hay que andar á caza de la elegancia en aquellas notas farfulladas sobre un cuaderno de apuntes, sino de hechos y recuerdos curiosos, á los cuales la situacion de la Francia en aquella temporada, y la situacion especial del viajero inglés, dan, á nuestro modo de ver, un interés sumo.

1.º de marzo de 1783. — «El temple de los ingenios en Francia carece de pujanza varonil. ¿Cómo pues podría plantearse una república en semejante país? Hoy he comido en casa de Madama de la Suze. Se ha jugado alto. Mr. de B., que, segun parece, no tenia nada mas que hacer, me ha pedido algunas reseñas sobre el estado actual de la Union. Yo se las he dado, mas él no me escuchaba. «En caso de invasion, me dijo, teneis necesidad de ejércitos y armadas. — Arduo sería, le respondí, arrollar á un pueblo donde cada individuo se cree al igual de los reyes. — Eso está muy bien, mas en todo país debe haber diferencia de clases; y ¿qué me responderá uno de vuestros individuos reyes, cuando le diga: *Vos, señor, que sois igual á los reyes, hacedme un par de zapatos?* — Os responderá: *Señor, yo me tengo por dichoso en trabajar para vos. Mi instituto es hacer zapatos, y mi instituto me es*

muy grato. ¿Cumple el suyo vuestro rey?» Mr. de B. no me comprendió. Los Franceses están demasiado distantes de la naturaleza para que no les parezca bárbaro este lenguaje.

3 de marzo. — «La condesa de Beauharnais me ha hecho el obsequio de convidarme á comer. Es, segun dicen, una mujer muy discreta, y que no recibe en su tertulia mas que poetas y autores. Cuando llegué, habia en la antecámara un monton de ropa sucia; no habia fuego en la chimenea, á pesar del frio, y dos criados, varon y hembra, jugaban á los naipes sobre una mesa. Al verme, quitaron la ropa, colocaron dos ó tres palos en el lecho de ceniza, y el humo que despedian me demostró que habian encendido fuego. Abrieron la ventana para dejar salir el humo, y tuve el placer de encontrarme entre dos inconvenientes, el humo que me ahogaba, y el frio que me helaba. El resto de la tarde ha sido digno de este exordio. Sin hablar de la comida, en que abundaban la manteca rancia, los planes de política, las palabras acicaladas, los epigramas estruendosos, el ruido de todos aquellos atletas deseosos de vencer á su competidor, impacientes de soltar á tiempo una agudeza, y embargados en sobresalir sin escuchar á sus interlocutores, me empalagaron de tal modo que me escurri luego que pude, bien resuelto á no caer mas en semejante lazo.

25 de marzo. — «Fuí á casa de Madama de Chastellux. Vinieron, á poco rato de mi llegada, Madama de Segur, Mr. de Puisieux y la duquesa de Orleans. Esta última es afable y hermosa. En seguida ha llegado la viuda del último duque de Orleans, Madama de Montesson, y ha besado á su hija política en las mejillas. Este modo de saludar me ha parecido muy extraño; por otra parte sé que la viuda del último duque y la duquesa actual no se quieren bien. Solté en medio de la conversacion algunas reflexiones sobre esta urbanidad exterior y aparente; reflexiones llanas y severas que gustaron mucho á la princesa. La sencilla razon es una novedad halagüeña para estas almas desgastadas y cultas hasta el sumo acicalamiento.

27 de marzo. — «El mariscal de Castries ha venido á buscarme, y hemos ido á comer en casa de Mr. y Madama Necker. Madama Necker es una mujer varonil. Necker tiene la traza de un comerciante, y el terciopelo bordado de que va vestido acaba de confirmar su talante de contador. Un señorío estudiado que acompaña todas sus acciones, parece que está diciendole: *¡Ved! ¡yo soy un grande hombre!* Me admiraria mucho de que esto fuese cierto. Mr. Necker es un hombre laborioso, y nada mas.»

Sentimos no poder continuar aquí varios pasos chistosos. Mr. Morris se queja de la violencia que le causan las costumbres francesas, se lamenta de su ignorancia acerca de los usos del llamado gran mundo en medio del cual vivia, y que son para él un objeto de humillacion y de pesadumbre. Va á ver los cuadros del Louvre, y muestra su extrañeza cuando tiene que atravesar un patio lleno de lodo para llega

hasta el santuario donde estaban depositadas las obras maestras del arte. Entre tanto los acontecimientos se atropellan; el abismo abierto entre la corte y el pueblo se ahonda mas y mas por cada dia. Morris ve aquel estado de los negocios que le deja despavorido.

20 de abril. — «Ni el rey ni la nacion pueden retroceder. Los estados jenerales que están para reunirse, van, si quieren, á derribar el trono, derrocar la monarquía y hacer del rey lo que les apetezca. La corte es muy endeble y su depravacion inaudita. Todo está anunciando lastimosas catástrofes.

4 de mayo. — «A las seis de la mañana he salido para Versalles. Mr. Lenormand y Mr. Lacaze me han encontrado y escoltado. Madame de Flahaut ha tenido á bien ofrecerme un sitio en su balcon para ver desfilar la comitiva. La procesion era magnífica. El rey y la reina, con la fisonomía bañada de tristeza, iban á pié por las calles adornadas de brillantes colgaduras. Todo el mundo grita *viva el rey!* mas no se levanta ninguna voz de *viva la reina!* Esta se muerde sus labios austríacos, deja caer con desprecio su mirada sobre la escena donde tiene que desempeñar su papel, y parece que está diciendo: *Hoy me conformo, mas ya me llegará la vez.* El duque de Orleans, en vez de colocarse entre los príncipes de la sangre, se habia harajado entre los representantes del estado-llano; el rey ha manifestado llevar á mal esta novedad. Se dice que está entrañablemente apesadumbrado de que la reina no haya sido acogida ni siquiera con un asomo de agasajo. ¡Cuitada reina! yo no veo en ella mas que la mujer, y la compadezco. Es indigno de hombres que se aprecian en algo hacer tamaño desaire á una mujer. Sin embargo el odio contra ella es, no sé porqué, casi jeneral. Se achaca á Madame Adelaide, tia del rey, una respuesta que no será suya, pero cuyo eco acredita el encono asestado contra Maria-Antonieta. — *¡Esos indignos Franceses!* exclamaba la reina. — *Decid indignados, señora,* le contestó Madame Adelaide.

5 de mayo. — *Apertura de los Estados-jenerales.* — «La duquesa de Orleans me ha remitido un billete para esta ceremonia: á las ocho me encontraba en el salon. Permanecí allí hasta el medio dia en una situacion muy violenta. Van entrando las diferentes baillas. Mr. Necker logra, al entrar, repetidos aplausos. El duque de Orleans y un obispo cuyo nombre se me ha olvidado, reciben el mismo obsequio. Se palmoteó tambien á un anciano miembro del estado-llano que se ha presentado con su vestido de arrendador. Silban á Mirabeau, pero los silbidos son apocados. El rey entra, se sienta y se cubre; la reina se sienta cerca de él á su izquierda, dos gradas mas abajo. Detrás del rey, á la derecha, se colocan los príncipes de la familia; á la derecha y á la izquierda, las princesas y su acompañamiento. Mas lejos, detrás del trono, se ve un destacamento de guardias ó heraldos de armas, vestidos de caballeros: delante el guarda-sellos y diferentes oficiales de la corte lujosamente vestidos: de-

lante del trono, á la derecha, debajo de la plataforma destinada para la corte, están los ministros de estado con una larga mesa delante: mas lejos los ministros, los representantes del clero, sacerdotes de todos colores, escarlata, pardo, encarnado, negro y morado. Delante de estos últimos se ve á los representantes de la nobleza vestidos de negro y chupas de tela de oro. Seguian por fin los representantes del estado-llano ó del pueblo, vestidos de negro, y separados de las otras dos clases por los heraldos de armas, con la maza en la mano, cubiertos de oro y plata y de brillantes bordados. Este espectáculo era solemne; pero lo hacia mas grandioso todavia el afan que asomaba á los rostros de todos los concurrentes.

«El rey fué muy vitoreado á su entrada. Cubrióse; su sombrero redondo, adornado de plumas blancas, con un diamante en el centro, es de forma elegante en su estraneza. Interrumpido por los aplausos durante su discurso, logró la satisfaccion de oír renovarse estos testimonios de entusiasmo cuando hubo terminado. Quitóse en seguida el sombrero para cubrirse de nuevo, y toda la nobleza le imitó. Hermosísimo y pintoresco aparecia el cuadro de aquellas mil plumas meciéndose con majestad. Algunos miembros del estado-llano se cubrieron tambien; el rey volvió á quitarse el sombrero, y la reina se inclinó hácia él como para reprenderle por este acto; en un momento quedaron descubiertas todas las cabezas. No sé si la constitucion prescribe esta maniobra de sombreros; pero me ha parecido que las tres subdivisiones de la asamblea le daban una importancia pueril, y que la evolucion no era ni arreglada ni completa.

«Nadie ha oido el discurso del guarda-sellos, que ha sucedido al del rey. Era aquello un murmullo sordo, confuso, revuelto, pronunciado con pesadez. No me entrometo á juzgarlo, pues no sé ni una palabra de lo que contiene. En seguida se levanta Mr. Necker; quiere hacer el orador, mas no puede. Su decir es monótono, sus ademanes recargados, su acento provincial. El desentono campanudo de su declamacion disuena al oido y lastima al gusto. Mas es de moda, y esto basta para que le encarezcan con desvario. Se enardece y cree aumentar su elocuencia aumentando la pesada vehemencia de su lenguaje. Un secretario lee el final del discurso de Mr. Necker, y lo lee un poco menos mal; lo que no es sumo elogio. Aquel discurso, en extremo largo, difuso, limado, engreido y palaciego, encerraba sin embargo útiles documentos; mas era imposible escucharlo sin fatiga. ¿De esta suerte el primer ministro de una gran nacion tiene que darle cuenta de lo que tanto le interesa? ¿Por ventura no convienen mejor á este jénero de elocuencia las palabras mas sencillas, las frases mas graves, las locuciones menos estudiadas?

«Una andanada de aplausos corona el discurso de Mr. Necker; aplausos dados por su partido. El rey se levanta en seguida, y resuena la sala con dilatados clamores de *viva el rey!* La reina se levanta hasta

entonces no se la había hecho la mas leve muestra de agasajo. Yo la había visto llorar, y creo que si hubiese sido francés, hubiera levantado la voz para consolarla en su angustia. En el momento en que ha salido del salon, una voz débil ha gritado: ¡viva la reina! y ella ha hecho la reverencia con las lágrimas en los ojos. Una segunda aclamacion, mas recia y dilatada, pareció recompensar esta humillacion de su grandeza. Ha contestado á esta segunda aclamacion con una segunda reverencia mas profunda aun, seguida de una salva de aplausos. Mas ¿á quién aplaudian? ¿á la mujer ó á la reina? No; saludaban con sus vivas la humillacion del orgullo austriaco. El pueblo estraña y celebra su propio triunfo.

«Aquí cae el telon. Aquí termina el primer acto de este gran drama. Yo he visto la última agonía de la monarquía moribunda. Solo el rey parece que no se hace cargo de su situacion.

«Yo estaba cansado y tenía hambre. Mis caballos no estaban uncidos, y en vez de volver á Paris, comí en casa de un fondista de Versalles con muchos miembros del estado-llano. Nuestra conversacion versó sobre el modo de votar. Procuré hacerles comprender que, para formar la constitucion, era muy del caso votar primero por *cabeza*, y despues por *estamento*. Dos ó tres personas, mas sosegadas que las demás, me atienden un poquillo, y dan por acertada mi opinion. Pero los demás gritan, alborotan, declaman, se enconan contra la tiranía de la nobleza, y embisten tan disparadamente á los parciales de la opinion atinada, que nadie, escepto yo, se atreve ya á sostenerla. Un noble, entre otros, empieza á lanzar tan tremendas descargas contra el estamento á que pertenece, que quedo persuadido de que su intento es hacerse comprar tarde ó temprano por la corte. En fin, fatigado de la gritería de esos señores, me despido de ellos, pidiendo al cielo que puedan entenderse y arreglar los negocios del estado.

5 de junio.—«He pasado la velada en casa de Jefferson (1), el cual es de parecer que los estados-jenerales nada harán bueno ni provechoso, y que su resultado será un gobierno de democracia pura. He visto en su casa á muchos literatos. Estos señores, escandalizados de las nulidades y abusos de que está plagada en el día la forma monárquica del gobierno francés, creen que cuanto mas se desvien de esta planta, mas se acercarán á la perfección. De ahí nacen sus declamaciones y sus desaciertos. Sueñan teóricamente allá en su estudio hombres perfectos, hombres tales cuales no los he visto jamás, tales como la Francia, anti-republicana por esencia, no los producirá jamás. Estoy persuadido de que en último resultado será necesario retroceder á la monarquía moderada y constitucional, por mas conatos que se estremen para huir de esta forma de gobierno.»

A la verdad, no campea lo brillante en estas notas,

(1) Ministro entonces de los Estados-Unidos en Francia.

pero las acompaña un tino invariable. Morris no mira á la república ó á la monarquía como los únicos gobiernos posibles; sino que quiere que todo gobierno se encuentre en relacion con la índole y los antecedentes del pueblo á que se aplica.

5 de junio.—«He permanecido en casa de Mr. Houdon, escultor, para la estatua del jeneral Washington. Este humilde empleo de muñeco es un oficio penoso. San Pablo dice: «Sed sencillos y atemperaos á lo que exijan de vosotros los diferentes jenios»; y yo sigo el consejo del apóstol al pié de la letra.

7 de junio.—«Ayer encontré á Mr. de Tayllerand, obispo de Autua, en casa de Madama de Flahaut; su fisonomía me ha parecido la de un ladino, de un travieso y un despegado. Esta mañana, he ido á Rincy, y á la una hemos pasado á oír misa en la capilla. Nuestra tribuna está llena de jente: un obispo, un abate, la princesa, sus damas de honor, algunos amigos y yo componen esta sociedad cuya traza es muy campechana. Mr. de Segur y Mr. Cubieres se han divertido metiendo en el bolsillo del obispo una vela cuya mecha salia fuera de él, y encendiéndola en seguida sin que el obispo lo reparase. Los mirones reían á carcajadas, y la duquesa se esmeraba en mantenerse grave. ¡Qué ejemplo para los criados, sentados delante de nosotros, y para los paisanos agolpados en la parte inferior de la capilla! Terminada esta ceremonia solemne y religiosa, nos paseamos en barquilla con un sol abrasador, y nos volvimos á las seis para comer. Se reunen debajo de nuestras ventanas un número considerable de campesinos; sin duda se forman allá subido concepto de la sociedad que encubren á sus ojos los muros de ese castillo. ¡Ay! ¡y cómo cesaria su admiracion, si supiesen cuán menguados son esos señores! ¡cuán trivial es su conversacion, y cuán poco acreedores á los acatamientos que están anhelando!

12 de junio.—«Mr. Jefferson, que llega de Versalles, conceptúa la situacion de la Francia mas y mas arriesgada. Soy de su dictámen; pero estoy muy distante de pensar, como él, que la abolicion de las distinciones sociales haya de redundar en provecho de la Francia. La naturaleza humana me parece que repugna á esa soñada igualdad. En cuanto á este pais, basta un tanto de sensatez para hacerse cargo de que esta igualdad le cuadra menos que á cualquier otra nacion, y para prever sus azarasas consecuencias.

23 de junio.—«Me encuentro sentado en la mesa de Madama Tessé, al lado de Mr. de Lafayette.

—«Vos dañais, me dijo, á la causa patriótica, y se os cita como enemigo de las reformas que van á realizarse.

—No, le respondí. Yo soy amante de la libertad, y no puedo ver sin quebranto el aborto de una demagogia que arruinará la libertad de la Francia. Correis á vuestra perdicion, y me creeria feliz, si pudiese deteneros en esa aciaga carrera. Los elementos políticos de que consta la nacion se contraponen á vuestros intentos, y el peor mal que puede veniros

es la realizacion de vuestros propios anhelos.

—Nuestro partido es insensato, ya lo sé, repuso él; yo lo digo á todos mis amigos, pero estoy decidido á morir con ellos, venga lo que viniere.

—Hariais mejor en ajuiciarlos, y no esponer su vida ni la vuestra.

—Teneis razon. Yo abandonaré mi puesto.

—Apruebo semejante resolucion; porque las instrucciones que habeis recibido están batallando con vuestra conciencia.

«Al terminar esta estraña conversacion, he dicho á Mr. de Lafayette que la libertad del pueblo francés se cifraba, á mi entender, en su comedimiento y en su cordura; mas que la violencia, el desaforamiento y la saña acarrearán tarde ó temprano el vuelco de la libertad.

4 de julio.—«Comida en casa de Mr. Jefferson, donde hablo con Mr. de Lafayette, quien prevee el cercano estermínio de la nobleza.

«Reservad, le dije, una porcion de autoridad constitucional á vuestra aristocracia, pues es el único medio de escudar la libertad del estado-llano. Creo además que ha sonado ya la hora de la aristocracia; no todos ven aun los desastres que acarreará su ruina; pero alcanzo con toda certeza su evidencía.

12 de julio.—«Comida en casa del mariscal de Castries.

—«El rey, le dije, está en el mas inminente peligro.

—Pero tiene un ejército.

—Su ejército no hará armas contra el pueblo. Soltó la espada de su mano, sin reparar la falta que le haría. Hoy es ya demasiado tarde. Toda la soberanía está en poder de la Asamblea nacional; el rey no reina ya.

«El mariscal no ha contestado sino vagamente, y me ha parecido muy acongojado.»

Han sido demasiadas veces descritos los trances violentos y los sangrientos ensayos que anunciaron la revolucion y profetizaron las mortandades jurídicas de 1793, para que continuemos aquí los pasos del diario de Morris, en que se da cuenta á sí mismo del terrible drama que estaba presenciando. Su perspicacia se abalanza á cualquier acontecimiento de este gran cuadro; la frivolidad de la nobleza; la inmoralidad del pueblo; la ambicion de los capataces de pandillas; la inconstancia desaforada de los habitantes de Paris; la ceguedad de la corte; la maldad del populacho de las grandes ciudades, *cuyo azote, ¡á Dios gracias! no conoce ni alimenta la América*; el desollado acaloramiento de los unos, el azaroso y sistemático frenesi de los otros, todo le prueba que la Francia ha errado el blanco traspasando sus límites, y que este rápido y vehemente vuelo hácia la libertad tendrá por resultado una tiranía mas agria que la del gobierno fundado por Richelieu, y consolidado en seguida por Luis XIV.

20 de julio.—«Voy á la Casa de la Ciudad, donde

encuentro á Mr. de Lafayette; tiene muchísimas ocupaciones, de modo que apenas le basta su actividad para desempeñarlas. Le pregunto si ha tratado de algunas disposiciones imprescindibles para restablecer el orden, y si haria bien en pedir al rey el gobierno de la Isla de Francia.

«El de Paris me bastaria, respondió. Estoy cansado de la potestad, y tengo mas de la que necesito. He poseido el mando absoluto de cien mil hombres. He conducido al rey atravesando las calles de la capital, pautando el grado de aplausos que debia recibir, y dueño de su libertad. No deseo mas que el arrinconamiento y la vida privada.» Todos los hombres engolfados en la carrera política me han dicho lo mismo. Todos se engañaban, como lo ha demostrado la esperiencia.

22 de julio.—«Estaba esperando mi coche bajo los arcos del Palacio Real, cuando ha entrado en ellos el populacho, llevando la cabeza de Mr. de Foulon clavada en una pica, y arrastrando su cadáver desuartizado. Esta marcha triunfal ha recorrido en seguida todas las calles de Paris. Mr. Bertier, su yerno, intendente de Paris, ha sido destrozado, despues de haberle precisado á mirar el tronco y la cabeza ensangrentada de aquel anciano. ¡Dios mio! ¡qué pueblo!

17 de setiembre.—«Como en casa de Mr. Jefferson con Lafayette. Este nos dice que mañana debe marchar una porcion de sus tropas sobre Versailles, é imponer la ley á los estados-jenerales. ¡He aquí una hermosa situacion; una asamblea deliberante asombrosamente libre, y un comandante bien obedecido! Que los estados-jenerales se quejen á sí mismos de su situacion. ¿«Os obedecen vuestras tropas?» pregunté á Lafayette.

—Mis soldados se niegan á montar la guardia cuando llueve... Sin embargo no dudo que me obedecerán cuando los conduzca á la pelea.

—Permitid con todo que lo dude; en cuanto á vos, no tardaréis en experimentar su cariño.»

26 de setiembre.—«He asistido á una sesion de la Asamblea nacional. Se depositan sobre la mesa del presidente algunos dones gratuitos, ofrendas del patriotismo, que no son á mis ojos sino frívolos sacrificios hechos á la vanagloria. Se vocea, se alterca, se pierde mucho tiempo en niñerías, y lo que pudiera hacerse en un minuto no se termina en dos horas. La relacion del ministro de hacienda prueba que no entiende nada en estas materias, y para en confiar en el patriotismo de los ciudadanos, ¡como, si en materias de hacienda, debiese entrar en cuenta el patriotismo! En jeneral, los debates del parlamento francés son tan nulos y ruidosos, que su pueril y ridícula violencia no merece el título de *debate parlamentario*; pues se reducen á contiendas sobre fruslerías que no merecen ventilarse.

—«He comido en casa de la condesa de Tessé, con madama de Stael. Mr. Tessé ha dicho á esta última

que yo era un *hombre de talento*, y Madama de Stael se ha dignado conversar conmigo. Allá van algunas razones de esta curiosa conversacion:

—¿Habeis escrito una obra sobre la constitucion americana?

—No, señora, mas he cumplido con mi instituto, asistiendo á la formacion de aquella obra.

—Pero vuestra conversacion debe de ser, señor, muy interesante, porque os oigo citar por todas partes.

—¡Ah! señora, es un favor que me hacen y que no merezco.

—¿De qué modo perdisteis la pierna?

—Por desgracia; nunca he servido en los ejércitos americanos.

—Pero, teneis traza aseñorada.

«Respondí á tan estrañas palabras con un *sí, señora*, que la hizo reir mucho.

—Mr. de Chastellux me ha hablado muchas veces de vos.

«Diciendo estas palabras, recibió un paquete de cartas, entre las cuales habia una de Narbonne, su íntimo amigo. La leyó, y se engolfó de nuevo en una conversacion con Madama de Tessé, tan descomedidamente que se trascordaron á ratos las reglas de urbanidad.

5 de octubre.—«Lafayette acaba de marchar, á pesar mio, celado por sus propias tropas que le acechan con desconfianza y le amenazan. ¡Terrible situacion! Es necesario que haga lo que le repugna, ó que padezca una muerte vergonzosa que no remediará nada. Los mas insensatos oradores, los mas desenfrenados folletistas gobiernan á este pueblo, que se cree el único sabio, el único discreto, el único civilizado, el único digno de ser libre, y ¡que se compara modestamente á los Atenienses!

8 de octubre.—«He encontrado á Mr. de Lafayette rodeado de jente. Mr. de Lafayette, Madama de Stael y Mr. de S., su amigo comun, estaban reunidos en junta diminuta en el estrado. Cuanto aquí se proyecta es raquítico.

«Tengo en seguida una larga conversacion con Mr. de Lafayette. Le hago cargo de que, en el estado actual de la Francia, es imprescindible hermanar los ingenios amantes de la libertad: sin talento no se logrará nunca reconstituir una potestad, y sin principios liberales no se restablecerá el poderío sino para estragarlo. Mr. de Lafayette no puede obrar de consuno como soldado y como ministro; no puede reunir en sí todas las potestades y constituirse ministro de todos los ramos. Necesita cooperantes que le merezcan confianza. Mas como me objeta la poca moralidad de sus contemporaneos, yo le ruego que tenga en consideracion que un ministerio no sigue precisamente la regla de San Francisco ó de San Benito, y que nadie aspira á volar al cielo desde la poltrona del ministerio; que la ambicion ó la codicia suelen ser la vocacion de los hombres políticos, y que el medio mas

eficaz para que sean virtuosos, es hermanar su interés con su probidad. Mr. de Lafayette me contesta que nombrará á Mr. de Malesherbes por guardasellos.

«¿Lo aceptará?

—Sí, si Mr. de Lafayette le brinda con este empleo.

«A esto nada tengo que replicar, y callo mi mejor razon, cual es, que Mr. de Malesherbes, hombre por otra parte instruidísimo, no está ducho en los negocios ni en la politica activa. Mr. de Lafayette propone á Mr. de La Rochefoucauld para ministro de Paris, mas yo le hago cargo que Mr. de La Rochefoucauld no alcanza al desempeño cabal del intento.

—Le pondré un primer secretario que suplirá sus escaseces.

—¿Y un primer secretario irá al consejo á tomar la voz y ventilar los puntos que se rodeen?

Mr. Morris estaba ajeno de concordar en opiniones politicas con su amigo Mr. de Lafayette, como lo prueban los pasos antecedentes de su *Diario*. El 16 de octubre de 1789, le escribió la carta siguiente, de la cual nos contentamos en citar los primeros párrafos.

«Mi querido amigo,

«En nuestras últimas conversaciones me he tomado el desahogo de comunicaros mi modo de ver sobre los negocios públicos. Sé que es una presuncion y una locura verter opiniones con visos de advertencias; mas lo que me atajaria la cordura, me lo franquea mi amistad y mis deseos de que sea dichosa la Francia. No creais sin embargo que retracte de antemano el contenido de esa carta. Deseo que la mediteis al presente y que os acordeis de ella mas tarde. Los acontecimientos, desenvolviéndose tan rápidamente como estoy previendo, os acreditarán en último resultado el juicio que aventuro al presente.

«Mi convencimiento se reduce á que la constitucion propuesta no puede cuadrar á este pais. La Asamblea nacional, que era hace poco el objeto de tan fogoso entusiasmo, en breve quedará menospreciada. El arrebató de vuestros compatriotas acarreará el robustecimiento de la potestad real. ¿Qué seria de la Francia, si en tales circunstancias careciesen de cordura, de integridad y de entereza los consejeros de su Majestad?..... Yo miro el presente como un tiempo de crisis; si se obra soñolientamente, los quebrantos mas tremendos serán la consecuencia de imprudencia tan irreparable, etc., etc.»

3 de noviembre.—«Como en casa del obispo de Autun. Hablamos de Lafayette, de lo que vale, y para qué es del caso. Vamos á casa de Lafayette, y el sinúmero de visitas nos imposibilita el hablarle. Lafayette, que procura enganchar á Mirabeau para lograr un ministerio, pregunta, como por casualidad, al obispo de Autun, ¿si tiene Mirabeau mucho influjo en la Asamblea?

— Descomunal, contesta el obispo.

— Lafayette no tiene un plan ideado, me dice el obispo de Autun al salir, lo que es muy cierto.

4 de noviembre. — « *En casa de Madama de Stael.* — Luce mas y mas allí su despejo. Nunca se ha visto vanagloria mas rematada que la de Madama de Stael; sobre todo, la nombradía de su padrela llena de amor propio. Hablamos del discurso del obispo de Autun sobre los bienes eclesiásticos, que no ha sido pronunciado, pero que acababa de salir á luz.

« Es asombroso, exclamó Madama de Stael. ¡Hay en él dos páginas dignas de mi padre! »

« Dijimos que la prenda de las prendas abarcaba á todas las demás, á saber, la cordura en el régimen de la vida, y ella nos ha interrumpido para afirmar que nadie atesoraba esta prenda en el grado de su padre.

1º. enero de 1790. — « Me encuentro en casa de Mr. de Lafayette mucho rato antes que vengan sus jentes. A pesar de todas mis observaciones sobre la Asamblea nacional, me dice que debo reconocer la inferioridad de la constitucion inglesa relativamente á la nueva constitucion de Francia. Lejos de convenir acerca de esta inferioridad, le digo que pienso absolutamente lo contrario.

25 de enero. — « Como en el Palacio Real, y el vizconde de Saint-Priest me participa que el rey debe trasladarse á la Asamblea nacional, y encabezar la revolucion. Yo me opongo á tan sublime pensamiento, y le digo, sin ningun respeto, que los hombres que cercan al rey le dan un consejo ú necio ú alevoso.

25 de noviembre. — « Se ha entibiado mi amistad con Lafayette. Me pregunta porqué no voy á verle mas á menudo, y le contesto que me desazona el barajarme con el jentío que acude á su casa: que si puedo serle de provecho, cuento conmigo. Me ruega que vaya á verle mañana á las tres.

26 de noviembre. — « Lafayette me ha preguntado ¿ qué era lo que pensaba de su situacion? Está asomando el trance, le contesté, en que la libertad del pais estribe en el salvamiento del trono, y en que todo hombre de bien deberá acudir á sostenerlo. El rey actual es comedido, y no hace uso de su autoridad; la constitucion fraguada por la Asamblea para nada vale. En cuanto á vos, vuestra situacion es muy peliaguda: es azarosa por cuanto está equivocada. Os creéis jeneral de la guardia nacional, y no lo sois sino de nombre. Yo no sé cómo lo haréis para disciplinar vuestras tropas y sujetarlas á vuestras órdenes; y sin embargo, si no acertais, volasteis. Vuestro derribo es cierto, tarde ó temprano. El único recurso que os queda es la renuncia, al primer asomo de insubordinacion. Si quereis conservar vuestro concepto, si quereis ser de provecho con el tiempo, presentad vuestra renuncia.

« Las circunstancias y los acontecimientos me han encumbrado, me contestó; cuando me falten estas, me estrellaré. La dificultad está pues en labrarlas de

intento. » — Le manifesté que se equivocaba, que no faltarán lances en su tragicomedia, pero que se atrepellarán y se trocarán de suerte, que, no solamente no podrá sacar partido de ellos, sino que causarán su esterminio.

« Me pregunta cuál es mi opinion sobre el proyecto que está ideando acerca de suspender las rentas de los sacerdotes que no han querido prestar el juramento. Yo contesto que el mejor medio para que venga á mirarse con interés una clase de individuos, es el perseguirlos; y que si la Asamblea los despidе desnudos, el pueblo se encargará de arroparlos. Procuro encasquetarle mi opinion sobre los peligros que arrastrará consigo el vuelco de la nobleza, y sobre la necesidad de no esterminar todo jénero de aristocracia.

« Antepondría, me dijo Lafayette, el gobierno americano y dos cámaras, de las cuales la una contrapesase la otra. Preguntéle ¿ porqué aplicaria el gobierno americano á un pais que en nada se asemeja á los Estados-Unidos? Dos cámaras, instituidas como las nuestras, contrarrestarian el empuje de una potestad ejecutiva y hereditaria. El gobierno de cada nacion debe amoldarse segun las necesidades y circunstancias en que se encuentra. La Francia requiere un gobierno mas pujante que el de Inglaterra. Mr. de Lafayette no me comprende, y nos separamos con despego.

1º. de abril. — « Acaba de morir Mirabeau. Digo al obispo de Autun que la coyuntura es rodada, y no hay que malograrla, reemplazando al difunto; que para el intento es mas que del caso tributar su oracion fúnebre á Mirabeau, y particularizarse en los últimos meses de su vida, en la necesidad de cimentar la libertad ordenadamente, y restituyendo su peso y valor á la potestad ejecutiva. Me responde que ha pensado mucho en lo que le propongo. Le digo que no hay que perder un momento, y que semejantes ocasiones no se presentan dos veces.

4 de abril. — « Cien mil personas asisten al entierro de Mirabeau. Espectáculo grandioso; inmenso tributo pagado á sumos talentos, pero tambien á vergonzosos vicios. Venal, descocado, rematadamente depravado, dudo que la prostitucion moral é intelectual se haya estampado en ningun hombre con sello tan hondo y tan afrentoso. *Cupidus alieni, prodigus sui*, incapaz de virtud, porque carecia de principios, porque la razon no avasallaba sus acciones, era con todo capaz de impulsos vehementes, de actos briosos, de disparos violentos, de resoluciones osadas, de elocuencia y aun de grandiosidad. En dos años le he visto menospreciado, silbado, honrado, aborrecido y llorado. El entusiasmo presente lo ajiganta; al tiempo toca reducirlo á sus verdaderas proporciones. La activa y loca ociosidad de los Franceses alzará nuevos ídolos para engrandecerlos y estrellarlos.

21 de diciembre. — « Han perecido algunos hombres en el Campo de Marte, y desde que el pueblo ve

que se reparten sablazos haciendo la guerra civil, empieza á no gustar tanto de un juego que se hace azaroso para él.

«El rey, me dijo el obispo de Autun, está muy alegre y se tiene por muy feliz porque ve que pasan sus vetos, y cree que estos lo salvarán todo. ¡Pobre hombre! ¡pobre rey!

14 de enero de 1792... «La Asamblea acaba de decidir que atacará al emperador de Austria, si no se retracta antes del 10 del próximo mes. «Ella es descocada, me dice el obispo de Autun, como una mujer que, de mendiga, ha subido á condesa.»

A principios de 1793, Morris fué nombrado por su gobierno ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos de la América Septentrional en la corte de Francia. No había un hombre mas capaz y dotado de perspicacia mas trascendental y mas cuerda que él para ocupar aquel peliagudo puesto. Su correspondencia con Washington, Jefferson y Hamilton, secretario del Tesoro, antes y despues de su promocion, ofrece el cuadro mas cabal de las variaciones políticas acaecidas en Francia durante cinco años de borrascas. Es una mina de observaciones recónditas, ciertas, candorosas y casi siempre proféticas. Morris anuncia y determina el desarrollo y el progreso de los acontecimientos mucho tiempo antes de que se cumplan: lo que mas admira al que lee sus cartas es su fecha: escribe la historia antes que asome. El vuelco ejecutivo de las constituciones que se van engullendo sucesivamente; la oligarquía sucediendo á la potestad real; el reinado de los bandos á la oligarquía; el de la fuerza á la refriega de las pasiones; un triunvirato endeble y desgraciado abriendo la senda á un despotismo militar; este despotismo sepultado luego bajo sus gloriosos trofeos: todas estas mudanzas quellenan el panorama animado de la Francia desde 1789, se encuentran predichas sucesivamente por el recto juicio de este republicano, harto despejado para no equivocar las costumbres de la jóven América con las de la decrepita Francia, y para comprender que las instituciones necesarias á una nacion pueden traspasar de muerte la prosperidad de otro pueblo. Sentimos no poder ofrecer al lector sino fragmentos de aquellas cartas.

Al doctor Jones (18 de abril de 1789).— «La vida en París es un torbellino que corre tanto, que nada se fija en torno del observador, y que el mismo observador jira en este vaiven que le trastorna. Todo se conceptúa aquí á primera vista; se fraguan los pensamientos al vuelo, se juzga de todo por la posta, de un legislador segun su vestido, de un ingenio sin conocerlo, de una constitucion segun su preámbulo. Este disparo portentoso se estrella de yerro en yerro; pero, ¡cuántas disculpas prevenidas para este caso! ¡Tiene tanta agudeza este pueblo! La jóven nobleza se ha persuadido de que todos los hombres son iguales, y de que la libertad es el primer derecho del hombre; de este modo la fe activa produce un ensanche

peregrino, el desahogo de hacer todo lo que se quiere. Si sube el precio del pan, los buenos vecinos tienen hambre y se alborotan... ¡Una chispa, y todo arderá!»

A Jorje Washington (29 de abril).— «Mr. de Lafayette acaba de desempeñar su papel de orador con tanto acierto y brillantez como el de soldado. Es tan envidiado y aborrecido como puede desearlo su ambicion... Se han terminado las elecciones. Si me preguntais qué elementos de libertad encierra este pais, os contestaré que estos elementos son nulos ó azarosos. Por desdicha, el total esterminio de la moralidad en Francia es un hecho innegable para todos. Mas esta asercion jeneral no hará jamás comprender á un ciudadano de los Estados-Unidos el grado de depravacion que reina aquí; las figuras de retórica y las espresiones mas acicaladas y pintorescas no darian un concepto adecuado al intento. Seria necesario citar mil anécdotas notorias y mil hechos positivos, para hacer palpable tanto menoscabo y estragamiento. Sin duda hay todavía en Francia hombres y mujeres muy de bien, mas el globo de la nacion es ruin; todo está en disolucion, ¡y de estos materiales corrompidos se intenta construir el templo de la libertad pública! Segun toda apariencia, el edificio se desplomará sobre los arquitectos y los sepultará bajo sus escombros. Lo que mas me atemoriza para el porvenir de la Francia es la inconstante futilidad de las almas, el menosprecio de los juramentos, el desacato de los empeños sagrados, y la facilidad en quebrantar la palabra mas solemne. Todas las clases, todas las edades están empapadas en esta azarosa máxima. Lo que se dijo ayer, hoy se refuta; no hay principios; no hay teson. Es un fenómeno ver un hombre constante en un solo principio. ¡Juzgad lo que seria de semejante asociacion, si se formase una república de tales ciudadanos, sin otra relijion que la palabra de sus sacerdotes, sin otra moralidad que su interés! ¡Ved ahí sin embargo en globo al pueblo que algunos hombres exaltados por algunas declamaciones lanzan atolondradamente por la anchurosa carrera de la democracia! ¡El primer uso que hacen de ella es alborotarse y deramar la sangre de sus hermanos!

«¿Cómo permanecería yo indiferente á este espectáculo y á las desgracias que amenazan á la Francia? Nuestro interés personales ver prosperar á los patriotas. La Francia ha servido de arrimo á la revolucion americana; y seria un logro acompañado de agradecimiento el que pudiésemos en cambio vitorear la independencia del pueblo francés.

«*Libertad*; por todas partes resuena esta palabra: mas para gozar de la libertad, se necesita otra educacion política, otras costumbres, otros pensamientos. Se ha traspasado ya el límite; la libertad está perdida ya. Oprimidos largo tiempo por sus reyes, los Franceses sueñan que les basta, para ser bien gobernados, cercenar la potestad ejecutiva. ¿Qué será de la sociedad, cuando la autoridad carezca enteramente de fuerza? El rey pasará por todo lo que se quiera para poder-

se desatascar del pantano en que yace. Nada hay que esperar de él. La reina, aborrecida, humillada, apesadumbrada, rebotando de enconos desvalidos, disimula, maquina, procura salvar algunos restos de poder, y compromete cuanto emprende. El conde de Artois, detestado como ella, de cortísimo alcance, se desvive y no acierta ni á escojer sus consejeros ni á aconsejar á los demás. Los nobles se apoyan en él, caña endeble que no puede sostenerse á sí misma. Necker tan solo es popular porque la corte le aborrece, y se vendría abajo, si los nobles dejaran de atacarle. Elegante en el habla, pero sin desempeño efectivo; ambicioso, mas sin pujanza, su vuelco está cercano y es forzoso. En cuanto á la monarquía francesa, es mas endeble y desvalida que la mas limitada de todas las monarquías europeas.

«El ejemplar de nuestra emancipacion ha impresionado hasta lo sumo á los Franceses: quieren remedarnos, mas como están ajenos de copiar nuestra cordura, no lograrán la libertad que nosotros hemos conquistado. Se intenta fraguar aquí una constitucion americana con un rey por presidente, sin hacerse cargo de que una constitucion americana requiere ciudadanos americanos. Se juzga siempre mal, á bulto, dejándose engañar por semejanzas aparentes y equivocadas.

«En fin, el trance voló; la Francia monárquica ya no existe. La nobleza, inferior en poderío, en luces, en haberes, no oponiendo á sus agresores mas que sus ínfulas y su quijotismo, y escudándose con los privilegios de los siglos pasados, se ha dejado despojar de todo. La violencia con que el torrente popular ha venido á estrellar sus olas contra el solio, ha parecido grandiosa; mas esta soñada temeridad no lo era ni por asomo. La resistencia de las clases privilegiadas no podia ser ni porfiada ni eficaz. Por lo visto, la Francia se convertirá en una gran república. Mas, ¿durará mucho esta democracia? Creo que no, porque no puede ser. A menos que se cambie todo el cúmulo de los conceptos y de las costumbres, los hábitos y hasta el lenguaje de este país, la Francia no será republicana mucho tiempo. Mas yo creo que el efecto necesario de este movimiento será el cambiar toda la política de la Europa.»

Tales eran las profecías de Morris antes que naciera la república francesa.

A Jorje Washington.—«Diepa, 31 de julio.—El rey de Francia yace esclavo de sus zozobras; es bondadoso, apetece el bien, mas su flaqueza se lo imposibilita. Habiendo tenido maña, no se hubiera empozado en la situacion donde se halla. Al presente nada puede salvarlo ya. La corriente de los acontecimientos, raudal que no le cabe contrarestar, y sobre el cual va vagando como la paja sobre las olas, le arrastra. Tiemblo por la libertad de la Francia; sus habitantes tienen sobre el gobierno aprensiones anovadas, que son la muerte de todo buen gobierno, y de las cuales, felizmente para nosotros, se ha des-

prendido la América bastante á tiempo para no venir á ser su víctima, etc., etc.»

La respuesta de Washington contiene un paso que merece extractarse.

Nueva-York, 13 de octubre de 1789.—«La revolucion que acaba de efectuarse en Francia es allá un prodigio que se deja en zaga cuanto la imaginacion puede soñar. Si, como se supone, para en la aceptacion de una constitucion liberal, no habrá en la Europa otra nacion mas poderosa y feliz. Mas no se ha terminado todo aun; todavía le esperan otros vaivenes á la libertad francesa. En una palabra, esa revolucion es demasiado trascendental para hacerse en tan poco tiempo y encajonarse en tan suma estrechez; correrá la sangre. El abatimiento del rey, las maquinaciones de la reina y el descontento de la nobleza formarán varios partidos. Se aprovecharán todos los pasos dados en falso y los yerros todos de la porcion liberal del pueblo. El desenfreno y la inmoralidad que prevalecen en Francia, los actos sanguinarios á que se entregarán los Franceses comprometerán aun mucho la causa de la revolucion, y resfriarán el entusiasmo de sus mas entrañables amigos. En fin, mil escollos, hoy dia invisibles y ocultos, pueden hacer encallar la nave; y el único recurso de la Francia será entónces un despotismo cuyos resultados serán mas trascendentales, y cuyo yugo será mas pesado que el del antiguo réjimen.»

De esta suerte, sujetando el héroe de la libertad americana á los cálculos de su razon las probabilidades del éxito que ofrecia la revolucion francesa, coincidía en sus opiniones con el concepto anticipado de Mr. Morris, y preveía el rumbo que debia seguir esta revolucion, aclamada á su amanecer por tan desalados aplausos de confianza.

A Jorje Washington. Paris 22 de noviembre.—«Este desgraciado país, que se estravía fantaseando metafísicas, ofrece un esterminio moral que no cabe presenciar sin quebranto. Yace por el suelo su antigua magnificencia; el cuervo, la zumaya, todas las aves de siniestro agüero anidan en las cornisas y en los destrozos de estatuas. Sin autoridad, sin recursos, sin amigos, el rey dará lástima al último mendigo del reino. La Asamblea nacional, déspota esclava, bisoña empapada en sus teorías, ejerce el poder con el atropellamiento y la ceguedad de una mujer que, de esclava, llega á ser reina. Incapaz de acertar con el desempeño de ningún cargo, se enseñorea de todos los ramos, al mismo tiempo que arrebató á un pueblo disparado y vehemente los calmantes de la religion y de las convenciones sociales. Cada distrito se fragua una obediencia á su antojo, y los sumos intereses de la jeneralidad del pueblo, subdivididos en mil quebrados, van quedando sacrificados á los ímpetus del trance, á los caprichos de la ignorancia. Parece que los Franceses no entienden la libertad sino como el permiso dado á cada individuo de dañar á sus conciudadanos. ¿Puede durar semejante estado?

«No. Mas ¿cómo terminará todo esto? Campo inmenso se tiende á la vista para esplayarse en conjeturas. Es imposible graduar de antemano cuál será la suma de quebrantos que volverá al conjunto popular al camino de la razon. ¿Qué acontecimientos nacerán para entonar ó encaminar el albedrío de la innumerable muchedumbre? ¿Qué prohombres se apoderarán de estas circunstancias, y qué influjo ejercerán? He aquí lo que la perspicacia más intensa no adivinará. Hay dos hechos innegables; una gloriosa ocasion malograda, una revolucion sin resultados. Mas los acontecimientos que han mediado contienen elementos de prosperidad lejana.

«1.º La abolicion del antiguo deslinde de las provincias; su hermanamiento en un sólo cuerpo; la igualdad de las tasas, y la reparticion equitativa de los impuestos.

«2.º La abolicion de los postreros rastros feudales, abolicion que allana todas las complicaciones, y reduce el precio de las tierras puntualmente á un valor monetario.

«3.º La estension necesaria del comercio y de la industria, ensanche favorecido por la abolicion de las tierras de manos muertas, y por el afan actual de todas las clases.

«4.º La destruccion de un sistema de jurisprudencia venal, que establecia los privilegios de pocos sobre la escasez y el avillanamiento de la mayoría.

«5.º En fin, la promulgacion y el desahogo de estos principios de libertad que no se aventarán ya (al menos así lo espero), cuando la espuma y los vapores metafísicos se hayan desvanecido, y que darán á los pechos un impulso mas noble, un brio mas intenso. Tal vez los depositarios del poder por su parte, desprovistos al presenciar la carrera de la libertad y la nueva pujanza que infunde, no abusarán mas de su autoridad y desempeñarán sus funciones con debido comedimiento, único escudo que podrá protegerlos de la sublevacion de sus gobernados.

«¿Cómo y cuándo se desprenderán estos resultados? Lo ignoro; mas en un porvenir mas ó menos lejano se verá brotar y encumbrarse un órden nuevo, parto de la casualidad y de las circunstancias que acabo de apuntar, y que se desengolfará del caos de opiniones encontradas y de elementos batalladores: órden que tal vez alcanzará mas adelante la felicidad de la nacion y reparará las largas calamidades de la misma.»

Al mismo. 1.º de diciembre de 1790. — «Nuestro amigo Lafayette ha desempeñado hasta este momento un papel esclarecido, pero espuestísimo: el rey le obedece y le detesta: le obedece porque le teme. Lafayette hace los ministros y cree que sus hechuras le obedecerán y le escudarán; y se equivoca de medio á medio.

«Todo va muy mal. Aquí se cree que, para gobernar bien, basta gobernar al revés del antiguo régimen. Se hacen las reformas con tropelía, con enfa-

do, con precipitacion y sin miramiento ni órden de la misma suerte Jaime, en el *cuento del tonel*, rasga su vestido queriéndolo despojar de los galones y bordados con que lo habia adornado Pedro. La nacion se divide en tres partidos; los *rabiosos ó jacobinos*, los *aristócratas*, y los *hombres del medio* (1).

«Estos últimos se encuentran en una posicion muy estraña. Aparentan votar con los jacobinos; mas en su alma y conciencia, se inclinarían con mas gusto al partido de los aristócratas, humillados, vencidos, incapaces de dañarles. El partido del medio seria el mas pujante, si la nacion tuviese virtudes; mas ¡ay! por-desventura no es así; y segun lo visto, este partido medio solo servirá de arrimo y de punto de transicion entre las dos huestes enemigas.»

Al mismo. 21 de diciembre de 1792. — «La Asamblea hace nuevas locuras, nuevos disparates todos los dias; y si este pais no queda sumerjido bien pronto en los quebrantos de la arbitrariedad, no es seguramente por culpa suya. Estoy de todo punto convencido de que si la Francia estuviere unida bajo un buen gobierno, y en paz con la Inglaterra, podria retar á la Europa entera. Pero no habréis visto jamás, mi querido señor, una sociedad cuyos móviles sean mas blandos y mas endebles. La organizacion social en América era mas fuerte y mejor, aun en el momento en que parecia desmoronarse todo nuestro edificio: nuestras costumbres eran mas suaves, mas acendradas, y la ley no ha caducado jamás en nuestro pais. Mas en Francia no hay disciplina; reina la quiebra; el descontento es jeneral; la aristocracia se halla detestada, las leyes yacen menospereciadas: parece este reinado una escuadra fondeada con una cerrazon densísima en que nadie se atreve á ponerse á la vela, por temor de dar contra un escollo. Por otra parte no hay otra nacion mas antojadiza que esta. En 1788, estaba en favor de su rey; en 1790, estuvo unánime en su revolucion; en 1791, recobra su unanimidad en favor de su monarca. Las demás naciones se arman, y á mediados del mes que viene estarán prontos para desplomarse sobre la Francia ciento y ochenta mil hombres... ¿Cuál será el resultado de todo eso?... Segun mi modo de pensar, el establecimiento de un despotismo militar, que se alzar á se consolidará sobre las ruinas de la anarquía jeneral. ¡Aciago desengañe! Mi corazon se desgarrá al considerar que se deba malograr, y tal vez para siempre, la primera ocasion que se ofrece de desagraviar y robustecer los derechos de la humanidad.»

Por lo espuesto se ve que lo que Morris vituperaba en Francia era la desaforada vehemencia de las opiniones y de las acciones: él hubiera querido la libertad, pero no el desenfreno; la monarquía constitucional, y no una constitucion democrática, cuyo término necesario le parecia debia ser el despotismo

(1) Middle-men.

de las bayonetas. Los acontecimientos han venido á comprobar su profecía.

29 de junio. — «Lafayette, á quien encuentro en la corte, me habla con su antigua familiaridad. Le manifiesto el afán que tengo de hablar con él algunos minutos, y me cita para esta tarde en casa de Mr. de Montmorin.

«¿Vais á pelear, le dije. ¿Tomaréis las armas en favor de una buena constitucion ó por ese andrajo de papel filosófico que vuestra Asamblea llama constitucion? Dentro ú fuera. Dentro de seis semanas será tarde.

— Pero ¿de qué naturaleza debe ser, segun vuestro modo de pensar, una constitucion para que sea aceptada? ¿Queréis que sea aristocrática?

— Sí, al menos en parte. Acabais de ensayar la democracia, y me parece que este experimento puede bastaros; podeis reconocer ya que un gobierno popular nada vale para la Francia.

— Yo desearia una constitucion americana, hermanada con una potestad ejecutiva hereditaria.

— Apetecéis un imposible. En la constitucion de nuestra república seria demasiado fuerte un monarca, y tendríamos que contrapesar su poderío por medio de un senado igualmente hereditario.

— Se me hace ruesta arriba el ser de vuestra opinion en este punto.»

Las predicciones de Morris debian cumplirse. En vano tuvo frecuentes conversaciones con el rey, la reina y los principales gobernantes de la época. El carro del estado, medio roto, debia desbocarse por el pendiente donde lo habian torpemente situado. Vio el 10 de agosto. Morris, ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos, no desamparó su palacio, donde vinieron á refugiarse hasta una docena de personas de distincion, entre otras el conde de Estaing y su hija (1). Un Americano, que fué en aquella ocasion á casa de Morris, refiere en los términos siguientes esta interesante escena:

«Todo estaba en el mayor silencio en el salon cuando yo entré. De cuando en cuando los niños y las mujeres lloraban, mas los hombres callaban. Morris me llamó á parte y me dijo:

«Yo sé que dando asilo á estos desgraciados, me espongo á las acusaciones de algun mal intencionado, y que se podrá representar con visos malvados á mi gobierno esta conducta: mas os pongo por testigo de la declaracion que aqui hago: yo no he convidado á estas personas para que viniesen. Han entrado en mi casa porque se veian perseguidas. Solo Dios puede saber si este asilo alcanzará á resguardarlas; pero yo no las arrojaré de él, venga lo que viniere. La mayor parte de ellas tienen derechos anteriores y sagrados á la proteccion de los Estados-Unidos; y aun

cuando no fuese así, la humanidad no me permitiria entregarlas á los asesinos.»

Al paso que se enlobrece y ensangrienta la revolucion francesa, el diario de Morris es mas lacónico. Su destino de ministro de una confederacion republicana y amigo de Washington no le resguardó de los ultrajes de la junta de las pesquisas, de las denuncias de los jacobinos, de los descatos de los clubs, de las pesquisas de los ayuntamientos, de todos los actos de tiranía que la desgracia de los tiempos agolpaba mas y mas para la instruccion de la Francia y del porvenir. En fin dejó de proseguir su diario, «por no comprometer, dice, á las personas que conocia, y los intereses de su república con apuntes que no serian mas que la expresion de su modo de pensar y que podria achacársele como delito.»

Su correspondencia contiene aun documentos interesantes y algunas observaciones dignas de sacarse á luz.

A Tomas Jefferson. 22 de agosto de 1792. — «Mr. de Lafayette está acampado en Sedan, y si debemos creer la voz pública, se ha pasado al enemigo. La revolucion ha devorado su fortuna, y ahora yace, aplanado bajo el peso de la rueda que puso él mismo en movimiento. Las tropas han rehusado tomar partido por la constitucion. En vano han intentado algunos oficiales alistarlas bajo la bandera constitucional; pues han olvidado que los soldados solo son adictos á los que los han conducido al combate y á la victoria, á los que han tomado parte en sus peligros y preparado sus triunfos.... En cuanto á la situacion jeneral de los negocios, se hallan en un estado tan contradictorio y desencajado, que no se puede predecir nada todavía; por otra parte seria muy espuesto que mi carta cayese en manos que abusasen de ella; y así encierro en mi intento los pensamientos que me sugiere esta aciaga situacion. Las potencias van á marchar contra la Francia; pero ¿durará su alianza? Lo dudo. Por una parte, la Francia tiene por aliados naturales todos los pueblos que está desangrando el despotismo, y por otra, tiene por enemigos todos los reyes. ¿Podria sostenerse en Francia una república (dado caso que se estableciese)? Lo ignoro. En todas las cuestiones politicas debe entrar en consideracion la índole nacional de cada pueblo. El carácter distintivo de la Francia es una inconstancia desaforada. Se cansa luego de todo. Los Franceses prohijan sin atencion y desechan sin motivo. Hoy están embullados con su república; mañana les gustará otra forma de gobierno, y aclamarán su primer ensayo con desalados vivas: no se puede contar para nada con ellos. Lo que no creo es que elijan una forma de gobierno provechosa y atinada y que se adhieran á ella. Hoy parece que se encamina todo á la república, mas la mayoría que la desea al presente, ¿la apetecerá de aquí á seis meses? Nadie puede decirlo.»

A Rufo King. 23 de octubre de 1792. — «Se ha querido fundar en Francia una constitucion estraña,

(1) El conde de Estaing habia tomado parte con brillantes en la guerra de la independencia.

en la que la potestad ejecutiva carecia de fuerza, y se le hacia responsable, á pesar de esto, de los acontecimientos; donde la legislatura, compuesta de una sola cámara de representantes, no tenia otro freno que las máximas jenerales de la opinion del momento. El pueblo, ó mas bien el populacho, clase azarosa de la que no tiene la América la mas leve noticia, embelesado con la aprension y el convencimiento de su omnipotencia, se ha desentendido de todo jénero de yugo. Se le habia dejado columbrar una perspectiva esplendorosa y una prosperidad infalible. Engañado en su esperanza, se ha enojado; la potestad ejecutiva ha venido á ser la esclava de la lejislativa; esta ha llegado á ser juguete del populacho, y el populacho se ha dejado conducir por el que ha sabido adularlo y cautivarlo.

«Privado de toda autoridad real, el rey no podia resignarse sin amargura á un vuelco tan estremado y afrentoso; caia desde la jerarquía mas encumbrada de la sociedad á la última. Por consiguiente el pueblo no ha visto mas que una concesion fementida en su aceptacion de una constitucion que le esponia á los desacatos de la canalla. Era evidente que esta constitucion debia ceder bien pronto su puesto al despotismo, ó á un gobierno constitucional, ó á la democracia. Si el caudillo del estado hubiese sido hábil, ambicioso y hombre sin escrúpulos, hubiera sido inevitable el despotismo. No podia nacer una buena constitucion de tantas opiniones descarriadas y de tantos intereses encontrados. En cuanto á la democracia, era el resultado necesario de la declaracion de los *Derechos del Hombre* y de las teorías que estaban en auge por la nacion. Los partidarios de la república no tuvieron por consiguiente mucho que hacer para destronar un monarca endeble, cuya inutilidad resaltaba mas y mas con los acontecimientos de cada dia, que se habia conformado con una constitucion que su conciencia rechazaba, y á quien se tenia por hipócrita.

«Añadid á esto un hábito de mezquinas mañuelas, dignas apenas de meras sirvientas, y en cuya atmósfera se halla envuelta toda la corte. Cada uno tenia su pequeña maquinacion; cada maquinacion sus hermanos. Los consejos sabios y briosos asustaban á los débiles, sobresaltaban á los alborotadores y disonaban á los ánimos quebrantados y á las almas endebles. El palacio estaba siempre lleno de jente cuyo lenguaje y conducta no cuadraban ni para una república, ni para un gobierno constitucional. El rey, y sobre todo la reina, mucho mas imprudente, dejaban acercar á sus personas palaciegos desconceptuados, anonadándose de esta suerte poco á poco la opinion del soberano. Se le achacaban intentos que no tenia, y sus enemigos le manifestaban al pueblo como un traidor á sus juramentos. Si queria oponerse al exceso de las instituciones democráticas, se le acusaba de tiranía: si cedia al torrente de la actualidad, se le acusaba de traicion. Por fin yace postrado: ved-

le ahí reo de estado con su familia, y ¡sabe Dios qué suerte le está reservada!»

A *Tomas Jefferson*. 21 de diciembre de 1792.—«El horizonte político se encapota mas y mas cada dia. Se está juzgando al rey. Un hombre menos perspicaz que vos se admiraria tal vez de que el mas comedido de los reyes de Francia, un rey á quien no se puede achacar ningun crimen, se vea conducido delante de los jueces, derrocado de su trono, y tratado como uno de los tiranos mas abominables cuya memoria haya conservado la historia. ¡Ay! todo esto es cierto, todo está en el órden natural de los sucesos. El rey morirá.

«La mayoría de la Asamblea ha creído deber fraguar contra este desgraciado príncipe una violenta ojeriza popular, á fin de sincerarse á sí misma, y de motivar la introduccion del gobierno republicano. Iba en esto la salvacion de la Asamblea; tenia que temerlo todo despues de lo que habia hecho padecer á Luis XVI. Dueña de la correspondencia y de los papeles del rey, le es fácil, por medio de comentarios, de extractos, suposiciones, interpretaciones, y en un momento tan critico como este, labrar á su antojo la opinion pública. Ha usado de este móvil sin ningun miramiento, y lo ha enfurecido todo contra el monarca. ¡La Convencion se encuentra en una posicion singular: temiendo desempeñar lo que se ha impuesto como un deber, y osando apenas condenar al rey cautivo, tiene que destruirle por su propio interés y la fuerza de los acontecimientos.

«Los jacobinos, el partido violento, le persiguen con sus desenfrenados clamores; los aristócratas y los monarquistas desean su muerte, que debe, segun ellos, horrorizar en extremo y acarrear una reaccion. Caerá, aborrecido de todos los partidos, porque no ha sabido abrazar ninguno; ó si se logra salvarle, podrá decir que debe su vida á la compasion pública y á la justicia de su causa; contrapesos muy escasos, á la verdad, si se les compara á los terribles móviles que le arrebatan al cadalso.

A *Tomás Jefferson*. 19 de octubre de 1793.—«Es verdaderamente inconcebible la profusion de sangre y de dinero que se hace aquí. Los artesanos disminuyen cada dia, y sube el precio de los salarios; la guillotina sostiene el máximo, y el máximo sustenta á la guillotina. La Vendea está ardiendo. Mi opinion invariable es que un despotismo militar debe terminar esta inmensa y tremenda tragedia.»

Así se espresa Morris en 1793. Llamado por su gobierno á su patria, dejó de tomar parte en los negocios públicos; sus viajes por la Europa fueron para él el texto de repetidas observaciones interesantes, que se apartan demasiado del objeto de las notas precedentes para trasladarlas aquí. Murió en 1810, dejando tras sí la reputacion de uno de los hombres mas justos y perspicaces que ha dado á luz su pais. Puede juzgarse, por lo que se acaba de leer, cuán lejitimamente se habia granjeado este concepto.



MURILLO.

Dox Bartolomé Estévan Murillo, el pintor mas célebre de la escuela sevillana, nació en Sevilla á 1.º de enero de 1618, y no en Pilas, como dice Palomino Velasco. Su pariente, Juan del Castillo, le enseñó los primeros rudimentos de su arte. Sus progresos fueron muy rápidos, pero habiéndose establecido en Cádiz su maestro, quedó Murillo sin guía, y teniendo que ganarse la vida, se puso á pintar banderas y cuadros para América. Estas obras le dieron mucha práctica, y desde entónces empezó á ser conocido como hábil colorista. No tenia mas que diez y seis años, cuando la vista de las obras de Moya, que pasaba á la sazón por Sevilla para ir á Cádiz, le infundió el deseo de imitar á Van-Dyck, de quien recojió aquel artista en Inglaterra las últimas lecciones. No habiéndose podido aprovechar sino por muy poco tiempo de los consejos de Moya, resolvió pasar á Italia; pero escaso de medios, se veia en lá imposibilidad de emprender el viaje. En fin, reuniendo todos sus recursos, compra lienzo, le divide en una porcion de pedazos, pinta en ellos flores y asuntos de devocion, y los vende para las Américas, con cuyo módico producto se puso en camino sin saberlo sus padres ni amigos. Llega á Madrid, dirijese á su compatriota Velasquez, y le participa sus proyectos. Sorprendido este del celo y disposiciones del jóven artista, le recibe con benevolencia, le alienta y disuade del viaje á Roma, sirviéndole de un modo aun mas eficaz, encargándole muchos trabajos en el Escorial y varios palacios de Madrid. Regresó Murillo á Sevilla en 1645, despues de una ausencia de tres años. Causó su vuelta muy poca sensacion

en aquella capital, hasta que habiendo pintado al año siguiente los claustros del convento de San Francisco, quedaron todos admirados. El cuadro de la *Muerte de Santa Clara*, y el de *San Jaime distribuyendo limosnas*, afianzaron su reputacion. Vióse en el primero un colorista digno de Van-Dyck, y en el segundo, un rival de Velasquez. Encargároule entónces muchísimas obras que le proporcionaron en breve una fortuna independiente. Lejos de imitar á tantos artistas á quienes el afan de despachar hizo trascordar la gloria, perfeccionó mas y mas su método, dió un vuelo mas atrevido á su pincel, y sin abandonar aquella suavidad de colorido que le distinguia de todos sus rivales, dió mas vigor á su estilo y mas naturalidad á sus toques. Esto solo hubiera bastado para ponerle en la categoría de los primeros pintores de su país; pero Murillo no paró aquí, sino que pintó aun con mas maestría, para Santa Maria la Blanca, la *Concepcion*, cuadro con que adornó la cúpula de la catedral, y sobre todo *Santa Isabel* y *el Hijo pródigo*, que hizo, en 1674, para la iglesia de la Caridad. En la misma época, poco mas ó menos, hizo otra *Concepcion* para el hospicio de los Venerables, con cuya produccion podria cotejar muy pocas la escuela lombarda. Hizo tambien, para el convento de los Capuchinos de Sevilla, unos veinte y tres cuadros, que constituian el realce mas hermoso de aquella iglesia: pero estos frailes se los llevaron á América casi todos. Fuera larguísimo enumerar las pinturas con que enriqueció este artista las iglesias y conventos de Sevilla. Llamado á Cádiz para pintar el altar mayor de los Capuchinos, ejecu-

tó en el su célebre cuadro del *Casamiento de Santa Catalina*. Cuando estaba próximo á acabarle, cayó del andamio y se hirió tan gravemente, que se resintió de sus resultas hasta su muerte, acaecida en Sevilla el 3 de abril de 1682. Entre sus numerosos alumnos, se distinguen Antolínez, Meneses-Osorio, Tobar y Villavicencio, su discípulo predilecto y su imitador mas feliz. Al mérito mas inminente, como pintor de historia bajo el aspecto de la composicion espresiva y graciosa unida á la verdad de imitacion, reunió Murillo el de esceder igualmente en la pintura de las flores y el paisaje. Sirvióse mucho tiempo de Iriarte para pintar los fondos de sus cuadros, y en cambio Murillo pintaba las figuras en los cuadros de aquel. Pero habiendo sobrevenido un dia una disputa entre estos dos artistas, resolvió Murillo pintarse él mismo los paisajes de sus cuadros, sin recurrir á mano estraña. Su primer ensayo fué una obra maestra, y desde entónces cultivó este jénero de pintura con tal éxito, que no tuvo rival entre sus compatriotas.

El Museo de Madrid posee cuarenta y dos cuadros de este célebre artista español, entre los que se distinguen el de la *Anunciacion de Nuestra Señora* por su dibujo correcto, y colorido fresco y vigoroso; una *Sacra Familia*, y muchos otros. Para dar una idea del hermoso efecto y bondad de aquella obra, que entre otras nos fueron arrebatadas y llevadas á Paris, y luego devueltas en 1815, copiarémos la siguiente descripcion hecha por artistas de conocido mérito; dice así: «Este amable pintor sentia mas la belleza y la gracia de la naturaleza, particularmente en las mujeres y niños, que no lo fuerte y lo terrible de la musculacion y arrugas en la robustez y senectud, como Ribera. Se admira en Murillo una invencion ingeniosa, sabia composicion, actitudes convenientes, proporciones las

mas variadas y correctas, una sencillez noble y elegante en sus contornos, espresion llena de viveza y de gracia, escelente manera de ropaje, y bella eleccion en el aire de sus cabezas, las cuales, si no son de escuela romana, ni como la de Níobe, presentan sin embargo la naturaleza mas hermosa, mas sencilla y mas fielmente representada. Sobre todo Murillo poseia en el mas alto grado el artificio, el hechizo y armonia del colorido, reuniendo admirablemente la brillantez de la escuela flamenca con la verdad de la veneciana. En fin, Murillo tiene tanto jenio en sus invenciones, es tan delicado en sus pensamientos, tan amable en sus espresiones, que siempre suele granjearse aquel amor tan apasionado cuya inclinacion conduciria á una ceguedad, si no fuera reprimida. Cuanto mas se estudian las gracias de su pincel, se encuentra uno mas inclinado á abandonarse por él á la mas entusiasmada parcialidad.

El Museo del Louvre de Paris posee de este famoso artista los cinco cuadros siguientes: 1º. *El Niño Jesús sentado en la falda de la Virgen y jugando con un sombrerillo*. 2º. *Dios y el Espíritu Santo contemplando á la Sacra Familia*. 3º. *Jesucristo en el Monte de los Olivos*. 4º. *San Pedro implorando perdon*. 5º. *Un Mendigo*.

Estos cuadros establecieron en el estranjero de un modo incontestable el grado de perfeccion á que se encumbró la escuela española y el verdadero carácter de sus artistas.

Dejó Murillo un hijo llamado Gaspar, que siguió la carrera de las letras, cultivando la pintura por pasatiempo, en la cual manifestó alguna disposicion. Murió en 2 de mayo de 1709. Ignórase si es el mismo que llaman algunos historiadores Juan ó José, designándole como un artista distinguido, que murió en las Indias, donde fué á ejercer su arte.

SAN MIGUEL DESFAL.

Así se llama este santuario, situado en Cataluña á 5 leguas de Mataró. Consiste en una iglesia formada en una cueva y circuida de elevados montes, en la cual se venera la imájen del Arcánjel, cuya advocacion la distingue. Tiene además cuatro altares, y está sostenida la techumbre por columnas octógonas. Fué antiguo palacio de los condes de Barcelona, y en tiempo de los Romanos se llamaba la cueva *Specus mirabilis*. Por encima de esta prodijiosa escavacion corre un arroyo llamado *Rosinól*, que se despeña desde una elevacion considerable, y confluye con otro manantial mas caudaloso, que forma una segunda cascada de igual altura, interrumpida á trechos por la proyeccion de varios peñascos. El primero de los mencionados arroyos tiene la propiedad de incrustar con un engaste petrífico blanco y luciente cualquier trozo de madera ó de otra materia que

permanezca algun tiempo sumergido en las aguas. La causa de este singular fenómeno es que el álveo de dicho arroyo está formado de piedras calcáreas lenticulares en perfecta descomposicion, cuyas partículas pulverizadas se adhieren á dichas materias. Hay en las cercanías otras cuevas abundantes en estaláctitas, pero de difícil acceso, á causa de la angostura de sus simas. Se ha construido una escalera en una peña partida, por cuyo medio se franquea la comunicacion del obispado de Vich con el de Barcelona, y son tan industriosos los habitantes de la comarca, que, para facilitar la conduccion de los preciosos vinos que se dan en los lugares inmediatos de Riells, Bigas y San Feliu de Codines, suben las cargas con un torno á las cimas de las peñas, donde esperan las caballerías para portearlas.



SAN MIGUEL DESFAL.





ARQUEOLOGIA.

Banquetes atenienses.

Si algun estoico se incomoda y tacha de frívolo el resultado de nuestros trabajos, le rogarémos que observe que una accion en que se ocupan todos los individuos de todas las naciones de la tierra trescientas sesenta y cinco veces al año, tiene una importancia intrínseca, hartó digna de observarse para justificar la resolucion que hemos tomado de examinarla en todos sus pormenores y bajo sus diferentes aspectos. Y para hacer mas meritorio nuestro trabajo, dirigiremos especialmente nuestras investigaciones á la cocina de este pueblo celebrado por el doble culto que tributaba á la sabiduría y al deleite; pueblo, hijo de Minerva, dechado de los pueblos libres, padre de los Platonos, los Alcibiades y los Sócrates. La civilizacion ateniense dejó en zaga (y eso nadie lo ignora) todas las civilizaciones que la sabia antigüedad vió nacer en su seno: detengámonos un poco en lo que hizo para el apetito y el estómago. Establezcamos nuestro gabinete de estudios cabe los hornillos del cocinero ateniense; reunamos á nuestro derredor al panadero, al tocinerero, al vendedor de pescado, al licorista, al perfumador, y hasta á la ramilletera y la florista que tejian coronas para los convidados. Preguntemos á ese grupo de artesanos, y sepamos cómo se vivia entonces, qué goces debian á la gastronomía los Anacreontes y los Menandros, y de qué manera se cenaba despues de haber asistido á la representacion de una tragedia de Sófocles ó de una parodia de Aristófanes.

Sosipater, el poeta cómico, y el arquitecto Vitruvio pueden proporcionarnos algunos datos curiosos sobre la estructura de las cocinas de Atenas; mas no está aquí la cuestion. Pasemos en derechura al hecho: hablemos de los materiales constitutivos, de los elementos reales de la ciencia gastronómica, segun se entendia en tiempo de Pisístrato.

Modernos y profanos como somos, solo conocemos dos ó tres especies de pan: los Ingleses sobre todo se encuentran en este punto á una distancia enorme de los panaderos franceses y alemanes. En Londres el pan es un alimento secundario, admitido por condescendencia en las mesas aristocráticas. En Viena y Berlin es un manjar exquisito y apreciado. Mas la panadería se habia elevado en las cercanías de la Acrópolis á una dignidad mucho mas importante todavía. La lista de las diferentes especies de pan y de

las preparaciones diversas á que se daba esta variedad de designaciones, pasmaria á nuestros lectores. Segun si se cocia la pasta por medio de cenizas calientes ó brasas, en un horno ó en el hogar, se atribuía á cada una de estas operaciones los nombres de *ipnites*, *escharites*, *apanthrakis*, *encruphias*. Habia pan de mijo, de centeno, de arroz, de sésamo, y un pan moreno llamando *olyra*, de que, segun refiere Homero, alimentaban los héroes troyanos sus caballos. El pan de cebada (*maza*) se distinguia cuidadosamente del de trigo (*artos*); la harina del primero, con que, sea dicho de paso, empolvaban las bellas canephoras (1) su negra cabellera, se llamaba *alphiton*; la del segundo, *alevron*; y la operacion de amasar una y otra recibia tambien varias denominaciones. La harina no cernida se llamaba *syncomistos*; la cernida con esmero *semidalis*; la cernida con una tela de lana muy fina, *kresara* (2); jntanto gustaba la nacion de los retóricos, gramáticos, filósofos y sofistas, de especificar las diversas cualidades con nombres distintos, y de consagrar las riquezas de su diccionario á los recursos de su cocina!

Pasemos lijeramente sobre el *chondrites*, el *tabyrites*, que hincha los carrillos, como dice Aristófanes, el *dramis*, el *etnitas*, el *ericytas*, el *cyllastis* y una multitud de variedades de pan de cebada y de trigo. El pan de trigo se servia en la mesa sobre una capa de hojas verdes, y el pan de cebada sobre un lecho de juncos (3). Las primeras espigas de la cosecha servian para hacer el pan *thargelo*. Los dioses y las diosas tenian tambien sus tortas particulares: el *homoros* campeaba sobre el altar de las diosas del cielo: Hécate se contentaba con el *hemi-artio*, pan de forma semi-circular. Se daba á los niños el *collyra*, y los pobres comian el *panias*. Cuando un comilon ateniense habia comido demasiadas anchovas y temia verse castigado con una dieta forzosa, pedia un pan *collabo*, de la forma de un clavo y hecho de flor fina de trigo nuevo; lo comia caliente con un pedazo de estómago de lechon, y sus facultades digestivas recobraban al momento su primera enerjía.

(1) Las mujeres que en las procesiones paganas llevaban en cestas las ofrendas destinadas para los dioses.

(2) *Bibliot. de Focio.*

(3) *República de Platon.*

El *achainas*, pan consagrado á las fiestas de Ceres y Proserpina, estaba amasado con aceite: el *stetites* con manteca; el *meconis* con esencia de adormidera; el *encriis* con aceite y miel. El *dypiro* ó dos veces cocido (biscocho) se componia de harina y agua, cocido en el zumo, polvoreado con queso y mezclado con azafran, pimienta y canela. Al frente de esa larga nomenclatura de panes de toda especie se hallaba en fin el *cribanites*, pan blando, fácil de digerir, de sabor excelente, y el *escharites*, especie de panal jugoso. Linceo de Sámos, que prefiere positivamente el mismo *escharites* al famoso pan de Atenas (*artos agoraios*), afirma que esta composicion hermosa era tan grata al paladar, que parecia escitar el apetito al mismo tiempo que lo satisfacía: sus discursos sobre esto son de una elocuencia espresiva, y traen el sello de una conviccion íntima y personal.

No es extraño que una profesion tan honrada, como lo era la del panadero en Atenas, hubiese llegado á tan alta perfeccion. Tearion, el mas famoso panadero ateniense, vió su nombre campar en los inmortales diálogos del divino Platon; y Antifanes refiere que su tienda, dónde habia introducido nuevos modos de cocer y hacer pan, era el lugar de reunion de la jente mas principal.

Podríamos dedicar un largo capítulo á la pasteleria ateniense, corolario y complemento necesario de la panaderia; mas los abundantes materiales de nuestro trabajo nos obligan á no dar á este artículo mas que un corto lugar. Los Atenienses conocian no solamente las tortas (*pemmata*), sino tambien las confituras (*plakountes*), y el manjar blanco (*traghemato*). Aristóteles, el padre de la crítica (1), se dió el trabajo de decirnos que, durante las representaciones escénicas, los pasteleros ofrecian á los espectadores sus jéneros, y que el éxito de una pieza, es decir, el interés mas ó menos vivo que escitaba, estaba siempre en razon inversa del despacho de pastas que se hacia en el teatro. Así, durante una escena lánguida ó de poco interés, se vendian bien las tortas; mas si se echaba una pieza excelente, como por ejemplo el *Edipo*, las fruiciones del entendimiento hacian trascordar los goces sensuales; y el númen del pastelero, víctima del númen trágico, veia despreciadas sus pastas.

Por lo regular se encargaba á las mujeres el componer las pastas, porque se creia que debia encargarse este oficio importante á una mano mas ligera y delicada. En fin, llegaba á tanto la prevision en esta parte, que se preparaban pedazos de pan fresco y apenas cocido (2) para enjugarse los dedos los convidados. En seguida se tiraba esta singular servilleta debajo de la mesa para alimento de los animales domésticos. En Aristófanes se ve aparecer un personaje ridiculo, orgulloso, pobre y comilon, cuyo ali-

mento ordinario eran esas *apomygdalias*.

Pero pasemos á una especialidad mucho mas importante. Delinearé el retrato del cocinero griego, ente selecto y casi divino, cuyo talento se ejercitaba en el santuario de los dioses y se confundia con el servicio pontifical. Para dar alguna idea de la alta importancia que se daba á sus funciones, citaré la siguiente carta que escribió Olimpias al conquistador su hijo, enviándole un cocinero. Notemos bien que en la época del recibo de esta epístola, Alejandro estaba ocupado en los afanes preparatorios que reclamaba su grandiosa empresa asiática.

«Querido hijo; recibid de mis manos un excelente cocinero llamado Pelignas. Nadie mas versado que él en los ritos de los sacrificios. Conoce igualmente los que se practican en los misterios de Baco y al principiar los juegos olímpicos. En su consecuencia espero que le trataréis con todas las atenciones posibles y cuidaréis de que no tenga que quejarse de ningun descuido. Enviadme, cuando gustéis, nuevas de vos.»

Ved ahí al cocinero de Atenas colocado evidentemente al lado del Jerofante (1). Suponedle un poco de erudicion, y recordará que los príncipes y los héroes de Homero hicieron la cocina; que la destruccion de la antropofagia se debe á la invencion del arte de cocer; recordará todo lo que Tales, Epicureo, Aristóteles y la escuela jónica han podido objetar contra el sistema espiritualista, y encerrado en el santuario, á cubierto de las opiniones de los filósofos y de la autoridad de los pontífices, no tendrá que despreciar ni aun que parar los dardos venenosos con que se complacen en acribillarle los poetas cómicos. Porque debemos decirlo; el *cocinero* era para el autor dramático antiguo lo que la familia inevitable de Tántalo y Atreo para los poetas trágicos franceses, lo que son los procuradores, los maridos y los médicos para nuestros autores de comedias modernas, lo que era el *clown* ó bufon para los contemporáneos de Shakspeare, y el sempiterno gracioso para Calderon y Lope de Vega. Era el personaje de fundacion, digámoslo así, de la comedia ateniense. Se le veia aparecer en ella, vestido con esmero, cuajado de bordados y de oro, hablando con ridiculez, perorandó en tono sofístico sobre la excelencia y la diversidad de los guisados. Establecia en términos escogidos la necesidad y la preponderancia de su arte; daba á conocer la necesidad de no confundir ni las estaciones, ni los ingredientes, ni el grado de cocimiento, ni aun las cualidades y las profesiones de los convidados. Manifestaba las relaciones íntimas que unen la ciencia de cocer á la astronomía, á la geometría, á la química, á la física, al álgebra, á la medicina, á la estadística, á la estratégica, y hasta á la metafísica. Discípulo de Cabanis antes de haberlo leído, precursor de Condillac, enseñaba de qué mo-

(1) Elic., l. 10, c. 5.

(2) *Ἀπομυγδαλία*,

(1) Sacerdote que presidia á los misterios eleusinos.

do los sentidos del hombre influyen en su moral, y por qué misterio el estómago humano, centro de nuestras facultades físicas, determina todas nuestras afectaciones. De ahí pasaba á un análisis mas profundo todavía, abrazando todos los medios de hacer coincidir las sustancias nutritivas, sea con las pasiones que poseemos ya, sea con las que se nos quieren inculcar; y demostraba en fin de qué modo un primer plato podia, por su arreglo sistemático y profundo, ser una lección de patología, el segundo plato un capítulo didáctico, el tercero una sátira encubierta contra los mismos convidados.

Por lo que acabamos de decir se conocerá fácilmente que el horizonte del cocinero griego no tenía límites, que en su arte era infinito. Nadie extrañará oír al mayordomo de Aristófanes esclamar que su arte es el mas escelente de todos:

«... Reanima mi lámpara que va á apagarse, Sibina. Quiero profundizar en esos tomos llenos de polvo, en esos volúmenes didácticos el tenebroso saber de los antiguos cocineros. Un hombre de mi clase desprecia el sueño, porque su reposo pierde al estado, que sus desvelos enriquecen. Él es quien sabe deramar en el seno de su patria la paz, la alegría, la salud, la armonía, el que vierte en el estómago el olvido de todos los quebrantos, el que sostiene el comercio, el que crea los héroes. Tomemos por guías en esos puntos espinosos al profundo Zopirino y al famoso Actides; veamos cómo han resuelto estos dos sabios ese problema importante, tantas veces discutido; consultemos acerca de esto sus obras mas sabias: ¿qué tradiciones nos legaron los sabios? ¿Qué pensaban acerca de eso en Esmirna, en Corinto, en Samos, en Escicione, en Creta (1)?..»

No solamente ocupaba el cocinero de Atenas en el teatro ese puesto elevado que justificaba un lenguaje tan magnífico; no solo era mirado con placer y constituía, con el comilon y el mercader de esclavos, uno de los héroes necesarios de la comedia antigua, sino que era tan viva y tan manifiesta la inclinación de ese pueblo sensual á los goces de la mesa, que sus poetas inventaron para agrardarle una ficción teatral, fundada enteramente en las delicias de la cocina, y que vino á ser una mina fecunda de creaciones dramáticas. Era una tierra hecha de panecitos, una lluvia de licores, una granizada de dulces; la nieve y la escarcha no eran mas que miel y perfumes; en esa edad venturosa, todos los hombres estaban gordos, todas las tallas eran ajigantadas; no se conocían el hambre y la sed; un apetito eterno preparaba eternos goces, y no se hacia mas que pasar de la cuna á la mesa, de la mesa del festín á la cama, y de esta al reposo de la tumba.

El poeta, á quien hemos consultado ya y al cual pediríamos todavía mas de un dato precioso, mas de un documento útil sobre esas costumbres atenienses, que

solo él ha descrito con fidelidad, va á ayudarnos á tratar sin demasiada lijereza ni pedantería el capítulo de las salsas y de los caldos que estaban mas en uso en su patria. Esos ingredientes, destinados á realzar el sabor de los alimentos y á aumentar el poder de las facultades digestivas, se componían principalmente de mostaza, comino, pimienta, rábano picante, ajo, en fin de todos los vegetales y de todos los granos cuyo gusto picante despierta por su naturaleza el apetito. Aristóteles cuenta veinte y cinco de esos condimentos (1) *hedusmata*; número muy corto, si se compara con las cuatrocientas salsas diferentes que trae el *Cocinero Parisiense*, pero que se complicaba y aumentaba sin duda con muchísimas variedades; porque el autor cómico que hemos citado mas arriba (2) habla de una revolución muy importante acaecida en su tiempo en el modo de hacer las salsas; revolución que no hubiera ocurrido hubiese estado tan limitada como podria dárlo á entender el precedente pasaje sacado de Aristóteles.

La salsa predilecta de los Atenienses, su guisado de pollo, era la célebre *hypotrimma*, salsa eminentemente astringente, picante y bastante afrodisiaca, si queremos dar crédito á Aristófanes, el cual la usa felizmente en su comedia de las *Mujeres políticas*. Según parece, la *hypotrimma* era de color amarillo azafrañado que dejaba signos visibles en los labios y en la barba de los amantes; y acontecia á menudo ver á los Atenienses, reunidos para dar sus votos, decidir los negocios de la república con la boca teñida de aquel color: la gastronomía fué en todos tiempos íntima aliada de la política. Ahora bien, las hembras jacobinas que quieren, en la pieza de Aristófanes, apoderarse del gobierno de Atenas y derribar la aristocracia del sexo varonil, no encuentran mejor medio para salir airoso de su proyecto y completar su disfraz de hombres, que embadurnarse de la *hypotrimma* que tiene por lo regular el rostro de sus maridos: oigamos el coro de esas patriotas.

CORO DE MUJERES, VESTIDAS DE HOMBRES.

«¡Ciudadanos! (esta mañana erais todavía ciudadanas, mas todo ha cambiado ya). ¡Ciudadanos, pues! ¿jurais todos vengar vuestro sexo y romper vuestros grillos?»

SEGUNDO CORO.

Juramos.

PRIMER CORO.

«Mañana pues os reuniréis todos al salir la auro-

(1) *Etic*; l. 3, § 10.

(2) *Las Aves*, v. 532.

(1) Aristóf., *Acharn.*, act. 2.

ra en la Agorá, con el rostro risueño y la faz encendida, haciendo resonar nuestros gritos á cien pasos á la redonda, con la boca teñida de hypotrimma, como nuestros esposos, etc., etc. (1)...

Los guisados mas delicados de la cocina moderna eran, como se ve, conocidos de aquella nacion, madre de las artes. Servir un pollo en forma de costilla, trasformar una liebre en un cabrajo: crear toda especie de engañifas gastronómicas fué por mucho tiempo una de las habilidades especiales del cocinero ateniense. A medida que progresó la civilizacion, esta afectacion de mal gusto (que fué moda por tanto tiempo entre los Europeos modernos) cedió al influjo de las luces y al ascendiente de la razon. Esas extrañezas, sin valor gastronómico, eran, respecto de la verdadera cocina, lo que el juego de vocablos y el acróstico respecto de la verdadera poesia. Pronto no se hizo el menor caso de esas penosas puerilidades, y la ciencia se elevó acrisolándose.

A vosotros dirijo al presente mis preguntas, hombres indispensables, providencia de los Atenienses, dispensadores supremos de las delicias de sus mesas, vosotros que vendiais el pescado en el mercado de Atenas. De vosotros dependia la bondad de las comidas saboreadas por los contemporaneos de Alcibiades. Vosotros ejerciais un enorme influjo sobre el bien ó malestar de vuestros compatriotas; porque los Atenienses, eminentemente ictiofágos (comedores de pescado), se distinguían de todos los pueblos antiguos por la violencia de este gusto, que mas bien era entre ellos una pasion que un apetito. Cuando un poeta trágico queria lanzar una maldicion contra un poeta rival, he aquí cómo lo hacia; « ¡Ojalá que cuando vengas al mercado á comprar anguilas, no encuentres ni una sola para tu comida (2)! »

Estaban tan persuadidos los Atenienses de que el pescado es el primer alimento del hombre, que la misma palabra significaba (3) *alimentos*, y especialmente *pescado*. Campeaban en las mesas de los Atenienses pescados frescos y salados, de mar y de agua dulce, de estanque y de rio, con escamas ó sin ellas, de todas dimensiones y de todas especies. Bastaria apenas un diccionario, tamaño como el cuaderno á que confiamos esos artículos, para la lista completa de esos pescados, de sus jéneros, de sus subdivisiones, de sus denominaciones debidas á su tamaño ó á sus diferentes edades. El atun, en todas sus variedades, recibía mas de cien nombres diferentes. El *omotarichos*, salado y machacado en morteros hechos al intento, servía de alimento diario á los soldados y á los marineros. Segun los mas inteligentes, era necesario, para comer ese pescado en todo su mérito, cocerlo en agua de mar (4).

No hablaré de los *escombros*, del *elefantino* inmortalizado en la escena por el poeta Crátes; de los *coracinos* que llamaban *saperda* cuando se habian pescado en las lagunas Meótides; del *tillo*, pescado gigante que no podian comer doce convidados en tres dias (1); de ese otro pescado anónimo que, segun la descripcion del poeta cómico Efipo (2), se asemejaba, por su talla y su forma, al gran boa de los desiertos de la América; del *patristaco*, que, cambiando tres veces de nombre, se llamaba *agnotidra*, cuando era de pequeñas dimensiones, y *milló*, cuando sus proporciones eran medianas. Ni es bastante completo todavía mi catálogo, y es necesario que coloque en él el *alfesta* que se pescaba á pares; el *amia*, tan sabroso de suyo, que el peor cocinero no podia echarlo á perder aunque quisiese; el *ellops*, que gustaba tanto á Júpiter, se abandonaba á su imperial esposa todo el resto del festin, y no se reservaba mas que ese plato (3); el *batis*, que se comía en invierno con una salsa de queso, y que se encontraba siempre, dice Eupolis, en la mesa de Callias; el *pompilo*, pez sagrado, texto inagotable de leyendas helénicas, hermano de Vénus, si hemos de darlas crédito, y nacido, como ella, de la sangre de los dioses y de la espuma del mar; la *anchova* (*aphia*), tan célebre en los tiempos antiguos como en los modernos, que se encuentra barajada tan á menudo con la historia ateniense, y para cuyo condimento nos ha dejado el grande Arquestrato una receta tan preciosa.

Ese Arquestrato, digno precursor de Epicureo, emprendió largos viajes, con el solo objeto de profundizar la ciencia de cocer el pescado; no ha dejado un solo ovíparo del mundo antiguo sin someterlo á sus investigaciones. Sabores de cada especie y de las diversas partes de cada especie; modo de pescar los peces con cedal, con redes, de conservarlos, de mejorarlos; nada ha olvidado. Tan buen poeta como convidado erudito, ha consignado el resultado de sus trabajos en una serie de versos hexámetros, parte de los cuales han llegado hasta nosotros (4). Por él sabemos que nada era preferible al congrio de Sicione; que el mejor *glauco* venia de las pescaderías de Megara; que las costas del Atica eran famosas por la bondad de sus lenguados, de sus sargas, y de sus rombos incomparables; en fin, que la anchova de Talero, puesta en aceite hirviendo y retirada poco tiempo despues, era un manjar digno de los dioses. Si no fuese por él, ignoraríamos la existencia de ese pescado llamado en Rodas la *zorra*, y en Siracusa el *perro*, pescado tan célebre en la Grecia, que si hemos de dar crédito á Linceo de Sámos, escude en nombradía á Cecrops. Arquestrato recomienda á todos los comilones que se lo ajencien á cualquier precio, y que si roben si no pueden comprarlo. « ¿Qué son, en efecto,

(1) *Thesmóthet.*

(2) Aristóf. *La paz*, 10; 10.

(3) ὀψων

(4) Alex., fragm. citado por Ateneo.

(1) Aten., I. VIII, p. 346—(2) Id. ib.

(3) Epicharm. ap. Aten.

(4) Véase Aten., lib. VIII, 16.

esclama este admirable gastrolojista, todos los accidentes de los hados al lado de la dicha de probar semejante pescado? Una vez llegado el hombre á este grado de felicidad, nada tiene que temer ya de la suerte. » En cuanto al *aper*, el mismo autor ya confiesa que solo los ricos pueden pensar en gozar de semejante alimento; que es un manjar de usurero, de hacendista, de sibarita; que se vende á peso de oro, y que era, para servirme de la enfática espresion del mismo poeta,

Manjar digno de un dios, la flor del néctar.

El capítulo de las anguilas está bastante desarrollado en este autor: alaba con justicia el modesto retiro en que viven estos pescados lejos de todas las miradas; recuerda las obligaciones que les deben los poetas dramáticos, á los cuales ha proporcionado esa numerosa casta mas de una brillante metáfora, y concluye diciendo que la anguila es todavía entre los pescados lo que fué la hermosa Helena entre las mujeres. « Recomendando, dice, todas las especies de anguilas. ¡Pero mil veces feliz el que habita cerca de Mesina! porque allí es donde se encuentran las de mejor calidad. » Antífano, autor de comedias, tiene la avilantez de decir que se venden menos caros los dioses que las anguilas. « Por medio de un pequeño sacrificio que me cuesta algunos óbolos, compro, dice este impío, la benevolencia de la corte celestial, y con diez buenos dracmas no puedo ferir una anguila. »

De esta suerte reinaba en la mesa ateniense el pescado en todas sus variedades. La ictiofajía (comida de pescado), convertida en un gusto vivo y dominante, en una pasión, en una manía invencible, proporcionó al poeta Arquipo materia y objeto para un drama alegórico y bufo, en que los habitantes de las aguas concluían, por medio de un tributo anual, un tratado de paz con el pueblo bárbaro que despoblaba sus reinos. Un gran comedor de pescado, fuese quien fuese, tenía derecho á la benevolencia é indulgencia del pueblo ateniense, y aun era un título para ser indultado, en caso de traición política y de crimen de estado. El orador Hipérides había, como otros muchos ciudadanos, recibido dinero de Harpalo: « Perdonadle, dijo Timocles (1); ¡es tan amigo del pescado! si le castigais, reduciréis á la miseria á muchos vendedores de pescado fresco. » Contábanse sobre esto excelentes cuentos; y la historia de ese Filojeno, que desahuciado por los médicos, y estando muriéndose de indigestion, queria acabar de engullirse al menos, antes de pasar la Estijia, el sollo que la había causado; esa historia, digo, traducida en inglés por Pope, y en francés por el alegre La Fontaine, hallegado hasta nosotros al través de las edades, é inmortalizado la glotonería ateniense.

El vendedor de pescado gozaba en Aténas de un

verdadero poder. Era un personaje. Dábase mucha importancia, y era, como la mayor parte de los hombres útiles ó necesarios, orgulloso, arrogante, irónico, rapaz, poco escrupuloso en elegir los medios de enriquecerse, diestro en engañar á los compradores, fecundo en astucias y tan intrigante como denodado. Ya se trataba de halagar á ese hombre singular, ya se le atacaba de frente, y era entregado en la escena á la risa del populacho. Linceo de Samos se tomó el trabajo de escribir un libro *ad hoc*, verdadero código del comprador de pescado; tratado que contiene todas las reglas necesarias para granjearse la benevolencia del vendedor de pescado. Es el arte de la seducción aplicada á la ciencia de la gula, el manual de la cortesía que se requería para ablandar el alma codiciosa y grosera de un mercader de pescado ateniense. No dejaron los autores cómicos de aprovechar esas agradables ridiculeces. Anfis, en su *Impostor*, copió el tono insolente de ese abastecedor privilegiado: le pintó en pié delante de su parada, con la cabeza erguida, el aire insultante, y vestido con magnificencia, y cerca de él el comprador tímido, que apenas se atreve á ofrecer precio, mientras que el vendedor, aparentando distraccion, responde por monosílabos, vuelve la cabeza con desden, mira al parroquiano por encima del hombro, y lleva su impertinencia al estremo deno pronunciar mas que á medias las palabras que deja caer su orgullo.

EL COMPRADOR.

¿Cuánto quieres por esa loja?

EL VENDEDOR.

.....cuenta óbolos (por cincuenta óbolos).

EL COMPRADOR.

¡Por los dioses que es demasiado cara! ¡es tan pequeña.....!

EL VENDEDOR.

....¡queña (por pequeña)! ¡Ah! ¡ah!

EL COMPRADOR.

¿Y ese salmon?

EL VENDEDOR.

.....renta (por cuarenta, etc.)

Esas impertinentes síncopes no arredraban al paciente gastrónomo, que pasaba por lo que queria el vendedor. Alejo (1), que siguió las huellas de Anfis, se enoja y profiere una verdadera invectiva contra el vendedor de pescado. « Mis ojos se niegan á obedecerme y me indigno, dice, cuando veo á nuestros je-

(1) Poeta cómico. Véase Pausanias.

(1) Véase Ateneo, lib. XV.

nerales arquear las cejas, sin dejar caer sobre el pueblo ni una sola de sus miradas: mas cuando veo á uno de esos mercaderes malditos, que, porque venden pescado fresco ó salado, se creen con derecho para mirar con desden á la muchedumbre que pasa por delante de ellos, confieso que semejante espectáculo me es mas odioso que la muerte. » Antifano (1), que sin duda tendria algunos vendedores de pescado por acreedores, afirma que el aspecto de uno de esos hombres es para él la cabeza de Górgona. Xenarco (2), autor de la comedia intitulada *la Púrpura*, les acusa de bribones; Difilo (3), en su *Diligente*, les echa en rostro el mismo vicio. Habia un estatuto que les vedaba refrescar el pescado con agua; mas ellos se avenían entre sí y hacían como que reñían delante de su tienda: uno de los supuestos combatientes caía gritando socorro; su adversario, como para volverle la vida, le arrojaba un cubo de agua fresca en la cara, y si los salmones y los rombos recibían parte de la ablución, era aquello efecto de la casualidad. Servíanse de dos especies de óbolos, de los de Ejina y de los del Atica: el mercader de pescado á quien preguntaban el precio de un pescado, respondía: *Diez óbolos*; mas como los óbolos de Ejina valían mucho mas que los otros, el bribon tenia mucho cuidado en hacerse pagar con piezas ejinetas, y volver el cambio en monedas áticas.

Nuestro héroe hacia un papel muy activo en la democracia ateniense. Gritaba sin cesar *¡fuera la tiranía!* bien así como el populacho gritaba, durante la revolucion francesa, *¡fuera los aristócratas!* y corría á denunciar á su club treinta conspiraciones por día. Aristófanes, enemigo, como todos saben, del gobierno popular, y cuyas piezas están dirigidas contra sus ridiculeces, nos da el retrato barto picante de un mercader de pescado *bullanguero*: esta escena del mercado ateniense es digna de citarse:

« *¡Conspirar!* sois en verdad muy pródigo de semejante palabra, cuyo eterno eco me acosa y me fatiga. Es vuestro refrán, soldados, sacerdotes, mercaderes, y lo único que hiere mis oídos en el templo y en la Agora. Cincuenta años hace que os oigo repetir lo de *¡fuera la tiranía!* *¡se está conspirando!* *¡se está conspirando!* y ya un acreedor ríjido provoqué vuestro mal humor, ó ya sea feliz un rival vuestro, ¡es para vosotros un conspirador! Ese lugar común de los necios, ese clamor desgastado, hiere á cada instante mi cansado oído: voy al mercado á pedir *sollo*, ¡pues bien! el vendedor de pescado que no tiene mas que un ruín *cuadrátulo*, esclama: ¡Ah! con que queréis un *sollo*, ¿no es verdad? ¡Un *sollo*! ¡Oh! ¡ese plato nada tiene de popular! ¡es un pescado reservado para la mesa de los grandes! Veis, amigos míos, aquí

teneis uno de nuestros tiranos, uno de los que conspiran, de los que meditan una trama infernal, de los que alientan el lujo oriental del gran rey; algun enemigo oculto tal vez de la libertad. Entónces yo me retiro temblando sin ganas de comer *sollo*. ¡Ved ahí las columnas de las libertades públicas (1)! »

Servir y comer la vianda caliente eran dos puntos del rito gastronómico que se observaban mas religiosamente en Atenas. Parece que á pesar de la civilización ateniense y de sus progresos, la finura en los modales estaba muy atrasada; pues era costumbre de los convidados apoderarse de los platos que se servían hirviendo en la mesa, y privar de ellos á sus vecinos, cuando eran estos últimos menos diestros ó intrépidos. Los glotones de primer grado solían comer sus manjares hirviendo aun, pues á fuerza de sumergir sus manos en el agua caliente, las cauterizaban y las volvían insensibles al calor: en fin, por medio de una gratificación que ponían diestramente en manos del cocinero, le inducían á que hiciese llevar los platos á la mesa tan calientes, que solo ellos, merced al ejercicio preliminar de que acabo de hablar, podían recojer el beneficio. Pitilo, el mas famoso de esos convidados voraces, traía la lengua cubierta de una armadura artificial de que habla Ateneo (2), y que lia dado mucho que pensar á los comentadores (3); pero que, segun parece, se reducía á que su lengua se habia encallecido á fuerza de despreciar el calor.

Los perfumes, las flores, la literatura, la poesía, la música, todo contribuía á variar los placeres del Ateniense en la mesa. No se contentaban los convidados con lucir su talento, y repetir agudezas como se hace en el día, sino que era tambien forzoso cantar en coro, recitar ó inventar alguna fábula esópica ó erótica, discutir los puntos mas áridos de la filosofía. No era, como se ve, una prebenda el ser comilon. Añádase á esto que era necesario beber con un valor y una fuerza sobrehumana; beber como un Griego, era un proverbio generalmente admitido, y el agravio mas cruel que podía hacer uno á su enemigo era llamarle *bebedor de agua*. « Tu vida es un soliloquio donde solo se trata de salchichas (dice Cleon al tocínero en una de las parodias de Aristófanes). Vas decayendo cada día, y bien pronto, para colmo de infamia, no beberás mas que agua (4). » En otra de sus piezas, las mujeres, reunidas para sacudir el yugo de los hombres, pronuncian una terrible maldición contra los que quieren impedirles beber vino. Se nos presenta á los dioses de la mitología helénica como grandes bebedores; y en fin, sin hablar de Baco, dios de la vid, todos, desde Júpiter hasta Momo, adoraban este licor celestial.

En cuanto á las horas de comer, debemos confesar que estaban sujetas á los negocios públicos. Se comía

(1) Véase Ateneo, lib. VIII.

(2) Id. ib. La mayor parte de las citas y de las noticias dadas por el articulista son sacadas del *Deipnosopista* de este escritor.

(3) Véase Ateneo, lib. XVI.

(1) Aristóf. *Los Caballeros*.

(2) Aten., l. 1, p. 74.

(3) Schweighauser ad. Ath., loco cit.

(4) *Los Caballeros*.

muy poco durante el día, esperando que se pusiese el sol, en cuya hora estaba libre todo el mundo del peso de sus tareas diarias para entregarse á los placeres gastronómicos: entónces empezaban los banquetes delicados, las reuniones brillantes, los festines sazonados con todo el lujo de una filosofía voluptuosa. Los Atenienses, que tenían mas de un punto de semejanza con los Parisienses modernos, eran (lo mismo que estos últimos) enemigos mortales de esas comidas de familia, en las cuales, so color de tratarle á uno familiarmente, se maltrata desapiadadamente el estómago del convidado. Es en extremo curioso comparar dos pasajes de autores dramáticos, que vivieron á mas de dos mil años de distancia uno de otro, y que expresaban casi del mismo modo igual idea gastronómica en sus idiomas respectivos. Boissy introdujo en sus *Dehors trompeurs* (Apariencias engañosas) el siguiente diálogo:

EL BARON.

«Quiero daros una comida de amigo, y comerémos juntos y sin cumplimientos un pollo....»

MR. DE FORLIS.

«No: yo aborrezco esas comidas: yo gusto de buenos bocados; así que quisiera que me trataseis mas bien como á persona extraña.»

Escuchemos ahora á Menandro, á quien no había ciertamente leído el caballero de Boissy:

«La bondad del cielo me libre para siempre de una comida de familia, reunion lúgubre donde brilla el parentesco, pero donde padece el estómago; ¡en la que sentados gravemente primos, cuñados, nietos, pareciendo asistir á algun sacrificio, sufren el suplicio de un ayuno solemne! Primeramente el dueño de la casa, con una copa en la mano, entretiene á sus amigos con cuentos añejos: tiembla el edificio á su voz formidable. A su lado su esposa, matrona respetable, mezcla un agrio falsete á sus graves discursos, é interrumpiendo el luto de la triste comida, añade á cada nuevo plato un insulso comentario. No lejos de ella veo al tío, á la tía, á la abuela sazonando los platos con sus preceptos morales, y condenando los placeres... que estamos muy distantes de disfrutar (1).»

Los Atenienses oponían á esa tan decantada comida de familia los banquetes á escote, á que tenían una afición estremada. Cuando Aristóteles quiere probarnos que un gobierno en que toman todos parte vale mas que un gobierno puesto en manos de pocos ó de un hombre solo, apoya su argumento en una imájen sacada de las costumbres del comedor: «Del mismo modo, dice, los mejores festines son aquellos en que cada uno de los convidados trae su plato.» Se creyó entrever un peligro para la república en reunirse á menudo y en gran número: no se vedaron

las comidas á escote, pues esta medida hubiera sido harto violenta, sino que se fijó el número de los convidados, número que no debía pasar nunca de treinta. El *jinesónomo*, oficial pagado por el estado, estaba encargado de celar el cumplimiento de esta ley, y de numerar los miembros de cada festin. Durante esas grandes comidas, el dueño de la casa comunicaba á sus huéspedes por intervalos señalados la lista de los platos; los músicos ejecutaban conciertos (1), los graciosos daban representaciones (2); el parásito (especie de bufon privilegiado y con patente), el cazador de comidas (3), el adulador (4), empleos que no hay que confundir, se encargaban de divertir á los convidados. La fiesta, en la que nunca presidía la sobriedad, duraba mucho, y aun parece que quedaban chispados casi todos los que tomaban parte en ella. Así Xenofonte, haciendo el panejirico de su maestro Sócrates, nos participa, como hecho singular y como prueba de virtud eminente, que este grande hombre podía, al salir de cenar, caminar sin uno que le acompañase.

Las clases inferiores se contentaban con una comida mucho mas frugal, como yerbas, legumbres, pescado salado, una torta de cebada, vino y algunos higos. El juez viejo de Aristófanes, ese prototipo del *Jorje Dandin* de Racine, no comía otra cosa (5).

Por do quiera se encuentran entre los poetas griegos las huellas de este fervor gastronómico. Cuando Aristófanes quiere reconciliar á las mujeres con sus maridos, se vale de una comida. Cuando quiere alentar á sus actores á que desempeñen bien sus papeles, les manifiesta en perspectiva la cena que les dará la república, si salen vencedores de la lucha teatral; y para hacerles subir la saliva á la boca, se complacia en acumular en una sola palabra que fabricó, compuesta de setenta sílabas, todos los manjares jugosos que campearán en la mesa. Ese jenio extraño hace un guisado político, que sirve á sus oyentes, y cuya singularidad traspasa todos los límites de la audacia dramática. Representa la Guerra, de que acaban de ser víctimas la Sicilia, la ciudad de Megara y la de Prasia, bajo la forma de un gigante que machaca y tritura en un almirez estas dos ciudades é isla. La Sicilia está representada por el escelente queso de que tanto habla Teócrito (6); Prasia por un puñado de puerros, y Megara por un diente de ajo. Apenas osamos traducir aquí los primeros versos de esa escena extraña, parodia ajigantada contraria al gusto moderno, pero que encubre un sentido profundamente filosófico bajo su burlesca exajeracion.

La escena representa las regiones celestes. Elévase en el

(1) *Ἀρχοζύματα.*

(2) *Θεζύματα.*

(3) *Τρεχέδειπνος.*

(4) Arist., *Ética*, lib. VIII, c. 8.

(5) *Las Avispas.*

(6) *Eglog.* 4, etc.

(1) *Fragm. Menandr. ap. Athen.*

centro un grande almirez, y vese en el teatro queso, ajo y puerros.

LA GUERRA, jirando al rededor del almirez, pronuncia en tono grave y solemne el siguiente encanto:

Dolor, furor,
Rabia y terror,
Muerte y saqueos,
¡Tal es tu herencia
Y tus trofeos,
Oh humanidad!
¡Razas proscritas,
Razas malditas,
Para sufrir,
Para morir
Solo nacidas,
Sufrid!

TRIJE, montado sobre su caracol:

¿Qué es lo que veo, dioses soberanos?
¿Y porqué ese gigante, monstruo fiero,
Con el hierro en sus manos,
La vista ensangrentada,
Jira veloz en torno del mortero
Con rueda apresurada?
Yo temo, ó Jove.....

LA GUERRA.

Mil y mil veces
Maldicion;
Mil y mil veces
Destruccion.

¡Caed, puerros de Prasia en la marmita!
¡Ciudad maldita,
Cae á mis piés!

TRIJE.

Hizo de los humanos un jigote.

LA GUERRA.

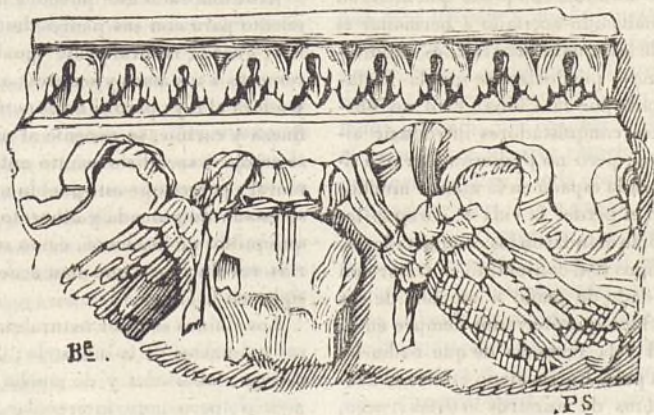
Llora, ó Megara,
Tu suerte amara,
Tus muros por el suelo derribados,
Tus techos por las llamas devorados,
Tus mujeres, tus virgenes
Que riegan sus cadenas
Con sus amargas lágrimas,
Mezcladas con los ajos
Que crian tus fecundas
Llanuras, del mortero
Llenaran las profundas
Y negras cavidades.

TRIJE.

¡Y cómo lo tritura!
Qué de sangre y de llanto, etc. (1)!

Después de haber hecho del erudito en materias de cocina, imitarémos á Rabelais, aconsejando á nuestros lectores que vayan á cumplir sosegadamente con sus deberes gastronómicos, sin curarse mucho de los procedimientos atenienses, y que se guarden sobre todo de querer, á semejanza de no sé que sabio (2), componer un festin ateniense; pues se puede apostar uno contra ciento que sería malísimo el tal ensayo. Contentaos pues, queridos lectores, con asistír, como yo, de lejos á los banquetes atenienses, y vivid alegres y empinad.

(1) Acharn. (2) Meibomio.



ANTIGUEDAD DE LA CATEDRAL DE TARRAGONA.

Usos y costumbres de los Chinos.

Los usos y costumbres de los Chinos se desvian enteramente de cuanto vemos en los demás pueblos, y, hablando jeneralmente, estos hábitos han variado muy poco de los que tenían antiguamente; de manera que suele decirse que los Chinos son los mismos que eran cuatro mil años atrás. Habiéndoles inducido la buena opinion que tienen de sí mismos á sobreponerse á las demás naciones en ciencia, ingenio, política y antigüedad, son mirados por aquellas como un pueblo idiota, bravío é indigno de ser apreciado é imitado fuera de los confines de su propia patria. No puede negarse sin embargo, según hemos observado, que esta nacion fué sabia, prudente y política en otro tiempo, y que conceptuó adecuadamente cuanto corresponde al gobierno y leyes fundamentales formadas esclusivamente para el bien público, las cuales han sido constantemente respetadas y observadas por el pueblo. Todas las revoluciones acaecidas en aquella larga serie de siglos fueron de muy corta duracion; y apenas podian los Chinos disponer de sí mismos, volvian á tomar su primitiva forma de gobierno y á ejercer sus antiguas costumbres. Este acatamiento á sus antiguas leyes se ha conservado hoy día, aun despues de la última conquista que hicieron los Tartaros, pues habiendo acertado á hermanar el primer emperador de la actual dinastía á los súbditos tártaros con los Chinos, puede decirse que la Tartaria ha sido conquistada por la China. Esto no obstante, quisieron estos conquistadores introducir algun cambio en el país; pero no pudieron lograrlo sino á viva fuerza y con la espada en la mano: muchos Chinos antepusieron el perder la vida al cortarse las alas del sombrero, como mandaron los conquistadores.

Desde que los Chinos han consentido en tratar con los Europeos, han dado de mano á muchos de sus antiguos desatinos, bien que aferrados siempre en su soñada superioridad y la creencia de que nadie les aventaja fuera de su país. En su mano estaria el avalorar los conocimientos de nuestros artistas; pero, jeneralmente hablando, no quieren prohibir los usos europeos; los mismos jesuitas, que lograban el arrimo del emperador, consiguieron inducir con muchísimo trabajo á los arquitectos chinos á que les fabrica-

sen una iglesia conforme al modelo que les vino de Europa. Tampoco ha podido nadie hasta ahora persuadirles á que dejen la pésima construccion de sus embarcaciones, ateniéndose á los modelos que están de continuo presenciando; en una palabra, tienen á mengua el uniformarse en lo mas mínimo con los demás pueblos civilizados.

Los Chinos se precian de ser mas finos y sociales que los demás hombres, pudiendo decirse que en este punto su opinion está muy bien fundada, pues es la nacion cuyos habitantes tienen los modales mas afables y corteses. Rara vez tienen pleitos, y el venir á las manos es ajeno aun de la plebe. Cuando se encuentran dos carreteros en una calle ó camino estrecho, lejos de encamorrarse y apalearse, acuden uno y otro con ahinco á salir del atolladero y se separan haciéndose recíprocas cortesías. Se dice sin embargo de los Chinos, que, si bien suaves y afables en sus modales, no dejan de ser algun tanto vengativos; no se lastiman al pronto con el agravio, mostrándose como insensibles, pero se esmeran en desquitarse en rodeándose coyuntura para desahogar su odio y su venganza.

Acostumbrado este pueblo á la obediencia y rendimiento para con sus padres desde su mas tierna niñez, guarda naturalmente iguales miramientos con respecto á sus amos y señores; ama á los mandarines y adora al rey; pero si no es correspondido con igual fineza y cariño, se resiente al momento del yugo, y se arroja á sacudirlo cuanto antes, aunque sin murmurar: parece que este pueblo muda de condicion en su estado de asonada y alboroto; se vuelve entónces quisquilloso é insolente, como se ha visto en las varias revoluciones que han acaecido en los últimos siglos en la China.

Los Chinos son por naturaleza despejados, traviesos y amantes de la industria; las clases infimas son activas, laboriosas y de mucha habilidad en el comercio, pero muy interesadas, adoleciendo mas ó menos de mala fe. Son comedidos, sobrios y circunspectos, con un rubor y recato tan comun á los hombres como á las mujeres. Su compostura exterior es tal, que el viajero que solo quiera juzgar por la apariencia,

conceptúa que es la virtud el único móvil de sus acciones.

La educacion de los niños y las niñas está confiada á las mujeres, hasta que aquellos se hallan en estado de ir á la escuela, y las otras llegan á la edad de pubertad, y en todas las épocas bajo la direccion del padre. Los Chinos tienen un método escelente para educar á sus hijos, y las leyes no solo conceden á los padres una ilimitada autoridad sobre aquellos, sino que los obligan á darles educacion; y si algun hijo comete algun yerro y no tiene el padre la entereza suficiente para castigarlo, tiene que sujetarse él mismo á la pena merecida por el hijo.

El libro de los *Ritos*, empezando por la educacion física de los niños desde que nacen, tolera las nodrizas, pero impone á las madres grandísimas precauciones en la eleccion. Cuando cumplen los varones la edad de seis años, se les enseña la numeracion mas obvia y los nombres de las principales partes del mundo; á los siete se les separa de sus hermanas, y no se les permite comer ni sentarse en su presencia; á los ocho se les enseñan los deberes de la sociedad, y á los diez les envian á las escuelas públicas, donde aprenden á leer, escribir y contar: llegados que son á los quince, les enseñan la música, y todas las canciones son conceptuosas y morales. Pasada esta edad, se les permite entregarse á los ejercicios del cuerpo, y se amaestran en tirar el arco y cabalgar. A los veinte años, reciben el primer grado doctoral, si los juzgan dignos de obtenerlo, pudiendo usar ya entonces pellizas y vestidos de seda, en vez de los de algodón que llevaban anteriormente.

Los Chinos tienen el método de poner á la vista de los niños los objetos cuyos nombres quieren que aprendan, como una mesa, una silla, etc. En cada aldea se encuentra un maestro para enseñar á la juventud las letras y las ciencias, de manera que hasta los escritores mas enemigos de los Chinos han tenido que confesar que hay en la China mayor número de personas que en Europa que saben leer y escribir.

Las personas pudientes que quieren dar mejor educacion á sus hijos, tienen maestros particulares en sus casas para instruirlos, acompañarlos, enseñarles la historia, la lejislacion y labrar su corazon para la virtud. Estos profesores gozan de gran privanza en la China; su empleo es honorífico y pagado una mitad mas que en Europa; los discípulos profesan suma obediencia y acatamiento á estos maestros, sin extrañar el verlos luego ascendidos á la jerarquía de vireyes.

Cuando se hallan ya cabalmente instruidos los co-
leiales, van á examinarse á una ciudad de tercer órden, donde el gobierno envia un comisionado para presidir los exámenes; hay veces que el número de examinados asciende á seiscientos; pero despues del primer examen, quedan reducidos á cuatrocientos, y estos reciben el nombre de *Hien-Ming*. El segundo

examen se hace por el gobernador de una ciudad de primer órden, y de los cuatrocientos *Hien Ming*, solo salen aprobados á veces ciento, que toman el nombre de *Fu-Ming*. Pero no son estos los únicos exámenes á que deben sujetarse los estudiantes. Un comisionado venido de Pekin va recorriendo las provincias y hace dos exámenes en cada ciudad crecida, uno en la primavera y otro en el invierno, empleando tres años en el desempeño de su encargo. Todos los citados *Fu-Ming* deben presentarse al mismo, para hacer alguna composicion delante de él: se cela que nadie lleve libros, ni tenga el menor roce con los examinadores. De los doscientos concurrentes se escojen quince que reciben el título de *Sien-Tsay* ó bachilleres; mas para obtener este grado, hay que hacer diez composiciones, y no pueden eximirse mas que por luto ú enfermedad; este acto es tan arduo, que muchos prefieren comprar el grado *Kien-Seng*, que se logra mediante mil escudos, aunque nunca es tan honorífico como el otro.

Estos titulares deben reunirse cada trienio en la capital de la provincia, para hacer oposiciones al título de *Kiu-Sin*, presidiendo sus exámenes dos mandarines enviados espresamente de Pekin.

Esto es lo que se practica tocante á la educacion literaria de la juventud. Los que se dedican á la milicia deben sufrir otros exámenes y adquirir títulos análogos á los literatos; deben saber tirar el arco, montar á caballo y dar muchas pruebas de brio y agilidad. Poco queda ya que decir acerca de la educacion de los jóvenes chinos; solo advertiremos que se pone mucho conato en inspirarles el amor al retiro, á la modestia y silencio. Si son ricos, les enseñan además la música y el recamo.

El ceremonial de la China se puede conceptuar fundadamente un código de leyes invariables. Desde el primer personaje de las clases elevadas hasta el último individuo de las menesterosas, sabe cada cual el tratamiento que debe dar y recibir, los honores que debe tributar y que le son debidos, sin atreverse á alterar lo mas mínimo. Persuadido el gobierno de que el esmero de los ciudadanos en la observancia de estos deberes mantiene la paz y el órden en el estado, procura, por cuantos medios tiene á su alcance, conservar y hacer respetar las consideraciones que corresponden á cada uno.

El emperador, como dueño supremo, tiene derecho para exigir homenaje y sumision de sus súbditos, debiendo arrodillarse todos en su presencia; todo lo suyo se mira como sagrado, y cuando se le habla debe orillarse el lenguaje vulgar. De tan estremado rendimiento al emperador procede el que naturalmente profesa el pueblo á los mandarines y superiores, quienes exigen de sus inferiores el mismo respeto que ellos están obligados á mostrar al emperador.

Cuando se encuentra un plebeyo con un mandarin, al momento se cuadra, y tiene los brazos colgantes y la cabeza algo inclinada, y se guarda bien

de saludarle. Cuando se trata despues de hablar á un mandarin de alto grado, ó de presentarle un memorial, hay que ponerse de rodillas, hacer tres cortesías bajando la cabeza, y esponer la demanda en aquella postura; y si el suplicante es persona fina, le manda el mandarin levantar, y poniéndose un poco aparte, se espresa quedándose en pié. Cuando se habla ante quien ocupa un empleo, exige la urbanidad que se ponga la mano delante de la boca y que se incline respetuosamente.

Si se encuentran dos Chinos de igual condicion, se bajan uno hácia otro dándose las manos por detrás y la estrechan con ahinco; pero siendo las personas de grádo superior, se dan las manos por delante y las levantan y bajan una y muchas veces, inclinándose en extremo y repitiendo las palabras *Tsin-Tsin*, yo te saludo. Regularmente los mandarines sortean todo encuentro; pero cuando les es imposible, sale de su silla el mandarin inferior, ó se apea saludando cortesmente al otro. Mas si los mandarines son de igual condicion, quédanse en sus asientos y se saludan de paso, y si llega el caso de encontrarse los dos á pié, es entónces larguísimo el ceremonial, pues que exige la buena crianza el procurar no ser el primero en despedirse.

Las visitas que se hacen á los gobernadores de la ciudad van siempre acompañadas de regalos, mas ó menos cuantiosos, á los que se añade una caja barnizada, con realce de flores de oro, y dividida interiormente en diez ó doce casillas, llenas de varias confituras. En el segundo tomo del *Du-Halde* se leen las largas ceremonias que acompañan á esta visita.

Cuando ha sobresalido un gobernador en justicia, celo y bondad, para darle un testimonio los letrados del país del aprecio jeneral que disfruta, mandan hacer un vestido compuesto de cuadritos de raso de varios colores que representan todas las naciones que gobierna, y el día de su cumpleaños le presentan aquel don con gran ceremonia, al son de varios instrumentos de música. Despues de haber demostrado el mandarin alguna dificultad en aceptarlo, declarando que no ha merecido tan sumo obsequio, cede á las súplicas del pueblo y se lo pone; pero no lleva este vestido mas que una vez, y se conserva preciosamente en la familia como un distintivo y blason eminente.

Una visita en la China es asunto de suma entidad, que requiere ciertos preliminares desconocidos en Europa. Cuando un Chino quiere hacer una visita á alguno, tiene que enviar un cumplimiento y el propio nombre contenido en un billete de papel encarnado y plegado, con un pedacito triangular de papel dorado puesto en la última hoja. Si se rehusa la visita, se devuelve el billete, y se hace saber al que lo envía, que no se tome la molestia de salir de la silla, enviándole un billete semejante; si despues se recibe la visita y el que la hace es del mismo grado, es entónces eterno el ceremonial.

En todos los patios que preceden á los aposentos, hay tres puertas, donde comunmente se disputa sobre nobleza, porque el que llega no quiere pasar por la puerta de enmedio; pero es menester que finalmente consienta en ello, mientras que la persona que recibe la visita entra por una de las puertas laterales. Llegados los sujetos al aposento, despues de haber hecho algunos cumplimientos para ofrecer una silla, se sientan al fin, manteniéndose tiesos con las manos en las rodillas, y con los piés puestos á igual distancia de la silla se están inmóviles con ademan circunspeto.

Los Chinos ofrecen siempre té en las visitas, pero no se sirven de él á nuestro modo; sino que ponen hojas de té en una taza de porcelana, y virtiendo en ella el agua hirviendo, la cubren y presentan la taza en una fuente ó especie de navecilla hecha de cobre. Se ha de tomar la taza con ambas manos, y beber poco á poco; si se echa azúcar, se vuelve á tapar para mover el té, porque los Chinos no usan cucharas. Abréviase estas ceremonias cuando son de igual condecoracion visitante y visitado; pero si uno de los dos es de mayor jerarquía, entónces se van redoblando sin término. Si se añade alguna dádiva á la visita, hay que hacer luego en el billete de visita una descripcion de todos los regalos uno por uno, é irlos entregando á los criados del amo de casa, quien los acepta todos ó en parte, escribiendo en la nota lo que se retiene y lo que se devuelve; raras veces sucede que nada sea aceptado, por ser descortesía y aun agravio el rehusarlo todo.

Hasta las cartas de los Chinos requieren allá ciertas formalidades por parte de las personas á quienes se escriben: si es á persona visible, se hace forzoso valerse de un papel blanco que tenga de diez á doce pliegues, empezando la carta en el segundo, y escribiendo la firma en el último; la letra mas ó menos abultada, las espresiones que se han de usar, la distancia que debe mediar entre los renglones, todos son puntos ya pautados, segun la jerarquía del personaje á quien se escribe.

Los ancianos ocupan siempre el lugar mas honorífico, que, si bien es la derecha para los Chinos, para los Tártaros es la izquierda.

Hay que notar además que los Chinos, así como las demás naciones orientales, son tan ajenos de descubrirse la cabeza en señal de respeto, que se conceptúa un desacato el estar con la cabeza descubierta delante de los superiores, y por esta razon, dice Du-Halde, el papa dispensó á los misioneros el descubrirse la cabeza en sus iglesias.

De lo dicho se deduce cuán empalagoso debe de ser aquel ceremonial que, especialmente entre los prohombres, se cumple puntualísimamente, pues el mas mínimo desvío se gradúa de culpa grave, por cuyo motivo cifran los Chinos parte de su educacion en el estudio de las ceremonias; y hay muchos libros impresos para facilitarlas, que despejan todo este

sistema, apropiándolo adecuadamente para todos.

Poco curiosos los Chinos de nuevas modas, se visten constantemente de la misma manera, y el nieto lleva los vestidos del abuelo, sin recelo de que se estrañen. Se dice que por espacio de cuatro mil años ha sido la misma la forma de los vestidos, y que el mayor obstáculo con que tropezaron los Tártaros conquistadores fué el de retraerlos de alguna antigua costumbre para introducir las suyas propias. Por este motivo muchos Chinos quisieron desamparar su patria, y hasta perder la vida, antes que dejar los usos de sus mayores.

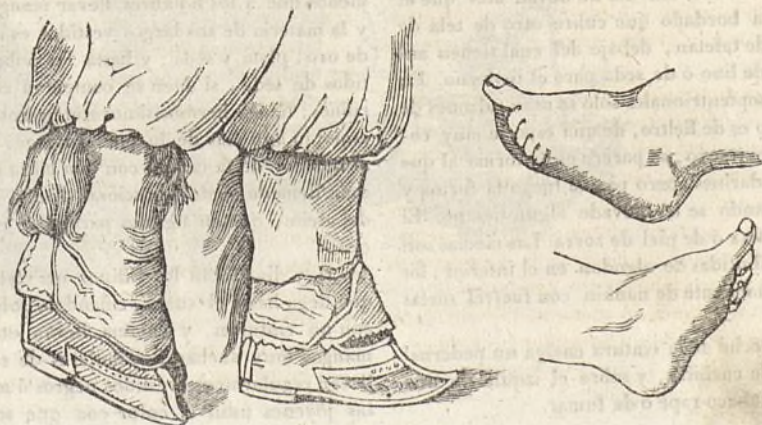
El vestir de los Chinos es muy decente y apropiado al comedimiento y gravedad que suelen demostrar. Por consiguiente reprueban ellos altamente el vestir europeo.

El origen de esta moda, que, segun cuentan ellos, era la única que se habia usado desde la fundacion de la monarquía hasta la conquista de los Tártaros, consistía en vestidos largos y anchísimos, con unas mangas que arrastraban, y un sombrero descomunal, cuya forma variaba segun la condicion de la persona.

Gonzalez de Mendoza describe del modo siguiente los antiguos hábitos de la China: Los nobles y los principales señores se visten de seda de varios colores, y los plebeyos, de sarga ó de tela de lino, de cuyos jéneros tienen mucha abundancia. Estos vestidos varían segun la estacion y las diferentes jerarquías en que se subdividen ambas clases; así es que los nobles oriundos de sangre real llevan la túnica bordada de oro y plata hasta la cintura, y los de menor condicion solo llevan algunas hileras de bordados. En invierno, la túnica es de pieles de varios animales, que abundan mucho en la China. Los solteros se distinguen de los casados en que llevan largos sombreros abocados sobre la frente con las alas muy altas.

Pero desde que tuvieron que orillar esta antigua moda, el vestido de los hombres consiste jeneralmente en una larga túnica que les llega hasta los piés; es tan cumplida, que han de hacer unos cuantos

pliegues en el pecho, recojiéndolos en el lado izquierdo con tres ó cuatro botones de oro, plata ó cualquier otro metal, segun las facultades de cada cual. Las mangas son muy anchas y se recojen arbitrariamente, terminando en forma de herradura, de manera que cubren toda la mano y no dejan ver mas que la estremidad de los dedos. La faja que sujeta esta túnica es de seda muy bien bordada y cuelga ordinariamente hasta la rodilla; á su extremo penden á veces un reloj, un cuchillo y una bolsa que contiene la pipa, el tabaco y dos instrumentos de madera que emplean para comer. Encima de este vestido, tanto los hombres como las mujeres llevan una especie de camisa de tafetan blanco, que ciñe casi todo el pecho, y va á caer con mucha gracia sobre el brazo derecho. Llevan asimismo entrambos sexos pantalones anchos de lienzo ó de seda que llegan hasta mas abajo de la pantorrilla, pero en invierno se usan de raso, y aun de ropas forradas de pieles en las provincias septentrionales. Sus calcetas son de seda ó de nankin; suben mas que las botas, y tienen los extremos guarnecidos con una cinta de seda ó de terciopelo. Las botas son de seda ó cuero, y llegan hasta las pantorrillas; como son anchas, resultan muy cómodas para los Chinos, que se sirven de ellas en lugar de bolsillos para poner los papeles y el abanico. La jente fina nunca sale sino con botas, que son regularmente de raso ó de otro tejido de seda, y aun de algodón, pero siempre teñidas; cuando viajan á caballo, las llevan de cuero de vaca ó de caballo, pero preparado de modo que da mucho de sí. El calzado de los Chinos en jeneral está bien hecho, y se ven algunos trabajados con mucho artificio. La suela es muy gruesa, constando de gruesos cartones reforzados por debajo del cuero, carecen de talon y tienen la punta vuelta hácia abajo, de manera que siendo necesario hacer entrar el pié con fuerza, no hay necesidad de enlazarlos, como que no cabe peligro de que el pié se salga de ellos: sin embargo estos zapatos son muy incómodos para quien no está acostumbrado á llevarlos, porque apinán y estrujan los dedos.



Los Chinos, que cuidaban mucho de sus cabellos antes que los conquistasen los Tártaros, se vieron precisados por los mismos á afeitarse la cabeza para acomodarse á sus usos, conservando solamente en el lado izquierdo una guedeja de cabellos que se dejan crecer y colgar, haciendo de ella una larga trenza que ellos llaman *Peu-Ze*, ó bien la arreglan como un moño doblándola debajo de los gorros ó sombreros, que tienen regularmente la forma de una cantimplora. Estos sombreros, que dejan las orejas descubiertas, se mudan dos veces al año; los de verano son de finísima paja, forrados de raso y adornados esteriormente con una gruesa escarapela de seda encarnada, ó de clines finísimas teñidas del mismo color, atados en la cima hilvanada de los mismos y que, colgando hasta la orilla, se esparrama cubriéndolos por todas partes y ondea al viento por su levedad: este adorno es permitido á todos los que quieren hacer uso de él. En la cumbre del sombrero llevan un grueso boton de ámbar ó de cristal, ó de alguna otra materia luciente, segun la jerarquía y el grado de las personas. Los sombreros de invierno están adornados de marta, de armiño, de pieles de animales ú otros ropajes de mas ó menos valor, segun las facultades de quien los lleva. Cuando los Chinos están en casa y cuando salen sin ceremonia, en lugar del gorro, llevan un gorrito de seda bordado, y á veces adornado con una perla por delante. Cuando viajan en tiempo lluvioso, sus gorros y vestidos superiores están charolados con cierta especie de aceite que secándose verdea y los guarece de la lluvia. Los pobres van con la cabeza del todo descubierta ó llevan un ligero y pequeño gorrito que se asemeja un tanto á la corona de un sombrero nuestro, pero no es tan alta. En verano llevan los Chinos el cuello descubierto, pero en invierno se cubren con un collarin de piel, de seda ó de terciopelo. Véase la lámina.

La zimarra ó camison es de piel de carnero y es una zalea adornada de medias lunas hechas de la misma piel, pero de diferente color y cosidas á igual distancia unas de otras. Suelen los ciudadanos llevar este camison por la mañana y tarde para guarecerse del frio; en lo restante del día no llevan mas que el vestido de seda bordado que cubre otro de tela de lino blanco ó de tafetan, debajo del cual tienen anchos calzones de lino ó de seda para el invierno. En las provincias septentrionales solo se usan calzones de pieles. El gorro es de fieltro, de una especie muy comun: cuando es nuevo, se parece en la forma al que llevan los mandarines, pero pierde luego la forma y se estropea cuando se ha llevado algun tiempo. El collete es de marta ó de piel de zorra. Las medias son de nankin, embutidas de algodón en el interior; los zapatos son igualmente de nankin con fuertes suelas de papel.

Del lado derecho de la cintura cuelga un pedernal y una vaina de cuchillo, y sobre el izquierdo una bolsa llena de tabaco rapé ó de fumar.

Las mujeres se visten de un modo bastante decente; parece que la modestia y los celos han inventado aquellos vestidos con los cuales están enteramente cubiertas. Hay que confesar que, gracias á esta moda de vestir, las reglas de la decencia exterior están perfectamente guardadas por medio de los ejemplos y conducta de cuantos blasonan de educacion y urbanidad. Con todo, si bien no siempre escluye al vicio, encubre empero su brutalidad y aumenta el placer y la delicadeza de los deleites naturales. Los Chinos han precedido y sobrepujado en la práctica de esta virtud á las mas de las naciones. Léense empero en las antiguas crónicas de la China que la vanidad de las mujeres, cultivada por la educacion, estimulada con la competencia y arrebatada con el ímpetu de la ambicion, ha producido prodigios de sutileza, de acicalamiento y de profusion, que parecerian increíbles, si no los atestigüasen los monumentos mas auténticos. Háblase en ellos de telas tejidas de plumas tan finas que tenían la lijereza y flexibilidad de las sedas mas finas; de velos hechos con pequenísimas perlas y con raices, cortezas y filamentos de marfil ensartados en la seda; de vestidos enteros recamados con piedras preciosas y joyas ordinarias, con tanto primor, que representaban todas las gracias y el realce de la pintura. Las horquillas, collares y zarcillos estaban peregrinamente trabajados, y los diamantes, rubíes y perlas doblaban su valor.

El coste de los brazaletes de la princesa *Fang* fué de setenta mil onzas de plata; y el precio de un *Kintia* ó sea *tocador*, fué de diez mil onzas de oro. Este lujo excesivo de que hablan los historiadores, sirve de exordio á la narracion de las calamidades, turbulencias, delitos y grandes revoluciones de que fué el preludio y la causa. El arriba dicho Gonzalez de Mendoza nos describe de la manera siguiente los vestidos que antiguamente usaban las mujeres chinas: «Estas, nos dice, ansian sobremanera los adornos; sus vestidos no se diferencian mucho de la moda española, pues se cargan de oro y piedras preciosas, de modo que no se ve en ninguna otra parte ostentar en tanto grado el boato mujeril. No les gusta menos que á los hombres llevar mangas grandiosas, y la materia de sus largos vestidos es un paño tejido de oro, plata y seda, y hasta las pobres llevan vestidos de seda, si bien se contentan con tejidos mas ruines; tienen hermosísimos sombreros, en los que se esmeran aun mas de lo que conviene, afianzándolos al rededor de la cabeza con una larga cinta de seda, toda llena de piedras preciosas. Es tan comun el uso del afeit, que en algunos parajes se emplea con exceso.

«Hoy dia llevan los Chinos un vestido tan largo que llega hasta el suelo, ciñéndolo sobre el vientre con un cinturon, y encima llevan otro suelto con mangas muy anchas. Las mujeres de edad avanzada llevan regularmente vestidos negros ó morados; pero las jóvenes usan el color con que se encaprichan



esceptuando el amarillo. Tienen siempre las manos escondidas dentro de sus anchas y largas mangas, que casi arrastrarian, si no tuviesen cuidado de alzárselas, y si se les ofrece algo, lo toman con las manos envueltas en ellas. Dichos vestidos son tan estrechos en el cuello, que encubren enteramente el pecho, pues requiere el decoro que ni siquiera la forma se pueda distinguir; algunas veces usan las mujeres de una especie de chal que envuelven en torno del cuello y espaldas. Su modo de vestir no está sujeto al capricho de la moda, y la estacion y alguna variedad en las disposiciones de sus ornamentos son las únicas causas que producen en él algunas pequeñas diferencias.

«El tocado ordinario de las señoras de tono consiste, dice Du-Halde, en partir el pelo en varios rizos que á veces van engalanados con flores de oro y plata, y alguna vez llevan por ambos lados hermosas plumas que van á parar con gracia sobre las espaldas; lo restante del pelo se lo estrechan por detrás en una especie de aro, que prenden por medio de un alfiler. El mismo P. Du-Halde nos cuenta que algunas damas chinas adornan su cabeza con la figura del *Fong-Hoang*. Este fénix de los Chinos se fabrica de

cobre ó de plata dorada, segun las facultades de las personas; sus alas están graciosamente desplegadas en la parte delantera del tocado y vienen á ceñir el remate de las sienes; su cola larga y abierta forma una especie de penacho en la coronilla de la cabeza, el cuerpo se coloca en la frente, y el pescuezo y el pico cuelgan hasta la nariz; pero el cuello está prendido al cuerpo de manera que fácilmente se menea la cabeza y se va meciendo al par de la portadora, que afianza los piés del pájaro con sus cabellos. Algunas damas de encumbrada jerarquía usan allá una gala compuesta de muchos *Fong-Hoang*, los que, entretreídos mutuamente, van ciñendo la cabeza á manera de corona; pero el trabajo de este ornamento es de sumo valor.

«Las damas solteras y lozanas llevan regularmente una especie de corona hecha de carton y cubierta con alguna tela de seda; la parte anterior de esta corona, que se eleva en punta sobre la frente, está cubierta de perlas, diamantes y otros realces costosísimos. Lo restante de la cabeza está salpicado de flores naturales ó artificiales y alternado con algunos alfileres encabezados con diamantes. Las mujeres de edad avanzada no llevan regularmente mas



Ayuntamiento de Madrid

que una
vueltas
mujeres
me á la
una mu
ces alza
llevan e
man cor
con alfi
suerte i
las prov
cima de
cuando
de cuer
casi tod
Señor I
Lín-Cin
rededor
tada co
cho, q
hasta d
zado c
mucho
van bi
porque
difícil
porque
con un
revuel
zas. La
vincia,
se tiñe
mando
señala
dio de
mirar
Crea
mujer
todo s
poco a
seda fi
mejor
estrech
llamar
Ya
mucho
dias,
una e
les cu
se aju
guarn
ra qu
abulta
respo
seda
ellas
de al
tacor

que una tira de seda fina que da mil vueltas y revueltas en derredor de la cabeza. El tocado de las mujeres, dice muy bien De-Guignes, varia conforme á la edad y los lugares: el pelo tendido demuestra una muchachita; una trenza colgante y algunas veces alzada va pregonando su noviaje; las casadas llevan el pelo enteramente vuelto hácia abajo y forman con él un lazo ó una especie de moño sostenido con alfileres; mas el uso de alzar el pelo de esta suerte afea la frente, y pronto las encalvece. En las provincias septentrionales, llevan las mujeres encima del pelo cierta especie de seda rala y sutil, y cuando hace frio, se arreglan la cabeza á la manera de cuernecillo ú capucho. Mas estos usos varían en casi todas las provincias de tan inmenso imperio. El Señor De-Guignes ha observado que las mujeres de Lin-Cing, en la provincia de Kiang-Nan, llevan al rededor de la cabeza un pedazo de piel morena apretada con una fajita de tela negra de un dedo de ancho, que se ensancha desde en medio de la frente hasta dentro de las cejas, y cuyo extremo está realzado con una perla. Las viejas llevan esta faja mucho mas ancha, y las que van de luto la llevan blanca: dicha faja surte muy buen efecto, porque hace resaltar la blancura del color de las mujeres chinas, porque todas se pintan de azul y de blanco, y no con un color separado del otro, sino con entrambos revueltos, de manera que las hay enteramente rojizas. Las mujeres de *Pa-To-Hio*, en la espresada provincia, llevan igualmente la faja negra, usan afeites, se tiñen las cejas con el negro mas hermoso, formando un sutilísimo arco, se arrebolan los labios y señalan una rayita de un rojo aun mas vivo en medio del labio inferior y demuestran complacerse al miraras uno con ahinco.

Creemos por demás advertir que el tocado de las mujeres comunes es menos costoso y acicalado; pues todo su realce de cabeza, mayormente si están un poco avanzadas en edad, consiste en un pedazo de seda fina, y el modo cómo se sirven de él es algo semejante al que usan nuestras mujeres, que á veces se estrechan la cabeza con muchas cintas; los Chinos la llaman *Pao-Teu*, ó sea envoltorio de cabeza.

Ya hemos observado que hasta las mujeres llevan muchos calzones: por esto nos parece que sus medias, por lo que podemos recojer de su figura, sean una especie de apéndice á sus calzones, los cuales allá les cuelgan á manera de grillos sobre el talon; donde se ajustan con una cinta, y forman allí una especie de guarnicion ó repliegue de una manga de camisa, para que, en cuanto se puede suponer, disimulen la abultada disformidad del empeine. Los zapatos corresponden á la pequeñez del pié y son asimismo de seda primorosamente bordados, regularmente por ellas mismas, con la suela de cerca de una pulgada de alto. Cuando salen de casa, llevan los zapatos con tacones de madera guarnecidos de cuero; solo se sos-

tienen en estos tacones, y rara vez tocan el suelo con la punta del pié, temerosas de caerse por delante. Tal modo de andar no puede dejar de tener poca gracia, siendo sus pasos siempre vacilantes; y no será inoportuno referir lo que se sabe tocante al método empleado por los Chinos para conservar á sus hijas el pié casi tan pequeño como lo tienen cuando nacen.

Las mas de las mujeres tienen el pié pequeñísimo, ó por mejor decir, lisiado: parece que su haz se haya cercenado casualmente y que lo restante conserve su macizo natural: lo cubren con vendas, como si realmente hubiesen hecho en él una cortadura: se deja el pulgar en su posición natural, y encorvan los demás dedos hasta que á la larga quedan comprimidos debajo de la planta del pié y no pueden separarse mas. A pesar de la blandura de los miembros en su tierna edad, su empuje crecedero debe de ocasionar agudísimos dolores con aquel violento contraste; y antes que la presuncion avasalle á las victimas de la moda, tienen las madres que estar siempre alerta para que las hijas no desbaraten los lazos que les aprensán los piés y las piernas. Cuando estos lazos se llevan sin falencia, el pié conserva una pequeñez simétrica; pero en verdad las muchachuelas necesitan por mucho tiempo algun arrimo para andar, y de consiguiente se bambolean ó no estriban mas que sobre el talon.

Algunas de las infimas clases entre los Chinos, que generalmente viven en las montañas y lejos de las grandes ciudades, no conocen una costumbre tan contraria á la naturaleza; pero las mujeres de esta clase se miran por las demás con sumo menosprecio, y las emplean en las faenas mas torpes. Está ya tan inveterada aquella preocupacion, que si de dos hermanas perfectamente parecidas, la una tuviese los piés estropeados, y la otra los conservase intactos, esta última yaceria como en un estado vergonzoso, y se reputaria indigna de alternar con la familia, quedando para siempre arrinconada.

Aquí se patentiza que las ínfulas de señorío y la zozobra de avillanamiento son suficientes, muchas veces, no solo en la China, sino en cualquier otro paraje, para arrollar los impulsos naturales. Cuantos están mirando los cuerpecillos sutiles y en forma de hormiga, y recapacitan el martirio atroz que padecen las mujeres, para sublimarse en la delgadez del tallo, conceptuándola lo sumo del primor y de la hermosura, quizá no estrañarán tanto el ahinco que se pone en otras partes en pos de realces soñados.

Du-Halde dice, hablando de las conjeturas acerca del oríjen de una moda tan rara, que Takia, mujer del infame *Cieü*, cuyo reinado empezó en el año 1153 antes de la era cristiana, hizo conceptuar la pequeñez de los piés como uno de los reales mas peregrinos del sexo tierno, pues, teniéndolos pequeñísimos, se los estrechaba con fajitas, en términos que parecia quererle proporcionar con tal arbitrio una

hermosura que en realidad era una ridiculez en la persona. Siguiendo su ejemplo, todas las mujeres codiciaban este nuevo primor, y una opinion tan ridicula se ha perpetuado de tal modo que ha venido á ser de un uso jeneral. Pero, á pesar del ejemplo de *Takia*, confirma dicho historiador la opinion jeneral de la dependencia á que han querido sujetar políticamente á las mujeres, como refiere el susodicho Mendoza.

« Conceptuán algunos, dice, que este es un artificio de los hombres para enseñar á las mujeres, con el halago de la hermosura, las virtudes que les son propias, así como á no andar orillando sus incumbencias y á no salir de casa sino rara vez. »

Los collares y pendientes compuestos de piedras finas son el adorno de las emperatrices, de las princesas y de las señoras que desempeñan en la corte cargos eminentes: los hilos de perlas y de diamantes cubren en parte sus birretinas, y á las señoras de mucha distincion caen á menudo de la papalina en grandes y largos colgantes de tres órdenes hasta encima de los hombros. Los brazaletes hacen tambien parte de las galas de las mujeres chinas, aunque están escondidos debajo de las mangas, y atribuyen ellas al brazaletes, que es de cobre rojo, llamado *Tse-Lay-Toug*, la propiedad de fortificar los brazos contra los accidentes de parálisis; pero están ya desengañadas de la virtud de este metal empleado esteriormente.

Sin las mujeres, usan los hombres en la China el abanico, cuya forma es algo parecida á la de Europa. Un abanico hermoso y rico se encierra regularmente en un estuche de seda bordada, al que están prendidas algunas cintitas, asimismo de seda, para colgarlo en la cintura, y les sirve de adorno. Hasta las mamparas portátiles están en uso en la China, no para templar la llamarada, sino verosimilmente para resguardarse de los rayos del sol en el paseo, ó para encubrir, cuando gusten, el rostro, lo que jeneralmente hacen las mujeres, que las llevan hermosísimas, y en cuyas estancias sirve tambien de adorno. Suelen igualmente llevar bolsitas de tela de todos colores, que jeneralmente son hermosísimas; su forma es redonda, doblada por arriba con un cordoncito de seda que sirve para cerrarla y abrirla; están recamadas con flores, tejidas á veces en oro ó plata, sobre un fondo que les da mucho realce.

El traje de las damas tártaras es algo diverso del de las chinas. Su vestido es lo mismo de largo, pero la túnica que lo cubre es mas corta, y llevan además un collar muy largo que les cae sobre el pecho. Llevan un sombrero de forma igual al que usan nuestras mujeres, pero mas recto sobre la cabeza, y no tan engalanado. Suelen llevar una pipa en la mano, aunque no se sirven de ella como los hombres. Nunca las ha provocado la vanidad de tener tan lindos pies como las Chinas, y por tanto su calzado, mas ancho, les deja la suficiente libertad para andar. Sus zapatos son de suela muy ancha y forrados de riquísimas

pieles en forma de borceguí.

En los labradores varía el traje lo mismo que en las demás clases; pero jeneralmente consiste en una camisa de tela gruesa, cubierta con una túnica de algodón pintado, que baja hasta la mitad de la pierna; llevan un tonelete muy ancho, y sus zapatos son una especie de zapatilla que termina en una punta muy afilada.

Es tan jeneral en la China el uso del tabaco, que no es nada extraño el ver á los muchachos de doce años tomar esta diversion por pasatiempo.

El lujo y magnificencia de los antiguos Chinos en sus fiestas y banquetes era estremado, y los soberanos comian ordinariamente bajo el pórtico de su palacio, á presencia de un numeroso concurso; pero los celos del Oriente se oponen á tales usos, y el pueblo chino ya no ve comer á su emperador, y ningun palaciego puede presenciar la comida de la emperatriz.

Suntuosos son los convites de las personas de distincion, mas carecen de jovialidad y desahogo á la europea, atenedos á rigurosísima etiqueta. Allí van en resumen algunas reglas que se encuentran prescritas en uno de los libros clásicos de aquella nacion. Cuando se convida á alguien ó se come en su mesa, se ha de poner sumo ahinco en conservar todo decoro, y en no comer con afán, no beber á sorbetones, en no chasquear labios ni dientes, en no roer los huesos ni tirarlos á los perros, en no sorber el caldo que queda, en no demostrar el apetito que avivan tales manjares ó tal vino particular, en no limpiarse los dientes, en no soplar en la bebida muy caliente. Solo se han de tomar bocaditos menudos, y deben masearse bien los alimentos entre los dientes, y no se ha de llenar demasiado la boca. Los antiguos emperadores habian establecido una ley que mandaba saludar espresamente á todos los convidados cada vez que se habia.

La etiqueta de convite no es menos complicada que la de la comida, pues un convite no está en regla, si no se renueva á lo menos tres veces por escrito; se escribe la víspera de la funcion, la mañana del mismo dia, y en la hora perentoria de sentarse á la mesa. El amo de casa introduce en la sala sus convidados, á quienes saluda uno tras otro, y en seguida se hace verter vino, ó, por mejor decir, cerveza, en una copita de plata ó de madera preciosa, ó de porcelana colocada en una fuentecita barnizada, y aguantándola con las dos manos hace una cortesía á todos los convidados, que le acompañan, y adelantándose en la sala, que mira, segun el uso, al gran banquete, llegado allí, levanta los ojos y la copa hácia el cielo, y luego derrama en el suelo el vino que contiene; lo que guarda mucha semejanza con las libaciones que practicaban los antiguos. En seguida manda verter el vino en una taza de porcelana ó de plata, y despues de hecha una cortesía al mas visible de los convidados, va á ponerla en la mesa destinada al mismo,



teniendo cada huésped su mesa particular. Pero este impide por lo regular que el amo de casa se tome tanta molestia, y haciéndose él mismo llevar vino en una taza, se adelanta para ponerla en la mesa del amo de casa, el que se opone con los términos prescritos en casos semejantes por la política china. Es asimismo incumbencia del amo de casa conducir al principal convidado á su silla de brazos, cubierta con un rico tapete de seda floreada, quien se sienta, al paso que parece rehusar sitio tan honorífico, y todos los demás convidados le imitan para abreviar los cumplidos, que de otro modo tendria que renovar para cada uno de ellos en particular. Las mesas están dispuestas en dos hileras con un espacio desahogado en medio, y no están cubiertas con manteles, sino que están lindamente barnizadas y guarnecidas por delante con un pedazo de paño ó de seda recamada; y en los grandes banquetes se acostumbra cubrir el centro con grandes platos cargados de carnes cortadas y dispuestas en pirámides, que solo sirven empero de adorno, puesto que los alimentos destinados á los convidados se llevan en diferentes platos ó vasos y se colocan delante de cada uno.

Apenas han ocupado todos sus propios lugares y sillas, se ven muchas veces entrar en la sala cuatro ó cinco comediantes galanamente vestidos, que inclinandose profundamente por mas de cuatro veces, tocan á tierra con la frente, y acto continuo uno de ellos presenta la lista de los dramas que están dispuestos á representar al instante, al principal convidado, quien, despues de haberla enseñado á los demás, escoje el que mas le gusta. Entónces empieza repentinamente la representacion al son de tambores, flautas, trompetas y otros instrumentos; la escena se verifica en el pavimento de la sala, cubierto de un tapete, y los actores salen de algun cuarto contiguo para desempeñar su papel. Los mirones suelen ser muchos mas que los convidados, estando en ajuje el dejar entrar en la funcion cierto número de personas para disfrutar el espectáculo; y hasta las mujeres pueden intervenir sin ser vistas, para observar ellas los cómicos por entre las celosias.

No se da principio á la comida comiendo, sino bebiendo del susodicho vino; el amo de casa, despues de puesta en tierra una rodilla, brinda á los convidados para tomar la taza, y cojiendo cada cual la suya con ambas manos, la levanta hasta la frente, y luego la baja hasta debajo de la mesa, metiéndosela en seguida en la boca: beben todos juntos y pausadamente, y en tres ó cuatro veces, mientras que el amo de casa les convida á vaciar la taza, dando el ejemplo y enseñando á todos el fondo de la misma para escitar á que cada uno le imite.

Los Chinos no hacen uso en su mesa de cuchillos ni de cucharas, sino de dos palitos agudos adornados de marfil ó de plata, de unas nueve ó diez pulgadas de largo, de que se sirven en lugar de los tenedores, tomando con primor los trocitos de carne que se les

ponen delante ya cortados, pues no se sacan á la mesa los pedazos enteros; y en cuanto á la sopa, se acercan á la boca la vasija que la contiene, y hacen entrar en ella el arroz apretándolo con los palitos: durante la comida se mudan varias veces los platos, y luego de bebido el té, se levantan los convidados, é interin se está disponiendo el ramillete, pasan á otra sala ó á un jardín, en cuyo rato comen los comediantes.

Los postres se componen de frutas, dulces, jamones, ánades salados, que se han hecho cocer, ó por mejor decir, secar al sol, y finalmente de pececitos ó conchas. Las mismas ceremonias que han precedido á la comida anteceden igualmente al ramillete, y terminan colocándose todos en el lugar que ocupaban antes, se llevan tazas mayores, y el amo de casa brinda á todos para que empenen á sus anchuras, y él vuelve á dar el ejemplo, que regularmente siguen.

Terminado el banquete, que principia al anohecer y acaba á media noche, se gratifica á los criados, y todos se vuelven á su casa encerrados en su silla de manos, y precedidos de varios siervos que llevan faroles de papel oloroso en que están escritos en letra abultada los dictados y á veces los nombres de sus señores: cualquiera que se atreviera á ir por las calles á tal deshora sin este resguardo quedaria arrestado por las guardias. Nadie se trascuerda de enviar un dia despues un billete de gracias á quien dió la comida.

Los Tártaros han introducido alguna leve alteracion en las antiguas ceremonias: al principio solo se saludaba á la china, y en la actualidad se saluda á la china y á la tártara; y se usa hoy dia algun manjar desconocido antes de su dominacion; debiendo añadir que los cocineros tártaros son mejores que los chinos.

Todos los manjares de los Chinos tienen la forma de los guisados, siendo de sabor muy vario y picante, y menos costosos que los nuestros; algunas drogas y yerbas recias, combinadas en diferentes dosis, producen aquella variedad de saines; y saben asimismo cocinar una infinidad de salsas muy diversas entre sí, tanto por la forma como por el gusto, con habas que crecen en su pais ó que sacan de la provincia de *Ciang-Tong*, y con harina de arroz ó de trigo.

La carne mas comun y de que se hace mayor consumo es la de cerdo, que es lijera y sana: los jamones de la China son muy apreciados; y tambien se comen pollos, ánades, pescado, pero por maravilla vaca; el carnero es riquísimo y abunda en las provincias septentrionales; pero en *Quang-Tong* se vende muy caro. La vaca es escelente en *Wam-Pu*. Los Tártaros suelen tambien alimentarse con carne de caballo, que cuesta aun mas cara que la de cerdo.

Pero los manjares mas usados en los banquetes de los grandes y los que mas aprecian los convidados son los nidos de ciertos pájaros y los nervios de ciervo, que los Chinos hacen acartonar al sol y luego los re-

hermosura que en realidad era una ridiculez en la persona. Siguiendo su ejemplo, todas las mujeres codiciaban este nuevo primor, y una opinion tan ridicula se ha perpetuado de tal modo que ha venido á ser de un uso jeneral. Pero, á pesar del ejemplo de *Takia*, confirma dicho historiador la opinion jeneral de la dependencia á que han querido sujetar políticamente á las mujeres, como refiere el susodicho Mendoza.

«Conceptúan algunos, dice, que este es un artificio de los hombres para enseñar á las mujeres, con el halago de la hermosura, las virtudes que les son propias, así como á no andar orillando sus incumbencias y á no salir de casa sino rara vez.»

Los collares y pendientes compuestos de piedras finas son el adorno de las emperatrices, de las princesas y de las señoras que desempeñan en la corte cargos eminentes: los hilos de perlas y de diamantes cubren en parte sus birretinas, y á las señoras de mucha distincion caen á menudo de la papalina en grandes y largos colgantes de tres órdenes hasta encima de los hombros. Los brazaletes hacen tambien parte de las galas de las mujeres chinas, aunque están escondidos debajo de las mangas, y atribuyen ellas al brazaletes, que es de cobre rojo, llamado *Tse-Lay-Toug*, la propiedad de fortificar los brazos contra los accidentes de parálisis; pero están ya desengañadas de la virtud de este metal empleado esteriormente.

Sin las mujeres, usan los hombres en la China el abanico, cuya forma es algo parecida á la de Europa. Un abanico hermoso y rico se encierra regularmente en un estuche de seda bordada, al que están prendidas algunas cintitas, asimismo de seda, para colgarlo en la cintura, y les sirve de adorno. Hasta las mamparas portátiles están en uso en la China, no para templar la llamarada, sino verosimilmente para resguardarse de los rayos del sol en el paseo, ó para encubrir, cuando gusten, el rostro, lo que jeneralmente hacen las mujeres, que las llevan hermosísimas, y en cuyas estancias sirve tambien de adorno. Suelen igualmente llevar bolsitas de tela de todos colores, que jeneralmente son hermosísimas; su forma es redonda, doblada por arriba con un cordoncito de seda que sirve para cerrarla y abrirla; están recamadas con flores, tejidas á veces en oro ó plata, sobre un fondo que les da mucho realce.

El traje de las damas tártaras es algo diverso del de las chinas. Su vestido es lo mismo de largo, pero la túnica que lo cubre es mas corta, y llevan además un collar muy largo que les cae sobre el pecho. Llevan un sombrero de forma igual al que usan nuestras mujeres, pero mas recto sobre la cabeza, y no tan engalanado. Suelen llevar una pipa en la mano, aunque no se sirven de ella como los hombres. Nunca las ha provocado la vanidad de tener tan lindos piés como las Chinas, y por tanto su calzado, mas ancho, les deja la suficiente libertad para andar. Sus zapatos son de suela muy ancha y forrados de riquísimas

pieles en forma de borcegui.

En los labradores varia el traje lo mismo que en las demás clases; pero jeneralmente consiste en una camisa de tela gruesa, cubierta con una túnica de algodón pintado, que baja hasta la mitad de la pierna; llevan un tonelete muy ancho, y sus zapatos son una especie de zapatilla que termina en una punta muy afilada.

Es tan jeneral en la China el uso del tabaco, que no es nada estraño el ver á los muchachos de doce años tomar esta diversion por pasatiempo.

El lujo y magnificencia de los antiguos Chinos en sus fiestas y banquetes era estremado, y los soberanos comian ordinariamente bajo el pórtico de su palacio, á presencia de un numeroso concurso; pero los celos del Oriente se oponen á tales usos, y el pueblo chino ya no ve comer á su emperador, y ningun palacio puede presenciar la comida de la emperatriz.

Suntuosos son los convites de las personas de distincion, mas carecen de jovialidad y desahogo á la europea, atenedos á rigurosisima etiqueta. Allá van en resumen algunas reglas que se encuentran prescritas en uno de los libros clásicos de aquella nacion. Cuando se convida á alguien ó se come en su mesa, se ha de poner sumo ahinco en conservar todo decoro, y en no comer con afan, no beber á sorbetones, en no chasquear labios ni dientes, en no roer los huesos ni tirarlos á los perros, en no sorber el caldo que queda, en no demostrar el apetito que avivan tales manjares ó tal vino particular, en no limpiarse los dientes, en no soplar en la bebida muy caliente. Solo se han de tomar bocaditos menudos, y deben masearse bien los alimentos entre los dientes, y no se ha de llenar demasiado la boca. Los antiguos emperadores habian establecido una ley que mandaba saludar espresamente á todos los convidados cada vez que se habia.

La etiqueta de convite no es menos complicada que la de la comida, pues un convite no está en regla, si no se renueva á lo menos tres veces por escrito; se escribe la vispera de la funcion, la mañana del mismo dia, y en la hora perentoria de sentarse á la mesa. El amo de casa introduce en la sala sus convidados, á quienes saluda uno tras otro, y en seguida se hace verter vino, ó, por mejor decir, cerveza, en una copita de plata ó de madera preciosa, ó de porcelana colocada en una fuente de barnizada, y aguantándola con las dos manos hace una cortesía á todos los convidados, que le acompañan, y adelantándose en la sala, que mira, segun el uso, al gran banquete, llegado allí, levanta los ojos y la copa hácia el cielo, y luego derrama en el suelo el vino que contiene; lo que guarda mucha semejanza con las libaciones que practicaban los antiguos. En seguida manda verter el vino en una taza de porcelana ó de plata, y despues de hecha una cortesía al mas visible de los convidados, va á ponerla en la mesa destinada al mismo,



teniendo cada huésped su mesa particular. Pero este impide por lo regular que el amo de casa se tome tanta molestia, y haciéndose él mismo llevar vino en una taza, se adelanta para ponerla en la mesa del amo de casa, el que se opone con los términos prescritos en casos semejantes por la política china. Es asimismo incumbencia del amo de casa conducir al principal convidado á su silla de brazos, cubierta con un rico tapete de seda floreada, quien se sienta, al paso que parece rehusar sitio tan honorífico, y todos los demás convidados le imitan para abreviar los cumplidos, que de otro modo tendria que renovar para cada uno de ellos en particular. Las mesas están dispuestas en dos hileras con un espacio desahogado en medio, y no están cubiertas con manteles, sino que están lindamente barnizadas y guarnecidas por delante con un pedazo de paño ó de seda recamada; y en los grandes banquetes se acostumbra cubrir el centro con grandes platos cargados de carnes cortadas y dispuestas en pirámides, que solo sirven empero de adorno, puesto que los alimentos destinados á los convidados se llevan en diferentes platos ó vasos y se colocan delante de cada uno.

Apenas han ocupado todos sus propios lugares y sillas, se ven muchas veces entrar en la sala cuatro ó cinco comediantes galanamente vestidos, que inclinándose profundamente por mas de cuatro veces, tocan á tierra con la frente, y acto continuo uno de ellos presenta la lista de los dramas que están dispuestos á representar al instante, al principal convidado, quien, despues de haberla enseñado á los demás, escoge el que mas le gusta. Entonces empieza repentinamente la representacion al son de tambores, flautas, trompetas y otros instrumentos; la escena se verifica en el pavimento de la sala, cubierto de un tapete, y los actores salen de algun cuarto contiguo para desempeñar su papel. Los mirones suelen ser muchos mas que los convidados, estando en ajuje el dejar entrar en la funcion cierto número de personas para disfrutar el espectáculo; y hasta las mujeres pueden intervenir sin ser vistas, para observar ellas los cómicos por entre las celosias.

No se da principio á la comida comiendo, sino bebiendo del susodicho vino; el amo de casa, despues de puesta en tierra una rodilla, brinda á los convidados para tomar la taza, y cojiendo cada cual la suya con ambas manos, la levanta hasta la frente, y luego la baja hasta debajo de la mesa, metiéndosela en seguida en la boca: heben todos juntos y pausadamente, y en tres ó cuatro veces, mientras que el amo de casa les convida á vaciar la taza, dando el ejemplo y enseñando á todos el fondo de la misma para escitar á que cada uno le imite.

Los Chinos no hacen uso en su mesa de cuchillos ni de cucharas, sino de dos palitos agudos adornados de marfil ó de plata, de unas nueve ó diez pulgadas de largo, de que se sirven en lugar de los tenedores, tomando con primor los trocitos de carne que se les

ponen delante ya cortados, pues no se sacan á la mesa los pedazos enteros; y en cuanto á la sopa, se acercan á la boca la vasija que la contiene, y hacen entrar en ella el arroz apretándolo con los palitos: durante la comida se mudan varias veces los platos, y luego de bebido el té, se levantan los convidados, é interin se está disponiendo el ramillete, pasan á otra sala ó á un jardín, en cuyo rato comen los comediantes.

Los postres se componen de frutas, dulces, jamones, ánades salados, que se han hecho cocer, ó por mejor decir, secar al sol, y finalmente de pececitos ó conchas. Las mismas ceremonias que han precedido á la comida anteceden igualmente al ramillete, y terminan colocándose todos en el lugar que ocupaban antes, se llevan tazas mayores, y el amo de casa brinda á todos para que empien á sus anchuras, y él vuelve á dar el ejemplo, que regularmente siguen.

Terminado el banquete, que principia al anoecer y acaba á media noche, se gratifica á los criados, y todos se vuelven á su casa encerrados en su silla de manos, y precedidos de varios siervos que llevan faroles de papel oloroso en que están escritos en letra abultada los dictados y á veces los nombres de sus señores: cualquiera que se atreviera á ir por las calles á tal deshora sin este resguardo quedaria arrestado por las guardias. Nadie se trasuerda de enviar un dia despues un billete de gracias á quien dió la comida.

Los Tártaros han introducido alguna leve alteracion en las antiguas ceremonias: al principio solo se saludaba á la china, y en la actualidad se saluda á la china y á la tártara; y se usa hoy dia algun manjar desconocido antes de su dominacion; debiendo añadir que los cocineros tártaros son mejores que los chinos.

Todos los manjares de los Chinos tienen la forma de los guisados, siendo de sabor muy vario y picante, y menos costosos que los nuestros; algunas drogas y yerbas recias, combinadas en diferentes dosis, producen aquella variedad de saines; y saben asimismo cocinar una infinidad de salsas muy diversas entre sí, tanto por la forma como por el gusto, con habas que crecen en su pais ó que sacan de la provincia de *Ciang-Tong*, y con harina de arroz ó de trigo.

La carne mas comun y de que se hace mayor consumo es la de cerdo, que es lijera y sana: los jamones de la China son muy apreciados; y tambien se comen pollos, ánades, pescado, pero por maravilla vaca; el carnero es riquísimo y abunda en las provincias septentrionales; pero en *Quang-Tong* se vende muy caro. La vaca es escelente en *Wam-Pu*. Los Tártaros suelen tambien alimentarse con carne de caballo, que cuesta aun mas cara que la de cerdo.

Pero los manjares mas usados en los banquetes de los grandes y los que mas aprecian los convidados son los nidos de ciertos pájaros y los nervios de ciervo, que los Chinos hacen acartonar al sol y luego los re-

vuelven con pimienta y nuez moscada, y cuando se han de guisar los ponen en infusion en agua de arroz para ablandarlos y en seguida los hacen hervir en caldo gordo de cabrito y los condimentan con muchos aromas. Los nidos de los pájaros son los que regularmente se encuentran en las grietas de las costas bravas de Tonquin, Java y Cochinchina, en donde los fabrican ciertos pajarillos, cuyas plumas se asemejan á las de nuestras golondrinas ordinarias. Estos nidos se componen de los pececitos que cojen en el mar, de donde trasportan asimismo espuma que se bambolea sobre la hiez del agua, con lo cual amasan las partes de sus nidos de la misma manera que lo hacen las golondrinas con el barro. Esta materia blanca y blanda, cuando fresca, contrae una solidez trasparente, y una especie de color verdoso cuando está seca. Luego que los pajaritos han desamparado sus nidos, la jente comarcana acude allá desaladamente y los derriba, cargando con ellos barcas enteras, lo que es un ramo de comercio muy lucrativo para aquellos parajes. Los espresados nidos se asemejan en figura y tamaño á la corteza de un grueso limon adobado, y tienen la propiedad de dar á los guisados en que se mezclan un gusto harto esquisito.

Las manos del oso y los piés de otros varios animales feroces y las carnes de los caballos bravos son alimentos muy apreciados, con los que regalan los ricos á sus convidados en los grandes banquetes. Los mas de estos alimentos les vienen de Siam, Camboya y de Tartaria, y para atajar toda alteracion los salan antes de trasportarlos. Las patas y las caderas se suelen conceptuar como las mas esquisitas; se desuellan para secarlas con drogas, y los conservan para hacer uso de ellos casi de la misma manera que los tendones de ciervo.

Los habitantes de las provincias meridionales se suelen alimentar mas bien de arroz que de trigo, á pesar de que este renglon no escasea en la China, y aun lo cosechan colmadamente en algunos parajes. Despues de molido el arroz y de haberlo reducido á su pureza y blancura, hacen con él panecillos, que por lo regular se enbordan en una especie de vaso que los cuece en menos de un cuarto de hora y los enternece sobremanera. En la provincia de *Ciang-Tong* se forma con el trigo cierta especie de hogazas, en que á veces se mezclan algunas yerbas propias para escitar el apetito.

Entre el gran número de legumbres que consumen los Chinos en sus cocinas, la mas usual es una planta llamada *Pe-Tshay*, que es una especie de acelga que comen en gran cantidad fresca ó escabechada, y en jeneral son muy amigos de todo lo condimentado con vinagre; y de esta manera guisan tambien los tallos jóvenes de bambú, el jenjibre, las cebollas y una infinidad de producciones. Tienen igualmente frutas confitadas con azúcar, y sobre todo una comida que llaman *Quan Tong Ta-Fu* y *Ta-Fu-Fa*, que son dos

sustancias hechas con harina de habas: el *Ta-Fu*, que se come frito, es mas apretado y sólido, y el *Ta-Fu-Fa* es líquido, y se come fresco y con jarabe de azúcar.

A pesar de tener los Chinos muchas uvas, especialmente en las provincias meridionales, y de muy buena calidad, con todo no fabrican vino, y siempre han sido muy rigurosos en abstenerse del zumo de la uva, hasta la última conquista que hicieron de ellos los Tártaros. Sin embargo de tiempo inmemorial habian sustituido los Chinos este con otros licores fuertes que embriagan, recocidos y destilados del arroz, trigo y otros granos, ó bien esprimidos de varias suertes de frutos, ó hechos del licor que destila de la palma ó de otros árboles del mismo jénero, cuando se barrenan ó se cortan en la ocasion oportuna. Pero el vino, ó mejor, la cerveza que sacan de los dos primeros jéneros, está mucho mas en uso, y aunque es muy cierto que cada pais ó ciudad tenga su propio método de hacerlo, la práctica mas corriente es meter en infusion el arroz en una buena porcion de agua por espacio de unos treinta dias, y ponerla á hervir hasta tanto que el arroz queda deshecho: en cuyo caso sobreviene la fermentacion, y el agua se cubre de una espuma lijera semejante á la de nuestro mosto, debajo de la que se encuentra el licor, que despues vierten en vasijas de tierra bien barnizadas. De las heces que van quedando estraen un espíritu algo parecido á nuestros aguardientes, pero aun es mas fuerte, pues se inflama con suma facilidad; tiene empero un gusto desagradable: los Chinos, dice De-Guignes, lo beben caliente así como el vino y demás licores.

La cerveza que se fabrica en *Vu-sie*, ciudad de tercer órden en la provincia de *Kiang-Nan*, se tiene en mucho aprecio y se atribuye su escelencia á la calidad de las aguas: con todo se usa en la corte principalmente la de *Ciao-King*, porque se conceptúa mucho mas sana; en fin corren aquellos vinos por toda la China, se apetezen especialmente en la capital, y no gastan otros los mandarines en sus mesas.

Los Chinos, ó por mejor decir, los Tártaros hacen uso de otro vino de que no se tiene idea en Europa, y es el de cordero, que tiene mucha virtud, pero es de un olor desagradable: y lo mismo debe decirse de una especie de aguardiente que se destila de la carne de carnero, y que el emperador *Kiang-Hi* bebia algunas veces.

En las diferentes provincias se hacen otros licores á la manera de cerveza, que seria por demás describir aquí; solo diremos que los licores que embriagan los usan los Chinos y los Tártaros, pero nunca en la cantidad y variedad que entre nosotros, y mucho menos las mujeres, que rara vez prueban líquidos mas lijeros que el té. Debemos añadir que esta es la principal bebida que los Chinos usan en sus banquetes, y siempre la beben caliente, puesto que su regla mas comun es comer frio y beber caliente; lo que acostumbra hacer aun en las estaciones mas calurosas y tam-

bien cu
con mu
bida.

La pl
todos l
llo es
de esta
nia, y
de arro
en alim
que se v
poblaci

Los C
estancia
mandar
rador,
al gobie
nimo al
solo reci
la que
los sujet
na com
adornos
madera
de gala
se llen
que cue
nito. Lo
de hilos
da con
de hasta
los muy
mucho.
medio
Todos
aquel h
otros re
tos com
dor de
los colo

Pero
braser
perfum
gabinete
viesen
gusto y
de las p
Si bi
amantis
fumes,

(1) D
bres vasi
piedra p
con las f
Quien de
de Augu
sultar la
preciosa

bien cuando tienen mucha sed, estando aguardando con mucha flema hasta tanto que haya hervido la bebida.

La plebe vive pobrísimamente en la China, como en todos los demás países: sin embargo la carne de caballo es uno de los guisados que mas aprecian, y despues de esta la de perro; pero la comen con mas parsimonia, y regularmente hervida con una buena porcion de arroz y de yerbas, y no tienen el menor reparo en alimentarse hasta de gato, raton, comadrejas, etc., que se venden comunmente por las calles. La escesiva poblacion perjudica al desahogo de la jeneralidad.

Los Chinos son algo desaliñados en el arreglo de sus estancias. Lo mismo debe decirse de los mas de sus mandarines; los que, habitando las casas del emperador, quien de un momento á otro puede enviarlos al gobierno de otra provincia, no tienen el mas mínimo afan por alhajarlas. Por lo demás, los Chinos solo reciben visitas en una sala destinada á este objeto, la que está colocada delante de todas, de suerte que los sujetos que son admitidos no pueden tener ninguna comunicacion con los aposentos interiores. Los adornos de aquellas salas consisten en mesas, sillas de madera barnizada y cubiertas de una tela roja los dias de gala, biombo, vasijas y platos de porcelana que se llenan regularmente de toronjas, y grandes faroles que cuelgan del desvan, cuyas formas varian al infinito. Los mas sencillos se componen de una redecilla de hilos de bambú cubiertos de papel ó de seda pintada con muchos colores; tambien los hay de marfil ó de hasta, que los Chinos saben fundir para fabricarlos muy grandes de una sola pieza, y en fin otros de mucho valor están de tal modo formados que, por medio del humo, dan movimiento á muchas figuras. Todos sus muebles están cubiertos jeneralmente de aquel hermoso barniz que en vano intentamos nosotros remedar, y es tan luciente que refleja los objetos como un espejo, y aun recibe un nuevo resplandor de las figuras de oro ú plata, ó de la variedad de los colores.

Pero los muebles que mas aprecian ellos son los braseros y las vasijas en que se queman los olores y perfumes, de suerte que no conceptuarían una sala ó gabinete estar completamente adornadas, si no estuviesen los espresados muebles, ó no fuesen de un gusto y forma tan elegantes que llamasen la atencion de las personas que los visitan (1).

Si bien en todos tiempos han sido los Chinos amantísimos y aun delirantes tras los olores y perfumes, no es de estrañar, puesto que su pais se los

suministra en gran cantidad y de toda especie; forman pastillas olorosas y ciertos palitos que son una especie de cirios, pero de color moreno, y cuando quieren perfumar los aposentos, plantan tres ó cuatro en una vasija llena de arena fina, y encendiendolos despiden un olor aromático; mas su luz es apagadiza, lo que importa poco, no estando destinados á eso, pues para alumbrar hacen uso de velas, cirios y aceite como los Europeos.

No conocen los Chinos el uso ni la fabricacion de nuestras hermosas tapicerías: las de que se sirven los mas ricos son de raso blanco, en el que están pintados pájaros, flores, paisajes, etc., y á veces están escritas con grandes caracteres algunas sentencias morales que regularmente son algo enigmáticas: algunos hermosean sus estancias con aquel papel que en otro tiempo se ansiaba en Europa, y con que nuestros señores no se desdeñaban de engalanar algunos cuartos de su aposento; y los mas pobres se contentan con hacerlas blanquear.

Los Chinos jeneralmente á nadie dejan entrar en sus dormitorios, y es empeño arduo llegar á ellos: las camas de las personas opulentas están colgadas en el invierno de cortinas de doble raso, y en el estío de un simple velo blanco recamado de flores, pájaros y árboles: la madera de esas camas está pintada, dorada y adornada de esculturas, y por lo que hace á la forma, difieren poco de las nuestras; se añaden á ellas saquitos de olor, un abanico y dos prendedores de cobre para sostener las cortinas.

El vulgo tiene en las camas cortinas de lienzo y rellenan los colchones únicamente de algodón. En las provincias septentrionales duermen en una cama de ladrillos, que es mas ó menos ancha, segun el mayor ó menor número de la familia, y la calientan por medio de una hornilla colocada á un lado, cuyo vapor se exhala por un tubo que se eleva hasta mas arriba del techo.

Cuando amaneece, la cama parece una especie de sofá, en el que se sienta y trabaja toda la familia. En esta misma hornilla cuece el populacho la carne, y calienta el té y el vino.

Raras veces se ven espejos en los cuartos de los Chinos, y los pocos que usan son jeneralmente de metal pulimentado, que, si bien tienen la propiedad de representar el objeto, seempana este con cierto haño leve de amarillo. Los espresados espejos son muy gruesos, y de consiguiente pesados, y los guardan en cajas forradas de tela para resguardarlos de la humedad que altera con facilidad su tersura; con todo hay sujetos que andan por las calles que tienen el arte de restituirlos con la mayor facilidad á su primitiva pulidez. Estos son los espejos que colocan jeneralmente las mujeres en su tocador: pero el emperador posee espejos y cristales de todas calidades, que le trajeron de Europa, en su palacio fabricado á la europea en *Yueng-Ming-Yueng*.

Los Chinos, ya es sabido que no se valen de relo-

(1) Debemos hacer mencion en este lugar de aquellas célebres vasijas de los emperadores chinos, de piedra *Ju*, ó sea piedra preciosa, que el erudito profesor Hager cree idénticos con las famosas vasijas *muvi* de los emperadores romanos. Quien desee saber las calidades de esas vasijas que en tiempo de Augusto y de Neron costaban un precio enorme, puede consultar la obra reciente de dicho profesor acerca de una piedra preciosa de *Aaron*.

jes para medir el tiempo, sino que en todas las ciudades del imperio se ven dos torres, una llamada *torre del tambor*, y la otra *torre de la campana*, que sirven para distinguir las cinco vijilias de la noche, que son mas largas en invierno que en verano. La primera vijilia empieza con un golpe de tambor, que se repite á intervalos pausados hasta la segunda, la cual empieza con dos golpes, que se repiten del mismo modo hasta la tercera, aumentándose proporcionalmente el número en las vijilias siguientes. Al amanecer se puede saber á cualquier instante la hora que es: todo esto se lee en la relacion de Magallanes y en las Memorias del P. Le-Compte. Navarrete nos refiere, en su descripcion de la China, que los Chinos hacen unas pastillitas de perfumes de forma cónica que se encienden de noche, y ardiendo indican las horas como los relojes de agua. Observa Magallanes que dichas pastillas se componen de madera de sándalo ó de alguna otra olorosa reducida á polvo, de que se hace una especie de pasta que se pone despues en las formas. Tienen la figura de un rótulo cónico, y vistas de lejos, se asemejan á una cuerda que va cercando un cono, cuya base tiene á veces dos ó tres palmos y aun mas de ancho, y á proporcion de su tamaño, duran uno, dos y tres dias. Todas las pastillas de esta naturaleza tienen cinco señales que sirven para distinguir las cinco vijilias de la noche, y es puntualísimo este modo de medir el tiempo, sin ocasionar jamás yerro de consideracion. Magallanes advierte que quien trata de levantarse á una hora determinada suspende un pesito de señal, y cuando la lumbre lo alcanza, cae el peso en una fuente de cobre colocada debajo, y se despiertan al ruido que resulta.

Los despolvoreadores de plumas están muy en uso en la China. La índole, inclinaciones y recreos de una grande nacion se perciben, dice Cibot, hasta en las cosillas ínfimas. En Europa, las mujeres y aun los hombres llaman á un criado para hacerse dar un pañuelo, una caja de tabaco ó un libro que ellos mismos podrian tomar dando un paso mas, estendiendo la mano ó encorvándose un tantillo; pero en la China la jente fina de entrambos sexos toma sin titubear un despolvoreador, y ellos mismos sacuden el polvo que han visto encima de una mesa ó de cualquier otro mueble. Siendo una consecuencia de la educacion de los Chinos el esmero que dedican al aseo, lo constituyeron parte de su instituto, y por esta razon hasta el despolvoreador se ha hecho un objeto de necesidad, y los inventaron de varias formas para servirse de ellos segun los usos: el brillo del barniz, la finura de los bordados, el primor de las porcelanas y de todo lo de trabajo delicado que adornan los aposentos han obligado á los Chinos á idearlos finísimos para poder quitar de ellos el polvo sin correr peligro de deteriorarlos. La soledad de las mujeres en sus aposentos, la entrada en los gabinetes que conceden con dificultad los empleados y literatos, han introducido el uso de dichos plumeros, y luego la industria y el

buen gusto, el antojo y la moda, el lujo y la molición los han variado, engalanado y hermoseado de tantas maneras que se podrian hacer con ellos un objeto de decoracion hasta para las salas del palacio imperial.

Estos plumeros entran en el número de las dádivas que la etiqueta, el respeto y la amistad han redoblado tantísimo en la China; y desde que se han hecho un objeto de necesidad y de decoracion en todas las casas, importa mucho al estado proteger este ramo de comercio y de industria. De aquí se deduce que es de su interés que los mangos que se les ponen, las plumas de que están compuestos, sean objetos de lujo, y que una raiz rara, por ejemplo, una rama de árbol de figura extraordinaria, las plumas de un pájaro exótico y peregrino vengan á ser objeto del deseo de un hombre rico que puede pagar su valor y novedad.

Hay otro instrumento destinado para preservarse del polvo y las moscas, que denominan la *cola de caballo*, y consiste en un mango lijero, en el que están prendidas largas cines, y tienen los Chinos cierta gracia en el modo de bambolear esta especie de instrumentos, pasándolos de una mano á otra con cierto garbo y maestria.

Los Chinos guardecen sus ventanas para que tengan la suficiente transparencia y dejen pasar libremente la luz y que estén de tal manera cerradas, que los pongan á cubierto de las intemperies de la estacion. Tambien se toman mucha molestia en la construccion de sus puertas, tanto por su posicion como por sus formas: añadirémos solo que cuando no pueden evitar el inconveniente de tener las puertas una en frente de otra, ponen delante una especie de biombo de madera á fin de preservarlas de los espíritus malignos, oponiendo de este modo un obstáculo á su libre paso.

Por las leyes chinecas están vedados todos los juegos, mas no obstante son tan aficionados á ellos, que muchos quedan de todo punto arruinados. Siendo regularmente los mandarines, que fácilmente podrian dirigir al pueblo, los mas rematados en dicho vicio, usan de mucha tolerancia con sus inferiores, que, segun Nieuhoff, Le-Compte y otros, en padeciendo algun azar cuantioso, se muestran capaces de perder hasta sus mujeres é hijos, pues les permiten las leyes disponer de ellos con plena libertad.

Sus barajas, dice De-Guignes, son mas abultadas, pero menores que las nuestras y son largas y estrechas: los dados están esmeradamente señalados como los de Europa, y los Chinos los llevan siempre consigo, y hasta se encuentran cuchillos en cuyo mango están embutidos los dados. Cuando no tiene el pueblo naipes ni dados, recurre al *Me-Tua*, que es un juego de azar muy usado por los barqueros, y se ejecuta con los dedos: el puño cerrado vale por ninguno, y cada dedo vale por uno: el que es mano nombra cualquier número levantando la porcion de dedos que mas le acomoda: por ejemplo, si pronuncia seis en-

señando dos dedos, deben responder los otros jugadores y levantar cuatro dedos para componer con los dos dedos del primer jugador el número expresado. Los Chinos están muy duchos en este juego y siempre gritan fuertemente: el que pierde tiene que beber vino ó aguardiente, y no cesa hasta que se encuentra de tal modo acalorado, que no distingue los

dedos. En la lámina se ven algunas personas del vulgo que están jugando; la figura que tiene en la mano un instrumento de agricultura es un campesino; el otro que está sentado con un gorro negro es un barbero, que junto á sí tiene un *Gong*, instrumento musical. Aquel juego viene á ser el nuestro de la morra.



Las personas de distincion juegan al ajedrez, juego antiguo cuyo inventor se ignora en la China; tiene, como el nuestro, treinta y dos piezas; pero son diferentes de las nuestras, pues no tienen la reina, y en lugar de ocho peones, no hay mas que cinco, habiendo sustituido otras piezas. El tablero se compone de 72 cuadrillos, formados de nueve órdenes de líneas paralelas, y de otras ocho transversales; los Chinos no ponen las piezas en el vacío de los cuadrillos, sino en los encuentros ó ángulos. Apesar de que ese juego es admirado en todas las naciones, todos los literatos lo censuran altamente, porque se malogra con él un tiempo que podria emplearse con utilidad.

Tienen los Chinos otros varios juegos, como por ejemplo, el llamado el *juego del Doctor*, otro denominado el *Dominó*, y otra especie de tablero que contiene 361 cuadrillos; cada jugador tiene un número de damas blancas ó negras, y la ventaja de ese juego consiste en acorralar al contrincante, enseñoreándose del mayor número de los cuadrillos.

Es tambien una diversion para los Chinos la pelea de los gallos, cuyo entretenimiento, segun Du-Halde, es común en el oriente. Las guerras obstinadas de esos animales, que están armados de corta-plumas y que se baten hasta morir, con un valor y maestría increíble, son muy halagüeñas para aquella nacion,

como lo eran en otro tiempo á los Griegos y Romanos, y aun hoy día lo son en la Gran Bretaña. La destreza y el arrojo de un animal ufano como el gallo han estimulado el tesón y la codicia de los Chinos, y los han inducido á hacer otras pruebas que consisten en educar y amaestrar codornices, á pelear macho con macho, y azuzar un grillo contra otro. Ambos insectos en aquel reto, al par encolerizados, tienen por arena un cedazo de forma circular que se pone encima de una mesa, y se acometen con tantísimo encono, que en sus disparados encuentros suelen arrancarse algún miembro. Las apuestas que se hacen á la primera aparición de los campeones en la arena acerca del éxito de su riña acarrearán por lo mas pérdidas cuantiosas, y por esta razon están prohibidos dichos juegos, como todos los otros.

Hay juegos para todas las edades; y los mas comunes para la juventud tienen bastante semejanza con los de Europa. El primero es el rehilete, y los muchachuelos se ejercitan en detenerlo en el aire con el pié, codo y cabeza sin dejarlo caer. No es permitido poner en ella mano, y lo vuelven á levantar, con mas destreza que nosotros, con la raqueta. El segundo, es la peonza que se hace andar, jirar y dormir con un látigo, como se practica entre nosotros; el trompo, el tejo y la pelota sirven de diversion á las diferentes edades. El tercero es la cometa, cuyas formas son infinitamente mas variadas y elegantes que las nuestras, toda vez que están elegantemente pintadas de varias maneras, representando, ora alguna deidad sostenida por las nubes, ora aves de rapiña, mariposas y otros objetos curiosos.

La caza que solian acotar los señores en Europa, es casi un recreo igualmente feudal en la China: quien quiere tener la privativa hace encerrar mucha montería en su parque; mas es no obstante permitido precaver el daño de las mieses con la muerte de los animales que van á talar los campos.

La pesca es para los Chinos un ramo de granjería mas que de diversion; pescan tambien con las redes y con el arco, pero tienen otras varias maneras que nos son desconocidas, tal es, por ejemplo, lo que practican en ciertas provincias, valiéndose del pájaro *Lu-Fe* ó *Leu-Tse*, á quien se amaestra á la pesca de los peces, como se enseñan los perros á la caza. Al salir el sol se ven en los rios una gran porcion de barquichuelos con muchos de estos pájaros colocados en la proa: cuando el barquero golpea reciamente el agua con los remos, se arrojan las aves á ella, y con los peces en la boca vuelven á su señor, quien pasándoles la mano por el cuello, les hace vomitar hasta los pececitos que se habian engullido y quedan detenidos por un anillo colocado adrede para cerrarles la gola. Staunton nos cuenta que los Ingleses, en su viaje á *Ham-Ho-Fo*, á la parte meridional del canal imperial, llegaron cerca del lugar donde él dice que el famoso pájaro pescador de la China, el *Leu-Tse*, está impues-

cado.

En un lago anchuroso, prosigue Staunton, situado al oriente del canal y cerca de su orilla, se ven miles de barcos destinados á pescar con el *Leu-Tse*. En cada canoa hay diez ó doce de aquellos pájaros que se zambullen á la señal del dueño: no se puede ver sin admiracion los enormes pescados que dichas aves cojen y llevan en su pico, y los tienen tan amaestrados, que no hay necesidad de ponerles en el cuello anillo ni cordon para atajarles el tragadero de parte de la presa; y solo comen lo que les da el amo para estimularlas y alentarlas: la canoa de que se valen estos pescadores es en extremo lijera.

Otro modo peregrino de pescar es el que emplean los habitantes de las riberas del lago *We-Chaung-Hoa*, que separa la provincia de *Ciang-Tung* de la de *Niang-Nan*. En el estremo de una canoa está una tabla teñida de blanco, y le dan una inclinacion que forma con el agua un ángulo de cerca de cuarenta y cinco grados, y cuando hace luna va jirando la barca de madera que los rayos de la luna bañan de cuajo la tabla jabelgada y le dan la apariencia del agua; entónces se arroja encima de ella el pescado como si fuese su elemento, y tirando repentinamente el pescador de una cuerda lo vuelca en la canoa.

Es tambien muy graciosa la manera con que cojen los Chinos las aves acuáticas en el mismo lago: al efecto dejan bambolear en el agua vasijas vacías y calabazas para que se familiaricen las aves con dichos objetos: entónces entra un hombre en el lago con una vasija en la cabeza y va nadando pausadamente hácia un pájaro, y lo tira abajo sin hacer el mas mínimo ruido por no espantar á los otros, y continúa del mismo modo esta caza hasta tener lleno el saco. Este método, que tan extraordinario parece, es puntualmente el mismo que, segun Ulloa, se practica en la América meridional.

Los soldados se divierten en cojer el pescado con el arco y con la flecha, que atan al arco por medio de una cuerdecita, ya para no perderla, ya para valerse de ella é ir enhilando los peces con la misma. Esto es todo lo que hemos podido recojer acerca de las diversiones de los Chinos.

Los ministros y principales señores de la corte no van á pié en la capital, y ellos solos tienen el derecho de hacerse llevar por dos ó mas hombres en literas cubiertas de paño verde; con todo no siempre se valen de ellas, sino que hacen uso de carretas pequeñas, parecidas á las de los particulares. Son estas de forma algo larga, redondas por encima, y forradas, tanto por dentro como por fuera, de paño burdo azul, y guarnecidas de almohadones negros. Muchos de estos carruajes están cerrados por delante, y tienen una puerta lateral; pero jeneralmente van abiertos; hay además en los dos lados sus viserillas para ir viendo lo que pasa por la calle: y la entrada sirve de pescante al conductor para desde allí gobernar el caballo. Dichos carruajes están hechos

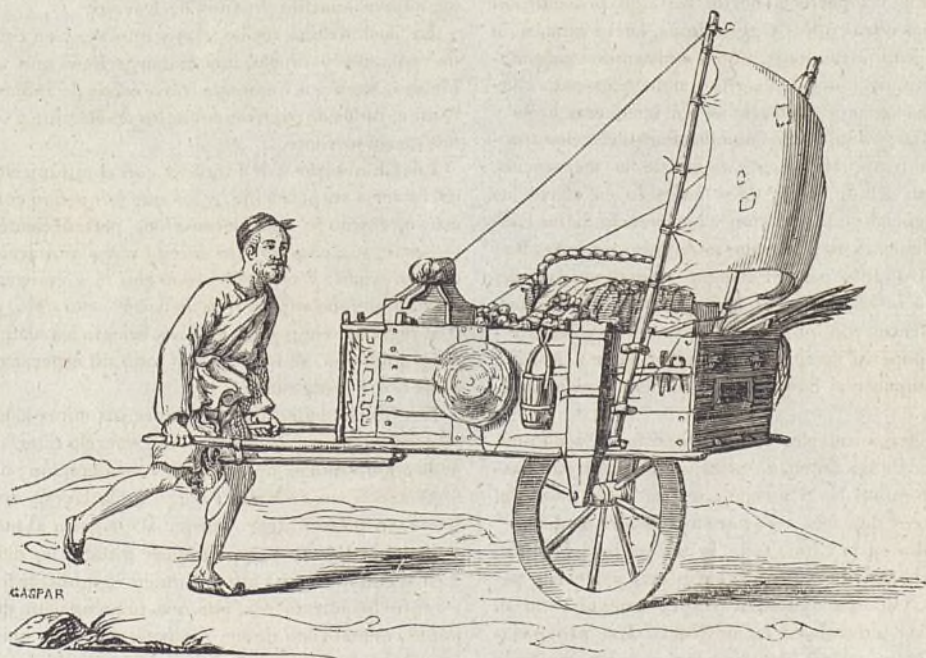
con solidez; pero no están colgados, y por esta razón, si no incomodan cuando pasan sobre un terreno llano, se hacen muy fatigosos en yendo sobre piedras; y á fin de suavizar los vaivenes, suelen colocar los Chinos las ruedas muy atrás. Hay sillas de manos para la jente inferior, que están sostenidas por un solo palo ó baston puesto á través de un anillo que está en la cintura, y se asemejan mas bien á una gran jaula, que llevan dos hombres casi del mismo modo que nuestros mozos de cordel llevan un barril, que, para evitar todo estremecimiento, afianza el que va detrás con ambas manos.

En las cercanías de *Ku-Lu-Sin* ha visto De-Guignes un Chino llevado por otros dos sobre una especie de angarillas compuestas de dos largos bambúes: aquel hombre estaba sentado con los piés tendidos y apoyados en una mesita atada con algunas cuerdas al asiento de las angarillas.

Los conductores de literas van regularmente descalzos y con la cabeza desnuda ó cubierta solamente con un sombrero de paja de alas grandísimas y de figura bastante rara, que los guarece de la lluvia y de los rayos del sol.

Los mozos de cordel, que abundan mucho en la China, cargan con las maletas de los viajeros y hacen por hora una legua cumplida. En la ciudad de *Pu-Cin-Hien*, que no dista mucho del río *Min-Ho*, se encuentran de ocho á diez mil mozos que están esperando el arribo de las barcas. Se sirven de perchas de bambú, en medio de las cuales suspenden con cuerdas los fardos que se les entregan. Siendo la paga á proporcion del peso, procuran ellos aumentar cuanto cabe, y hasta se encuentran que hacen diez leguas al día, llevando un peso de cerca de sesenta libras.

No será inoportuno hacer aquí una particular mención de la carreta de viento que usan los portadores



chinos, de que presentamos una figura cabal en la lámina. Cuando el viento es favorable y son llanos los caminos, suelen los Chinos levantar en sus carretas una especie de vela para disminuir la fatiga al ganado: pero cuando el viento es contrario, se retira la vela, y otro hombre se emplea en tirar de la máquina, terciándose una cuerda por hombro y espalda. La carreta que presentamos contiene, entre otros varios renglones, un cesto de fruta, una cajita de té, bambúes sueltos, una jarra de vino cuya tapadera está cubierta de arcilla para que el aire no malee el licor: van puestos á un lado el sombrero y algunos arneses necesarios para arreglar la máquina.

Fáltanos finalmente apuntar lo relativo á su comer-

cio. No queremos orillar la opinión que tienen comunmente de ellos los viajeros acerca de su modo de traficar. Así que nos cuentan que los Chinos, generalmente hablando, son amigos del fraude, y que no tienen por delito ni mengua el engañar á los sujetos con quienes negocian, de manera que, por advertido que sea cualquiera, y por mas que esté sobre sí, nunca puede zafarse de sus trampas. La máxima del mercader es que el comprador tiene por principio, dar siempre tan poco como puede, y aun nada daría, si estuviese en su mano; y el vendedor no tiene menos derecho de vender al mayor precio posible, y de valerse de todos los medios para aumentar el precio de la propia mercancía; de donde infieren ellos que no es

el vendedor quien engaña, sino el vendedor quien se engaña á sí mismo, de suerte que cualquier lucro extraordinario que haga el vendedor por la condescendencia de su comprador, se conceptúa como fruto de su propia industria. Hay además entre ellos muchos ejemplos, no solo de hourados y candorosos comerciantes, de trato leal y aun desprendido, sino aun de fidelidad incapaz de cohecho.

Es la China un país aventajadamente dispuesto para el comercio interior; pues dos rios inmensos lo atraviesan del oeste al este, sin contar otros muchos de norte á sur, ó de sur á norte. Esta feliz distribucion de aguas y las ventajas que de ellas resultan no quedaron desconocidas por mucho tiempo de un pueblo industrioso y ambicioso como el que mas de proporcionarse muchas riquezas. Así es que se dedicó á idear medios para alcanzarlo, y conoció muy luego que el comercio de provincia á provincia era un manantial inagotable de bienes, y que era preciso aplicarse con todo ahínco á perfeccionarlo. De aquí procedieron tantísimas obras útiles y grandiosas, como canales de una longitud portentosa, diques construidos para atajar las inundaciones de los rios, malecones para conservar las aguas y conducir las por las tierras bajas y pantanosas, y finalmente cómodos barquichuelos apropiados al trasporte y conservacion de las mercancías. Tales han debido ser, y tales han sido en efecto las consecuencias de la reflexion y esperiencia de los Chinos; y debemos confesar que muy pocas naciones han hecho otro tanto para el fomento y prosperidad del comercio interior. Cada provincia trueca sin dificultad sus frutos con los de las mas remotas; y del extremo del imperio puede un mercader llegar á *Pe-King* sin desamparar el buque donde se embarcó primitivamente.

El comercio interior es muy cuantioso; y no puede menos de ser así en un pueblo reconcentrado hasta cierto punto en sí mismo, separado del resto del universo, y que solo vive por sus propios medios.

Se halla en la China todo lo necesario á la vida; pero cada provincia tiene sus riquezas y géneros peculiares, y si no se ayudasen reciprocamente, estarían todas ellas reducidas á la indigencia. Las provincias de *Hu-Guang* y de *Kiang-Si* hacen un gran comercio de granos, y las sedas mas hermosas se venden en el *Cie-Kiang*, las mejores telas y las obras barnizadas mas primorosas en el *Kiang-Nan*, el fierro y el cobre en *Cien-Si* y *Cian-Si*, el azúcar, té y drogas medicinales en *Fo-Kien*; y así es que cada provincia de aquel imperio tan dilatado saca ventajas de sus producciones particulares. El P. Du-Halde asegura que el único tráfico que se hace en las quince provincias de la China no es menos considerable del que hacen respectivamente entre sí las principales naciones de Europa.

Las relaciones de los Chinos con las otras naciones son poquísimas, y de consiguiente su comercio exterior es reducido. En toda la estension larguísima de las costas marítimas de la China, solo tres parajes es-

piden mercancías al extranjero, y son *Quan-Tong*, *Em-Uy* y *Ning-Po*.

Los Chinos parten por mayo y junio, van al Japon con los monzones del sud-oeste, y llevan allí ruibarbo *gin-seug*, tejidos de seda, cuerdas para instrumentos, madera de águila, sándalo, cuero, paños y azúcar, y hacen mucha ganancia con este último renglon. Las yuncas vuelven en octubre con los vientos del norte y conducen finas perlas, oro, cobre rojo en barras y trabajado, hojas de sable, papel y obras barnizadas: llevan á Manila telas y medias de seda, bordados, té, porcelanas, barnices y drogas, y toman en cambio arroz, nidos de pájaros, perlas y palo de tinte.

Las yuncas van á Batavia en el mes de diciembre, cargadas de porcelanas, té, vasijas de cobre, ruibarbo y otras drogas: y toman al regresar, plata, pimienta, nuez moscada, clavo de especias, cáscaras de tortugas, nidos de pájaros, madera de sándalo, palo rojo, ámbar amarillo y paños de Europa.

La Cochinchina recibe telas y estofas, y en cambio da oro, arec y canela. Las embarcaciones que van á Malaca, Siam y á Camboya traen cañas de Indias, alcanfor, nidos de pájaros, colmillos de elefante y cuernos de rinoceronte.

Los Chinos que van á traficar con el extranjero han de volver á su plazo fijo, y los que se quedan con los extranjeros no se consideran como pertenecientes al imperio, aun cuando esto suceda por algun accidente imprevisto: y si alguien se aventura á embarcarse en algun buque europeo, debe hacerlo con sigilo, pues si al regresar á la patria, lo descubriesen los mandarines ó soldados, se lo quitarían todo sin esperanza de moverlos á compasion.

Los Chinos han dirigido siempre sus miras hácia el comercio interior; y aunque el comercio exterior les presentase ventajas de bastante consideracion, no lo fomentaron sin embargo, como lo hubieran debido hacer, en primer lugar, porque no le gusta al pueblo salir del propio país, que prefiere á todos los demás; y en segundo lugar, porque quien va á buscar fortuna entre los extranjeros, por una preocupacion dominante, es mal visto de sus compatriotas. Esta opinion estraña, que siempre se ha conservado, hizo cerrar á los extranjeros, mientras reinaron los emperadores chinos, los puertos de la China, á escepcion de *Quan-Tong*; y si bien los Tártaros, que se enseñorearon del trono en 1644, los abrieron, al momento se arrepiñieron, é imitando el ejemplo de sus antecesores, vincularon nuevamente el comercio de los Europeos al citado puerto.

Mas ¿pueden los Chinos prescindir de ese comercio? La nacion se privaría de ciertos renglones cuyo goce puede serle de diversion, pero no de absoluta necesidad. Los Ingleses y los Holandeses llevaron á la China, en el año 1787, 2.227,899 libras de estaño: si no frecuentasen mas los Europeos el puerto de *Quan-Tong*, no tendrían los Chinos tanta necesidad de aquel

metal, que emplean para fabricar las teteras, de que las mas se esportan á Europa; de otro modo irian á buscarlo á Malaca y á Batavia, como hacian antiguamente y aun hoy dia. Podemos decir otro tanto respecto del plomo y las drogas, de que hacen regularmente los Chinos muy poco uso. El algodon seria una mercancía de la mayor entidad, pero pueden prescindir de ella, puesto que sus tierras lo producen en abundancia, y si bien es cierto que compran todos los años de cuarenta á sesenta mil balas, es por razon de haber sustituido en muchos parajes al algodon los plantíos de té, cuyo renglon les facilita el comprar á precios bajos los algodones de *Surate*, y si de un momento á otro dejaran los Europeos de frecuentar *Quan-Tong*, arrancarian los Chinos el té para recobrar

el algodon. Unicamente sentirian la pérdida de los paños; pero tambien consta que esta solo es gravosa á pocas personas, pues que el pueblo consume poquísimo paño, y los sujetos acomodados que hacen uso de él, con facilidad hallarian otrastelas para reemplazarlo, que los resguardasen del frio, como hacian indudablemente antes de la introduccion de los lanificios. Otro tanto podemos decir respecto á otras mercancías que los Europeos introdujeron en la China.

De todo lo cual se infiere que si estuviere de todo punto prohibido el comercio de los Europeos, seguirian los Chinos sus antiguas costumbres y dejarian de adquirir mercancías inútiles ó desconocidas de sus mayores, subsistiendo con bastante comodidad con el comercio interior.

CIENCIAS MÉDICAS.

DE LA COMBUSTION HUMANA ESPONTANEA (1).

Apesar de los inmensos progresos que han hecho las ciencias de mas de medio siglo á esta parte, faltan sin embargo todavia muchas cuestiones que aclarar, un gran número de hipótesis que corroborar, experimentos que corregir, y soluciones que modificar. ¡Cuántas conquistas tendrá todavía que realizar el hombre estudioso en todos los ramos de estas ciencias! ¡qué inmenso campo de gloria queda abierto al filósofo que, dotado de bastante sagacidad, sabrá penetrar en sus profundidades, y descubrir todos los arcanos que nos son todavía desconocidos! La química y la jeolojía, estas dos ciencias nacidas ayer, ¡qué pasos ajigantados no han dado desde principios del siglo décimonono, pero tambien cuántos descubrimientos no prometen aun! Las ciencias médicas y la fisiolojía, cultivadas desde la infancia de la sociedad, parecen tal vez estar mas adelantadas. En efecto, no hay ciencia que haya sido tratada por mas autores y bajo mas diferentes puntos de vista. Cualquiera diria, al ver esa larga nomenclatura de obras, que el estudio del cuerpo humano ha sido llevado hasta sus últimos límites: pero consultad á un práctico instruido, y os dirá que todo es aun duda, error, inducciones falsas, y que las teorías que parecen mas bien deducidas quedan á menudo sin aplicacion en el ejercicio del arte.

Entre los fenómenos de la fisiolojía animal, mas maravillosos y notables, la *combustion humana espontanea* es uno de los que escitó mayor sorpresa, cuando se reconoció que no era efecto de una causa su-

perior al orden de la naturaleza, y que no dependia de la ira ó de la venganza de la Divinidad. Desde esta época se han propuesto un gran número de esplicaciones, todas ellas relativas al estado de conocimientos del tiempo, y por lo mismo han sido todas ellas derribadas por los progresos ulteriores de la ciencia. Creemos por lo tanto que no carecerá de interés el presentar aquí, en compendio, una descripcion de este fenómeno, y la historia de las diferentes teorías por cuyo medio se ha tratado de explicarla. La combustion humana se va haciendo por cada dia mas y mas rara, y tal vez no está lejos el tiempo en que, gracias á las comodidades y á la moralidad que se jeneralizan en las masas y hacen desaparecer sus mas groseros vicios, será desterrado entre los hechos históricos este modo espantoso de terminar la vida del hombre.

Designase bajo el nombre de *combustion humana espontanea* la combustion ó incineracion del cuerpo humano acaecida en circunstancias tales, que es imposible atribuirle á las causas ordinarias de toda

(1) La infatigable actividad de las sociedades de templanza, establecidas en Inglaterra y en los Estados-Unidos, las ha conducido á indagar esmeradamente todos los desórdenes y afecciones mórbidas producidas en la organizacion por el abuso inmoderado de los licores fuertes. La *combustion humana espontanea*, que parece asaltar mas especialmente á las personas destempladas, debia escitar vivamente su solicitud; y en efecto, de uno de los periódicos de esas sociedades sacamos nosotros el presente artículo.

combustion, y que para explicarla hay que recurrir á la suposicion de un estado particular del organismo. Cuando se considera cuán difícil es quemar la mayor parte de las sustancias animales; cuando uno recuerda la cantidad de madera seca y resinosa que empleaban los antiguos para las hogueras destinadas á reducir los cadáveres á cenizas, y compara todas esas precauciones indispensables con las circunstancias en las cuales sucede mas comunmente la combustion espontanea, no puede uno menos de reconocer en ella un fenómeno especial. La supersticion y la ignorancia lo atribuyeron por mucho tiempo á la venganza divina; pero para la ciencia no es mas que un efecto natural, y uno de los anillos de esa cadena casi sin fin que comprende todos los hechos accesibles á nuestros sentidos, aunque la explicacion que se nos da de ellos no satisfaga enteramente.

Una de las circunstancias mas peregrinas, y al mismo tiempo mas embarazosas en la historia de esta combustion, es la que le ha hecho dar el nombre de *espontanea*. No siempre se ha encontrado en los objetos que rodeaban á la víctima, no diríamos la causa, pero ni el orijen de la combustion, la chispa indispensable para determinar el incendio del cuerpo, aun el mas inflamable. A veces es cierto que se han encontrado, cerca de la víctima, una luz, un brasero, carbones encendidos, etc., pero ha sido imposible demostrar que esos cuerpos hubiesen causado la combustion, y mucho menos se ha podido explicar cómo hubieran podido comunicarla. Por otra parte, en ciertos casos, se ha reconocido, por las mas esmeradas pesquisas, que no existia cerca de la víctima ninguna señal de cuerpo candente. El hecho siguiente nos ofrece de esto un ejemplo.

Una mujer de unos sesenta años de edad, del condado de Down, se fué á la cama una noche con su hija sin haber sentido nada extraordinario, solo que, segun su costumbre, estaban las dos en un estado de embriaguez completa. Un poco antes de amanecer, muchas personas de la familia fueron despertadas por un humo de un hedor intolerable que penetró en su aposento. Levantáronse para buscar la causa, y habiendo entrado en el cuarto donde dormia la vieja con su hija, reconocieron que el humo salia del cuerpo de la primera, que parecia consumido por un fuego interno. Su cuerpo era negro como el carbon, y salia de todas sus partes un vapor denso. Obsérvese luego que la vida estaba enteramente apagada, y no fué fácil detener la combustion por mas que no hubiese llama. Al poner el cuerpo en el ataúd, se desprendia la carne á pedazos. La jóven no habia esperimentado nada, y ni siquiera se habia despertado; las sábanas y las otras partes de la cama no presentaban mas huellas del fuego que unos regueros negros producidos por el humo. Varias personas, cuyo testimonio ofrece todas las garantías de veracidad, han afirmado que nada habian encontrado en el aposento, que pudiese ser causa de esta combustion. Solo se ha-

bia observado que esta vieja, que habia habitualmente muchos licores fuertes, habia bebido mas de lo acostumbrado en aquellos últimos dias.

Es preciso observar que esta combustion no goza de la propiedad de comunicarse á los cuerpos vecinos, propiedad que pertenece á toda combustion activa ó acelerada, sea cual fuere su orijen. Conocidos son los incendios que causan todos los años los rayos, y los estragos que hace la combustion espontanea de las masas de carbon de piedra ó de sustancias vegetales, cuando no están aisladas; y sin embargo, en la combustion humana espontanea, el calor necesario para reducir á cenizas una masa como la del cuerpo del hombre en algunas horas, respeta, en la mayor parte de los casos, los objetos muy combustibles con que está en contacto. Así sucedió en el ejemplo citado con las lijeras sábanas que cubrian el cuerpo de la vieja.

Cualquiera que sea el modo con que se explique esta circunstancia, no deja de establecer una diferencia suma entre la combustion humana espontanea y cualquiera otra especie de combustion. Sin embargo ha habido casos en que las diferentes sustancias combustibles que están inmediatamente en contacto con el cuerpo reducido á cenizas, han participado de la combustion. El hecho siguiente, referido por Mr. Wood en el *Almacen metodista*, es uno de los mas pasmosos en este jénero.

Mr. O'Neil, director de la casa de caridad de Limerick, fué despertado súbitamente á las dos de la mañana por una persona toda asustada que le llevó consigo inmediatamente á su aposento, que estaba debajo del que ocupaba mistress Peacock, de unos setenta años de edad, y que hacia desde mucho tiempo un uso inmoderado de los licores alcohólicos. Apenas abrió la puerta, vió por el suelo y tendido en medio de la pieza, un cuerpo muerto encendido, rojo como el cobre, y que parecia haber caído desde el techo, que ardia tambien. En efecto, examinando el cielo raso, vió una abertura, bastante ancha para dejar pasar un cadáver, rodeada de llamas y que establecia libre comunicacion entre ese aposento y el de abajo. Sube al momento al cuarto de mistress Peacock, y ve en medio la abertura encendida por la cual habia caído el cadáver. Despues de haber apagado precipitadamente el piso, procuró descubrir la causa que habia podido ocasionar esta combustion, y no pudo reconocer ninguna. No habia en el aposento ni luz, ni candil, y en la chimenea solo quedaban algunos carbones encendidos cubiertos de ceniza. Examinóse el aposento con cuidado, y se observó que no habia prendido el fuego en ningun otro punto. Una cesta de mimbres y una cajita de madera que habia cerca de la abertura se habian librado enteramente de la accion del fuego. Citemos otro ejemplo aun del mismo jénero, no menos curioso.

Ana Nelis, mujer de un mercader de vino y de cerveza, tenia la fama en su barrio de ser muy afi-

cionada á beber. Un día que su marido no volvió á casa hasta la una de la noche, disputaron con violencia los dos consortes completamente achispados. Sin embargo Mr. Nelis acabó por irse á la cama, y subió al aposento; instó á su mujer para que subiese con él, mas esta se negó tenazmente. Viendo entónces que no queria levantarse de su asiento, tomó el candil, y le dijo que si queria subir que subiese á tientas. Al día siguiente, habiendo abierto la criada los postigos del salon, vió un objeto extraño en la silla que ocupaba ordinariamente Madama Nelis. Creyó al principio que seria alguna travesura de la niña Nelis, que en aquel momento entraba en el aposento: mas examinando aquel objeto mas de cerca, reconoció con horror los restos de su ama, que se encontraba en el siguiente estado. Estaba sentada en su asiento á alguna distancia de la chimenea, cuya lumbré estaba apagada, con la cabeza descansando en la mano derecha que estaba apoyada contra la pared. El tronco se hallaba reducido á cenizas, como asimismo los vestidos que la cubrian, mas el bacinete, las estremidades superiores é inferiores y el vestido que cubria esas partes habian escapado enteramente á la accion del fuego. El respaldo y el asiento del sillón no habian sufrido nada, mas los brazos estaban ennegrecidos por la parte de dentro, principalmente en los puntos que estaban en contacto con el cuerpo. La combustion no se habia propagado á ninguno de los objetos cercanos, escepto los brazos del sillón. La pieza exhalaba un hedor muy fétido y penetrante, que se percibia aun despues de muchos dias. Rayaba esta mujer á los cuarenta y cinco años; y era de estatura pequena y de una gordura notable. Lo mas extraño, dice el autor que refiere este hecho, es que la autoridad no tomó ninguna averiguacion acerca de esto, y fué tal la diligencia que se dieron los parientes en ocultar todo lo que concernia á esta desgraciada muerte, que el doctor Fuomis, profesor de medicina, no pudo obtener el permiso de examinar el cuerpo de la difunta. « Sin embargo, añade, puede contarse con la veracidad de todas las circunstancias que hemos dado á conocer. »

En la mayor parte de los casos de combustion humana bien probados, se ha encontrado muertos á los individuos que han sido sus víctimas, no pudiendo por lo mismo obtener ninguna noticia sobre los fenómenos que han precedido á la catástrofe. La mayor parte del cuerpo se hallaba por lo comun reducido á cenizas, y á veces no quedaba mas que la cabeza ó las estremidades. Sin embargo un corto número de sujetos han sobrevivido bastante tiempo al primer ataque para que se hayan podido recoger algunos indicios sobre las circunstancias que han precedido ó seguido á este fenómeno. El hecho siguiente fué publicado por Bianchini, y merece ser referido aqui, aunque haya sido citado por la mayor parte de los médicos lejislas; porque sobre él se apoyan los que atribuyen la combustion espontanea á la electricidad.

Dom María Bartholi, monje del monte Valero, vino á la feria de Filetto, donde le llamaban algunos negocios: despues de haber hecho muchas diligencias durante el día, vino á Funil, á casa de un pariente, para pasar allí la noche. Al llegar se retiró inmediatamente á su aposento de dormir, donde mandó que le pasasen un pañuelo entre las espaldas y la camisa. Algunos minutos despues que le habian dejado solo, se oyó en su aposento un singular ruido mezclado de gritos, y habiendo corrido las jentes de la casa, encontraron al monje tendido en el suelo y rodeado de una llama lijera oscilante, que parecia alejarse á medida que se acercaban á ella, y que por fin desapareció. Al día siguiente, habiendo sido llamado Bataglia, cirujano de Ponte-Basio, encontró los tegumentos del brazo derecho casi enteramente despegados de las carnes. En el espacio que va de las espaldas á los muslos, los tegumentos estaban tan maltratados como los del brazo derecho, que al día siguiente estaba ya gangrenado. Al tercer día, la gangrena habia hecho inmensos progresos en las demás partes del cuerpo; el enfermo se quejaba de una sed ardiente, y se hallaba agitado de horribles convulsiones. Succedióronse estas rápidamente hasta su muerte, que acaeció al cuarto día. En la última visita, el doctor Bataglia observó que la putrefaccion habia adelantado tanto, que el cuerpo del enfermo exhalaba un hedor insoportable, y que las uñas se desprendian por sí mismas de los dedos de la mano izquierda.

Por los informes recojidos al enfermo acerca de lo que habia pasado, se supo que habia sentido como un golpe de maza sobre el brazo derecho, y que al mismo tiempo habia visto pegarse una chispa de fuego á su camisa, que habia quedado reducida á cenizas en un momento, sin que el fuego hubiese maltratado sus puños. El pañuelo que se habia hecho poner al entrar, entre la camisa y la piel, no sufrió nada, y los calzoncillos quedaron igualmente intactos. La noche era tranquila, fresca, y el aire de una pureza estremada: no se sentia ningun olor empireumático en el aposento, ni se veia humo; solamente la lámpara, antes llena de aceite, estaba seca, y la torcida en un estado de incineracion completa.

He aquí otro hecho mas reciente y que confirma el que refiere Bianchini: Un paisano del condado de Eife (Escocia) se calentaba delante del hogar de su cocina, cuando su cuerpo se inflamó de repente, y á medida que querian apagarlo, salian de él chispas azules semejantes á las que produce una pajuela de azufre. El desdichado declaró sin embargo antes de espirar que estaba bastante apartado del fuego cuando experimentó de repente un calor ardiente en el estómago, y que un minuto despues vió con horror que sus piernas y brazos estaban rodeados y devorados por las llamas. Este hombre era muy aficionado á los colores fuertes, y no habia semana que no bebiese por diversion, segun sus propias espresiones, media botella de aguardiente de un sorbo.

La observacion siguiente es una de las mas curiosas que se han recojido acerca de esto: Catalina Heis, de diez y siete años de edad, de una constitucion delicada, pero que gozaba de cabal salud, se hallaba atormentada algun tiempo hacia de vértigos y dolores de cabeza que la obligaron á dejar sus amos. Estaba cosiendo en la velada del 21 de febrero de 1825, cuando queriendo quitar una bujía que habia sobre una ventana, sintió de repente un calor fuerte y extraordinario en el cuerpo, y una quemadura penetrante en el índice de la mano izquierda. Al mismo instante vió rodeado esededo de una llama azulada, de cerca de una pulgada y media de largo y que derramaba un olor sulfúreo. Sumerjió el dedo en el agua y lo envolvió en lienzos humedecidos; pero en vano, la llama no se apagó. La inmersión en el agua parecia al contrario activar la combustion y estenderla. La enferma se trasladó precipitadamente á su casa, envolviendo su mano, durante la travesía, con su delantal, que se quemó en parte, como tambien sus vestidos: la llama solo era visible en la oscuridad. Lavó muchísimas veces su mano con leche, y en fin esas abluciones repetidas una parte de la noche hicieron desaparecer la llama, pero no la sensacion de la profunda quemadura que experimentaba.

Una sangría y algunos refrescantes calmaron el dolor; pero no por eso continuó menos la quemadura duntante. Desarrolláronse en la palma de la mano, durante tres ó cuatro dias, unas vejiguillas semejantes á las que causan las quemaduras. Esta mano presentaba siempre un calor notable, y la palma y los dedos no podian soportar el mas leve contacto sin dolor. El termómetro colocado en esta mano se elevaba á 25°, mientras que solo subia á 17 en la mano derecha. Hicieron muchos experimentos con materias combustibles, pero sin ningun resultado, y el electrómetro mas sensible, puesto en contacto con la enferma, colocado sobre un aislador, no produjo ningun efecto. Las chispas eléctricas sacadas de la estremidad de los dedos de la mano izquierda causaban á la enferma dolores muy agudos.

Todos los otros hechos auténticos de combustion humana espontanea tienen la mayor analogía con los que acabamos de presentar, y solo difieren en circunstancias casi indiferentes. Antes de pasar al examen de las teorías que se han propuesto para explicar este curioso fenómeno, vamos á recordar aquí en pocas palabras las circunstancias en que se ha desarrollado con mas frecuencia.

Pocas veces se ha observado la combustion espontanea en personas de constitucion robusta y de menos de sesenta años de edad; y por consiguiente es una calamidad que parece casi esclusivamente la herencia de la debilidad y de la vejez, especialmente de las mujeres, á las cuales parece afectar con preferencia. La mayor parte de esas mujeres eran notables por su inactividad habitual, por su mucha gordura, ó al contrario, por una flaqueza escasa; pero todas hacian un uso

inmoderado de los licores fuertes.

Este fenómeno presenta asimismo algunas circunstancias particulares que debemos recordar, pues nos servirán mucho para apreciar el valor de las diferentes teorías que se han adelantado para explicarlo.

La primera es la rapidez con que se propaga la combustion, en seguida se eleva la llama, que es de un color azulado y es muy difícil de apagar con el agua. Además se comunica raras veces á los cuerpos vecinos, ni aun á los mas inflamables. En fin, el olor empireumático que se siente en la pieza ó lugar donde acaece la desgracia, y una materia fluida, grasienta y fétida que deposita en la superficie de los cuerpos cercanos, demuestran muy bien que es una verdadera combustion que se efectúa con el desprendimiento de gas y de vapores, y no un mero relajamiento de las moléculas que constituyen el cuerpo humano.

Entre las teorías que se han establecido para explicar este fenómeno, una de las mas antiguas es la que lo atribuye al alcohol de que han hecho casi siempre un uso inmoderado sus víctimas, y del cual supone que estaban impregnadas cuando se acercaron á un cuerpo encendido. Dicen, en apoyo de esta hipótesis, que los cuerpos de las personas que mueren de embriaguez despiden por todas partes un fuerte olor de alcohol; que el color de la llama de esta sustancia es exactamente igual al que se observa en la combustion humana espontanea; en fin, que todos los que han sido víctimas de ella hicieron uso inmoderado de los licores alcohólicos. Sin entrar en minuciosos pormenores en la esposición de los motivos que no nos permiten adoptar esta explicacion, bastará decir que las carnes de las personas que han muerto en la embriaguez ó por efecto de la borrachera no son mas inflamables que las de los que mueren de cualquier otra enfermedad; y que las preparaciones anatómicas que se han conservado durante muchos años en el alcohol, y que deben estar completamente impregnadas de este líquido, no se consumen mas fácilmente, cuando se acerca á ellas un cuerpo encendido, que las que nunca han estado sumerjidas en él. Por otra parte, entre los sujetos que han sido víctimas de este accidente, ha habido algunos que no estaban entregados al vicio degradante al cual se ha querido atribuir harto exclusivamente esta combustion. Así en el caso de la jóven que citamos mas arriba, esta no era nada aficionada á las bebidas espirituosas.

Un médico ha propuesto una teoría mas reciente, la que ha sido acogida con demasiado favor para que la pasemos en silencio. Este sabio práctico atribuye la causa de esta muerte misteriosa á los gases inflamables que se desarrollan á veces en toda la economía animal. Sabido es que ciertos gases producidos en el estómago ó en los intestinos son muy combustibles. Sucede muchas veces que el anatomista, ocupado en el examen de un cadáver cuyas entrañas están muy dilatadas por los gases, haciendo en ellas una pequeña abertura y acercando una luz, obtiene un chorro lu-

minoso de una altura considerable á veces y de color azul. En algunos casos, mucho mas raros, ese gas puede derramarse por todos los tejidos del cuerpo, hasta por los mas consistentes, y escapándose produce entónces una diseccion mas perfecta que el escalpelo mas bien dirigido. Pero nadie ignora que el hidrógeno carbonado ó sulfúrico de que por lo regular está compuesto ese gas, no arde sino cuando está en contacto con el oxígeno del aire; de modo que se necesitaría una cantidad prodijiosa para reducir á cenizas el cuerpo de un hombre. Además la combustion solo podría efectuarse desde fuera á dentro, lo que aconteceria pocas veces en la combustion humana espontanea. Faltaría explicar aun, en esta teoría, ¿cómo es que quedan intactos los objetos combustibles que están cerca del cuerpo de la víctima? ¿cómo es que no se ha encontrado nunca en las partes del cuerpo que habían escapado á la combustion, señales del hidrógeno ó del desarrollo gaseoso que ha debido formarse en ellas? Y en fin, ¿cómo ha podido inflamarse este gas, cuando no se ha encontrado ninguna sustancia en combustion que haya podido producir este efecto?

Es verdad que se ha querido eludir la dificultad, diciendo que, en el caso en que no se ha encontrado una sustancia capaz de comunicar la combustion, esta debia de haber acaecido accidentalmente por una chispa eléctrica, producida en un momento en que el cuerpo del hombre servia de conductor entre la tierra y algun otro cuerpo dotado de electricidad diferente. Citábase aquí, en apoyo de esa teoría, la idio-electricidad de un gran número de animales, y la que se encuentra algunas veces en alto grado en muchos individuos de la especie humana. Citábase sobre todo el experimento del viajero Bridou, que habia llegado á cargar una botella de Leida con las chispas eléctricas que salian de los cabellos de una mujer, cada vez que se peinaba. La historia de Bartholi y la del paisano escocés parecen dar cierto apoyo á esta teoría: pero si se admite que deba darse fe á las palabras de un moribundo acerca de unas sensaciones tan fugaces, y que hubiese habido realmente produccion de chispas eléctricas capaces de inflamar un cuerpo muy combustible, faltaria aun indicar cuál ha sido la sustancia á la que habia comunicado la chispa la combustion, porque este cuerpo no puede ser ni el alcohol, ni el gas inflamable que se desarrollan en el hombre mientras vive. Así, aun cuando supusiésemos la formacion de una chispa eléctrica, no estaríamos con eso mas adelantados para la explicacion que buscamos. Entre las sustancias elementales que entran en la composicion del cuerpo humano, una de las mas abundantes y combustibles es el fósforo, del cual existe una cantidad considerable en los huesos y en muchos flúidos, y se le encuentra tambien en abundancia en la masa cerebral y en las partes adiposas. Cuando la putrefaccion disuelve, despues de la muerte, los diversos elementos de que se compone el cuerpo humano, para

producir otras combinaciones, no tarda en desprenderse el fósforo, y formar, con su union con el hidrógeno, productos gaseosos muy notables: el hidrógeno perfosforado sobre todo goza de la propiedad singular de inflamarse por sí mismo cuando está en contacto con el aire atmosférico, produciendo una luz muy viva, y un calor muy elevado. A la formacion de este gas se atribuyen los fuegos fatuos que se elevan á veces durante la noche en los cementerios, encima de las tumbas recientes.

Como la propiedad que tiene ese gas de inflamarse al simple contacto del aire podia ofrecer una explicacion muy natural de la combustion espontanea, se han aprovechado algunos de ella; mas esta teoría, por mas sencilla y natural que parezca, descansa sobre dos hipótesis enteramente gratuitas: la primera, que el gas hidrógeno perfosforado puede formarse espontaneamente en el cuerpo del hombre mientras vive; la segunda es que se forma en tanta abundancia, que puede reducir á cenizas todo el cuerpo por el calor elevado que determina ardiendo con el aire. Ahora bien, esas dos hipótesis no se apoyan en ningun hecho cierto, y no ofrecen siquiera una probabilidad á su favor; porque aun cuando entre el hidrógeno en mucha cantidad en la composicion elemental de todas las partes del cuerpo humano, y abunde mucho en él el fósforo, sin embargo seria arduo demostrar que entre este en cantidad suficiente para producir todo el hidrógeno perfosforado necesario á la combustion de todo el cuerpo.

Quedando ya pues fuera de duda que el cuerpo humano puede, en algunas circunstancias, llegar á ser de tal modo inflamable, que bastan algunas horas para reducirle enteramente á cenizas, sin el auxilio de ningun combustible extraño, y quedando probado que este fenómeno no puede atribuirse únicamente á ninguna de las teorías químicas por cuyo medio se ha querido explicarlo, tenemos que remontarnos á un orden de ideas mas elevado, y reconocer que es indispensable ante todo admitir una modificacion importante en la economía del individuo amenazado, es decir, una predisposicion mórbida.

Esta enfermedad, que puede llamarse horrorosa, pues termina casi siempre con la muerte, ó mejor, con un horrible suplicio, ha quedado hasta ahora sin nombre en los cuadros nosológicos de la ciencia. Ella sin embargo debe, como la mayor parte de las demás, tener sus síntomas precursores, únicos que pueden suministrar alguna luz acerca de los medios de combatirla, y señalar la época en que pueda hacerse con alguna esperanza. Las enfermedades nunca se desarrollan súbitamente: hay siempre algunos síntomas, apenas perceptibles á veces, pero que bastan para dar á conocer el mal que se acerca. El mismo cólera, esa plaga destructora que ha devastado sucesivamente todos los puntos del globo, y que en vez de devorar á sus víctimas por medio del fuego, las destruye haciendo desaparecer el calor vital, se anuncia

constantemente por medio de fenómenos precursores, que no permiten al práctico experimentado dudar de su próximo desarrollo. ¿Porqué no podrá suceder lo mismo con la combustion humana espontanea, cuando se habrán recojido y observado, con toda la atencion que merece semejante objeto, un gran número de hechos.

Mas estas indagaciones quedarán sin resultado, mientras solamente se dirijan á la época en que el cuerpo ha caído ya casi enteramente bajo el influjo de las leyes físicas que rijen la materia. El hombre

no es, como se ha dicho, un aparato galvánico, ni un crisol en el que se suceden ciertas combinaciones moleculares. Su organizacion, como la de los animales, depende de leyes particulares, independientes y opuestas muchas veces á las que rijen lo restante del mundo material. El conjunto de esas leyes particulares es lo que constituye la vida; y el médico sacará de su profundo estudio muchos mas resultados eficaces para la práctica de su arte, que del de las ciencias físicas y químicas, á las que se limitan hoy dia los estudios médicos.



Costumbres sicilianas.

La mayor parte de los nobles de Sicilia tienen una capilla propia, en la que entierran á los que mueren de la familia, y en las que se celebran muy pocas ceremonias y aniversarios solemnes. A fines del año 1815, Mma. Zambani, segunda esposa de un príncipe siciliano que habitaba en las cercanías de Mesina, manifestó á su marido y á sus hijos que deseaba ir á visitar su antigua capilla, la que no habia visto mucho tiempo hacia, y que debía iluminarse aquella tarde en honor de la fiesta del Rosario. El uno de los hijos del príncipe, que es hoy dia el príncipe San-Severino, contaba entónces diez y ocho años; tuvo que seguirla, bien que con mucha repugnancia.

Cuando estuvieron en la iglesia, el jóven no hizo la menor atencion ni en la romántica belleza del sitio, ni en el efecto solemne del órgano resonando bajo las bóvedas bizantinas, ni en el de las numerosas bujías que iluminaban los ornatos góticos y arabescos. Permaneció en la iglesia, como niño mal criado, sin dejarse ver de nadie, y encerrándose en un confesionario, se puso á dormir mientras cantaban el oficio de difuntos, sin tomar la menor parte en las devociones y ceremonias de la tarde.

Cuando hubo la princesa terminado sus oraciones y quiso volver al palacio, buscó con la vista á su hijo, y no encontrándole, pensó que habria salido de la iglesia antes de terminarse el oficio, y que le habria tomado la delantera. Al llegar al palacio, vió que se habia engañado, pero no hizo alto en su ausencia, y pensó que en su ribieta de niño, se habia ido á dormir á Mesina, donde tenia la familia una morada.

Sin embargo, el príncipe, que se llamaba Ramiro de nombre de pila, no habia salido del confesionario. En el momento en que se retiraron todos, en que se cerraron las puertas, en que se apagaron los cirios y en que sucedió un profundo silencio al canto de los

frailes, el muchacho estaba durmiendo todavía. El jefe de la familia se llevó las llaves de la capilla, que no debía abrirse hasta el año siguiente. Despues de un sueño cuya duracion no pudo Ramiro determinar exactamente, abrió los ojos, salió del confesionario, se admiró de la profunda oscuridad que le rodeaba y dió algunos pasos por la iglesia. Procuraba orientarse, cuando oyó ruido de pasos lejanos. Paróse y vió un hombre de aventajada estatura, embozado en un *ferrajuolo* ó gran capa á la italiana, pasar con una linterna en la mano por delante del confesionario, hacer como si se arrodillase delante del altar, proseguir su camino y desaparecer. Sea que el temor ó la necesidad de dormir hubiesen retenido al jóven Ramiro en el confesionario, donde volvió á entrar casi al mismo tiempo en que se le apareció aquel misterioso personaje, no quiso dejar su asilo hasta que salió el sol. Entónces, alentado sin duda por la claridad que se proyectaba á lo largo de las paredes, examinó el interior de la capilla con atencion, encontró la puerta herméticamente cerrada, no pudo descubrir ninguna salida ni del lado del altar ni del lado de la nave: terminado este exámen, subió al apoyo de una ventana, y se deslizó por la parte de fuera hasta el suelo. Paróse muy poca atencion en su ausencia nocturna, y su madre quedó persuadida de que habia pasado la noche en Mesina.

Sin embargo habia quedado impreso en su memoria el misterio de esa aparicion en la capilla, y se preguntaba á sí mismo si ocultaba un arcano perteneciente á su familia, y si habia en ello un lance tan novelesco como interesante. Pero ¿cómo cabia alcanzar la averiguacion que deseaba? Pensó mucho tiempo en ello, y ocho dias despues de la fiesta del Rosario, previno á su familia que iba á pasar la noche en Mesina, y partió para la capilla, armado de un par de

pistolas, de una espada y de las llaves necesarias. Volvió á su puesto, se encerró en el confesionario, esperó mas de tres horas, no vió nada y se durmió. Repitió el mismo experimento tres ó cuatro veces, siempre con el mismo resultado. Empezó á creer que toda aquella aventura habia pasado tan solo en su imaginación, y que la visita nocturna habia sido un sueño, y persuadido de ello renunció á su empresa. Pasóse un mes; mas volviendo una mañana de Mesina, vió, en el camino que conducía á la capilla, un hombre embozado en un ferraajuolo siciliano, cuya hechura le chocó, por su semejanza con el del visitador nocturno: por lo que resolvió volver á empezar sus pesquisas aquella misma noche.

Habia entre Mesina y la capilla una aldehuela en la que se detuvo para tomar algunos informes. Entró en algunas chozas y preguntó á los paisanos si habian visto en las cercanías al hombre cuyas señas les daba. «Sí, respondió uno de ellos, le conocemos: es un hombre muy caritativo cuyo nombre nadie conoce, que distribuye limosnas por el pais y que va muy á menudo á casa de los Rinzo, labradores pobres que tienen una hija muy guapa.»

Resuelto Ramiro á conocer esa aventura, se hizo conducir á casa de aquellos á quienes habia visitado el extranjero, y preguntó á los habitantes de la cabaña, cuya hija era en efecto reparable por su belleza.

«No sabemos, decían los paisanos, cómo se llama la persona de que habla V., pero suponemos que es de la familia de los Costa de que nos habla siempre. Si estuviésemos persuadidos de que la limosna nos viene de la señora Costa, no recibiríamos los beneficios de un extranjero. Por lo demás, ignoramos todo lo relativo á la conducta y origen del hombre de que V. nos habla.»

Iba á dar el toque de oraciones, cuando el jóven, bien armado, y sintiendo su curiosidad mas aguijoneada que nunca, se agazapó en el confesionario y se puso á hacer centinela. Pasó toda la noche, sin que Ramiro, que habia tenido cuidado de no dormir en toda ella, estuviese mas adelantado que en la vispera. Brillaban ya en el horizonte los dudosos matices de la mañana, y salía ya del confesionario, renunciando para siempre á sus inútiles pesquisas, cuando llamó su atención el ruido de una llave que jiraba con fuerza en una cerradura. Volvió á entrar, prestó el oído, y vió entreabrirse una puerta secreta, que, practicada entre dos pilastras, hacia mover un lienzo de pared, sin que nada al exterior revelase su existencia. Llegó hasta él un ruido de voces, y apareció otra vez el hombre de la capa. Arrodióse ante el altar, levantó las gradas de madera que conducían á él, y colocó alguna cosa debajo de ellas, dirigiéndose en seguida hacia la sacristía, por donde desapareció. Dejó Ramiro pasar media hora, y saliendo poco á poco de su escondrijo, examinó la sacristía que estaba desierta y en la que nada anunciaba ni la presencia ni la salida del desconocido. Volvióse á la capilla,

levantó las gradas del altar y no vió nada. Solo después de haber mirado y remirado mucho, descubrió en un pequeño hoyo, practicado debajo de las gradas, una clavija de madera, que levantó, y dejó caer en su mano una llavecita redonda semejante á la de un piano. Tomóla, volvió á poner las gradas en su lugar, y se dirigió hacia la pilastra, donde habia una pequeña abertura. Preguntóse si abriría aquella puerta y si despreciaría el peligro á que debía esponerle semejante empresa. Habia oído salir ruido de voces de la galería subterránea á que conducía la puerta: ¿sería aquello una guarida de ladrones, ó un depósito de objetos robados, ó un *in pace* en que los monjes sepultaban vivos á aquellos de sus hermanos que no querían entregar á la justicia humana? Por lo que podia ser, el jóven no osó aventurarse por aquellas misteriosas cavernas: volviólo á poner todo como lo encontrara y regresó al palacio de su padre. Tuvo cuidado de no decir á nadie el extraño descubrimiento que habia hecho; y tal vez temia tambien comprometer con una indiscreción el honor de su familia.

Mas bien pronto se dejó arrastrar de su curiosidad apesar de los consejos de una prudencia apocada. Resolvió ir de día á la capilla en que habia esta puerta misteriosa: la llave estaba en su lugar y la puerta jiró sobre sus goznes con una facilidad que sorprendia atendida su pesadez. Vió un corredor sombrío, oscuro y silencioso como un sepulcro. La humedad de la bóveda penetraba y helaba sus miembros. Temiendo ser detenido en su paso por algun obstáculo inesperado, ó caer en alguna trampa, colocada allí para castigar al curioso indiscreto, volvió á cerrar poco á poco la puerta; contentóse con el principio de este descubrimiento, colocó otra vez la llave debajo de las gradas y se prometió que volvería al día siguiente con una linterna.

Volvió en efecto al siguiente día, armado de su linterna, abrió la puerta, examinóla por dentro y por fuera, y vió que una vez abierta, se cerraba por sí misma por medio de un resorte, y que era imposible abrirla por la parte de fuera sin tener la llave de una segunda cerradura que la primera llave exterior no abría. Este nuevo obstáculo le hizo reflexionar y le detuvo un momento en su proyecto el temor de ser sepultado vivo en aquellas bóvedas subterráneas. Descontento, sin embargo, de haber llevado las cosas tan lejos sin haber salido con su intento, salió de la capilla para ir á buscar unas tenazas, una lima y un martillo que debían servirle para arrancar la segunda cerradura. En menos de media hora se habia ajenciado estos objetos en la aldea vecina, y estando ya de regreso en la capilla, buscó la llavecita debajo la gradería, pero habia ya desaparecido. ¿Habrian tal vez sus frecuentes visitas despertado la sospecha, ó habria el visitador nocturno entrado en el subterráneo? lo ignoraba; mas acercándose con tiento á la puerta, aplicando el oído á la abertura que conocia, permaneció mucho tiempo en esta postura sin oír el menor

ruido, sin descubrir nada. En fin, despues de haber esperado un cuarto de hora, abrióse la puerta secreta dando paso al hombre de la capa, que se encontró delante de Ramiro.

Su sorpresa fué mutua; ambos retrocedieron muchos pasos y pusieron mano á la espada, porque el extranjero iba armado. Ramiro fué el que primero rompió el silencio: él mismo me contó esta aventura, y yo refiero sus propias palabras: «¿Quién es V., y qué es lo que viene V. á hacer en la capilla de mi familia?

—¿Y V., señorito, respondió áasperamente el desconocido, qué es lo que viene V. á hacer en ella á esta hora? Hágame V. el favor de retirarse al momento. Si no lo hace V., le advierto que corre V. peligro. Si en algo aprecia V. la vida, olvide enteramente lo que ha visto, ponga V. fin á sus visitas, no sea V. indiscreto, y le perdonaré á V. por respeto á su juventud y á su familia.

—¡Pues bien! replicó el jóven, sepa V., que me habla con ese tono de altanería y desprecio tan ridículo, que no le dejaré partir de aquí, sin explicarme su conducta y sin que me dé V. antes cuenta de sus acciones.»

Ramiro habia sacado la espada al decir estas palabras y observaba atentamente todos los movimientos de su adversario. Era este un hombre atlético, de unos cuarenta y cinco años de edad, y que al oír las últimas palabras del jóven, se arrojó sobre él como un tigre. El jóven paró con destreza ese primer ataque hiriéndole con la punta de la espada debajo de las costillas, de cuya herida empezó á correr al momento la sangre. La rabia del desconocido iba en aumento, y sirviéndose de su espada como de un verdugillo, arrojóse sobre Ramiro procurando acribillarle á golpes y alcanzándole en el brazo. Felizmente no quedó Ramiro desarmado, y dió con su brazo herido un golpe tan violento y tan acertado á su adversario, que su arma se hundió hasta la guarnicion en el vientre de su enemigo, y retirando en seguida su espada, le abrió al extranjero una herida tan profunda que le salieron todos sus intestinos ensangrentando el pavimento.

«V. es el que me ha reducido á este extremo, le dijo el jóven; yo debía defenderme. Pero hable V., ¿puedo servirle en algo en este momento fatal?

—Soy muerto, exclamó; solo le pido á V. una cosa.

—Hable V.

—Tome V. esa llave, arrójela V. al mar, y no procure averiguar jamás qué motivo me conducia á la capilla. Esto no atañe ni interesa mas que á mí. Muero á sus manos; no me niegue V. pues lo que le suplico.»

Ramiro no contestó á esta pregunta del moribundo, que fué trasladado á una casa de la aldea vecina. Supose que era un tal D. Cayetano Cantarello de Mesina, hombre de reputacion equívoca y de costumbres misteriosas. Madama Zambani, creyendo que su hijo

habia tenido alguna disputa de amor y celos con Cantarello, fué á visitar al moribundo y le pidió esplicaciones sobre ese desgraciado acontecimiento.

«Señora, repuso él, ya que su hijo de V. nada ha descubierto respecto á este asunto, me permitirá V. que no tome yo la iniciativa.»

Murió dos días despues, sin haber suministrado ningun dato, y sin haber disculpado siquiera al jóven, sobre el cual no tardó en pesar la sospecha de asesinato, cosa muy comun en Sicilia. Exigióse caucion para el jóven.

En todos tiempos y particularmente en la época de que hablamos, la justicia palermitana no era muy severa para las personas nobles. Esta vez sin embargo, como se alzaba contra Ramiro la voz pública, y los testimonios de muchos paisanos de las cercanías estaban acordes en deponer que le habian visto muchas veces pasearse al rededor de la capilla, esperando la ocasion de encontrar á Cantarello, vióse obligada la familia á vijilar al jóven durante algun tiempo. Su madre por otra parte temia la venganza de los parientes de Cantarello, y es bien sabido que la venganza siciliana solo se explica á puñaladas. Ramiro no salia del palacio sino acompañado de un ejército de criados. Por la tarde le encerraban en su aposento, no permitiendo que nadie penetrase hasta él. Por espacio de quince días fué en extremo severa esa vijilancia. Cuando rogaba á su madre que le pusiese en libertad, esta le contestaba que su libertad dependia de las esplicaciones que le pedia sin cesar, y que él rehusaba dar; que no debia temer un juicio severo si se trataba de alguna intriga de amor ó de alguna locura de jóven, y que le rogaba tan solo que se explicase sobre los motivos de esta singular aventura.

Negóse constantemente á ello; pero al cabo de dos semanas, se relajó un poco la vijilancia de que era objeto. Madama Zambani, cuya ternura vijilante no le perdía un momento de vista, fué á pasar una noche en Mesina, y Ramiro, aprovechando esta ocasion, se deslizó por una ventana de su aposento, cuyo balcon caia al jardin. Llevóse un par de pistolas y un eslabon para reanimar la linterna que habia quedado sin duda en la capilla. Al entrar en el santuario, se estremeció Ramiro al ver la sangre del desgraciado Cantarello, que, seca desde la época del desafío, enrojecia todavía las baldosas de mármol y toda la parte del pavimento inmediato á la puerta secreta; pero arrastrado por la curiosidad, que le dominaba todavía, abrió la puerta, desclavó la segunda cerradura, puso una palanca atravesada para impedir que se cerrase, y entró en el corredor. Mas apenas hubo puesto los piés en él, cuando le detuvo un hedor mefítico que salia de las bóvedas subterráneas y que se derramó por toda la capilla, cuyas ventanas tuvo que abrir para que entrase el aire. Aguardó algunos instantes, y cuando hubo penetrado un aire mas puro en la capilla y en el corredor, volvió á entrar en él. La bóveda era baja y la galeria estrecha. A unas veinte

toesas escasas de la primera puerta, dió con otra que estaba cerrada. Buscando por el suelo, con el auxilio de su linterna, no tardó en encontrar la llave de esta segunda puerta que abrió, y que dió libre paso á un hedor tan inficionado, que tuvo que huir hácia la capilla y esperar que se hubiesen disipado aquellos miasmas. Cuando volvió á entrar en aquella caverna, donde podía apenas tenerse en pié y andar, por estar tan llena de aire corrompido, reconoció que era una especie de cueva cuadrada cuya bóveda era muy baja. Acercó su linterna á una masa informe en estado de putrefaccion, cuyos restos retenia una cadena clavada en la pared: era un cadáver cuya descomposicion inficionada se mezclaba á la fétida paja que cubria el suelo. Delante de ese cadáver, se veia el de una mujer, que tenia un niño entre sus brazos, en el mismo estado de putrefaccion. Una nube espesa cubrió los ojos de Ramiro y sus piernas vacilaron, y le hubiera sorprendido un desmayo en aquel horrible sitio, donde tal vez le hubiera cojido la muerte, si no se hubiese apresurado á salir vacilando á la capilla. Permaneció sentado algun tiempo en las gradas del altar, volvió á recobrar el uso de los sentidos, y se dirigió hácia Mesina, donde confió al capellan de la familia todos los pormenores de su descubrimiento. Este capellan habia asistido á Cantarello hasta su última hora, sin haber podido obtener de él ninguna confesion, por lo que manifestó al jóven la necesidad de instruir del hecho, no solo á la familia del príncipe, si que tambien á la policía palermitana. Esta se trasladó al lugar de la escena, é hicieron las mas exactas pesquisas acerca de los acontecimientos que habian podido tener lugar en la bóveda que habia servido de tumba á aquellas tres víctimas vivas.

No cabia duda en que aquellos tres infelices habian perecido de hambre. El hombre estaba atado por una cadena que le ceñia el cuerpo y que correspondia á un anillo de hierro colocado á su pié derecho. Esta cadena solo dejaba un espacio de tres piés entre él y la pared. La mujer, que estaba libre, descansaba sobre un colchon de lana, y se encontraron cerca de ella agujas de hacer calceta, una madeja de algodón y una media empezada. Detrás de su cabeza y frente á la pared habia una silla rota que la infeliz habia cubierto con un zagalejo. Cuando se apartó esta silla, se vió que ocultaba un agujero practicado debajo de la pared, bastante largo para dar paso á un hombre. Parece que la pobre, viendo que no volvia el que acostumbra traerles alimentos, se habia puesto á abrir un agujero en el suelo y á arrancar enormes piedras que habia colocado sobre su colchon. Se encontró en el hoyo uno de esos instrumentos de madera, que las Sicilianas llaman *mazzarello*, que colocan en la cintura y les sirve para sostener las agujas de hacer calceta.

Tal es el poder de la voluntad y la fuerza de la desesperacion, que habia logrado, ayudada de aquel solo instrumento, abrir un hoyo de mas de diez piés

de profundidad sobre cinco de diámetro. Las angustias del hambre vinieron á detenerla en su trabajo, y tomando á su hijo entre sus brazos, se tendió en el colchon donde murió. La actitud del esqueleto del hombre, que se encontraba delante de la infeliz, probaba que habia hecho horribles esfuerzos para llegar hasta ella y romper su cadena. Todos sus miembros parecian torcidos por la convulsion de la agonía, y tenia los brazos estendidos hácia el ángulo de la caverna en que habia perecido su hijo. No se descubrió ninguna señal de herida ni de sangre, ni en el pavimento ni en los cadáveres.

Lo mas extraño es que se encontró en uno de los rincones de la cueva un gran jarro que contenia unas tres azumbres de agua, y en su fondo una libra de uvas que los presos habian dejado caer en ella sin duda por descuido. Una botella, que contenia un poco de aceite, colocada en un hueco de la pared, un cubilete de estaño y una lámpara componian todo el ajuar. Veíase otro hueco en la pared ennegrecido por el humo, sea que Cantarello hubiese encendido lumbre en él para remachar los hierros de su víctima, sea que hubiese permitido á los prisioneros servirse de él como de una chimenea.

Las averiguaciones de la justicia derramaron alguna luz, bien que incompleta, sobre los hechos cuyo desenlace acabamos de referir. Una jóven campesina declaró que estando unos dos meses antes ocupada en cojer higos detrás de la capilla, creyó oír salir de tierra una voz de mujer meciendo á su hijo, y que arrojó su canastillo, llena de miedo, y se fué. Un sacerdote que habia oficiado durante la ceremonia, depuso que en el momento en que apagaba los cirios, habia oído una voz que parecia salir del subterráneo y que clamaba: *¡Ntra. Sra. del Rosario! ¡Ntra. Sra. del Rosario!*

Los paisanos en cuyas casas solia detenerse Cantarello, refirieron que hacia cerca de dos años que este los visitaba so color de hacerles limosna; que traia y se volvia diferentes especies de alimentos encerrados en un cesto; y que al principio llevaba siempre vino, carne y pan, y que despues solo traia frutas secas y pan moreno.

Varias veces, aunque en intervalos muy claros, le habian visto conducir consigo un muchacho, envuelto en una larga capa y que parecia que lloraba. Habian, decian ellos, gastado algunas chanzas con Cantarello sobre este punto; mas él, en vez de tomar á bien la pulla, se habia enojado. «Era, decia, un jóven sacerdote que no queria volver á entrar en el seminario, y pariente suyo.» La conjetura mas probable haria creer que el supuesto sacerdote era la jóven del subterráneo á la cual permitia de vez en cuando salir con él.

Cantarello habia sido criado del marqués Cornaro. Cuando el terremoto de 1783 destruyó á Mesina hasta sus cimientos, el palacio Cornaro quedó destruido, y sepultado su propietario entre sus ruinas. La voz

pública acusó al criado de haberse enriquecido con los despojos de su dueño; y en efecto, se estableció en Mesina, compró una granja, y vivió como un hidalgo, sin que se pudiese averiguar nunca el origen de su nueva opulencia. Quiso casarse con una jóven que habia sido camarera de la marquesa Cornaro, y que, segun fama, corria bien con él: mas ella rehusó, dando su mano á un jóven de Trieste, con el cual pasó á habitar una casa muy aislada en las cercanías de Mesina. La declaracion de un antiguo criado de Cantarello, despedido por su dueño cinco años antes, pareció aclarar un poco ese complicado drama.

«Unatarde, dijo este, mi amo hizo parar su coche en un sendero apartado, á tres leguas de la poblacion y delante de la casa habitada por la mujer que habia rehusado su mano. «Id, me dijo, y avisad á los dueños de esa casa que el hijo que tienen en ama acaba de caer gravemente enfermo y que es muy necesaria su presencia. Id, y no les digais de dónde ni quién os envia.» Conocí muy bien que era una mentira é hice algunas objeciones á Cantarello, quien me contestó: «Mi intencion es sorprenderles agradablemente y hacerles cenar conmigo.» Ejecuté sus órdenes. La madre, inquieta al recibir este mensaje, quiso partir al momento, pero su marido se oponia á ello; venció ella por fin su repugnancia, y figuraos cuán admirados quedarian, cuando se vieron delante de Cantarello. «Subid á mi coche, gritó Cantarello. — ¡Ya te decia yo, repuso el marido dirigiéndose á su mujer en tono de reprension, que caeríamos en algun lazo!» El cochero y Cantarello hicieron entrar á la fuerza al marido y á la mujer en la carroza, y mi señor me mandó que fuese corriendo á su casa y mandase preparar una cena para tres personas. Media hora despues vino un paisano con la orden de suspender la cena, y á decirnos que mi amo y sus convidados se habian detenido en casa de uno de sus amigos que les habia obligado á quedarse á cenar con él. Ved ahí todo lo que sé. Habiéndose, despues de esta época, vuelto mi amo intratable, su jenio violento me obligó á dejarle.»

Preguntóse á la ama de leche á quien se habia confiado el hijo de las personas que habian desaparecido, y confirmó la declaracion del criado, añadiendo que como el salario, que le pagaban con exactitud, le venia por la parte de Trieste, estaba persuadida de que el marido y la mujer se habian retirado á esta ciudad, de resultas, sin duda, de alguna desgracia. Tales fueron las únicas noticias que se lograron recojer. Parece ser lo mas probable que el primer hijo de aquella mujer (al cual por otra parte dejó Cantarello en testamento todos sus bienes) era hijo del mismo Cantarello, y que la accion horrible que cometió fué resultado de los celos que le inspiraba el matrimonio de la que le habia dado aquel hijo.

Estraño pais, que es difícil abandonar cuando uno ha puesto el pié en él, y donde sin embargo os rodean mil peligros, si no teneis la dicha de ser católico y de entender esa jerigonza gutural llena de z y de

g, que habla el pueblo de Sicilia. Un pobre Inglés, amigo mio, lo experimentó de un modo muy aciago. Debemos advertir de paso que no era la sagacidad la prenda sobresaliente de ese Inglés; era un buen cazador, pero al mismo tiempo un observador mediano. Volvia pues de la caza, con el fusil en la mano, y atravesaba la pequeña villa de Augusta, al mismo tiempo que llegaba á ella la procesion de San Sebastian, cuya imájen se alzaba sobre un tablado arrastrado por caballos ricamente enjaezados, adornados de guirnaldas y rodeados de una nube de incienso. Mi amigo iba vestido de oficial, y como iba armado de su fusil, le tuvieron por un centinela. Las campanas hacian estremecer el aire tocando á vuelo; todo el mundo se postraba delante del santo, mientras el pretendido centinela permanecia inmóvil y miraba al pueblo, que le ve con el arma al brazo y toma esta inmovilidad por un desacato. Quieren obligar al Inglés á que presente el arma para hacer los honores al santo; le circuyen, gritan y se esfuerzan en hacerle comprender que debe presentar el arma: mas el pobre no entiende ni una palabra de siciliano. ¿Porqué pues esa cólera y esos gritos? ¿porqué esa muchedumbre despechugada, con el rostro encendido de cólera, con los puños cerrados, le señala la imájen del santo? ¿porqué hieren sus oidos los nombres de *bríbon*, *malvado*, *miserable*, tartamudeados en mal inglés? No duda que se dirige á él toda esa cólera, y acaba por creer que su objeto es el santo. Encuentra muy singular que le pongan delante una imájen de santo con tan grandes clamores y tan enérgicas maldiciones. Imaginase en fin que, para contentar á aquel populacho, no tiene mas que hacer sino descargar su fusil á la cabeza del santo; y en efecto, dos minutos despues de esas reflexiones el santo estaba decapitado por una bala, y el populacho siciliano se lanzaba sobre el imprudente Inglés y le hacia pedazos.

He dicho que se necesitarían volúmenes para describir esas estrañas costumbres. He aquí lo que me sucedió en 1802, en la época en que ocupámos militarmente la Sicilia. Jóven, oficial, indiferente á todo y amigo del placer, no habia recibido todavia ese triste bautismo de la experiencia de los años, de las campañas y de los viajes. Tenia veinte y dos años; permitaseme pues echar un velo sobre una parte de mi aventura.

Eldía 5 de febrero, despues de la procesion de Santa Agueda, se suele iluminar la ciudad de Catana y sus cercanías. Una feria brillante que empieza despues de puesto el sol atrae infinitos chalanes y paseantes. No se ve otra cosa que fuegos artificiales, jirándulas, vidrios decolor, orquestas entre los árboles, cirios delante de las *madonas*, curas, paisanos y bellas muchachas paseándose y chucheando en la oscuridad. Hay además una costumbre singular, que es propia tan solo de aquel dia. Mujeres de todas clases, nobles y plebeyas, viejas y jóvenes, feas y hermosas, cubiertas de una capita corta con una capucha que llevan

casi siempre, cambiando la voz, tapándose el rostro, ponen á contribucion la bolsa de los conocidos que encuentran, y á los cuales cojen al momento por el brazo. Nunca se rehusa, bajo ningun pretexto, esta limosna de la feria, que tal es el nombre que lleva ese extraño tributo. Los viejos y los avarientos tienen buen cuidado de evitar la fiesta nocturna de Santa Agueda; los maridos la temen, los amantes la esperan, y los amores se aprovechan de ella.

Acababa de desembarcar en Sicilia, é ignoraba esta costumbre de las *encapuzadas*, *tuppatelle*, como allí las llaman, cuando ví por primera vez esa alegre y brillante fiesta. Habia dejado en el cuartel mi bolsa, de suyo bastante ligera: relucian mi brillante uniforme y mis espuelas al resplandor matizado de los vasos de color, cuando asiéndome dos *tuppatelle*, una del brazo derecho y otra del brazo izquierdo, me pidieron limosna en nombre de Santa Agueda. Yo mismo me avergonzaba de mi situacion. El tallo y el aire de las *tuppatelle* anunciaban ser personas elegantes, de distincion y hasta ricas. No traia ni un ochavo en mi faltriquera: ¿qué debia pues hacer? Tartamudeé algunas excusas, farfullé el poco italiano que sabia para obtener de aquellas damas crédito hasta la mañana del siguiente dia, mas ellas se reian de mis excusas: eran unos acreedores inexorables. No admitieron plazo, no tuvieron piedad de mí, y una de ellas exclamó en buen italiano: «¡Pues que se obstina, quedará prisionero!»

Estaba en extremo admirado de esa captura, que me asustaba poco, y me dejé conducir por las dos Sicilianas que, hendiendo la muchedumbre de titiriteros, músicos y danzantes, atravesaron toda la feria, encontraron una calesa descubierta y me hicieron entrar en ella. Hubiera podido sin embargo disputar el derecho que pretendian tener de hacerme prisionero, pero no quise hacerlo. Partió la calesa, y las dos *tuppatelle* me vendaron guapamente los ojos con una venda que se quitó del cuello una de ellas, para impedirme que viese la direccion que tomaba nuestro carruaje. Hubiera sido absurdo resistir, y mucho mas manifestar temor ó desconfianza. Las manos que me retenian cautivo eran finas como la tela de seda, melodiosas las voces que me mandaban tan arbitrariamente. Tomé por consiguiente el partido de dejarlas hacer, ignorando qué desenlace tendria este rapto, y no temiendo mas que una cosa, las penas militares despues de esa súbita desaparicion.

Paró en fin el coche; me hicieron bajar de él, y no me quitaron la venda que me cubria los ojos hasta entrar en un salon magnífico, alumbrado por cien bujías, y donde estaba preparada una cena. «Ved ahí vuestra cárcel, me dijo una de ellas, y permaneceréis en ella hasta habernos dado satisfaccion de vuestra conducta pasada.» Fácil es de adivinar que consentiria sin dificultad en ello, y durante quince dias, que se pasaron como una hora, no salí de aquel nuevo palacio de Armida. Encontrábase allí conversacion elegante,

talento para las artes, alegría, buen vino, una delicadeza exquisita, en una palabra, todo, escepto la libertad. Una mañana entró el mayordomo en mi cuarto, me vendó los ojos mientras dormia, ayudóme á vestir, me entregó dos anillos que poseo aun, me hizo entrar en un coche, y me condujo hasta las mismas puertas de Catana. Encontré con mucha facilidad el camino del cuartel donde estaba alojado mi batallon; y lo que mas me admiró fué que, despues de esta vida de placer y de ociosidad, mis camaradas me abrumaron con sus pullas sobre mi flaqueza, mi palidez y mi aire de haber sufrido mucho. Pretendieron que habia caido en manos de ladrones, que me habian desollado la bolsa y sujetado á una dieta forzosa, y miraron como una fábula la relacion exacta que les hice. Durante los tres meses que permanecí en Catana, procuré, como pueden figurárselo mis lectores, volver á encontrar en las cercanías á las *tuppatelle*, pero fué en vano. Semejantes aventuras solo pueden ocurrir en paises á medio civilizar, como en Polonia, en Sicilia: paises románticos, en cuyas costumbres se encuentra siempre la novela. Una religion ardiente y poética, leyes vagas, costumbres pintorescas, pasiones no rejidas por la convencion; todo eso no concurre ni á la felicidad ni á la prosperidad industrial; mas en cambio se derrama sobre la existencia, sobre todas las circunstancias de la vida, un baño mas dramático, algo de imprevisto que encanta.

Ocho meses despues de esta expedicion de quince dias, toda la poblacion de Catana estaba en movimiento, y las calles estaban llenas de artesanos y labradores, que gritaban con todas sus fuerzas: *¡han robado al Señor! ¡han robado al Señor!* Las mujeres lloraban y se arrancaban los cabellos. Las campanas atronaban el aire y las iglesias estaban llenas de penitentes de rodillas. ¿Qué habia sucedido? ¿Amenazaba tal vez el Etna arrebatarse la ciudad entre sus olas ardientes? Nada de esto. Dos pobres herreros que habian quedado sin trabajo y sin dinero se habian introducido en una iglesia de la ciudad, donde estaba espuesto el santo Sacramento, y en la que no habia nadie, ni sacerdotes, ni bedeles, ni monacillos. Es tal la veneracion que inspira en Sicilia este sagrado objeto, que no se supone ni la posibilidad siquiera de un robo sacrilego; mas un demonio terrible, el hambre, dirigió el brazo de uno de aquellos dos hombres que se apoderó del cáliz y huyó con su compañero. Salieron de la ciudad, se detuvieron en una *trattoria* ó posada, muy embarazados con su robo: pidieron á la dueña del meson que les fiasse hasta el dia siguiente y prometieron venir á pagarla. En una segunda posada, donde se detuvieron por la tarde y que estaba mas distante de Catana, dejaron entrever una parte del santo Sacramento, que pudo ver una criada del meson. Como el acontecimiento habia hecho ya mucho ruido, púsose á gritar al momento con todas sus fuerzas: *¡el Señor ha sido hallado! ¡el Señor ha sido hallado!* Asustados los dos culpables, huyeron internándose

en el bosque. Los remordimientos y el temor les despedazaban el corazón, y creían que se descargaba sobre ellos la mano del cielo; mas ¿cómo cabía des- embarazarse de aquel sagrado objeto sin comprometerse? Despues de haber reflexionado acerca de eso, abrieron un grande hoyo en el suelo, envolvieron con mucho respeto al santísimo Sacramento con su camisa que rasgaron, y volvieron á cubrir de tierra el lugar que habian elegido para el sagrado depósito.

Entre tanto recorrían la ciudad largas procesiones de frailes blancos y negros: se estaban diciendo continuamente misas para encontrar al Sacramento. Habian trascurrido ocho dias en una verdadera desesperacion, cuando unos paisanos que venian al mercado refirieron que en un bosque situado á ocho ó diez millas de Catana habian visto un perro echado sobre la tierra recién removida, y que ladraba y rehusaba alejarse de allí por mas que le pegasen. Era sin duda, decian, algun hombre asesinado á quien habian enterrado allí, y cuyo cadáver guardaba su perro. Abrieron un hoyo en aquel lugar, y los paisanos, que se consideraban indignos de tocar el santo Sacramento que acababan de descubrir, corrieron á llevar esta noticia al obispo de Catana. El obispo mandó avisar á todo el clero, quien se trasladó, á pié descalzo lo mismo que el obispo, al sitio indicado. En menos de un cuarto de hora se puso en movimiento toda la poblacion de Catana, hombres, mujeres y niños. Entonóse el *Te Deum*, y se elevó en el sitio en que se habian detenido los ladrones, una iglesia magnífica, que se ve todavía y que está dedicada al hallazgo del Señor.

Pocas semanas se pasaban que no proporcionasen al observador algun nuevo rasgo característico; todo lo que llamamos gobierno, regularidad, orden, policía administrativa, era desconocido en Sicilia. Algunas veces el pueblo, despues de haber sufrido mucho, se insurreccionaba con frenesí, y salía de madre su ira durante algunos dias, como la lava del volcan que domina la Sicilia. Los crímenes y las acciones heroicas se barajaban y confundían como el rayo y el trueno en las nubes. Parece que por su misma configuracion no pueda la Trinacria someterse al orden regular de la civilizacion. ¿Cómo cabe surcar de caminos y canales un pais montañoso donde son tan frecuentes los terremotos, que muchas veces es necesario andar tres leguas al rededor de una montaña para recorrer una distancia real de un cuarto de legua? No solamente está cubierta la mayor parte del territorio de Sicilia de sendas tortuosas y de caminos en caracol, sino que en diferentes estaciones del año cambia el terreno de aspecto y de naturaleza. Abrense á lo largo de las montañas, de que está sembrada la isla, infinitos *fumaras*, ó anchos precipicios, que cubiertos de vegetales durante el verano, y de nieve durante el invierno, se llenan de agua al derretirse los hielos. Esos impetuosos torrentes, siguiendo un declive muy rápido, lo arrastran todo á su paso, ár-

boles, casas y rocas. A veces tienen hasta un cuarto de legua de ancho. Véseles precipitarse en el mar con un estruendo espantoso, y manchar con sus aguas amarillentas la verde superficie del Mediterraneo. Cambian á menudo de lecho, y cuando se halla atajado por los restos que han amontonado el alveo que abrieran el año anterior, se lanzan en otra direccion, amenazando con inevitable fracaso las cabañas y cortijos que encuentran á su paso.

Es necesario subir á la cima del monte Calcídico ó del Antenna-Mare, soberbio monarca de la gran cordillera Peloriana, para descubrir fácilmente toda la Sicilia y formarse una idea cabal de su singular configuracion jeológica. Yo emprendí este viaje á mediados del mes de junio de 1806. Hacia un tiempo hermoso, y nos pusimos en camino por la mañana. Corria cerca de nosotros, á la derecha, uno de esos alveos de torrentes, rios temporales ó *fumaras*, de treinta á cuarenta piés de profundidad, guarnecido de rocas amenazadoras, roídas por la fuerza de las aguas, tapizado de plantas aromáticas y cubierto con la sombra de árboles gigantes, que vienen á formar un toldo natural encima del alveo seco; espectáculo portentoso que varía de cuando en cuando, y que deja en zaga por su belleza y variedad toda la riqueza de las descripciones.

Cuando llegamos á la cumbre, nos encontramos á tres mil setecientos piés sobre el nivel del mar. Veíamos á Mesina á nuestras plantas, y distinguíamos fácilmente sus edificios, sus calles, sus manzanas de casas, todo, hasta su puerto y las naves que lo llenaban. Delante de nosotros se extendía el célebre Faro, ocupando un espacio de veinte millas, entre las montañas de Calabria y las hermosas costas de Sicilia; y descubríamos en medio de naranjos, olivos y limoneros, sus hermosas ciudades, diseminadas y esparcidas sin orden.

Gracias á la transparencia de la atmósfera, la vista no perdía ni un solo objeto de aquella inmensa perspectiva donde sobresalian el promontorio de Escila, las islas de Lipari y ese terrible Etna, cuya base enorme se baña en el mar. La nieve cubria ya la frente de ese coloso y le formaba un diadema que contrastaba con la hermosa verdura de las costas. En cuanto á la misma Sicilia, parece ser un vasto anfiteatro sobre el cual ha prodigado una mano liberal y poética caprichosas elevaciones. Vense por todas partes sendas tortuosas, colinas sobre colinas, quebradas ahuecadas en forma de embudo, grupos de montañas, valles que se abren en todas direcciones y que ofrecen á la vista cuantas variedades de matices puede presentar el verdor; *fumaras* que se precipitan, villas alzadas sobre la cumbre de una roca ó sepultadas en abismos de verdor; ora cabezas de montes desnudas y calvas, ora cimas menos elevadas, cubiertas de arriba abajo de pámpanos y de vides; en una palabra, todos los contrastes que imaginarse puedan. Las ciudades situadas al pié del monte Calcídico llevan el

nombre singular de *Furias (le Furie)*, y sin embargo son las ciudades mas hermosas del mundo.

No se crea sin embargo que se haga reinar en este pais el órden industrial y la policia exacta de Lóndres ó Amsterdam. Los oficiales encargados de conservar el órden y de proteger la seguridad pública son á veces los que mas comprometen el uno y la otra. Desde 1810 á 1811 las calles de Siracusa se vieron infectadas de ladrones. Nadie podia salir de casa al cerrar la noche sin peligro de ser muerto ó asesinado impunemente. En vano se aumentaron las patrullas, en vano el jefe de la policia nocturna (*capitano della notte*), el señor Anga, redoblaba su vijilancia; nada servia. Los artesanos eran asesinados en sus tiendas, los plateros desbalijados, sin descubrir el menor vestigio de los ladrones.

Entónces fué cuando un jóven oficial, alojado en el convento de San Francisco y perteneciente al sexto batallon de la lejion alemana, fué víctima de un atrevido robo. Acababa de recibir su paga en duros españoles, y depositó la suma en un cajoncito; mas aquella misma noche el cajoncito habia sido forzado y la cantidad habia desaparecido. No se habia contentado el ladron con robar los pesos fuertes, sino que como llovía á cántaros, se habia llevado tambien un paraguas del oficial. Denunció este el robo, mas fueron inútiles todas las pesquisas, y no aparecieron ni el paraguas, ni los pesos fuertes, ni los ladrones. Tres meses despues atravesaba nuestro oficial la gran plaza de Siracusa, armado de un nuevo paraguas, pues estaba lloviendo, y vió á un hombre que marchaba á su lado que traía un paraguas semejante al que él habia perdido. Detiene al hombre, reconoce su cifra grabada en el pomo y le pide su nombre. Era el tal un criado del Señor Anga, *capitano della notte*. Hácese acompañar á casa de este señor, cuya mujer, al saber el asunto de que se trata, manifiesta algunas señales de terror. Vuelve en esto Anga, que estaba ausente,

y rechaza con insolencia las preguntas y las observaciones del oficial. Se obtiene, despues de mil dificultades, el permiso de registrar la casa. Este registro no produjo al principio ningun resultado; pero se observó que el suelo del piso bajo estaba entablado, cosa muy poco comun en Sicilia: levantan el entablado y descubren debajo vastas cuevas en las cuales habia depositado el capitan toda especie de tesoros robados á los habitantes de la ciudad. Durante cinco años se habia enriquecido á costas de Siracusa; lo que le era muy fácil, si se atiende á que, encargado como estaba de la policia nocturna, parecia desempeñar su obligacion, cuando se le encontraba de noche por las calles. Sus dependientes, que tenian en esto una mina, le eran en extremo adictos. Nada mas cómodo que este latrocinio: colocaba en las estremidades de las calles, cuyos habitantes queria robar, centinelas que no permitian el paso á nadie, y terminada la expedicion, se retiraban tranquilos á sus casas. El sub-prior del convento de San Francisco era, como lo confesó él mismo, otro de sus cómplices. Ese fraile era el que habia robado los pesos fuertes al oficial. Se hizo una visita al convento, cuyas cisternas secas y pozos estaban llenos de objetos que no habian podido vender. Por otra parte, el sub-prior era un hombre notable, que habia organizado con mucha habilidad el comercio picaresco á cuyo frente se hallaba. Tenia, en todos los puntos de Sicilia, personas de confianza encargadas de vender lo que habia robado, lo cual se hacia principalmente en las grandes ferias de Lentini, de Calata Girona y de Calata Niseta. El fraile, arrestado, no fué entregado á la justicia ordinaria, sino que se dejó á su obispo el cuidado de castigarle, y segun todas las apariencias, vive todavía en una de las cárceles del convento. En cuanto al jefe de la policia nocturna, fué condenado (y cuenta que bien lo merecia) á galeras perpetuas.

DIARIO DE UN MÉDICO.

¡ES LOCA...!

HACE tres años que la alta sociedad de Lóndres estaba muy ocupada en un misterio que no podia comprender. Sir Bernardo Harleigh, hombre de talento y de ilustre cuna, se habia casado, unos seis meses antes de la época de que hablamos, con una jóven heredera, hermosa, rica y bien educada, llamada Ana

Belwood. Despues de un viaje por el continente, que hicieron juntos, estos esposos que poseían cuanto podia labrar su felicidad, bienes de fortuna y haciendas, y que gozaban de mucha consideracion, se habian retirado imperceptiblemente del mundo, donde lady Ana habia brillado en otro tiempo. Entram-



los eras sombríos, iracundos, sensibles, y sin embargo parecían adorarse mutuamente. Sir Bernardo no pensaba mas que en su esposa, y á lady Ana solo le embargaba la felicidad de su marido. Sin embargo un pesar secreto, desconocido, profundo, habia penetrado en el hogar doméstico y ajado su felicidad, sin que nadie pudiese adivinar la causa. Poco á poco se acostumbraron á no recibir á nadie. Sir Bernardo, que habia entrado con brillantez en la carrera política y que habia frecuentado asiduamente la Cámara de los Comunes, cesó de dedicar el mismo interés á las mas ardientes discusiones. Alteróse poco á poco la salud de lady Ana, y como no podia señalarse una causa razonable á todo ese dolor, á esa situacion misteriosa, el público, pródigo siempre en suposiciones, siempre hábil en sus hipótesis, no dejó de manchar la reputacion, irrepreensible por otra parte, de los dos esposos.

« ¡ Oh! y ¡ cómo se enflaquece! decian las mujeres, cuando entraba lady Ana en un salon; ¡ pobre jóven! se conoce que ha llorado: tiene todavía los ojos encendidos; es imposible no compadecerla. ¿Se acuerda V., querida, del otro dia, en el baile de la viuda de Pembroke, cuando Sir Bernardo pasó por entre los danzantes que la rodeaban, y le dijo que era hora ya de retirarse, y se la llevó á su casa, en el momento en que iba á hacer parte de una cuadrilla? Deben de pasarse cosas estrañas en esa casa, y daria de buena gana cien guineas para estar en acecho algunos instantes detrás de la cortina.

— No son felices, ó al menos dudo mucho que lo sean, añadía un ajeño lechuguino: yo he sido siempre de opinion de que no se avenian.

— Todo eso es sin embargo muy singular, repuso la marquesa de Clarynn, vieja y viuda, cuya hija habia aspirado á la mano y á las riquezas de Sir Bernardo: yo he visto á lady Ana turbarse y ponerse pálida mientras su marido hablaba de pintura y poesia con mi Isabelita.»

No recojeré todas las observaciones, sujestiones, conjeturas, todos los cuentos absurdos, todas las confidencias ridiculas, todas las novelas calumniosas que sobre esto corrieron de salon en salon, de retrete en retrete. La voz mas jeneral atribuía á Sir Bernardo un vicio oculto que causaba la desgracia de su esposa; era jugador. Mas yo, que desde mucho tiempo tenia el honor de visitar esta familia, me maravillaba de las voces que corrian acerca de Sir Bernardo y de su esposa.

Para alcanzar mejor la estrañeza de los salones ingleses, y disculpar un tanto los mil escándalos, las innumerables murmuraciones de que eran víctimas esos dos esposos, es menester trasladarse á la época, algo remota, en que Sir Bernardo habia recibido su novia de las manos de un padre venerable. Sir Harleigh, cuyo carácter melancólico y reservado, cuya organizacion nerviosa é iracunda, cuyos estudios diplomáticos y conocida ambicion habian inspirado á sus amigos bastante frialdad y desconfianza, se ha-

bia manifestado de repente alegre y jovial. La alegría y la candorosa gracia de su esposa le habian mudado el carácter y arrancado á las costumbres de su pensamiento y de su vida. La felicidad de que gozaba habia realizado sus prendas de estadista con un baño suave y agradable de que careciera hasta entónces; y la entrada que hizo lady Ana en el mundo fué har-to lisonjera para aumentar mas y mas el brillo de la auréola que coronaba á Sir Bernardo y á lady Ana. La muerte de un tío, nabá orgulloso y millonario, derramó nueva opulencia en las cajas de la familia, y en todos los bailes una nube de adoradores seguia los pasos de lady Ana. Cuantos eran admitidos en su casa recibian el título de hombres á la moda. Ya los ministros procuraban hacerse amigos de su esposo, y hasta sus mismos adversarios políticos tenian que contar con él. Ninguna presuncion de la jóven lady, ninguna imprudencia, ningun desliz de su marido habian dado pretexto á la maledicencia ni justificado los cuentos estraños, inventados poco despues para explicar lo que nadie comprendia.

Pero por otra parte, ¡ qué inaudita mudanza! ¿De dónde podia provenir una metamorfosis tan inesperada? ¿Por qué ella, reina de los salones, directora de la moda; y él, hijo mimado de la fortuna, orador cuyo astro brillante empezaba á encumbrarse al igual de los mas célebres oradores, porqué, repito, habian orillado de repente sus joviales coloquios, sus espléndidos bailes, sus conciertos, famosos por la afluencia y el talento de los artistas que se apresuraban á tomar parte en ellos? ¿Por qué reinaba continuamente en su casa aquella irritabilidad, aquel obstinado silencio, aquel aire de sombría zozobra? ¿Por qué habian sido despedidos, antes de terminar la mitad de sus costosas obras, los arquitectos, los tapiceros, los pintores y los artistas encargados de decorar y embellecer su residencia de Grosvenor Square? ¿Por qué lady Ana, cuya salud, jovialidad y gracia habian sido un objeto de envidia para cuantos la rodeaban, permanecia con las manos plegadas, el aire distraído y pensativo, y con los ojos clavados en los armoniosos torbellinos de esas danzas de buen tono en las cuales tomara parte poco antes.

Que el juego, ese abismo de las fortunas, bien ó mal adquiridas, absorbiese silenciosamente el patrimonio de Sir Bernardo; que meditase alguna grande y peligrosa trama política; que su esposa no le pagase el amor ardiente que le profesaba; que hubiese descubierto en la historia de sus ascendientes ó en los anales de su familia alguna mancha infamante é indeleble, ved ahí lo que nadie podia afirmar. Mas, ya lo dije, no es una virtud comun en el público la indulgencia para con las culpas ó desgracias ajenas, y la amistad mas desinteresada no explica nunca favorablemente los misterios de que se rodean los pesares domésticos. Se supo que al entrar Sir Bernardo en la sociedad de los Amigos de la Constitucion, habia recibido una carta muy larga, cuya lectura habia hecho

arrugar su rostro, aumentado la palidez natural de su tez y agitado violentamente su sistema nervioso. Lo que llevaba á su colmo el pismo jeneral, era el modo respetuoso, tierno, atento, pero profundamente triste, con que se trataban mutuamente los dos esposos. Nada mas propio, mas decente, mas digno de admiracion; pero parecian que alimentasen el uno para el otro un interés melancólico, una pasion desgraciada cuyos resultados estaban llorando. Ora lady Ana lanzaba á su marido una mirada fugaz y sus ojos se arrasaban de lágrimas; ora Sir Bernardo escudriñaba con una mirada larga y atenta la fisonomía alterada de su jóven esposa, la cual caía, á este doloroso espectáculo, en una distraccion de que nada podia arrancarla.

Un viaje á la Suiza y el nacimiento de un hijo no cambiaron en lo mas mínimo esta situacion extraordinaria; antes al contrario, la salud de lady Ana era mas débil que al tiempo de su partida, y parecia que gravitaba sobre la familia una nube de profunda tristeza. El baronet vendió su casa de Lóndres, y se retiró, sin hacerlo saber á nadie, á su castillo de Huntingworth, á trece millas de la capital. Nada mas acertado que esto, si queria con esta estrañeza hacer perder el rastro á esa curiosidad siempre malévolá con que persigue el público á los hombres que no comprende, y que es tanto mas amarga y áspera, cuanto menos puede levantar el velo que quiere penetrar. La sociedad no tarda en olvidar á los ausentes; y aunque las hermanas de lady Ana hiciesen todavia las delicias de Almack y fuesen las reinas de los bailes; y aunque se pronunciase de vez en cuando el nombre de ese pobre Sir Bernardo, aun no trascurrieron dos meses cuando ya hubieron pasado al dominio de la historia antigua y de las modas añejas, que se abandonan para no hablar mas de ellas, los escándalos y todas las hipótesis de que hicimos mencion. Solo se sabia que las visitas de los parientes que habian creído deberse informar por sí mismos de la salud de los dos esposos, habian sido acogidas con una frialdad singular, y que ninguno de ellos habia tenido valor para renovar esa prueba.

Médico de Harleigh antes de su matrimonio, no habia tenido ocasion de verle desde aquella época. El 25 de abril de 1830, á las siete de la tarde, un criado me entregó una carta con el timbre de la Cámara de los Comunes y el nombre de Sir Bernardo. He aquí su contenido:

« Querido doctor; mañana entre las nueve y diez vendrá á buscarle á V. mi silla de posta. Necesito del saber y del celo de V. Habito, como sabe V., en Huntingworth, casa situada á poca distancia de Lóndres. Le pido á V. por favor que no se niegue, bajo ningun pretesto, al servicio que le exijo. Es un asunto de vida y muerte, en el que solo lady Ana está interesada. Yo le recibiré á V., y tal vez saldré á su en-

cuentro para darle á V. las instrucciones indispensables. De todos modos le espero á V.

Bernardo Harleigh.

« P. D. Vuelvo á abrir la carta para recomendarle á V. un silencio absoluto, no solamente sobre los resultados de su visita, sino tambien sobre su misma visita.»

Cumplí con exactitud las intenciones del baronet, y subí á la silla de posta, que á las diez menos cuarto estaba ya delante de la puerta de mi casa, sin decir siquiera á mi esposa cuál era la estraña aventura que me obligaba á dejarla.

Todo era misterioso: el postillon detuvo sus caballos á alguna distancia de la reja del parque, previniéndome que su dueño se lo habia ordenado así; que sin duda Sir Bernardo se hallaba en camino, que esperase y bajase del coche. Me apeé, dirijíme á la reja del parque sin encontrar á Sir Bernardo. Abrióse la reja, y me interné por la calle de árboles. Ningun movimiento observaba á mi derredor, y eso me pasmaba mucho. Sir Bernardo habia sido siempre aficionado al lujo y mantenía numerosos criados. La puerta principal del castillo estaba cerrada. Llamé, y vino á abrirme una vieja, que me preguntó si era yo el doctor. Respondíle que sí, y sin mas ceremonia me dijo:

« Vaya V.; el baronet le aguarda.»

Yo marchaba de sorpresa en sorpresa. ¡Qué! me decia, ¡á esto se ha reducido voluntariamente Harleigh, el hombre de la moda, el jóven cuya librea era la que mas sobresalia en los paseos de Hyde-Park!

La vieja no se tomó siquiera el trabajo de guiarme, y me aventuré al través de una antecámara adornada de cuadros viejos. Habia una puerta abierta á la derecha; entré por ella á la aventura, y me encontré en una biblioteca adornada de estatuas y bustos, que recibía la luz por una cúpula de cristales, y que estaba ricamente tapizada. Abrióse de repente una doble puerta que habia en el fondo, dando paso al baronet, que se adelantó rápidamente hacia mí, me tomó la mano, la sacudió con fuerza, manifestándome el placer que sentia de verme. Traía el cuello desnudo, el de su camisa caído sobre sus espaldas y una larga bata de terciopelo verde recamado de oro que daba á su andar y á su talle una solemnidad casi rejia. Yo quedé como estasiado delante de aquella cabeza tan hermosa y tan noble, cubierta siempre de profunda tristeza, y en la que veía el observador atento un baño de distraccion dolorosa.

« Es V. muy amable, doctor, me dijo, y nunca le agradeceré bastante su condescendencia á mis ruegos. Desearia no haber interrumpido en nada el curso de sus negocios. ¿Se ha desayunado V.?

— Sí; mas el viaje me ha despertado el apetito, y

...de la familia...
...de la familia...
...de la familia...

...de la familia...
...de la familia...
...de la familia...



...de la familia...
...de la familia...
...de la familia...

aceptaria de buena gana una taza de café ó de chocolate.

—Muy bien, muy bien: demos antes una vuelta por el parque, pues tengo que decirle á V. cuatro palabras, y luego irémos á ver á lady Ana en el comedor.»

El tono del baronet era breve, perentorio, preciso. Bajamos al parque, y caminaba tan aprisa que apenas podia yo seguirle. En cuanto á mí, que esperaba con ansia la esplicacion del enigma, la revelacion del arcano, callaba y estaba pendiente de las palabras de Sir Bernardo.

«Se trata, me dijo, de intereses gravísimos y misteriosos. Me tengo por muy feliz, doctor, en haberle hallado á V.; sé que no solamente es V. hombre de talento, sino que puede uno dispensarle absoluta confianza; y que es V. incapaz de hacer traicion á nadie.»

Respondí con una leve inclinacion de cabeza para dar las gracias al baronet, que continuó, fijando en mí una mirada profunda, escudriñadora, que pude apenas sostener.

«Ha vivido V. en la sociedad, y habrá oido sin duda hablar de lady Ana y de mí. Yo no ignoro lo que se habrá dicho de nosotros; sé que el público ha sospechado de ella, y desgraciadamente tenia para ello motivos reales: ha llegado el dia... es imposible ocultar nada; creo, doctor, que habrá V. encontrado alguna vez á lady Ana en la sociedad.

—Sin duda, y me acuerdo muy bien que en todos los salones en que se presentaba, eclipsaba á sus mas célebres rivales.

—¿No ha observado V. nada?

—¿Bajo qué respecto, Sir Bernardo?

—Pero su fisonomía, su ademan, sus facciones, su espresion, su lenguaje, ¿no tenian nada de singular que le chocase á V.?

—Permítame V. que haga memoria. Me parece haberla visto muy lánguida, triste, postrada, con la vista algo apagada, sobre todo en los últimos meses que habitó en Lóndres; mas esos diversos síntomas no son muy significativos, y era fácil darse cuenta de ese abatimiento pasajero sin temer nada por la salud ni por la vida de lady Ana.

—¿Y es eso, repuso el baronet, lo que se pensaba generalmente de lady Ana y de su situacion?

—Esa esplicacion era sencilla y natural, y era difícil que no ocurriese á todo el mundo.

—¡Ah! ¡ah! exclamó él; ¡y cómo juzga, y cómo se engaña el mundo!... Doctor, prosiguió tomándome el brazo y estrechándolo fuertemente, una palabra, una sola palabra que hace mi suplicio sé lo esplicaré á V. todo. ¿Sabe V. lo que hay? ¿sabe V. que lady Ana... es loca?... ¡Es loca, entiende V.!

Esta última palabra fué pronunciada de modo que era difícil comprenderla. El baronet se cubrió el rostro con las manos, y entrambos guardamos silencio durante algunos minutos.

«¡Loca! repuse, repitiendo casi involuntaria-

mente la última palabra del baronet. ¿Se sirve V. de esta espresion en el sentido médico, en el sentido real y riguroso, ó bien como se emplea comunmente?

—¡Ay! inútil seria disimularlo. Tiene V. que habérselas con una loca, con una verdadera loca; y va á desayunarse V. con ella. ¡Si supiese V., doctor, cuánto he padecido desde que ha caído sobre mí ese azote! Yo le he visto crecer por grados, he observado su marcha, he visto, he sentido aumentarse ese espantoso peso y abrumarme poco á poco.

—Vuelva V. en sí, exclamé, viéndole venir las lágrimas á los ojos; todavía puede remediarse todo.

—No, yo estoy bien, yo me hallo mejor, doctor; ¿comprende V. ya la necesidad de que lady Ana no sospeche el motivo que le conduce V. aquí? invente V. pretestos, diga V. que le he mandado llamar, porque temo tener la gota, por ejemplo; sobre todo no la alarme V. acerca de su situacion. Ella está muy sosegada, muy tranquila, y hay que observarla muy atentamente para adivinar el achaque que la atormenta. Observe V. sus ojos, doctor; obsérvelos V.; pero sobre todo con prudencia... ¡Ah! creía haberla oido; todo me ajita; todo estremece horriblemente mis nervios... ¡no me comprometa V. sobre todo, se lo suplico!...

No tardó en conducirme al comedor, cuya puerta, al abrirse, me dejó ver á lady Ana, siempre hermosa, pero en extremo pálida, y que estaba sentada á la mesa del té, con un periódico en la mano. Estaba cubierta de un largo vestido de muselina blanca, y su hermosa cabellera castaña, rizada naturalmente, caía por los dos lados de su pálido semblante. Estrañó mucho mi visita, levantóse y pareció preguntar á su marido, con una mirada, el motivo que allí me traía; mientras servía el té, su mano temblaba, sus mejillas se ponian pálidas y encarnadas sucesivamente.

«Sir Bernardo, preguntó á su marido, ¿te hallas indispuerto?

—Estoy perfectamente bueno, dijo este, esforzándose para sonreír.»

Nos hallábamos todos en una posicion muy embarazosa, y la conversacion no prometía ser muy animada; procuré, por consiguiente, romper el ensalmo, dirigiendo la palabra á lady Harleigh.

«Me pesa, señora, haber turbado su lectura; el *Morning-Post*, que tiene V. en la mano, contendría sin duda cosas dignas de llamar su atencion.

—¡Oh! no, señor, respondió; estaba leyendo una pésima descripcion de la fiesta dada en Lóndres por la condesa Bury. ¿Almuerza V. con nosotros, caballero?

—Una sola taza de té, señora, será todo lo que pediré á su amable hospitalidad: pero á propósito de fiestas, permítame V. observar que falta V. en las de Lóndres. Se ha temido que hubiese V. resuelto tomar el velo, y que se hubiese retirado V. de la sociedad que adornó V. en otro tiempo. Todo el mundo se queja de V., Sir Bernardo, porque ha arreba-

tado á tan brillantes tertulias la que era su mayor embeleso.

—No duño que habrémos proporcionado, como otros muchos, algunas pájinas á la escandalosa crónica de nuestra excelente capital, interrumpió el baronet con una viveza que me sorprendió. Veamos; cuéntenos V. alguna de esas historias de que somos padrinos y héroes involuntarios.... Se lo suplico á V.

Lancé una mirada á lady Ana, cuya trémula mano podia apenas sostener la taza, y que miraba á su marido con una espresion que rebosaba espanto y dolor.

«Creo, Sir Bernardo, que la opinion atribuye la inesperada retirada de V. á no sé qué despecho, á un poco de odio al gobierno actual, á disgustos políticos. Se les hace un crimen, tanto á V. como á lady Harleigh, el haberse impuesto repentinamente la ley de ese extraño é inesperado destierro.

—¿Qué quiere V. que le diga, señor doctor? es fuerza que me resigne como otras muchas....

—A la desgracia y al tormento del fastidio, interrumpió bruscamente el baronet, como temiendo que su esposa terminase la frase empezada.

—Sí, repuso ella, al fastidio, y hasta á las frívolas habladurías de un mundo que haria muy bien en olvidarnos.»

Sir Bernardo se levantó, me tocó levemente el pié con la punta del suyo, me pidió permiso para retirarse un momento á escribir una carta, y me dejó solo con lady Ana. Imaginen mis lectores mi apuro; yo no conocia ni el grado, ni el jénero de locura de esa interesante jóven, cuyos discursos parecían dictados por la razon, la sabiduría y el buen gusto. En vano la observé atentamente para descubrir en sus miradas esa inquietud ardiente y vaga, signo ordinario de la locura: parecia aflijida y lánguida, pero estaba tranquila, era reservada y enteramente dueña de sí.

«Sir Bernardo, le dije yo para reanimar en fin la conversacion que decaia, goza, al parecer, de una salud excelente.

—Mi marido parece que siempre está bueno; y creo que aun cuando estuviese realmente enfermo, no se conoceria por ningun síntoma exterior.

—Siento, Milady, siento infinito no poderla dirigir á V. el mismo cumplido. ¿Parece que está V. padeciendo?»

Ella suspiró.

«Es mas bien un abatimiento moral que una enfermedad física, repuso.

—Esta imprevista retirada, esta soledad absoluta bastarian para esplicar el abatimiento de que se queja. Creo que le seria á V. muy bueno, señora, pasar un invierno en Londres; si ningun motivo se opone á ello, porque....

—¡Oh! tengo motivos... muy graves motivos...»

Al pronunciar estas palabras, bajó los ojos, como si hubiese querido escapar á mi exámen, que, si bien ajeno de la urbanidad, quedaba justificado por mi

situacion y mi estado. Creí que se habia rasgado por fin el velo, que iba á escapársele el fatal secreto: acérqueme mi silla á la suya:

«¿Me atreveré á preguntarle á V., señora, cuáles pueden ser esos motivos tan misteriosos, tan fuertes? le pregunté en tono respetuoso, pero lleno al mismo tiempo de interés.

—Nada hay misterioso en lo que le digo á V.; repuso con una frialdad muy señalada y una espresion casi severa.

—Perdone V., lady Ana, el respetuoso interés que V. provoca, y una pregunta que nada tiene de irregular en mis labios. Su salud de V., señora, parece estar sufriendo una alteracion peligrosa; y Sir Bernardo, su marido de V., ha concebido zozobras que no ha podido menos de comunicarme....

—¡Mi marido! ¡mi marido!.... ¡ah! ¡Dios mio! ¿será cierto que haya V. venido por mí.... solo por mí?

—¿Deberé ocultarle á V. cuánto aflige á Sir Bernardo ese estado de languidez? nada me parece mas natural que el paso que he dado y que ha dado...»

En su turbacion, lady Ana habia quedado pálida é inmóvil.

«¡Con que, señor doctor, mi marido cree que estoy enferma!.... ¿y cuál es, segun él, mi enfermedad? ¿le ha indicado á V. una enfermedad especial, algunos síntomas particulares?

—Una tristeza habitual, la pérdida del apetito, la debilidad, la languidez, el desvelo....»

Con los labios trémulos, los ojos llenos de lágrimas que colgaban como perlas de sus largos párpados, y con el pañuelo en la mano, levantóse lady Ana, y se volvió hácia la ventana, como para sustraerse á mis observaciones. Seguila, tomé lijaramente su mano que apartó de la mia, y luego mirándome de hito en hito y con aire atontado, se deshizo en llanto.

«¡Oh! señor doctor, ¡si supiese V. cuánto dolor se encierra aquí, en mi corazon! ¡qué infeliz soy, á qué desdicha estoy destinada.... siempre... siempre...

—Júzgueme V. mas digno de su confianza, lady Ana, en nombre del cielo, dígame V. la causa de una conmocion, que, estoy cierto, puede calmarse. ¿Qué es lo que ha podido dañarla, desagradarla, aflijirla á V., querida lady?

—¡Decírselo á V.! ¡oh! ¡no debo, no me atrevo, no puedo! ¡cuán penoso es guardar este secreto! ¡pero qué terrible es decirle! ¿No lo adivina V.? ¿no lo ha oido decir en la sociedad? ¡confiéselo V., confiéselo V.! »

Habia una espresion tan violenta de agonía en estas últimas palabras, que no dudé ya de la situacion de la desventurada. Volvió á entrar el marido, trayendo una carta sellada, tomó la mano de su mujer, le dió un tierno beso en la frente, y me preguntó con una mirada. Levantéme, saludé á lady Harleigh, y salí: el baronet, que me acompañó, me rogó le siguiese á su biblioteca. Permanecimos de pié en el al-

feizar de una ventana gótica.

« ¡Y bien! » me preguntó temblando.

Yo meneé la cabeza, y me escapó un suspiro.

« ¿Le ha dicho á V. que el modo como vivíamos aquí y que las órdenes que he dado la fatigaban? »

— No, por cierto.

— ¡Pobre mujer! ¡desgraciada Ana! ¡infeliz de mí! »

No pude impedir á Sir Bernardo el que apoyase su frente sobre la ventana y que llorase amargamente.

« ¿Qué hay que hacer? exclamó en fin, ¿qué remedio hallar para una situación tan desesperada? »

— Dispongámoslo todo para que sea guardado el secreto; ¡que nadie pueda adivinar lo que está pasando! »

— Temo mucho, prosiguió, que necesitemos bien pronto un retiro mas oculto.

— ¡Ay! sin duda; mas yo me encargaré de elegir la casa y el médico á quienes confiarémos la desgraciada lady. La medicina ha hecho inmensos adelantos sobre este punto; y Lóndres posee muchos establecimientos donde se guarda el sijilo con el mayor cuidado, donde la vijilancia es exacta, y el tratamiento tan suave como bien dirigido.

— ¡Miseria! ¡miseria! ¡Mi esposa! la compañera de mi corazón y de mi vida arrebatada á sus hijos, á su familia, á su hogar, para ser encerrada en un... en un... »

No se atrevió á proseguir, y se detuvo. Fáltóle la voz, sus labios se contrajeron, y echaba espumarras por la boca.

« Tengo otro secreto que decirle á V., doctor, añadió bajando la voz y arrimando sus labios á mi oído; ¿podré revelárselo? sí, no hay duda: V. es hombre de honor. Va en ello mi fortuna, mi gloria. Cincuenta mil libras esterlinas al año, ¿qué dice V. de eso? ¡Eh! ¿qué dice V., doctor? »

Yo escuchaba lleno de un pasmo que iba á mas. Su voz crecía, su vista se inflamaba, y su habla se hacia confusa y oscura. ¿Qué pensais, lectores, que tenia Sir Bernardo que revelarme? Que, á fuerza de estudios químicos, habia descubierto un secreto mas portentoso que la panacea de Paracelso y que el *arcantum majus* de los alquimistas; que el rey habiendo sabido el secreto que poseia Sir Bernardo, se habia airado y le habia hecho ofrecer un ministerio, bajo condicion de que á nadie descubriese su secreto; que, habiendo él rehusado, S. M. le habia rodeado de espías, y que dentro de pocos dias iban á citarle en justicia, como acusado de alta traicion; en una palabra, supe, hasta no caberme la menor duda, que él, Sir Bernardo, el hombre grave, rico, célebre y poderoso, que acusaba á su esposa de locura, ¡era él mismo loco! »

Ese desenlace imprevisto me abrumó, y corrió un sudor frio por todo mi cuerpo que temblaba. Al terminar su extraña relacion, le escapó una larga carcajada, una de esas risas trágicas, que son la herencia de

los locos; estendió los brazos, y tocó mi rostro con el extremo de su índice. Volvíme, y la puerta entreabierta me dejó ver á lady Ana, pálida, y que asustada sin duda al saber que yo estaba solo con su marido, habia venido á encontrarnos. La melancolía, el silencio, el dolor mudo de la jóven; el extraño sosiego de la habitacion, el aire distraído del baronet; el temor que tan á menudo manifestaba de que su esposa se quejase de los malos tratamientos que habia padecido, todo se explicaba con una sola palabra: ¡era loco! »

« Por lo demás, repuso sin curarse de mi terror, de mi pasmo, de mi silencio, no crea V. que le haya hecho venir acá por nada; no, no; mas tarde sabrá V.... Voy á verme privado de mis bienes de fortuna, de mi nobleza, de mis títulos. Era forzoso abrirme un nuevo camino de independencia, y lo he hallado. ¿Quiere V. gozar de ella conmigo? se la ofrezco. V. tiene los conocimientos positivos que me faltan y que son de necesidad absoluta para llevar á cabo semejante empresa. Seamos consocios. ¿Acepta V.? »

Respondíle con un signo afirmativo.

« Mas adelante arreglarémos el capítulo de nuestros respectivos intereses. ¡Ah! ¿qué dirán mis amigos del parlamento y mis honrados electores, cuando vean á su grande hombre metido en el comercio de las bujías?... ¡Y bien! doctor, ¿no contesta V.? ¡V. calcula ya la ganancia de una especulacion tan buena! No tan presto, querido; tendrémos muchas pérdidas antes de alcanzar un resultado. Nuestro primer deber es pensar en esa pobre lady Ana. Ella sabe mi secreto, y esto es lo que le ha hecho perder la cabeza: las mujeres no resisten á esas ideas de pronta é inmensa fortuna. ¡Pobre mujer! ¡pobre mujer! »

Dijo estas palabras con un sentimiento tan profundo, que casi me hizo llorar. Luego, cruzando los brazos, absorto en una profunda contemplacion, pareció olvidarse enteramente de mí, se apoyó en la ventana, y guardó silencio cinco ú seis minutos. Estaba yo pensando en la conducta que debia seguir, y resolví ir á encontrar á Mr. Courthrope, cuñado de Harleigh, y entenderme con él acerca de los medios que debíamos adoptar para la seguridad personal de lady Ana.

« A propósito, exclamó de repente el baronet saliendo de su letargo, yo pensaba que... Mas, vea V. una cosa harto extraña, no me acuerdo de lo que estaba pensando. »

Sus cejas contraidas se tocaban casi, y su frente se plegaba como si quisiese hacer despertar y renacer un recuerdo apagado. Sacó de su bolsillo un billete de quinientas libras esterlinas, lo tiró sobre la mesa, me lo dió como precio de mi visita, y me acompañó hasta la reja del parque.

« ¡Y bien! repuso entónces, ¿qué harémos de esta pobre lady Ana? Doctor, no hay que emplear por ningún término la violencia; piense V. bien en eso. »

— Lo pensaré.

—Acuérdese V. de Salustio: *Priusquam incipias consulta; sed ubi consulueris... sed ubi consulueris...* ¡señor doctor!

—*Mature facto opus sit*, repuse, terminando la frase de Salustio para dar gusto al desgraciado loco.

—¡Hermosa frase! ¡buen axioma! nunca se ha dicho una cosa mejor. Vamos, doctor, ahí está su coche de V.; cuento con que se conducirá V. según su prudencia acostumbrada, y no dudo que hará V. cuanto pueda. V. sabe ya con cuánta impaciencia espero su regreso... Bien considerado todo, no empiece V. nada por hoy, ¿entiende V.?

Le hice seña con la mano, saludéle, y partieron los caballos á galope; mas apenas habian dado algunos pasos, oímos la voz atronadora del baronet.

«Deteneos, ó hago fuego contra vosotros»

Los postillones se detuvieron en efecto, y ví por la portezuela á Sir Bernardo, con una pistola en la mano, y que venia corriendo hácia nosotros.

«Solo tengo que decirle á V. una palabra, que hacerle á V. una advertencia, señor doctor, y es que sospecho de V.

—¿Sospechar de mí! ¿y porqué?

—Sí, V. medita proyectos de violencia contra mí, contra mí mismo.

—No, mi querido baronet, yo no medito contra nadie; ¿quién le ha dicho á V. eso?

—Yo preveo mas de lo que V. se figura: V. quiere arrancarme mi secreto; V. lo quiere, no lo ignoro, para atribuirse V. las ventajas; pero oiga V. bien; si pone V. otra vez los piés en Huntingworth, es V. difunto, se lo juro.»

Diciendo estas palabras hizo seña á los postillones, que dieron un latigazo á los caballos y me llevaron lejos de aquella triste escena y del desgraciado Harleigh. Dos millas mas lejos, la silla de posta tuvo que subir una colina bastante elevada, cuya cima podian apenas alcanzar los caballos cubiertos de sudor. Bajé el cristal de una ventanilla, y dirigíme al postillon.

«¿Estáis al servicio de Sir Bernardo, buen hombre?

—No del todo, señor; pero es lo mismo que si lo fuese.

—¿Os ha sorprendido lo que acaba de suceder?

—¡Oh! muchas mas y peores las ha hecho.

—¡Ah! ¿con que presumís que no está en su caballo?

—Pardiez, señor, que si algun otro hombre hubiese hecho la cuarta parte de lo que ha hecho ese señor de algun tiempo acá, hubiera ido á dormir en Bedlam (1).

—¿Qué es pues lo que hace?

—Primeramente, señor, estamos á su servicio y no lo estamos, pues no se ha quedado á su lado mas que una vieja criada, que ha trasformado en criado, mientras nos deja á nosotros, á quienes paga sin em-

bargo nuestros salarios, en una granja, á tres millas del castillo, sin servirse jamás de nosotros. ¿Qué dice V. de eso? ¿no es muy singular?

—¿Y en qué emplea el tiempo?

—La vieja dice que solo se ocupa en hacer hervir velas de sebo.

—¿En hacer hervir velas! ¿qué quereis decir?

—¡Oh! no lo digo de broma, señor; es la pura verdad: consume mas de veinte por dia, y emplea todas sus cazuelas en ese hermoso trabajo.

—¿Pero y su mujer?

—¡Pobreama! le sigue por todas partes, suplica, llora, se desconsuela; pero de nada sirve. Pero la mayor picardía es que quiere hacer creer que es loca: como la habíamos visto siempre triste y pensativa, era natural que creyésemos á Sir Bernardo sobre su palabra, antes que hubiésemos descubierto su manía de hacer hervir candelas. Al presente, ¡pobre señora! la compadecemos. La criada me ha dicho que pasaba noches enteras haciendo centinela en su terrado, con un mosquete al hombro. Nunca se duerme sin tener dos pistolas y una espada debajo de su almohada; y lady Ana se enflaquece y muere lentamente en medio de tantos sobresaltos.

—¿Porqué no avisabais á los parientes de Sir Bernardo?

—¡Oh! nadie nos hubiera creído; ¡si supiese V. cuán malicioso es! cuando quiere, habla con la gravedad de un juez, y predica como un cura. Ha amenazado de muerte al que diga lo que pasa en su casa, y es hombre para sostener su palabra. Sano ó enfermo, siempre Mr. Harleigh ha sido muy severo.

—Zurriad vuestros caballos y despachemos: no hay que perder un momento.»

Los postillones, bien pagados, y que por otra parte apreciaban á la desgraciada lady Ana, hicieron volar la carroza, que partió con la celeridad de una flecha. No tardé en hallarme delante de la casa de Mr. Courthrope, que hacia algunos meses no habia ido á visitar á Harleigh, y que, ignorando su situación, pensaba tener motivos para estar descontento de su cuñado. Apenas supo esta dolorosa nueva, mandó poner los caballos á su coche, y fuimos á casa del célebre doctor Yollack, jefe de un hospital muy bien arreglado. Yo conocía á este último, sus talentos, su admirable experiencia, y el poder magnético que ejerce sobre los locos sujetos á su jurisdicción; pero sabia también á qué grado de insensibilidad habia llegado, cuánto se habia empedernido su corazon, y qué placer singular disfrutaba en medio de las dolorosas escenas que le rodeaban. Conservó su carácter habitual, y respondió á nuestras preguntas con mucha frialdad, y aun con una mezcla de ironía. Sin embargo, como nos veia muy afectados por la expedición dolorosa que íbamos á emprender, daba á su risueña fisonomía una espresion tan ridículamente forzada, un aire de simpatía tan poco natural, que este remedo de sensibilidad, esa parodia de compasion, me herian en

(1) Casa de orates.

lo mas vivo. Aquella misma tarde, á las cinco, nos hallábamos ya á la puerta del parque: todo estaba cerrado; llamamos, pero nadie se presentó, y nos vimos por fin en la precision de traspasar un vallado y penetrar como ladrones en aquella magnífica morada habitada por un dueño insensato.

«¿Qué quieren Vdes.? preguntó la vieja, abriendo un postigo bajo que daba á la cocina.

—Hablar á Mr. Harleigh.

—No está. Acaba de salir para Londres.

—¿Sabe V. dónde debe apear-se?

—No.

—Buena mujer, exclamó el doctor Yollack; no creo ni una palabra de lo que acabais de decir. Acabo de ver al baronet en la ventana de su biblioteca; así que, id pronto á anunciarnos.

—¡Ay, Dios mio! señor, exclamó la vieja, toda turbada; yo he llenado mi deber; si quieren Vdes. entrar, yo no puedo impedirlo. »

Entramos pues, á pesar de la vieja. Tuvimos luego que recorrer todos los aposentos, pero sin encontrar al baronet ni á su esposa; estas pesquisas, que duraron mucho tiempo, fueron infructuosas; vimos sin embargo sobre el escritorio de su gabinete una carta cuya tinta estaba fresca todavía, y muchos libros abiertos, que, cargados de notas suyas manuscritas, parecían atestiguar su reciente presencia. La lluvia, que habia empezado durante nuestro viaje, habia arreciado, y nos impedía recorrer los jardines y el parque. Desesperábamos de encontrar el asilo de Sir Bernardo, y nos sentamos los tres en un gabinete de estudio cuya ventana dominaba un magnífico paisaje.

«A fe mia, exclamó Mr. Courthrope, que desespéro ya de encontrarle: ha sido mas ladino que nosotros.

—¿Pero qué ha hecho de su pobre mujer, exclamé yo, en un tiempo como ese? ¿dónde la ha conducido? ¿Qué será de ella?

—Vdes. no saben, interrumpió el doctor Yollack, cuán maliciosos son esos locos. »

Apenas hubo dicho estas palabras, vimos abrirse la puerta de un antiguo armario de ébano, incrustado de cobre, y en el cual no habíamos reparado, y salir de él á Sir Bernardo. Su fisonomía estaba sosegada y sombría, é iba vestido de viaje. Dirijíonos la palabra con la frente erguida, los brazos estendidos hacía nosotros, y en una actitud que un pintor hubiera estudiado.

«¿Han reflexionado Vdes. bien, señores, en las consecuencias de lo que están haciendo? ¿Saben Vdes. qué me llamo Harleigh, y que esta es mi casa? ¿Quién les da á Vdes. facultad de introducirse en mi casa á pesar de mis órdenes?»

Su cuñado y yo quedamos aterrados y no sabíamos qué responder: mas el doctor Yollack, mas hábil y experimentado que nosotros, se adelantó con despejo, la sonrisa en los labios, y tendiendo la mano al baronet:

«Sir Bernardo, le dijo, le debemos á V. mil obli-

gaciones: hace cerca de dos horas que le buscábamos á V. por todos los rincones de la casa sin poder descubrir su retiro.

—¿Me buscaban Vdes.? gritó el baronet retrocediendo dos pasos, y estirándose cuanto pudo; y ¿quiénes son Vdes.? ¿su nombre de V., si le place?

—Le suplico á V., Sir Bernardo, repuso el imperturbable doctor, que nos diga V. dónde está lady Ana.»

El ojo del doctor estaba clavado en el del loco: yo no sé qué magnetismo, imposible de espresar, pero cuya fuerza experimentaba el baronet, sujetaba gradualmente á Harleigh al poder de su nuevo dueño: su mirar, antes tan altanero, era ahora incierto y vago. Su voz se apocó, sentóse en un sillón y repitió la misma pregunta:

«¿Su nombre de V., caballero?

—El doctor Yollack.

—¿Yollack Delton? repuso el baronet visiblemente turbado.

—Él mismo.

—¡Entonces, estoy perdido!»

Aumentó su palidez de un modo espantoso; volvióse, como si el doctor hubiese sido para él un objeto de disgusto y horror. En vano procuraba Yollack tranquilizarle.

—«V., Courthrope, dijo á su cuñado, V. no es mi enemigo, V. no querrá perderme.... Mi esposa está en el invernadero; aquí está la llave.»

Nuestras miradas consultaron las del doctor, quien nos permitió, con una seña afirmativa, que fuésemos en busca de lady Ana. La escena que ocurrió en seguida y cuya violencia fué estremada, me asusta todavía al recordarla; y el doctor indicó con diversos movimientos cuánto le pesaba el haberla permitido. Solo á ruegos de su propio marido, al cual el doctor Yollack imponía una ley irresistible, la jóven lady puso fin á sus lamentos y gritos que nos despedazaban el alma.

Yo observaba atentamente todas las circunstancias de esta escena á pesar de la agitación que nos causaba. Lo que observé sobre todo fué el poderío siempre creciente que ejercía el doctor sobre su nuevo súbdito. No bien el doctor deseaba una cosa, parecía que el baronet adivinaba este deseo. Él fué quien mandó á su esposa que se retirase; y cuando ella hubo salido, él fué el primero que se levantó, tomó tranquilamente el bastón y el sombrero, se puso los guantes y nos dijo:

«Vamos, el rey lo manda; hay que obedecer. Espero, señor guarda sellos, que traerá plenos poderes de S. M.

—Sí, respondió el doctor, tranquilícese V.»

Courthrope y el doctor subieron al coche con el desgraciado baronet y me dejaron al lado de su esposa. No me estenderé por mas tiempo en ese cuadro de agonía. Permitaseme correr un velo entre el público, que no tiene simpatía para tales sufrimientos,

y las crueles escenas que presencié. Una bebida narcótica que administré á lady Ana, adormeció un poco el sentimiento de sus males y sus dolores físicos; porque su sistema nervioso, muy agitado, amenazaba ya una enfermedad real. Las palabras que diriji al criado me probaron que no tan solo no se habian exajerado los sufrimientos de lady Ana, sino que sobrepujaban lo que sobre ellos me habian referido. El insensato habia inspirado un profundo terror á cuantos le rodeaban. Despues de haber dado las disposiciones necesarias, volví á mi casa, donde me esperaba Mr. Courthrope. Díjome que el viaje habia sido muy penoso: que el baronet, despues de haber guardado silencio durante algun tiempo, se habia en fin sublevado y roto los dos cristales del coche; que el doctor Yollack habia tenido que llamar en su ayuda á uno de sus criados, y que Mr. Harleigh pasando la mano por la corbata de este último, habia estado al canto de ahogarle; en fin, que se habia puesto á gritar tan desafortadamente á la portezuela, que toda la jente se agrupaba al rededor del coche. Al entrar en casa del doctor, habia creído entrar en la Torre, habia protestado contra este abuso de justicia, pronunciando un largo discurso sobre el *habeas corpus* (1), y reclamando altamente contra ese abuso del poder.

Fué aquel un dia cruel para mí. Despues de haber dejado al infeliz Harleigh, volví á mi casa; mas apenas habia entrado, lady Ana, cubierta de una larga capa, trémula, sostenida por su camarera, descendió del coche que la habia conducido. ¡Pobre victima! ¡cuánto la compadecía! era su intento servir á su marido de criada, á pesar de que tenia una salud muy débil y delicada, juntarse con él, y no abandonarle hasta que estuviese enteramente restablecido. ¡Qué coloquio! ¡qué angustias! ¡qué dolores! ¡qué terrible situacion la de una mujer, que, madre ya de un hijo á quien ama, rica, feliz, hermosa, ve destruido desde sus cimientos ese edificio de ventura y de paz, y no por la muerte, sino por esa fatalidad mas cruel todavía, la muerte de la inteligencia!

Procuré disuadir á lady Harleigh; mas no pudiendo conseguirlo, le prometí al menos que pasaria al dia siguiente á *Somerville-House*, y que le daria una cuenta cabal y circunstanciada del estado de su marido.

Harleigh, como la mayor parte de los locos, tenia momentos de crisis y momentos lúcidos. Ora furioso, ora tranquilo, cuando le ví, estaba sumergido en una especie de quietud melancólica: estaba escribiendo delante de un elegante escritorio, en un aposento amueblado con esmero: solo la estraña inquietud de su ojo centellante revelaba la enfermedad de que era victima. Su continente era sosegado, y cuando me vió, mandó á su criado en tono grave que le dejase solo conmigo.

(1) Ley inglesa por la cual un preso puede salir de la cárcel, bajo fianzas, en ciertos delitos (N. del T.)

«Espero, le dije, que su residencia de V. aqui es tan agradable como lo permiten las circunstancias.

—Nada deseo agradable, respondió: estoy degradado; ya lo sé, pero soy inocente. Me han arrestado; es su oficio: por otra parte, continuó bruscamente y volviendo á tomar la pluma, me permitirá V. que continúe.»

El silencio á que me condenó duró algunos minutos: parecia que lo que escribía embargaba toda su atencion.

«¿Cómo va lady Ana? preguntó de repente, sin levantar los ojos.

—Me alegro mucho, Sir Bernardo, de oirle á V. preguntar con tanto interés sobre la salud de lady Ana, la cual temia que estuviese V. enojado contra ella.

—¡Ah! ¡no! ¡incomodado! ¡buen Dios! eso es imposible; yo soy el que la he ofendido, añadió suspirando.

—Lady Ana está lejos de creerlo así. Está en Londres, en mi casa, y si quiere V., puedo conducirla aquí.

—Es cierto.... yo creia que.... en estas casas.... no se toleraba la presencia de las mujeres.... Como queráis, como queráis.... pero sobre todo que no traiga campanillas, ¿entiende V.? Creo tambien que no seria malo que tuviésemos un taquígrafo.... ¿qué dice V. á eso?»

Prestéme como debia á ese humor insensato, á esos caprichos de una imaginacion enferma, y no dejé de ir á encontrar á lady Ana, que me siguió y se hizo acompañar de su hermana lady Julia Claremont. Harleigh nos recibió con frialdad y cortesía, abrazó á su mujer, le recomendó la tranquilidad y el silencio, como si únicamente él no hubiese sido la causa de sus pesares. Dos veces tuve que restituírle el uso de los sentidos, haciéndola respirar un frásquito de sales que yo traia encima. En fin nos sentamos todos, y el baronet nos hizo la relacion siguiente en tono grave y solemne.

«Es necesario que les explique á Vdes. ese gran misterio, pues ha llegado la hora. Ten valor, Ana; y V., señor doctor, es necesario que nos sirva V. de testigo. Escuchen Vdes.; soy hombre que no carezco de honor, y sin embargo... traigo sobre mí el sello de Caín; el signo fatal mancha mi frente. Lo conozco, no puedo guardar silencio por mas tiempo... ¡pobre Harleigh! ¡arcánjel caído!»

Ojeaba su manuscrito, como si se hubiese preparado para leer: caian de su frente anchas gotas de sudor; su voz era sombría, su tono solemne.... nadie hubiera presumido que aquel hombre fuese loco. Su mujer, pálida, inmóvil, le estaba escuchando.

«Soy un impostor, repuso el baronet con una energía terrible: ¡un impostor! Títulos, bienes de fortuna, ni aun mi nombre, nada es mio. La Inglaterra lo sabrá; la Europa... Es imposible ocultarlo mas; mis amigos me despreciarán, la Cámara me repudiará,

mi esposa me olvidará. Yo no soy ni baronet, ni noble; ¿entienden Vdes.? yo no soy nada: yo he profanado esa mano-pura conduciéndola al altar; yo he robado ese nombre, me he apropiado esas armas; ¡yo no soy yo! ¿comprenden Vdes.? ¿No se admiran Vdes.? ¡con que lo sabian! ¡ah! ¡lo sabian Vdes.! ¡ah! ¡con que conspiraban Vdes. con mis enemigos! ¡ah! ¡estaban Vdes. acordes con esos miserables! ¡tú tambien, lady, noble lady!...

Su furor, su vehemencia iban en aumento con el raudal de sus palabras. Levantóse, paseóse por el aposento, acercóse con aire amenazador á su mujer, la que se desmayó, y fué preciso sacarla de allí. El baronet continuó por espacio de media hora su declamacion, insensata en su principio, elocuente en su desarrollo. Su locura era una locura loca; partía de un absurdo, y se irritaba de ese mismo absurdo que acababa de crear. Veía á la Cámara de los Comunes y la de los Pares pronunciando su caducidad, á los periódicos señalándole como infame; veía su fortuna disipada, su memoria deshonorada, su mujer cómplice de sus enemigos; ningun poeta trágico hubiera pintado con mas enerjía y con un colorido mas ardiente la situacion en que creía hallarse el baronet y que nos presentaba como verdadera. Le dejamos, y cuidamos de su esposa, mas desgraciada que él.

Unos ocho dias despues, lei en un periódico el párrafo siguiente:

«El famoso baronet, Sir Bernardo Harleigh, á quien su familia ha tenido que encerrar en una casa de locos, se halla al presente en el estado mas deplorable. Si hemos de dar crédito á los rumores públicos, las pretensiones de un tercero, que le disputa su título, sus bienes y sus dominios, le han vuelto el juicio. Un abogado célebre se ha encargado de defender los derechos del nuevo pretendiente que habita desde muy poco tiempo en Inglaterra, y que no es, segun se dice, muy rico: toda la atencion del público se ha dirigido á los debates que van á abrirse. Arduo es concebir una posicion mas horrorosa que la de Sir Bernardo, loco al presente, y quien, si su rival triunfa, no solo será despojado de lo que posee, sino que se encontrará á descubierto de una cantidad considerable. Los partidarios y la familia de Harleigh están en la mayor consternacion, y uno de los mas célebres jurisconsultos de Inglaterra ha de sostener sus derechos.»

Apoderáronse de mi ánimo, á la lectura de este párrafo, el asombro, la inquietud, la compasion: Sir Bernardo no era víctima, como lo habia creído al principio, de una alucinacion quimérica. No era un fantasma lo que le acosaba; todos sus bienes estaban en litigio; ¡pobre lady Ana, qué caída! ¡qué contraste! Fuí á verla, fuí á ver á su hermana, y entrambas lo sabian ya. Mucho tiempo hacia que la mujer de Sir Bernardo habia penetrado la causa secreta del mal que devoraba á su marido, y hubiera sufrido sin quejarse la pobreza y la oscuridad que la amenazaba.

Mas las murmuraciones y las sonrisas irónicas de la sociedad, la desolacion de su familia, la devastacion intelectual de Harleigh, la imposibilidad de comprenderle, de hacerse comprender por él; ved ahí los dolores á que no podia resistir, que bebían su sangre, como decia Shakspeare, que apuraban lentamente el manantial de su vida.

Mientras que el público frívolo y desnaturalizado se ocupaba de Sir Bernardo y de los vaivenes de sus asuntos, su mal se iba desarrollando á través de todas sus fases naturales, y tomaba las formas mas extrañas. Sucedianse los mas horribles paroxismos á un letargo completo: yo iba á ver á ese maniático clavado á la pared con una cintura y clavos de hierro, ruiendo imprecaciones, la cabeza afeitada, los ojos encendidos y que parecían saltar de sus órbitas: ¡he aquí, me decia á mí mismo, el corifeo político, la esperanza de su partido, el feliz baronet! En sus lúcidos intervalos se levantaba, imponia silencio á todos, y peroraba con vehemencia para convencer de su inocencia al hombre que estaba encargado de vigilarle.

La causa de esa desolacion, de esa felicidad destruida tenia un fundamento real.

Un desconocido, armado sin duda de papeles de familia que se habia ajenciado, y tal vez de falsos títulos que daba en prueba, atacaba á Sir Bernardo. Las primeras declaraciones que se hicieron á Harleigh le parecieron ridículas y se burló de ellas: mas ¡cuál fué su asombro, cuando vió, en una carta escrita por el abogado de su contrario, que este se apoyaba en hechos que no carecian de probabilidad! Iba en ello la fortuna, la reputacion, y lo que es mas aun, el honor de su madre. Harleigh era un hombre dotado de enerjía profunda, pero interior; su cabeza se turbó, se exaltó. Presentáronsele todas las consecuencias posibles de este litigio como monstruos á quienes hacia mas odiosos todavia su cariño á lady Ana; y su orgullo no pudo avenirse al presentimiento de una caída tan tremenda. Vivió en una calentura incesante, hablando durante sus sueños, consagrando largas vijilias á inútiles meditaciones, taciturno durante el dia, y devorado secretamente de un solo pensamiento que procuraba en vano ocultar á lady Ana. Escapóse su secreto una noche durante el sueño; su mujer lo supo luego, sin que él presumiese que se conociese la causa de su inquietud; y vivieron por mucho tiempo juntos en ese estado de violencia y de dolor que he descrito mas arriba, y que nadie alcanzaba á esplicar.

Entretanto pasó el tiempo, y se hicieron algunas mudanzas en la situacion del baronet: tranquilizóse un tanto, y toda su locura se reducía á inventar muchos trajes ridículos que se complacia en vestir. Así, se habia mandado hacer un vestido completo de terciopelo pardo, que dibujaba exactamente las formas de su cuerpo, y un gorro singular á lo húsar, adornado de una gran pluma de pavo. Cuando fuí á visi-

tarle, estaba de muy buen humor; acababa uno de sus compañeros de la casa de locos de hacerle jaque y mate en el ajedrez: recibíome bien; sus primeras palabras no anunciaban el menor desorden mental; mas cuando le dije si queria recibir una visita al dia siguiente:

«Mañana no, repuso; tengo palabra dada; pues el rey me ha hecho prometer que jugaré una partida de billar con él.

—Le doy á V. mil parabienes; pero dígame V., ¿viene aquí S. M., ó va V. á Windsor?

—¡Cómo! ¿no sabe V. que S. M. habita aquí mismo? ese es su palacio, y yo soy uno de sus chambelanes.

—Es verdad, ¿pero á qué hora le aguarda á V. su Majestad?

—A las tres en punto.

—¡Pues bien! ¿y si viniésemos al medio dia?... Responda V., Sir Bernardo! ¿Será necesario que ella venga al medio dia, continué cargando el acento en la palabra ella.

—Que venga, però que sea breve su visita: si me turbase, me temblaria el pulso, y no podria jugar al billar.»

El pobre loco continuó de esta suerte, y obtuve, no sin dificultad, del doctor Yollack, que lady Ana seria introducida allí al dia siguiente. Debia ser verdaderamente para ella un tristísimo espectáculo el de su marido, quien, en esta grave circunstancia, habia creído deber añadir una faja de color de fuego á su ridículo vestido. Una larga varilla que traia á guisa de espada, y un palo de ébano que traia como los hujieres, hacian de aquel hombre tan serio, tan grave en otro tiempo, algo de grotesco y triste á la vez. Habia obligado al hombre que le custodiaba á vestirse de blanco, como un soldado austriaco, á corta diferencia, y quiso que este hombre tomase la pluma en clase de escribano, y que escribiese todo lo que iba á suceder.

«Tome V. la pluma, repuso, saludándonos con mucha finura.

—¡Mi querido Harleigh, esposo mio! murmuró la pobre mujer toda trémula, acercándose á él, que le tendió los brazos.

—Pueden Vds. sentarse, nos dijo con frialdad y mucha cortesía, cruzando los brazos, apoyándose en la chimenea, y clavando una mirada escudriñadora en su mujer... ¿Ha venido V. aquí de su plena voluntad? añadió con mucha calma.

—¡Oh! sí, querido esposo, murmuró ella.

—Escriba V. esto, escribano... ¿Se ha restablecido enteramente su salud de V.?

—Enteramente.

—Escriba V., escriba V. siempre.

—Estoy muy cierto, Sir Bernardo, dije yo entonces para interrumpir esta conversacion intolerable, que está V. muy contento de volver á ver á lady Ana. ¡Pues bien! si es así, acérquese V. á ella, y dígaselo V.»

Ana tenia mi mano estrechada con una fuerza convulsiva, y ni siquiera hacia esfuerzos para hablar. Su marido permaneció turbado y en el mayor silencio algunos instantes, se adelantó y se quedó de pié delante de ella; en seguida, mirándola atentamente y dirigiendo el dedo hácia el supuesto escribano, como para ordenarle de antemano que escribiese la respuesta:

«El cielo me es testigo, querida Ana, de que no te deseo ningun mal; ¿y tú?»

La infeliz nada respondió. Harleigh dobló lentamente una rodilla, se quitó el guante de una mano, como si hubiese querido tomar la de lady Ana, y le dijo con voz conmovida:

«¿No me respondes, Ana?»

La locura habia pasado. No era ya el demente quien hablaba, sino el hombre.

«¡Oh! amigo mio, mi pobre amigo, murmuró su mujer, extendiendo sus brazos hácia él y llorando sobre sus espaldas.

—Es muy digna de lástima, dijo el baronet con aire frio. Vuelve en ti, Ana; modérate como yo: te lo repito, no quiero.... Pero se ha desmayado. ¡Es tan niña!»

En efecto se habia desmayado; y su marido, que tenia sus muñecas en su mano, la miraba con aire sombrío, inquieto y vago, que hizo presentir á su vigilante la tormenta que iba á estallar. Llevamos á lady Ana á otro aposento, y un momento despues el desgraciado estaba atareado jugando al billar con su compañero de infortunio, ó, como él decia, con el rey.

Cuando hube suministrado á su mujer los remedios necesarios, le encontré en el parque, y tomándome del brazo me dijo: «Estoy ajitado, no me encuentro bien, demos una vuelta.» Tenia el rostro vuelto hácia mí y me miraba con la boca abierta y con una atencion estúpida: cuanto mas andaba, mas aceleraba el paso. Fatiguéme siguiéndole, ó mas bien dejándome arrastrar por él. Al fin podia decirse ya que corríamos; diez veces habíamos dado la vuelta al redor del jardin; mi cabeza empezaba á darme vahidos; le conduje suavemente hácia la puerta y le hice entrar dentro.

Lady Ana quiso, á pesar de su debilidad y de lo triste y doloroso que era ver aquel espíritu apagado en un cuerpo lleno de vida, quiso, repito, establecerse en la casa. Pidió al doctor Yollack el permiso de habitar una ala del edificio que estaba desocupada. Permitted; pero estuvo tres meses casi sin ver á su marido. En fin, como se creía que habia recobrado algo la razon, se le preguntó un dia si tendria algun reparo en recibir la visita de lady Ana: recibíola en efecto con mucha cortesía, aunque con encojimiento y sujecion. Vino tambien con ella su cuñada lady Julia. Pronto se acostumbró á esas visitas; gustó de escuchar la música, compuso versos para sus damas, no dejando nunca su fria urbanidad para con su mujer, al mismo tiempo que galanteaba con mucho ardor á su cu-



ñada. Aprovechóse esta de este singular ascendiente para obligarle á dejar aquella odiosa pluma de pavo que ondeaba sobre su cabeza y su estrecha casaca y su pantalon de terciopelo oscuro; mas ni la una ni la otra pudieron sacarle de la cabeza que estaba acusado de alta traicion y del asesinato de su mujer. Nunca habia dejado de creer que se hallaba en una cárcel de estado.

¿Qué son los sacrificios heroicos de que habla la historia al lado de esos sacrificios secretos y desconocidos cuyo teatro es el hogar doméstico, cuyo premio solo se encuentra en el cielo y en el corazon? Figúrense mis lectores lo que debió de sufrir esta triste víctima, cerca de un marido que no la entendia, que apenas la conocia, cuyos insensatos caprichos, insultos y picardías no dejaban disfrutar á los que estaban á su derredor ni un momento de reposo y de bienestar. ¡Qué sufrimientos ocultos en semejante situacion! Ningun síntoma de convalecencia: un día tenia á su mujer por su criada, otro día por la reina de Inglaterra. Lady Ana tuvo mucho que sufrir como criada; ni eran menos penetrantes sus penalidades como reina de Inglaterra. Era necesario tolerar la afectacion de respeto, el encojimiento y la humildad obsequiosa del loco; dirigirle la palabra con frialdad, con aspereza, despedirle con altanería, en una palabra, hacer el papel de reina. Como capitán que era, ó creía ser, de los guardias de S. M., exijia que se ejecutase cada tarde debajo de sus ventanas un concierto militar.

Me acuerdo de una tarde terrible. Los oboés y las flautas tocaban un andante de Mozart. El otoño, bastante adelantado ya, tenía las hojas de los árboles de color bronceado. La supuesta reina estaba allá, sentada en un canapé bastante elevado para figurar un trono, y estábamos á su rededor Julia su hermana, Bernardo y yo. Estaba sosegada y pensativa: á medida que las vibrantes y melancólicas notas del oboé expresaban el pensamiento de Mozart, cuyo númen era tan patético y tan solemne, empezaron á arrasarse de lágrimas sus ojos: estaba contemplando á su marido, sentado en un asiento mas bajo, con la cabeza apoyada en la mano, y fijando una mirada vaga sobre el lejano paisaje que se oscurecia. Cuando llegaron los músicos á la menor, parecía cernerse sobre la escena una melancolía mas profunda, y se escaparon del pecho de lady Harleigh algunos suspiros. Yo la vi estrechar dolorosamente la mano del baronet, y corrieron en abundancia sus lágrimas. Entonces el loco se volvió lentamente, la miró de hito en hito; alteróse su fisonomía, palideció, se contrajo, y pareció que despertaba en su interior un demonio. Levantóse lanzando espantosos ahullidos, salió, saltó un vallado y se internó en un espeso soto, donde habiéndole seguido el que le custodiaba, le asestó un puñetazo tan vigoroso que le derribó al suelo, trepó por un árbol, de donde volvió á caer al suelo herido gravemente.

¡Qué escena! los músicos, ocultos en un bosque-

cillo, proseguían tocando el andante de Mozart, cuya melodía dulce y aerea contrastaba tan cruelmente con los furiosos gritos de Harleigh, con los largos jermidos de su esposa y el llanto de su cuñada. Aquello era para mí una pesadilla.

La salud de lady Ana iba declinando cada día; la de su marido no mejoraba, y su adversario legal continuaba con actividad sus persecuciones judiciales que habian causado este desastre doméstico. El abogado encargado de defender á Sir Bernardo, no pudiendo obtener del loco las instrucciones necesarias, desesperaba del éxito, mientras su parte contraria, que tal vez al principio solo habia pensado en intimidar al baronet y en arrancarle una suma de dinero por el terror que le inspiraba, triunfaba por medio de una circunstancia tan favorable á sus intentos. Era el tal un hombre de baja esfera, que habia estado empleado mucho tiempo en las Antillas en un ingenio de azúcar. Era pobre, y no hubiera podido sin duda satisfacer á las demandas previas de la justicia, si un usurero de Londres, viendo el jiro que tomaba este negocio, no se hubiese asociado á la ganancia probable de la causa adelantándole el dinero necesario.

En mis visitas á Sir Bernardo, no descubrí ningun motivo para esperar que se restableciese pronto su juicio. Cada día se apoderaban de su espíritu nuevas ilusiones: ora le ocupaba la historia jeneral del universo, ora una memoria dirigida á la Cámara de los Comunes sobre el supuesto asesinato de que se creia reo. Púsose por fin á escribir una novela intitulada: *El falso Baronet*, en la cual se descubria, entre colores exajerados, toda la historia de su vida. El vigilante que se le habia dado se vió en la precision, no solo de escuchar la lectura de un tomo lleno de énfasis y estravagancias, sino aun de copiar por dos veces cada una de las páginas escritas por el pobre baronet. Me acuerdo que una tarde, al momento en que entré, le vi en pié sobre una mesa, con el rostro encendido, la mano tendida hacia el vigilante que hacia las veces de público, y declamando con vehemencia el discurso que habia compuesto para su defensa. A la verdad, no carecia el discurso de elocuencia: su felicidad doméstica, su situacion floreciente, sus numerosos amigos, sus esperanzas de gloria y de ambicion, todo esto arruinado de un golpe por el ataque dirigido contra sus propiedades, su título y su nombre; la perspectiva de la miseria y de la degradacion puesta á la vista del hombre feliz, rico y poderoso; sus temores, su agonía secreta; todo esto estaba reproducido con tanta enerjía, con un vigor tan apasionado y poderoso, que me vinieron las lágrimas á los ojos. Habia además tanta exactitud y un encadenamiento tan lógico de ideas, que me pareció imposible que aquella intelijencia, un momento abatida, no despertase de repente. Mas en el instante en que admiraba el discurso del baronet, se puso á hablar de sus descubrimientos en alquimia, de los espías que le habian rodeado, de los celos y de las proposiciones del

rey. Volvió á aparecer el loco, y desapareció el hombre sensato.

Dejéle hablar, y le dejé mas desconsolado que nunca para ir á encontrar á su esposa. ¡Qué situación la mía! Pasaba de la casa de locos á la cabecera de la cama de la moribunda; porque, no podía ya disimulármelo, la débil salud de lady Ana no podía resistir mucho tiempo á tan redoblados sacudimientos. Entónces vino á tener lugar en el extraño drama que refiero, sin alterar en nada la verdad de los hechos, un incidente singular. La víspera del día en que debía juzgarse ese grande litigio, el adversario del baronet se emborrachó en una taberna, lo llevaron á su casa medio muerto, y espiró por la mañana, víctima de su destemplanza. Imposibilitábase con esto la continuacion del proceso, y el baronet se hallaba á cubierto de todo peligro. Apresuráme á ir á casa de su esposa, la cual recibió esta importante noticia sin manifestar mucho interés. De allí pasé á casa del doctor Yollack, determinado á tentar un nuevo ensayo, y á saber si un cambio tan inesperado en el estado de sus negocios volvería el juicio al baronet.

Estaba este sentado delante de su chimenea, ocupado en leer *el Rey Lear* de Shakspeare. Despues de los primeros cumplimientos, le dije que acababa de suceder un lance muy dramático, y que interesaba á uno de mis amigos. Cargué particularmente el acento sobre el desenlace singular de este drama, la muerte repentina del adversario que armaba un injusto y peligroso litigio.

« Mas, ¡Dios mio! exclamó el baronet, despues de haberme escuchado con mucha atencion, yo he oido hablar de esto en alguna parte. ¿Es verdadera la anécdota que me referís? ¿hace mucho tiempo que sucedió esto?

— El desenlace es de ayer, le respondí fijando en una mirada escudriñadora. No hay ni un solo incidente que no sea conforme á la verdad.

— ¿Existen el marido y la esposa?

— Los veo cada dia.

— ¡Ah! ¡es una desgracia! repuso con aire distraído.

— ¡Una desgracia! ¿y porqué?

— Eso me repugna. ¿Sabe V. en qué estaba pensando mientras estaba V. hablando? en componer una tragedia de esa historia: es magnífica, y solo es una lástima que vivan los actores. ¡Qué drama haríamos!

— El drama es demasiado real, Sir Bernardo.

— ¿Es cierto? y bien, ¿qué importa? la invencion es nada al lado de la realidad. Si un poeta hubiese fundado su drama sobre semejantes bases, se le hubiera acusado de inverosimilitud.

— Sí, tiene V. razon, respondí, procurando ocultar mis lágrimas.

— Yo me siento enternecido como V., repuso él suspirando; y la pobre mujer, ¿cómo tolera su desgracia?

— Morirá bien pronto, Sir Bernardo.

— ¡Desgraciada criatura! ¡cuánto la compadezco! ¡qué destino! ¿Es jóven? ¿es hermosa?

— Es jóven todavía, mas su belleza está marchita.

— ¡Ah! ¡qué asunto este en manos de Shakspeare! ¿cómo lo hubiera tratado! Mas el marido, el pobre loco, ¿cómo recibió la noticia? ¿De qué modo le haria sostener su papel un autor trágico? Yo estoy cierto de que un escritor mediano le pintaria furioso, frenético y declamando como un energúmeno. ¡Pero Shakspeare! Shakspeare le haria escuchar su propia historia cómo si fuese ajena.

— ¡Ah! Sir Bernardo, exclamé con una congoja inesplicable: ¿ese Shakspeare es V.!

— ¿Qué quiere V. decir?

— Todo ha pasado exactamente como V. lo supone. » El loco clavó en mí sus ojos vagos y ardientes.

« ¿Es cierto? ¿y de dónde lo ha sacado V.?

— Yo estaba presente, yo he visto al loco, yo soy el que se lo he dicho todo. » Saltó de su asiento, arrojó un grito que hizo venir al hombre que le custodiaba, y volvió á caer como anonadado.

« ¿Ha visto V. ese rayo? ¿lo ha visto V.?

— ¡Un rayo!

— ¡Ah! me equivoqué. Ha ajitado V. demasiado mis nervios, señor doctor; los ha hecho V. estremecer demasiado. V. acaba de recordarme cosas horribles, y me mira V. con unos ojos que me espantan. »

He aquí toda la impresion que produjo. Un vaso de agua que mandé le trajesen, le volvió un poco en sí, y bien pronto el miserable, que habia perdido la conciencia así de su felicidad como de su desgracia, se fué riendo á empezar una partida de billar. . . .

¿Porqué he de obligar al lector á saborear gota á gota toda la hiel de esta dolorosa historia? ¿Porqué forzarle á participar del dolor que sentí cuando se apagó la vida de lady Ana; cuando la agonía de este ángel sumerjió en el dolor á cuantos la conocian? Oprimida todavía el alma de mil pesares que la despedazaban, me dirijí, la misma tarde de su muerte, hácia la casa de locos, donde Sir Bernardo, que estaba bueno, pero cuyo enajenamiento mental era siempre el mismo, continuaba arrastrando dias inútiles y el peso de una miseria que no comprendia. Estaba jugando á billar, su diversion predilecta. En vano procuré dar á entender al desgraciado baronet que su esposa ya no existia. No bien llegaba á sus oidos el nombre de lady Ana, se apoderaba de él una convulsion violenta, descendia precipitadamente la escalera de su aposento, entraba en la sala de billar y se ponía á jugar con uno de sus cofrades con quien habia trabado amistad y que aspiraba al título de Ricardo III. A menudo, cuando iba á ver al doctor Yollack, este me enseñaba á Sir Bernardo sentado en la mesa con el convidado de que acabo de hablar, vaciando á largos tragos diez botellas del supuesto vino de Burdeos, y terminando por embriagarse de sus palabras y de su alegría absurda á

fuerza de reir, de discutir y contar historias de todo jaez, sin pensar siquiera que el vino que se les daba fuese aguado en proporcion de cuatro quintos de agua y uno de vino.

El día de los funerales de lady Ana (era uno de esos hermosos días del mes de noviembre, uno de esos días helados en que la escarcha que brilla debajo del sol da á la naturaleza un aspecto severo y risueño á la vez) me ha dejado un recuerdo que nunca se borrará de mi memoria. El sol brillaba en medio del profundo azul del cielo, y sus rayos privados de calor caían sobre la tierra sin reanimarla. Trasladéme á la casa de campo del baronet; el aspecto desierto y silencioso de aquellas llanuras estériles, aquellos campos cubiertos de escarcha, aquel horizonte cuya monotonía interrumpían tan solo algunas ramas desnudas y secas; la severa melancolía del invierno, el encuentro de uno ó dos campesinos cubiertos de sus sayos oscuros, cuyo aliento denso con la presión atmosférica se dibujaba como un surco de vapores; la vista de aquel hermoso sitio inhabitado, todas las celosías, todas las puertas cerradas; aquellas chimeneas sin exhalar humo, aquella quietud que reinaba dentro y fuera del castillo, aquel aire de desolacion y abandono; todo eso me hizo mal; y cuando ví salir por la puerta principal el ataud de la desdichada lady; cuando recordé las escenas de esplendor, de lujo y alegría en las cuales había tomado pocos años antes una parte tan brillante, no pude contener el llanto. El cadáver de la que había sido una de las mujeres mas aficionadas á modas de la capital, de una mujer de veinte y dos años, objeto de envidia para todas sus rivales durante los primeros meses de su matrimonio, de dolor y compasion despues de la locura de Sir Bernardo; ese cadáver tan deplorable, esa flor hollada en el momento en que iba á abrir su cáliz, volvió á la tierra fria, donde se perdió para siempre.

El lector adivinará fácilmente, sin que tenga yo necesidad de analizarlos y describirlos, los mil pensamientos amargos, las conmociones penosas á que me entregué durante el resto del día. Como era demasiado tarde para volver á Lóndres, me prepararon una cama en un aposento del segundo piso, aposento que había Harleigh ocupado algun tiempo. La agitación mental que había experimentado y que me acosaba todavía, no me permitió pensar en meterme en la cama; acerqué á la lumbre que ardía en la chimenea, un asiento y una mesa, y redacté apresu-

radamente algunos de los recuerdos sobre los cuales está fundada la presente relacion. Daban las once, y mi lámpara empezaba á apagarse, cuando resonó un alarido en el parque que rodea el castillo, y al cual siguió bien pronto otro. Levantéme, descorrí rápidamente las cortinas que caían sobre la ventana, y ví, á la luz de la luna, dos hombres de pié, vestido el uno de un traje fantástico y extraño, y el otro de negro, y que forcejeaban por derribar una reja. ¡Cuál fué mi asombro, cuando, fijando en ellos una mirada mas atenta, reconocí al mismo Sir Bernardo, con su pluma de pavo, su pantalon estrecho, y su traje de loco! Llamé, soné la campanilla; se levantaron los criados: mas apenas los dos visitantes nocturnos observaron el movimiento que reinaba en el castillo y el pasar y volver á pasar de las laces, desaparecieron, se internaron en el soto y se perdieron en las profundidades del bosque. En vano se les persiguió, pues burlaron todas nuestras pesquisas. Al día siguiente supe que el doctor Yollack había probado de restituir al baronet el uso de la razon, poniendo á su vista un periódico que contenia la relacion de la muerte de su esposa. Apenas había leído ese párrafo, había meditado los medios de evadirse y cumplido su intento de acuerdo con ese fiel Acates, de que he hablado mas arriba, viniendo á Huntingworth, donde su inesperada presencia me causara tan viva sorpresa.

Ocho dias despues, se presenta á la reja del parque un hombre cubierto de andrajos, cuyo pálido rostro y ojos esquivos asustan al nuevo conserje.

«Yo soy el propietario del castillo, esclama.»

En efecto, se presentaron los criados que quedaban en la casa y reconocieron á su amo. Harleigh no era ya loco: pero ¡cuán caro pagaba su restablecimiento! Toda su organizacion estaba desgastada, ajada, reducida á una vejez anticipada. Una fiebre nerviosa que duró seis meses le causó los mas agudos dolores. Vióse despues en la mayor parte de las carreteras de Italia y de España una berlina con cuatro caballos, arrastrando una especie de fantasma cubierta de franela, precipitarse de ciudad en ciudad, de aldea en aldea: este era Sir Bernardo, el cual murió cerca de Nápoles y fué sepultado lejos de su esposa y de su hijo. El castillo y heredad de Huntingworth fueron vendidos, y en el día no queda ni un vestigio de ese nombre célebre.



VIAJES.

Excursion á la Meca y á Medina.

El célebre y desgraciado Burckhard, arrebatado tan joven al mundo sabio y á las brillantes esperanzas que la *Sociedad Africana* habia fundado en su jenio aventurero y en su celo infatigable, ha puesto el último sello á su reputacion con su viaje á la Arabia. Encargado de explorar el interior del Africa, tumba de tantos intrépidos viajeros, nadie mejor que él poseia, así las costumbres de Oriente que le connaturalizaban en medio de los pueblos musulmanes, como la habilidad de desvanecer los recelos que habian costado la vida casi á todos sus predecesores.

Para preparar el viaje que queria hacer en las profundidades del Africa, pensó Burckhard permanecer largo tiempo en Oriente, para poder, en aquellos viajes preparatorios, que llamaba modestamente su noviciado, examinar ciertos lugares de un modo mas cabal que no habian hecho los viajeros que los habian tomado por único fin de sus observaciones. Su primera relacion estaba llena de documentos del mayor interés sobre la Siria, la Palestina y las partes mas lejanas de estos dos paises, lugares de mucha prosperidad comercial en dos épocas diferentes. Poco despues, sus escursiones á la Nubia arrojaron vivos rayos de luz al través de las tinieblas que nos privaban del conocimiento de aquellas bárbaras comarcas, y señalaron en el interior del Africa comunicaciones, hasta entónces desconocidas, entre el comercio de las carabanasy el tráfico de negros. En la Nubia exploró el litoral de la Arabia, pais tan admirable por sus bellezas como por sus horrores, y conoció allí tan perfectamente el idioma y los usos de los verdaderos creyentes, que pudo sin ningun peligro visitar la Meca y Medina, lugares sagrados del islamismo, á los que les está prohibido á los infieles acercarse; y nos los ha dado á conocer tan bien como Roma y Paris.

Las nociones que de la Arabia tenían los antiguos, y particularmente del Hedjas, eran tan inexactas como las que nosotros teníamos, algunos años ha, sobre el interior del Africa. Gibbon estraña que la famosa division de aquel pais en Arabia desierta, en Arabia petrea y en Arabia feliz, haya sido desconocida de sus habitantes; pero esto es imaginario, y los historiadores griegos que la han inventado, no habian echado mas que una rápida ojeada sobre algunos puntos de sus

fronteras. Por esto han llamado Arabia desierta á la parte que se estiende al levante de la Siria; Arabia petrea ó peñascosa á la cadena de peñascos que va de la Palestina al Egipto; mientras que los perfumes de la tierra de Sabá (hoy dia el Yémen) y la facilidad de poder llegar allí por tierra y por mar, inspiraron á su poética imaginacion el dictado de Arabia feliz. Diodoro de Sicilia circunscribe la Arabia en el espacio comprendido entre la Siria y el Egipto; y, como todos los antiguos, prescinde de la parte central de aquella dilatada rejion. El autor del *Periplo* representa aquellos lugares como otra Táurida, llena de escollos, sembrada de bancos de arená, revuelta por las tempestades, y cuyos pueblos feroces é indómitos no aguardan á los desgraciados que la tempestad arroja á sus ásperas riberas, mas que para entregarlos á la esclavitud ó darles la muerte; y añade sin embargo que la tripulacion cuyo espanto describe á la aproximacion de aquellas desiertas orillas, despues de haber recalado en *Leuke Komo* (Molih, puerto de Idumea), siguió hácia el centro del golfo hasta *Gebel Tor*, en la costa del Yémen. Nada atestigua mejor la profunda ignorancia de los antiguos en jeografía, que el error que han cometido comprendiendo el Hedjas en la Arabia feliz. Caro pagó este yerro el procónsul Elio Galo, enviado por Augusto para redondear la conquista y hacerla tributaria de los Romanos. Desembarcó en *Leuke Komo*, persuadido de que iba á encontrarse en una tierra de aromas y de jauja. ¡Aciaga ilusion! Anduvo errante seis meses por aquellos abrasadores desiertos, sin ver ningun rastro que le presentase su término. Echaba de todas partes al enemigo, como aquellas nubes de arena que levanta el viento enfurecido. Pero las fatigas, el hambre, las enfermedades, mas crueles para aquellas tropas que las armas de los bárbaros, le obligaron á contramarchar, dos dias despues de haber penetrado en aquella parte de la Arabia á donde una mentida calificacion le habia imprudentemente conducido. No habia perdido mas que siete hombres muertos en los encuentros, pero volvió á conducir á Alejandría los miserables restos de una formidable hueste, aniquilada por los rigores del clima. Parece que despues de aquella expedicion, no se ha intentado de nuevo la conquista de la Arabia.

Estrabon no cita ningun nombre de ciudad que se pueda hacer entrar en la jeografia actual de aquel pais. No obstante, dos siglos despues, Tolomeo presentó algunos lugares que se pueden aun reconocer, tales como Macaraba, hoy día la Meca; Zabran, situada sobre la playa ocupada por el puerto de Jedda; y Jambia, el puerto de Medina, que los indijenas llaman aun Jambbo. Hace tambien mencion de una tribu llamada los *Sarracenos*, nombre que se hizo muy célebre, cuando se extendió al centro de las tribus bárbaras que, reunidas bajo el estandarte del profeta, fueron á plantar sus tiendas hasta las orillas del Loira y disputaron por ocho siglos el suelo español á los conquistadores del Norte que les habian precedido.

La prodijiosa revolucion que dió al Oriente un nuevo culto sacó de su profunda oscuridad á la Meca y á las comarcas vecinas. Ningun hombre ejerció jamás sobre el destino moral, político y religioso de la especie humana tanto influjo como Mahoma; ha paudado por muchos siglos las opiniones, las costumbres y los usos de cerca de cien millones de hombres, distribuidos por las mas hermosas partes del globo, y con todo jamás ha habido influjo menos justo. Mahoma era un bárbaro sin letras, que poseia, es verdad, en grado eminente el talento de capitan y de estadista; pero falto de aquellos que deberían adornar á un jefe de secta y á un reformador religioso. Solo su alfanje impuso leyes á las ideas del hombre, y sin embargo, por un destino singular, la religion impuesta por el alfanje fué cimentada por una conviccion mas profunda que otras que tenían por base la moral mas acendrada. El simbolo de Mahoma, aplicado al carácter y á las costumbres de sus primeros discípulos, presenta una estraña mezcla de libertinaje é hipocresía. Abre un vasto campo á las pasiones, y hace ostentacion de la austeridad, prohibiendo los placeres que los primitivos sectarios del profeta no querian ni podian ajenciarse. La prohibicion de beber vino, en un pais estéril en que no crece la vid; la austeridad en el ayuno, bajo un cielo abrasador y en medio del día, cuando el comer hubiera sido una dolorosa mortificacion; todas aquellas privaciones ilusorias quedaron por otra parte compensadas por la libertad de la poligamia y de un ilimitado concubinage con las esclavas, y por la promesa de un paraíso en que todos los deleites de los sentidos debían prodigarse á los fieles bajo deliciosas sombras, á las orillas de cristalinos arroyuelos, y en un Eden embalsamado con todos los perfumes. Pero cuando, bajo las banderas de los califas, el alcoran, trasponiendo los límites que la prevision del profeta habia señalado á su imperio, extendió sus conquistas fuera de la Arabia, vino á ser para sus nuevos discípulos un código de rigores y de privaciones. El habitante de los frescos y fértiles valles de la Europa meridional, del Asia Menor y de la Persia se vió condenado á la abstinencia en presencia de una naturaleza pródiga de sus tesoros, mientras que los delicados vinos de Escio y de Esciraz le esponian al

suplicio de Tántalo, ó al peligro de perder un día su equilibrio sobre el puente del Infierno (*el Pulo Serro*), si el profeta habia tenido abiertos los ojos sobre sus libaciones clandestinas. Pero el reformar el islamismo, al salir de la cuna, hubiera sido destruirlo. Tomó pues por todas partes un color áustero y sombrío muy diferente de su carácter primitivo, y el mismo desenfreno que autorizaba, combinado con la reclusion y la esclavitud de las mujeres, no sirvió mas que para condensar las tinieblas que extendió sobre el estado de las sociedades.

Sabemos que el sagrado deber de la peregrinacion á la Meca, que todo creyente debe cumplir á lo menos una vez en su vida, ha hecho de aquella ciudad la estrella polar del Oriente; pero, lo mismo que Medina, una nube impenetrable la oculta á los ojos de los profanos Europeos. El alcorán tiene reservada una muerte irremediable á todo infiel que profanare su recinto, y de ahí es que la mayor parte de los viajeros que nos han dado á conocer la Arabia, no hablan mas que de oidas de aquellas dos ciudades. En su permanencia en Jedda, como agente consular de Prusia, el sabio Niebuhr se vió prohibido el paso por la puerta que da á la Meca; mas adelante franquearon aquella barrera algunos oficiales ingleses protegidos por el favor del bajá de Egipto; mas oyeron esclamar á una jóven, en vista de aquella inaudita temeridad, que el mundo tocaba á su fin, pues que la planta de los infieles ósaba pisar los lugares sagrados.

Sin embargo, á pesar de estas severas prohibiciones, algunos viajeros europeos, renegados, ó que aparentaban serlo, han logrado penetrar en aquellas ciudades santas. El primero, uno de los mas antiguos viajeros de los tiempos modernos, es conocido por el nombre de *Ludovico*, patricio romano, en su relacion orijinal publicada en Roma en 1503; pero es llamado *Barthema* en las traducciones españolas é italianas de aquella obra, insertas en la *Raccolta delle navigazioni e viaggi de Ramusio*. Llegado á Damasco en el instante en que iba á salir para la Meca una caravana de peregrinos con la escolta de sesenta mamelucos, consiguió á precio de oro el favor del capitan, tomó su traje y entró en aquellas filas. No era sin peligro aquel papel, pues que se veia obligado, en muchos encuentros, á contribuir con su persona á la defensa de la caravana contra enjambres de Arabes. Poco faltó que no quedase sepultado entre la Meca y Medina por los movedizos arenales. Al fin satisfizo su curiosidad. Disfrazado de mercader, partió de la Meca para Jedda, desde donde fué conducido por un buque portugués á la India. Otro llamado Potts, hecho prisionero por los Turcos en 1678, y obligado á abrazar la fe musulmana, visitó las ciudades santas y publicó de sus viajes algunas noticias muy curiosas. En épocas mas recientes, el doctor Seetzen y el viajero español Badía, que tomó el nombre de Ali-Bey, han hecho la misma escursion. El primero, que

permaneció poco tiempo en la cuna del islamismo, no encontró ya allí mas que un corto número de peregrinos; el segundo halló ya la Meca en posesion de los Wechabitas: la aparicion repentina de aquellos cismáticos habia dispersado numerosas gabilas de peregrinos ortodoxos. Burckhard, al contrario, llegó allí en el instante en que las armas de Mohammed-Alí acababan de volver á abrir á los creyentes las puertas de la ciudad santa, y en que los peregrinos de Oriente y de Occidente se agolpaban en su recinto. La observó mas despacio y mejor que los viajeros que le habian precedido, y su interesante relacion no deja desear al lector ninguna circunstancia importante sobre la topografia, las costumbres y los usos del pais.

Terminado su viaje de la Nubia, Burckhard se embarcó en Suakin para Jedda, en la ribera opuesta del golfo Arábigo. Este puerto, que la ocupacion de los Wechabitas y la interrupcion de las carabanas devotas habian herido de muerte, estaba recobrando entónces una nueva vida. Era la ciudad mas comerciante del Mar Rojo. La fortuna de sus negociantes justifica el nombre de opulenta que se le ha dado. Sirve á la vez de factoria á la Meca, al Hedjas y al Egipto, y es el mercado mas importante para los cafés del Yémen. Allí se detienen las escuadrillas del Indostan, los comerciantes compran al contado sus cargamentos y los venden al fiado en Suez y en el Cairo, pero con enormes beneficios. Se ahorrarian grandes gastos de carga, comisiones, etc., despachándolos directamente para Suez; pero los capitanes de los buques de Jedda y el influjo de la rutina, tan poderoso entre los Orientales, ha detenido hasta ahora el comercio en el mismo carril.

El comerciante árabe no tiene ningun libro, y si solo un diario de ventas y compras, y reputaria por costumbre impia el balance de cuentas y el inventario que acredita cada año en Europa el estado de fortuna y la suma de ganancias de una casa de comercio. Muy á menudo, con un capital de ciento á doscientos mil pesos, no tiene mas que un solo dependiente; ordinariamente no vende mas que una clase de mercancías, recibe en especie un artículo de uno de sus corresponsales, y lo despacha para otro. Es raro que no venda él mismo á los vendedores al pormenor, no conoce ni billetes ni letras de cambio, ni medio alguno de crear valores ficticios. Así es que las quiebras son accidentes rarísimos, y cuando sucede alguna, y los sucesos que la han acarreado son muy conocidos, el deudor es tratado con indulgencia.

Jedda, poblada de 12 á 15,000 almas, es una de las mas hermosas ciudades del Oriente. Sus calles son largas, pero muy oreadas; las casas, construidas de madreporas y otros fósiles marinos, son poco sólidas, pero presentan un aspecto muy risueño. La calle mayor, que da al puerto y está adornada de tiendas, almacenes y bazares, presenta un punto de vista muy pintoresco. La ciudad está rodeada de desiertos, y el agua de lluvia es allí un objeto de lujo.

Estrae sus trigos de Egipto, y algunos frutos malsanos del Yémen; la leche no tiene estima. El único jénero que el Hedjas da en abundancia es la miel, que viene á ser el elemento principal de la cocina de los Arabes.

Burckhard habia partido para Jedda con una carta de crédito sobre un comerciante que se negó á aceptarla. Reducidos por este incidente sus recursos, se dirigió al bajá de Egipto, quien, despues de haber derrotado á los Wechabitas, y libertado ó mejor sujetado á la Meca, se hallaba entónces en Taief, pequeña ciudad situada á poca distancia en el interior. Mohammed-Alí, que le habia visto en el Cairo, acogió favorablemente su demanda, y dió orden al recaudador de las contribuciones que le diese un vestido completo y además quinientas piastras de Egipto (1). Nuestro viajero, que, por una casualidad inesperada, acababa de recibir fondos, despreció una oferta tan mezquina, que á sus ojos no pasaba de una limosna; pero aceptó la invitacion que el bajá le habia hecho de permanecer á su lado.

La via recta de Jedda á Taief, sobre un plano levemente inclinado en una llanura de arena rodeada de montañas, pasa por la Meca; pero Burckhard no hizo mas que pasar, reservando para otra ocasion permanecer algun tiempo. Hacia el montañoso distrito de Taief, se encuentra un canton llamado Bary-Kora, el sitio mas pintoresco que habia visto en el Asia despues de los del Libano. Es un terraplen sembrado todo de árboles magníficos y de moles de granito, al pié de las cuales serpentean riachuelos cuyas orillas presentan las mismas tintas del verdor de los Alpes. Nuestro viajero, estenuado de fatiga al salir de un inmenso desierto, se vió deliciosamente aliviado con el frescor de aquella oasis, cuya vejetacion prodigaba á sus sentidos los embalsamados tesoros de la fabulosa Arabia. Aquel canton produce trigo, cebada y otros cereales. La uva llega á perfecta sazón, pero como es un producto muy escaso, está reservada solamente para las mesas de los ricos.

La ciudad fortificada de Taief, situada en el hermoso valle de Mohram, retumbaba aun con el estruendo de las armas de Mohammed-Alí. El sátrapa ejipcio recibió con afecto á Burckhard y se le esplicó con franqueza sobre una multitud de asuntos, y particularmente sobre la situacion política de Europa. En aquella época (era á fines de 1814) acababa de recibir la noticia de la primera abdicacion de Napoleon y del tratado de Fontainebleau, etc. Bonaparte, dijo, se ha portado cobardemente. Hubiera debido perecer antes que dejarse esponer en una jaula á la risa del universo. Tambien conozco que sus jenerales y sus favoritos han procedido indignamente y han probado que tambien hay traidores entre los *giarues* (infieles) como entre los Osmanlis. El tratado hecho

(1) El valor de estas piastras es muy vario. Suelen valer no dos reales de vellón.

por las potencias aliadas con la Francia, que acaban de conquistar, es á mi entender el colmo del desacierto, y no me decidiria á darle crédito; no concibo cómo los Ingleses han estado peleando durante veinte años por la sola posesion de Malta y algunas otras islas sin importancia, y que hayan evacuado la España y la Sicilia sin recibir ninguna indemnizacion. Los reyes de Europa, añadió con el tono de un hombre que aparenta poner en duda lo mismo de que está cierto, se habrán mancomunado para buscar por otra parte una indemnizacion. «Así Mohammed-Alí no daba ningun sentido á las palabras: *seguridad jeneral, balanza de los poderes*. «Un rey, continuaba, no conoce mas que su caja y su espada; si saca la una, es para llenar la otra. El honor no es mas que una preocupacion que de nada sirve á los conquistadores.» Con estas espresiones se conocia la insaciable avaricia y la ambicion desenfrenada de un déspota. Le alarmaba la moderacion de las potencias aliadas, como si un pacto secreto hubiese debido indemnizarlas á costa de los tesoros de la Turquía y del Egipto. La Inglaterra, principalmente, era la que le infundia mayores recelos. En cuanto á sus conocimientos jeográficos, hé aquí una muestra. En una de sus conversaciones con nuestro viajero, pretendia que Jénova habia sido cedida á la Suecia, confundiendo así Jénova con Jinebra y la Suecia con la Suiza. Preguntó á Burckhard si el Egipto estaba satisfecho de la administracion de su hijo Ibrahim. Este contestó que Ibrahim, despreciado de los nobles, se habia hecho popular entre las clases inferiores, que él protegia contra sus exacciones; lo que es cierto. El bajá le pidió tambien noticias de la corriente del Nilo hasta Senaar y de las fuerzas que se necesitarian para la conquista de aquel territorio. Tenia ya entónces proyectada la expedicion que emprendió poco tiempo despues. «Un golpe solo bastará, dijo Burckhard, para apoderarse de aquel pais, pero la naturaleza del clima y el carácter de los habitantes no os permitirán permanecer mucho tiempo allí, aunque tengais fuerzas muy imponentes.» El resultado justificó aquellas dos predicciones.

Burckhard obtuvo con mucha dificultad el permiso de entrar otra vez en la Meca y permanecer allí algun tiempo: pasó cuatro meses en ella, y aquella larga permanencia le permitió observar todos los pormenores, y describir, con la mas minuciosa exactitud, el aspecto de la ciudad santa, sus monumentos, sus plazas públicas, sus barrios, sus calles, sus bazares y los diferentes jéneros de comercio que allí se hace.

La Meca está situada en un estrecho valle de arena circuido, á modo de murallas, de una cadena de áridas montañas cuyo aspecto no tiene nada de imponente. No se echa de ver allí ningun vestigio de vejetacion, y para ajenciarse agua potable es preciso que la tomen á veinte millas de distancia (cerca de siete leguas). Sin embargo su interior es mucho mas agradable que el de la mayor parte de las ciudades de

Oriente, cuyas calles estrechas y sucias están regularmente circuidas de paredes de arcilla de estrordinaria elevacion. Las casas de la Meca están construidas de piedras de un pardo sombrío, sus calles son bastante espaciales para dar cabida á las procesiones de peregrinos, y sus ventanas tambien bastante anchas para disfrutar de este golpe de vista; y como por otra parte los propietarios de aquella ciudad sacan gran parte de sus rentas de las viviendas que alquilan á los musulmanes que van allí á cumplir sus devociones, aquellas ventanas están adornadas y dispuestas con mucha elegancia para llamar su atencion. Pero respecto á la magnificencia y gusto, los santos monumentos de la Meca no podrian rivalizar con los de la capital del mundo cristiano; ni aun con los de las ciudades de segundo orden de Siria y Berbería. ¿De dónde proviene este contraste? probablemente de la supersticiosa veneracion de los Arabes por aquellas antiguas mezquitas, puesto que tendrian por un crimen el descargar allí el martillo y reedificar con mano profana la antigua cuna de su culto. Por mas que la indiferencia religiosa de los musulmanes, reduciendo el número de los peregrinos, vaya menoscabando por cada dia la prosperidad de la Meca, es dudoso que el contraste entre su antiguo esplendor y su estado actual sea tan grande como suponen ciertos autores. Ali-Bey refiere que la poblacion que tenia en otro tiempo ascendia á 100,000 habitantes. Burckhard, fundándose en cálculos exactos, le da solamente el número de 25 ó de 30,000, comprendiendo aun 3,000 negros y esclavos abisinios. En 1503, Barthema contó allí seis mil hogares. Despues de estos datos, la poblacion no ha tenido mucho incremento hasta el dia.

El monumento mas venerado de la ciudad santa, el que mas escita la piedad de los creyentes, es la grande mezquita llamada Beitullah, ó *casa de Dios*; es, sino el mas elegante, á lo menos uno de los mas vastos monumentos religiosos del mundo mahometano; ocupa cerca de un cuarto de milla cuadrada. Es menos un edificio que una plaza pública cubierta y adornada á cada lado con mas de quinientas columnas irregulares distribuidas en cuatro órdenes, de las que parte son de mármol y las demás de piedra, sacada de las montañas vecinas. Están unidas por arcos que sostienen cincuenta y dos pequeñas cúpulas.

Los habitantes creen que una mano invisible ensancha el local de Beitullah, á medida que se va haciendo necesario para contener el raudal de los creyentes; y que si se reuniesen allí todos los musulmanes de todos los puntos del universo, podrian estar allí á sus anchuras. Es bastante estenso para contener hasta 35,000 fieles, pero en ningun tiempo se ha reunido tan gran número á la vez. Las puertas abiertas á cada fachada dan paso á corrientes de aire, que los creyentes, en su piadoso reconocimiento, atribuyen al aleteo de las leiones de ángeles que las guardan. Pasada la hora de las oraciones, los habitantes

manifiestan poca veneracion por aquel santo lugar. Los ganapanes lo cruzan en todas direcciones para ir de un barrio á otro. Los pobres peregrinos se alojan entre sus columnas, faltos de otra morada, y los lugares que quedan desocupados sirven frecuentemente de teatro á juegos frívolos ó indecentes, sin que se pare en ello la menor atencion.

El Beitullah solo está edificado para servir de recinto á un edificio mas sagrado todavía; tal es la Kaaba. Este templo es un grande paralelógramo de construccion sólida, y compuesto de enormes pedruscos de la Meca. Una de las obras mas meritorias del islamismo es pasar la noche á la luz de las lámparas santas, devocion conocida con el nombre de *twaf*. Los mas apreciados comentadores del alcoran aseguran que la Kaaba fué construida en el cielo dos mil años antes de la creacion, y que los ángeles tuvieron orden de hacer allí, sin descansar, el *twaf*. El primer cuidado de Adán fué construir otro semejante á aquel celestial modelo con las piedras de las cinco montañas santas. Su guarda se confió á diez mil ángeles, que, segun parece, han cumplido muy mal con sus deberes, pues que el edificio ha sido muchas veces derribado y construido otras tantas. Está cubierto exteriormente de una grande tapicería de seda negra, llamada *kesua*, en la que están bordadas, en oro y plata, los versículos del alcoran; y está encargado de renovarlo todos los años el gran Señor. Cuando la *kesua* está tan usada que se cae á jirones, se le corta á pedazos, que venden muy caros á los devotos.

Lo mas sagrado de la Kaaba, y ante lo cual el musulman se postra con la mas profunda veneracion, es la piedra negra, el mas santo de todos los objetos terrestres. Cuando Ismael andaba buscando una piedra, para la reparacion del templo, se le apareció el ángel Gabriel y le presentó esta. Era entónces blanca y tersa; pero los pecadores la han tizado con la mancha de sus culpas. Apesar de la lejion celestial que la guarda, ha sufrido crueles vicisitudes. Cayó en manos profanas, y la partieron en tres grandes pedazos; pero cuando cayó otra vez en poder de los fieles, hicieron de los otros pedazos un betun con el que juntaron aquellos tres grandes fragmentos, para conservar la *piedra negra* en su forma y dimension primitivas. Unicamente en las tres grandes fiestas del año se abre la Kaaba, y los peregrinos alcanzan la merced de besar la piedra negra.

A cierta profundidad, debajo del enlosado del Beitullah, hay un pozo sagrado, llamado *Zemzem*, cuyas aguas milagrosas tienen la virtud de lavar las culpas de los creyentes. El edificio que lo encierra está constantemente sitiado por una multitud de peregrinos que van allí á sacar, en cántaros de cuero, el agua lustral de que se rellenan con piadosa avidez. Se reputa inagotable aquel manantial, porque, á pesar del consumo diario, el agua está siempre á la misma altura, circunstancia milagrosa á los ojos de los habitantes de la Meca. Pero los albañiles que han bajado

á aquel pozo para repararlo, han advertido que está alimentado por una corriente de agua. Aunque no es de buena calidad, es la mejor de todas aquellas fuentes vecinas. Algunos peregrinos beben una increíble cantidad. Uno de estos, alojado bajo el mismo techo que Burckhard, se hartó hasta el punto de caer desvanecido, y á pesar de esto, volvió á beber luego que hubo recobrado sus sentidos. Aquel piadoso esceso le costó la vida. Algunas horas antes de su muerte, el pobre hombre no se creia malo sino porque no habia humedecido bastante sus pulmones con aquella sagrada bebida. Ponen esta agua en botellas para despacharla en los estados musulmanes, en donde se vende muy cara, y es el homenaje que mas aprecian los grandes y las testas coronadas. Algunos peregrinos bañan en aquel pozo el lienzo que les ha de servir de mortaja, y piensan que con este santo vestido su alma estará mas segura de la salvacion.

El perfecto *hadj* (peregrino) no se contenta con las ceremonias que acabamos de describir; debe aun visitar el monte Arafat, situado en el desierto á veinte millas de la Meca (cerca de siete leguas). Todos los años y en día determinado, se dan cita allí diferentes carabanas, que marchan escoltadas por todos los habitantes de la ciudad santa y de Jeddá. La procesion que presencié nuestro viajero tenia á su cabeza Mohammed-Alí, acompañado de su favorita y de Soliman, bajá de Damasco. Los peregrinos eran unos setenta mil. El día se pasó en preces ó en diversiones; y se acabó con un sermon que un molah pronunció desde lo alto de la montaña, y al que nunca deja de asistir el verdadero creyente. La procesion del monte Arafat se compone de cuatro grandes carabanas; la de la Siria, la del Egipto, la de la Persia y la de los Maugrebinos (1). La caravana de la Siria, la mas numerosa, la mas rica, aquella cuyo paso importa mas á las diversas provincias de la Turquía que atraviesa, se forma en Constantinopla, y se aumenta á cada paso hasta Damasco. Se celebra con grandes fiestas su llegada á las ciudades grandes; los gobernadores le facilitan medios de trasporte y le dan escolta de ciudad en ciudad á la cabeza de una fuerza imponente. En Damasco se ordena y se proporciona los camellos y provisiones necesarios para pasar el gran desierto que se estiende desde aquella ciudad hasta la Meca y Medina. Los peregrinos que marchan solos tratan por lo regular con los habitantes de la Meca, quienes por doscientas piastras se encargan de conducirlos, les facilitan camellos, manutencion, etc., y aun les dan guia para la noche, que ellos pasan dormidos sobre sus cabalgaduras. Seria una imprudencia el viajar de otra manera sin esponerse á las extorsiones de parte de los habitantes de la Meca que hacen el oficio de conductores, y que les harian pagar caro su desvío. Las cisternas del desierto están guardadas por unas

(1) Así se llaman los musulmanes de Africa, que habitan las rejencias de Berberia y el imperio de Marruecos.

pequeñas fortalezas, en donde los Beduinos cobran el tributo que imponen á los peregrinos. La caravana de la Siria, en otro tiempo la mas considerable de todas, no constaba, en 1814, mas que de cuatro ú cinco mil hombres. La caravana menos numerosa y la mas miserable es la del Egipto. Cruzando las áridas montañas cuya cordillera es dominada por el Sinai, está espuesta á continuos ataques que llevan en sus filas el saqueo y la muerte.

La caravana de la Persia, que se forma en Bagdad, es poco considerable, pero no cuenta mas que peregrinos ricos, á quienes el horror de su cisma, (es sabido que pertenecen á la secta de Ali) y su fortuna espone á horribles exacciones. La de los Maugrebinos se forma en Marruecos, se aumenta cruzando los estados de Berberia y marcha detrás de la de Egipto.

Otros muchos peregrinos se dirijen á la Meca por el mar Rojo y Jedda. Su viaje no es tan fatigoso ni tan espuesto como el del desierto; es la via que siguen los mas de los musulmanes de la Persia, los de la India, de las costas orientales del Africa y los del Yémen. Los del interior del Africa cruzan sus desiertos en cortos destacamentos, pasando por Schendi y Suakin.

Burckhard esperaba encontrar en su escursión á la Meca una policía mas rigurosa y espuesta que en ninguna otra comarca del islamismo; pero estaba decidido á arrostrarlo todo. Vióse no obstante felizmente desengañado, cuando en ninguna parte se le molestó en lo mas mínimo; en ningun lugar se pone la menor atencion en la residencia de un extranjero que paga exactamente. En suma, aquella seguridad nada tiene de extraño; los peregrinos constituyen la fortuna de la Meca, y seria una mala política el someter su creencia á unas pesquisas demasiado severas. Los Persas, aquellos herejes detestados que blasfeman del Sunni, y que prefieren Ali á Ababeker, merced á su fortuna, disfrutan tambien allí cabal seguridad; solamente se les hace pagar mas caro en razon de sus errores. Los Ismaelitas, cuyos ojos están cubiertos de tinieblas mas densas aun que las de los sectarios de Ali, acuden á la ciudad santa de diversos distritos de la India y de la Arabia: sujetos exteriormente á la misma observancia, y pagando el mismo tributo que los verdaderos creyentes, disfrutan tambien todos sus privilegios.

En Oriente, y principalmente en la Meca, el comercio combina sus movimientos con la marcha de las piadosas carabanas y la periódica renovacion de las solemnidades relijiosas. Los peregrinos mas devotos no se desdeñan de cubrir los gastos de su viaje con el auxilio de las especulaciones mercantiles. Así es que, durante la permanencia de las carabanas, la ciudad santa no es mas que un vasto bazar, en donde se ven espuestas todas las mercaderías de todos los paises, aun de los mas lejanos, los mantos encarnados y las telas de Berberia, las ricas alfombras y los chales de Angora, del Asia menor, las sederías de

Persia, los algodones, los azúcares y las especias del Indostan, y en fin una infinidad de productos de todos los paises. Apenas la multitud que cubria la cumbre tres veces santa del Arafat entra por las puertas de la Meca, sus calles se ven cubiertas de paradas, y entónces principia la feria.

Ciertas circunstancias particulares han dado á los habitantes de la Meca un carácter distinto del de los otros Orientales. Formaban en otro tiempo una de las ramas de la gran tribu beduina, conocida por el nombre de Koreitas; pero han ido admitiendo sucesivamente en su seno musulmanes de todas las partes del Islam.

El pundonor relijioso, el interés, los usos, han naturalizado entre ellos á muchos peregrinos, que renovando por grados la poblacion, han conservado sus primitivas costumbres. Los vecinos de la Meca por otra parte jamás han sentido la degradante esclavitud del yugo impuesto por la cuchilla á las demás comarcas musulmanas. Los cherifes y los jefes militares solo gobiernan con la persuasion, y tratan con la misma blandura al rico que al pobre. Así es que los habitantes, lejos de presentar el ruin servilismo de los pueblos reducidos á la esclavitud, se distinguen con el triple orgullo de familia, libertad y relijion. Envanecidos de haber nacido en la ciudad santa, de ser los compatriotas del profeta, de haber conservado, á lo menos en parte, sus usos y costumbres, de hablar su idioma en toda su pureza, de gozar en esperanza de los favores reservados, en un mundo nuevo, á los fieles mas arrimados á la Kaaba, y de ser mas libres que sus huéspedes, se creen superiores á todas las naciones musulmanas, y las acojen con una benevolencia que tiene visos de proteccion. Pero su vanidad no tiene nada de aquella solemne gravedad que caracteriza en jeneral á los Osmanlis; muy al contrario, son muy joviales, siempre dispuestos á chanzas ó á una placentera alusion, y con la risa en los labios. Las comodidades que les proporcionan la facilidad del comercio y el ejercicio periódico de funciones relijiosas lucrativas y cómodas les convierten en epicureos. Añaden á su jovialidad una especie de despejo y una fina cortesía que proviene de sus muchas relaciones con una multitud de naciones, y que da un atractivo particular á su trato. Estos son los verdaderos hidalgos que tienen modales mas finos que la mayor parte de los grandes de Turquía, quienes, realzados á menudo por los caprichosos favores de un déspota á los primeros puestos de la escala social, descubren con sus toscos modales lo ruin de su origen, y pasan en la Meca por unos charros, en términos que los mismos niños en sus juegos les echan en cara como un insulto los epitetos de *Turkey* (Turcos) y *Schamy* (Sirios).

El fondo del carácter de los habitantes de la Meca no corresponde á su brillante exterior. Cumplen con indiferencia sus ritos sagrados con grave escándalo de los extranjeros, que acuden allí de todas las partes

del mundo antiguo para asistir con todo el fervor de su celo á aquellas piadosas ceremonias. Se ha observado que por lo regular una larga permanencia en las ciudades santas es poco favorable á los progresos de la piedad, y que muchos de los peregrinos convocados en sus muros, con la esperanza de fortalecer su fe, han perdido allí la poca que tenían. La abstinencia delicores fuertes, tan rigurosamente prescrita por el profeta, es uno de los preceptos que menos se han observado. Los Africanos llevan allí su *bouza*, los Hindos su *raki*, y, con el frívolo pretexto de que el vino no entra en la composicion de estas bebidas, se venden hasta en las mismas puertas de Beitullah. La Meca por otra parte ofrece á los peregrinos un buen surtido de mujeres públicas y bailarinas, con despacho del gobernador, quien saca una buena contribucion por la proteccion que les asegura. Particularmente en el ramadan acuden de todas partes á aquella cosecha que se les ha asegurado, y forman la porcion mas brillante de la caravana ejipcia. Hasta tienen un lugar señalado en las procesiones al monte Arafat, en donde no malogran el tiempo, atendido el recargo de tributo que les cuesta aquella excursion.

Los moradores de la Meca no escrupulizan en desollar á los peregrinos, que consideran como una presa lejitima; pero tambien espenden garbosamente sus rentas. Su comida es suntuosa y delicada, y se admira en sus salones la riqueza de sus alfombras y de sus divanes. Las mujeres, sujetas á una reclusion mas severa que en ninguna otra ciudad del Asia, no constituyen por cierto el adorno de aquellas fiestas; pero convidan de cuando en cuando á sus amigas, y el lujo mas esmerado preside á aquellas reuniones.

Con mas economía, los habitantes de la Meca serian muy ricos, pues que, prescindiendo de las operaciones mercantiles, imponen de mil maneras contribuciones á los musulmanes. El Sultan y los grandes del imperio constituyen á favor de la ciudad *surras*, ó rentas, que el cherife distribuye á su antojo; una turba de muftís, de imanes, de katibes, de muezines y otros agentes de toda clase unidos al culto, reciben, á mas de su paga ordinaria, presentes á veces magníficos de los peregrinos ricos. Ningun casero, por mas cómoda y vasta que sea su habitacion, se reserva para sí, en la *estacion sagrada*, mas que un pequeño rincon oscuro, y alquila lo restante á un precio extraordinario, pues que con lo que gana aquellos dias tiene de sobras para su manutencion de todo el año. Se cuentan unos ochocientos habitantes que no tienen otro oficio que el de servir de guías á los peregrinos; y como están alojados bajo el mismo techo que ellos, sentados á su misma mesa, y tratados con distincion, no es posible equivocarlos con sus criados. Algunos de ellos tambien especulan con un arbitrio muy singular, que es el de constituirse maridos de las peregrinas, á quienes está vedado el penetrar en aquellos lugares santos sin ir acompañadas de sus esposos. El contrato está firmado con la

condicion rigurosa de divorciarse luego de su regreso á Jedda, ó á los límites de la tierra sagrada. La infraccion de esta ley es, segun dicen, muy rara, porque perderia la reputacion del guia que la cometiese.

La Meca ha visto apagarse su reputacion científica. Sus escuelas y colejos se han trasformado en fondas, y las antiguas bibliotecas de sus mezquitas ya no existen. Los extranjeros, atraídos por el deseo de completar su instruccion religiosa, con dificultad encuentran profesores medianos. Los habitantes de la Meca tambien se ven precisados á ir al Cairo ú á Damasco á completar su educacion. En aquella grande mezquita no hay mas que una escuela de leer, frecuentada por un corto número de niños. Las lecciones que se dan sobre otras materias no tienen ningun objeto de utilidad. En vano procuran los peregrinos proporcionarse libros preciosos; se cree que Ibn-Saud, jefe de los Wechabitas, robó muchos; era un bibliomano que empleaba en Damasco agentes secretos para completar sus colecciones. Sea el que fuere el motivo, los libros son muy raros en la Meca, y si alguno se encuentra, cuesta el doble mas caro que en el Cairo.

De la Meca á Medina el camino es un desierto cortado por fértiles valles. Entre aquellas oasis, las de Djideida y de Szaffra sacan grandes ventajas del paso de las carabanas.

Es difícil explicar porqué Medina no ocupa mas que el segundo órden entre las ciudades sagradas, cuando encierra los objetos que parecen mas dignos de la veneracion musulmana; la tumba de Mahoma, las de sus dos grandes sucesores Omar y Abubeker, de su hija Fatima, de su hijo Ibrahim y de Otman, que reunió en un catecismo los versículos esparcidos del alcoran. Aun se ve allí la ventana por donde el ángel Gabriel desempeñó junto al profeta su celestial mision, y el lugar en donde ocurrieron los actos mas memorables de su vida. En la Meca, al contrario, los objetos sagrados ya existian mucho tiempo antes de Mahoma, espuestos á la veneracion pública por las tradiciones groseras que hacen remontar su orígen hasta Adan y á sus patriarcas (1). Sin embargo, el viaje á la Meca es bastante para constituir el perfecto *hadj*, mientras que el de Medina no es mas que un acto de piadosa curiosidad ó de exaltacion mística, que las carabanas grandes no cumplen jamás, y que no atraen un tercio de los creyentes reunidos todos los años en torno de la Kaaba. Medina es la Meca en miniatura; se exigen igualmente cantidades á los peregrinos, pero el pueblo ni es tan alegre ni tan disoluto, y si gasta mas en su traje, busca ahorros en la economía doméstica. La ciudad, sólidamente cons-

(1) La diferencia entre la Meca y Medina se explica fácilmente con aquella máxima del alcoran *Dios es grande y Mahoma es su profeta*. La primera posee en la Kaaba la imagen viviente de Dios; la segunda no encierra mas que la casa del profeta, su sepulcro y el de su familia. *Nota del Traductor.*

fruida de piedra de color pardo oscuro, tiene un aire imponente de antigüedad, y numerosas corrientes fertilizan sus alrededores.

El monumento principal de Medina es la gran mezquita conocida con el nombre de *El-Haram*, ó mezquita del profeta, cuyo sepulcro encierra. La fábula del atahud *suspendido en el aire* es de invencion europea, y de que los musulmanes no tienen conocimiento alguno. Sobre la losa del sepulcro depositan sus ofrendas, que consisten ordinariamente en monedas de que los sacerdotes sacan su provecho. La urna es de poco valor. Su tesoro mas precioso consistia en una estrella de diamantes. Ibn-Saud, á pesar de su celo fanático contra el islamismo, escrupulizaba en apropiársela toda, bien que su valor no escedia de treinta mil piastras, suma necesaria para la manutencion de sus tropas.

De Medina pasó Burckhard al puerto de Yambo, cuyo comercio, limitado al abasto de aquella ciudad, es mucho menos importante que el de Jeddá; su poblacion, que pertenece á la tribu de los Djeheynes, es mas bárbara, pero tiene costumbres mas puras y una moral menos relajada que la de las ciudades santas. En aquella época la desolaba la peste, y nuestro viajero se aventuró á pronunciar este nombre; pero le interrumpieron para rogarle, por su interés, que en tierra santa no mentase jamás una p'aga que los celestiales decretos habian desterrado de allí para siempre. Esta razon no le satisfizo; en primer lugar, porque no tenia de musulman mas que el traje, y luego porque, en una poblacion de 5 ó 6,000 almas, veia perecer diariamente de cuarenta á cincuenta personas. Por lo demás, aquella creencia se explica con la salubridad del clima de la Arabia, cuya atmósfera pura y seca la habia preservado por mucho tiempo de aquel azote, y solo recientemente la han llevado las

continuas comunicaciones con el Egipto. Despues de la partida de Burckhard, hizo terribles progresos en la Meca y Medina. Los musulmanes no se esponen á su furor con tanta imprudencia como se cree; pero están firmemente convencidos de que en el mismo instante en que el ánjel de la muerte ha tendido su arco, es imposible que escape de sus invisibles flechas ninguna de las víctimas que de antemano ha señalado.

Nuestro viajero se embarcó en Yambo, con la fiebre, cuyos primeros ataques habia sufrido en Jeddá, y que le habian repetido en Medina. Tomó tierra en la ciudad de Etor, donde vejetan algunas familias griegas que viven de lo que ganan abasteciendo los buques que allí se detienen para hacer aguada. La llanura de arena que la rodea, infestada de mosquitos, era poco favorable á su convalecencia. Pero algunos dias que pasó en la linda ciudad de El-Wady, situada en un ribazo vecino coronado de jardines y palmeras, bastaron para restablecer su salud. Alquiló algunos camellos á los Beduinos, y fué á incorporarse con la escolta que acompañaba al Cairo á la mujer del bajá de Egipto, donde entró con ella.

Al terminar su relacion, Burckhard se considera completamente restablecido, y forma para el porvenir los mas grandiosos proyectos. ¡Fatal ilusion! Su constitucion habia sufrido irreparables ataques. Luego despues sucumbió á un achaque violento de disenteria, que le arrebató á una carrera en la que hubiéra prestado los mas eminentes servicios á la causa de la civilizacion africana.

Se anuncia otra segunda relacion de este célebre viajero, no menos interesante que la que acabamos de ofrecer en resumen, y que tiene por objeto dar á conocer los Wechabitas y los Beduinos, pueblos llamados á representar el papel mas importante en los nuevos liados de Oriente.

CARDONA.

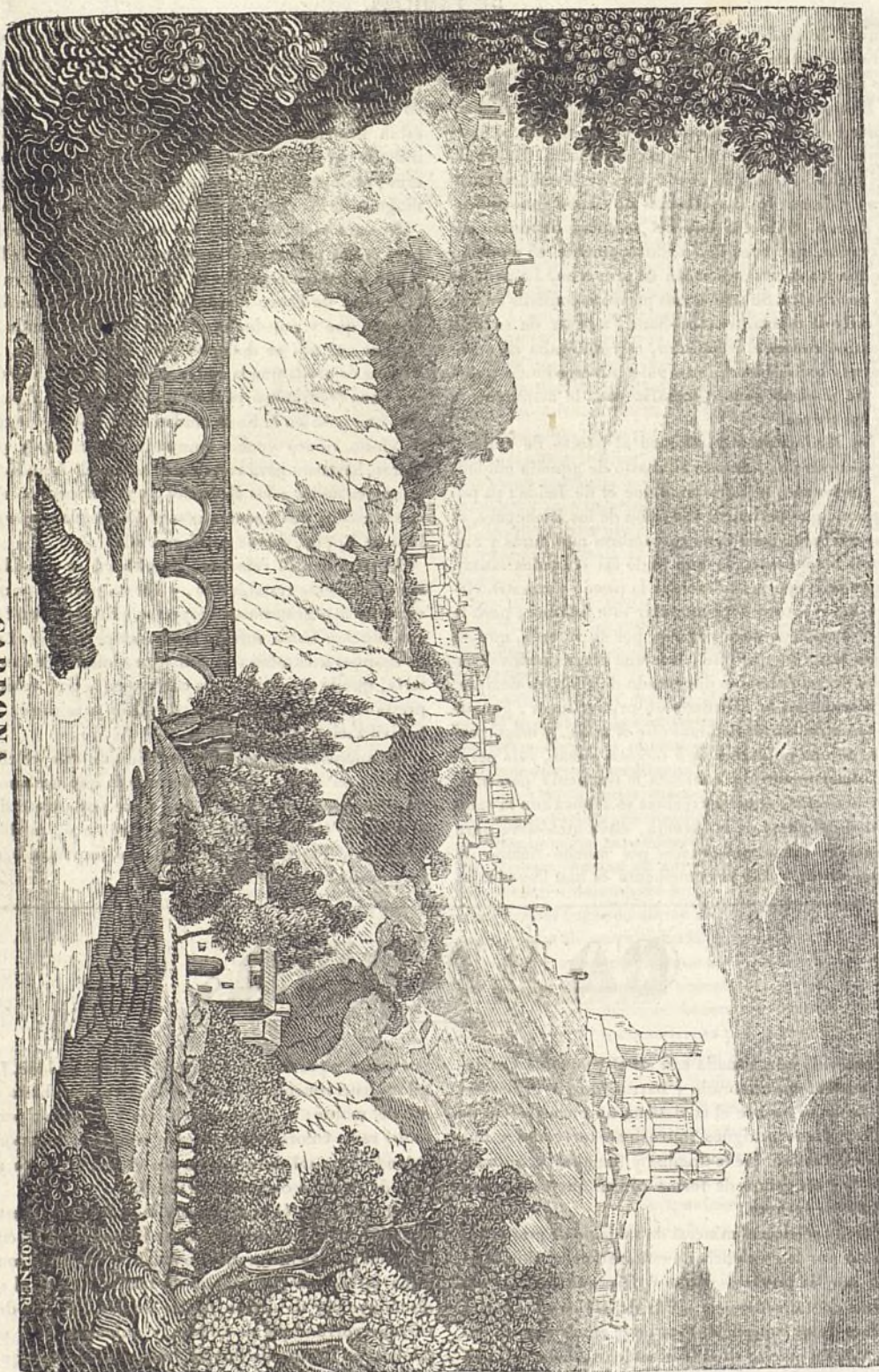
ESTA villa está situada casi en el centro de Cataluña, en terreno quebrado y barrancoso, á orillas del rio Cardener, sobre el cual tiene un buen puente de piedra. Tiene antiguos muros con torreones y una fortaleza famosa que la domina y flanquea, construida sobre un peñon de forma cónica que se alza por la parte de levante.

Es muy célebre el mineral de sal jema de esta villa, no solo por la escelencia de esta sustancia, sino tambien por las preciosas vistas ó iris que forman sus laderas cristalizadas á la salida del sol con los varios matices de su superficie. Esta mole enorme es un peñasco de sal macizo situado al sudoeste de la villa; su elevacion es de 400 á 500 piés, y tiene como una legua de circunferencia. Ignórase su profundidad, y

por tanto no se sabe qué materia le sirve de base. La sal es jeneralmente blanca desde la cumbre hasta el pié del monte; la hay tambien roja y azulada; pero todos estos colores desaparecen con la trituracion, dejando una sal muy blanca sin el menor gusto ni olor de tierra ú otra materia estraña.

Esta montaña es homogénea y la única que de esta clase se conoce en Europa. La haz estensa que presentan estas salinas no ha sufrido menoscabo con la continua estraccion por espacio de tantos siglos, ni se disminuye por la accion de las lluvias. El agua del rio que corre al pié es salada, y aumentándose su salobrez en tiempo de lluvias, mueren los peces que en él se crían en una estension de tres leguas.

CARDONA.





EL TASO.

TORCUATO TASO, el poeta mas esclarecido de la Italia moderna, nació en Sorrento, el 11 de marzo de 1544. Hallábase aun en la edad en que todo está mimando la fantasía de un niño, cuando tuvo que separarse del regazo de su familia para acompañar á su padre en el destierro. Puesto al cargo de un ayo consumado, aprendió en Roma las lenguas sabias y espicó los autores clásicos; á los doce años escasos, era el asombro de todos por la variedad y trascendencia de sus conocimientos. Bernardo Taso, que se ladeaba con los mayores poetas contemporaneos, participó de las amarguras del príncipe de Salerno, cuyo bando habia seguido. Comprendido en el decreto de proscripción que le privaba de su patria y de sus bienes, no pensó mas que en la educacion de su hijo, á quien hubiera querido enseñar habilidades mas provechosas que las de un poeta. Envióle á estudiar jurisprudencia á la Universidad de Padua, donde puesto el jóven Taso bajo la direccion de un famoso jurisconsulto, se vinculó todo en la composicion de un poema. El éxito prodijioso de *Rolando* habia introducido la afición á los asuntos de caballería; y la Italia saeudia el yugo de las tradiciones históricas por engolfarse en las ficciones y en las novelas. El reinado de Carlomagno que, semejante á un metéoro luminoso, habia estallado en medio de las tinieblas de la edad media, ofrecia una fuente inagotable á los varios remedadores del Ariosto, á quien se lisonjeaban de igualar, agolpando sueños y mas sueños y sobrepujando mas

y mas en desvarios. Arrebatado el Taso tras la propension del siglo, ideó cantar los hechos heroicos de un paladin; y en menos de un año, en medio del estudio de las leyes y de las distracciones inevitables de la mocedad, redondeó el *Reinaldo*, que por sus gallardas pinceladas y el señorío del lenguaje, se encumbra á la entonacion de la epopeya. Mas metódico en el plan y con menos cortaduras en el hilo de la relacion, cabe, sin temor de estravío, engolfarse con él en el laberinto que se ha labrado, y cuyas revueltas se van siguiendo sin dificultad. Este parto de estudiante se conceptuó como una obra maestra, y volando por la Italia, causó jeneral entusiasmo. El Taso únicamente se mostró desabrido, y en medio de aquel hervidero de aplausos, ideó el plan del poema que debia inmortalizarle, cuyo asunto escogió en las Cruzadas, acontecimiento grandioso cual ninguno en la historia moderna. Aquella empresa devota, predicada por un ermitaño, aprobada por dos concilios y sostenida por el ahinco de los príncipes mas poderosos; aquel gran ímpetu social que entabló una nueva era para los pueblos del Occidente, y cuyos resultados pueden ser todavía problemáticos para el concepto del historiador filósofo, pero que estaba brindando con ámbitos anchurosos para los vuelos de una fantasía poética, fué el asunto escogido por el Taso. Nunca las circunstancias habian sido mas propicias al raudal de tan esclarecidos recuerdos. Las conquistas de Soliman y las crueldades de Selim habian enardecido el fervor y agravado

el susto de los cristianos. Faltan voces para elojiar al Taso por su eleccion, pero ¿cuántas dificultades se le atravesaron al plantear el desempeño de cuadro tan grandioso! No se trataba, como en la *Ilíada*, del desagravio de una familia, ni de la fundacion de un imperio, como en la *Eneida*: el poeta estaba presenciando la Europa armada lanzándose sobre el Asia para desasir de las garras de los infieles el sepulcro del Salvador del mundo; y este poeta era un jóven de veinte años, sin mas arrimo que su númen, ni mas noticias que las escasas memorias de algunos malos cronistas. Al estar allá el Taso cavilando sobre los requisitos fundamentales de la poesía heroica, vino á palpar la falsedad de los principios seguidos entónces en las escuelas, y tuvo el denuedo de batallar casi solo contra el predominio de los partidarios del Ariosto, cuyo poema conceptuaba como peregrino por su brillantez, pero desacertado en su planta. Dedicóse principalmente á probar la precisión de la unidad en el conjunto, considerada como por demás por los que estaban oponiendo la nombradía del *Rolando*, cada día en aumento, al olvido á que tenían sentenciada la *Italia libertada*, que habia compuesto el Trisino con arreglo á la norma griega. Mientras que se dedicaba el Taso á examinar los principios constitutivos de la epopeya, la voz de un poderoso protector le proporcionó el arrimo de los duques de Ferrara, que estaban franqueando un alcázar grandioso á las letras y á las artes. Reinaba á la sazón una competencia esclarescida entre los príncipes italianos, cuya ambicion se pagaba de lograr un conjunto de sabios para camppear con los destellos de su gloria. Los papas, los reyes de Nápoles, los duques de Toscana, de Mantua, de Urbino, de Saboya, se disputaban el acompañamiento de sublimes ingenios con mas alhino que algunos hubieran puesto en perseguirlos. Los castillos se transformaron en academias, donde los literatos mas sobresalientes de su tiempo defendian conclusiones de galanteo, como se estiló por algunos siglos en las antiguas *Cortes de Amor*. Las beldades mas célebres por su atractivo y por su instruccion solian estar presidiendo aquellas competencias, y sus primores daban sumo realce á los blasones del triunfador. Los festejos, saraos, cabalgadas, espectáculos y cuantos recreos frívolos trocaban aquellas mansiones en alcázares deliciosos y encantadores, acarrearón en breve tiempo una revolucion en las costumbres; y el pueblo gallardo y batallador desapareció ante una jeneracion de palaciegos. La mengua de los hombres se disfrazaba con los rendimientos tributados á los autores, y la afrentosa esclavitud se encubria con la enramada de laureles que ceñian las sienes del poeta. La llegada del Taso á Ferrara (31 de octubre de 1565) antecedió pocos dias á los agasajos con que se recibió á la archiduquesa Barba, novia del duque reinante, y se solemnizaron estos desposorios con esclarecido boato. El estado bonancible que estaba á la sazón disfrutando toda la Italia, y la magnificencia jenial de la casa

de Este, habian traido á las orillas del Po inmenso jentío. Los príncipes, cardenales y embajadores fueron acudiendo con crecidísimo acompañamiento, y ostentando un lujo que hubiera parecido escetivo hasta en la corte de un gran monarca. Al siguiente día de la entrada de la nueva duquesa en Ferrara, empezaron los regocijos públicos. Cien caballeros, á cual mas ricamente engalanados, justaron en un anfiteatro inmenso, levantado en el recinto principal del castillo. Los bailes, conciertos, banquetes se estuvieron redoblando por larga temporada, y duraran muchísimo mas, si la noticia del fallecimiento de Pio IV, participada al salir de una corrida, no viniera á interrumpir tan espléndidas ceremonias. Asistió á ellas el Taso en traje de gentil-hombre, pero con la imaginacion de un poeta. Rebosando su númen de ímpetus sublimes, no estuvo viendo en aquellos meros simulacros de guerra mas que las refriegas trabadas por los Cruzados en las puertas de Jerusalem. Bajo el armamento de los palaciegos de Alfonso, creyó divisar los rasgos guerreros de los compañeros de Godofredo. Buscaba sobre todo á aquel magnánimo caudillo, cuyo pecho, ajeno de pasiones vulgares, tan solo se desalaba tras la escelsa esperanza de enarbolar la bandera de la Cruz sobre los muros de Sion: iba tambien ideando las estampas heroicas de Bauduino, Raimundo, Tancredo, y de aquel infatigable Reynaldo cuyo *brazo airado se hacia mas formidable que toda máquina aterradora*. Al paso que el poeta iba adelantando en su tarea, leia trozos á las hermanas del duque, quienes le estaban escuchando con afan sediento. No fué insensible el Taso á los votos de ambas princezas, y su pecho bisoño exhaló anhelos impracticables, encubriéndolos empero con estremada cordura, pues tan arrojado en idearlos, cuanto apocado para asomarlos á sus labios, el cantor de Reinaldo ocultaba á todos los ojos aquella hoguera que le estaba abrasando: *esperaba poco, deseaba mucho, y no pedia nada* (1). Padeció el Taso otros quebrantos sobre tantisimos como su pasion le acarrearba. El fallecimiento de su idolatrado padre (4 de setiembre de 1569), que era su mejor maestro, lo abatió y engolfó en un piélago de amarguísimo desconsuelo. No le cabia mas desahogo que el de atarearse con su poema, que le iba algun tanto vivificando en medio de su agonía. Logró tambien la proporcion de un viaje á Francia para dar vuelo por otro rumbo á sus pensamientos. La vispera de su partida de Ferrara, se afanó en tomar disposiciones, como si nunca hubiese de volver. Despues de haber pensado publicar sus *poesías amorosas*, cuatro *Discursos sobre el poema heroico*, y el principio de su *Godofredo*, dictó una inscripcion latina para honrar la memoria de su padre á quien dedicaba el producto de su equipaje y de algunas piezas de tapicería empeñadas en casa de un judío. «Si algunos obstáculos

(1) *Bramma assai, poco spera, e nulla chiede*. Jerusalem-santo II.

imprevistos se opusiesen á la ejecucion de mis intentos, escribia, que se recurra á Doña Leonor, quien no negará su amparo, *por amor de mí.*» A su llegada á Paris (enero 1571), el cardenal de Este, cuya comitiva vino á aumentar, le presentó al rey, quien le hizo una acogida muy lisonjera. Reinaba entónces Carlos IX; todavía no habia llegado á ensangrentar su reinado; pero los partidos se hallaban cara á cara, y en medio de una bonanza fermentada, estaba ya sonando el ronquido del huracan. El casamiento del jóven príncipe con una de las hijas del emperador Maximiliano habia llamado á la capital á los caudillos del partido calvinista que descansaban en la fe de los tratados. A pesar de los quebrantos padecidos por los protestantes en las jornadas de Jarnac y Moncortour, acababan de lograr nuevas franquicias en las conferencias de San Jermain; tanta jenerosidad de parte de una mujer ambiciosa que gobernaba la Francia (Catalina de Médicis), lejos de infundirle desconfianza, habia esperanzado á Coligny de empuñar el timon de los negocios. El rey los tenia á todos engañados, aparentando embargarse únicamente con la caza y los recreos; aspiraba tambien á la nombradía de poeta, y sus versos, fuerza es confesarlo, valian algo mas que los de tanto inmundo versista como á la sazón estaba hirviendo por Francia, blasonando de formar una *pleyada*. Ronsard, el primero á quien se saludaba con el dictado de lejislador del Parnaso, se avistó varias veces con el Taso, quien le juzgó mas bien por su concepto que por sus obras, y cometió la injusticia de sobreponer el autor de la *Franciada* á Anibal Caro; mas la posteridad no revalidó semejante fallo, y nadie ignora cuánto hay que cercenar de los elojios altisonantes que tributaron los contemporáneos á

Aquel poeta finchado

De tan alto derrocado.

Para enterarse de lo que mas embargó la atencion del Taso, léase la carta en donde parangona la Francia con la Italia. Algunos trozos saltados de sus reparos remitidos á un hidalgo de Ferrara rasgúan desde luego un cuadro de las costumbres antiguas y de la agudeza observadora del autor. «Varia, dice, el natural de los hombres al paso del clima. Endebles, despejados y pusilánimes por el mediodía, son corpulentos y belicosos por el norte, y solo bajo la mediana latitud asoma jeneralmente aquel equilibrio acertado de pujanza y de cordura que constituye las prendas mas fundamentales.» ¿Acaso iria Montesquieu á sacar de un poeta una de las teorías mas arrojadas de su *Espíritu de las Leyes*? «La inconstancia de las estaciones, sigue el Taso, será tal vez la causa de la insubsistencia jeneral de los Franceses; achaque en verdad que tan solo les tacho por el testimonio de la historia. Lo que sí he advertido es que sus mujeres se aventajan á las italianas en el rosicler de la tez y la finura de sus facciones. No gallardean los hombres

como en tiempo de César, pero por lo mas están bien formados, escepto los nobles, que suelen tener las piernecillas muy cenceñas respecto á sus corporulencias, lo que pudiera provenir de su hábito continuo de pasear á caballo. Sus campiñas son mas apreciáveis que las poblaciones, por lo jeneral de ruin caserio: las casas, por lo mas de madera, no manifiestan el menor asomo de arquitectura: tras una escalerilla de caracol, buena tan solo para causar mareos, se va á parar á unas viviendas lóbregas y mal repartidas. Las iglesias son en verdad asombrosas, y su número, buque y magnificencia están demostrando la religiosidad antigua de la nacion. Desmerecen tambien por su arquitectura, pues los artífices atendian mas á la solidez que á la elegancia; bárbara es desde luego su planta, sin el realce de algun objeto artístico que halague la vista, escepto las vidrieras, muy reparables por el primor de sus dibujos y lo subido de sus matices. Se esmeran por esta parte los Franceses en condecorar la casa del Señor, como los Italianos en esmaltar el vaso de un bebedor.» Lo que mas disonó al Taso fué el estar viendo por algunas provincias á los plebeyos ordeñar las vacas para alimentar á sus niños: «mas valdria, dice, criarlos como á Aquiles con los tuétanos de un leon, pues en edad tan tierna, influye infinito el alimento para lo fisico y lo moral, y es el buey tan cobarde y avasallado cuanto el leon valeroso é independiente. Puesto que se despidé á toda nodriza achacosa ó relajada, debieran echar de ver el desacierto de acudir á los irracionales para criar hombres.» Zahiere á los nobles aposentados en sus haciendas en medio de sus criadas y avezándose á modales altaneros é imperiosos: tambien les vitupera su desvío de las letras, y en particular de las ciencias, arrinconándolas en la infima esfera; y á este mismo despego atribuye el ningun realce que les merecia la cualidad de sabio y la decadencia de los estudios filosóficos. Todo lo calaba la vista perspicaz del Taso, y luego echó de ver los lazos que se estaban tendiendo á los protestantes. No propendia de suyo á la tolerancia, pues allá nuestros padres se desentendian de semejante obligacion; pero cuanto mas acataba la pureza de la fe, mas le volcaban los medios de que se echaba mano para encumbrarla. Hablando con desahogo sobre los desaciertos de la corte, trató de inclinar al rey á la clemencia. Se dejó Carlos IX doblegar, y el Taso disfrutó la dicha de salvar la vida á un poeta cuya sentencia parecia irrevocable. Aquella privanza con el monarca destempló á los palaciegos; encelóse tambien el cardenal de esto, y se retrajo de todo miramiento para con su ahijado. El Taso, desazonado con las ínfulas de su Mecenas, obtuvo permiso para regresar á Italia, y no le pesó el alejarse de un país donde, en medio de su entrada en palacio y de su arribo á un príncipe de la iglesia, tuvo que pedir un escudo prestado. Trasmontó los Alpes á fines de 1571, y algunos meses despues presenciara el horroroso trance de

la San Bartolomé, y ¿á quién cabe decir si, al ver aquel cúmulo de atrocidades, no se retrajera de vitorear una religión donde tanta víctima se estaba sacrificando? Estuvo en Roma, y luego pasó á Ferrara, donde los agasajos del duque y su familia le desagraviaron de las estranezas impropias del cardenal. Solía conversar con ellos acerca de su poema, que había emprendido con nuevo aliento, y en el cual iba embebiendo discretamente las alabanzas de sus patronos. «Dilatada posteridad está siguiendo las huellas de Reinaldo... Doblegar la soberbia, aliviar la desventura, amparar la inocencia y escarmentar la maldad, este será su ejercicio. Así el águila de la alcurnia de Este encumbró su vuelo denodado sobre la carrera del mismo sol (canto X).» Apeábase á ratos el Taso de tanta elevación para componer poesías que merecerían mas aplauso, si fuesen mas corrientes. No sucede así con la *Aminta* (1), que está formando época separada en los anales de la literatura italiana. No porque haya sido el inventor del drama pastoril, como suponen cuantos ignoran que Becari, Lollo y otros habían ensayado mucho tiempo antes el trasladar al teatro los pastores, antes bien presenciando la representación del *desventurado* de Argenti, fué cuando el Taso ideó la *Aminta*; mas á aquel género nuevo de espectáculo, al pasar por sus manos, le cupo un grado de perfección desconocido hasta entónces, encumbrando á tal punto su dechado, que no es ya dable el remedo. Se ejecutó el drama á presencia de la corte de Ferrara por la primavera de 1573, y aquel parto primoroso desolos dos meses de tarea se celebró como una obra maestra de finísima elegancia, pues el conjunto es atinado, el diálogo muy propio, y obvio el desenlace. Cuanto sobresale el estilo de la Jerusalén por su entonación y sublimidad, tanto mas agraciada es el de la *Aminta*: y en el parangón de ambos cuadros, se viene á dudar de que sea uno mismo el pincel que los ha rasgueado. El Taso, que aparece personalmente bajo el nombre de *Tirsis*, se esplaya recordando memorias pasadas. «Al asomar á estos sitios venturosos... (Ferrara), estuve mirando en torno diosas, ninfas peregrinas, objetos embelesantes sin velos ni celajes. Así raya la aurora por el alcázar de los inmortales, al ir derramando oro y plata por el rocío y los destellos de la madrugada. Arrebatóme su vista allá sobre otra esfera; una deidad desconocida embargó mis potencias; y robusteció mi alma con pujanza nueva. Orlé los conciertos humildes de la musa pastoril para entonar tan sólo héroes y peleas... Los sonidos de mi caramillo, estallando mas y mas, compiten ahora con el raudal de los clarines y estremecen las selvas (acto 1.º esc. 2.º)» En los coros es donde sobresale el Taso con el hervidero de una fantasía abrasada y de un pecho

enamorado. La poesía italiana, tan rebotante en rasgos líricos, quizás nada tiene comparable al coro que entona allá un cuadro vivísimo de los deleites de la edad de oro. «Amémonos, esclaman á una zagales y zagales; no dan tregua los años á la vida humana: corre, vuela, desaparece. Amémonos; el sol fallece y renace, pero luego cerraremos los ojos, y se nubla la luz para yacer allá en sempiterno sueño (acto 1.º).» Suma fué la aceptación de la *Aminta*, y antes de salir á luz, se estuvo ya representando por varios pueblos de Italia; y la duquesa de Urbino, que no había presenciado las funciones de Ferrara, pidió al duque Alfonso que le enviase el autor y su obra. Tibio se mostraba el Taso en medio de tanto triunfo, pues estaba pendiente de otro objeto mas encumbrado, y era desbancar al Ariosto y descollar en la epopeya. Ni su viaje á Pésaro, ni los festejos dedicados á Henrique III en Venecia y en Ferrara, le retrajeron jamás del blanco de sus afanes. Atareándose mas y mas, logró participar, al principio de 1575, que estaba concluida la *Jerusalén*. Envió una copia á Roma, rogando á Escipión Gonzaga que no le escasease sus advertencias, y aquel prelado juntó consigo al Barjeo, Esperon Esperoni, de Nobili y Antoniano, y con el dictamen de estos sabios, pasó á tan arduo escrutinio. Tachaba Esperoni al poema de ausencia de unidad, conceptuando muy ajenas del asunto las hechicerías, y deshonesto el retrato de Armida. Requería el Antoniano el cercen de los pasos en demasía afectuosos, y vituperaba ante todo el episodio de Sofronia, mirándolo como un parche inservible; pero el Taso, que se había retratado bajo el disfraz de Olindo, no se avino al sacrificio impuesto por los censores, y lo escuchó con el ejemplo de Niso y Eurialo, de Camila, de Dido y de las exequias de Anquises. Pudiera añadir que paso tan lloroso entre dos amantes al subir al cadalso retrata con muchísimo tino y muy al vivo el desconcierto que estaba reinando en Jerusalén, la índole recelosa y desaforada de Aladino, y las entrañas hidalgas y magnánimas de Clorinda destinada á desempeñar tan grandioso papel en todo el poema. Escribió el Taso una carta larguísima á Antoniano para desmenuzarle lo arduo que se hacía el desencajar ya del poema los amores de Reynaldo y de Tancredo, los encantos de Armida y de Ismeno, sin volcarlo de extremo á extremo. «En cuanto á los portentos, le decía, los mas se han sacado de la historia, que va refiriendo muy por menor la aparición de ángeles, las máquinas encantadas y las tormentas movidas por el mismo Satanás; pues el historiador mas circunspecto de las cruzadas, Guillelmo de Tiro, nos cuenta que en el trance del asalto fenecieron varias hechiceras en la brecha.» Mas al paso que rechazaba críticas tan descompasadas, se avenia el poeta dócilmente á los reparos que conceptuaba fundados en razón y atinado gusto; mas aquel esmero mecánico y ciertas desazones padecidas en la corte de Ferrara le caldearon la sangre y desencajaron sus pensamientos, tenien-

(1) Se tradujo ya por entónces en castellano por el famoso Jáuregui, poeta y pintor de nota, y retratista de Cervantes, como lo afirma este mismo en el prólogo de sus novelas.

dose por ito de amaños de palaciegos, de pandillas de enemigos y de la ira de su amo. Cavilando á ratos sobre los varios sistemas de filosofía, le habian sobrevenido allá ciertas dudas acerca del misterio de la Encarnacion, del orijen del mundo y de la inmortalidad del alma. Su conciencia se alborota, corre á Bolonia y llora amargamente su yerro á las plantas del inquisidor mayor, todo trémulo por su salvacion, por su nombradía y por su vida. No le desasustan ni esplayan los desengaños de Alfonso y sus hermanas. Allí se dispara de estravío en estravío; arrebátase azorosamente y empuña el acero contra un sirviente de la duquesa de Urbino á su misma presencia (17 de junio de 1577). Desahuciado de toda racionalidad, hubo que encerrarlo; pero fué muy de paso, pues á los dos días llamó el duque al Taso, y le habló mas bien como amigo que como superior, llevándosele además á una quinta llamada el *Belriguardo*. Sobresaltado con mas y mas zozobras, el desventurado poeta, vuelto á Ferrara, se metió para pocos dias en el convento de San Francisco. Temeroso del encono de Alfonso y defraudado del arrimo de la duquesa de Urbino, se salió á hurtadillas de la ciudad (20 de julio de 1577), sin dinero, sin guía y casi aun sin ropa. Estravióse de intento para burlar todo alcance, fué sorteando las poblaciones y se enricó por las sierras, entregándose á la hospitalidad de unos pastores que le franquearon sus andrajos. Disfrazado de zagal, acudió á casa de su hermana con achaque de mensajero de Torcuato, y le estuvo haciendo una relacion lastimosa de los peligros que acosaban á su hermano. Estreméciese Cornelia y prorrumpe en ímpetus desesperados; llora el Taso y se da á conocer; espláyase por fin con la dicha de hallarse en el regazo de una familia que se desvive en sus agasajos; está viendo los sitios donde asomó al mundo, y no se atreve á presentárselos con el desconsuelo de renovar memorias pasadas. « ¡Ay de mí! ¿qué podrán decirme? » esclama en su quebranto; « desdichas dieron principio á mi vida. Siervo desde la niñez de las iras de una deidad implacable, desencajáronme desapiadadamente de mi madre. ¡Ay! me estoy acordando con suspiros de tantos besos como me daba y de tantas y amargas lágrimas como derramé á mi despedida. No eché en olvido sus anhelos ardientes, que allá los vientos arrebataron. ¡Ay! que ya no me había de estrechar mas en sus brazos, ni pegar su rostro con el mio. ¡Desventurado! Cual otro Ascanio ú otra Camila, fui siguiendo con pasos mal seguros á mi padre errante y proscrito; en el desamparo y el destierro, fui yo creciendo... » Despejóse sin embargo algun tanto la lobreguez de su melancolía con el influjo apacible del hermosísimo cielo de Nápoles. La soledad sin embargo halagaba poco á quien solo sabía de corte, y allá una diestra invisible le estaba reempujando hácia aquella Ferrara tan tormentosa para él, pero donde había dejado tan halagüeñas esperanzas. Restablecido apenas de los quebrantos del viaje, trata de nuevo

de aplacar las iras del duque; aviénase desde luego á cuantas condiciones se le impongan, allánase á las plegarias, ofrece sujetarse á todo, con tal que se le permita vivir junto á Alfonso. Deséchase su instancia, y el Taso, que debía consolarse con el silencio del duque, trata de ir personalmente á pedir su indulto. Ensordece á los cuerdos dictámenes de la parentela, que se empeña en retraerle de aquel paso desacordado; asoma otra vez en la corte de Ferrara, al año de haberla dejado. Le devuelven su destino, pero echa menos su privanza que antepone á todo, y que su situacion le hace tan imprescindible. « Quisieran sentenciarme, escribe al duque de Urbino, á una vida ociosa y apoltronada, y trasladarme, cual desertor del Parnaso, á los pensiles de Epicuro. » No acertando á doblegarse para con un papel tan indecoroso en su concepto, arroja de nuevo sus grillos y acude á refugiarse en la corte de Mantua. No se hace allí mas lugar que en la de Ferrara, llegando á tal extremo su desamparo, que tiene, para proporcionarse algun arbitrio, que enajenarse de un rubí peregrino que debía á Lucrecia de Este. Resérvale mas fina acogida el duque de Urbino, quien siempre se había conolido de su desventura. Aquella dignacion esplaya el ánimo del poeta y le reintegra su númer para aquella oda preciosa al *Metauro*. « Hijo endeble, pero esclarecido del Apenino, le dice, mas encumbrado aun por tu nombre que por tus cristales, vengo, viandante, vagaroso, en pos de sosiego y seguridad, por tus orillas. Así la encina empinada que estás fecundizando y que ostenta grandiosamente su ramaje, se digne abrigarme con su sombra hospedadora, y encubrirme á las miradas enemigas de la divinidad terrible que me está acosando. »

Mas luego volaron aquellos sueños venturosos, pues se creyó cercado de lazos y peligros, aun á la vista misma de su bienhechor. Vaga otra vez por el mundo, camina á la ventura, carece de albergue y de asilo, cuenta con el amparo del duque de Saboya á quien no conoce, y toma el rumbo de Turin, encubriendo á todos su partida. Le sobrecoje una tormenta junto á Vercellas, se guarece en casa de un hidalgo, cuyo agasajo paga hablando de su acogida en un diálogo famoso intitulado el *Padre de Familia*. Preséntase á la madrugada en las puertas de Turin con tan desastrada traza, que lo tienen por un vagamundo, y á no encontrarse con un literato que lo había conocido en Venecia, le negaban la entrada en la ciudad. Presentado al marqués Felipe de Este, se le recibió con los miramientos debidos á su númer y ante todo á sus desventuras. Se mostraba bien hallado, pero le estaba carcomiendo las entrañas el pesar de no ser palaciego de Ferrara... Aquella era la cuna de sus amores y de su nombradía. Noticioso de que el duque iba á contraer nuevo enlace, se abalanza á esta coyuntura para recobrar su privanza. Atropéllase por anticiparse á Margarita de Gonzaga, llega en el afán de los preparativos para el desposorio, y cuando em-

largados todos con aquel recibimiento, no estaban para contestar á sus preguntas y menos para corresponder á sus anhelos. Los palaciegos lo desvian y la servidumbre lo ultraja. Enconado con los dependientes, prorrumpe en dieterios contra el duque, su familia y los personajes principales de la corte, se apesadumbra por los años malogrados en servirles, se culpa de haberlos elojado tanto en sus versos, y para en apellidarlos cobardes é ingratos. Enterado el duque de aquellos arrebatos, en vez de conceptuarlos como impetus de un ánimo doliente, trata de acudir al escarmiento, y aquel mismo á quien la Italia estaba reverenciando como su ingenio mas esclarecido, queda afrentosamente encerrado en un hospital de locos (marzo de 1579).

Traspasado de muerte con aquel centellazo imprevisto, estuvo á pique de fenecer por aquel estremado infortunio; y acibaraban mas y mas su quebranto los bárbaros desafueros del encargado del establecimiento, quien, como amigo y alumno del Ariosto, venia á considerarse precisado á insultar á su competidor. Oigamos al mismo Taso relatando lastimosamente sus padecimientos. «¡Ay de mí! cuán digno de compasion vengo á ser! Habia ideado ya dos poemas épicos, cuyos asuntos eran tan grandiosos como interesantes; cuatro tragedias cuyos planes tenia ya estendidos, y varias obras en prosa sobre puntos trascendentales para el bienestar de los hombres. Era mi ánimo hermanar la elocuencia con la filosofía, y estaba esperanzado de poder al fin dejar una memoria sempiterna. Ahora ya acosado de tanta amarga desventura, he orillado todo pensamiento de gloria, y me daría por dichosísimo con apagar la sed que me está abrasando. ¡Cómo podría yo lisonjearme de verme allá reducido al estado mas humilde para vivir desahogadamente arrinconado! No recobraría la salud que se desvió de mí para siempre, mas podría pasar mis dias restantes sin congoja, con honor y resguardado de tropelías. Si los hombres me desamparaban, acudiría á las leyes de la naturaleza, iría con los irracionales á las orillas de las fuentes y los rios, á apagar la sed que me acaba por instantes. No temo los estremados padecimientos, pero estoy allá midiendo con pavor su duracion, y esto basta para imposibilitarme de escribir y de pensar. La aprension de un cautiverio interminable y la ira de los atropellamientos que estoy padeciendo no pueden menos de acibarar mi desconsuelo. La susedad de mi barba, de mis cabellos y de mi ropa me está haciendo asqueroso á mí mismo. La soledad, á que vivo sentenciado, es mi enemiga mas cruel y mas mortal... huía de ella aun en medio de mis dichas. (Carta á Escipion Gonzaga, tomo 10).» ¡Fatalísima estrella del hombre! el mayor poeta de Italia yacia en afrentoso cautiverio en Ferrara, al mismo tiempo que el Camoens estaba en otro hospital terminando sus dos carreras de gloria y de desamparo. Quedó el Taso por algun tiempo defraudado de cuanto podia dar algun desahogo á

su martirio. Solian quitarle papel y plumas para imposibilitarle el añadir algunas pájinas á sus partos inmortales. Queda todavía un soneto en que está suplicando á un gato que le preste el relumbro de sus ojos para suplir la luz que tenían la inhumanidad de negarle. El soneto es obra maestra de poesia, y no cabe mayor sublimidad chanceando. Sobrellevaba el desventurado preso con decoro sus redobladas vejaciones; pero un solo pensamiento le abrumaba, y era el haber desmerecido la privanza de Alfonso. Echó el resto de sus arbitrios para aplacarle, mas se quedaban sin contestacion sus instancias, sin que tampoco las acogiesen las princesas, á quienes habia esperanzado enternecer retratándoles con vivísimos estremos su situacion desatinada. Desamparado por sus amos, escribió al emperador Rodolfo, al cardenal Alberto de Austria y á Escipion Gonzaga, en busca siempre de arrimos contra su atropellador. Necesitaba sosiego para despejar sus pensamientos, y nunca su fantasía habia padecido tan tremendos vaivenes; estaba mas y mas cavilando con sus desventuras, con sus querencias y con sus obras, cuando se desplomó un cúmulo de quebrantos nuevos sobre su cabeza mal parada, en el momento de ir á dar la última mano á su Jerusalem. Supo que acababa de salir á luz con Venecia, sobre una copia descabalada que el descuido de un amigo habia dejado ir á parar á manos de un especulador; ya iba, en extremo airado, á quejarse ante el senado de la república, cuando las prensas de Italia y de Francia fueron á porfía multiplicando mas y mas los ejemplares de su obra. Corrió al vuelo por toda Europa, y los libreros no alcanzaban á corresponder á la impaciencia del público. Aquel raudal tan lisonjero, en vez de aliviar la suerte del Taso, lo puso por blanco á los tiros de la envidia, y sirvió de llamada para una contienda larguísima en la cual fueron alternando todos los literatos contemporaneos. La academia de la Crusca, luego despues tan afamada, tomó parte, y desdoró la primera temporada de su existencia con una sinrazon horrorosa. Salvati, que era el cabildero, tomó un nombre desconocido para contestar á un diálogo de Camilo Pelegrini, quien sobreponia el Taso al Ariosto. Caba por cierto el profesar la opinion contraria, puesto que aun en el dia está el pleito pendiente entre competidores tan esclarecidos; mas era estrellarse con el decoro y atropellar todo principio de buen gusto el anteponer el Rolando enamorado, el Morgante y el Avárigues al poema divino de la Jerusalem. Los académicos, no contentos con asaltar al hijo, se desmandaron con el padre, y no fué tanto por engriimiento como por afecto filial, el salir el Taso á la palestra para contrarestar á los zaheridores de su familia, sin desentenderse tampoco del interés de su propia nombradía. ¿Caba acaso el que la mirase con indiferencia? Era ya su bien único: salud, haberes, libertad, felicidad, todo lo habia perdido, y tal vez para siempre. Entretanto un senado académico, reu-

nido solemnemente en una de las ciudades principales de Italia, fué osado para decretar que la *Jerusalén libertada*, poco acreedora al dictado de poema, no era mas que un hacinamiento, un *farrago desabrido y desproporcionado, en lenguaje confuso y desigual, cuajado de versos ridículos, de voces bárbaras, de jiros desencajados, de símiles impropios, sin compensar con un solo primor sus innumerables desaciertos.* ¿Estrañaríamos ahora que Boileau, apenas asomado á la literatura italiana, se equivocara un siglo despues acerca del mérito efectivo de aquel poema?

Mostróse el Taso tan comedido en su apolojía como descompasados estuvieron los contrarios en su embestida, y se esmeró ante todo en cohonestar el *Amadis*, derramando algunas flores sobre el tûmulo de su autor. «En cuanto mis antagonistas han escrito, dice, lo que mas me llega al alma es su desacato con mi padre, pues le voy muy en zaga en todo jénero de poesía, y nunca consentiré que se le injurie: es desairarlo el posponerlo á quien quiera, y sobre todo el anteponerle, como lo han hecho, el Pulci y el Boyardo, pues les sobrepaja en tanto grado, que no cabia el pronunciar mas descocadamente un juicio mas equivocado.» Tras esto, va el Taso contestando por partes á todas las críticas de la Crusca, sin que asome una voz que denote amor propio. Se explica muy reservadamente sobre el Ariosto, profesándole siempre sumo acatamiento. Habia antes rechazado el voto del sobrino de aquel poeta, Horacio Ariosto, quien, á impulsos de imparcialidad, habia encumbrado al autor de la *Jerusalén* á la cima del Parnaso. «Esos laureles con que me estais brindando, le contesta el Taso, el concepto de los sabios, el de los mundanos y el mio, los colocó ya en la sien del poeta con quien estais emparentado, y á quien seria mas arduo el arrebatarlos que su clava á Hércules. Jamás soñé en desbancar al Homero de Ferrara, pues lo obsequio mas que nadie. Allá me postro ante su imagen y le tributo los dictados mas entrañables que van rebosando de mi afectuoso pecho, y siempre, siempre le estaré aclamando padre, señor y dueño. Mas si hay quien le dispute su corona, entónces sí que me arrojo en medio de los lidiadores, diciendo como Mnesteo en la carrera de las naves troyanas: «No me abalanzo al primer premio, ni esperanzo tampoco el vencer; allá Neptuno conceda segun su albedrío la victoria; bástame el no ser el último que entre en el puerto. (*Carta á Horacio Ariosto*).» No se arredró el Taso por el número de los contrarios, mas aquel ahinco acabó de dar al través con su salud y su racionalidad. En aquel estado tan lastimoso se avistó con Montaigne, quien se *enfadó mas que se conolvió del paciente*. Es de sentir que un tino trascendental como el suyo no se dedicase á calar un interior acosado por tantas amarguras. Aquel impulso de curiosidad hubiera tal vez rodeado un diálogo interesantísimo entre dos hombres grandes, que el acaso juntaba en

las lobregueces de una mazmorra. Solía tener el Taso lúcidos intervalos, tanto mas esplendrosos cuanto menos esperados; prorumpia entónces en raudales de elocuencia con los curiosos que acadian atropelladamente á su nombradía: en la conversacion despedia ráfagas repentinas, que despejaban por ápices los puntos mas intrincados. Relampagueaban tan solo por desgracia muy brevemente aquellos raptos. Descarnado con tan largas privaciones, venia luego á postarse con ímpetus rematados que le poblaban el encierro de vestiglos y fantasmas. Lamentábase ante todo de un *duende* que acudia diariamente á quitarle el dinero y la comida, y luego le barajaba los papeles. Alla estruendos remotos, visiones nocturnas, clamoreo dilatado de campanas y relojes, lo despertaban con sobresalto y susto mortal. «No puedo mas, clamaba, yo fenezco; todos los miembros me duelen, y vómitos, calentura y disentería me quitan hasta la fuerza para lamentarme; centellean ardorosamente mis ojos, mis oidos se desgarran con horrendos retinidos; me creí asaltado de alferecía, y me conceptuaba ya ciego, cuando estuve viendo la gloriosa efigie de la Virgen María, con su niño en brazos, cercado de vivísimos destellos.» Esta vision se celebró en un soneto, donde no se acierta á deslindar la mayor sobresalencia, si esta se cifra en la elevacion de los conceptos ó en el embeleso de las espresiones (1). Entretanto la aceptacion de la *Jerusalén* enardece el afán de nuevos y mas poderosos Mecenas. La ciudad de Bérgamo, los duques de Urbino, de Mantua, de Toscana y el papa mismo, claman por el rescate de cautivo tan esclarecido. Resistióse Alfonso al principio á todas sus instancias, temeroso del encono del poeta; pero estrechado mas y mas por donde quiera, y avergonzado quizá de tener en prisiones á quien se estaba aclamando como la gala del siglo, dispuso que se entregase el preso en manos de Vicente Gonzaga, hermano de la nueva duquesa (julio de 1586); mas no se atrevió á aguantar las miradas de su víctima. El Taso, mas jeneroso que su atropellador, se alejó de Ferrara, pesaroso de no despedirse de quien tan inhumanamente lo habia estado persiguiendo; mas ningunos anhelos podia exhalar, habiendo ya fallecido Leonor, pero no pudo menos de bañar con lágrimas el tûmulo que la encubria á sus ojos.

Algunos dias de privanza con los príncipes de Mantua bastaron para hacerle olvidar sus quebrantos: tertulias, espectáculos, saraos, y ante todo, máscaras, que le embelesaban sobremanera, le desagraciaron luego de las tropelías de Alfonso. Empapado en devaneos durante el carnaval, engolfado en la devocion por la cuareisma, iba y volvía alternativamente del mundo al retiro, sin que el galanteo del poeta lastimase la conciencia del cristiano. Dedicábase á la teolojía, despues de atarearse con Floridante

(1) *Egrotio languiva, e d'alto sonno avinta*, etc.

(1), y orillaba á San Agustín para retocar el *Turismundo*. Embargado estaba su entendimiento, holgaba su corazón, y un temple tan acalorado no podía avenirse á semejante existencia. Cuanto mayor ahinco se ponía en distraerle, tanto más le retraía su natural de aquel empeño. Se lisonjeaba de arrinconar sus especies azarosas, engolfándose en una vida atropellada y aventurera, más estaba él flechazo muy clavado, y el movimiento no era para él menos doloroso que el sosiego. Iba allá como hijadeando de pueblo en pueblo, acosado mas y mas por sus pesares, y espuesto á menudo á mil trances horrosos. Hambreando de muerte, iba ya positivamente á espirar en Loreto, cuando lo socorrió un amigo, y tan solo le faltaba en lo sucesivo el ir alargando á los transeúntes la misma diestra edificadora del alcázar de Armida. Dió también su asomada á Nápoles en busca del dote de su madre y de los bienes confiscados á su familia.

Hervía á la sazón en toda Italia el afán por sus obras, pero sobresalía mas el entusiasmo en aquella capital, donde el pasmo que causaba su número se hermanaba con el agradecimiento inflamado por tan esclarecido ciudadano (2). El conde de Paleno y Juan Bautista Manso porfiaron por quién lo había de hospedar; agradeció el Taso tantísimo afán, pero á sus anchurosas estancias antepuso una celdilla del convento de Montoliveto, inmortalizándolo con sus versos. Aburrido con la mansión de Nápoles, volvió ya calenturiento á Roma, y para no ser gravoso á nadie, fué á dar el aldañonazo á la puerta de un hospital (diciembre de 1589), fundado por uno de sus antepasados para los Bergamascos menesterosos. Hallábase en aquel desamparo, cuando recibió el brindis del gran duque de Toscana para que se fuese con él en términos honoríficos. Parte luego para Florencia (5 de abril de 1590), donde todos, aun los mismos que se le habían mostrado injustos, acudieron á aclamarle. Gozoso al pronto con tanto agasajo, luego echó menos aquella independencia venturosa que se está disfrutando con un amigo y que escasea con un superior. Anduvo todavía algun tiempo errante fuera de su patria antes de acep-

(1) El asunto de este poema está tomado del Amadis, y el primer arranque es de Bernardo Taso. La tragedia de *Turismundo* ya se había bosquejado en 1574; mas le dió luego el autor tantas vueltas, que la actual merece casi conceptuarse como una composición aparte.

(2) Ocurrió por entonces lo siguiente. Refiere Cristóval de Meca, en el prólogo de sus poesías, que apenas supo la oficialidad, siempre crecida y brillantísima, de nuestro vecinato la llegada á Nápoles del sumo poeta, voló desalentadamente á tributarle el espresivo acatamiento, brindándosele para cuanto se le ofreciera en aquella mansión; que el Taso se mostró muy agradecido al obsequio, y sobre todo añade que desde las primeras conversaciones, pues fueron varias las visitas, echaron todos de ver cuán atrasados se hallaban los poetas españoles en punto á la esencia y requisitos de la sublime poesía. Todo cabe; pero el tal Meca, según la muestra de sus versos, no parece que salió muy aprovechado con los documentos del oráculo.

tar los ofrecimientos del conde de Paleno, recién hecho grande almirante del reino de Sicilia, quien trataba de hacerle partícipe de sus riquezas. Al asomo de Nápoles (20 de enero de 1592), disfrutó el Taso aquel embeleso que se suele gozar retrocediendo á los primeros años, y por la vez primera su pecho llagado se entregó esplayadamente á sus recuerdos antiguos. Dió además un testimonio de su propia pujanza, harto grandioso para echarla á volar de nuevo. Su número fantaseó con lozano brio, y se arrojó mas y mas á la carrera que tenía ya andada con tan esclarecida sobresalencia, ardiendo mas y mas en deseos de encumbrarla. Aquella hermosísima Jerusalén que había defendido con tan preeminente desempeño; aquel parto sublime, encarecido ya como inmortal, se le ofrecía á la vista como bajo el aspecto de niño adulterino, cuyo nacimiento hay precisión de encubrir (1). Se sonrojaba quizás de las alabanzas entonadas á la alcurnia de Este; de aquel tributo de aprecio y cariño que Alfonso había desmerecido en tan gran manera, y que iba á engañar á la posteridad acerca de la índole verdadera de aquel príncipe. Prescindiendo del móvil oculto de aquel desvío, se supo con asombro que el Taso había compuesto una obra nueva, cuando se le conceptuaba afanado en retocar la antigua. Mostróse el autor tan pagado, que quiso ir personalmente á presentarla al cardenal Cintio Aldobrandini, sobrino del papa Clemente VIII. Hervía el reino de Nápoles de saltadores, y atajaba su comunicación principal con Roma una gavilla crecida, aposentada entre Mola y Fondi. El Taso arrostra desde luego aquel peligro, y aun trata de abalanzarse á los forajidos (2), pero contenido por los compañeros, no acierta á salir del trance, cuando un mensajero de Marco Sciarra le brinda con escolta para acompañarle hasta Roma. Remuerde al poeta el haber desconceptuado á los hombres, y suplica al capitán de bandoleros que se desvie de la carretera para no asustar á los viandantes. De vuelta de aquel viaje, emprendió un postrer poema, tomando el asunto del Génesis, ciñéndose por entonces á merecer el voto de la marquesa de Manso, cuando le participaron que le preparaban en Roma el obsequio de un triunfo. «Un ataud es el que se me debe disponer», exclamó. Si me dedicáis una corona, reservada para realzar mi sepulcro: ese boato ningún timbre ha de dar á mis obras, pero va á trastornar mis dichas, como estuvo acibarando los últimos días del Petrarca.» Instado mas y mas por el cardenal Aldobrandini, sintió, al desviarse de sus amigos, la corazonada mortal de no verlos mas.

Triunfal es ya su entrada en Roma; plebe, noble-

(1) Del primo (la Jerusalén) sono aliena come padre dai figliuoli ribelli, e sospetti d'esser nati d'adulterio, *Canto del P. Panigarola*, tomo 10.

(2) Io voleva andare innanzi, ed insanguinar la spada, ma fui ritenuto: *carta á Horacio Feltrio*.

za, prelados, cardenales, sobrinos del papa, todos le salen al encuentro, y lo acompañan al Vaticano, atornando la esfera con estruendosos vivas y aclamaciones. Dícele el papa al verle, con sumo gracejo: «Venid á realzar esta corona, honradora de cuantos la han llevado antes que vos.» Siguen preparándose entretanto con desalada actividad los requisitos de la esclarecida ceremonia; ya va el Taso á recibir el galardón mas lisonjero á que puede aspirar un poeta, cuando le asalta mortal dolencia y ruega como fineza que se le traslade al convento de San Onofre, para acabar allí sus días en el recojimiento y la plegaria; y allí, ajeno todo de las vanidades del mundo, dispone el estermio de sus obras y espira sosegadamente en medio del luto público. Roma se conduce cruda y entrañablemente de su muerte (25 de abril de 1593), el pueblo se agolpa atropelladamente por honrar las exequias del hombre grande, cuyo triunfo estaba disponiendo. Póstrase ante el Taso en ademan reverente, acompaña sus restos hasta la falda del Capitolio, mostrando lloroso un cadáver revestido de toga romana, y con la sien enramada por el laurel poético. Así se eclipsaba aquel astro centellante en el despejado cielo de Italia, empozándose con el siglo enjendrador de tantísimos portentos.

Conceptúase por lo mas al Taso tan solo por sus dos partos la *Jerusalén* y la *Aminta*, y se trascuerdan tal vez un sinnúmero de obras en prosa, que, sin dar gran realce á su nombradía, son sin embargo del caso para darnos á conocer el caudal de sus preciosas luces positivas. Se vale siempre del diálogo, que suponía mas halagüeño para el lector, por cuanto dice, «escudriñando juntos la verdad, vienen á asociarse todos en el triunfo del vencedor, y por otra parte se da mas bien oídos á una discusión entre amigos que á la voz imperiosa de un maestro.» Este método de instrucción, prohibida por los alumnos de la escuela de Sócrates, y trasladada á Roma por Cicerón, sobresalió al renacer las letras por Italia, donde se fué perpetuando hasta principios del siglo diez y siete. Los escritores italianos rebotando admiración con los antiguos, y embelesados con el resultado dramático de las conclusiones en diálogo, no echaban de ver los inconvenientes de interrupciones redobladas, frases pegadizas, y transiciones violentas con que una discusión interesante suele tener por paradero una charla empalagosa. Incurrió el Taso en los achaques de Platón, al seguir sus huellas, y cuantas chispas de númen centellean por sus escritos no alcanzan á despejarlos y á hacer llevadera su lectura. Pedantea casi en sus diálogos postreros, con tanta cita de filósofos antiguos, comentadores árabes, escolásticos y padres de la iglesia. Su memoria, muy accidentada con sus raptos de locura, vertía á raudales y á bulto el caudal que tenía atesorado.

Pero el númen del Taso campea por entero en la *Jerusalén*. Aquel poema tan esplendoroso, cuyo plan es tan atinado y el desempeño tan esclarecido, ha

dismerecido sin embargo en gran manera para los críticos. Incapaces de encumbrarse tras el vuelo del autor de Armida, los pedantes han ido desconchando menudamente los lunarillos, como si tal cual sombra pudiera empañar el resplandor del sol. Los retruécanos y los remedos que suelen ser los cargos con que capitulan al Taso, eran el achaque de los escritores del siglo diez y seis. La poesía italiana, oriñalísima en la pluma del Dante, habia decaído de aquella entonación desahogada y gallarda que desempeñaba con tanta pujanza las iras de un proscrito. Se granjeó con el Petrarca aquel viso tan propio de unos amores ideales y platónicos, mas al irse acercando á los sentimientos mas naturales, era ya forzoso desentenderse de aquel tibio entretenimiento del ánimo que no exhalaba jamás los impulsos del corazón. El Ariosto, entretejiendo en sus relaciones de aventuras soñadas la pintura mas briosa de las pasiones humanas, robusteció el lenguaje mas que el Petrarca, pero no se avino á vaciar la lobrete del Dante en su cuadro pavoroso. El Taso, despues de seguir las huellas del Ariosto, se hizo cargo de que el señorío de la epopeya requeria un rumbo mas entonado que el retozo halagüeño de un novelista, y acudió á la norma de los antiguos, no hallándola adecuada entre los modernos. En cuanto al abuso de agudeza, eran feudos del siglo, y es tan injusto el vituperárselos al Taso como lo fuera el tildar á Homero el no haber retratado á sus héroes con facciones mas elegantes y costumbres mas apacibles. Pero ¡cuántos y cuántos primores descuellan sobre estos lunares! ¡Con cuánto ingenio ha ido desempeñando una empresa tan grandiosa en su proporcionado marco! ¡Qué raudal de poesía galana en aquellos episodios que parecen otros tantos móviles para llegar ejecutivamente al desenlace del poema! ¡Qué variedad tan portentosa en las fisonomías, hablas y hazañas de tanto personaje con que ha ido poblando el teatro sin barajarlos jamás! ¡Quién puede olvidar la cordura de Godofredo, la generosidad de Tancredo, la índole indómita de Argante y el denuedo de Reynaldo? ¡Quién no derrama lágrimas en la muerte de Clorinda, y qué pecho se desentiende de los halagos de Armida? Se hermanan los pormenores mas obvios con tanto tino en los portentos y aventuras, que sucede el conceptuarse el lector todavía en el terreno de la verdad, cuando se va ya siguiendo el rumbo del engaño. Suena la voz del poeta, y allá se disparan miles de espíritus invisibles, motores de cielo y tierra é infierno. Desde el solio del Sempiterno hasta las lóbregas mazmorras de los condenados, todo está en movimiento para favorecer ó contrarestar el intento de los Cruzados. Estos medios sobrenaturales, que van dando un baño misterioso á toda la obra, no desdicen por cierto en un asunto cristiano. Su resultado es grandioso, y aquella intervencion de potestades celestes é infernales, autorizada por la historia, no se desviaba un punto de las creencias relijiosas del siglo diez y seis.

Mas si la primera *Jerusalén* es á la verdad un arrojito del númen, la segunda se reduce á una tarea de remedo, pues asoman de continuo los conatos del autor para correr parejas con Homero. El almirante Juan es un trasunto de Nestor, y suele obrar como su dechado; Argante no es ya el guerrero denodado que por su brio ha venido á ensalzarse hasta la cumbre de la milicia, pues para equivocarse mejor con Hector ha parado en hijo del sultan: hace Ricardo el papel de Aquiles, y arrostra la autoridad de Godofredo, así como lo hace el héroe griego con Agamenon. Compuso el Taso una obra en demostracion de que el poema nuevo era mas cabal que el antiguo; se regala con sus cambios, blasona de haber desencajado los jardines de Armida, y no le duele el cercen del episodio tan interesante de Sofronia y Olindo, y aquel retiro campestre y silencioso para desahogo de Herminia junto al estruendo de las armas y de los trances de la refriega. «La accion de la *Ilíada*, dice, no dura mas que doce dias y sucede toda en la llanura de Troya; la de mi poema se estiende á una estacion entera, desde el dia de Pentecostés hasta mediados de agosto. He venido á estrechar á los alrededores de *Jerusalén* el teatro de los acontecimientos, lo que me ha inducido á cercenar la navegacion portentosa en el océano, cuyo asunto me reservo para otro poema (1), y á colocar la mansion de Armida por las cumbres del Líbano mas inmediatas á la Palestina.» En toda su apología se está desapropiando el Taso voluntariamente de la jerarquía de poeta orijinal, para ansiar mas fundadamente el papel de imitador. «En cuanto á los caracteres, dice, he procurado esmerarme en irme ladeando con Homero, en cuanto me ha sido dable. Rupertito de Ansa se parece á Pátroclo; los dos Robertos á los Ayaces; Guillermo, caudillo de los flecheros ingleses, al flechero Teucer; Tancredo á Diomedes, y Raimundo á Ulises. Emparéjase Ricardo en ardimiento con Aquiles, y Lofredo es el retrato de Fenix; los siete caudillos napolitanos recuerdan los capitanes de los Mirmidones; es Godofredo igual en señorío á Agamenon y le sobrepuja en virtud; Bauduino se da la mano con Menelas. En el bando opuesto, Ducalt se asemeja mas á Priamo que el anterior Aladino; Soliman recuerda á Sarpedon y Asagor á Antenor. Lujeria y Funebrina son personajes amoldados con Andrómaca y Hécuba, y así de los demás; de modo que, á ejemplo de Homero, he ido aumentando la estension y la variedad del urdimbre de mi fábula, como tambien el número de los personajes que por fin he introducido.» Ni alabanzas á la alcurnia de Este, ni á la estampa de Reynaldo, cuyos amores le habian parecido imprescindibles en el plan del poema antiguo, asoman ya en el nuevo, único desagravio del poeta por los indignos procederes de Alfonso. No cabe pues

equivocarse acerca del mérito de los dos poemas; y la injusta preferencia que al parecer concede el Taso al segundo corrobora el concepto de la desconfianza con que se debe mirar el juicio de los autores sobre sus propias obras. Hacia Milton menos aprecio del *Paraíso perdido* que del *Reconquistado*, y Delille estaba empeñado en rehacer sus *Jeorjicas*.

Pero cuanto se hace obvio el ir clasificando las obras del Taso, otro tanto mas arduo parece su parangon con el Ariosto, sobre todo cuando hay precision de venirse á declarar por el uno ú por el otro. Se ha dicho con mas agudeza que solidez que la *Jerusalén* era un poema mejor que el *Orlando*, pero que el Ariosto era al mismo tiempo mayor poeta que el Taso; mas si el mérito de los autores se cifra en la perfeccion de sus obras, no aparece porqué se ha de sobreponer el que ha compuesto un poema inferior al que lo hizo mas aventajado. El Metastasio, que de mozo fué acaloradísimo apasionado del Ariosto, no leyó la *Jerusalén* sino en edad proporcionada para atenerse á su propio concepto. «No intentaré yo retrataros, escribia á su amigo Diodati, el vuleco extraño que causó en mí la lectura de esta obra. Aquella accion grandiosa y única, espuesta eficaz y despejadamente, manejada con tino y sabiduría y redondeada cabalisimamente, se me estaba representando como en un espejo; la variedad de los acontecimientos que la componen y que le engalanan sin desencajarla; la majía de aquel estilo siempre castizo, siempre terso, elevado y armonioso, y que sostenido por su propia pujanza, va comunicando señorío á los objetos mas sencillos y vulgares; aquellos vivísimos matices que campean con especialidad en los símiles y las descripciones; aquel despejo de narrativa que embelesa; aquellos caracteres tan propios, aquel precioso eslabonamiento de conceptos; tanta ciencia, tanta sensatez, y ante todo aquel ardor de fantasía que, en vez de menguar, como suele suceder en las empresas dilatadas, va siempre en aumento hasta el fin: todo esto me empapó en un deleite que hasta entonces no habia llegado á mi noticia... Si para ostentar su poderío, nuestro bondadoso padre Apolo tuviese á bien constituirme gran poeta, y me mandase manifestar cuál de las dos obras tan encarecidas (la *Jerusalén* ó el *Orlando*) trataría de tomar por dechado, mucho titubearia positivamente, pero esta propension natural y quizás escesiva que abrigo al método, al arreglo y á la concordancia, podria muy bien, así lo alcanzo, inclinarme al fin á la *Jerusalén libertada*.»

José Bonaparte, en su reinado efímero, habia dispuesto que se elevase un monumento al Taso en Sorrento: quedó sin ejecucion el intento, y aquel gran poeta está todavia esperando un obsequio público á su memoria. Las obras completas del Taso se empezaron á publicar en Pisa por Rosini el año de 1821, en 30 tomos en octavo.

(1) Por lo visto, estaba ideando celebrar el descubrimiento del Nuevo Mundo.

AUTOBIOGRAFIA.

Juventud, Locura y Casualidad.



TENIA yo un patrimonio bastante regular, amigos que me querian (nótese bien esta circunstancia), y brillantes esperanzas. Con un poco de prudencia, cuidado y economía, hubiera podido ser el hombre mas dichoso del mundo; pero ¡ay! que tenia yo un corazon ardiente, una cabeza lijera y una benevolencia que á todos se estendia, esperando de todos igual correspondencia, sin advertir que semejante cálculo acaba siempre por arruinar á su autor. Mi bolsillo estaba abierto para todo el mundo, en mi bonita y espaciosa casa jamás faltaban aposentos para los amigos; me hubiera avergonzado de admitirles ninguna retribucion. ¡Ah! ¡cómo me burlaron!

Hizo la casualidad que encontrara un dia á un antiguo amigo de mi familia; la fortuna le habia vuelto la espalda, y le rogué que aceptase un cuarto en mi casa, que habitó cerca de un año. Mi amigo estaba dominado por un vicio; ¿quién no tiene el suyo? era algo aficionado á la bebida. Sin duda de allí habian provenido todas sus desgracias. Me despertó á media noche un ruido extraordinario, me levanté y lo hallé tendido en medio del corredor en la mas rematada embriaguez. Este incidente me puso muy sobre mí, y no tardó en sobrevenir una nueva circunstancia que me convenció de cuán mal habia obrado en tenerle compasion.

Casi todos los dias tenia cartas que contenian letras ú otros papeles importantes. Una mañana recibí un aviso de uno de mis corresponsales, manifestándome su sorpresa de que no le hubiese yo acusado el recibo de su último envio, que contenia, segun él, algunos billetes de banco. A mí no se me habia entregado ninguna carta de aquella clase. Eran las diez de la mañana, y mi protegido, que la víspera habia tambien sacrificado á Baco, estaba todavía en cama. Entré en su cuarto, le desperté, y puse en sus manos la carta que acababa de recibir, y cruzando los brazos, fijé en él mis miradas, mientras recorria el contenido de la epístola; cuando hubo concluido, salí del cuarto sin decirle palabra. El mismo dia me escribió, y en su carta incluía la primera de mi corresponsal.

Me confesaba que la habia abierto, y se habia apropiado el dinero que encerraba. Fué forzoso separarnos.

Una conducta tan imprudente como la mia no podia dejar de tener su resultado necesario; mi espíritu se hallaba en continua zozobra, y para añadir una nueva desazon á todas las otras, me habia enamorado. A mediados del verano anterior, un jóven, amigo mio, y yo habíamos hecho una excursion en la isla de Whight; habíamos desembarcado un sábado por la tarde y plantado nuestros reales en Brading, linda aldea situada á cuatro millas de Ride. Al dia siguiente fuimos á la iglesia, y me encontré colocado junto á la mas linda muchacha que he visto jamás. Era morena y graciosa: no tenia yo libro de devociones, y tuvo la condescendencia de colocar el suyo de modo que yo pudiese seguir el oficio divino. Sobre todo me agradaban su naturalidad y su aire candoroso desnudo de afectacion. No era una heroina, á Dios gracias; porque tengo una aversion particular á las heroínas de novelas tan sentimentales, tan sabidillas, tan sublimes y tan insoportables; no era mas que una simple mortal. Andaba y hablaba como las demás mujeres, con una sola escepcion; y es que ni en su sonrisa, ni en sus movimientos, ni en su conversacion, se notaba aquella gracia estudiada, aquella afectacion de coleccion. Su amabilidad nada tenia de ficcion, y era tan natural su devocion como todos sus jestos y acciones. Si hubiese levantado sus ojos del libro santo, sus miradas se hubieran encontrado con las de mas de un jóven apasionado; pero yo la observaba; ni un momento se separó de allí su vista, y parecia tener enteramente absorbida su atencion aquel acto de piedad. Entrambos leímos las mismas palabras, cantamos juntos los mismos himnos.

Al salir de la iglesia, procuré ponerme tan cerca de ella como me lo permitian la decencia y el respeto debido á una persona jóven y linda. Algunos aldeanos se interpusieron entre los dos, la perdí de vista algunos momentos, y cuando mis ojos hechizados la volvieron á encontrar, estaba en el pequeño patio que

separa la iglesia del cementerio. Había atado á la reja por la brida un caballo de casta pequeña, y ella se disponía á montarlo. Apenas había podido mirarla, se le escapó de la mano el látigo; tenía ya el pié en el estribo; saltó para volverlo á cojer, y quedándosele agarrada á la silla la estremidad del vestido, me dejó ver la pierna mas bien formada y el pié mas menudo y gracioso. Hizo caer el vestido, y nuestras miradas se encontraron: durante un minuto permaneció la jóven junto á su corcel, algo desconcertada, llena de confusion, y como que hubiese olvidado la causa porqué se había apeado. Coji el látigo, se lo presenté, y saludándola la rogué me permitiese ayudarla á montar otra vez. Me dió las gracias con timidez y amabilidad, y el color encendido de la granada se extendió sobre sus hermosas mejillas. Su pequeño pié, que hubiera cojido entero la mano de un niño, se apoyó en la palma de la mia: apretó lijeraente mi espalda; de un salto se colocó en la silla y partió al trote. Quedé inmóvil por algunos instantes siguiéndola con la vista.

Yo siempre había vivido en Lóndres, y mas de una mujer de mérito había cantado en mi presencia, había bailado conmigo, y no obstante aquella beldad casi rústica, con su lozanía, su candor y su estremada sencillez, despertaba en mí un nuevo sentimiento, como un nuevo jenio. Silencioso, volví á mi alojamiento, donde comí á penas, sin pronunciar una palabra. Mi amigo, que adivinaba la causa de mi silencio, estuvo haciendo zumba de mí toda la comida. Por la tarde había tambien funcion en la iglesia, y me dí priesa á trasladarme allá. A mi lado estaba sentado un corpulento arrendador, que ocupaba el sitio donde aquella misma mañana había visto á la beldad candorosa. El ministro no había aun subido al púlpito, y entre tanto procuré entablar conversacion con el arrendador.

«¿Es de Vd. este asiento? le pregunté.

—Sí, me respondió á secas.

—Confío que dirijiéndole la palabra, no le habré interrumpido á Vd. en sus devociones.

—No mucho.

—Tengo contraida una obligacion con vuestra hija que ha tenido esta mañana la bondad de prestarme su libro de devociones.

—¡Yo! no tengo ninguna hija.

—Disimule Vd. Seria tal vez su nieta de Vd. ó alguna otra de sus parientas.

—Tampoco tengo ninguna parienta; pero el ministro empieza su lectura, y no parece bien hablar en la iglesia.»

Aprobé con una inclinacion de cabeza la oportunidad de aquella observacion algo áspera, y guardé silencio. Ella no volvió á parecer, y yo tomé otra vez el camino de mi posada, donde cené muy poco; y á no ser por consideracion á mi amigo, que no gustaba de comer solo, ni siquiera me hubiera sentado á la mesa. Me fui á acostar, dominado de aquella melancolia vaga, deliciosa, fecunda y mezclada de deleite

que absorbe á un amante en los primeros dias de su enfermedad.

Al dia siguiente me levanté muy de mañana, recorri toda la aldea, entré en todas las casas de regular aspecto, y tomé los informes mas minuciosos é inútiles acerca del objeto que tan particularmente me interesaba.

«¡Qué majadero he sido! exclamé, un posadero lo sabe todo, y todavia no he hablado al mio.»

Volví presuroso á la posada, y preguntando al honrado revendedor de cerveza por mayor y menor, supe que la muchacha mas hermosa de la comarca era la hija del médico de la aldea, Mr. Barrow. Al momento estuve debajo de las ventanas de Mr. Barrow, paseando á derecha y á izquierda; verdadero amante andaluz contemplando las ventanas del doctor, que todas, á escepcion de una, estaban abiertas; la cerrada debia de ser la de miss Barrow. Estuve aguardando media hora, y por fin se abrió. Asomé á la celosía un gorro de mujer y desapareció al momento: mi corazon palpitaba. El gorro fantástico se dejó ver otra vez para retirarse de nuevo. Finalmente las celosías se abrieron de par en par, y descubrí una cara gorda, colorada, de un encarnado igual en todas sus partes, con dos rubicundos mofletes y un cabello mas rubio que las doradas espigas de otoño: sin duda era la criada del doctor. Se quedó mirándome con mucha boca abierta y con una especie de pasmo abobado. Mas ¿cómo lograr ver á la hija de Mr. Barrow? ¡Pardiez! me dije, Mr. Barrow es médico; pongámonos enfermo. Atravesé la calle y fui á llamar á la puerta del doctor. Salí á abrirme la corpulenta criada, y desde luego me parecieron dignos de notarse su estravagante cortesía y sus gruesos labios, que, sonriendo, ponian de manifiesto una doble hilera de dientes.

«Señorita, la dije, quisiera hablar al señor doctor.

—Papá ha salido,» me contestó.

¡Qué chasco! Partí como una saeta sin siquiera contestar á la bella, que siempre riendo me preguntaba desde el umbral de la puerta:

«¿Cuándo volverá V., caballero?»

Aquella burla me había desconcertado..... Mi despecho llegaba á su colmo, y me desayuné con un apetito desde mucho tiempo no acostumbrado. Mi amigo acababa de recibir algunas cartas de Lóndres, y teniendo que ocupar todo el dia en contestar, me manifestó que no podria acompañarme en mis escursiones; yo no insté. Mandé ensillar un caballo, y en menos de media hora me hallé en la playa de Undercliff, en frente del mas hermoso paisaje de la isla de Whight. El sendero desigual que yo seguia daba algunos rodeos á lo largo del arenal, protegido y sombreado por inmensas rocas perpendiculares, cuya tortuosa cadena se extendia á lo lejos coronada de sus almenas naturales. Tan pronto desaparecian el mar y el horizonte detrás de los montecillos de piedra calcarea y las copas de los árboles que me rodeaban; tan pronto se descubria mas hermoso el paisaje á al-

guna distancia al través de embelesantes puntos de vista. Conforme adelantaba crecía mi admiración; por último, entre unos rosales silvestres se presentó á mis ojos una elegante cabaña, medio oculta entre el verdor, y que me pareció el verdadero tipo de la sencillez rústica. En torno de aquel pequeño edificio de madera sin ostentación, pero cuyas proporciones graciosas guardaban cabal armonía con los sauces, álamos y avellanos que lo cubrían con su sombra, parecía tomar el paisaje un carácter mas risueño, mas ameno y pintoresco. Paré mi caballo y me detuve á contemplar por un momento aquella deliciosa morada. Dificilmente podría explicar porqué la idea de la jóven desconocida, tan presente aun á mi memoria, se asociaba en aquel instante con la encantadora perspectiva que se ofrecía á mi vista. ¡Ah! me decía yo, si aquella adorable jóven habitase un lugar tan á propósito para ella, ¡qué dicha la de vivir en esta soledad! ¡cuán grato para mí el ser dueño de esta humilde y oscura mansion y pasar en ella una vida sosegada al lado de la mujer de mi elección! ¡qué placeres mas sencillos! ¡qué dicha mas profunda é ignorada! ¡Todas las ilusiones de la juventud, todos aquellos secretos delirios del alma, que tanto desfiguran los escritores de novelas, vendrían á ser para nosotros la misma verdad, una realidad, la vida!

Aquellos agradables pensamientos me tenían enteramente absorto; ya no sabía dónde me hallaba ni qué vago desvarío se había apoderado de mí. De repente el ruido de un caballo que corría á galope me hizo levantar la cabeza y apartarme á un lado. Iba el caballo

solo, pero ensillado y sin freno, bufaba, arrojaba espuma por la boca y su crin flotaba al aire. ¡Quizá había derribado á su jinete! Para cerciorarme anduve el camino en dirección opuesta, y después de haber caminado como una milla, descubrí á una jóven tendida en el suelo y sin movimiento; tenía la cara cubierta de sangre; no respiraba ya; había recibido una herida en la cabeza.

¡Era ella!

A algunos pasos de nosotros se precipitaba de la peña un arroyo, que con suave murmullo iba á perderse en el mar. Coji entre mis brazos á la jóven y la llevé junto á la corriente. Restañé su sangre, quité el polvo que ensuciaba sus cabellos, y reconocí con una conmoción mas fácil de adivinar que de describir, á la jóven cuyo recuerdo me seguía como una fantasma, á aquella á cuyo lado había estado de rodillas la víspera. Parecía muerta, su descolorido rostro estaba frio como el agua helada que derramaba sobre su frente. Apliqué mi mejilla á la suya, cubrí de ardientes besos sus párpados, y froté con mi mano sus sienes para restablecer la circulación de la sangre que estaba completamente parada. No volvía en sí, y ¡lloraba por ella yo que apenas la conocía! Por fin, dió una señal de vida. La sangre volvió á aparecer en sus pálidas mejillas; se levantó; al principio no me reconoció, y su fisonomía manifestaba su pánico. ¡Estaba en los brazos de un extraño! Creció su confusión, cuando, recobrados del todo los sentidos, reparó que estaba desceñido su vestido y que había quedado descubierta parte de su hermoso seno virginal. Se cu-



TOMO II.

brieron de un vivo encarnado sus mejillas; hizo un movimiento; pero demasiado débil todavía para andar sola, tuvo que permitir que yo la sostuviera. Yo la observaba; me pareció que, coordinando poco á poco sus ideas, buscaba en su memoria mi imagen y que finalmente se acordó de haberme visto. Miró al rededor, como si buscara alguna cosa, sin duda su caballo; despues, fijando en mí una mirada de gratitud que me llegó al alma:

«Gracias, caballero, gracias, dijo con voz apocada. ¡Bendito sea Dios, que no ha permitido que fuese mayor la desgracia!»

Habia yo vendado la herida con mi pañuelo: parecia causarle mucho dolor, y llevando la mano á la frente, tocó el vendaje que habia colocado al rededor de sus sienes. Entónces se volvió hácia mí como para dirigirme una nueva prueba de reconocimiento. Yo habia llorado, y aun se conservaban en mis mejillas algunas lágrimas; las advirtió, y sus ojos brillaron de nuevo con aquella espresion que no olvidaré jamás. Su mano estaba estrechada en la mia, y sentí una leve opresion en el instante en que se apoyó en mi espalda. El soplo de su puro aliento hacia mover mis cabellos; y sus labios, tan pálidos un momento antes, se habian puesto colorados. No pudiendo levantar la cabeza, su boca se hallaba cerca de la mia, y un amor ardiente y dulce que nunca habia yo experimentado vino á henchir y abrasar todo mi corazón. Atraje hácia mi seno á la hermosa jóven; nuestras mejillas se tocaban, un espacio imperceptible nos separaba, y un instante pronto como el rayo, un movimiento espontaneo como el pensar, una atraccion involuntaria, reunieron nuestras almas y nuestros labios. En seguida volvió la cabeza, se desprendió con suavidad, dió un paso y se detuvo repentinamente.

No podia andar, apenas se sostenia en pié.

«Señorita, ¿quiere V. montar mi caballo? le dije; V. está imposibilitada de andar. Permítame V. que la acompañe hasta una cabaña que he descubierto esta mañana y que se halla situada á un cuarto de milla. Desde aqui se divisa por encima de los árboles la chimenea de aquella casita.»

Accedí y procuré adelantar algunos pasos, pero en vano. Volvióse hácia mí mirándome con tristeza. Las rocas que nos ocultaban el sol no me permitian acercar el caballo al lugar en que nos hallábamos.

«Es absolutamente indispensable que me permita V. que la lleve en brazos,» la dije.

No me contestó. La levanté, y caminando lentamente con el tino que exijia mi preciosa carga, poniendo atencion en cada uno de mis pasos y procurando sobre todo no tropezar con ningun obstáculo, llegué á colocar mi peso suave y ligero sobre el caballo que me aguardaba. Despues, ciñéndola el talle con el brazo para mantenerla en la silla, iba marchando al paso junto á ella.

Ni una palabra se profirió durante aquel cuarto de milla. Enteramente dedicado á aquella embelesante ta-

rea, no trataba de entablar conversacion con mi enferma. Ella por su parte, cualesquiera que fuesen sus sensaciones y pensamientos, tampoco parecia mas dispuesta que yo á romper el silencio. Con la mano apoyada en mi espalda (yo la habia rogado que se colocase de aquel modo, para conservar mejor el equilibrio), silenciosa y cabizbaja me permitió la llevase de aquella manera hasta la cabaña, á cuya puerta nos detuvimos.

Llamé, y cuando la dueña de la habitacion me vió conduciendo de las riendas al caballo que traia á la jóven herida, me permitió muy cortesmente entrar en su casa. Trasladé á la herida al interior de la cabaña y la coloqué con suavidad en una silla. Estaba muy pálida y parecia iba á desmayarse: un vaso de agua la reanimó. Rogué á la dueña de la cabaña que no la abandonase un solo momento, y montando otra vez partí para Branding en busca de un médico. Habia ya mi caballo tomado el galope y andado en corto tiempo mas de dos millas, cuando encontré á un muchacho conduciendo un caballo cubierto de espuma, polvo y sudor, que desde luego reconocí por el mismo que habia llamado mi atencion pocas horas antes. Me contenté con arrimarme al muchacho; sin entrar en pormenores le referí en pocas palabras el accidente que acababa de ocurrir, indicándole al propio tiempo la cabaña donde se hallaba la jóven, y puse mi caballo otra vez al galope. En menos de tres cuartos de hora estuve en casa del médico. Salió tambien á abrirme la fresca y alegre jóven de la mañana: el médico se hallaba en casa, y el caballo estaba todavia ensillado á la puerta. Montó, dimos una corrida, y pronto nos hallamos á la puerta de la cabaña en la playa de Undercliff. Entramos juntos; eché una ojeada en torno, y la jóven no estaba ya allí.

«¿Qué se ha hecho? pregunté. ¿En dónde está?

—Un jóven que le ha traído su caballo ha marchado con ella.

—¿Cómo se llama?

—Yo nada sé.

—¿Cuál es su familia?

—Lo ignoro.

—¿En dónde vive?

—No lo sabemos.

—¿Y por qué lado han partido?

—Por el de Knighton.»

Pagué al inútil médico; y durante quince dias no hice mas que recorrer todas las breñas, rocas y grutas de la isla de Whight. Ni una huella pude descubrir de mi amada, ni un dato por el que pudiese venir en conocimiento de quién era, ni á quién pertenecia. Volví á Lóndres muy abatido y descontento; mis asuntos estaban en completo desórden, y me faltaba la enerjía necesaria para salir de aquellos miserables embarazos pecuniarios. Nada engruesa con tanta prontitud como aquella especie de pelota que llamamos dendas. Un día vinieron á avisarme que en el recibidor me aguardaba una persona que deseaba hablar-

me. Bajé, y un caballero de continente noble y agradable me saludó muy cortesmente. Una espresion de benevolencia y de meditacion daba á su fisonomía un carácter de tristeza al par que de afabilidad. Le rogué se sentara, preguntándole el motivo que le traía á mi casa.

«Caballero, yo soy abogado, me dijo. Mi pasante me ha entregado esta mañana una providencia que amenaza la libertad de Vd.; pero yo siempre he tenido la costumbre de advertir á las personas que, como V., tienen derecho á mis consideraciones, á fin de evitar, si cabe, lo que tienen de duro esta clase de jestioncs.»

La noticia nada tenia de agradable; pero me afectó mucho el tono de honradez y bondad que caracterizaba las palabras y conducta de aquel abogado, tan poco parecido á sus compañeros. Guardé silencio por algunos instantes, pregunté despues cuál era el título en virtud del cual accionaba contra mí, y supe que se me reconocia como endosante de una letra aceptada por uno de mis amigos que se habia fugado.

«Me es imposible pagar, caballero, le dije; iré á la cárcel, pero antes tengo que hacer á Vd. una peticion. Soy deudor de Vd.: el modo atento y afectuoso con que ha venido Vd. á anunciarme la desgracia que me amenaza, es un título á mi reconocimiento. Añada Vd. á esta obligacion el favor de decirme qué dia y á qué hora puedo ponerme á disposicion del cherife, de modo que pase este acto lo mas secretamente posible. Sé que ningun derecho tengo á semejante condescendencia; pero me atrevo á esperar que me aprecia Vd. bastante para fiarse de mi palabra.

—No urje tanto, repuso sonriendo y mirándome con atencion. Verémos desde luego lo que puede hacer su amigo de Vd. Puede que pague.

—Francamente, caballero, no lo creo.

—Lo procuraremos; entretanto aqui tiene Vd. las señas de mi habitacion.»

Le detuve así que iba á retirarse para preguntarle qué dia deseaba que fuese á verle.

«El viérnes ó el sábado será lo mas pronto.

—Y si nada se logra, añadí alargándole la mano, ¿me promete Vd. hacer lo que he tenido el honor de pedirle?

—Sin duda.»

Me apretó la mano y se marchó.

El sábado siguiente fui á casa del abogado. No bien le descubrí, vi lo que me aguardaba: en su fisonomía se veia estampada la tristeza y la inquietud.

«¡Y bien! ¿cómo estamos? le dije.

—Su amigo se parece á Vd. muy poco; es un pícaro: ha querido el cielo que no haya dado con un hombre de honor.

—Es una desgracia á que es fuerza someterse.»

Callé, cortó una pluma, arregló los papeles, llamó á su escribiente, lo envió y se puso á pasear por el cuarto. Era muy singular nuestra posicion respectiva. Parecia estar todavia mas desazonado que yo. Por

último, para salir de tan estraña situacion, tomé la palabra.

«¿Qué dia he de volverle á ver á Vd., le dije, para ir á la cárcel?»

Nuevo silencio: cruzó los brazos, y estuvo largo rato meciéndose en su poltrona. Entónces le dije: «¿Puede Vd. conceder hasta el miércoles?

—Cuanto tiempo Vd. quiera.» Era su conmocion tan evidente, que me impresionó.

«Estaré aquí el miércoles, dígame Vd. á qué hora.

—A la una.»

Lo saludé, sañí, y con paso presuroso me dirigí á mi habitacion.

La confianza que me mostraba aquel hombre, que apenas me conocia, era muy estraordinaria. Otro que hubiese tenido menos delicadeza hubiera podido escaparse y engañarle; tan solo para obligar á un desconocido diferia de dos dias mi arresto. En cuanto á los motivos que me inducian á pedir aquellos dos dias de espera, hélos aquí en pocas palabras: uno de mis amigos daba aquella misma noche la primera representacion de una de sus piezas. Yo deseaba vivamente asistir, y gracias al plazo concedido, estuve libre todavia durante aquella velada.

Héme aquí ya en el teatro mientras se acercaba el dia de mi prision: en cuanto al drama, no oí ni una palabra. En el palco cuarto del segundo piso, á la izquierda de la escena, se hallaba la jóven de la isla de Whight, aquella aparicion deliciosa y pasajera. Una luneta del autor me habia facilitado la entrada en la orquesta, y mi bolsillo apurado no me permitia acercarme mas á ella. Mas hermosa que nunca, me pareció, sin embargo, algo demudada. En vez de la animada lozanía de su tez, se veia una palidez melancólica, y su candorosa naturalidad parecia haber hecho lugar á pensamientos mas serios y tristes. A su lado estaban una señora y un jóven que, por su traje y modales, parecia ser un hidalgo de lugar. ¡Cuánto envidié su suerte! con cuánta atencion la estuve observando! ¡á cuántas suposiciones se entregaba mi espíritu! ¿era su padre, su primo, su amante, tal vez su marido? Dos ó tres veces la habló y la miró; ¡cuánto padecia mi corazon! dos ó tres veces la ví sonreirse, y aquella sonrisa era para mí un veneno.

En el intermedio se levantaron algunos espectadores que me interceptaron la vista del palco donde se hallaba mi bella desconocida. Levantéme tambien. Recorrieron sus ojos todo el teatro, y esperaba que se fijarian un momento sobre mí, cuando se levantó el telon sin que yo lo advirtiese. La representacion llamó la atencion jeneral; yo continuaba mirando al palco, en pié, inmóvil y enteramente estraño á cuanto pasaba en torno mio, cuando un silbido vino á desvanecer mi ilusion, y oí que muchas voces gritaban á una: ¡abajo! ¡siéntese Vd.! sin echar de ver que yo era el objeto de aquel alboroto teatral. El que estaba junto á mí me tiró de la casaca, advirtiéndome que todo el mundo estaba sentado menos yo. Ocu-

pé otra vez mi asiento, avergonzado de mi distraccion; pero apenas se hubo restablecido el sosiego en el patio, me volví del lado del palco, y ya no estaba ella. Me pareció notar algun movimiento en el palco y que salía una señora. Me abrí al momento paso por entre los de las lunetas, dando de codazos aquí, empujando por allá, acojido, pero no detenido por un torrente de injurias y maldiciones. Dos ó tres veces, por mi estremada precipitacion, me equivoqué de camino; pero finalmente me hallé debajo del pórtico. Estaba parado un coche delante del peristilo; entraba en él una señora; la portezuela se cerró en el instante mismo en que yo llegaba, y el cochero arreó.

Es imposible esplicar á costa de cuán inauditos esfuerzos logré seguir aquel coche en su veloz carrera. No obstante, al revolver de una esquina, fuí á dar con un hombre bastante bien puesto, que con la violencia del choque cayó de espaldas. Yo tambien caí por mi lado; levantóse y me cojió por los cabezones. Traté de desembarazarme de él; mas inútilmente. Le supliqué disimulase; no quiso oirme, y perdiendo finalmente la paciencia, lo derribé otra vez de un golpe descargado con vigor. Me hallaba libre; pero el carruaje habia desaparecido. Pasé el resto de la noche recorriendo como un insensato las calles de Londres, y hasta la mañana no volví á mi casa, mas sin saber dónde se habia parado el coche. Postrado por un sueño calenturiento, era ya medio dia cuando me levanté para ir á casa del abogado. Cuando llegué allá, estaba mi rostro pálido y mi vestido en completo desórden. Al entrar me olvidé de entornar la puerta; pero se levantó, dió una vuelta á la llave, me ofreció un asiento y me preguntó por la causa de mi turbacion. Yo no sé á qué influjo irresistible y espontaneo cedia; tenia necesidad de un hombre que me comprendiese y escuchase. Referí al honrado letrado toda la aventura de la isla de Whight. ¡A un abogado una confidencia de amor!

«Vd. es, no lo dudo, repuso cuando hube concluido mi historia, un jóven de honor, y le quisiera ver á Vd. tan venturoso como merece.»

Llamaron: era un subalterno del cherife: de una ojeada vi cuanto me aguardaba. «Quede Vd. seguro, dije al abogado estrechándole la mano, de que no olvidaré en mi vida la confianza y aprecio que Vd. me ha manifestado.» Una hora despues me hallaba bajo cerrojos. Por orgullo no habia querido que mis amigos sospechasen mi situacion, y habia hecho jurar á mi criado que guardaria el mas profundo silencio. Dudo que haya en la vida una situacion que no tenga su consuelo, que no presente un lado halagüeño. En la cárcel encontré caras risueñas, sujetos apreciables y hombres de talento. El dia de mi llegada, comí con un contrabandista que tenia trazas de un elegante de Londres; con un Aleman muy divertido, apesar de su ininteligible guirigay; con un jóven cuyos brillantes gustos habian escedido su renta, y con un mercader mantenido por su acreedor con la esperanza

de cobrar algun dia. Despues de comer, cada uno de mis compañeros fué á entregarse á su tarea predilecta. El uno bajó al patio á jugar á la bocha; el otro cojió un viejo tomo truncado de una novela desconocida y lo recorria con deleite, un tercero empezó un solo de flauta, ciertamente bastante descompasado, pero que le hechizaba. Por lo que á mí toca, me senté, y mi imaginacion me trasladó al teatro, al asiento que ocupaba la vispera: volví á ver á aquella que tres veces habia colocado delante de mí la Providencia para quitármela otras tantas. Me perdía en conjeturas acerca de su familia, acerca de su nombre y situacion, y clavaba una mirada de afliccion en las enormes barras de hierro que me separaban del mundo y de la libertad. Se habian sentado junto á mí dos ó tres prisioneros; suspiró uno de ellos, y me volví.

«¿Qué le parece á Vd. de esta jaula de hombres? me preguntó el contrabandista, las rejas son bastante recias y la armadura muy sólida. Manifesté mi asenso con una inclinacion de cabeza.

«Le compadezco á Vd., caballero, repuso; es Vd. muy jóven, sus modales indican muy buena educacion, y espero que la permanencia de Vd. aquí no será de mucho tiempo. Disimule Vd. si me he acercado; pero me ha parecido descubrir algun abatimiento en la cara de Vd., y no he podido menos de dirigirle la palabra.» Habia en el habla de aquel hombre un afecto verdadero, por lo que le dí gracias en pocas palabras.

«Aquí, añadió, pronto se sabe qué motivos nos han traído un nuevo compañero. El crimen de Vd. es el del bolsillo; y el mio, ¿cuál le parece á Vd. que es? dijo cruzando los brazos: ¿Qué puedo haber hecho para ser traído aquí?... Nada.

—¿Nada?»

La franqueza y aire de confianza con que se portaba el prisionero, no me permitian desentenderme de su trato, aun cuando no me sintiese muy dispuesto á entablar relaciones con él.

«Repare Vd., continuó, habrá luego quince dias que soy el comensal de aquellos con quienes acaba Vd. de comer, y ni una palabra les he dicho. Apenas hay una hora que le he visto á Vd. por la primera vez, y desde el momento en que ha traspuesto Vd. esta miserable reja, no sé porqué me he sentido particularmente inclinado hácia Vd. Tenemos nuestros antojos, nuestras simpatías y antipatías, destituidas de razon á veces, á veces razonables. Vd. me ha inspirado interés. Si es por su juventud ó por su exterior, nada importa. Estamos solos en el patio, y si Vd. gusta, le contaré mi historia.

«Mi familia vivia á algunas millas del mar, y debo declarar que por dos ó tres veces me hice acreedor, sin que se me concediese, á uno de esos alojamientos que regala el rey y que acepta uno muy á su pesar. Se me figuró, ¡á fe mia! que S. M. era demasiado rico para reparar en algunas guineas de mas ó de menos, y especulé sobre uno ó dos cargamentos ilícitos

tos, cuyo desembarco habia protegido, sin que de ello quedase la mas mínima duda á los empleados de la aduana. Mi estrella ha sido bastante singular: no soy mas que un arrendador, como Vd. ve, y sin embargo me casé con una gran señora: voy á esplicar á Vd. cómo.

«Muy jóven todavía, quise acompañar á un capitán amigo mio, que se hacia á la vela para la Habana. Despues que hubieron cargado, emprendimos nuestro viaje, y apenas se habian pasado tres dias, cuando nos encontramos frente á frente con un navío de alto bordo. El capitán puso mal jesto; le embarazaba un poco la necesidad de presentar los documentos y de decir quiénes éramos. Hicimos lo posible para escapar á la vista del navío; pero no tardamos en verle dirigirse sobre nosotros velozmente; puestos sobre cubierta, tomamos nuestros catalejos para saber qué era. ¡Caso raro! no se veía una alma en su puente.

—¡Bien! exclamó el capitán, es un buque abandonado por su tripulacion, vamos á verlo.

«El capitán y yo llegamos al buque abandonado. ¡Qué espectáculo! El puente estaba cubierto de sangre; los piratas acababan de visitarlo; hacia agua por todas partes. Nos apresurábamos á abandonarlo, cuando vino á herir nuestros oidos una voz que partia del combés. Se levantó poco á poco una vela y vimos aparecer un rostro de mujer. Al descubrirnos se puso de rodillas, nos suplicó la salvásemos, y temblando aun, se puso bajo nuestra proteccion. La consolamos; el capitán me ayudó á hacerla bajar á la lancha, y partimos con ella.

«Los piratas lo habian pasado todo á degüello en el buque de que acababa de salir, habian procurado en seguida echarlo á pique: ella únicamente habia logrado escaparse á tanta carnicería ocultándose debajo de aquella vela. Sus padres, que venian de las Indias Orientales, habian perecido tambien, y la infeliz hija hacia ya dos dias que no habia probado alimento. A no ser por nosotros, el navío, que ya se hundia, la hubiera arrastrado consigo.

«Imposible es decir á Vd., caballero, cuánta compasion me inspiró aquella infeliz criatura. Yo solo cargué con la obligacion de cuidar de cuanto la concerniese; temia que se la molestase, que nuestra tripulacion se portase groseramente con ella; porque en esta parte no eran muy escrupulosos nuestros marineros. Descansé muy pocas horas durante nuestra navegacion, es decir, durante tres semanas enteras. La continuacion de privarme del sueño produjo en mí tal fatiga, que una noche me quedé profundamente dormido; no tardó en apoderarse de mí un terrible desvarío; oia la voz lastimera de la jóven muchacha, la veía forcejear y en la mayor agitacion. Precipitéme de mi litera, y en dos segundos estuve al lado de la suya; sus gemidos, sus quejas no eran una ilusion; ella lloraba y el capitán estaba á su lado. «Antes me matará Vd.,» exclamaba. Agarré al capitán por el cuello, lo arrastré con rabia á la cubierta y

nos batimos. Tenia mas fuerza que yo; dos veces intentó, pero en vano, arrojar me de bordo. Mi valor se apocaba; finalmente conociendo que no podia resistir por mas tiempo, me encaramé á las carronadas; entónces acudió la jóven dando fuertes gritos. No pudiendo lograr el capitán su intento, cojió mi corbata por detrás y procuraba ahogarme. Un minuto mas, y estaba el negocio concluido. Se me iba la vida, se aflojaban mis nervios, cuando repentinamente me hallé en libertad, y oigo el ruido de una cosa que caia al agua. Mientras que el bandido hacia todos sus esfuerzos para ahogarme, la jóven habia desatado el nudo de mi corbata, y arrastrado por la fuerza misma con que se habia colgado de la corbata, cayó de espaldas, saltó por encima del costado del buque y se ahogó.

«Informados los marineros de lo que habia pasado, abandonaron al capitán á su suerte. Durante los dos dias siguientes, ningun conocimiento tuve de mí mismo ni de mi situacion; ni un instante se separó de mí lado la jóven. Podia tener unos diez y siete años, y la elegancia de su persona y de sus modales indicaba un nacimiento distinguido y una educacion muy esmerada. Su voz era la mas dulce que hubiese jamás oido; yo la escuchaba embelesado. Sus miradas parecian fijarse en mí, y no sé qué esperanzas penetraron en mi corazon, á que no habia querido dar cabida hasta entónces. Al tercer dia me levanté, y despues de haberme desayunado, fui á pasearme sobre cubierta. Allí estaba tambien ella con el codo apoyado sobre una de las carronadas y llorando. Pregúntele el motivo de sus lágrimas.

«El recuerdo de todos los que he amado, contestó. Avistamos ya la tierra, y su aspecto me trae á la memoria cuanto he perdido.» Creí deber escusar todos aquellos consuelos comunes que denotan muy poco interés real.

—Señora, la dije, ¿me atreveré á preguntarle á Vd. qué amigos tiene Vd. en Inglaterra? Me miró con los ojos llenos de lágrimas. «Y á dónde vá Vd.?»

«Sus lágrimas brotaron en abundancia, conocí que no era ya posible resistir al enternecimiento que en mí penetraba, y volví la cabeza para que no reparase que tambien me hallaba á punto de llorar.—¡Dios mio! exclamó, como si hablase consigo misma, yo no sé á dónde ir.

—¿Me permitirá Vd. que la indique un lugar de asilo?

—Sí, señor; me dijo en un tono en que se confundian la duda y la confianza.

—¿Se enfadará Vd. conmigo?

«Durante uno ó dos minutos se mantuvo con los ojos clavados en mí, sin decir una palabra; despues exclamó:—No, estoy segura de que no me hará Vd. daño.

—¡A Vd., daño! Sabe Dios cuán gustoso sacrificaría por Vd. mi vida; á costa de cuanto mas quieró la defendería á V., la vengaría. Sígame Vd. á

casa de mi padre, y sea V. su hija, añadí cojiéndola la mano, que ya no hizo por retirar. Repetí muchas veces estas últimas palabras con una energía que cada vez iba en aumento; eran toda mi elocuencia, encerraban todo mi pensamiento, el pensamiento de mi vida entera. «¿Lo quiere Vd.? ¿Quiere Vd. seguirme á casa de mi padre y ser su hija?» continuaba sin haber aun obtenido contestacion. Pero su silencio hablaba; su cabeza descansaba sobre mi hombro, su mano apretó lijamente la mia. Echamos áncoras y saltamos en tierra. Agradó á mi padre á primera vista, y la tomé por esposa.

«¡Ah! caballero, añadió el capitán, despues de una pausa que pareció recordarle algun acontecimiento desagradable, no habia sabido hasta entónces lo que era la dicha, ni lo sabré ya mas. Me dió una hija y espiró.

«El mismo instante que me hizo padre me arrebató la esposa que adoraba; la hija vivió y era un vivo retrato de su madre. Procuré cumplir con ella, no solo mis deberes paternales, sino tambien los de la madre que habia perdido, y darla la misma educacion que hubiera recibido viviendo ella. A diez y seis años, era ya digna de presentarse en el salon de un príncipe: en cuanto á belleza, no le he conocido mas rival que su madre. Le ofrecian sus homenajes muchos jóvenes: uno habia, entre otros, que por todas partes la seguia, no la perdía nunca de vista; mi criado no pudo impedir que penetrase hasta cerca de ella, que se sentase á su lado. Cansada de tan molesta terquedad, acudió á mí rogándome la librase de aquella persecucion. Declaré á aquel joven que en lo sucesivo estarian cerradas para él las puertas de mi casa; recibió la comunicacion con cierto mal humor y sombrío descontento, mezclado de amenazas; las amenazas no me asustaban. Yo estaba en el vigor de la edad, acostumbrado á las fatigas, dispuesto á hacer cara á quien quiera que fuese, y jamás ningun hombre me habia espantado.

«Se pasó un mes sin que le viésemos ni oyésemos hablar de él: despues de aquella temporada me envió una cita, que acepté sin vacilar. En cuanto me descubrió—¿Somos amigos? me preguntó.

—Sí, sin duda, á menos que prefiera V. ser mi enemigo.

—No, en verdad, déme Vd. la mano.

«Se la alargué; ningun motivo tenia para aborrecerle.

—Esta noche parto, repuso, al subir de la marea, y he convidado á algunos amigos á cenar. Se bailará, nos divertiremos, y espero que Vd. será de los nuestros.

—De muy buena gana.

—¿Y traerá Vd. á su hija, no es verdad? Si no somos novios, á lo menos no seamos enemigos.

—Tiene Vd. razon; vendremos juntos; puede Vd. contar con nosotros.

«Se pasó muy bien la noche; los reunidos en casa del arrendador eran todos sujetos de buen humor, y

quedé muy satisfecho de ver que aquel joven, en vez de procurar atraer la atencion de mi hija, se contentaba meramente con guardarle las consideraciones que exige la buena crianza. A las diez se sirvió la cena, y pasamos á la pieza en que estaba preparada la mesa. Miré en derredor de mí, y con sorpresa reparé que no estaba allí mi hija; me respondieron que, incomodada por la jaqueca, se habia vuelto á casa. Levantéme para seguirla, cuando los dos jóvenes que estaban sentados junto á mí, uniendo sus instancias á las del huésped, querian decidirme á que aguardase el fin del banquete. Me obstiné en retirarme; todo el mundo se declaró contra mí, y fué forzoso esperar el instante de la separacion jeneral.

«Al salir observé el cielo, y ví que se preparaba una tempestad; hubiera sido una locura embarcarse con aquel tiempo. Lóbregas nubes oscurecian la claridad de la luna, y todos los indicios de una tormenta parecian anunciarla indefectiblemente. Por momentos se encapotaba mas el horizonte, se habia parado la brisa, la atmósfera era cada vez mas pesada, y ni una hoja se movia. Antes de un cuarto de hora debia estallar la borrasca. Habia dejado, detrás á mis compañeros, enteramente tomados del vino é incapaces de entregarse al mar en aquel instante; determiné retroceder para disuadirles.

«¿Han partido? pregunté á algunos que se hallaban en la playa.

—Sí. ¿Oye Vd. el ruido de sus remos?

—Con la bocina todavía los podemos llamar, aun están bastante cerca para podernos oir. Es inminente el riesgo: ¡he aquí la tormenta! ¡hela aquí!

—¿Y no quiere Vd. mas que esto? Se toma Vd. un trabajo inútil; no volverán, yo se lo juro á Vd.

—A fe mia, á todo trance quisiera verlos otra vez en tierra.

«La espuma del mar nos cubria, la lluvia caía á raudales, y el viento, que habia calmado un poco, volvía á soplar enfurecido. «Están perdidos, esclamé; á cincuenta pasos de nosotros, á la derecha se encuentran algunas chozas de pescadores, corred á avisarles que boten al agua sus lanchas.»

«Brilló el relámpago, las oleadas se estrellaban contra la orilla; oímos á lo lejos unas voces que nos pedian socorro, y eran aquellos imprudentes que nos llamaban. No he visto en mi vida una noche igual; el viento soplaba hácia la costa con tal violencia, que yo, que caminaba en tierra firme, difícilmente podia sostenerme en pié. ¿Qué iba á ser de aquel frágil esqui-fe? Cesó la lluvia repentinamente, el cielo se despejó; pero se apoderó del mar la mas espantosa horrasca. Entónces se presentó á nuestra vista la chalupa; la rodeaba una vasta sábana de espuma. Continuamente la veíamos mudar de rumbo, y tan pronto hundirse hasta los abismos como levantarse á una inmensa altura. El viento seguia silbando.

—No, jamás, exclamó un viejo marino, cuya voz se dejaba oir en medio del desórden de la naturale-

za, jamás tocará ya á tierra esta lancha.

«En efecto, antes de un cuarto de hora vino á estrellarse contra un arrecife; botar al agua un esquife era imposible, se hubiera perdido como una cáscara de nuez. Era horroroso tener que presenciar un naufragio, ver que nuestros amigos, mis compañeros de cena perecían, y no poderlos auxiliar; sin embargo apenas nos separaba de los naufragos el espacio de cincuenta pasos, y no dudábamos que alguno de ellos llegaría á salvarse.

—He aquí un hombre que viene nadando hacia esta parte, gritó una voz á mi derecha.

«Efectivamente, me pareció divisar alguna cosa negra que fluctuaba y que alternativamente desaparecía y volvía á aparecer. Me adelanté; era la chalupa; abalancéme á cojerla por la proa en el instante que tocaba á tierra y la detuve: pero ya no había en ella ninguno de mis amigos. Iba á retirarme, y mirando con mas atencion el interior del barquillo, reparé en la sentina un objeto que parecía tener la forma humana. Me acerqué, lo examiné mejor, y reconocí la cabeza y el hombro de un niño; la parte inferior de su cuerpo estaba enteramente sumergida en el agua. Lo levanté y lo llevé á una choza que distaba unas cien varas de la orilla. Estaba inhabitada, ni había luz ni fuego. En aquel momento oí los pasos de un caballo que parecía acercarse; lo montaba un vecino atraído por la curiosidad. Le supliqué me lo prestase por una hora, y montando con la húmeda carga que acababa de arrebatar á la muerte, en menos de diez minutos me hallé á la puerta de mi casa.

—Cuidad de este niño, dije á mi criada, que estaba en la antesala, envolvelo con paños bien calientes. Se acercó, y al recibir de mis manos el tierno niño que todavía estaba sin sentido, exclamó:

—¡O Dios mío! es un cadáver.

—Lo será pronto, si no despachais. Os digo que respira aun. Pronto una luz; llevadlo á mi cuarto donde está encendida la chimenea: calentad la cama y acostadlo. Yo voy á mudarme el vestido.

«Cinco minutos despues volvió á bajar aquella mujer:

—¿Cómo se halla?

—Muy bien; ha cobrado un poco de calor; le han probado mucho algunas gotas de Hoffman; pero no habla. Es necesario que encienda esta bujía.

«Cuando la hubo encendido, se detuvo como sorprendida.

—¡Y bien! ¿qué es esto?

—¿Y su hija de Vd.?... ¿qué ha hecho Vd. de ella?

—¿Qué he hecho yo de ella? Hace cuatro horas que ha de estar aquí, que se ha separado de mí.

«Nada contestaba aquella mujer: me miraba con cierto aire de incredulidad.

—¿Porqué me mirais así? Id al cuarto de la señora, y la hallaréis en cama. Os habeis dormido seguramente, y no la habréis visto entrar.

—No, no, señor; no ha un cuarto de hora que he

estado en su cuarto, y no estaba allí.

«No bien hubo pronunciado estas palabras, le arranqué de la mano la luz, subí al cuarto de mi hija y á nadie encontré. Bajando despues presuroso, mandé ensillar un caballo, tomé mi par de pistolas de la campana de la chimenea, y me lancé hacia la puerta. Oí entónces un grito, una voz conmovida y confusa, que parecía partir del cuarto principal. Volvíme, y vi á mi criada en pié en la escalera y con la cara pálida. Por segunda vez se dejó sentir mas distintamente la misma voz que había oído.

—¡Padre mío! exclamó.

—Esta es la voz de mi hija.

—Sí, ciertamente, tartamudeó la criada cayendo de rodillas.

«Volví á subir la escalera: entré en mi cuarto, y el primer objeto que descubrí fué mi hija acostada en mi cama y que me tendia los brazos.

«He aquí cuanto había pasado. La hermana del jóven que nos había convidado había conseguido persuadir á mi pobre hija que se aprovechase del momento en que estuvimos en la mesa para disfrazarse de hombre y hacer una visita á una amiga vecina, que no había admitido el convite de su hermano. A algunos pasos de la casa se apoderaron de ella tres amigos de aquel desdichado, ahogaron sus gritos y la llevaron á la lancha. Cuando la tormenta arrojó á la costa la frágil embarcacion, la servia de lastre mi hija, que estaba desmayada y la impidió zozobrar. Aquel niño que había encontrado en el fondo de la chalupa y que había traído sin mirarlo con atencion, era mi hija. Se pasaron tres meses sin que oyese hablar del raptor ni de sus camaradas.

«Me causó mucha estrañeza el saber una mañana que un empleado de aduanas, seguido de algunos hombres armados, acababa de entrar en el patio de mi casa y que deseaba hablarme. Me dijo el empleado que venia con la comision de visitar mi casa en que había ocultos jéneros prohibidos. En otro tiempo había yo hecho el contrabando; pero finalmente había abandonado aquel peligroso oficio, y contesté á los agentes de la aduana que podian hacer su visita, bien seguros de no hallar nada. Yo mismo les serví de guia y les acompañé á la cuadra, donde, debajo de unos montones de heno, hallaron, con gran asombro mio, algunas barricas de aguardiente. Sin duda las había puesto allí algun enemigo; ¿mas cómo probarlo? Se me impuso la prision y una multa tan enorme, que mi fortuna toda no hubiera bastado á satisfacerla. He apelado y pedido una nueva formacion de sumaria. El raptor ha tomado posesion de mi casa, y algunos otros hechos que he ido descubriendo parece me llevarán tarde ó temprano á la averiguacion de tan negra intriga. Mi abogado me da muchas esperanzas. ¡Plegue al cielo que pueda asistir á la boda de mi hija! La quiere mucho un primo suyo, y segun me escriben, ella tambien le tiene alguna inclinacion. Es un jóven amable, de muy buena figura, mi hija sin

embargo habia rehusado sus obsequios hasta el último verano; pero la sobrevino un pequeño accidente durante nuestra permanencia en la isla de Whight que los ha repentinamente reconciliado.»

Esta relacion de mi compañero de infortunio aclaraba las circunstancias mas importantes de mi vida pasada. Saludéle sin decirle palabra, y me entré en mi cuarto. Ya no me quedaba ninguna duda de que aquel jóven que habia encontrado por primera vez en la isla de Whight y que poco despues habia visto en el teatro era el primo é iba á ser bien pronto el esposo de aquella á cuyos piés hubiera yo puesto toda mi fortuna, si hubiese sido príncipe ó rey. De esta suerte se habian desvanecido todas mis esperanzas; ya no tenia nada que pretender. Desde aquel instante me pareció agradable la cárcel; me acostumbé á una esclavitud que tan dura me habia parecido hasta entónces. Podia permanecer allí, alimentarme de mi afliccion, sepultarme en mis amargos pensamientos, y olvidado de todos, terminar en aquel calabozo mi triste existencia. Ni comia ni dormia. Mis camaradas de prision se burlaban de mí. El capitán (así le llamaré para distinguirlo mejor) me manifestaba el mas vivo interés y me rogaba no le ocultase el motivo real de mi tristeza. «Me creeré muy venturoso, me decia, si, despues de pagada mi multa, me permite Vd. que me sustituya en lugar de sus acreedores, y que abra á Vd. las puertas de una cárcel que tan dura le parece.»

Cuatro dias despues que el capitán me habia hecho su relacion, por la primera vez probé una hora de descanso. Me dormí con los brazos cruzados sobre la mesa comun; y cuando vinieron á despertarme para comer, reparé que no estaba mi compañero de infortunio. Una prueba completa acababa de señalar al autor del fraude, que, culpable á la vez de contrabando y de una denuncia calumniosa, debia ir á ocupar su puesto en la cárcel. Aunque me causó mucha satisfaccion que se hubiese hecho justicia á mi honrado amigo, sentí no haberle podido estrechar la mano antes de partir.

«¿Porqué no se ha despedido? pregunté al alcaide.

—También se lo decian su hija y un jóven que la acompañaba, contestó, pero el padre no ha querido, porque habia tres noches que Vd. no dormia y necesitaba Vd. de reposo.

—¡Su hija ha venido! exclamé.

—No ha un cuarto de hora que estaba aquí. Ha parecido que le conocia á Vd., á lo menos le enseñaba á Vd. á su padre, y mientras que él pagaba lo que estaba debiendo, no ha cesado de mirarle á Vd. Despues se han marchado juntos.»

¿Porqué me he dormido? ¿qué desgraciada casualidad me ha hecho escojer aquel instante! la hubiera vuelto á ver una vez. Exasperado é irritado contra la fortuna que hacia de mí un vil juguete, me levanté de la mesa. Fui á sentarme en un banco, donde pasé mas de una hora en la misma actitud y anonadado por el pesar. Yo no sé qué pensamiento de ironía

amarga se apoderó de mí; me dió una de esas risas insensatas, síntoma de locura, cuyas estrepitosas carcajadas atrajeron en torno mio á algunos de mis compañeros de cárcel. Al ver sus miradas curiosas é investigadoras que parecian querer penetrar en mi interior, me levanté. «¿Qué! ¿no han visto Vds. nunca á un hombre reir? les pregunté. Yo estoy alegre y quiero reir, y Vds. me acompañarán en mi alegría. Que traigan vasos, vasos para todos y Champagne.»

En menos de cinco minutos todo estuvo preparado. Un pobre deudor que servia de criado en nuestra cuadra nos trajo los frascos. Yo daba la fiesta y ocupé la cabecera de la mesa: bien pronto vi centellear todos los ojos, desarrugarse todas las caras y reinar en derredor mio una loca alegría. En el momento en que me entregaba con el mayor abandono á aquel insensato delirio, vinieron á avisarme que estaba á la reja un caballero que deseaba hablarme. Obedecí á aquella invitacion, despues de haber rogado á mis compañeros que disimulasen, y encontré en el recibidor á mi honrado adversario el abogado. Era la primera vez que experimentaba una conmocion agradable despues de mi entrada en la cárcel. Iba yo á hablar, cuando me hizo señal de que le escuchase.

«La deuda de Vd. está ya pagada, me dijo, tome Vd. su debitorio. No pierda Vd. tiempo, salga Vd. de esta cárcel, y mañana á las nueve le aguardo en mi casa. Tomarémos juntos el almuerzo; en casa habrá dos ó tres amigos que tendrán una satisfaccion particular de verle á Vd. Con que mañana á las nueve, repitió estrechándome la mano. Llevo prisa y siento no poder hablar mas con Vd. por ahora.»

Al dia siguiente estaba en mi cama muy admirado de haber dormido diez horas sin despertarme un momento. A las ocho y media estaba ya vestido, y á las nueve llamaba á la puerta del abogado. Salí á abrirme una jóven vestida con mucha elegancia y cuya gorra estaba adornada de hermosas cintas. Un poco sonrojada me introdujo en el recibidor, donde encontré solo al abogado.

«Muy bien, me dijo, muy bien. Es Vd. muy exacto, está Vd. tan lindo como un novio. En efecto, se trata aquí de boda; pero entretanto, ¿quiere Vd. sentarse?»

—¡Cuán agradecido debo estar á Vd., caballero!

—Vd. se equivoca; sin duda cree Vd. que me debe su libertad; esto es un error. Siento infinito no ser mas rico; en vez de firmar el mandato de arresto de Vd., hubiera con la mayor satisfaccion puesto mi firma para librarle. Sea como fuere, debe Vd. este servicio á uno de sus camaradas de cárcel; seguramente ya adivina Vd. de quien le hablo. Por una extraña casualidad era mi cliente; y he conseguido sacarle de la cárcel en que le habia encerrado el mas criminal artificio. La conversacion de Vd. le habia inspirado el mas vivo interés, y sabia ya que Vd. habia prestado á su hija un servicio importante; ha querido

manifestarle á Vd. su reconocimiento, y como su hija se casa, no duda que le hará Vd. el obsequio de asistir á la ceremonia.»

No sé describir la sensacion que en mí produjeron aquellas palabras; pero creció mi conmocion al ver abrirse la puerta y entrar mi camarada, seguido de su hija, que daba el brazo á su primo.

«Querido camarada, me dijo el padre, déme Vd. la mano. Desde que le ví á Vd. en el triste lugar de que acabamos de salir, formé la resolucion de volverle á Vd. la libertad, luego que hubiese recobrado la mia; pero estaba lejos de saber por qué amable y honrado jóven me interesaba. Almorzarémos juntos, si Vd. gusta. El coche nos aguarda; ¿tendrá Vd. la bondad de dar la mano á mi hija y ayudarla á subir?»

Me faltaba la palabra; y por un movimiento casi maquinal acompañé á la bella jóven hasta el coche; me retiraba despues para dejar paso á su padre y á su primo.

«No, no, dijo el padre, es necesario que tome Vd. asiento á su lado.»

Obedecí, subí al carruaje. Intelijencia, corazon, sentimiento de mi existencia, todo hasta la circulacion de mi sangre parecia suspendido. Estaba allí como una estatua, inmóvil y mudo; no habia advertido que el coche se acababa de parar y que estaba abierta la portezuela.

«Vamos, me dijo el padre, ¿no quiere Vd. ayudar á

mi hija á apearse?... Y entretanto espero tendrá Vd. la condescendencia de acompañarla á la iglesia.»

Obedecí con una viveza particular y como si todos mis movimientos hubiesen sido puramente físicos. Esperimentaba la mayor impaciencia; me parecia que mi tormento debian conocerlo cuantos me miraban; se abusaba de mi situacion. Su padre, el primo y el abogado la seguian: «Y bien, esclamé, así que llegamos junto al altar, que se acerque el novio, esta mano le pertenece.

—Su esposo está á su lado; es Vd., me dijo el padre.»

Me paro aquí en mi narracion por la dificultad de darla todos los colores de la verdad. Estaba delante de mí con los ojos bajos y las mejillas bañadas de púrpura, de rubor y de cariño. No es difícil adivinar por qué complicacion de resortes se habia formado aquella intriga sin que yo lo supiese. El abogado, á quien en un momento de viva y amarga desazon, habia yo confiado mi amor y el pequeño drama que se le referia, lo habia participado al capitán. El primo, que se casaba mas bien por conveniencia que por inclinacion, renunció fácilmente á sus proyectos, sobre todo despues que supo que su prima habia concebido por mí una pasion muy viva despues de nuestra entrevista en la isla de Whight.

Tal es el pequeño drama que decidí de toda mi vida, y que encierra á la vez las escenas mas tristes y las mas gratas de que he conservado memoria.

De las Casas de refugio en los Estados Unidos (1).

El gobernador Clinton, cuyo nombre será siempre célebre en el estado de Nueva-York, decia: *Las casas de refugio son los mejores establecimientos penitenciarios que haya concebido el númen del hombre é instituido su beneficencia.*

La primera casa de refugio se fundó en la ciudad de Nueva-York, en 1825. Boston, en 1826, y Filadelfia, en 1828, vieron levantar dentro de sus muros iguales establecimientos. De aquí se puede colegir cuán grande es en los Estados-Unidos el poder de la asociacion.

Conmovidos algunos particulares de Nueva-York de la suerte espantosa de los jóvenes delincuentes que jemian en las cárceles, barajados y confundidos con los malhechores de profesion, concibieron la idea de remediar este mal; y aunando sus esfuerzos, trabajaron desde luego en ilustrar la opinion pública, y despues, dando el ejemplo de la jenerosidad, hicieron, para establecer una casa de refugio, sacrificios pecuniarios que fueron seguidos de una multitud de suscripciones.

TOMO II.

Las casas de refugio, nacidas así del concurso de muchas limosnas individuales, fueron en su orijen una institucion privada, y no obstante han recibido la sancion de la autoridad pública. Todos los individuos que encierran son allí detenidos legalmente; pero la ley, al aprobar las casas de refugio, no se entromete en su direccion ni en su vijilancia, cuyo cuidado deja á los particulares que son sus fundadores.

El estado contribuye anualmente con un socorro pecuniario al gasto de su mantenimiento, y con todo no toma la menor parte en su administracion.

La autoridad gubernativa de las casas de refugio reside en el cuerpo entero de los suscritores que han contribuido á la fundacion de los edificios, ó que todavía están contribuyendo á los gastos de la manutencion anual. Los suscritores se reúnen y nombran directores, á quienes confieren el poder de go-

(1) Creemos que se nos agradecerá la noticia que aquí damos de las Casas de refugio de los Estados-Unidos. ¡Ojalá se planteara en nuestra patria establecimientos semejantes! Nuestras autoridades populares pueden contribuir mucho á este logro.

bernar el establecimiento del modo que juzgan mas acertado. Estos directores elijen los empleados, y estienden los reglamentos de administracion necesarios. Hay en su seno una comision activa permanente, encargada de celar la ejecucion de todos los acuerdos, y que viene á ser el poder ejecutivo del instituto. Los empleados de la casa de refugio son los agentes inmediatos de la comision activa, á la cual someten todos sus actos, y ninguna cuenta tienen que dar al gobierno que jamás se la pide.

Entre los empleados, el que mas llama la atencion de los directores es el superintendente, pues que este es el alma de toda la administracion.

Así es que las casas de refugio, abandonadas á sí mismas, y sujetas á la censura de la opinion pública, van prosperando, y los esfuerzos con que se sostienen son tanto mas eficaces cuanto mas espontaneos y libres. Los gastos que acarrear son llevaderos, pues que son voluntarios, y el menor suscriptor tiene parte en la administracion, y por consiguiente en el esplendor del establecimiento. Aunque los gastos de fábrica y manutencion no los pague el estado, no por esto dejan de correr á cargo de la sociedad; pero al menos gravitan sobre aquellos que, en razon de sus haberes, pueden sobrellevarlos, y que hallan una indemnizacion moral en el sacrificio que tienen el mérito de imponerse á sí mismos.

Las casas de refugio se componen de dos elementos distintos: recíbese en ellas á los jóvenes de ambos sexos, menores de veinte años, y condenados por crimen ó delito; y á los que, sin haber sufrido ninguna condena ni juicio, son enviados allí por via de precaucion.

Nadie negará seguramente la necesidad de las casas de refugio para los jóvenes condenados. En todos tiempos y países se ha reconocido el inconveniente de colocar en el mismo sitio y de someter al mismo régimen los delincuentes jóvenes y los culpables á quienes la edad ha empedernido en el crimen. Este vicio es tan grave, que los magistrados andan muy mirados en perseguir á los delincuentes jóvenes, y el jurado en condenarles. Pero entónces se atraviesa otro inconveniente, porque alentados por la impunidad, se entregan á nuevos desórdenes, de los que tal vez les hubieran alejado para siempre un castigo proporcionado á su falta.

La casa de refugio pues cuyo régimen no es ni demasiado severo para un niño, ni sobradamente blando para un culpable, tiene por objeto sustraer á la vez al delincuente joven á los rigores del castigo y á los peligros de la impunidad.

Los individuos no condenados que se envian al refugio son los jóvenes de ambos sexos que, sin haber cometido crimen alguno, se hallan en una situacion alarmante para la sociedad y para sí mismos; los huérfanos á quienes la miseria condujo á la mendigüez y holgazanería; los hijos abandonados por sus padres y que llevan una vida desordenada; en una

palabra, todos aquellos que, ya sea por su culpa, ó la de sus padres, ó por la de la suerte, han caído en un estado tan vecino al crimen, que infaliblemente serian culpables, si conservasen su libertad (1).

Pensóse pues que las casas de refugio debian contener á un tiempo los delincuentes jóvenes y aquellos que estaban al canto de serlo; á estos se les evita la infamia de juzgarles, y á todos el baldon de la cárcel.

Para alejar de la casa de Refugio todo concepto de oprobio ó borron, se ha dado á este establecimiento un nombre que solo escite el recuerdo de la desventura.

Así pues la casa de refugio, aunque encierre en su seno cierto número de condenados, no es cárcel, y el que está allí detenido no sufre una pena. Y, en jeneral, la decision por la cual se envia á los niños al refugio no tiene la solemnidad ni las formas de un juicio, y aquí citaremos un hecho que nos parece característico del instituto. Los magistrados que envian los muchachos á la casa del refugio jamás determinan el tiempo que el joven delincuente ha de pasar en ella, y se limitan á colocarlo en la casa, que desde este momento adquiere sobre él todos los derechos de un tutor. Este derecho de tutela llega á su término al cumplir el joven los veinte años; pero aun antes de llegar á esta edad, los directores del establecimiento pueden hacerlos salir, si lo exige su interés. La casa de refugio guarda un medio entre el colejo y la cárcel; recíbese en ella á los jóvenes delincuentes, no tanto para castigarles como para darles la educacion que les negaron sus padres ó su fortuna; los magistrados pues no pueden fijar el tiempo de permanencia en el refugio, porque no pueden prever el tiempo que será menester para corregir á los jóvenes y reformar sus inclinaciones viciosas (2).

El cuidado de apreciar todos estos puntos lo dejan

(1) Hemos visto, al visitar la casa de refugio de Nueva-York, que mas de la mitad de los muchachos que allí se han recibido hasta el dia, fueron á parar en el establecimiento de resultas de desgracias que no pueden imputárseles. Así, sobre 513 jóvenes, 135 habian perdido á su padre, 40 á su madre, 67 eran huérfanos, y 51 habian sido impelidos al crimen por la mala conducta ó la desidia de sus padres. Tambien hay 47 cuya madre se habia vuelto á casar.

(2) Las diversas autoridades que pueden enviar muchachos á la casa de refugio son:

- 1º. Los tribunales de justicia criminal;
- 2º. Los magistrados de policía;
- 3º. Los comisarios del hospital de los pobres.

El párrafo 17 del título 7, capítulo 1, parte 4ª. de los estatutos revisados del estado de Nueva-York dice lo que sigue:

«Tódas las veces que un individuo de edad, á lo menos de diez y seis años, sea convencido de felonía, el tribunal, en lugar de condenarlo al encierro en una cárcel central, podrá ordenar su detencion en la casa de refugio establecida en la ciudad de Nueva-York por la sociedad instituida para la reforma de los jóvenes delincuentes, á menos que dicha sociedad haya informado á este tribunal que la casa de refugio no tiene lugar disponible.»

á los directores del establecimiento, quienes viendo cada día á los muchachos confiados á su vijilancia, juzgan de sus progresos, y señalan aquellos á quienes puede concederse la libertad sin riesgo: por lo demás, aunque un muchacho salga de la casa de refugio por su buena conducta, no deja de estar bajo el patronato de los directores, hasta haber cumplido sus veinte años; y si no realiza las esperanzas que de él se habian concebido, estos tienen derecho á llamarle otra vez á la casa de refugio, y para obligarle á que vuelva, pueden echar mano de todos los arbitrios de derecho.

En la Pensilvania se han suscitado algunas objeciones contra el derecho, atribuido á las casas de refugio, de encerrar individuos que no habian cometido crimen alguno, ni sufrido ninguna condena. Tal poder, decian, era contrario á la constitucion de los Estados Unidos, añadiendo que la facultad concedida á los directores del establecimiento de disminuir ó dilatar á su albedrío el tiempo de la detencion era un principio arbitrario que no podía tolerarse en una sociedad libre.

Arduo fuera en teoría desvanecer estas objeciones; sin embargo se comprendió que las casas de refugio aliviaban la suerte de los jóvenes criminales, en vez de agravarla; y que los muchachos no condenados que encerraban no eran víctimas de una persecucion, sino que solamente estaban privados de una libertad funesta; nadie levanta hoy la voz contra las casas de refugio. No deja con todo de concebirse la reserva con que deben ejercer sus funciones los que tienen el poder de enviar á ellas los muchachos, cuando se piensa que tienen el derecho de arrancar un hijo á sus padres para ponerlo en el establecimiento, y que han de ejercer esta autoridad todas las veces que los padres tienen que afearse el desenfreno de sus hijos.

La ley, previendo la posibilidad de los abusos, procuró remediarlos. El niño tiene, segun la ley, el derecho de poner una instancia ante el juez ordinario contra la decision del funcionario que le envía al refugio. Los padres tienen igual facultad, y hay ejemplos de haberse ejercido este derecho; por lo demás, no es la persecucion de la tiranía lo que hay que temer en estos establecimientos. Las casas de refugio han de estar tan ajenas de los rigores y del régimen material de una cárcel, como del régimen harto indulgente y todo intelectual de una escuela.

Pero si estos establecimientos de América se desvían del verdadero objeto de su instituto, mas bien seria por efecto de sobrada blandura que de una severidad estremada.

Los principios fundamentales en que estriban las casas de refugio son sencillos; en Nueva York y Filadelfia, los muchachos están separados por la noche en unas celdillas solitarias, y de día pueden comunicar entre sí. La separacion de noche, exigida al parecer por las buenas costumbres, no es ya necesaria durante el día, pues un aislamiento absoluto seria

mortal para algunos muchachos, y no podrían ellos mantener el silencio sin unos castigos que su violencia debe hacer desechar. Por otra parte habria los mas graves inconvenientes en privarles de las relaciones sociales, sin las cuales no podría desarrollarse su progreso intelectual.

En Boston no se separan ni de día ni de noche. No hemos advertido que en esta casa de refugio tengan ningun inconveniente las comunicaciones de noche; pero el riesgo no es menos grave á nuestro entender, y en Boston solo se evita con un celo y vijilancia extraordinarias, que en general no podríamos esperar de los hombres mas dedicados á sus empleos.

El tiempo se reparte entre la instruccion que reciben y los trabajos materiales á que se dedican. Se les enseñan los conocimientos elementales que pueden serles útiles durante su vida, y asimismo un oficio cuyo ejercicio les facilite los medios de subsistir. Sus trabajos intelectuales dan al establecimiento el aspecto de una escuela primaria, y su trabajo en el taller es el mismo que en una cárcel.

Mantiénese el orden en las casas de refugio por unos medios disciplinarios que es del caso examinar.

Empléanse dos influencias, las penas y las recompensas. Pero en la aplicacion de este principio, se nota alguna diferencia entre las casas de refugio de Nueva York y Filadelfia y las de Boston.

En los dos primeros establecimientos, los castigos que se imponen á los jóvenes que quebrantan la disciplina son:

1°. La privacion de recreo.

2°. La reclusion solitaria en una celdilla.

3°. El reducir su alimento á pan y agua.

4°. Y en los casos graves, los castigos corporales esto es, azotes.

En Nueva-York, el reglamento autoriza espresamente la aplicacion de los golpes; y el de Filadelfia, no atreviéndose á permitirlos espresamente, se limita á no prohibirlos. El distribuir las penas pertenece al superintendente, quien, en el establecimiento, disfruta de un poder discrecional.

Al paso que estos jóvenes detenidos y discolos están sujetos á estos diferentes castigos segun la gravedad de sus faltas, se conceden distinciones honoríficas á aquellos cuya conducta ha sido laudable. A mas del honor de pertenecer á las primeras clases, los que se distinguen entre los otros llevan una insignia que los da á conocer de todos. En fin el superintendente designa de entre los sobresalientes cierto número de *monitores*, á quienes confia una parte de la vijilancia de que está encargado él mismo; y este testimonio de confianza es para ellos una distincion que los elejidos aprecian en gran manera.

En Boston se escluyen de la casa de refugio los castigos corporales; la disciplina del establecimiento es toda moral, y estriba en principios fundados en la mas alta filosofía.

Todo propende allí á realzar el ánimo de los jóve-

nes delincuentes, y á hacerles tener en mucho su propia estimacion y la de sus semejantes. Para lograrlo aparentan tratarles como á hombres y como á miembros de una sociedad libre.

Nosotros consideramos esta teoría como el punto de vista de la disciplina, porque nos parece que la alta opinion que se inspira al muchacho de su moralidad y condicion social, no solo es muy adecuada para realizar su reforma, sino que es tambien al propio tiempo el medio mas eficaz para lograr de su parte una cabal sumision.

Desde luego hay un principio muy bien establecido en la casa, y es que nadie puede ser castigado por una falta no prevista, sea por las leyes de Dios, sea por las del pais ó por las del establecimiento. Este es el primer principio, en materia criminal, que se proclama en la casa de refugio. El reglamento contiene tambien el principio siguiente:

«Estando fuera del alcance del hombre el castigar la falta de respeto á la Divinidad, se limita á vedar al que de ella se haga culpable toda participacion á los oficios religiosos, abandonando así al criminal á la justicia de Dios, que le espera en el porvenir.»

En la casa de refugio de Boston, el muchacho que se halla separado de los oficios religiosos padece á los ojos de sus camaradas y en su propia opinion el mas terrible de todos los castigos.

En otra parte se dice que no se admitirá la denuncia de ningun muchacho sobre las faltas de sus compañeros, y en el artículo que sigue se añade que nadie será castigado por una falta confesada con sinceridad.

Hay tambien en Boston un registro de moralidad, en donde cada uno figura con sus notas buenas ó malas; pero lo que distingue este registro del que tienen las otras casas de refugio, es que en Boston cada muchacho da por sí mismo las notas que le conciernen. Cada tarde los jóvenes detenidos son preguntados uno tras otro, cada uno es llamado á juzgar su conducta de todo el dia, y conforme á su declaracion, se escribe la nota que le interesa.

La esperiencia enseña que siempre se juzgan mas severamente á sí mismos que entre sí, y no pocas veces es menester reformar la severidad y la injusticia de la sentencia.

Cuando se ofrecen dificultades en la calificacion de moralidad, y algunos jóvenes detenidos han quebrantado en algo la disciplina, hay lugar á juicio. Se reúnen doce jurados elejidos de entre los jóvenes del establecimiento, y fallan ya la condena, ya la absolucion del acusado.

Cada vez que debe elejirse entre ellos algun majistrado ó monitor, se reúne la comunidad, procede á

las elecciones, y el candidato que obtiene la mayoría de votos es proclamado por el presidente.

Nada cabe mas grave que el modo cómo ejercen sus funciones estos electores y jurados de diez años.

Se nos perdonará el haber entrado en la esplanacion de este sistema y el haber recorrido sus menores circunstancias. Por otra parte, en la idea de estos juegos politicos hay mas prevision de lo que se cree. Tal vez estas impresiones de la infancia y este uso precoz de la libertad contribuirán mas tarde á hacer á los jóvenes delincuentes mas sumisos á las leyes y á las instituciones de su pais; y de todos modos este sistema es un medio poderosísimo de educacion moral. Fácil es concebir la entereza de que son capaces esas almas jóvenes en las que se hacen vibrar todos los sentimientos adecuados para realzarlas sobre sí mismas. La disciplina tiene sin embargo otras armas de las cuales se vale cuando son insuficientes los medios morales.

Los niños de buena conducta disfrutan grandes privilegios.

Solo ellos toman parte en las elecciones y son elegibles. El voto de los que pertenecen á la primera clase vale tambien por dos; doble voto que los otros no pueden envidiar, pues que de ellos depende el alcanzar el mismo favor. Los buenos son depositarios de las llaves mas importantes de la casa, salen libremente del establecimiento, y en los lugares de reunion dejan sus puestos sin necesidad de permiso; en todas ocasiones son creidos bajo su palabra, y se celebra el dia de su nacimiento. No todos los buenos gozan de estos privilegios; pero cualquiera que pertenezca á una clase buena tiene derecho á alguna de estas prerogativas.

Las penas impuestas á la clase de los malos son: la privacion del derecho electoral y del derecho de elegibilidad; á mas, no pueden entrar en casa del superintendente ni hablarle sin su permiso, y les es prohibido conversar con los demás jóvenes detenidos, y en fin, cuando es necesario, se impone al delincuente una pena que le afecte materialmente. Unas veces le hacen llevar manillas, otras le ponen una venda delante de los ojos, ó al fin le encierran en una celdilla solitaria.

Tal es el sistema de la casa de refugio de Boston; el de los establecimientos de Nueva-York y de Filadelfia, aunque mucho menos notable, es quizás mejor: no porque la casa de refugio de Boston no nos parezca maravillosamente dirigida y superior á las otras dos, sino porque su éxito nos parece efecto mas bien del hombre distinguido que lo pone en planta que del mismo sistema.

CIENCIAS MÉDICAS.

Método seguro para mejorar la salud y alargar la vida (1).

Los principios dietéticos, verdaderamente importantes para la salud, son pocos y sencillos, y á cada cual toca hacer su aplicacion especial. Pero estos principios, presentados bajo una forma concisa, no satisfarian seguramente á nadie, y el hombre científico no tendria ya libros que vender, ni el enfermo diera crédito á tan corto número de preceptos. Sin embargo, si se analizasen todas las obras escritas sobre la dieta y el ejercicio, veríamos que todas sus reglas pueden reducirse á una sola: la *moderacion*. «Comed de cuanto querais, pero no os escedais.» Todas sus teorías van seguidas constantemente de casos que llaman particularmente la esperiencia particular de sus lectores: se sienta por regla jeneral que un alimento puede considerarse como perjudicial; sin embargo, es posible que en la práctica convenga á tal ó tal individuo. Lo mismo sucede con el ejercicio; haced el que podais sin incomodaros; esta es la mejor regla. El médico examina los distintos modos de usarle, aprecia sus ventajas, y termina despues diciendo que toca al enfermo consultarse en este punto. Estas obras no se recomiendan por la novedad, porque hace mucho tiempo que se valúan cual merecen las ventajas de la templanza y el ejercicio; pero siempre es útil insistir en su utilidad, como el único medio de desengañar á los valetudinarios de la idea en que están de que beben la salud tragando drogas.

Se ha introducido una gran diferencia en el número y la naturaleza de las enfermedades, que hubiera debido fijar la atencion de todas las personas que reflexionan. El doctor Abernethy observa que en su tiempo eran tan raras las enfermedades producidas por el aumento de la accion vascular, como son frecuentes hoy dia. Lo mismo sucede con las afecciones nerviosas. Los progresos intelectuales de nuestra época tienden á multiplicar estas enfermedades, aumentando las ocupaciones sedentarias; la mayor parte de las mejoras de nuestra vida social producen resultados análogos. Nuestros coches están tan cerrados, que con dificultad se introduce el aire en ellos, y son además tan cómodos, que son preferibles al viajar á caballo. Nuestros sillones, sofás, camas de pluma, etc. parecen estar combinados para impedir la accion muscular. La invencion de los resortes de los carruajes impide el movimiento, y lo mismo sucede con el empleo del vapor para la navegacion. Parece que

el conato de nuestros esfuerzos se dirige á alcanzar el sosiego del cuerpo, en vez de procurarnos el del ánimo. Un poco mas de tranquilidad en el ánimo y un movimiento del cuerpo mas continuo disminuirían en gran manera el aumento de afecciones internas y esternas que nos ponen en manos del médico.

Es de esperar que la misma civilizacion facilitará el remedio de los males que produce; y que la publicacion de artículos como el presente nos hará conocer la necesidad de emplear una parte de nuestro tiempo para salvar el otro. Es indispensable, si queremos disfrutar una vida larga y feliz, que hagamos aquellos ejercicios que requieren el aire libre y la accion de los músculos. En las ciudades, los ejercicios que mas convienen á la localidad son la esgrima, la lucha y la gimnástica, tan apreciadas entre los Griegos, quienes, con su uso incesante, se distinguieron por la belleza y vigor de sus formas, que se admiran aun hoy dia en las estatuas que nos ha dejado la antigüedad.

Las doctrinas que vamos á esponer son una compilacion cabal de cuanto se ha dicho con acierto acerca de la conservacion de la salud por escritores que se han dedicado con ahinco á este estudio. Un escritor puede ser tan útil haciendo desaparecer errores populares, como revelando nuevas verdades. Estos errores son infinitos con respecto á los alimentos y bebidas. Por ejemplo, jeneralmente se cree que los alimentos concentrados, tales como el té de vaca, las jaleas, etc., son muy nutritivos; si en efecto lo fuesen, una persona que habitualmente se alimentase de ellos debiera estar muy robusta; pero la esperiencia ha demostrado que cuantas se han sujetado á esta prueba han perdido su color y sus fuerzas. Mas, oigamos á nuestro autor.

«Comunmente se supone que estrayendo lo que se considera como el principio nutritivo de las sustancias alimenticias, es mas fácil nutrir á las personas enfermas ó delicadas sin incomodarlas; esta persuasion es la que ha puesto en tanto auje el té de vaca y las jaleas. Algunos de nuestros lectores estrañarán que un perro alimentado únicamente con té de vaca muy concentrado se enflaqueció rápidamente y no tardó en morir; pues una dieta semejante produ-

(1) Sure methods of improving health and prolonging life.

ciria iguales resultados en el hombre mas robusto. Es un hecho no menos positivo que un perro alimentado con pan blanco no vive mas de quince dias. Sometido un conejo á esta misma dieta, muere al cabo de diez ó doce dias con todos los sintomas del hambre. Un asno alimentado con arroz cocido en agua no llega á los quince dias (1). Todo esto proviene de que la variedad de alimentos y un volúmen determinado de ellos son necesarios á la nutricion. Es preciso abstenerse de dar á las personas enfermas, y aun á los que gozan de buena salud, mas que una ó dos especies de alimentos concentrados. Estos alimentos, aun en el estado de salud, fermentan en el estómago, en vez de ser digeridos, y por consiguiente sustentan mal. Resulta pues que el caldo muy reducido, el té de vaca y las jaleas vegetales y animales deben tomarse con cualquier otra sustancia, principalmente con pan.»

Tambien es muy ventajoso el beber agua dulce. La diferencia que hay entre las aguas dulces y crudas es harto notoria. Agua cruda es la que no puede disolver el jabon á causa de las sales que la componen. Oigamos el autor, y verémos las señales que caracterizan la buena agua.

« Puede reputarse que es buena el agua de un sitio: 1.^a Cuando sus habitantes tienen buena salud y buen color; 2.^a cuando derramadas algunas gotas encima del cobre no le manchan; 3.^a cuando es lijera; quizás es este el mejor indicio de su bondad; 4.^a cuando cuece con brevedad las legumbres, especialmente guisantes, judías, etc.; 5.^a cuando disuelve con facilidad el jabon; 6.^a cuando mana de un terreno arenoso; 7.^a cuando adquiere fácilmente el gusto y color que quieren darle; 8.^a cuando se hiela difícilmente, y conserva poco mas ó menos la misma temperatura en las diferentes estaciones del año; 9.^a cuando se calienta prontamente por la accion del fuego, y se enfria con igual presteza puesta al aire. En fin, puede tenerse por buena una agua de una corriente cuyas orillas están cubiertas de un hermoso verdor.»

El autor afirma que las primeras hojas del arándano (2), secadas á la sombra, se equivocan con las del té, por el cual paga la Europa anualmente sumas

(1) El Dr. Magendie ha probado tambien alimentar á unos perros con azúcar; aunque este alimento es tenido por muy nutritivo, los animales con quienes se ha hecho el experimento han muerto al cabo de algunos dias. Otro experimento de naturaleza distinta demuestra la importancia del volúmen de los alimentos. Un buque mercante perdió su derrota por vientos contrarios. Notó el capitán con sobresalto que no le quedaba bastante harina para terminar su viaje, pero le ocurrió una idea que le sacó del apuro: mandó serrar unas tablas, y despues de haber cernido el serrín, lo mezcló con la harina. Con esta harina se formó un pan que, aunque basto, salvó á la tripulacion de los horrores del hambre; sin embargo el serrín no contiene niaguna sustancia nutritiva.

(2) Es el *vaccinium* de los Romanos, ó el *vaccinium idea* de Linco.

tan considerables á la China. De aquí puede deducirse el beneficio que resultaria de fomentar el cultivo de esta planta. Es notorio que Juan Hussey de Sydenham, que vivió ciento diez y nueve años, no tomó durante medio siglo mas que té de menta dulcificado con un poco de miel.

Un célebre médico ha hecho experimentos sobre los efectos que el uso del vino produce en los niños. Durante una semana hizo beber á uno de sus hijos, despues de comer, un vaso de vino de Jerez, y al otro hermano una hermosa naranjada, [no tardando en convencerse de la aciaga influencia que ejercen los licores en la constitucion de los niños por robustos que sean. El pulso del muchacho que tomaba vino de Jerez se fortaleció mucho mas; aumentóse el calor en la piel; la orina era de color mas subido, y en una palabra, todo indicaba que la salud del niño experimentaba notable alteracion. La semana siguiente sometió su otro hijo á la misma prueba, y los efectos fueron idénticos.

Los aficionados al aguardiente y á los licores espirituosos en jeneral piensan que disminuyen sus malos efectos mezclando agua con el alcohol y bebiéndola al modo del vino: pero escuchemos á nuestro doctor.

« Los partidarios de esta opinion pretenden que el vino no es otra cosa que un espíritu diluido. Es cierto que el vino contiene gran cantidad de espíritu; pero durante la fermentacion, este espíritu se mezcla íntimamente con la parte acuosa, modificándola en gran manera las partes sacarinas y mucilajinosas de la uva. Los espíritus y el agua se combinan muy imperfectamente, y es muy verosímil que mezclados así, se evaporan prontamente en el estómago, y obran en él como aguardiente puro.»

El hecho siguiente demuestra la suma importancia de la ventilacion. En el hospicio de la Maternidad de Dublin, murieron, en el espacio de cuatro años, 2944 niños sobre 7650, á los quince dias de nacidos. Creyóse que esta mortandad provendría de que las salas no estaban bastante ventiladas, y multiplicando las ventanas en debida proporcion, se redujo la mortandad á 279. Resulta de este hecho que de los 2944 niños que habian muerto en los cuatro años anteriores, perecieron 2655 por la insuficiencia del aire.

El célebre Lavoisier halló que, en una representacion teatral, el aire se componia de lo siguiente, antes de levantarse el telon:

Oxígeno.	27
Azoe.	73
	—
Total.	100
	—

Al concluirse la funcion, las partes constitutivas del aire se hallaban en las proporciones siguientes:

Oxígeno.	21
Azoe.	76½
Acido carbónico.	2½
<hr/>	
Total.	100

Así pues el oxígeno ó el aire vital había disminuido en la proporción de 27 á 21, ó cerca de una cuarta parte, y se había mezclado con una cantidad considerable de ácido carbónico.

La menor porción del día que el hombre puede pasar al aire libre es de dos horas. Nuestro autor dice que es indispensable para la salud y la longevidad. La acción del aire, además de sus inmediatas ventajas, tiene también la de endurecernos contra las variaciones de la temperatura.

Una sensibilidad estremada por las variaciones é impresiones del aire es una de las causas más activas de las enfermedades en los países más adelantados en la civilización. Las personas que viven habitualmente al aire libre no son tan sensibles al frío, al calor ni á la humedad, como las que habitan en el interior de las casas, á quienes un frío algo vivo ó un tiempo húmedo ataja la traspiración y ocasiona reumatismos y enfermedades inflamatorias del carácter más peligroso.

Por esta misma razón es excelente el método que siguen algunos que ejercen su industria en las ciudades, de retirarse al anochecer á una casa de campo, siendo de desear que todos los que se hallan en el mismo caso lo adoptasen. Es, dicen, un jénero de vida muy dispendioso; pero falta saber si las enfermedades, los gastos que estas ocasionan, y las tareas que interrumpen no ascienden á un doble. El doctor Garnett ha observado que es más ventajoso para la salud el respirar cada día el aire del campo, que el pasar dos ó tres meses del año en una quinta, para empozarse luego todo el resto del año en la atmósfera corrompida de las ciudades populosas.

Las ventajas relativas de la permanencia en las ciudades y en el campo, bajo el aspecto de la salubridad, son como siguen:

« 1º. En las ciudades grandes, la mortandad está en proporción de un décimonono á un vijésimo primo, ó de un vijésimo tercio á un vijésimo cuarto (1).

« 2º. En las ciudades medianas, la mortandad es de un vijésimo quinto á un vijésimo octavo.

« 3º. En el campo, la mortandad es de un cuadrájésimo á un quincuajésimo, y á veces de un sexajésimo.

« Así podemos asegurar con toda confianza que en Lóndres muere anualmente una persona entre veinte. Júzguese, en vista de esto, qué ventajas resultan de vivir en el campo para la salud y la longevidad.»

La obra de que hablamos contiene una prueba muy

reparable de las ventajas del aire libre y del ejercicio á caballo en ciertas enfermedades. «La curación que voy á referir es la de un pariente del doctor Sydenham, que había caído en un estado de consunción y parecía amenazado de una muerte inevitable. Se habían empleado inútilmente todos los recursos de la medicina. El infeliz enfermo, guiado por una especie de instinto, demostraba el deseo de probar el ejercicio á caballo; pero el doctor Sydenham se oponía, considerando este ejercicio como muy violento. Su desgraciado pariente, viendo que no había más recurso, se decidió á marchar á Exeter á caballo. Estaba tan débil al ponerse en camino, que se necesitaron dos hombres para sostenerle en el caballo. Cuando llegó á Brentford, no quería recibirle el posadero, temeroso de que muriese y de cargar con el entierro. Insistió sin embargo en llegar hasta Exeter á cortas jornadas, y fué tanta la fuerza que cobró en el tránsito, que habiéndole arrastrado un día su caballo á un pantano, tuvo que continuar su camino á caballo por espacio de algunas horas con los vestidos mojados, y llegó no obstante al término de su viaje casi enteramente restablecido. Mas habiendo cesado en este ejercicio, no tardó en recaer enfermo, y acordándose del consejo que le dió el doctor Sydenham al tiempo de marchar, que si le probaba la equitación, no la abandonase demasiado presto, volvió á empezar sus correrías hasta que se restableció enteramente (1).

(1) El traductor de este artículo ha podido convencerse por sí mismo de la suma utilidad del ejercicio tomado al aire libre en ciertas enfermedades. Al volver de la campaña de Rusia, fué acometido, en Königsberg, del tifus, que estaba diezmando á los miserables restos que se libraban de los desastres de la retirada. Esperimentó desde el principio una torpeza general y una repugnancia invencible á toda clase de alimentos, en términos que una cucharada de caldo le inspiraba tanto asco como las medicinas más desagradables, teniéndolo que tomar casi por fuerza. Era tan intenso el mal, que se agotaron sus fuerzas en pocos días, y no podía ejecutar el más mínimo movimiento, ni aun el de levantar el brazo; el emético que tomó no fué de ningún provecho, y el médico que le cuidaba había fallado ya su sentencia de muerte. En este estado, la defecación del general Yorek franqueó á los Rusos el paso hasta Königsberg. En la mañana del día en que debían entrar en aquel pueblo, Mr. Gossuin, amigo de Mr. Saulnier, y que le prodigaba todos los cuidados y desvelos de una madre ó de una hermana, sin dejarse intimidar por una enfermedad creída contagiosa, le dijo que si no se hallaba en estado de ponerse en camino, se quedaría con él. Esta oferta tan generosa esponsorizó necesariamente á Mr. Gossuin á un cautiverio más ó menos dilatado en las provincias lejanas de la Rusia asiática. El autor de esta nota no quiso esponer á su amigo á esta prueba fatal, y en su consecuencia le manifestó el deseo de marchar. Transportáronle en una de aquellas carretas rusas de mimbres, llamadas *brichka*, que son casi de la figura de una cuna, y partió en posta por la noche para Dantzick, con Mr. Gossuin, siguiendo las tristes riberas del Báltico. Hacía un frío de veinte á veinte y cinco grados; un viento frío que parecía deber matar á cualquiera helaba la respiración del enfermo en los contornos de un gorro forrado de pieles que le cubría la cabeza. Rompiáble de cuando en cuando los carámbanos de hielo que pendían de su

(1) Creemos que esta proporción no es tan considerable desde que la policía sanitaria ha introducido tantas mejoras en las grandes ciudades. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

Cuando alguno se halle indispuerto, en vez de ir á casa de su médico, hará muy bien de disfrutar seis semanas ó dos meses de recreo en el campo, en casa de un *enderezador* (1). Sométase exactamente el enfermo á sus prescripciones, y su cuerpo estará en breve en estado de sufrir las variaciones de nuestra temperatura, el lujo y la destemplanza de nuestros banquetes, el tedio de los negocios y la reclusion á que nos condenan. Consideramos como el mejor capítulo de la obra la esposicion de las teorías y procederés del enderezador, tal como se practica este arte por Jackson, el capitán Barclay y algunos otros. Vamos á terminar este artículo citando la mayor parte del capítulo.

«El arte del enderezador consiste en la eleccion de los alimentos líquidos y sólidos, de los ejercicios, del aire, en la prescripcion de las horas de las comidas y descanso, y algunos sencillos medicamentos preparatorios.

«1.º *Medicamentos preparatorios.*—Al empezar el tratamiento, será bueno, por regla jeneral, tomar un vomitivo de 16 á 20 grados de ipecacuana con agua, y dos dias despues un purgante suave compuesto de

gorro; pero la intensidad del frío los helaba otra vez al cabo de algunos minutos. Pero ¿cuál fué al dia siguiente el pismo de Mr. Gossuin, viendo que este viaje nocturno en un carro descubierto, lejos de incomodar en lo mas minimo á su amigo, le habia mejorado y hecho recobrar algunas fuerzas. En el curso de la jornada, esta mejora fué creciendo, y al dia siguiente, cuando llegaron á Dantzik, se halló convalciente. Encontró en esta ciudad cuantas comodidades se pueden esperar en una poblacion de cincuenta á sesenta mil almas, pero á los dos dias de residencia, recayó. Afortunadamente para él, el jeneral Rapp, cuando se propuso sostener este sitio glorioso que debia immortalizarle, mandó salir de la plaza todas las bocas inútiles, y el convalciente se puso mejor cuando estuvo en el camino real, pero la inaccion de su permanencia en Berlin le empeoró. La aproximacion de los Rusos le obligó á salir de Berlin, y puesto en el camino real, volvió la mejora. Últimamente recobró la salud despues de muchos viajes por el interior de Francia; siendo de notar que cada recaída era menos grave que la precedente. Medió una circunstancia notable, y es que no podia dormir mas que en caruaje, pues la cama le desvelaba en estremo, experimentando aquellas impresiones nuevas que sienten los enfermos cuyo sistema nervioso ha sido conmovido. Este ejemplo y el referido en el texto darán una idea del gran partido que se puede sacar de los viajes al aire libre. Este remedio debiera emplearse mas á menudo, al menos como empirico, en los casos desahuciados.

(1) Hace ya algunos años que se ha establecido en Inglaterra una clase de individuos que pretenden curar las enfermedades sin medicamentos, ó emplearlos al menos como un medio muy accesorio. Llámables *trainers for health*, literalmente *enderezadores de salud*, ó para abreviar, *trainers*, enderezadores. No hemos querido llamarlos *médicos hijiénicos*, porque la mayor parte de ellos no son médicos. Será preciso adoptar pues el termino *enderezador*, como se han adoptado otros varios de origen inglés. Por otra parte, es muy justo que un arte nuevo lleve el nombre que ha recibido de la nacion que lo ha inventado, como las tierras nuevamente descubiertas conservan el nombre de su primer descubridor.

dos granos de calomel y de cinco granos de estrac-to compuesto de coloquintida. Este último medicamento se tomará en píldoras y estando en la cama. Si el enfermo tiene mucha robustez ó gordura, y sus secreciones son de mala condicion, se podrá administrar esta píldora por segunda ó tercera vez, pasada una semana. El vomitivo y el purgante tienen la ventaja de limpiar el estómago y las entrañas de cuanto puede embarazar estos órganos tan delicados.

«2.º *Alimentos sólidos.*—La dieta debe ser sencilla y componerse de un poco de carne, bizcocho ó pan sentado y vegetales de fácil digestión. Rara vez se ha de comer cordero, y nunca ternera ó tocino. La vaca es la carne que se puede comer mas tiempo sin disgusto, y es la mas nutritiva; el carnero y el venado son de mas fácil digestión. Toda carne debe comerse fresca, pues cuando está salada, provoca indigestiones y escita una sed desmedida. Es preciso comer lo menos grasa posible, y no hay inconveniente en comer ave una vez la semana por variar, recomendando sobre todo los muslos de los pollos por ser muy digestivos. El enfermo se abstendrá de pescado, por ser indigesto y poco nutritivo, lo mismo que del queso; usará poca manteca. Cuando vaya recobrando las fuerzas, comerá huevos pasados por agua, pero no mas de uno cada dia. Se le permitirá comer nabos, judías y patatas, despues de un tratamiento de tres ó cuatro semanas, cuando se hayan entonado los órganos digestivos; pero si incomodan, se orillarán al momento. Nunca comerá pan tierno, y el bizcocho se preferirá al pan sentado.

«No se comerá ni *puding* ni ninguna clase de pastelería. Los únicos condimentos permitidos son la sal y el vinagre. La sal debe usarse con mucha moderacion, lo mismo que el vinagre, y las carnes vale mas comerlas asadas en las parrillas que en el horno ú cocidas; pues en el segundo caso, y mas en el último, pierden la mayor parte de sus partes nutritivas. La cantidad de alimentos sólidos debe ser muy moderada, debiendo arreglarse segun la edad, la fuerza de las facultades digestivas y la naturaleza de la enfermedad; sin esceder nunca de diez y seis á diez y siete onzas diarias.

«3.º *Alimentos líquidos.* Es un principio incontestable que importa mucho beber con moderacion, porque una gran parte de líquido diluye en el estómago el jugo gástrico, que es el grande agente de la digestión. La abundancia de las bebidas tiene tambien el inconveniente de escitar traspiraciones, que debilitan mucho, si no son resultado del ejercicio. En ningun caso convendrá beber mas de veinte y seis onzas al dia en las tres comidas. En el almuerzo se beberá té con leche, y en la comida cerveza ó vino comun. Cuando el individuo que se sujeta al régimen quiere tan solo restablecer sus fuerzas, bastará la cerveza; pero no así cuando esté enfermo, en cuyo caso él mismo es quien debe dirigirse. Jackson, el famoso enderezador, asegura que se hallará muy bien cualquiera

que acostumbrado al vino, se dé á la cerveza. Si el enfermo insiste en beber vino, deberá preferirse el blanco al tinto, y se le prohibirán los licores espirituosos, aunque se mezclen con agua. No se beberán líquidos entre comidas, á menos que se esperimente mucha sed, y en este caso, se beberá á sorbos pequeños, pues de este modo se apaga antes la sed. No se beberá caliente.

« 4.º. *Ejercicio.* Empezará á usarse por la mañana, á las seis en verano y á las siete y media en invierno, luego que amanece. Los ejercicios que mas convienen son los paseos á pié y á caballo, las fricciones, los juegos de hachas, billar, etc. Estos ejercicios se usarán alternativamente segun la ocurrencia; pero no ha de pasar dia sin tomar uno ú otro en campo raso, sin que duren menos de cuatro horas, pudiéndose prolongar hasta cinco ó seis, en dos ó tres intervalos. Si alguno dotado de fuerte musculatura se enflaqueciese con la continuacion de estos ejercicios, conviene disminuir su duracion; pero si al contrario, se pone mas robusto, bastará eso para probar que estos ejercicios le son provechosos.

« El principal objeto del ejercicio es aumentar y regularizar las secreciones y excreciones, y sobre todo las secreciones del estómago, intestinos y piel; aumentar el volumen y vigor de los músculos; entonar los nervios, y disminuir la gordura, cuando es muy considerable; reducir la cantidad de la sangre, hacerla mas lijera y mas límpida. Así se logra un buen apetito y fácil digestion; la respiracion se vuelve mas fuerte y el entendimiento mas despejado y espedito. El aire puro del campo y el ejercicio vigoroso son los mejores medios para adquirir fuerza, y la misma dieta es un medio secundario, con tal que la cantidad de los alimentos no sea sobrado considerable.

« 5.º. *Aire.* Cuanto mas vive el hombre al aire libre, tanta mas firmeza adquieren sus carnes. Las personas que siguen el régimen de un hábil enderezador se hallan luego en el caso de sobrellevar las intemperies de las estaciones. Solo cuando estén húmedos sus vestidos tienen que mudárselos. El ejercicio tomado al aire libre era considerado entre los antiguos como de la mayor importancia. Las principales escuelas de atletas establecidas en Capua y en Ravena eran célebres en toda Italia por la pureza del aire que allí se respiraba. El aire del campo es utilísimo principalmente á los hombres de bufete, y mas aun á los literatos, cuyo talento está casi siempre acompañado de una sensibilidad enfermiza y doliente, resultado de una estrechada sensibilidad nerviosa, cuando, de resultados de un buen régimen, se mejora su salud, y su alma se entona tanto como el cuerpo.

« 6.º. *Sueño.* Las personas puestas al cuidado de un enderezador deben acostarse á las diez lo mas tarde; y como están sometidas á ejercicios violentos, se las pueden conceder hasta ocho horas de descanso, pero mas no. Cuando el régimen es acertado, el sueño es profundo y no interrumpido, y por consiguiente muy

refrigerante.

« Conviene tambien que el enfermo observe suma limpieza y tome con frecuencia baños de agua fria ó tibia. Si no tiene proporcion para tomar baños, se salpicará cada mañana el cuerpo con agua fria ó templada, y se cepillará despues con un cepillo muy duro. Nada da mas firmeza á los músculos y al sistema nervioso que el contacto á menudo repetido del agua fria, que es sin contradiccion el mas inocente y el mejor de todos los cosméticos.

« *Efectos de este régimen en el cuerpo.* — Es evidente que semejante régimen ha de ejercer grande influencia en todas las partes del cuerpo, y mas particularmente en el estómago, los pulmones, la piel, los huesos y los nervios.

« Su influencia sobre el estómago es grandísima. Se aviva el apetito y se mejoran las facultades digestivas. Jackson afirma que su método de tratamiento es muy eficaz contra las afecciones biliosas.

« Al mismo tiempo que mejora este régimen el estado de los pulmones, da la respiracion mas fuerte y libre; los espíritus animales se hacen mas y mas vivos, las disposiciones del alma se vuelven mas halagüeñas, y el cuerpo mas ágil. Cuando los luchadores se ponen en manos de un enderezador, mejoran su aliento, lo que demuestra que detienen por mas tiempo su respiracion, y la recobran mas presto cuando la pierden.

« La misma influencia ejerce este régimen sobre la piel, que pone mas clara, mas suave, mas elástica y menos sujeta á erupciones. Hasta en las personas robustas que se enflaquecen de resultados de este tratamiento, lejos de arrugarse y aflojarse su cutis, se contrae y estrecha.

« El arte del enderezador ejerce tambien una accion muy saludable en los huesos y los nervios. Aquellos se endurecen mas y mas, pues está probado que los huesos de los caballos de raza tienen la misma resistencia que el marfil, y por maravilla se rompen los miembros de los luchadores, á pesar de los golpes que reciben. En cuanto á los nervios, baste decir que, entre los sujetos que se han sometido á este tratamiento, ninguno ha llegado á ser nunca paralítico.

« Este régimen es tan útil á la belleza y elegancia de las formas como á la salud. El vientre disminuye; el pecho se dilata; los músculos y demás partes del cuerpo, que eran sobrado cenceños, se agrandan y fortalecen, y los que tenían un desarrollo muy exajerado disminuyen. Se ha observado que los hombres que se entregan á ejercicios habituales, tales como los maestros de esgrima, conservan las formas y proporciones de la juventud en una edad muy avanzada.

« El arte del enderezador, dice el doctor Jackson, ha llegado á tal grado de perfeccion entre nosotros, que logra modificar esencialmente toda la estructura del cuerpo humano, y que, en el espacio de algunos meses, un viejo esqueleto estenuado queda transformado en un cuerpo sano y vigoroso. Tal individuo, que apenas podia dar un paso que no se le fuese la ca-

beza y sin perder el aliento, se halla, despues del tratamiento, tan ágil y animoso, que corre muchas millas sin cansarse. Pero lo mas extraordinario es que

los efectos del tratamiento son tan duraderos como pronto y satisfactorios.»



VIAJES.

Segunda expedicion comercial á las costas de la China (1).

El monopolio ejercido en la China por la compañía de las Indias ha debido hasta ahora hacer gravitar sobre ella la responsabilidad de todas las contravenciones á las leyes ó á los reglamentos del país cometidas por los Ingleses. El viaje hecho en 1832 por las costas del nordeste del imperio, por el navío *Amherst*, bajo los auspicios de los agentes superiores de la compañía residente en Canton; viaje emprendido á la verdad en un interés puramente comercial, pero durante el cual le acaeció muchas veces entrar en los puertos y aun subir por los rios para penetrar en el interior de las tierras, apesar de las órdenes y los esfuerzos de las autoridades locales, era una infracción harto evidente de la ley china para no justificar las serias inquietudes que se concibieran en Inglaterra sobre las consecuencias de una empresa al parecer muy imprudente.

Los directores de la compañía, que debían evitar cuanto podía comprometer sus intereses respecto del gobierno chino, no creyeron deber aprobar esta expedición cuyas consecuencias podían ser muy fatales. En efecto, indignado el gobierno chino de la audacia de los bárbaros (nombre que da á los Europeos), no ha tardado en poner en planta las leyes que les prohibían la entrada en cualquier puerto que no fuese el de Canton. Han sido reprendidos, castigados, destituidos los almirantes y los mandarines que no habían desplegado bastante rigor en el ejercicio de su deber, ó que no habían logrado espulsar á los Ingleses de los puertos en que se habían introducido, y se han remitido á todas las autoridades contra los extranjeros las órdenes mas rigurosas para lo sucesivo. ¡Vanas precauciones dictadas por el miedo cuyo efecto han neutralizado el egoísmo y el interés privado! El resultado real del viaje del *Amherst* ha sido convencer á los que lo han hecho y á los que lo han autorizado, que ha llegado por fin el tiempo en que las naves extranjeras, armadas de cañones y con buenas tripulaciones y jefes decididos, pueden establecer relaciones comerciales en las costas y puertos de la China, con la certeza de ser acogidas por todas par-

tes con entusiasmo por las poblaciones, sin tener nada que temer de parte de los agentes del gobierno, los cuales en ningún caso han tenido valor para emplear la fuerza contra extranjeros que se hallaban en estado de resistir, y mucho menos estando la población dispuesta á su favor.

Los Ingleses están tan convencidos en la actualidad del poco riesgo que corre un buque armado que entre en cualquier puerto de la China, que apenas ha regresado el *Amherst* de su expedición, ya se ocuparon en preparar otra. En su consecuencia, se ha dispuesto el navío indio la *Silfida*, propiedad de algunos armadores, armado con 24 cañones y con una tripulación de ciento y veinte hombres, casi todos

(1) Desde que el gobierno inglés ha autorizado á todos sus súbditos á comerciar con la China y los países situados allende el cabo de Buena Esperanza hasta el estrecho de Magallanes, son buscadas con la mayor diligencia las noticias positivas que se han podido adquirir acerca de esas comarcas; así es que en menos de dos años se han emprendido dos viajes de exploraciones por las costas de la China para reconocer los obstáculos ó las conveniencias que podrán retardar ó favorecer las especulaciones de los armadores en aquellas rejiones. Como el resultado de esos viajes no interesa solamente á la Inglaterra, si que también á los comerciantes de todas las naciones, hemos pensado que era de nuestro deber el presentar un resumen sucinto de estas expediciones. Está muy demostrado hoy día que, apesar de las rigurosas prohibiciones del gobierno chino, un buque extranjero bien equipado puede establecer relaciones comerciales con todos los puertos de mar de la China, sin temor de ser incomodado por los mandarines y los oficiales superiores; y que por cada día manifiesta el gobierno mismo menos tenacidad en su sistema restrictivo. Los armadores no solo podrán hacer cuantiosas ganancias en el comercio directo de la China con la Europa, sino que hasta el transporte á cuenta de los mismos comerciantes chinos ó japoneses á las Filipinas, á Borneo, á Java, á Siam, etc, les ofrecerá ganancias considerables: al presente se ocupan en este transporte dos mil juncas del porte de 1,000,000 de toneladas; mas la maniobra tan lenta y tan costosa de esa especie de naves permitiría á los Europeos, gracias á nuestro sistema de navegación mucho mas perfecto, economizar la mitad del flete que paga en la actualidad el comerciante chino.

Láscares, y su competente número de marineros, todos Ingleses. Muchos de estos últimos, como así mismo algunos de los oficiales, acababan de hacer el viaje del *Amherst*, y estaban muy enterados de las malas pasadas á que está espuesto un buque extranjero, de parte de los mandarines, en los puertos, si manifiesta temor. La parte mas preciosa del cargamento consistia en opio, droga, que, aunque prohibida, no por eso deja de ser de uso jeneral en la China, componiéndose lo restante de paños ingleses y otros objetos no prohibidos. La *Silfida* se encontró dispuesta á dar la vela en el mes de setiembre de 1832. Vamos á dar algunas noticias acerca de su viaje, sacadas de la relacion que ha publicado uno de los oficiales de la expedicion, las cuales servirán para demostrar cuán fáciles, desplegando firmeza y prudencia, vencer los obstáculos que no dejan nunca de oponer las autoridades locales al buque que se atreve á entrar en un puerto de la China.

«La *Silfida* salió de Canton á fines de setiembre. Contrariaron su marcha fuertes brisas del norte y del este, de modo que hasta un mes despues no llegó á la altura del cabo Shantung; un mes despues entró en una grande bahía en la costa habitada por los Tártaros-*Mandchúes*. Habia allí algunas juncas chinas cuyos capitanes nos acogieron del modo mas atento. Habiendo sabido nuestra intencion de ir hacia el norte, emplearon todos los medios para disuadirnos de esta empresa. Esos mares, decian, son muy peligrosos en invierno á causa de los frios rigurosos que allí reinan y de los enormes hielos que en ellos se encuentran. Pero fuimos sordos á sus consejos, y nos pusimos otra vez á la vela para continuar nuestro viaje, pensando que siempre nos seria fácil volver hacia el sur, si encontráramos hielos peligrosos ó un frio demasiado intenso.

«Pasamos por delante de Kae-chou, plaza de comercio considerable, donde nos hubiéramos detenido, si no nos hubiesen prevenido que la rada era muy mala y que habia en ella muy poco fondo, y donde por consiguiente hubiéramos corrido no pocos peligros. Preferimos pues avanzar hasta Kin-chou. Favorecidos por una brisa moderada, habíamos desplegado todas las velas, y la velocidad con que íbamos nos esperanzaba de que al cabo de pocos dias veríamos la gran muralla, cuando de repente oímos el grito terrible: ¡estamos encallados! En efecto, casi en el mismo instante sentimos estremecerse el buque violentamente. En vano se emplearon todos los esfuerzos de la tripulacion para sacar al buque del bajío á que éramos arrastrados por el viento y la marea. Tuvimos que resignarnos á pasar la noche en esa peligrosa situacion. En verdad que fué cruel, sobre todo para nuestros Láscares, que obligados á luchar contra un viento riguroso al cual no estaban acostumbrados, tenian tan entorpecidos los miembros, que casi ninguno de ellos pudo emplearse en la manobra del buque, de suerte que solo podíamos va-

lernos de los pocos Ingleses que habia á bordo. La situacion de la *Silfida* se hacia por instantes mas critica. El viento seguia soplando con violencia, y empezaban á rodear la nave grandes trozos de hielo. Los Láscares habian perdido toda su enerjía y se entregaban á la mas horrible desesperacion. Nos decidimos á embarcar en la lancha á los mas enfermos y á dirigirlos á la costa, de la cual distábamos ocho ó diez leguas, para pedir socorro á sus habitantes y procurar salvar al menos los restos de la tripulacion. La lancha, cargada de trece Láscares enfermos y de ocho Ingleses, no pudo llegar á la costa hasta la tarde.

«Habiendo desembarcado en una playa estéril, nos pusimos en camino, sosteniendo á los Láscares enfermos como mejor podíamos, con la esperanza de encontrar alguna casa habitada en la colina mas inmediata. Dimos luego con unos pescadores, quienes, compadecidos de nuestra situacion, nos condujeron á sus cabañas, rogándonos entrásemos en ellas. Pusieron á los Láscares en sus camas sin que pareciesen estos calentarse. Entónces los pescadores encendieron fuego, y quemaron, para socorrer á sus semejantes, toda la provision de madera que tenian en su choza. Cuando les manifestábamos nuestro agradecimiento por los cuidados que nos prodigaban: «Nos hemos encontrado muchas veces, respondian, en semejantes circunstancias, y por lo mismo podemos simpatizar con vosotros. Nuestras cabañas, nuestras lanchas, nuestros brazos están á vuestra disposicion.» Salimos para hacerles ver el sitio en que estaba encallado nuestro buque, y entónces un habitante de una clase mas elevada nos dijo que cualquiera que fuese la buena voluntad de los pescadores, no podian socorrernos con sus personas y sus lanchas sin haber antes alcanzado el permiso de los mandarines. Esta necesidad de recurrir á los mandarines, cuya escasa humanidad nos era bien conocida, desvaneció la esperanza que teníamos de poder regresar al navio al dia siguiente para probar de sacarlo del banco en que estaba clavado, mientras que entre tanto podia ser destrozado por las olas ó hundirse en la arena, de modo que fuese ya imposible arrancarlo de allí. Esta idea nos causaba las mas vivas zozobras. Determinamos que al dia siguiente tres de nosotros al nacer el dia irian á Kae-chou, pequeña poblacion que distaba tres ó cuatro leguas de allí, para solicitar el permiso de los mandarines. Las tres personas nombradas, entre las que se hallaba el que escribe estas líneas, se pusieron en camino á la hora señalada. Atravesamos campiñas muy fértiles habitadas por una poblacion activa, y cuya aparente limpieza nos recordaba nuestra patria. Toda aquella comarca está habitada por colonos venidos de la China, y no se ve en ella ni un habitante tártaro. Kae-chou, á donde llegamos muy temprano, es el mercado principal de la Tartaria china, y salen de él mas de dos mil juncas cada año, cargadas de producciones del pais.

«Conducidos por un agente de policía ante los man-

darines á quienes habíamos de dirigir nuestra súplica, nos sujetaron á una especie de interrogatorio. Esplícamos en pocas palabras el incidente acaecido á nuestro navío, pero sin lograr hacerles comprender el peligro que corría. Uno de nosotros tuvo entónces la idea de llenar una jofaina de agua, y de colocar encima de esa agua una taza con la cual golpeaba vivamente el fondo de la jofaina: entónces uno de los mandarines escribió en un pedazo de papel: «Comprendemos vuestro peligro, y vendremos á socorrerlos.» Mandaron en efecto preparar una carreta, á la cual subimos y que nos condujo, acompañados de una escolta militar, á Ma-tou, que es el puerto de Kae-chou, donde el majistrado llamó á dos capitanes chinos, mandándoles que se preparasen para hacerse inmediatamente á la vela. Mas esta orden fué revocada al momento. Los mandarines habían resuelto, en una conferencia secreta, que no se nos daría auxilio sin una orden de los majistrados superiores. En vano reclamamos contra esa orden cruel; esos hombres, que nos veían desvalidos, no dieron oídos á nuestros ruegos: nos hicieron subir otra vez á la carreta, y fuimos conducidos, escoltados del mismo modo, al sitio en que habíamos dejado á nuestros compañeros de infortunio, á quienes encontramos igualmente inquietos sobre la suerte de nuestro navío y sobre el resultado de nuestra misión. Entregámonos juntos á las tristes reflexiones que nos inspiraba la repulsa de los mandarines, cuando uno de nosotros, despues de haber subido á una colina desde donde podía ver el sitio en que estaba encallado el buque, vino hácia nosotros corriendo y manifestando grande alborozo con sus ademanes, y nosotros no experimentamos menos satisfaccion que él cuando nos dijo que habia visto muy distintamente á la *Silfida* fuera del banco donde la habíamos dejado, y que estaba anclada en un sitio en que no corría el menor peligro.

«Los mandarines, que se habian quedado á nuestro lado despues de nuestro regreso de Ma-tou, lejos de tomar parte en nuestra alegría, se manifestaron aterrizados al oír esta noticia, temiendo sin duda queuviésemos la idea de vengarnos de su conducta inhumana. Mas otros cuidados nos embargaban. Nos apresuramos á volver al navío, no dejando en tierra mas que á los Láscars enfermos á quienes nos proponíamos venir á buscar mas adelante. Llegamos al buque en la tarde del 1.^o de diciembre, y allí supimos que la víspera anterior, habiendo aumentado el agua sobre el banco, la *Silfida* se habia desencallado naturalmente, y que la tripulacion habia logrado sin grandes esfuerzos conducirla á un sitio mas profundo, donde habian echado el áncora para esperarnos. Al dia siguiente volvimos á tierra á buscar á los enfermos, y nos hicimos á la vela el 3 de diciembre, decididos á pasar á un mar y clima mas suaves. Las rejiones que abandonábamos eran demasiado frias para nuestros Láscars, y los hielos de

que estaba cubierto el mar amenazaban reunirse y encerrarnos, de suerte que no hubieran podido sacarnos de allí los marineros ingleses que completaban la tripulacion. El banco en que encalló la *Silfida* está situado á los 41° 34' de latitud norte, y á los 121° 48' de longitud al este del meridiano de Lóndres.

«El 11 de diciembre, habíamos descendido ya á la altura de la isla mas septentrional de las del grupo de Chu-san, punto de reconocimiento para las juncas que vienen del norte y que van á Vou-sung. Nos detuvimos algunos dias en su fondeadero, porque interesaba á nuestros Láscars y á nuestro comercio; pues, donde quiera que hacíamos escala, encontrábamos en las poblaciones, y á veces en los mismos mandarines, mucho anhelo en comprar nuestras mercancías. El opio sobre todo, aunque prohibido bajo las penas mas severas, nos lo compraban tanto los majistrados como los particulares. Acabábamos el 15 de diciembre de salir de la bahía, cuando vimos una junca china desarbolada y próxima á ir á pique. Parecia que otras juncas habian visto su situacion; pero despues de haberse acercado á ella, las vimos alejarse sin curarse de los infelices que habia á bordo, espuestos á perecer. Aprovechamos esta ocasion para probar á los Chinos que aquellos á quienes trataban de bárbaros sabian volver bien por mal. En su consecuencia, enviamos nuestra lancha á la embarcacion china, en la cual habia trece marineros. Como era imposible embarcar mas de cinco á la vez, tuvimos que hacer muchos viajes para salvar á todos aquellos desgraciados y una parte de sus provisiones. Habiendo entrado el 20 de diciembre en el rio de Vou-sung, escribimos al almirante comandante del apostadero militar, anunciándole que estaba á su disposicion la tripulacion china que habíamos salvado. No contestó á nuestra carta; mas algunos dias despues, un cartel colocado delante de la casa en que habitábamos dió á conocer á los habitantes que habíamos dado pruebas de una humanidad digna de elogios, salvando la tripulacion de la junca, añadiendo en seguida el almirante que habíamos recibido por esa buena accion las gracias del gobierno, lo que era falso.

«No sin dificultades habíamos entrado en aquel rio. Las autoridades locales habian empleado los ruegos y las amenazas para que renunciásemos á nuestro proyecto de detenernos en él. Al acercarnos habian apuntado contra nosotros los cañones de los fuertes colocados en ambas orillas. Mas era incontestable nuestra resolucion; y así apenas conocieron los mandarines que no desistiríamos, tuvimos la satisfaccion de verles cambiar de repente de tono é invitarnos con urbanidad á que gobernásemos el buque de manera que pudiésemos evitar un banco en que habia tocado el *Amherst* cuando vino á ese puerto.

«Habíamos anclado un poco mas abajo del Vou-sung, y en nuestro pabellon se leia en grandes caracteres chinos lo siguiente: «Embarcacion mercante de la India. ¡Ojalá el reino del Medio goce de pros-

peridad, y de paz las naciones! Donde quiera que reinan la virtud, la benevolencia y la justicia, acudirán los mercaderes para comerciar con los habitantes.» Y en el pabellon de la lancha habíamos escrito: «Relaciones amistosas entre todas las naciones. Todos los hombres comprendidos entre los cuatro mares son hermanos. ¿No es un motivo de gozo para nosotros la llegada de un amigo de un país remoto?» Centenares de personas se paraban en la ribera para leer las inscripciones, y sus aclamaciones eran la prueba mas evidente del placer que experimentaban al ver nuestros pabellones adornados de sentencias sacadas de su gran filósofo.

«Saltamos en tierra con la intencion de dar noticia al almirante de lo que traíamos á bordo. Una multitud de jente nos esperaba en la ribera, y nos hizo la mas cordial acogida. De todas partes se alzaba un grito incesante para pedirnos noticias del amigo Hou-hea-me; nombre con que designaban á Mr. Lindsay, capitan del *Amherst*. El almirante Kouang, á quien fuimos conducidos, era el mismo que mandaba cuando el viaje del *Amherst*, y como habia sido reprendido por su conducta en aquel entónces, nos recibió de pronto con mucha frialdad, bien que con una conmocion visible. Pero logramos inspirarle mas confianza; y aunque no quiso cargar con la responsabilidad de concedernos el permiso de comerciar con los habitantes, lo que hubiera sido de su parte una violacion de la ley, pudimos juzgar por lo que nos dijo que no deseaba otra cosa que imitar al grande emperador, y suavizar las medidas que la ley prescribe, á favor de los extranjeros venidos de tan remotos países. En efecto, ninguna dificultad experimentamos de parte suya, y algunos dias despues nos dejó remontar el río y acercarnos á Shung-hee, sin oponerse en nada á nuestro movimiento.

«En nuestras entrevistas con los mandarines de Vou-sung, pudimos convencernos igualmente de la facilidad con que eludirian la ley en nuestro favor, con tal que les dejásemos tomar parte en los beneficios de nuestro comercio. No quiere decir esto que quedasen muy satisfechos de nuestras visitas, pues podíamos conocer fácilmente que el principal motivo que les decidia á no molestarnos era el miedo que les infundíamos; pero en medio de la necesidad en que se creian de tolerar nuestra presencia, hacian de entrañas corazon, y se consolaban con la esperanza de

los provechos personales que de ella pensaban sacar.

«Desde Shang-hee y Vou-sung, donde fuimos tratados por punto jeneral con mucho miramiento por las autoridades, y siempre con la mas viva simpatía por las poblaciones, nos hicimos á la vela para Cha-pou, donde llegamos el 8 de enero de 1833. Esa plaza es el centro del comercio con el Japon, comercio cuyo principal artículo de importacion es el cobre, y las grandes juncas japonesas que lo traen, se vuelven de retorno cargadas de diferentes objetos de las fábricas chinas. Tuvimos que alabar la conducta que con nosotros observaron los oficiales del gobierno, los cuales no pusieron la menor traba á nuestras relaciones con los habitantes, quienes por su parte se manifestaban tan finos como cortesés. Nos franqueaban á porfía todas las casas, y á menudo nos convidaban á festines preparados para obsequiarnos. Tuvimos á bordo una visita de un mandarin mandchú, perteneciente á la casa imperial, y que aventajaba mucho á sus compatriotas, tanto por la elegancia de sus modales como por su talento, el cual examinó minuciosamente y con la mayor atencion todo lo concerniente á la construccion y al armamento de la *Silfida*. Nos prometió que haria al emperador una relacion favorable para nosotros sobre las ventajas comerciales que pudiera sacar la China de sus relaciones con los pueblos de Europa, y añadió que haria todos los esfuerzos posibles para convencer al gobierno de que el único objeto de nuestro viaje era el comercio, lo que no habia podido creer hasta entónces.

«Despues de una larga permanencia en Cha-pou, nos hicimos á la vela y visitamos otros muchos puertos chinos, donde, despues de algunas malas pasadas, logramos siempre hacernos dar entrada por los mandarines. Volvimos á fines de marzo, plenamente convencidos por nuestra propia esperiencia y por las observaciones que tuvimos ocasion de hacer, de que los puertos de la China están abiertos á todo buque armado á la europea que tenga una tripulacion decidida y un capitan y oficiales resueltos, pues presentándose con el solo objeto de comerciar, le prometemos desde ahora que se conciliará el aprecio de las poblaciones, y que logrará infundir respeto á los mandarines, que, por estupidez, por temor ó por bajeza, quisiesen poner obstáculos á sus comunicaciones.»



LITERATURA.

SUPERSTICIONES POÉTICAS DE LA ESCOCIA.

Lo último que un pueblo abandona es lo que llamamos sus supersticiones. Para destruirlas de un golpe seria forzoso acabar con las pasiones inherentes á la naturaleza íntima del hombre, pasiones contra las que se estrellan los raciocinios, sea que aceleren ó retarden los latidos del corazón. Existe en nosotros una necesidad invencible de creer, que se alimenta muchas veces de las opiniones y de las ideas mas contradictorias. Nuestro orgullo y nuestra flaqueza llaman continuamente á su socorro fuerzas imaginarias. Hasta las virtudes vienen á ser cómplices de nuestra debilidad: el amor es tan supersticioso como el odio; la fe y la esperanza, virtudes teologales, no lo son menos que el miedo.... ¿qué digo? hasta el mismo valor tiene sus supersticiones.

El estudio de las supersticiones de un pueblo hace parte del examen filosófico de sus costumbres, de su literatura, de todos los elementos que constituyen su individualidad nacional. Nos pasmamos al ver la fecunda invención de los poetas primitivos; y sin embargo, ¿qué es lo que han hecho la mayor parte de ellos sino traducir en lenguaje armonioso los cuentos populares? la forma de la narración es suya; la creación es del pueblo. Las bellas ficciones de Homero, todas las alegorías, á las que atribuyeron un sentido místico los filósofos de la Grecia, no reconocen otro origen. Los sabios acusaron muchas veces al ciego de Escio de haber calumniado ó degradado á los Dioses, atribuyéndoles las pasiones de los hombres, y haciéndoles desempeñar un papel indigno en el gran drama de la vida; mas el pueblo defendió esas divinas ficciones y endiosó al mismo Homero para pagarle el haber dado la inmortalidad de la poesía á sus toscas creencias.

Uno de los moralistas mas distinguidos del último siglo, el doctor Johnson, que alimentaba desde la infancia el odio mas decidido contra los Escoceses, hizo espresamente el viaje de las Hébridas para dar un mentis á las ficciones heroicas de Macpherson, sobre los lugares mismos en que se suponen haber pasado. Negó que Osian y Fingal hubiesen vivido nunca, combatido, y sobre todo cantado ellos mismos sus hazañas; no quiso ver á los héroes fingalios en ninguna nube de Escocia, y se burló, á fuer de filósofo, del carro de Cuchullin, del arpa de Malvina, del escudo

de su padre ciego, y de toda la mitología pseudo-caledónica; y sin embargo el mismo filósofo confiesa injenuamente que creía en la segunda vista, en los duendes y en todos los cuentos de la tradición; y que si hubiese osado, hubiera creído en las brujas y en las hadas de la moderna Escocia, de las cuales hablaba con respeto: ¿y eso por qué? porque tal era la creencia popular, y Johnson hubiera mandado quemar gustoso las poesías ersas, que no eran, según él, sino una invención del poeta, una mentira en literatura, una impostura odiosa. Si un vasallo del clan Mac-Lean ó del clan Mac-Gregor le hubiese dicho: «Yo creo en Osian el ciego como en Oran el resucitado; yo creo en Malvina como en la Sirena de Colonsay ó en la bruja de Corryvreckan,» Johnson se hubiera convertido á la voz de Selma: mas como desgraciadamente no encontró sino un solo maestro de escuela que pretendiese defender seriamente la autenticidad literal de la supuesta traducción de los antiguos bardos, desafió á Macpherson á que le enseñase los textos orijinales.

Después de la expedición de Johnson á las Hébridas, Osian ha parecido algo menos poético al orgullo nacional de los compatriotas de Macpherson, el cual se puede tener por muy dichoso con haber sido el poeta predilecto de Napoleon; pues ni aun en Escocia, su mitología ficticia no ha podido despertar ningún recuerdo popular. Burns y Walter-Scott han bebido en otras fuentes lo maravilloso de sus obras. Se han hecho hombres del pueblo en creencias, y no han temido degradarse con sus continuas alusiones al viejo Nick, á las Hadas, á los brownies ó duendes, á los *spunkies*, al brujo Miguel Scott; en una palabra, á todo lo que parecía bajo y vulgar á los poetas de salón del siglo XVIII, sus predecesores. Gracias á estas dos reputaciones encumbradas que las han tomado bajo su protección, las supersticiones populares de Escocia se han hecho populares mas allá de las orillas del Tweed al sur, y mucho mas allá de las islas británicas. Las hadas, los brownies de los Highlands, han ido á danzar alegremente en los teatros de Londres y de París, no ya al son de la gaita montañesa, sino al sonido divinamente armónico de Rossini.

Se supone, en general, que las supersticiones de Escocia se dividen en supersticiones particulares á la

alta Escocia (*Highlands*), y en supersticiones particulares á la Baja-Escocia (*Lowlands* ó tierras bajas): si quisiésemos hacer una disertación didáctica, adoptaríamos indiferentemente esta distinción ó cualquier otra, de que se han servido los autores de los sabios tratados sobre la diferencia de las razas en apoyo de sus sistemas. Antes que los *Lowlanders* fuesen comedores de pan de trigo, como los llamaban los montañeses, por desprecio ó por envidia, las supersticiones de todo el reino eran probablemente las mismas; pues el aspecto físico de las dos divisiones territoriales no difiere bastante para producir por sí solo modificaciones de ideas tan notables: mas las creencias populares han debido recibir insensiblemente nuevas formas y nuevos matices con las costumbres y usos del pueblo. Así, por ejemplo, las supersticiones descritas por Burns en su *Halloween* pertenecen casi todas á las costumbres de una comarca pastoril ó agrícola, al paso que las que encontramos en nuestros días en las montañas son la espresion característica de un pueblo guerrero, cazador y salvaje.

El *Halloween* es la noche anterior á Todos-Santos (*All-Hallows*): las brujas, los diablos, los duendes, etc., recorren libremente los aires durante esta noche, que viene á ser una tregua entre los espíritus y el hombre, y la época del año en que, por medio de ciertos encantos, la inteligencia mas limitada puede conocer el porvenir. Los labriegos de Escocia celebran desde tiempo inmemorial el *Halloween* con ciertos ritos pueriles ó extraños. Las muchachas van de dos en dos, dándose la mano y con los ojos cerrados, á arrancar la primera col que encuentran: segun sea la col, grande, pequeña, recta ó torcida, será su novio hermoso ó feo, alto ó corcovado. Si la raíz lleva un poco de tierra, es señal de que será rico; si el tallo de la col es liso y suave, el marido tendrá buen jenio; si es áspera, regañará muy á menudo. Dos novios confiaban tambien el presajio de su desdicha ó de su felicidad á dos nueces que hacían arder juntas en el fuego, y que ora se consumían tranquilamente una junto á otra, ora se separaban y reventaban petteando, lo que indicaba que el matrimonio debía ser tranquilo ó turbado por continuas disputas y contiendas. La muchacha que no tiene todavía amante se pone delante de un espejo, cierra los ojos comiendo una manzana, y despues, cuando los abre, ve en el cristal la cabeza del que ama ó amará, inclinada sobre su espalda. Se alcanza la misma aparicion sembrando algunos granos de cáñamo, repitiendo algunas voces consagradas; en una palabra, casi todos los ritos del *Halloween* tienen por objeto el satisfacer esa curiosidad de jóven.

La fiesta del *Bel-Tein* en las montañas es una ceremonia mas grave y la que mas recuerda al mismo tiempo las costumbres pastoriles. El 1.º de mayo se reúnen los miembros del clan en un sitio designado con un mes de anticipación, llevando cada uno *whisky* y una galleta de harina de cebada, porque nadie debe

venir con las manos vacías. Se abre en primer lugar un hoyo cuadrado en tierra, en medio del cual se deja un otero ó altar de césped, donde se enciende un fuego, en el cual se coloca un gran vaso: los asistentes se fórman en círculo y echan sus ofrendas en el puchero, las cuales consisten en huevos, manteca, harina de cebada y leche. Cuando esta mezcla ha hervido bien, se hacen libaciones á los espíritus invisibles del mundo. Entónces los devotos de *Bel-Tein* traen sus galletas votivas, amasadas con nueve segaduras; se vuelven hácia el fuego, hacen nueve pedazos de la galleta y los tiran por encima de la espalda, dirigiéndose á los seres naturales ó sobrenaturales, á quienes esperan hacerse propicios ó cuyas malas pasadas quieren conjurar. « ¡O tú, dicen, guarda mis caballos! — ¡O tú, conserva mis carneros! » y así sucesivamente, sin designar de otra manera al sér desconocido á quien invocan. Llega despues el turno á los destructores visibles: « A ti, zorra, te doy esto para que no hagas daño á mis ovejas; esto para ti, cuervo negro; para ti esto, águila de la montaña. » Acabado este sacrificio, los sacrificadores se sientan y reparten entre sí el resto de sus provisiones, que rocían con *whisky* para que sea completa la comida, la cual se termina muchas veces con una danza.

La víspera del *Bel-Tein*, los montañeses envían á sus hijos ó van ellos mismos al bosque para cojer ramas de fresno, que colocan en forma de cruz sobre las puertas de sus casas, atribuyendo á este árbol la virtud de alejar los espíritus malignos. Como esta parte del rito recuerda el *gui ó muérdago* de los Drúidas, nuestros anticuarios han pretendido que eso debía ser una tradicion oscura del culto druidico, mientras que otros han querido ver en ello un resto del culto pagano de Páles, la diosa de los pastores. *Belton*, *Beltein* ó *Beltane* se deriva de dos palabras gaélicas que significan el fuego de Belo, ó el fuego de Baal; mas los anticuarios clásicos han cambiado la B en P, y las traducen por el *fuego de Pal*, el fuego de Páles. La fiesta de Páles en el paganismo se celebraba siempre en abril. No se ofrecía á la diosa ninguna víctima viva, sino los frutos de la tierra, leche, quesos, huevos ó galleta amasada por las esposas de los pastores, como en el *Bel-Tein*. Se purificaban los rebaños con vapor de azufre y el humo de un fuego de boj, de enebro y otros arbustos. Los partidarios de la supersticion druidica citan tambien sus analogías: en cuanto á los montañeses, continúan la tradicion sin darse cuenta de su origen. ¿Cuáles son pues los espíritus invisibles que invocan en esta fiesta? Lo ignoran, y este misterio aumenta mas y mas la solemnidad de la fiesta.

En jeneral, los espíritus de las montañas son mas adustos que graciosos, mas horribles que lindos. El Gael solitario, que vive al ruido de la tempestad ó del torrente, con una nube de color de plomo ante los ojos, no puede tener visiones suaves ni agradables, y se parece á ese hijo del espectro del cual Walter-

Scott ha hecho el sacrificador del clan de Roderigo Dhu, en la *Dama del Lago* (1). Para él se transformaban en horribles monstruos las rocas escarpadas, y veía salir un demonio acuático de la espumosa cascada; el vapor de la montaña se convertía de repente, para él, en manto de una vieja hechicera, y el viento de la noche le parecía el canto profético de los muertos de una batalla cercana. En una palabra, el habitante del desierto, lejos de los hombres, se rodeaba de un mundo de fantasmas. Las fábulas de los montañeses participan de ese colorido sombrío. Si dan formas graciosas á un espíritu infernal, es para ocultar el veneno bajo sus besos, para hacer más mortífero el rayo de sus hermosos ojos. Tales son las *mujeres verdes* que se aparecieron á dos cazadores mientras estaban descansando de las fatigas del día en una cabaña de Glefinslas. La noche era muy oscura bajo el triple toldo de un cielo nebuloso, de la sombra de las montañas y de las hojas de los árboles. Sin embargo ambos cazadores eran jóvenes; el techo de su *batthy* ó choza podía desafiar al viento y á la lluvia: un tronco de pino devorado por la llama del hogar enviaba hasta las vigas su vivo resplandor: habían medio vaciado ya la calabaza del whisky, acababan de apurarla cantando antiguas baladas que repetían los tristes ecos de la noche.

«Tenemos alegres canciones y un whisky jeneroso», dijo el uno: ¿que no tengamos otra cosa para que nuestra felicidad fuese cabal!

—Tienes razon, dijo el otro, ¡que no tengamos dos hermosas montañesas para reir y jugar con nosotros!»

De repente, como en respuesta á ese doble deseo, se dejan oír dos voces á alguna distancia de la cabaña, á las cuales se mezcla un ruido de pasos que se acercan: oyense dos golpecitos á la puerta, la cual, como carecia de pestillo, se abre por sí misma, y entran dos muchachas riendo y saltando. *Iban vestidas de verde*, y su ropa era de un tejido de la mas rica seda. Medio salían sus pechos y sus blancas espaldas de sus corsés. Un poeta hubiera podido compararlas á la espuma que el torrente de primavera hace borbollar sobre sus riberas, donde crece un bordado de niebla. Es cierto que las desconocidas habían pasado ya la edad de la primera juventud, pero conservaban aun su lozanía con la brillante madurez de una mujer ya hecha, y ceñía todavía los rizos de su poblada cabellera el *snood* ó cinta de vírgen. A la edad que denotaba su porte, la belleza puede dejar desear medrosa sin perder nada de sus gracias. Sus ojos azules parecían animados de una feliz alegría y por la espe-

sion de una esperanza voluptuosa: se hubiera dicho en fin que una embriaguez desusada les había dado el imprudente valor de abandonar solas el techo materno. En otros momentos mas tranquilos, los dos cazadores hubieran sin duda dirigido algunas preguntas curiosas á esas hermosas desconocidas; les hubieran hecho decir quiénes eran, de dónde y por qué venían; pero ¿á qué venía sobresaltar su imprudencia antes de aprovecharse de ella? Uno de los dos amigos quiso ser el primero en estrechar entre sus brazos á la mayor de las hermanas, pues si no lo eran por la sangre, lo eran por la belleza. Un grito apocado de horror le hizo cejar ante el delito, y no pudo detener á la hermosa asustada, cuando saltó hacia atrás y pasó el lindar de la puerta; sin embargo le pareció que al huir le había flechado una mirada que mas bien indicaba tierna reprensión que cólera; así que corrió para volverla á traer ó seguirla; pero en un instante se perdió la pareja en las tinieblas.

«¿Dónde han ido? dijo la mas joven; vamos á ver.

—No, no; guardémonos de estorbarles.

—Podemos salir juntas sin estorbarles; repuso la verde joven con una sonrisa halagüeña, acompañada de ese signo del dedo que dice tan tiernamente: ¡Venid! —Venid, añadió, viendo que el cazador se quedaba en la cabaña, venid; el valle es bastante espacioso para nosotros.

—Sentémonos aquí, cerca de la lumbre; la noche es muy lóbrega y hace un frio que hiela.

—¡La luna brilla tan hermosa sobre la cumbre del Ben! La cascada cae como un torrente de plata líquida; venid, venid.»

Sus ojos expresaron entónces tanta impaciencia, que el cazador empezó á creer que había algo de sobrenatural en su llama amorosa.

«Esperemos que vuelva mi amigo, dijo él.

—Será tarde; tengo que partir... adios, ó venid: vamos, dadme la mano.

—Un momento mas; respondió á una sola pregunta... Mas, silencio... ¡Ois!»

Era un grito lejano, y el cazador creyó reconocer en él la voz de su amigo; mas la hermosa desconocida se puso á cantar, y á cantar cada vez mas fuerte para ahogar el eco de ese grito de mal agüero. El cazador asustado reconoce entónces el lazo en que iba á caer, y sucede un frio temor á su ardor imprudente. Invoca á la Virgen, y cuanta mas unción pone en repetir los versículos de la *Salve*, mas se debilitan los acentos de la misteriosa joven, mas disminuye y se borra su belleza. Sin embargo no abandona su puesto, continúa sus cantos, fija en el cazador sus tiernas miradas, y cuando apareció el alba matutina, el cazador estaba fatigado, su voz espiraba en sus labios... y felizmente para él, al hacer la última señal de la cruz, vió desvanecerse la mujer seductora, y no oyó mas sus májicos encantos.

Apenas atravesó las nubes el primer rayo del sol, fué en busca de su amigo... ¡Ay! no encontró mas

(1) Segun la tradicion, el hijo del Espectro lo era de una joven que se habia quedado dormida cerca de una hoguera encendida para quemar los huesos de un campo de batalla. Durante el sueño, el viento la cubrió de las cenizas de esa hoguera fúnebre, y esas cenizas fecundas la hicieron madre. Pocas supersticiones conocemos tan estrañas como esta.

que un cadáver, y volvió solo á la ciudad, dando gracias al cielo por haber escapado de los abrazos homicidas de las *mujeres verdes*.

Sin embargo, por punto jeneral los malos jenios de los Highlands no temen manifestarse á los montañeses con todo el aparato de sus terrores, y tienden lazos mas bien á su valor que á su amor á los placeres. El demonio del bosque de Glennore, llamado *Llam-Dearg* ó *Mano-Roja*, tiene la forma de un guerrero armado de piés á cabeza. Es una especie de caballero que desafía á los que encuentra, y, desdichado del atrevido que le acepta y le dice que eche su guante; pues ve una ancha mano roja que empuña una espada cuya hoja ha sido templada en las hornazas del infierno. El choque es terrible; algunos valientes jefes, dignos del valor de sus antepasados, han logrado desarmar á *Llam-Dearg*; mas entónces empieza entre los dos adversarios una lucha cuerpo á cuerpo, cuyo resultado es siempre fatal al vencedor del primer combate, porque si deja á *Llam-Dearg* derribado, él se retira con los miembros magullados por los apretones de la terrible mano roja, y no sobrevive mucho tiempo á su doble victoria.

El canton de Knoidar está tambien habitado por un demonio llamado *Glas-Lich*, ó el *Brujo nocturno*. *Glas-Lich* es una jiganta cuyos largos brazos os cojen al pasar, si sois harto atrevido para continuar vuestro camino despues de haberla visto, y cuelga por los cabellos al desgraciado que cae en sus manos, del mas alto abeto de Knoidar, á guisa de telégrafo que avisa á los viajeros que vuelvan pié atrás, y se rie cuando los amigos del difunto le compadecen, por haber encontrado la muerte de Absalon, persiguiendo á un grajo ó una ardilla de rama en rama.

El lago y el torrente tienen en Escocia sus demonios, como el desierto y la selva. La *Mermaid* ó *Sirena*, que los naturalistas han confundido sabiamente con la foca ó vaca marina, tiene algunas veces la perfidia de las *mujeres verdes* de Glenfinlas. Seduce con su canto al montañés amante de la música, y le atrae á su gruta de coral y le endormece para siempre en un húmedo sepulcro. A veces la sirena es seducida á su vez: ama con un cariño sincero, y cuándo no es correspondida ó es abandonada, maldice, como la antigua Calipso, su odiosa inmortalidad. Mas los lagos de Escocia, surcados hoy dia en todas direcciones por barcos de vapor, han ido perdiendo sus sirenas amorosas. Las últimas se han refugiado en el archipiélago de las Hébridas, cerca de las islas de Jona y de Colonsay. Felizmente ha desaparecido con ellas el cruel *kelpie* ó *caballo-demonio* que venia á caracolear graciosamente en la playa, invitando con sus alegres brincos á los niños y á las jóvenes á aventurarse en su grupa, como Europa sobre el toro de Creta, y precipitándose en seguida en el lago ó torrente con sus imprudentes caballeros. El *kelpie* del *loch Tay* se llevó de esta suerte, en 1809, cuatro niños que estaban

muy satisfechos de haber domado ese montaraz bucéfalo.

El *spunkie* no es menos temible que el *kelpie*. Él es quien enciende esos falaces resplandores que se deslizan por los pantanos, y persuaden al viajero sorprendido por la noche que se acerca á alguna choza. Burns, en su *oda al diablo*, trata al *spunkie* de mono malévolo (*mischievous monkey*). Este nombre le cuadra admirablemente. Ese duende maligno pertenece igualmente á la Alta y á la Baja Escocia, y se le encuentra en las dos riberas del Tweed y en todos los paises pantanosos. Los Ingleses le llaman *jack-with-a-lantern*, los Franceses *feu follet*, etc. Existen además en el Ben-Lomond la raza aborrecible de los *Urisks* ó *Silvanos*, especies de sátiros con piernas de macho cabrío como los compañeros de Pan.

Hablarémos con mas respeto del duende familiar y doméstico llamado *Brownie*, el huésped bienhechor de la granja ó de la cabaña, que prefiere la sociedad del montañés á la de sus semejantes. Cuando adopta, digámoslo asi, una casa; cuando ha adquirido la costumbre de venir cada noche, cuando el hogar está desierto y las luces apagadas, á calentarse con el resto de calor que exhalan la plancha del hogar ó los tizones apagados, hay que dejarle gozar en paz de este asilo, pues lejos de abusar de esta hospitalidad, se hace luego el amigo invisible del dueño de la casa, y se convierte en desinteresado celador de los establos y de la lechería. Si las criadas descuidan su obligacion, *Brownie* arregla los muebles, barre la cocina y el salon, saca de los vasos de leche las moscas que se han anegado en ella, etc. A veces acompaña los corderos al pasto, persigue á los tábanos importunos y desenreda el vellon de las ovejas. Si *Brownie* se permite algunas travesurillas, si asusta á alguna criada perezosa, si hace cosquillas con una paja en los labios de algun palurdo que se duerme en el sillón del señor, hace tantos servicios á los amos y á los criados, que se le deben perdonar esos caprichos. *Brownie* es á la vez de la familia de Ariel y de la de Puck.

Las hadas de Escocia tampoco son por lo regular una raza maléfica. Los Highlanders y los Lowlanders las llaman las *buenas mujeres*. Habitan en las cavernas de los Bens de Perthshire, y aquellos á quienes es dado sorprenderlas en sus danzas pueden formarse una idea del pandemonio de Milton, porque las hadas de Escocia toman de buen grado la talla de los pigmeos para ocupar menos espacio.

Hay tambien dos especies de hadas; *hadas domésticas* y *hadas independientes*: las primeras se hermanan con una familia, y mas gustosas con una familia noble, dejando las cabañas y los cortijos para el rústico *Brownie*. ¡Feliz el clan que se halla protegido de jeneracion en jeneracion por una *benshie*! nombre que dan á esta especie de hadas: todo es gozo y felicidad en su morada y en su tribu. Si amenaza alguna calamidad

dad á su protegido, la benshie se lo advierte con un grito de dolor; grito que resuena mucho mas tristemente cuando se trata de una desgracia irreparable, cuando llega la víspera del día en que el jefe debe bajar al sepulcro. A veces esos avisos de una muerte cercana vienen á un jefe por medio del espectro de algun antiguo enemigo de su familia. Tal es el *Rhoda Glas* de Mac-Ivor en *Waverley*.

Las hadas independientes forman un reino nómada que tiene sus costumbres, sus instituciones, sus jerarquías. Verdaderas jitanas del mundo maravilloso, las hadas de Escocia reclutan á veces algunos hombres robando niños. Ciertos mortales privilegiados han sido admitidos en su edad madura á las secretas finezas de su reina, y han recibido de ella el don de inmortalidad. Tomás de Elceldoune vive todavía en el *Fifland*, ó pais de las hadas (1). Se dice tambien que, por su parte, ciertas hadas independientes han abandonado su ignorado palacio para venir á consolar, por afecto inocente, á las jóvenes perseguidas en su familia. Una de esas hadas habia cobrado íntima amistad á la hermosa Kilmenie, llamada la Rosa del Perts-hire. Kilmenie iba todos los días á hacer leña en el hornaguero, mientras que sus hermanos, mimados por la preferencia de una madre injusta, pasaban su vida en el ocio y la caza. La hada amiga, queriendo alijerar el penoso trabajo impuesto á su predilecta, la esperaba cada mañana á la entrada del *tourham*, ó colina encantada que le servia de asilo. Kilmenie daba tres golpes en la roca, y veia salir por una pequeña hendidura una manecita que le daba un cuchillito, con el cual recojia en pocos minutos toda la hornaguera que necesitaba. Cuando volvia á su casa, daba dos golpes en la roca, y salia la manecita para volver á tomar el cuchillo. Observando los hermanos de Kilmenie que desempeñaba su tarea sin fatiga, se imaginaron que alguno le ayudaba: en su consecuencia la estuvieron atisbando y descubrieron ese maravilloso socorro; quitáronle el cuchillo de las manos, y tomándole la delantera al volver á la colina, dieron, como ella, dos golpes en la roca; la hada obedeció á la señal, mas los miserables le cortaron la mano con su propio cuchillo. La hada lanzó un grito de dolor, y creyendo que su protegida le habia hecho traicion, no volvió á aparecersele mas.

La numerosa familia de los *gobelinos* escoceses mereceria tambien un capitulo por sí sola, si posible fuese hablar de todos los seres sobrenaturales de que ha poblado la crédula Escocia sus montañas y valles solitarios. Hasta las ciudades tienen sus aparecidos, sus espectros y sus fantasmas, como los antiguos castillos y las chozas de los pastores. Hace algunos años

se tuvo que cambiar la guarnicion de la ciudadela de Edimburgo para desalojar el espectro de un soldado fusilado injustamente, segun pretendian sus camaradas. El desgraciado habia encontrado á sus oficiales inexorables ante el consejo de guerra y habia muerto protestando de su inocencia. Su espectro continuó esta protesta despues de su suplicio, hasta que se le dejó libre el campo, pero vivió en buena armonía con el nuevo rejimiento.

El espectro escocés tiene de particular que existe antes y despues de la muerte del hombre de quien es *sombra*. Antes de la muerte se llama *wraith*; todo hombre que se *aparece* á sí mismo solo tiene tiempo para ordenar su testamento.

Las apariciones tienen á veces en Escocia un carácter religioso, y hasta el mismo cielo las ha hecho servir para avisar á los reyes y á los pueblos. Si hemos de dar crédito á los cronistas, se vieron en Edimburgo, lo mismo que en Jerusalem, grandes ejércitos batallar en los aires en la víspera de una guerra funesta; y oyéronse atambores y trompetas invisibles dar la señal de una victoria en el día antes de la batalla aciaga. Una de estas apariciones mas justificadas de la historia es la que, desgraciadamente no fué parte para que el rey Jacobo IV dejase de ir á hacerse matar en Flodden-Field, supuesto que Jacobo IV haya muerto, pues muchos Escoceses pretenden que, como el rey Sebastian de Portugal, fué arrebatado por unos espíritus que le permitirán el día menos pensado volver á continuar su reinado. Se hallaba el rey en el templo de su buena ciudad de Linlithgow, cuando le aquí que se presenta en la puerta un hombre de unos cincuenta años de edad, atraviesa el círculo de los señores y se hace abrir paso con aire de autoridad, declarando que quiere hablar al rey. Iba vestido de un sobretodo ó blusa azul, ceñido al cuerpo con un cinturón blanco, con borceguies en los pies, pero sin sombrero, rizados sus rubios cabellos sobre las espaldas. El rey estaba orando cuando se le acercó aquel hombre sin ceremonia, se inclinó sobre su reclinatorio y le dijo: «Señor rey, mi madre me envia á vos para avisaros que no vayais donde querais ir, pues de lo contrario, lo pasaréis mal vos y cuantos vayan con vos.» Desalentado Jacobo por ese singular aviso, bajó los ojos como para reflexionar ó recojerse antes de contestar; mas cuando levantó la cabeza, ya el desconocido no estaba allí; ni se supo por dónde habia pasado ni cómo habia desaparecido: todos lo habian visto entrar, salir nadie. Los unos pretendian que era San Andrés, los otros San Juan hablando en nombre de la Virgen madre, y solo hasta nuestros días no ha pretendido la crítica histórica que podia ser muy bien un santo del partido de la reina, esposa de Jacobo, que se oponia mucho á la guerra meditada por su caballeresco esposo; por lo tanto, dice Walter Scott, es necesario elejir entre una impostería ó un milagro.

El rey creyó haber tenido un sueño; sin embargo es-

(1) Hará unos cincuenta años que un venerable ministro de las montañas, el doctor Kirby, que habia revelado los secretos de las hadas, fué arrebatado por ellas: se enseña su sepulcro en Aberfoyl, pero aseguran que está vacío. El doctor Kirby se aparece de vez en cuando á sus feligreses.

taba tan determinado á hacer aquella guerra, que no cedió ni aun á un segundo aviso que le fué dado algun tiempo despues con nueva solemnidad. A media noche, cuando todo Edimburgo dormia, un extraño ruido que se oyó de repente hizo salir á todos los habitantes á las ventanas. Percibióse distintamente un ruido de trompetas, y una voz sonora se puso á recitar desde lo alto de la cruz de piedra donde se proclamaban las ordenanzas y decretos del reino, un catálogo de los nombres de toda la valiente caballería escocesa, condes, barones, etc., que fueron emplazados á comparecer dentro de cuarenta dias ante el tribunal de la muerte. Todos los que vinieron comprendidos en esa extraña proclamacion sucumbieron poco tiempo despues con el rey en el campo de batalla en Flodden, excepto uno solo que, oyéndose emplazar de un modo tan extraño, gritó desde su balcon que apelaba á la misericordia de Dios, su salvador.

Solamente en nuestros dias se ha dudado de aquella voz sobrenatural, de aquel heraldo de armas infernal, diciendo que era una segunda estratagemas para disuadir á Jacobo de la guerra. Mas no por eso dejan esas tradiciones de hacer parte de las creencias de la Escocia. Si no hubiesen estado en armonía con el jenio del pueblo y la fe popular, no se hubieran inventado, ó el que las inventó no hubiera sido creído fácilmente. Los Escoceses obedecieron á su rey y marcharon en gran número bajo su estandarte, pero con la triste conviccion de que tenian contra sí las potestades del cielo y del abismo. ¿Quién sabe hasta qué punto contribuyó esta conviccion á la pérdida de la batalla?

El solemne emplazamiento de la cruz de Edimburgo ha proporcionado á Walter-Scott una de las mas bellas pájinas de su poema de *Marmion*: las notas de este poema, como las de todas sus obras poéticas, son ricas en anécdotas de hadas, sortilejos y apariciones; siendo en efecto en esas notas donde el novelista poeta ha sacado á luz casi siempre lo maravilloso de sus asuntos, pues hasta en sus composiciones, si recuerda las supersticiosas leyendas de la Escocia, es solo por alusion y como que duda de ellas.

A escepcion de la *Dama blanca* en el *Monasterio*, escepcion á la verdad poco feliz, se encuentran, tanto en los poemas como en las novelas de Walter-Scott, muchos menos espíritus, espectros, fantasmas, hadas y brujas de lo que uno se prometia. Se ha llamado á Walter-Scott el mago del norte (*the wizard of the north*); pero ningún autor ha sido mas parco en móviles extraordinarios, á ninguno le ha repugnado como á él llamar al socorro de sus desenlaces el *Deus intersit* de Horacio. Las personas que han disfrutado de su amistad aseguran que el autor de la *Dama del Lago* era secretamente tan supersticioso como el mismo Samuel Johnson, y que temia ridiculizar sus *dioses* esponiéndolos á la publicidad: mas en la conversacion, y sobre todo en un rincon del hogar, Walter-Scott amaba sobre todo las antiguas le-

yendas y las referia con toda la seriedad de un hombre que las cree. Su biblioteca ofrecia tambien ricos tesoros en este jénero; pasaban de tres mil sus libros ó cuadernos sobre la magia y hechiceria. Por el cuidado con que están clasificadas estas obras, y por su encuadernacion orijinal, el extranjero que visita Abbotsford reconoce desde luego en ellos los libros predilectos del castellano. Por el propio motivo, lo que mas amaba, y eso lo repetia á menudo, era la situacion de Abbotsford, por la proximidad de dos lugares inmortalizados por los prodijios de dos famosos nigrománticos, uno de los cuales le habia á lo menos legado su nombre, Tomás de Erceldoune y Miguel Scott. De una parte se ven las cumbres cónicas del Eildon, triplicadas por un solo golpe de varilla; por otra, puentes improvisados en una noche sobre el Tweed por dos ó tres operarios. Miguel Scott tenia á sus órdenes tan crecido número de esos activos operarios, los unos visibles, los otros invisibles, que su mayor embarazo consistia en darles trabajo. Creyendo engañar esa espantosa actividad, les habia mandado un dia que construyeran una calzada desde Fortrose hasta Arde, sobre el golfo de Moray. A la mañana siguiente iba á quedar terminada la calzada, y Miguel, que no queria obligar al rio ni á la mar á cambiar de lecho, no tuvo otro recurso que mandarla destruir, no quedando ya de ella mas que el cabo de Dortrose, que se llama todavía la calzada de Miguel Scott. Mas entónces los infatigables operarios vinieron á pedirle trabajo, y como no sabia en qué emplearlos, imaginó una estratagemas muy cruel. «Id, les dijo, á hacerme cuerdas de arena.» Los demonios lo ensayaron, mas fué para ellos la tarea de las Danaides en el infierno clásico, y volvieron á suplicar al mago les dejase añadir un poco de paja á la materia de esa extraña cordería, cuyos vestijios se encuentran todavía en las orillas del golfo de Solivay. Scott se negó á ello, y los demonios se ocupan todavía en su trabajo imposible.

Miguel Scott era uno de esos nigrománticos virtuosos á los cuales no se les quemaba, y á quienes hasta los soberanos consultaban sin que peligrase por esto su fe. Eran los brujos de esa ciencia y del jenio, que arrancaban sus arcanos á la naturaleza por medio del estudio y del trabajo. La Escocia tuvo despues sus hechiceros y hechiceras por pacto diabólico, que elian á chamusquina, y muchos de los cuales murieron quemados, como lo atestiguan los fastos judiciales de Edimburgo y de Aberdeen. Algunos de estos desgraciados no llegaban siquiera al lugar de la ejecucion: el pueblo los arrancaba de las manos del verdugo para tener el gusto de degollarlos por sí mismos. Tal fué la suerte de la famosa hechicera *Cornfoot*. Algunos de esos hechiceros de parte de Satanás tenian el arte de redimir de vez en cuando sus fealdades y maledicijos por medio de algunos servicios. Habia tambien en Escocia hechiceros á quienes era imposible cojer, y que mas bien hacian parte del mundo de los

espíritus que del mundo material. Las brujas de *Macbeth*, por ejemplo, eran de este jaez, y por la descripción que nos da de ellas Shakspeare, sacada sin duda de las crónicas, estas fatales hermanas (*wierd sisters*) vienen comprendidas en la clase de los seres mitológicos de la Escocia: no tienen sexo, y participan mas de la naturaleza de demonio que de la humana. Se dice que el doctor Johnson las invocó en vano en las nieblas de Fores: es verdad que, según creo, el doctor Johnson les habló en versos latinos, como hubiera hablado á la Canidia de Horacio, ó á la Erieta de Lucano, y ellas hubieran contestado de mejor grado á un encantamiento gaélico. Las fatales hermanas existen todavía en el condado de Fife, y se cree que todos los hijos mayores de la casa de Duff tienen el secreto del encanto á que responden.

Yo por mi parte preferiría ver aparecerse la hermosa hechicera del *Tam ó Shanter* de Burns, pues Burns ha sido fiel á las supersticiones locales, pintando á su hechicera joven y hermosa. Mas de una joven de Escocia ha sido acusada, hasta en nuestros días, de ir á bailar el sábado con el indecente vestido que inspira al entusiasmo de Tam esta exclamación que se ha hecho vulgar: «¡Bravo, corta camisa!» (*Weel done, cutty-sark!*). Sin embargo la verdadera bruja escocesa, el tipo de Magde y de las sepulcrales de la *Novia de Lammermoor*, es una vieja de piel arrugada, trémula, fea y melancólica, conservando un resto de calor animal cerca de algunos tizones cubiertos de ceniza en una olla rota, murmurando palabras misteriosas, y no teniendo otro compañero, otra amistad en este mundo que la de su viejo gato; y aun este solo por su forma, bajo la cual se oculta el viejo Nick ó diablo. Tal es la única especie de brujas que conocen los Escoceses modernos, tanto en la Alta como en la Baja Escocia, tanto en las montañas como en las islas Hébridas. ¡Pobre vieja! ella monta todavía sobre su escoba para ir al sábado; mas todo el poder que saca de él es echar algun sortilejo sobre las vacas de Sawney ó de Donald. Es verdad que no corre riesgo de ser quemada, pero tampoco puede mandar á los elementos, ni hacerse obedecer de la tempestad como en otro tiempo la bruja de Corrivreckan (1), de la cual vamos á referir un hecho que prueba que esta temible aliada de Satanás tenía al menos un sentimiento de patriotismo.

Durante el reinado de Mac-Donald, rey ó lord de

(1) Corrivreckan, entre el cabo Jura y la isla Scarba, estaba al presente un golfo peligroso para los marineros; mas hace mucho tiempo que no se ha visto aparecer la vieja hechicera, que no tenía mas que hacer en otro tiempo, para mover una tempestad capaz de tragar una armada, que agitar su pañuelo. Un príncipe danés osó despreciar á la bruja un día que ajitaba de esta suerte su pañuelo, y naufragó con todas sus riquezas. La dama á quien amaba habia exigido este acto de valor para probarle antes de darle su mano. San Colombo, dice una crónica, fué mas feliz cuando salvó el paso del Vreckan. Bramaba ya la tempestad que debía tragarte, mas el santo invocó á su amigo San Kenneth,

las Islas, una princesa española, atraída por la fama de los santos edificios de Jona, fué en romería á hacer una plegaria y á depositar su ofrenda en el altar de San Colombo. La bella extranjera dió la vuelta á las costas salvajes de Mull, y su presencia fué como la aparición de una hada mortal para los jefes del archipiélago de las Hébridas, los cuales quedaron prendados de su hermosa piel morena, y de sus bellos ojos negros, que contrastaban con la hermosura de las Escocesas de piel blanca, ojos azules y cabellos rubios. Habia sobre todo un atractivo imposible de espresar para aquellos jefes guerreros, en su lánguido andar, en la mezcla de molicie y vivacidad que caracteriza á las Castellanas y Andaluzas. «¡Es negra como un cuervo! decía el uno.—Dudo que supiese danzar un reel (especie de danza de las Hébridas), decía otro.—Es alguna princesa que ha huido de Africa, añadía un tercero.» Mas en lo íntimo del corazón experimentaban un no sé qué que desmentía sus desdenes afectados para con la extranjera. El mas franco de esos jefes fué Mac-Lean de Duart, quien exclamó que, negra ó morena, africana ó española, la peregrina le parecía la mas hermosa mujer que hubiese visto en su vida, y que se atrevería á decirselo á ella misma. Saltó en una barca, abordó la galera de la princesa, se ofreció á servirle de piloto hasta Jona, y la guió felizmente al través de los innumerables peligros del golfo de Corrivreckan. La princesa por su parte encontró en Mac-Lean un aire noble y digno de la atención de una reina.

«¿Sois, le preguntó ella, el rey de estas islas?»

—Soy rey de la mia, repuso Mac-Lean.

—¿Pero teneis un rey superior á vos?

—Mac-Donald es rey de las Islas, y yo soy rey de Duart.»

La princesa vió que estos títulos le bastaban para tener el honor de ser su caballero, despues de haber tenido la dicha de ser su piloto. No hay orgullosa Española á quien no iguale en orgullo un jefe escocés. La princesa entró en la catedral de Jona, apoyada en el brazo de Mac-Lean. Bien hubiera querido este hablarle de amor, mas esto hubiera sido hacerse rival de Dios, y por lo mismo respetó las devociones de la extranjera. Tal vez su silencio fué mal interpretado de la dama, la cual quiso que le condujese á Dunstaffnage, á donde le llamaba una misión diplomática para el rey de las Islas. Mac-Lean no osó declararse todavía, y como existía una guerra hereditaria entre su clan y el de Mac-Donald, no pudo

quien oyó su grito de apuro y su oracion desde el fondo de Irlanda en el momento en que iba á sentarse á la mesa, y no teniendo mas tiempo que de calzarse un zapato, celebró con mucha priesa una misa para su amigo, medio descalzo. Eran las nueve de la mañana cuando consagró la hostia: á la misma hora vió Colombo apartarse y desviarse de repente de su barca las airadas olas, en el momento en que parecían avanzarse como montañas para destrozarla y sepultarla en el abismo. (*Leyenda de San Oran.*)

acompañarla sino hasta á Dunstaffnage.

El rey de las Islas no quedó menos prendado que los otros jefes isleños de la belleza de la Española, pero fué mas osado que Mac-Lean. En vez de suspirar discretamente, de esperar siempre un momento favorable para hablarla, la galanteó en regla. La princesa, que habia encontrado á Mac-Lean demasiado tímido, encontró á Mac-Donald demasiado atrevido, y se negó á corresponderle. El tiempo la volverá mas racional, dijo para sí Mac-Donald; y cuando la princesa manifestó que queria hacerse á la vela, se vió prisionera. Quiso entónces probar si tenia en Mac-Lean un campeon tan digno de ella por su valor como por su respeto, y le hizo saber su situacion. Mac-Lean, como todos los montañeses, estaba dispuesto siempre para la guerra y la venganza, y le parecia ya que la visita diplomática de la hermosa Española se dilataba demasiado; y así es que, seguro de obtener su aprobacion, hizo sus preparativos, sorprendió el castillo de Dunstaffnage, y se apoderó á la vez del lord de las Islas y de su cautiva, á la que condujo al castillo de Duart.

Allí la hermosa Española se manifestó reconocida, y se hubiera casado con Mac-Lean, sin hácer mucho tiempo la mojigata, si su padre, inquieto á su vez por la larga ausencia de su hija, no hubiese enviado su almirante con una numerosa armada para reclamarla. Este almirante, que habia hecho en otro tiempo la guerra en aquellos mares bajo las órdenes del conde de Buelna, amenazaba asolar á sangre y fuego las tierras de Duart, si no le volvian la princesa.

Mac-Lean habia resistido con las solas fuerzas de su clan al clan de Mac-Donald y á sus aliados; mas ¿cómo podia esperar resistir con tan cortos medios á toda una armada española? En medio de tamaño apuro, fué á consultar á la Hechicera de Corrivreckan, la cual tomando su pañuelo, acudió á la roca sobre que estaba edificado el castillo de Duart.

Cuando el almirante español echó el áncora delante de la orgullosa roca, empezó á maravillarse de la tranquilidad que reinaba en torno suyo. No se observaba el menor preparativo de defensa, ninguna señal de alarma; y como era marino experimentado, miró á derecha y á izquierda, pero no vió nada.

«Grumete, gritó por último, trepa hasta la tope, y dime lo que ves.

—Almirante, veo un cuervo negro que vuela jirando sobre la cima de la roca.

—Grumete, ¿qué mas ves?

—Almirante, veo otros dos cuervos que vienen á reunirse con el primero.

—¿Qué mas ves?

—Veo otros tres cuervos, seis en todo: ¡oh! perdon, almirante, ahora llega otro.

—Baja, dijo el almirante cuya frente se oscureció á esta noticia: ¡marineros á vuestros puestos! Mas era ya tarde: vino una tempestad espantosa sobre la galera almirante y sobre toda la armada, que se dis-

persó y no se atrevió á presentarse mas.

Cada vez que la hechicera de Corrivreckan habia ajitado su pañuelo, se habia presentado un cuervo con un grano de tempestad debajo de sus alas. La princesa española dió su mano á Mac-Lean y olvidó la España en las Hébridas. La tradicion dice que los siete cuervos de Duart eran siete hechiceros transformados en esas aves.

Las formas que pueden tomar las hechiceras de Escocia están arregladas por una especie de código de sus privilegios: pueden transformarse 1.º en piedras; entónces se colocan en un campo, y el labrador ve romperse en el surco la reja de su arado; 2.º en urracas, y se escapan ordinariamente bajo esta forma; 3.º en cuervos, cuando han de mover tempestades ó anunciar los muertos; 4.º en gatos, bajo cuya forma se introducen en las casas; y finalmente en liebres, para destruir las legumbres en los jardines y campos cultivados. Habiendo algunas horas antes de la batalla de Falkirk, en 1746, pasado de repente una liebre por delante de la linea del jeneral inglés, los soldados se pusieron á gritar: es la condesa de Kilmer-nock. La condesa era una anciana viuda jacobita, acusada en el canton de ser hechicera.

Tanto en Escocia como en otras partes, no siempre es hechicero el que quiere serlo: mas en Escocia, hay muchas personas que á su pesar tienen que mantener correspondencia con los espíritus malignos, y que tienen el don de verlos en todos lugares y á todas horas. Esas personas son las que han nacido el día de Navidad ó el Viérnes santo: singular privilegio que fecha de la época en que reinaba el catolicismo en todo el reino de Bruce, y de que no ha privado á los escoceses la reforma.

El don de segunda vista es tambien un privilegio del mismo jénero, particular á la Escocia, y sobre todo á los habitantes de las Islas; privilegio fatal, porque sucede á los profetas de las Hébridas lo que á la Casandra de los Griegos, que sufren anticipadamente por un peligro que predicen en vano á la pertinaz imprevision de los hombres. Lochiel fué avisado por uno de estos profetas del resultado que tendria la batalla de Culloden; mas el honor le hizo un deber de ir á perecer con su clan bajo la bandera de Carlos Eduardo.

La segunda vista es uno de los fenómenos de que se ha ocupado la fisiología, y que ha analizado como el síntoma de una manera de ser propia de ciertos temperamentos y de ciertas organizaciones. No me acuerdo qué sabio doctor la ha considerado como una especie de catalepsia. Sea lo que se fuere, es uno de esos milagros que pueden sufrir impunemente la prueba sujerida por Voltaire, el exámen de una academia ó de una facultad de medicina. La segunda vista existe; falta explicarla. Yo la definiria provisionalmente un sueño de un hombre despierto. Si se admite que se puede dormir despierto, con los ojos abiertos, ¿serán estos sueños predicciones mas cier-

tas que las que se sacan por medio de los sueños? Ved ahí cómo debiera proponerse la cuestion á la facultad de Edimburgo; mas en los Highlands y en las Hébridas se da un sentido menos fortuito á las revelaciones de la segunda vista. Los que están dotados de ella parecen unos seres á parte, son escuchados con respeto y consultados seriamente. Se cita mucho la anécdota siguiente para probar cuán independientes son sus predicciones de todo cálculo.

Estaba uno de esos visionarios sentado á la mesa en un meson de Killin, ciudad del condado de Perth, cuando entró un desconocido. A la vista de este hombre, el visionario se sobresalta, se levanta de la mesa y sale huyendo. Le siguieron, le alcanzaron, le preguntaron, y confiesa que huye porque el recién llegado, á quien no conoce, está destinado á perecer en un cadalso dentro de dos dias, y que esta revelacion le ha venido acompañada de un instinto irresistible de terror personal. El desconocido, irritado de aquella prediccion como de un ultraje, saca su *claymore* y lo clava en el corazon del visionario. El asesino es detenido, juzgado al instante, y muere dos dias despues del suplicio que le habia sido profetizado. Ved ahí un caso que sobrepuja ciertamente todo lo que decian y creian los antiguos de ese poder indefinible y superior á los dioses, la fatalidad.

Hay tambien Escoceses que pretenden que la segunda vista es al mismo tiempo una ciencia y un don natural, que puede comunicarse por iniciacion. He aquí lo que dice acerca de esto un antiguo escritor que ha tratado gravemente la cuestion.

«Seregala á un hombre el don de segunda vista por medio de algunas solemnidades estrañas. Primeramente debe el que pretende adquirirlo ceñirse con una cuerda de clin que haya servido para fijar la tapa de un ataúd. En seguida debe inclinar la cabeza como lo hizo Eliseo (*Reyes*, lib. 1º, c. 18, v. 42), hasta que vea por entre sus piernas un entierro que pasa. Mas si cambia el viento durante este tiempo, corre el neófito peligro de muerte. Por eso es mas prudente, para el que desea iniciarse en esta ciencia, poner el pié izquierdo debajo del derecho de un visionario, quien pone al mismo tiempo la mano sobre su cabeza. En esta actitud, mirará por encima del hombro del visionario y verá una multitud de personas furiosas que corren hácia él de todos los puntos del horizonte, en tanto número como los átomos que fluctúan por el espacio. Esos personajes no son entidades, ni esencias negativas, ni fantasmas, creaciones de una imaginacion exaltada, ó de un cerebro enfermo, sino realidades que se manifiestan tales como puede percibir las un hombre en su cabal juicio y que puede examinar con una atencion escrupulosa: mas esta vision se vuelve luego tan terrible, que el neófito visionario queda trémulo, respirando apenas y mudo.»

Terminaremos este artículo con las singulares ideas que tienen todos los Escoceses acerca de los muertos. El alma, dicen, no sale del aposento en que se ha

separado del cuerpo, hasta que se han hecho los funerales. Se cierne al rededor del lecho fúnebre, y puede, si se le dirijen ciertas palabras de encantamiento, volver á entrar en su cárcel mortal, reanimarla por algunos momentos y responder á las preguntas que se le hacen acerca de las causas de su muerte. Ni está sola el alma en el aposento, sino que vienen á hacerle compañía, durante el intervalo que separa la muerte de los funerales, todas las almas conocidas suyas. Aunque invisibles á todos los ojos, pueden sin embargo manifestar su presencia, si son provocadas por alguna indiscrecion. Se acostumbra tener la puerta del aposento del muerto, ó abierta de par en par, ó enteramente cerrada: si se dejase entreabierta, el primero que entraria veria, dicen, el cuerpo sentado en la cama.

Son tantas las supersticiones escocesas, que nuestro objeto, en este artículo, no ha sido mas que dar á conocer las mas populares y sobre todo las mas poéticas; pero no olvide el lector que para que agrade semejante objeto, se requiere cierta disposicion de ánimo. El embeleso de una leyenda depende mucho, como ha dicho el mago del Norte, de la edad de la persona á quien se refiere. «Y lo creo tanto mas, añade Walter-Scott, como que á dos épocas muy diferentes de mi vida, me he encontrado con resultados muy diferentes en sitios favorables á este grado de conmocion supersticiosa que llaman los Escoceses *eerie*, (miedo de espíritus).» Y en apoyo de este aserto, nos cuenta cómo, á la edad de diez y nueve á veinte años, pasó una noche de desvelo en el castillo de Glamis, que, despues de Macbeth, se ha enriquecido de siglo en siglo con nuevas leyendas.

Bien llamó á la historia en su auxilio para desmentir esas tradiciones que la poesía ha sacado de las relaciones populares; su imaginacion se puso de acuerdo con Shakspeare para llamar á los personajes de la famosa escena nocturna del castillo de Macbeth. Reconociólos como si estos mismos personajes fantásticos hubiesen ejecutado en el mismo sitio esta escena que habia visto representar algun tiempo antes en Edimburgo por John Kemble y su inimitable hermana Miss Siddons. En 1814, la casualidad condujo á Walter-Scott al castillo de Dunvegan, que no es menos rico en tradiciones supersticiosas que el castillo de Glamis; mas entónces habia traspuesto ya la edad media de su vida. El laird y la castellana le hicieron el cortés ofrecimiento de hacerle dormir en el aposento llamado de las apariciones. «Tomé posesion de él, dice, á la hora en que vuelven los espíritus. Nada mas cómodo que este aposento, excepto tal vez algunas tapicerías flotantes y la suma espesor de las paredes; mas si mirais por las ventanas, todo lo que veis despierta fácilmente ideas supersticiosas. Un viento de otoño, cargado á veces de vapores, ocultaba el golfo á la vista, ó levantaba sus olas estrellándolas contra la playa. Las rocas que, saliendo del fondo del mar bajo una forma muy se-

mejante á la humana, han recibido el nombre de *Hijas de Macleod*, estaban coronadas de espuma blanca como la nieve. En una noche semejante, aquellas rocas singulares hubieran podido recordarme las diosas noruegas llamadas las *Mensajeras de la muerte*, ó las mujeres que viajan en alas de la tempestad. En el fondo del cuadro se distinguían algunas de las montañas de Quillan, llamadas las *Mesas de Macleod*. En fin, á la voz de las olas y del viento se mezclaba la de la cascada sonora, designada bajo el nombre de la

Ama de Rosie More, porque este jefe gustaba de dormirse escuchándola. En una palabra, mi aposento era digno de un huésped menos cargado de sueño. Sin embargo, debo confesar que lo que mas me sedujo, entre todo lo que ví antes de dormirme, fué la blanda cama donde esperaba reparar la fatiga de algunas noches penosas pasadas á bordo, y donde dormí en efecto sin soñar en espectros, fantasmas ó duendes, hasta la mañana siguiente, en que tuvo que venir á despertarme mi criado. »

DIARIO DE UN MÉDICO.

EL DESARTO.

Un lord joven, cuyo nombre callaré y cuya familia ha dejado de existir, me habia convidado á pasar la temporada de la caza en su castillo en Somersets-hire. Ya es sabido que estas residencias, llamadas *Shooting boxes* (chozas de caza), son la cita ordinaria de la jente fina, fastidiada, durante el estío y el invierno, de la vida monótona de sus torreones góticos y del lujo de Lóndres. Lord Byron nos ha dado una muestra reparable de aquella existencia cazadora, libertina, bebedora, poco morijera por cierto, pero viva, jovial, halagüeña, atolondrada, y en que la gravedad aristocrática, despojándose por fin de sus privilegios y ridiculeces, entra de sopetón en la plenitud de la independencia bravía, y no se distingue del estado llano sino por la estremada vehemencia de los escesos que la arrebatan. Lord F.***, que debia seguir la carrera de las armas, estaba rodeado en su residencia de Somerset de una multitud de jóvenes militares, que con su bulliciosa alegría y su viva imaginación daban gran movimiento á la escena brillante y campestre de que yo no era mas que espectador. Todas las locuras imaginables ocuparon nuestro tiempo, chanzas continuas, burlas sin fin, buena comida, excelente vino, hermosos caballos, comedias improvisadas; prolongadas cenas que duraban hasta muy avanzada la noche, extravagantes apuestas, partidas de caza interminables; la pesca, el juego, el tiro de la pistola, todos estos pasatiempos, que se sucedían con suma rapidez, se hicieron pesados despues de quince dias de este gozoso desorden. Lord F.*** nos propuso variar nuestras diversiones; la pequeña población de T.*** está situada á corta distancia del castillo en que habitábamos. Hicimos anunciar por los papeles públicos un baile por suscripción, que debia verificarse en aquel pueblo, y á donde no po-

dia dejar de concurrir toda la nobleza de aquellos alrededores. El ser nuestro huésped Lord F.*** y la presencia de sus brillantes amigos atrajeron allí efectivamente una numerosa sociedad; acudieron á nuestro baile de diez leguas á la redonda; todo salió á medida de nuestros deseos.

Era preciso ver aquella población, demasiado pequeña por la multitud de danzantes que se habian allí reunido, trasformada en una especie de campamento, ocupado por una alegre bacanal. Los sonidos de los instrumentos, repetidos por los ecos de las colinas que la rodeaban, atraían los aldeanos de aquellos alrededores, quienes escitados por el espectáculo, improvisaron por su parte otra fiesta casi tan ruidosa como la nuestra.

Las beldades de aquellos alrededores habian tambien correspondido á nuestras invitaciones. Nunca caballeros tan elegantes ni sociedad tan escogida habian llamado su atención. ¡Cómo latieron aquellos corazones! ¡Quién hubiera podido resistir? la mayor parte de los amigos de Lord F.*** eran reparables por la nobleza de sus ademanes, y sobre todo por la gracia de sus modales. Casi todos conocían á fondo aquel dialecto baladí y poderoso, aquel arte de penetrar en el corazón de una mujer por medio de frívolas espresiones, compuestas de bagatelitas que encantan y de engañosas adulaciones que halagan. Solo yo entre mis camaradas de broma no tenía ninguna de aquellas ventajas; mi cara no es muy regular, mi talle sin nobleza, mis modales poco á la moda. Espectador de una escena viva y animada, representé allí el papel de personaje mudo ó de comparsa. Mis estudios, mis desgracias, el cariño á mi esposa y los pácíficos placeres domésticos no me han inclinado á aquella liviana seducción, tan influyente en los salo-

nes. Me contenté con bailar dos contradanzas con una señorita abandonada, una de aquellas pobres criaturas de que nadie hace caso, porque son feas, tímidas, sin gracia, y á quienes el verse solas quita la serenidad, la sal en las agudezas y la estudiada actividad en la conversacion, que suple algunas veces á las ventajas exteriores y aun á la superioridad intelectual.

En medio de la turba de danzantes, una jóven se hacia reparable por su belleza y modestia. Llamada por sobrenombre la *Violeta de Hazeldon*, por alusion á la gracia tímida de su carácter y al embeleso de sus modales, estaba rodeada de adoradores que aspiraban, con toda la fuerza de la espresion, al favor de ser su amante. Los ojos de la *Violeta* de Hazeldon eran absolutamente de aquel color azulado, pero subido, con que se adorna esta linda flor cuando se despliega: rasgados, lánguidos, llenos de ardor y ternura, difundian destellos de sensibilidad. El contraste de una fisonomía casi severa y de aquellas miradas que descubrian el ardor de su alma tenían un no sé qué de encantador; uno creia estar leyendo en ellos la profundidad de afectos, su constancia y su firmeza. Una poblada cabellera de color castaño se repartía en bucles naturales y como de seda sobre una hermosa frente. Delicadeza esquisita, arrogancia graciosa, con alguna flexibilidad y nobleza en todos sus ademanes, eran los rasgos principales que la distinguian. Disimulásemos estos pormenores; atribúyase su prolijidad á la viva impresion que aquella jóven me ha dejado, al deseo de hacerla conocer, y al recuerdo que he conservado del acontecimiento que ocasionó su misma belleza, y cuyas circunstancias voy á referir.

Todos nuestros jóvenes, menos lord F.***, cautivados por los encantos de aquella jóven, rivalizaban para con ella en galantería y obsequios. Un jóven, capitán de guardias de corps, célebre mentecato, heredero de una gran fortuna, reparable por su atlética talla y la belleza de su figura, parecia pretender con mas ardor que los otros la honra de agradar á la jóven María. El mas solícito despues de este era un jóven de una familia distinguida y que seguia la carrera diplomática. ¿Sonreia al uno? el otro fruncia las cejas. ¿Parecia escuchar con mas atencion las palabras del capitán? Una espresion de descontento ofuscaba el rostro de su rival, á quien llamaré *Trevor*, para ocultar su verdadero apellido.

Una circunstancia de poca monta aparente hizo estallar entre estos dos jóvenes una guerra nacida de los violentos celos que les agitaban desde el principio de la reunion de aquella noche. El capitán se habia apoderado de la mano de la bella María, con la que contaba bailar la primera contradanza. Trevor le detiene diciéndole:

«Capitán, tengo primero la palabra de la señorita, y espero me la cederéis. Señorita, añadió dirigiéndose á María, apelo á Vd.»

María se sonrojó, previó la contienda que iba á

sobvenir entre los dos.

«A la verdad, dijo, me acuerdo efectivamente de haberla prometido á Mr. Trevor; pero si pudiese, bailaria con los dos. ¡Capitán! ¿Vd. no quiere, no es verdad?» Y una mirada suplicante de la jóven parecia pedir perdon al celoso rival.

El capitán se alejó, echando una mirada penetrante á Trevor que le provocaba; poco despues le vi salir del salon. No sé qué conviccion secreta me advertia que aquel incidente seria fecundo en desgracias. Conocia la inflexible altanería de entrambos. Trevor bailando con María buscaba continuamente con la vista al capitán, cuyos hostiles intentos habia adivinado.

A los atentos obsequios de que colmaba á su hermosa pareja se barajaba una secreta ansiedad y una ira concentrada.

Ocho dias despues, Lord F.*** dió un espléndido banquete á la mayor parte de los que le habian acompañado al baile de que acabo de hablar. Trevor y el capitán eran de este número, y resolvió observarlos atentamente. El capitán llegó primero, y fué á colocarse á la ventana. Trevor se apeó junto á la puerta exterior; el capitán le vió, se puso pálido, sus labios se contrajeron; dejó su puesto con aire de sosegada indiferencia, que engañó á todos menos á mí. Sin embargo permanecia en pié al extremo de la sala, cabalmente en frente de la puerta de entrada, y fijos los ojos sobre ella. Los rivales se saludaron mutuamente, con una frialdad bastante notable, pero sin descortesia.

Veinte convidados estaban sentados al rededor de una mesa cubierta de los mas esquisitos manjares: excelentes vinos, un servicio espléndido; todos estaban rebosando satisfaccion; circulaban las agudezas; el capitán y Trevor, muy lejos uno de otro, parecian haber olvidado sus rivalidades. A las ocho y cuarto se sirvieron los postres, y una multitud de botellas de vino de Oporto, de Champaña y de Madera fueron colocadas delante de nosotros. Algunos de aquellos estraños brindis que suelen echar los jóvenes cuando se han retirado los criados, dieron mas vivo impulso á la alegría universal. Entónces se levantó nuestro anfitrión empuñando un vaso de Champaña.

«Queridos amigos y compañeros de gloria y de placer, exclamó, llénense vuestras copas; se trata de un brindis que os gustará. Bebamos á la salud de la hermosa María, de la *Violeta de Hazeldon*. Aclamaciones unánimes atestiguaron nuestra jeneral admiracion por la beldad de Hazeldon. El capitán y Trevor nó fueron los últimos en repetir el nombre de la jóven. La mano del capitán temblaba cuando arrimó el vaso á sus labios.

«¡Ah! ¡ea! exclamó un jóven atolondrado; ¿quién se encargará de responder por ella y de dar las gracias á la asamblea en nombre de la bella de Hazeldon?»

«Toma, su predilecto Trevor, contestó otro.

«Vamos, Trevor, ¡en pie! ¡levántate! ¿A qué tanta modestia? La tuviste embargada todo el baile. Nadie pudo bailar con ella; apenas tenia uno tiempo de dirigirle una palabra.

«Yo estoy en que el capitán tiene que hacer valer sus derechos, dijo lord F***; yo advertí mas de una sonrisa de la bella María; finezas leves sin duda, pero espresivas y que se dirigian al capitán.»

Trevor y su rival, igualmente confusos, guardaban silencio. El capitán apretaba violentamente y con un aire ajitado el vaso que tenia en la mano. Acalorados ya por los vapores del vino, tomaron partido todos los convidados, unos por el capitán y otros por el diplomático, quienes guardaban el mismo silencio, mientras que se discutía su preeminencia con tanto interés, celo y alboroto como si hubiese dependido de este ridículo debate la salvación de la patria. De cuando en cuando el capitán lanzaba á Trevor una mirada de enojo, que, aunque no lo veían los alborotados, no se me ocultó jamás. Un joven del condado de Cornualles que extrañaba la grave fisonomía de aquellos dos jóvenes, aunque empezaba á presentir las consecuencias de aquella escena, probó de restablecer la calma y apaciguar los ánimos.

«Pido la palabra, exclamó; y hé aquí mi mocion: Apuesto veinte contra uno á que el corazón de la joven María está aun indeciso entre sus dos adoradores. ¿Qué hay pues que hacer? Echarlo á suertes, cara ó cruz. Entren en suerte el capitán y Trevor, y de los dos el que gane será el legítimo galán.»

Echáronse todos á reir, pero no lo hicieron así aquellos dos rivales; sus fisonomías se ponian cada vez mas sombrías. El capitán, pálido, con los ojos fijos en el vaso que estaba lleno de licor y que bebía á pequeños sorbos, aparentaba indiferencia, pero traslucíase su conmocion interior á pesar suyo. No así Trevor; mas maduro y mas dueño de sí mismo, permanecía inalterable; su embarazo y su ajitacion apenas se hacian reparables, pero ningun movimiento secreto de los dos se me habia ocultado. Había visto empezar aquella escena y la veía desarrollarse claramente á mi vista; la vanidad y el amor estaban luchando á un tiempo en aquellos rivales. Todo lo que tiene de mas violento el alma humana se encontraba conmovido, irritado y en combustion por aquella inesperada circunstancia. Para un observador poco reflexivo tanta importancia por un debate tan leve hubiera parecido inverosímil y ridículo; yo conocia mucho el corazón del hombre para juzgarlo así.

«Capitán, dije en voz baja á mi vecino; creía en verdad que este honor que se os ha disputado con tanto calor os pertenecía, supuesto que he visto á María ponerse colorada de orgullo y de placer al recibir vuestros primeros homenajes.»

Hizo un esfuerzo por sonreirse.

«Teneis razon, me dijo: Trevor ningun derecho tiene para reclamar el título que se le quiere conferir. Este es á lo menos mi modo de pensar.»

El aire sombrío de los interlocutores lió el buen humor de los concurrentes.

«Amigos míos, dijo entonces Trevor con mucho despego, se ha hecho, á mi entender, mucho ruido por nada; mas ya que la cosa ha llegado á este punto, ya que esta discusion está tan empeñada, ya que me hallo precisado á decir lo que pienso, no hay aquí, á lo menos así lo creo, quien tenga derecho para disputarme una preferencia que yo he conquistado. El guerrero que tengo por rival, (y esforzó estas palabras de un modo muy señalado) confesará tambien que la bella María me ha conferido el título y las funciones que yo aquí reclamo. Ello no hay duda que el capitán ***... tiene una mirada penetrante, un ademán soberbio, y un tono seductor.

—Trevor, exclamó el capitán encolerizado, no seais insolente.

—¡Insolente! ¿qué significa esa palabra? ¿queréis armar una pendencia, capitán? No, no lo creo. ¿Quizás he soltado alguna palabra que ha podido disgustaros? no ha sido tal mi intencion. De veras me aflijiria esto ciertamente. En cuanto á la ninfa de que se trata, permitidme, caballeros, reclamar de nuevo la satisfaccion y el derecho de ser aquí su representante. Sí, capitán, á despecho de vuestra sombría mirada y de vuestro aire amenazador, tendré la osadía de tomar la palabra en nombre de mi linda sili-fida y de dar por ella gracias á esta selecta reunion que acaba de proponer un brindis á su salud.»

Trevor habia mezclado con bastante destreza la chanza, la lijereza, el buen humor, y hasta la afabilidad en este discurso. Yo confiaba que el capitán se calmara; pero en vez de seguir el ejemplo que le daba su rival, exclamó con voz trémula de ira:

«Os equivocais, Trevor; os jufo por mi honor que os equivocais; sabeis vos la contestacion que me ha dado la joven María, cuáles son sus secretos sentimientos; sabeis si, en lugar de aceptar vuestros obsequios con satisfaccion, los ha sufrido mas bien como una mortificacion forzosa.

—¡Esto es una ridiculez! Al dia siguiente volvi á ver á María por la mañana, y os puedo asegurar....

—¡Al dia siguiente! ¡vos la habeis visto al dia siguiente! ¿qué motivos podian ser los vuestros?

—Yo no os debo dar cuenta de mis acciones... Yo soy, añadió, (apurando otro vaso de vino, que despues de muchos que habia bebido acabó de quitarle el conocimiento de sus palabras y acciones) yo soy dueño de presentar mis homenajes á María; ¡tanto peor para aquellos que lo lleven á mal!»

Su rostro se cubria de un encarnado ardiente, su voz trémula descubria los progresos de la embriaguez. En vano procuraban sus amigos detenerle; se levantó bamboleando y perturbado manifestamente por los vapores del vino.

«María ha recibido mi declaracion, y yo la suya; os lo manifesto, capitán, para quitaros todo empeño de continuar esta discusion. Digo pues....»

Se levantó un murmullo jeneral contra Trevor, á quien únicamente podia disculpar el estado en que se hallaba.

«Trevor, repuso su adversario, habeis obrado con mucha bajeza; esa conducta es de villanos;» y continuó con voz interrumpida y concentrada: «no puedo contenerme; ya no puedo... ¿Quereis quitar la reputacion á aquel sér inocente y débil? y yo, que os he escuchado con indignacion..... declaro á la faz de todos mis amigos reñidos, que sois.... ¿lo ois? ¡qué sois un *cobarde*!»

Esforzó la voz en esta última palabra, que pronunció pausadamente. Reinaba en la sala el mas profundo silencio.

«¡*Cobarde*!» respondió Trevor, cuya voz se habia vuelto mas grave y cuya cara habia perdido el color; «¡me acusais de bajeza y me llamais.... *cobarde*!»

Levantóse entonces con el vaso en la mano, y cuando estuvo enfrente del capitán, repitió esta palabra ¡*cobarde*!

«Sí, yo lo he dicho,» contestó el otro con voz firme.

«Sabed que me debeis una satisfaccion.»

El capitán se incorporó en su asiento y fijando en Trevor una mirada intrépida:

«En mi vida he dicho una palabra de que deba sonrojarme ó cejar; no lo esperéis ahora de mí.

—Ni vos esperéis tampoco, repuso Trevor echando al capitán un vaso lleno de vino, que os pida perdón por este insulto.»

El vaso rompiéndose magulló y ensangrentó toda la cara del capitán, la mayor parte del líquido cayó sobre mí. Todos los concurrentes se levantaron, no se oían mas que gritos confusos, exclamaciones incoherentes, que se cruzaban de todas partes; tan solo los dos adversarios permanecían tranquilos en medio de aquella tumultuosa escena. El capitán enjugaba sosegadamente las manchas de vino de que estaba lleno su chaleco. Trevor, con los brazos cruzados é inmóvil, conservaba la misma actitud que habia tomado, y su rival se adelantó desde luego al amo de la casa, y le dijo en voz baja:

«Querido F***, traed pistolas y terminemos al momento esta leve diferencia. Mi amigo, el capitán V*** cuidará de lo demás.

—Sosegaos, querido amigo, contestó lord F*** muy conmovido; todo esto es un absurdo. ¡Quereis transformar mi casa en teatro de homicidios y por una disputa de mesa! ¡Qué locura! Vamos, daos la mano y sed amigos; los hombres de honor como vosotros....

—Vos sabeis tambien como yo, replicó el capitán, que lo que me pedís es imposible. Capitán V***, hacedme el favor de traer las pistolas; las encontraréis en el tiro de su señoría. Pero, al caso, continuó: ¿no seria mejor que nos trasladásemos á la misma galería donde se encuentran las armas? Me parece seria lo mas acertado.»

El capitán, que habia ya en el trascurso de su vida

presenciado algunos de aquellos actos, hablaba de todo aquello con una frialdad admirable.

Muchos de aquellos atolondrados que ocupaban la sala y que habian bebido bastante vino, exclamaron: «Y bien; que se concluya de una vez; es un negocio que se puede arreglar en pocos momentos. ¡Las pistolas! ¡Las pistolas!»

Un primo de lord F***, un jóven enteramente desatinado, les interrumpió gritando:

«Si, es fuerza que peleen: no hay la menor duda.

«Maldita sea aquella muchacha, por quien dos honrados jóvenes se van á matar en mi casa, exclamaba lord F***; maldito sea el instante en que este absurdo debate ha empezado. Querido Trevor (y se adelantó al grupo donde se encontraba), os lo pido, os lo suplico, hacedme el favor de salir de mi casa. Que jamás se diga que el homicidio haya terminado el convite que daba á mis amigos. ¿Es esta una disputa que no puede terminarse sin efusion de sangre? ¡Vamos, voto á... es preciso, venid, Trevor, venid conmigo.»

Le habia asido del brazo y le apartaba del lado del capitán. «Os lo agradezco, decia Trevor; pero todos vuestros benévolos esfuerzos son inútiles. Es imposible terminar esto de otro modo que con un combate, y así saldremos mas pronto, esto será lo mejor. Mi amigo lord P. será mi padrino; tendrá la bondad de encargarse de todo lo necesario. Vamos, dijo á lord P., es ya tiempo, el capitán V.*** os aguarda; id á reuniros con él, os lo pido.»

Uno de los espectadores se arrimó á Trevor, y le dijo que el capitán estaba tan seguro de su tiro, que su bala á diez toesas de distancia partía en dos pedazos un chelín.

«Ciertamente, exclamó Trevor; no me queda mas que hacer testamento; es negocio concluido.»

Dejó á sus amigos y se fué á encontrar al capitán, que estaba conversando con algun calor con otros oficiales en un rincón de la pieza. Trevor le alargó la mano, y el capitán frunciendo las cejas é inmóvil se volvió y guardó silencio.

«Capitán, le dijo Trevor, se dice que el hombre á quien vos apuntais es un hombre muerto.»

—¡Y bien!

—No ignorais que soy miope, poco habituado al tiro de la pistola, y no muy diestro naturalmente.»

Un sordo murmullo se levantó en la asamblea. «¡Qué! me dijo mi vecino, ¡Trevor retrocede, Trevor busca efujios! ¡Me admira!» El capitán, en cuyo rostro se veia pintada una curiosidad mezclada de sorpresa y menosprecio, calló por algunos momentos.

«¿A dónde quereis que váyamos!

—Lo vais á saber. No es justo que nuestras armas sean desiguales. ¿Pensais acaso que consentiré en quedarme aquí, en pié, delante de vos y recibir el balazo sin podéroslo volver? No, señor, vos habeis querido que tenga lugar este combate, lo han causado vuestra locura y vuestras palabras? Nosotros

nos batirémos cara á cara, frente por frente, pecho contra pecho, pistola contra pistola, á boca de jarro y á lo largo de la mesa. Sí, señores, (y esforzó su voz de una manera furiosa); nosotros caerémos juntos, morirémos juntos, y juntos irémos al diablo.

—«¡Es horrible, es infame, es infernal!» Y estas palabras se oyeron de todas partes y se propagaron como un eco. «Nosotros no serémos testigos de este execrable combate. No queremos siquiera oír hablar de él. ¡Esto es una carnicería, y no un duelo!» Siete ú ocho personas salieron de la sala. El capitán nada respondió. Consultaba á sus amigos y aguardaba que su cordura hubiera decidido lo que debía hacer.

«Ahora, dijo Trevor, ¿cuál es el cobarde?»

—Al momento lo sabréis todo. Vuestras proposiciones son de un hombre feroz. Quereis un homicidio y un doble homicidio; ¡bien! lo tendréis; pero ¡que la maldición que acompaña al asesino caiga sobre vos! Dos familias os echarán en cara la muerte de sus dos únicos hijos. Lo acepto.»

Las mejillas del capitán eran de un color de ceniza, pero ninguna vacilación se notaba en su lenguaje.

«¿Están prontas las armas?» preguntó Trevor, sin atender á lo que le decía el capitán.

Contestaron que los dos padrinos habían salido para prepararlo todo. Se acordó que se batirían en la galería destinada al tiro y situada al extremo del parque, á alguna distancia del cuerpo del edificio principal. En vano se esforzaron los espectadores en hacer comprender á los antagonistas cuán bárbaro y espantoso era su desafío. Aun mas, dos de ellos se separaron, y montaron á caballo para ir á avisar á la policía. Lord F.*** corrió también al lugar donde debía celebrarse el combate, y participó á los dos padrinos la resolución que acababan de tomar Trevor y el capitán. Entrambos tiraron con indignación las pistolas que habían empezado á cargar, y exclamaron que ellos no querían entrometerse en un negocio tan poco digno de hombres de honor y que, á su modo de ver, no era sino un doble asesinato premeditado. Sin embargo acojieron alegremente el proyecto que les comunicó lord F.***; cargaron con pólvora las dos pistolas, y convinieron en que las pondrían en manos de los dos adversarios como si lo hubiesen hecho con bala. Colocaron dos bujías sobre la mesa, y en aquel instante entraron Trevor y su rival. Parecían estar impacientes de darse la muerte.

«¿Teneis, me dijo uno de los concurrentes, los vendajes é instrumentos necesarios?»

—Hagan su deber nuestras armas, interrumpió Trevor, y no tendrémos necesidad ni el uno ni el otro de vendajes.»

Como yo nada tenía de cuanto se requiere en semejantes circunstancias, se dió la orden á un criado de montar á caballo é ir á pedir prestados á un cirujano que vivía allí cerca, los instrumentos y aparato que me hacían falta. ¿Estáis dispuesto, Trevor? preguntó á este último uno de los amigos del capitán.

—Yo lo estoy.»

Se colocaron los enemigos uno frente al otro. Yo temblaba aguardando el resultado que tendría nuestra estratagemá: mis ojos no podían separarse de los dos adversarios. Seguía con ansiedad todos sus movimientos. Sus músculos tendidos, su cara descolorida é inmóvil, su mirada fija, su fisonomía solemne, sombría, resuelta; su frente tranquila y sus párpados caídos les daban un carácter aterrador y casi sublime.

«¿Quién nos dará la señal?» preguntó el capitán en voz baja. En esta clase de desafíos el que dispara un segundo antes que su adversario es un asesino.»

El cirujano á cuya casa había ido el criado llegó en aquel instante. Vos daréis la señal, le dijeron. Cubrió sus ojos con las manos.

«Vamos, exclamó Trevor; tardais ya demasiado.»

El capitán y Trevor apretaron la mano á todos sus amigos, y asomó á sus labios una triste sonrisa. Adelantóse el cirujano con los ojos cerrados y dijo con voz trémula.

«Levantad las pistolas.»

El cañon de estas armas tocaba al pecho de los dos adversarios.

«¡Cuando haya contado tres dispararéis!....

...«Una dos... tres....»

El choque les hizo retirar dos ó tres pasos, y sus amigos se precipitaron sobre ellos.

«¿Qué es esto? gritaron los dos á la vez. Esto es hacer burla de nosotros. ¿Cuál es el insolente que ha querido engañarnos como débiles niños? Estas pistolas no llevaban bala.»

Lord F.*** y los padrinos esplicaron á los dos enemigos la estratagemá de que tanto esperaban y no produjo ningun resultado. Fué en vano el repetirles que bastante habían probado su valor, que la mancha hecha á su honor quedaba lavada, y que era necesario reconciliarse. Trevor, con los dientes tan apretados que parecía iban á romperse en el arrebato de su ira, gritó:

«¡No! ¡No! Esto no será.

—El remedio es muy fácil, dijo el capitán; allí hay dos puñales colgados del artesonado; ambos son iguales; ¡escojed!» Trevor cojió el suyo con violencia.

«No se nos engañará mas; ¡en guardia!»

Se veían pintadas en su vista la venganza y una infernal sed de sangre. Permanecimos allí mudos de horror. Los puñales brillaban; apenas podía uno seguir sus rápidos movimientos con la vista. Era arduo decidir cuál de los dos mostraba mas destreza, tanta prontitud daba á sus ataques el furor que les animaba. Uno de ellos cayó; era el capitán; su corazón estaba pasado de parte á parte. Se apoyó la mano á la herida: «¡Ah! ¡Dios mio!» exclamó, y sus ojos se cerraron. Trevor cayó de rodillas delante de su adversario; su rostro estaba ajitado de movimientos convulsivos; sus facciones desencajadas respiraban el espanto; sus manos juntas se apretaban con violencia la una contra la otra.

«¿No es esto un sueño? exclamó.

Trevor viajó mucho, jamás volvió á ver á la jóven María, no se casó, y murió lejos de su país. Esta es-

cena de feroz coraje está aun presente en mi memoria como un ensueño cruel, como una horrible pesadilla, mas bien que como uno de los hechos de mi vida real.



Las Consejas de Schiraz (1).

Los filósofos del Occidente, me decía el célebre autor de *Anastasio*, Tomás Hope, que había viajado mucho tiempo por el Asia, se compadecen del Oriente fabuloso, que consideran entregado á la poesía, á la exajeracion y á la metáfora. Pero se engañan; todos los sistemas, derechos y teorías tienen en Asia sus predicadores y prosélitos. La India encontró sus Lametrie y sus Espinosas: el vedantismo y el sinaismo valen tanto como los dogmas de Aristóteles y de Platon; y los sueños de los Soniasis son á la vez místicos, críticos y devotos.

¡Cuántas veces, escuchando las narraciones orientales, he admirado la profunda sabiduría, las ideas filosóficas, que se deslizan, por decirlo así, bajo una fábula portentosa!

Un día, descansaba yo en las cercanías de Schiraz á alguna distancia de mi comitiva, bajo unos frondosos plátanos. Oí voces confusas, exclamaciones de alborozo que salían de un grupo de olivos á cuya

(1) NOTA DEL TRAD. La verdad de las descripciones orientales y la exacta realidad de las pinturas del Asia distinguen especialmente las obras de Mr. Morier, que habitó mucho tiempo en Oriente, y de quien tomamos *las Consejas de Schiraz*. El *Blackwood's Magazine* le debe sus hermosos y pintorescos cuentos orientales, que al colorido mas brillante, animado y fiel reúnen un pensamiento filosófico hábilmente desarrollado. Hemos creído muy conveniente ofrecer á nuestros lectores una de las narraciones que mas han contribuido al buen éxito del *Magazine* dirigido por Wilson, y que forman, sino la parte mas real, á lo menos una de las mas interesantes de esa coleccion.

sombra estaban tendidos los hombres de mi escolta ; sus risotadas me ahuyentaron el sueño. Me diriji hácia ellos, y los encontré sentados á la oriental, en derredor de un hombre muy mal vestido que hacia varios jestos y contaba á su auditorio uno de esos hermosos cuentos que componen toda la literatura del Asia actual. Hiciéronme lugar, y comenzando de nuevo el orador su relacion en obsequio mio, se esplicó en estos términos :

«Hasan-Ben-Hasan habia servido gloriosamente en el ejército de ese glorioso sultan Mustafá, el vencedor de los vencedores, el Sol de los Soles, que, despues de haber derrotado á los Rusos en todos los encuentros, acabó por perder tres visires, seis fortalezas y toda su escuadra : tal era la voluntad de Dios. Cansado de la guerra, quiso Hasan-Ben-Hasan terminar su gloriosa carrera, como un verdadero musulman, con una peregrinacion á la Meca. Viajó de una manera digna de él, y mas de un bajá de tres colas envidió la arrogancia de sus caballos, sus cincuenta camellos cubiertos de terciopelo de Schiraz y de seda de Esmirna, y sus doscientos caballeros anatolios con brillantes corazas de pulida plata. Al llegar á la Meca, vió la procesion de los *hadjis* al rededor de la Kaaba, besó la piedra santa, la tierra sagrada y bebió agua de la fuente de Zemzem, que viene del mismo paraíso, como saben todos los verdaderos creyentes. Despues de esto, el ilustre Hasan-Ben-Hasan estrañó que abrigase todavía un deseo. Había sido *delhi*, de esa raza que afila mejor su sable que sus argumentos teológicos.

«¿No hay mas qué esto, exclamó, y es preciso que un *hadji* recorra todo el mundo para ir á ver una cortina vieja, una piedra negra, un foso de agua salobre y quinientos necios que se disputan, con el sable en mano, la dicha de besar la piedra y beber agua estancada?»

«¡Oh! amigos míos, eran estas blasfemias espantosas: pero Hasan-Ben-Hasan dió orden para partir, pasó á galope por la Arabia y la Siria, y vino á descansar en su castillo de los montes anatólicos.

«Hasan, que despues de su peregrinacion, era ya *hadji* ó santo, respetado de sus vecinos, amante de la hospitalidad, benévolo, grande, era tenido por el mas feliz de los hombres. Su residencia, situada en el fondo de un hermoso valle, atraía las miradas de todos los viajeros que iban de Damasco á Constantinopla ó de Constantinopla á Damasco.—¿Cómo, decían ellos, este hijo de la tierra ha podido lograr una felicidad digna de los habitantes del paraíso? No hay bajá ni príncipe que no deba envidiar su fortuna. Tiene cuatro mujeres, y nunca riñen; dos hijas que todavía no han pensado en huir con un espahí ó con un jenízaro; un hijo que no se cree obligado á desear la muerte de su padre. La Sublime Puerta no le ha enviado jamás ningun mensaje de muerte ó de pillaje. ¡No se ha visto un hombre mas venturoso desde el tiempo de David y de Salomón!

¿Quién lo creyera? él solo se reputaba desgraciado. Sus meditaciones relativas á la vida eran tristes y profundas. ¿Qué es la existencia del hombre? se preguntaba. Una burbuja de aire en la superficie de agua; el silbido de la bala que pasa por el aire. ¿Qué son los placeres de la tierra? Algunos momentos de alegría que nos hacen sentir nuestros tormentos con mayor violencia. El mundo no es mas que un mar borrascoso, un océano ajitado, en que están luchando los desventurados que han naufragado, siempre dispuestos á salvar su vida á costas del que nada y lucha á su lado. Cada día que comienza nos anuncia nuevos pesares, y el único que debemos bendecir es el último de nuestra vida, el de nuestra libertad.

«Los *delhis* tienen un método muy trillado para curar el tedio, cuando creen que la vida no tiene nada bueno que ofrecerles: se matan. Hasan-Ben-Hasan puso dos magníficas pistolas sobre una almohada, dió una palmada y se hizo servir la cena. Despues de la cena, seis mujeres nubianas le trajeron un frasco de vino excelente y se retiraron. En la mano derecha tenía el arma fatal, y en la izquierda la copa. El primer vaso no apagó la sed que le devoraba; creyó que sin perder el valor podia volver á empezar sus libaciones; pero el tiempo era caluroso, y excelente el vino. Llenó la copa por tercera vez: el hombre que va á abandonar el mundo puede, sin crimen, beber un tercer vaso de vino. La mitad del frasco estaba vacío; el *hadji* se puso á examinar su pistola, abrió la cazoleta, cebó, y echó dos balas mas en el cañon; con solo mover el dedo, el *hadji* se lanza en el regazo de Mahoma... Pero el calor habia aumentado.

«¡Oh! exclamó el peregrino de la Meca, ¡qué vienen á ser el mundo y la vida! Una sucesion de miserias. Al pronunciar estas palabras, dejó la pistola, llenó la copa y la vació de un trago.

Algunas horas despues de esta lucha moral, Hasan estaba tendido á la sombra de los frondosos plátanos que rodeaban su kiosco. El horizonte se le presentaba á lo lejos como un gran chal de Cachemira rayado de color de grana, de amaranto y azul; por encima de su cabeza colgaban racimos de uvas y de rosas, cuya transparencia brillaba al sol como la de las amatistas y rubíes. El embeleso del paisaje no desvanecía ni destruía su sistema filosófico; en el cielo bienhechor y espléndido no veía mas que un receptáculo de influencias perniciosas, de pestes y enfermedades. La fecundidad de la tierra enjendra serpientes, el ruido del mar lejano recuerda espantosos naufragios. «Y sin embargo, exclamó el descontento *hadji*, ¡hay hombres que hablan de la bondad de Dios y de los encantos de la naturaleza.

— Sí los hay, respondió una voz que salía de entre unas zarzas vecinas.»

Hasan se volvió, y vió uno de esos hombres venerados en toda el Asia: un peregrino. Su figura era noble, su vestido pobre y viejo, su estatura alta, y sus ojos brillantes.

«*Hadji*, le dijo Hasan, hombre sagrado, sentaos á mi lado, que partiremos la comida. Ya que Alá os envia, bien venido seais.»

«Aceptó el peregrino con el aire de un hombre á quien eran familiares tales proposiciones, y que hubiera podido sentarse á la mesa de los príncipes. Su conversacion variada y brillante pagó colmadamente la hospitalidad del *hadji*. Habia recorrido todo el Oriente, y conocia cuanto tiene el Asia de grande, soberbio y desconocido; habia bajado á las minas de diamantes de Golconda, habia traspuesto las arenas de oro del Mogol, probado las aguas sagradas del Gánjes, y trepado los montes de la Luna. Todos los potentados de ese hemisferio le habian franqueado sus palacios; habia comido el betel con el rey de Ava; bebido el *souchoung* con el hermano de las siete estrellas, el señor del imperio del Medio; mascado opio con los Palícares de las manos de hierro, bebido la leche sagrada de la vaca blanca del Tibet, y jugado al ajedrez con el negro de Abisinia, cuyo cinto está guarnecido de topacios. Cuando el huésped de Hasan le hubo divertido con sus variadas narraciones, el *hadji* de Anatolia quiso saber si el viajero era de su misma opinion, tocante á la miseria del hombre y al dolor que acompaña su destino. Fué estrechada su satisfaccion, cuando vió que un peregrino, que habia visitado toda el Asia y cuyo saber y experiencia eran incontestables, miraba al género humano y la vida con menosprecio y compasion.

«Teneis razon, le dijo el peregrino, despreciamos todos esos cuentos absurdos que nuestras nodrizas nos enseñaron: el mundo en que nos ha lanzado la casualidad es una burla infame. Someterse á los innumerables males que gravitan sobre la raza humana es una locura; mirarlos como beneficios de Dios es el colmo del desatino.»

«Al oir esas palabras, fué sumo el placer de Hasan; por fin habia encontrado un amigo de su opinion, un hombre cuyo pensamiento era el eco del suyo. En vano el desconocido peregrino trató de marcharse; fueron tantas las instancias del *hadji*, que el viajero tuvo que seguirle á su casa.

«Hé aquí, dijo el viajero al entrar, objetos que podrian satisfacer á la crédula y codiciosa multitud de los hombres: numerosos criados vestidos con magnificencia, muebles de mucho valor, perfumes que están quemando en vasos de oro y alabastro, alfombras de Schiraz, mesas de sándalo, y, si no me engaño, copas que ya están llenas de la divina bebida de Erzerum. Segun el sentir de los hombres, esto seria la riqueza y la felicidad; pero vos pensais mejor, conocéis la fragilidad de estos bienes, y los despreciáis.

—No hay duda, exclamó con aire triunfante el dueño de la casa: habeis adivinado mi pensamiento; un terremoto, un incendio pueden hacerlo desaparecer todo; se acerca la muerte que me privará de ello; una enfermedad puede imposibilitarme su goce. Y además, ¿ignoro acaso que mientras estoy vi-

viendo en la abundancia, millares de mis semejantes se están muriendo de hambre? ¡No bastará este pensamiento para emponzoñar todos mis placeres!»

«Discurriendo así, los dos filósofos fumaron el tabaco de Persia, y refrescaron sus elocuentes labios probando uno ó dos albércigos del Khorasan. Alentado por su convidado y nuevo amigo, Hasan-Ben-Hasan se mostró mas pródigo que nunca de fúnebre elocuencia y brillante melancolía. Sin embargo el rostro del peregrino, tan bien acogido por el feliz Anatolio, tenia una espresion sosegada y fija, verdaderamente singular; los negros ojos del extranjero se clavaban en el orador y le penetraban, por decirlo así, con sus rayos ardientes y severos. Hasan se detenía entónces como sobresaltado, y no continuaba su ditirambo filosófico hasta que asomaba una leve sonrisa en los inflexibles labios del viajero.

«En medio de la mas brillante metáfora que hubo Hasan inventado contra la tiranía de las preocupaciones y la ciega sumision á las doctrinas recibidas, una nube de esclavos se precipitó bailando en la sala donde estaban los dos filósofos. El aire sosegado y pensativo del extranjero no denotaba placer ni admiracion, y sus ojos estaban fijos en el cielo; al través de una estrecha ventana, veíase formarse una borrasca, con los vapores que se iban amontonando y algunos relámpagos que se cruzaban. En vano Hasan-Ben-Hasan le hacia reparar las animadas figuras del baile oriental que ejecutaban sus esclavas; sus movimientos graciosos, sus curvas voluptuosas, sus lijeros saltos, sus evoluciones, ora graves, ora rápidas y ligeras; sus ricos vestidos, y los diamantes pendientes de sus orejas, menos brillantes que la chispa de sus ojos, nada pudo vencer la distraccion del peregrino.

«Al dia siguiente los labios del *hadji* estaban secos, sus párpados caian sobre sus cansados ojos; la noche anterior le habia dejado un sentimiento de disgusto y melancolía. Encontró al extranjero á la puerta de su cuarto, que con el baston en la mano se preparaba para partir. Hasan procuraba retenerle, cuando oyeron un gran ruido. Soldados, hombres armados con picas, y el mismo *cadí* estaban á la puerta de su casa. Acostumbrado el *cadí* á beber en la mesa de Hasan del vino que este habia prodigado á un desconocido, supo con estrañeza é indignacion la acogida que este habia dispensado al peregrino, y recordando por primera vez las maldiciones del Profeta, resolvió poner en planta la ley sagrada. Vino él mismo, acompañado de sus guardias, para prender al culpable y restituirle á sus deberes.

«En aquel trance necesitaba Hasan toda su elocuencia: pero enmudeció como asombrado. Haber bebido tanto vino sin convidar al *cadí* era una falta imperdonable; la paliza y la cárcel fueron el castigo del infeliz. Prometiéronle tomarle declaraciones dentro de ocho dias. Pasaron seis meses, y todavía estaba esperando; por fin salió de su mazmorra molido á golpes, medio cojo, hambriento y condenado á pagar

una multa de diez mil piastras. Apenas se vió libre, corrió á su casa. ¿Qué se habian hecho el nácar de perla, los sofás bordados, los vasos de plata que tanto codiciaban los ministros de justicia? ¡Ay! buscó su casa, y no la encontró. Vió un pueblecito establecido en sus dominios: una docena de calles, compuestas de casitas bajas, ocupaban el lugar de su parque: volaron los pabellones, los baños, los jardines. Sus cuatro mujeres, sus veinte y cinco bailarinas, sus caballos árabes, todo habia desaparecido: ¡pobre Hasan!

«Sufrió su desgracia como la mayor parte de los filósofos; ora furioso, ora melancólico, bañando con sus lágrimas su barba venerable, maldiciendo al cadí y á todos los cadíes de la tierra. En fin cansado de maldiciones y clamores, se embozó y se durmió; pero despertó en seguida á causa de un golpe que le dieron en el turbante. Al volverse, vió al peregrino que estaba en pié á su lado.

«Vamos, le dijo este, ¿os pareceréis á todos los necios de que está llena la tierra? ¿Daréis importancia á una cosa que no vale nada? Valor y juicio, amigo mio, vuestros criados os engañaban, vuestras mujeres os detestaban, y aunque no reñian públicamente, estaban prontas á envenenarse unas á otras. El vino excelente que bebais perjudicaba á vuestra salud, y os esponia á las reprehensiones del cadí. ¿Qué habeis perdido?

—¿Qué he perdido? Cuanto da valor á la existencia.

—¡Bobería! Estáis algo mas flaco; así no tendréis la gota: ¿teneis hambre?

—¡Oh! ¡mucha, mucha!

—Pues bien, permitid que os obsequie á mi vez; sentémonos aquí. Si no me engaño, este fragmento de mármol indica que estamos en el mismo lugar en que se alzaba vuestro kiosco. Aquí fueron los lugares que habitabais, el teatro de vuestros placeres y festines. Pongamos sobre esta roca dos tortas de Khorasan que traigo en mi zurrón, y este frasco de vino comun, que supongo no rehusaréis.»

«Hasan aceptó de muy buena gana. Rompió con sus hambrientos dientes esas tortas duras como una piedra, y bebió apaciblemente el ácido licor que le presentaba su amigo.

«¿Qué tal? le dijo el extranjero; ¿cómo encontráis estos manjares? ¿No os parece que el apetito es un guiso maravilloso, y qué decís del banquete del desierto?

—Que es delicioso, amigo mio; pero ahora ¿qué haré? Despojado de toda mi fortuna, ¿á dónde dirijiré mis pasos? ¿Iré á habitar en medio de los dervises en la cordillera del monte Tauro? Responded; dadme vuestro parecer.

—No sería esta una mala idea, y veo que os acordáis de los consejos de vuestra antigua filosofía. Esos ladrones sagrados que, segun deciais seis meses atrás, devoran la sustancia del mundo, saben reservar para

sí el goce de todos los placeres; los mejores manjares, los mas deliciosos sorbetes y las sombras mas halagüeñas están reservados para ellos. Pero ¿consentiríais en bajar de la jerarquía de filósofo á la de dervis? no, no lo creo, mejor podeis hacer. Yo me quedo filósofo observador, y parto á Abisinia.

—¡Partís! exclamó Hasan con una voz débil que indicaba la necesidad que tenia de dormir: porque el vino ácido que acababa de beber habia producido en él la misma impresion que causaria el vino de Chipre en un voluptuoso estenuado. ¡Partís ya!

—Escuchad mi consejo, replicó el extranjero, y acordaos bien que, despues de haber sido víctima de un poderoso, lo que mas debeis temer es pisar el mismo suelo que él. Destruyendo su víctima, ahoga todos los recuerdos que le inspiran su injusticia. El cadí os ha perseguido por tres motivos. El primero, porque es un infame; el segundo, porque tiene mando; y el tercero, porque es Turco de Constantinopla, y vuestro natural enemigo. ¡Lamentaos, como una mujer apocada de males que no tienen remedio! Tal vez si no abandonais la Anatolia, dentro de ocho dias no podréis contaros entre los habitantes del globo. Os lo repito, parto á Abisinia.

—Todas las rejiones del mundo son indiferentes para el que nada posee; voy con vos, y no os pido mas que un cuarto de hora para dormir.

—No os lo concedo. Vos nada tenéis; es la mejor situación para un viajero: no temeréis ni á los Arabes ni á los Palicares. Vamos pronto, en vez de dormir. Lanzad vuestro anatema á ese viejo traidor; dejad vuestro menosprecio al suelo nativo y á vuestros conciudadanos, que no han podido comprenderos ni defenderos. Tiempo tendrémolos para despreciar al género humano y reinos de sus miserables destinos.»

«Nuestro hadji estaba atónito al oír tales palabras. No podia concebir porqué extrañaban su dolor y le mandaban que lo abandonase. Segun él, ningun mortal habia sido mas completamente apaleado, torturado y ultrajado. No concebia cómo unos sucesos tan terribles y calamidades tan graves podian mirarse con tanta indiferencia. Pero en la voz de su guía, en sus discursos, y en su presencia habia un magnetismo imperioso que se apoderaba de Hasan, y que levantando, por decirlo así, el peso de su alma abatida, decidia de todas sus acciones. Conoció por la primera vez de su vida que no era tiempo de pensar sino de obrar. Se arregló los trozos de su vestido, brillante en otro tiempo, y se puso en camino.

«Hemos padecido muchas fatigas, dijo el extranjero á Hasan, cuando estaban casi al fin de su viaje; pero en fin, el cielo nos recompensa. Vuestro pensamiento dominante era encontrar el orijen del gran Nilo; queriais descubrir la misteriosa cuna del grande rio. Todo el viaje me habeis hablado de su orijen y grandeza. ¡Pues bien! vamos á tener esta gloria. Lo que no han podido descubrir cuarenta siglos y todas las conjeturas de los filósofos va á ofrecérseos á la vista;

las fuentes del Nilo están á nuestros piés.»

«El pobre Hasan apenas podia andar; sus piés estaban llenos de sangre, la arena reducida á polvo le habia privado del uso de la vista; su cabellera habia caído bajo el ardor de un cielo parecido á un horno de hierro caldeado. Apenas le quedaban algunos miserables andrajos.

«No puedo dar un paso mas, exclamó; mis fuerzas están apuradas; prefiero morir al pié de esa colina.

—¡Cómo! ¡vos, amigo de la gloria, vos que habeis hecho la peregrinación de la Meca! Animo, Hasan, y tendréis á vuestra presencia el objeto de vuestros deseos.»

«Adelantóse con mucha pena. Los cactus de espinosas ramas se extendían por todas partes y oponían á los viajeros una valla armada de puntas. Una bárbara sonrisa asomaba en los labios del extranjero, quien no obstante ayudaba á su amigo á trasponer los precipicios y á desembarazarse de los abrojos y espinas que le interceptaban el paso. Por fin, encontróse el *hadji* en la orilla de las sagradas fuentes, abatido y rendido á la fatiga. Guardó un momento de silencio, y después dando un profundo suspiro, exclamó:

«¡Gran Dios! ¿Es ese el término de nuestras indagaciones? ¿Es ese el fin de la ambición humana, el objeto de tantas meditaciones é infructuosos viajes? ¿lo que nos ha costado seis meses, nuestra salud y casi la vida?... ¡Dos lagunas de agua corrompida que apuraria un camello para apagar su sed! ¡Malditas seas, fuentes llamadas sagradas y divinas! No hay mas que charlatanismo y engaño, ya lo estoy viendo, tanto en la gloria como en la religión, así en la devoción como en la ciencia. ¡Rio venerado por los tontos, yo te maldigo!»

«Sin duda que encontraréis cierto viso dramático en esa imprecación pronunciada por un mendigo con su larga barba, sentado junto á las fuentes del Nilo. Pero unos cincuenta hombres negros como el ébano, y que escuchaban atentamente el anatema lanzado por nuestro héroe, estaban lejos de pensar que el mérito de la elocuencia ó lo pintoresco de la situación justificasen tamaña impiedad. Examinaban sus fusiles, miraban la punta de los puñales, y se consultaban acerca de lo que debían hacer; por fin se echaron sobre el pobre Hasan y le condujeron ante el majistrado de Gondar. Debía responder del mayor de los delitos que habían inventado los hombres: el sacrilegio. Maldecir el Nilo era un crimen mas grave que el matar á su padre; ¡el Nilo, el rey de los ríos, objeto del pismo del mundo, el rey y dios de Abisinia! La justicia era expedita en esas rejiones; tan solo, por un rasgo de clemencia, permitieron al condenado escoger la clase de muerte que mas le conviniese. Podía, segun eligiera, ser empalado, quemado vivo, enterrado en la arena hasta el cuello, espuesto á la voracidad de los misticos, ó finalmente ser cazado como una fiera para diversion del príncipe de los Agos, cuyas bodas debían celebrarse, y que era muy aficio-

nado á cazar hombres. Hasan no podía mas que una merced, la de morir pronto; pero los malvados, después de haberle permitido escojer, infieles á su palabra, le obligaron á esperar la vuelta del príncipe á quien debía servir de diversion, y bajo cuya flecha ó espada debía sucumbir. Felizmente su compañero de viaje, aprovechándose del descuido de sus guardias, sacó de la prision al desgraciado Hasan, y tomaron ambos el camino de las montañas de Etiopia.

«Después de haberse librado de tan inminente peligro, después de haber traspasado desfiladeros llenos de rocas, barrancos áridos y montaraces, ¡qué placer no experimentaban al contemplar las anchas y verdes hojas de los árboles de Africa, sobre las cabañas de los pastores modestamente ocultas bajo las encumbradas palmeras! las rocas aparecían cual columnas de mármol blanco, enriquecidas con esculturas y arabescos, trazados por la mano infatigable del tiempo, adornadas con mil caprichosas guirnalda que las enlazaban y cubrían.

«¡Ah! exclamó Hasan; estas puertas debieran ser las del paraíso; en semejantes valles y ante este espectáculo debieran las huris presentar á los mortales el néctar de la inmortalidad; pero ¿cómo cabe, amigo mio, que esos monstruos habiten unos lugares tan peregrinos.

—No tengo tiempo para responder á esa pregunta. Dentro de algunas horas tendremos bastante que hacer. Mañana volveremos á tomar el camino de Anatolia.

—Os marcharéis solo; yo me quedo aquí: no quiero abandonar la rejion mas deliciosa de la tierra, para ir en busca de un cadí tirano y conciudadanos ingratos.»

«El extranjero encendió lumbre sin responderle, preparó la cena, buscó abrigo debajo de las rocas, y le convidó á cenar; la punta de una peña á que daban sombra unos antiguos tamarindos abrigaba al extranjero; pero Hasan, fijos los ojos en el cielo, admirando el vivo resplandor del sol, despreciaba á su medroso compañero.

«De repente se oyó un gran ruido: un estruendo mas fuerte que el del rayo; el cielo parecia encendido, el valle era un torrente. Aquellas hermosas nubes que el *hadji* habia admirado, se trasformaban en torrentes de agua espumosa; no se veían mas que las olas que bramaban, los árboles que se rompían y las rocas que se desplomaban. Hasan, en medio de su terror, estuvo por precipitarse; pero viendo su compañero el peligro en que estaba, le detuvo, obligándole á sentarse al abrigo de la roca que le protejía. Caían los árboles como las espigas bajo la hoz del segador, y Hasan, que se veía seguro, volvió á comenzar sus quejas sobre el mal físico y el moral.

«Dejad que la misma naturaleza remedie sus males, replicó el extranjero; ella tiene en su seno todos los recursos.

—¡Yo! respondió Hasan, ¿dejaré de maldecir á



una naturaleza devastadora, que no nos otorga un placer que no sea á costa de mil quebrantos y calamidades atroces? Mirad, añadió sosteniéndose en las ramas de un cedro: no hay mas que desolacion en derredor nuestro: ¡toda esa hermosura no es mas que miseria, ruina y dolor!

«No fué feliz la tentativa de Hasan al querer subir hasta una rama mas alta del cedro. Ajitado por el viento, rotas sus últimas raíces, apenas podia sostenerse; la tierra de cuyo seno habia sacado la frescura y la vida durante trescientos años, no le ofrecia mas que un lecho humedecido é inundado por los torrentes. El nuevo peso de que se hallaba cargado causó su caída, y en medio del ruido de la tempestad se oyó el lúgubre alarido de Hasan, precipitado con el tronco del árbol. El árbol, despues de haber rodado por las rocas, nadó por encima de las aguas del torrente que llenaba el valle, y sirvió de nave al infeliz Hasan. Este no se desasíó de él, aunque el agua le ahogaba y le cegaba la espuma. Jamás le habia embargado tanto el pavor; la rapidez del torrente iba á mas por puntos: por encima, por debajo, á su alrededor, todo estaba en movimiento; las aguas de las orillas se elevaban; aparecian los promontorios para desaparecer al instante. Trozos de árboles gigantes, chozas, todo parecia haber tomado alas y huir con una velocidad sin igual.

«Estropeado, muerto de fatiga, precipitado de catarata en catarata, Hasan fué finalmente separado del árbol que le protejia, y echado casi exámine á la orilla. Al volver en sí, un profundo cansancio oprimia todos sus miembros: estaba echado sobre una roca, y el peregrino á su lado trataba de reanimarle.

«Ya os lo decia, querido Hasan; la naturaleza no quiere que los filósofos se entrometan en lo que está haciendo ó meditando en ciertas ocasiones. Aprovechad esta leccion, y en adelante guardaos de proceder como un insensato.»

«Apenas el pobre Hasan pudo levantar la cabeza, empezó á maldecir los diluvios, inundaciones y tempestades, instrumentos de destruccion, segun decia, que solo sirven para ofrecer á los oradores algunas hermosas pinturas y metáforas á los poetas.

«Creedme, replicó el peregrino, esas calamidades tal vez tienen su móvil y producen un beneficio.

—¡Locura! El mal es siempre malo, y vuestros sofismas son vanos. Si yo fuera la Providencia, no incomodaria inútilmente á los pobres mortales que tan corta tienen ya la vida, y haria desaparecer el mal de la tierra.»

«Al llegar la noche, duraba aun la discusion; pero apoderóse de Hasan un sueño profundo, y, al despertar, todo habia cambiado á su alrededor. No era ya la rejion montaraz de ajigantados picos, los bosques eternos y las estruendosas cataratas que tanto terror y admiracion le inspiraran, y que, despertando su númen poético, habian amenazado su vida. Por todas partes la mano del hombre habia dejado hue-

llas de su industria; el águila ya no ahullaba; las aguas no caian ya embravecidas de lo alto de las rocas. Una dilatada pradera, cortada por muchísimos canales, se estendia hasta el horizonte; su superficie estaba tapizada de numerosos jardines y alegres verjeles; los frutos se mezclaban con las flores; hermosos caminos, rodeados de arbustos, se cruzaban por todas partes. Veíanse lugares de recreo, y en medio de la pradera, un ancho y majestuoso rio, cuyas aguas apacibles realizaban la belleza del paisaje, reflejando en un espejo tranquilo la hermosura de esta escena.

«No comprendo, dijo Hasan, por qué majia he llegado aquí; pero á lo menos he aquí unos sitios que pueden los hombres habitar. Ya no estamos en Abisinia. No mas cataratas, ni soberbias montañas. ¡Qué amena fertilidad! ¡qué deliciosa morada!»

«Vuestra filosofía, interrumpió el extranjero, os ha enseñado muy poca cosa.

«Por un movimiento espontaneo y el hábito inveterado, el guerrero, acordándose de que habia sido *delhi* antes de ser filósofo, puso la mano á su puñal; pero entre los Turcos la amistad es sagrada. Reprimió este impulso, y con aire sombrío y descontento caminó silencioso al lado de su compañero. Adelantáronse hácia una gran ciudad, cuyos brillantes minaretes reflejaban los rayos del sol; varios grupos de hombres y mujeres estaban esparcidos por las orillas del rio: parecia que examinaban curiosamente la profundidad de las aguas; sus jestos, sus ademanes y sus gritos indicaban que se les habia frustrado alguna esperanza, y un dolor que rayaba á la desesperacion. Hasan nada comprendia de sus murmullos, imprecaciones y blasfemias. Unos pilares de mármol que habia en la orilla del canal eran objeto de suma atencion; median la profundidad del agua que les bañaba; examinaban los caracteres que en ellos se veian grabados. Cuanto mas se iban acercando á la ciudad, mas el descontento del pueblo tomaba una espresion feroz.

«Cuál puede ser la causa de esto? preguntó en voz alta el hadji.

—La causa, replicó un Mogrebino que pasaba por allí cerca, y que habia oido la pregunta de Hasan, ¿la causa no la teneis á la vista? ¿Qué hombre ignora que solo la inundacion del Nilo puede dar pan al Egipto? ¿No veis que las aguas del rio, en vez de crecer, en dos dias han menguado diez piés? ¿y no sabeis que toda la existencia de un pueblo depende únicamente del gran rio cuyas aguas crecen con las lluvias de Abisinia? Si esas cosas os son desconocidas, ¿porqué llevais ese traje de sabio, de *hadji*, de hombre superior á los demás?»

«Una especie de remordimiento traspasó la imaginacion de Hasan: recordó las maldiciones contra la Providencia y contra la tempestad de las montañas de Abisinia; púsose pálido, y el ojo escudriñador del Mogrebino se clavó en él.

«¿Quién sois? le preguntó con aire feroz. Sabemos que hay hombres que tienen relaciones con los númenes del cielo y del infierno, y cuyo poder es bastante para atajar la lluvia en los montes, cuando quieren hacer mal á los habitantes del llano. Vuestras preguntas y vuestra fisonomía denotan que pertenecéis á esa ralea maldita. Si es cierto; juro por los huesos de mi madre que no viviréis mucho tiempo.»

«Las defensas, las protestas de Hasan no hacían mella en el ánimo del salvaje, en cuyas manos brillaba ya el puñal. En el instante en que Hasan ponía por testigo todas las potencias celestiales, diciendo que no pretendía poner ningún obstáculo á la fecundidad del Egipto, la punta del acero traspasaba ya su capa, y, enredándose en los pliegues del vestido, permitió al hadji rechazar el ataque y arrojar el puñal á las aguas del Nilo. Un golpe dirigido por una mano certera debiera producir otro resultado; tal era á lo menos el pensamiento del salvaje. No dudando de que había encontrado un mago, se escapó á todo correr dando terribles gritos.

«Dirigióse Hasan hácia la ciudad. Sus calles estaban llenas de populacho amotinado que, viendo que las aguas seguían menguando, no pudo enfrenar su furor. Los palacios fueron incendiados, las graneros públicos entregados al pillaje, y derrotadas las tropas que trataban de reprimir el alboroto. Las provisiones que había en los almacenes y casas particulares fueron presa de los amotinados. El hambre debía ser el resultado de esas escenas violentas y frenéticas; poco tardó en presentarse en la ciudad, llevando tras sí la peste su hermana. El trigo, el aceite, las frutas y hasta el agua, tan necesaria para la vida, todo faltaba á un tiempo. Terribles padecimientos, nuevos crímenes que nadie reprimía, una devastación progresiva convirtieron la ciudad en un cementerio. Millares de hombres morían todos los días. La muerte que la peste estaba esparciendo era el único remedio contra la agonía del hambre, y los vivos iban á buscar entre los cadáveres alimentos impuros, que propagaban mas y mas el contagio y aumentaban sus estragos. Por las plazas públicas, por las calles, no se veían mas que fantasmas. De las clases inferiores de la sociedad, ese cruel azote no tardó en subir hasta el poderoso, el rico, hasta el egoísmo y la opulencia, que se habían creído al abrigo de todas las miserias humanas. El príncipe moría al lado del esclavo, y el esclavo sufría cerca de su amo los mismos dolores y agonías. Los pálidos herederos de esta población diezmada, atemorizados y enloquecidos, buscaban en prácticas supersticiosas los medios de acabar tanto padecimiento y de combatir las causas que podían haberlo producido. Nada indicaba la presencia de esa plaga: no se veían ejércitos de langostas que tapasen la luz del sol. El ambiente era puro, el cielo despejado, brillante el sol. Salía con toda majestad el astro resplandeciente, y se ponía con toda su gloria, como en los días mas venturosos y abundantes: solo un

síntoma se echaba de ver. El Nilo, el padre de los rios, trazaba en el suelo amarillento un pequeño surco de agua cenagosa. Un pueblo ignorante debía atribuir la desgracia del Egipto á un poder infernal y sobrehumano. Muchos hombres pacíficos que habían vivido como sabios y que el pueblo miraba como á malos jenios, porque se apartaban de la multitud, habían caído víctimas de esa bárbara ignorancia y del frenesí que la acompaña. Hasan, que había vivido ignorado en la ciudad, no pensó mas que en huir.

«¿Pero á dónde? La muerte se había enseñoreado de toda esa región, y si se presentaba la vida, era bajo una forma mil veces mas espantosa que la misma muerte. Las ciudades venían á ser espaciosas tumbas; los caminos guardados de asesinos; los campos teatro de rapiñas, asesinatos y desenfreno; no había justicia entre los hombres, ni temor del porvenir ni de lo presente. Estaba desencadenado todo lo mas infernal de nuestra raza, y, lo que causa horror á todos los hombres, se hacia un espectáculo vulgar que á nadie interesaba. Hasan se dirigió á una de las puertas de la ciudad, con la esperanza de encontrar á lo menos algun rincón solitario, ó alguna caverna apartada donde poder morir en paz, si la peste le acometía. Nadie había estorbado su camino, nadie pensaba mas que en sí mismo.

«Pero al pasar por debajo de un arco de triunfo antiguo, adornado de estatuas colosales y de esfinjes de granito que parecían sonreír á los lívidos cadáveres amontonados á sus piés, fué detenido por una mano que le cogía de la capa. Oyó un jemido, volvió la cabeza y vió un brazo descarnado que, saliendo de un montón de cadáveres, parecía señalarle á la venganza popular.

«¡Maldición! maldición sobre ti, jenio infernal! gritaba el salvaje moribundo; hermanos, ahí teneis el desastrado, el hijo del infierno, el mas atroz de los criminales, cuyos hechizos han detenido las nubes en los montes de Abisinia, y echado los vientos saludables á los desiertos de Etiopia. Miradle; apresuraos á cojerle, porque es grande su poder: no ha mucho que escapó de mi puñal. Que no os escape, vengad las desgracias de Egipto sobre esa cabeza maldita.»

«Al pronunciar esas palabras, espiró. Unos veinte hombres habían acudido á los gritos del moribundo. Al punto la multitud de los habitantes rodeó á Hasan, que, lleno de espanto, no respondía una palabra. Acordábase, á su pesar, de la satánica sonrisa del peregrino, de los extraños milagros de que había sido testigo, de la inconcebible rapidez con que había pasado de Abisinia á Egipto, y del sosiego sobrehumano que conservaba aquel sér fantástico en los trances mas peligrosos.

«Hasan estaba indeciso sin saber qué responder á tan extrañas acusaciones. En seguida todos se lanzaron sobre él, pisaron el cadáver del salvaje con su precipitación, y condujeron al desgraciado *hadji* á una hoguera en la cual quemaban los cadáveres. En

vano, recobrando su serenidad, protestaba contra tan bárbaro proceder; la elocuencia mas persuasiva no le hubiera salvado. Se trataba, como habia dicho el salvaje, de vengar al Egipto; y por otra parte, era un espectáculo harto agradable el ver quemar un hombre vivo, para que el pueblo se desentendiese de esta fruicion. Despues de una lucha infructuosa, esa multitud hambrienta, fanática é inexorable arrastró á Hasan hasta el pié de la hoguera. Atáronle los brazos con cuerdas, y una mano robusta le cojió para lanzarle sobre el monton de cadáveres que se iban consumiendo en medio de la pirámide de llamas de cedro y sándalo.

«Esperad, gritó una voz imperiosa, no es hora todavía.

«La hoguera se apagará luego, y ese malvado podria escaparse: que traigan leña, y que la hoguera suba á una altura que no deje escapar á ese hijo del infierno.»

«Todo el pueblo gritó que estas palabras eran muy cuerdas. Volvióse Hasan, y vió con asombro y disgusto al peregrino que le habia acompañado en su viaje, y á quien atribuia todas sus desgracias. Este se acercó y le dijo en lengua turca, que ninguno de los que le rodeaban entendia:

«¿Porqué me habeis dejado en el momento en que iba á emprender un nuevo viaje, mas interesante que el último? ¿Habeis pretendido ser libre, y hacer, segun acostumbrais, vuestras reflexiones filosóficas sobre el mal gobierno de la Providencia?»

«Una mirada de horror y desprecio fué la única respuesta de Hasan.

«Considerad á los filósofos, continuó el extranjero; se creen sabios, y no saben mas que maldecir, murmurar ó quejarse. Hadji Hasan, ¿deseais ser quemado vivo? No lo creo. Escuchadme. Os traigo noticias de Abisinia. El gran diluvio, que este pueblo espera con tanta impaciencia, va á caer en el Nilo del seno de las montañas. Anunciad esta noticia al pueblo, quien teniéndos por profeta, os bendecirá despues de haberos maldecido.»

«El amor á la vida recobró su imperio en el pecho del hadji. No sé qué conviccion repentina le persuadió que era verdadera la noticia que le daba el extranjero. Habló primero á sus guardias, y despues á los que estaban allí cerca, pidiendo permiso para arengar á la multitud antes de morir. Despues de alguna dificultad, le concedieron este permiso, y mientras que se levantaban en la hoguera los montones de leña preparados para su suplicio, declaró en nombre de Mahoma, y con voz solemne, que antes de finalizar el día, el aire quedaria purificado, el rio lleno de agua fecundadora, y que la peste y el hambre desaparecerian de Egipto. Dijo que su suplicio seria justo, si no se cumplia la profecía. Levantóse un gran murmullo en el auditorio. Los unos extrañaban su audacia; los otros le acusaban de impostura; algunos decian que, aun cuando usara de su poder mágico para restituir la vida al Egipto, no por eso mereceria

menos la muerte. Esa disputa duró mucho tiempo, y la mayoría, que sostenia que el mago debia ser quemado sin remedio, iba á ejecutarlo, cuando un extraño espectáculo se presentó en el horizonte: una luz amarilla se desarrolló por grados, se oyó un gran ruido por la parte del sur; un viento frio, llevando tras sí todas las arenas del desierto, vino á helar la sangre de aquellos hombres que desde tanto tiempo habian estado devorados por un calor ardiente; levantóse hácia el firmamento un vapor pálido, se oscureció poco á poco, trecóse en una mole densa, y acabó por cuajar el cielo, cuyo azul era tan vivo y tan puro aquella misma mañana. Nubes sobre nubes se iban adelantando como ejércitos en marcha. La lluvia, ese fenómeno de Egipto, que no ve ni bendice mas que una vez al año, cayó. no á gotas, como en las rejiones de occidente, sino á mares, que, precipitándose del cielo, se asemejaban á la repentina caída de un alud.

«Por fin, el ruido, los murmullos del pueblo, los silbidos de los vientos, el crujir de la lluvia que caia, todo se perdió y confundió en un solo ruido que iba aumentando, y que acabó con un trueno espantoso por toda la ribera del Nilo. Las poblaciones reunidas le saludaban con sus clamores, y aumentaban el tumulto. Finalmente llegó la mole ajigantada de las aguas, que entrando en la madre del rio que se habia secado, no tardó en cubrir la llanura de olas negras llenas de blanca espuma.

«Todo era confusion, todo algazara, admiracion, terror mezclado de reconocimiento. Niños y mujeres, todos corrian hácia el gigante que no cesaba de engrandecerse, y que, arrollando todos los obstáculos, cubriendo los pilares destinados á medir su creciento, llenaba con sus aguas todos los jardines y verjeles; levantaba los cadáveres, bañaba los edificios y arrastraba tras sí la fúnebre hoguera en que debia morir Hasan. Ninguna revolucion fué tan repentina, jamás la esperanza y la felicidad sucedieron con mas rapidez al abatimiento y la desesperacion.

«Sed príncipe, héroe, dios, semidios, todo está en vuestra mano, dijo el extranjero al hadji, á quien el pueblo colmaba de bendiciones; ya lo veis, no se trata mas que de esperar y aprovechar las ocasiones favorables: en esto consiste todo el arcano de la ambicion.

«¿Es un Dios, es el mas poderoso de los hombres! gritaban la mayor parte de los espectadores, que rendian homenaje á Hasan como á un sér sobrehumano.

—Vamos, decia el peregrino, probad el empleo de rey; es mas fácil que el de filósofo.»

«Pero Hasan habia visto de muy cerca las llamas de la funeraria hoguera para apeteer un trono mas cercano al cadalso.

«No, no, exclamó; lo que deseo es volver á Anatolia y morir allí tranquilo, lejos de la ira y del entusiasmo de un populacho insensato.

« ¡Mirad qué espectáculo tan magnífico y tan nuevo! » dijo el peregrino á su amigo. — Después de una larga y peligrosa travesía, habían llegado al pie de una gran montaña que entonces estaban trepando. Por do quiera que se extendiera la vista, no se descubría mas que riqueza y abundancia. En el centro del valle que se abría á sus piés, se levantaba una aldea linda, sencilla y pintoresca; varios viñedos y verjeles tapizaban sus cercanías; un cristalino arroyo corría por entre plateadas rocas. Las blancas ovejas estaban esparcidas como copos de nieve sobre el lozano césped; cantaban los zagales entregándose á esas rústicas tareas que hablan siempre al alma de prosperidad, de descanso y de ventura. El sol, que asomaba al horizonte, presentaba una cordillera de colinas, cubiertas de aldeas, de bosques y verjeles. Pero la montaña sobrepujaba en hermosura á cuanto la rodeaba; sus piedras irregulares se alzaban como las gradas de un inmenso trono cubierto de alfombras naturales, cuyos matices dejan muy en zaga todas las invenciones de la industria humana. Las nieves que ceñían su venerable cabeza brillaban á los rayos del sol como una corona de oro y plata. El entusiasmo del hadji no tuvo límites. Hallábase en el mediodía de Europa, y no pudo menos de exclamar que allí quería escoger su sepulcro; que la Abisinia con sus tempestades, el Egipto con su peste y su monótona grandeza, debían ceder el paso á una naturaleza fecunda, bienhechora y variada á un tiempo. « ¡Olivadís vuestra patria la Anatolia que tanto amais, esos inicuos cadíes y el pillaje que ejercen bajo el título de majistrados? »

— Sin duda que sí, respondió Hasan.

— No nos ocupemos en el porvenir. La noche se acerca; el paisaje se oscurece; no tenemos techo, ni abrigo, ni asilo, y los astros que brillan en el cielo no alumbrarán nuestro camino ni satisfarán nuestra hambre. »

« Esas observaciones eran muy juiciosas para no ser atendidas. »

« El peregrino marchó seguido de Hasan. El sendero que habían tomado conducía al fondo del valle, y á los últimos resplandores del crepúsculo, la belleza del lugar no se desvanecía enteramente. Frondosos álamos formaban con sus ramas una bóveda parecida á la de las mezquitas, y la transparencia de las hojas, su variado verdor recordaban el májico brillo de las vidrieras de los templos. Bajaron mas, y encontraron una multitud de asientos naturales formados por las raíces de árboles decrepitos que parecían brindar al viajero para que descansara. Los pajarillos, cuya soledad nadie turbaba, gorjeaban su himno de la tarde bajo las hojas que les abrigaban, y una sensación de descanso, de grandeza y melancolía se esdarcía por toda aquella región. Acostumbrado Hasan á las formas y aspectos orientales, sentía un nuevo placer en esta encantadora soledad, que tenía para él el prestigio de lo imprevisto. Habría querido detener-

se, escuchar, aguardar: mas su compañero le advirtió que una selva italiana tenía muchas veces huéspedes mas peligrosos que los habitantes de los bosques. Apenas le había avisado, cuando una multitud de hombres armados se apoderó de ellos, los maniató y condujo á bordo de un jabeque arjelino. »

« Hasan era esclavo de un pirata arjelino. El jabeque encontró una fragata francesa que le tiró dos andanadas por estribos y le echó á pique. Nuestro hadji al caer al mar se agarró de un pedazo de escotillon, y fué recogido en la fragata, que se hizo á la vela para Jibraltar y en seguida para Lisboa. Hasan, que jamás había visto ninguna ciudad europea, quedó pasmado de la elegancia de esta ciudad, la mas sucia y la mas pintoresca del continente. Desde el puente del buque, consideraba ese panorama verdaderamente májico. ¡Cuál fué su sorpresa, cuando vió que todas aquellas calles, tan agradables á la vista, estaban llenas de lodo, todos aquellos hermosos palacios arruinados, y todas aquellas casas góticas cuajadas de inmundicia! Conoció entonces que, para admirar las cosas del mundo, se hace preciso contemplarlas á alguna distancia. »

« Pero la mas ruin de todas las ciudades de Europa para un Oriental es un portento de actividad y movimiento. Hasan se paseó mucho tiempo por las calles y plazas públicas, embelesado con la novedad del espectáculo. »

« ¡Cuán milagrosa es esa industria europea, decía á su compañero, y cuánto valor se necesita para condenarse á ese perpetuo movimiento! Si la naturaleza no ha dado á los Occidentales llanuras tan ricas como las nuestras, los Europeos, venciendo y domándose á sí mismos, han sabido crearse, para su uso, un mundo májico, parto de sus obras. ¡Cuán admirables son esas mil embarcaciones, y ese bosque de mástiles, y esos pabellones de todos colores que la brisa hace tremolar y que reflejan las aguas! Mientras esto decía, una espesa nube cubrió el cielo y le oscureció, la tierra temblaba bajo sus piés como si el suelo, perdiendo su primera solidez, se hubiese transformado en olas móviles. Un alarido universal salía á la vez de todos los palacios, casas é iglesias; las jentes huían por todos lados. Las catedrales y palacios se desplomaban, caían sobre los fugitivos, y sus trozos parecían perseguirlos. En el mismo seno del mar se abrieron nuevos abismos, que tragaban todos aquellos buques que Hasan acababa de contemplar. Una inmensa mole de granito que ocupaba parte del muelle, sirvió de refugio á los dos Asiáticos y á una parte de los habitantes. Pero aquella mole, que parecía haber echado raíces en las entrañas de la tierra, se hendió y destrozó como una hoja de papel; entonces ya no se vieron mas que horribles convulsiones, luces inciertas, vanos conatos, espantosas visiones, extrañas agonías. El desgraciado Hasan luchó largo tiempo en el fondo del abismo, y por no sé qué ilusion sobrenatural, mientras que las olas embrave-

cidas pasaban por encima de su cabeza, creía ver al peregrino, grave, sosegado y siempre austero que andaba por encima de las aguas, pareciendo triunfar de los elementos y despreciar el furor de la naturaleza. Hasan, sintiendo que iba á morir, tuvo fuerza para hacer una última reflexion, y reconoció que habia hecho mal de probar el destino y acusar á la Providencia, cuando gozaba en su palacio de Anatolia de todos los bienes de la vida que no podian satisfacerle. Cuando vió que se acercaba su postrer instante, un rayo de piedad y de resignacion á la voluntad celestial brilló en lo mas íntimo de su corazon. Entonces trató de subir con un fuerte movimiento á la superficie del agua; pero de repente abrió los ojos: ¡qué asombro! encontróse recostado en un sofá en un magnífico salon; en un cojin habia frutas, allí cerca

una copa de oro, y no lejos de Hasan una jóven que tenia en la mano una pistola con la culata de plata cincelada, y que acercándose á una ventana, tocó el gatillo y disparó. Hasan reconoció á Zuleika la Circasiana, aquella cuya belleza, digna del serrallo del Gran-Señor, habia despreciado. Hasan habia dormido; pero el sueño le habia dado una leccion poderosa; habia aprendido que la mayor desgracia del hombre es esa dicha aislada que, no dejándole deseo ni esperanza, no le causa mas que saciedad y fastidio; y que finalmente un lazo indisoluble hermana en la tierra, por una ley que nada puede cambiar ni turbar, el bien y el mal, el placer y el dolor, la vida y la muerte, la sombra y la luz, el padecimiento y el deleite. »



EL CASAMIENTO CHINO.

La clasificacion que se ha hecho de los casamientos en matrimonios de razon é inclinacion no cuadra absolutamente á los Chinos, porque jeneralmente los esposos no se ven por primera vez hasta que están li-

gados irrevocablemente por los vínculos matrimoniales. En Europa ha habido familias ilustres que han ajustado el enlace de sus hijos cuando estos estaban aun en la cuna; pero los Chinos van aun m as lejos

y así es que no es nada extraño el casar los niños aun antes de nacer. Dos mujeres en cinta tratan del casamiento de los hijos que llevan en su seno, y en prueba de su fe se entregan prendas en fianza, siendo de advertir que estos contratos son indisolubles, á menos que los dos niños sean de un mismo sexo, ó por ser leproso uno de ellos. Es verdad que estos casos, aunque suceden, son muy raros, y por lo jeneral el cuidado de ajustar los casamientos se deja á los corredores y agentes de matrimonios, porque esta industria, que está aun en su infancia entre nosotros, se halla en un estado muy floreciente en la China, donde se ejerce por la accion simultanea de ambos sexos. Cuando estos corredores y corredoras han encontrado lo que mutuamente les conviene, y cuando los padres han adherido á sus proposiciones, se procede, en el día fijado por la novia, á la celebracion del desposorio.

Consiste esta ceremonia en un cambio de regalos, que los corredores y corredoras llevan en canastillos á casa de los novios. Los canastos ofrecidos á la novia deben contener, el uno frutos y dinero puesto en pilas en los cuatro ángulos, el otro un jamon fresco del peso de doce libras, poco mas ó menos, y el tercero cierta porcion de fideos. Luego que el estrépito de los cohets anuncia á los vecinos la llegada de los portadores de los regalos, se presenta la novia á la entrada de una estancia alumbrada con velas encendidas, y tomando los presentes, distribuye tajadas de jamon á todos los circunstantes. Entretanto pasa igual escena en casa del novio á quien envian tambien regalos, que consisten principalmente en frutos distribuidos en diez y seis paquetes, y además su futura suegra le envia por su parte algunos presentes, y particularmente pepitas de calabaza secadas al sol. Estas pepitas á la verdad le cuestan algo caras, pues el uso requiere que el padre del novio dé cierta cantidad de dinero por ellas, la cual se considera como el precio de la mujer que se le va á entregar. Esta suma, que viene á ser poco mas ó menos de mil reales, se paga con tanto rigor, que no se entrega la novia á su prometido hasta que haya hecho efectiva su deuda de un modo íntegro y completo. Cumplidas estas formalidades, los corredores consultan á los astrólogos para escojer un día propicio para la boda; y aunque el agüero sea favorable, siempre van provistos de un pedazo de cerdo fresco para echarlo al demonio, que representan bajo la forma de un tigre, á fin de que, distraido y entretenido este con el cebo de la carne, se trascuerde de los esposos y no esparza sobre ellos su maligno influjo.

En el día prefijado, empieza á ataviarse la novia, poniéndose un sombrero inmenso que, en forma de canastillo que le envuelve toda la cabeza, le tapa la cara y le cae circularmente hasta la cintura; la encierran despues en una silla de manos muy bien tapada, porque el objeto principal es que no vea ni sea vista. El acompañamiento, cuya marcha y ceremonias ar-

reglan los corredores, se mueve despues lentamente con un lúgubre aparato; la etiqueta exige que todos los que acompañan á la novia prurumpan en sollozos con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando se acerca la procesion á la casa del novio, se adelanta un correo para anunciarla, gritando desahoradamente: ¡*Héla aquí! héla aquí!* Suenan entónces el estrépito de los cohets y clarines, serenata de toda solemnidad en la China, y el novio corre á encerrarse en su estancia. Los corredores, á quienes debe recibir con extrañeza y aun con mucha indiferencia, como si no supiese lo que quieren, van á buscarle poco despues y le conducen á la silla de manos: aquí es donde debe demostrar gran sensacion, abre la portezuela temblando, hace bajar á la novia y la coloca en la mesa, donde él tambien toma asiento en frente de ella. Despues del convite, se retiran los esposos á una sala, donde quedan solos, y aquel momento es el mas solemne para el marido, pues que entónces es cuando puede levantar el misterioso velo, contemplar las facciones de su esposa, y juzgar si la suerte le ha servido bien ó mal. Pero sean las que fueren estas impresiones, las guarda para sí, y no deja entrever á su mujer mas que una halagüena satisfaccion. Luego que el recién casado ha terminado sus exploraciones, todos los convidados son admitidos alternativamente á hacer su exámen y dar su voto sobre la novia con suma franqueza; y la misma etiqueta que obliga al marido á disimular, les autoriza á ellos para hablar con absoluta libertad. Rara vez deja de abusarse de este permiso, y no faltan mujeres que, resentidas de la censura que padecieron ellas mismas en igual caso, vayan á desagraciarse en tales ocasiones. Durante el rato que se emplea en este exámen, la víctima que representa la lámina, está condenada á un profundo silencio y una estoica impassibilidad, por mas pesadas y amargas que sean las chanzas y las sátiras que la dirijan. ¡Cuántas enemistades orijinan estas odiosas ceremonias, y cuántas notas apunta la recién casada para tomar á su tiempo el debido desquite!

Las otras ceremonias nupciales, que no dejan de ejecutarse con la misma gravedad en medio de la cerradura de músicos y las danzas de los titiriteros, no ofrecen nada mas pesado, como no sea el cuidado que tienen los esposos de ocultar sus vestidos al desnudarse, porque los convidados andan al acecho para hurtárselos, y no devolverlos sino mediante una retribucion. El uso, al autorizar este derecho en los convidados, es la única compensacion que les concede de los precios que tienen que pagar por cada presente que los esposos les ofrecen, los cuales están determinados por una tarifa inflexible. Aunque las solemnidades nupciales son muy fastidiosas para los convidados, se tiene á suma honra el asistir á una boda, y nadie puede presentarse en ella, si no ha sido convidado con las formalidades debidas, esto es, por medio de un pliego de papel encarnado, cuyos plie-

gues están combinados de manera que presentan una docena de páginas en blanco.

En estos casamientos chinos no interviene en lo mas mínimo ninguna consagracion de leyes divinas ni humanas; apenas los acompañan algunas ideas supersticiosas. Ningun sentimiento de orden elevado se nota en la celebracion de uno de los actos mas importantes de la vida. El casamiento en China no es mas

que una especulacion para los corredores, los padres, parientes, convidados, y para los mismos esposos, en la que cada cual procura dar poco y recibir mucho. Así es que en este dia aciago, la mujer china, vendida y comprada vilmente como una mercancía, empieza una vida de esclavitud y miseria, á la cual se sustrae muy á menudo por medio del suicidio.



SCHILLER.

La vocacion de Schiller para las composiciones de la escena se reveló desde sus primeros años, como casi todas las que son muy manifestas. Este poeta, á quien coloca la Alemania en el puesto de las notabilidades dramáticas mas célebres de su época, bien así como los demás hombres que han recorrido gloriosamente

la carrera de las letras, tuvo que vencer graves obstáculos antes de poderse dedicar á las inspiraciones de su númen. Nació en Marbach, el 10 de noviembre de 1759, pueblecito del Wurtemberg, de una familia oscura. Su padre, despues de haber ejercido la profesion de soldado y cirujano, llegó á ser mayor-

domo de un dominio feudal. Impelido por voluntades ajenas, mas bien que guiado por su propia inclinacion, empezó á seguir Schiller varias carreras en los primeros veinte años de su edad, y fué destinado sucesivamente al estado eclesiástico, á las armas, al foro y á la medicina: pero ninguno de estos estudios escitó su ardor ni desarrolló su inteligencia; ninguna de estas carreras era adecuada á su índole; y así es que, á despecho de las mismas y apesar del distinto objeto á que parecían dirigirle, nunca dejó de marchar por la senda á que le encaminaba su instinto. Sin dejar de iniciarse en las armas, teología, medicina y leyes, se iba haciendo insensiblemente poeta. Su destino, por decirlo así, se fijó irrevocablemente desde la edad de nueve años, en cuya época una representacion teatral, produciendo en él un efecto extraordinario, dió á su espíritu un impulso irresistible é incontrastable. Desde entónces todas sus ideas se vincularon en las composiciones dramáticas, y un año despues, ya habia trazado planes y delineado escenas. Su educacion íntima, real, la que debia hacer de él lo que fué, fué adecuada á esta vocacion tan imperiosa, y si de hecho se vió precisado á asistir á las lecciones de las escuelas, en sus horas de recreo se empapó en la lectura de Homero, Virjilio, del religioso Klopstock y de la Biblia. La poesía sublime y grandiosa, tierna y melancólica, junto con la elevacion de sentimientos que caracteriza á estas obras, estaban en cabal armonía con las disposiciones naturales del jóven aleman, que se iba aficionando mas y mas por cada dia á su inclinacion. Al propio tiempo que se desarrollaba su númen, á medida que se iba abandonando á su imaginacion, sufría Schiller con mas impaciencia las trabas que le imponia la voluntad ajena, y se le hacia la sociedad mas odiosa y despreciable. En esta lucha violenta, bajo el influjo de estos impulsos de ira, fastidio y amargura, concibió y ejecutó su primera obra dramática, «los *Bandoleros*» pieza, segun un biógrafo, «en la que se parangona la sociedad con una cueva de bandidos, y donde la sociedad queda vencida.» Tan estraña composicion, que fué la inaugural con que se posesionó Schiller de la escena alemana, se imprimió primeramente en 1781, y fué representada despues en Manheim al año siguiente. Su éxito fué tan prodijioso, y tan terrible su impresion, que muchos jóvenes alemanes fueron á establecerse en los bosques y montañas, para ejercer, á ejemplo del caudillo de los *Bandoleros*, Carlos Moor, la vida de enderezador de tuertos, pillando á los ricos para socorrer á los pobres, y abatiendo á los prepotentes para vengar y consolar á los desvalidos. El Carlos Moor de Schiller puede considerarse como el tipo y padre de todos los bandoleros virtuosos que hormigean desde muchos años en la literatura moderna.

La vida de Schiller, como en jeneral la de todos los hombres cuya actividad ha sido esclusivamente intelectual, es muy escasa en acontecimientos; el pe-

riodo de veinte años que acabamos de bosquejar rápidamente, y que termina su entrada tan característica en el mundo literario, es el mas interesante para el hombre pensador. Considerado Schiller en sus hábitos y obras sociales, se le verá conservar siempre la huella que dejaron en su númen estos primeros veinte años; y si el trato de los hombres modificó su índole, si el estudio apuró su talento, sus rasgos primitivos, suavizados un tanto, no sufrieron alteracion: sin embargo, su posicion habia variado completamente. Aunque abandonó, á fuer de prófugo, los estados de su soberano el duque de Wurtemberg, porque alarmado este príncipe de los ensayos del jóven poeta, quiso enfrenar su pluma, no por eso dejó de adquirir mas adelante las mas altas protecciones, y los duques de Weimar y de Holstein, los reyes de Prusia y de Dinamarca le colmaron de favores. Los hombres mas ilustres de Alemania tenian con él relaciones amistosas, y los escritores mas célebres de la época, particularmente Goethe, solicitaron su amistad, ofreciéndole la suya: el pasmo y el entusiasmo acogian los numerosos partos de su númen. Aunque Schiller sobresalió principalmente en las composiciones dramáticas, y los *Bandoleros*, la *Conjuracion de Fiesco*, *Don Carlos*, *Wallenstein*, *Juana de Aré*, *Maria Estuardo*, y *Guillermo Tell*, sean sus títulos principales de celebridad y gloria, no por eso desmerecen de su númen y talento las obras que escribió en un jénero distinto. Véase á un mismo tiempo historiador, novelista, redactor de publicaciones periódicas, escritor filosófico, autor de poesías fugitivas, de sátiras, de canciones, y últimamente traductor; imprimió sucesivamente una *historia de las revueltas de los Países-Bajos*, y otra de la guerra de treinta años, que tuvieron mucha aceptacion; una novela llamada el *Visionario*, muy inferior á su mérito, trozos de crítica y poesía cuya insercion en los periódicos se disputaban á porfía; varias cartas y disertaciones periódicas, que los mismos Alemanes calificaron de sutiles y poco concisas, algunos epigramas insulsos, y dos ó tres traducciones de Virjilio, con otras varias obras escritas en lenguas modernas. No todas estas producciones eran igualmente dignas de la pluma de Schiller; pero todas contribuian á aumentar su gloria y celebridad. Su fama era grandísima en Alemania, cuando murió en Weimar, donde se estableció últimamente, despues de haber residido sucesivamente en Manheim, Leipzig, Dresde y Jena. Una calentura maligna á la que opuso una sufrida resignacion, arrebató de los brazos de la gloria, á los cuarenta y siete años de su edad, al hombre que se habia granjeado la admiracion y el aprecio público y la emulacion de los sabios. «Schiller, dice un biógrafo, mandó en su testamento que sus exequias se celebrasen del modo mas sencillo. Sus restos fueron llevados al cementerio entre doce y una de la noche por jóvenes artistas y sabios. La noche era oscurísima, y el viento soplabá con violencia; en el momen-

to en que bajaban el fétetro á la bóveda, el cielo se aclaró, se entreabrieron las nubes, y la luna, sonriendo con algunos rayos de su luz plateada al ataud que encerraba los restos de aquel númen privilegiado, desapareció melancólica y se ocultó en el firmamento: Schiller era de alta estatura, flaco, de cabello rojo, de cara ovalada, de color pálido y de facciones poco marcadas. El carácter dominante de su fisonomía era la melancolía y la meditación; pero cuando se hallaba animado por la conversacion, su cabeza, habitualmente inclinada sobre el pecho, se levantaba con viveza, y el fuego del númen brillaba entónces en su semblante. Le gustaba mucho la sociedad de los jóvenes, siendo muy común el verle rodeado de estudiantes, y discurrir en medio de ellos muchas horas con una labia y una injenuidad que hechizaban.

Dotado Schiller de una sensibilidad enfermiza, de suma elevacion de conceptos y sentimientos, y viviendo de continuo en un mundo ideal y heroico, no parecia criado para la vida real y positiva; su sociedad íntima rebosaba sin duda de embeleso, pero estaba espuesta á tormentas, contrastes y desigualdades. Su jenio dramático venia á ser el efecto natural

de esta organizacion tan esencialmente poética, y cuyo carácter se halla tan vivamente reproducido en sus obras. *Su conciencia y su musa*, dice Madama Stael, *y sus escritos son el mismo*. Sus composiciones deben abundar pues en defectos é imperfecciones para el crítico que formula su parecer por reglas y principios; pero cautivan é interesan al lector que siente y no juzga, ó que forma su opinion sobre las impresiones que recibe. Los personajes son en cierto modo fantásticos, aun bajo nombres históricos; la sociedad en sus obras es poco conocida y mal representada, pero se acepta voluntariamente el nuevo orden de cosas que el autor sustituye á la realidad, y se cierran gustosamente los ojos para asociarse á aquellos errores llenos de nobleza, de jenerosidad, blandura y melancolía. Fácilmente se concibe con cuánta aceptación recibirian los Alemanes las obras de este poeta, y con qué autoridad reinó en la escena; en cuanto á nosotros, muy ajenos de la embriaguez jermánica, estamos en estado de juzgarle con mas imparcialidad, y pedimos á favor de Schiller amor y admiración.

La corte de Madagascar.

He aquí un precioso documento, sacado del *London Magazine*, relativo á Radama, rey de Madagascar. Este documento es el diario de un oficial del ejército inglés, enviado por el gobierno británico para instruir á las tropas de aquel príncipe. Los habitantes de Madagascar pertenecen á aquella gran familia malaya que se ha extendido en una línea casi igual á la de la circunferencia del globo. Ningun pueblo hizo con menos esplendor tan dilatadas conquistas, porque seria imposible señalar su término. Es probable que, en las innumerables islas donde se esparció aquella gran division de la especie humana, desde Madagascar hasta el archipiélago de las Sandwich, encontró habitantes menos civilizados todavía que ella misma.

A fines del último siglo, todas esas ramas de la raza malaya, sin gloria, sin anales, sometidas á religiones crueles, y que hablaban dialectos de la misma lengua, pero sin conocerse ni comunicarse entre sí, porque sus endeble embarcaciones no podian sostenerlos en los grandes mares que los separan, iban decayendo en una barbarie al parecer incurable. Sin embargo la presencia de los navegantes europeos habia echado entre esos pueblos jérmenes que mas tar-

de debian fructificar. A principios de nuestro siglo, tres de sus jefes probaron casi simultaneamente someter á las formas de la civilizacion europea á algunos pueblos que se hallaban cerca de ellos. Samehameha llevó á cabo esta grande revolucion en las islas Sandwich; Tinew 1.º en la de los Amigos, y Radama en Madagascar.

En cierto modo se puede considerar á este último como el Mohammed-Alí del Africa meridional. Su empresa era mas ardua que la de aquel vasallo de la Puerta; porque Mohammed-Alí tenia en su ayuda los residuos de la civilizacion árabe, un hermoso cielo y un suelo cuya fertilidad no tiene igual. Al contrario, Radama debía luchar á la vez con hombres casi salvajes, y con un clima mortífero cuya insalubridad habia desbaratado todas las tentativas de los Europeos para colonizar á Madagascar. Como jefe de la nacion de los Ovas, sometió á sus leyes á unos dos tercios de la poblacion total de esa isla, que tiene cerca de 2,800.000 habitantes. Tomó el nombre de rey de Madagascar, y es probable que hubiera sometido la isla entera, si una muerte prematura no hubiese atajado la ejecucion de sus grandiosos proyectos.

Tenia, según se verá, un ejército disciplinado á la inglesa, y una corte muy brillante; varios arquitectos europeos habían hermoñado su capital. No hace muchos años que llegó á Lóndres un jóven, cuñado de Radama, el cual se hacia admirar por la singularidad de sus facciones y la extrañeza de su traje; su pariente le habia enviado para estudiar las artes inglesas. El diario que se va á leer contiene varias pruebas de la superioridad del talento de Radama. Uno de los últimos actos de su vida fué la remesa á Inglaterra de muchos de sus ídolos, lo que fué una prueba terminante del menosprecio con que miraba sus antiguas supersticiones.

En la historia de este príncipe se hallarán sin duda algunos hechos análogos, aunque menos violentos, á los de la destruccion de los *estrelitzes* por Pedro el Grande, de los Mamelucos por Mohammed-Alí, y de los jenizaros por Mahmud. Hay dos clases de civilizacion: la una es parto de un terreno elaborado por el tiempo; la otra una planta exótica que una mano osada quiere aclimatar bajo un nuevo cielo. En el primer caso, marcha y se desarrolla con lentitud, pero sin ningun sacudimiento; en el segundo es casi siempre forzoso que la civilizacion se presente armada y con la espada en la mano. Son tantos los obstáculos que tiene que vencer, tantas las ideas que combatir; las pasiones de la barbarie son tan violentas, que al principio casi siempre debe servirse de la ayuda y del brazo de hierro de un tirano. Es claro que el rey de los Ovas, en medio de las luchas que debió sostener, salió mas de una vez de los límites de la moderacion. Pero dejemos hablar al oficial inglés, y verémos la pintura sencilla, pero curiosa, que ha trazado de aquel hombre extraordinario.

El viernes, 24 de octubre, nos hicimos á la vela á bordo del bergantin de S. M. *el Erin*. El 25, divisamos las costas de la isla Borbon. El 26, encontramos el barco mercante *la Virginia* que iba de Madagascar á la isla Mauricio. Despues de haberlo llamado, nos acercamos á él, para saber noticias de Mr. Campbell, ex-agente británico en la corte de Madagascar. Habiendo encontrado á este oficial á bordo de *la Virginia*, el señor Lyall le rogó que le acompañara á Tamatave, en donde sus consejos y presencia podian serle muy útiles.

Al amanecer del siguiente dia, se presentaron á nuestra vista la isla de Prune, el puerto de Tantave, y el magnifico anfiteatro que forman las colinas que rodean la costa. ¡Qué contraste entre esos sitios embelésantes y la insalubridad de un clima mortífero! Apenas habíamos entrado en la rada, el agente británico me encargó una carta para S. M. el rey de Madagascar.

Me encaminé hácia el palacio del gobierno, vestido de riguroso uniforme. Sorprendí al gobernador Mr.

Robin (1), que se acababa de levantar. Me dijo que el rey habia salido de la ciudad, y despues de haberme rogado que esperase su vuelta, le escribió en mi presencia para enterarle de la mision de que iba encargado. En este intermedio llegó un intérprete inglés, en cuya presencia el gobernador escribió su nombre, jerarquía y títulos: de este modo supe que era gran mariscal de Madagascar, comandante en jefe, secretario jeneral y particular de S. M., etc., etc. En seguida me hizo varias preguntas sobre el carácter de Mr. Lyall. «Su Majestad, me dijo, sabe apreciar el mérito y el talento; y desea mucho conocer á Mr. Lyall, de quien le han dado excelentes informes.» En cuanto al último agente, Mr. Campbell, el gran mariscal me habló de él con suma indiferencia, y según supe despues, fué muy mal recibido en la corte de Madagascar. Entretanto llegó la respuesta de S. M.; Mr. Robin me despidió dándome una carta para Mr. Lyall.

En el medio dia, habiendo este desembarcado en la playa con el capitán del *Erin*, Mr. Campbell y yo, el gobernador nos mandó llamar; nos juró amistad y renovó la oferta que me habia hecho por la mañana de poner caballos á nuestra disposicion para recorrer las cercanías y para nuestra entrada solemne. En efecto, cuatro caballos ensillados á la inglesa nos aguardaban á la puerta. En nuestro paseo nos detuvimos, con dolorosa conmocion, al pié de la tumba del malhadado Cole, quien habia dado fin á su vida por el mal éxito que tuvo en una mision particular cerca de Radama. Esa tumba está situada en la orilla de un bosquecillo en que descansan los restos de los principales habitantes. Despues de la de un gobernador de Tamatave, que fué muerto en Ivoudron, es la mas notable que allí se ve. Los habitantes de Madagascar, como todos los pueblos bárbaros, veneran mucho la memoria de los muertos.

En la isla Mauricio nos habian dicho, y Mr. Campbell lo repitió, que el gobierno británico habia hecho demasiados agasajos á Radama; que muchos cortesanos que rodeaban al príncipe habian logrado deslumbrarle con sus bajas adulaciones; que creyéndose el mas poderoso monarca del mundo, habia despreciado y ultrajado á Mr. Campbell y á Mr. Cole. Esta consideracion determinó á Mr. Lyall á portarse siempre sin arrogancia, pero con dignidad, prudencia y firmeza. Como el brillo y los bordados causan grande impresion en los bárbaros, trató de realzar la pompa de su entrada con el lujo de nuestros uniformes. El modesto color de grana del mio desaparecia debajo del oro y los galones de que estaba cargado.

Bajamos pues en el bote de desembarque, saludados por los cañones del barco y de la ciudad. Mr. Robin nos esperaba en la orilla, montado, vestido con

(1) Los grandes personajes de Madagascar suelen ahora tomar nombres ingleses; por esto verémos figurar al lado de Mr. Robin á un tal Mr. Philibert, á Mr. Coroller, etc.

un uniforme bordado de oro, pero muy modesto para un gran mariscal. Nos acompañó, á la cabeza de su escolta, á la Bateria, donde residía Su Majestad.

La Bateria es cuadrada, y corona una pequeña altura situada á la parte del noroeste de Tamatave, guarnecida con algunos cañones: está rodeada de fuertes palizadas, y varios edificios están repartidos en el interior. El mayor de ellos es la habitación del príncipe Ratafe (el mismo que pasó á Inglaterra), cuñado del rey, y gobernador de la plaza. Los demás son almacenes, arsenales, caballerizas... Cuando Radama está en Tamatave, la Bateria es comunmente su residencia. Las habitaciones, sin ser grandiosas ni dignas de un soberano, son limpias, cómodas, y el salón de recibo está lujosamente adornado. Además, en un ángulo de la Bateria, que mira hácia el puerto, se eleva un pabellon que sirve á S. M. de gabinete para trabajar ó descansar.

A la entrada de la Bateria, un batallón de quinientos hombres estaba formado en alas, y la música entonó el *God save the king* (1). Radama nos recibió á la puerta de su palacio: Mr. Robin presentó el agente británico á S. M., quien le apretó afectuosamente la mano; cuando Mr. Lyall me presentó á mí, obtuve el mismo favor. Según el uso adoptado en semejantes circunstancias, cada uno de nosotros puso una moneda en la mano del rey, pronunciando estas palabras: «Tributo de respeto por vuestra majestad.» Habiendo llegado á la sala de recibo, el rey hizo sentar á su derecha á Mr. Lyall, y Mr. Robin se sentó á la izquierda. Mr. Coroller, último gobernador de Tamatave, hoy jeneral, secretario en jefe y edecan de Radama, tomó asiento á la derecha de nuestro agente. El mio estaba destinado á la izquierda del gran mariscal. El príncipe Ratafe, el gran juez, Mr. Philibert, y unos veinte oficiales del país completaban la asamblea. Mr. Lyall entregó al rey sus credenciales escritas por S. E. Sir Lawry Cole, gobernador de la isla Mauricio, algunos ejemplares de su *viaje á Rusia*, encuadernados con suma elegancia, y que excitaron su atención: una máquina de hilar seda enviada por el coronel Stavely; un magnífico ejemplar de la Biblia, acompañado de una carta del tesorero de la Sociedad de las Misiones; una flecha circasiana, y un látigo tártaro, cuyos casquidos divertieron mucho á su Majestad.

Pronto Radama entabló la conversacion sobre asuntos mas graves; nos hizo muchas preguntas acerca de Jorje IV y del estado de Inglaterra, y nos preguntó por Sir T. R. Tarquahr, Sir G. Lawry, etc. Habiendo manifestado Mr. Lyall que tenía intención de pasar inmediatamente á Tananarivow, en el interior de la isla, el rey le disuadió de su proyecto, atendida la estación de las calenturas que desolaban el país. «No tengo medio, añadió, para atajarlos la ejecución de vuestro proyecto; pero os aconsejo di-

latarlo hasta el mes de junio próximo; aguardaria con impaciencia vuestro regreso.» Los oficiales fueron de la misma opinion que su Majestad; en cuanto á Mr. Lyall, no hizo objecion alguna. En efecto, casi todos los habitantes á quienes consulté fueron de parecer que nuestro viaje en el interior nos costaria la vida, y que aun, algunos dias despues, la navegacion seria peligrosa en aquellos parajes á causa de la insalubridad del aire.

En seguida Mr. Lyall ofreció al rey unos veinte volúmenes escogidos entre las mejores obras de táctica militar, y me hizo el honor de presentarme á él como un sujeto capaz de instruir á sus tropas en las nuevas maniobras, segun el sistema de Torrens. «Doy mil gracias al gobierno británico, dijo S. M., por este nuevo testimonio de su afecto; pero me ha costado mucho trabajo el hacer entrar en la cabeza de mis bárbaros las maniobras mas sencillas de la vieja escuela de Dundas; si cambiase de método, olvidarian cuanto han aprendido, sin adelantar nada en el nuevo; prefiero pues no servirme de este mas que con los reclutas, y podré juzgar mejor de su mérito cuando lo vea puesto en práctica.»

La conversacion recayó despues sobre los uniformes; el rey se quejaba de lo muy ancho que era el que le habían enviado de Inglaterra: «Es un saco, nos dijo; es demasiado ancho; por otra parte, es magnífico; ¿quereis verlo?» Salió al instante, rogándonos que le escusáramos, y volvió á entrar con un traje bordado magníficamente, pero que hubiera bastado para vestir á dos hombres de su estatura. «Sin duda que en Inglaterra me tienen por un gigante, dijo riendo; y no obstante ya veis que soy muy pequeño.» Durante la conversacion, el vino y la cerveza pasaban por la reunion, y el rey bebió muchas veces á nuestra salud. Por fin, despues de una conferencia de dos horas, nos despedimos y nos dió cita para el dia siguiente á las once.

Salió lleno de pasmo y admiracion; veia en un príncipe, poco antes medio salvaje, los modales, la dignidad y el aire de un soberano europeo. Aquel hombre que no había oido durante mucho tiempo mas que los acentos de barbarie y servidumbre, agradecia á la Inglaterra los progresos de su pueblo en la civilizacion, y protestaba ser fiel á los convenios que había concluido para la abolicion del tráfico de negros. Solo le faltaban consejeros cuyos sentimientos simpatizaran con los suyos. Además, debo añadir que los oficiales de su séquito se portaron con una reserva y política que les hubiera hecho honor en una corte de Europa.

El 3o de octubre, Mr. Lyall tuvo una audiencia particular con S. M. Si quisiese entrar en pormenores, tendria que repetir mil veces las protestas de amistad para con la Gran Bretaña que el rey le prodigaba. «La Inglaterra, dijo, es mi primera aliada y mi apoyo mas seguro; jamás podré olvidar á Jorje III ni á su sucesor. ¿Qué no ha hecho por mi vues-

(1) Dios guarde al rey.

tro gobierno? Este uniforme, estos oficiales, estos soldados, todo es inglés. Sir Roberto Tarquahr es uno de mis mejores amigos. La prueba de interés que vuestro gobierno acaba de darme enviándoos acompañado de Mr. M... me prueba el afán con que anhela mi gloria y la prosperidad de Madagascar, y ahora menos que nunca podría dudar de sus buenas intenciones. No ignoro lo mucho que puede hacer por mi y por mi pueblo, y me alegro de que me ayudeis á estrechar los lazos de reconocimiento que me unen con Jorje IV. Amo la Inglaterra y la miraré siempre como á mi guía. Tales son mis verdaderos sentimientos, añadió apretando la mano de Mr. Lyall, y cualquiera que diga lo contrario, injuriará á la Gran-Bretaña y á mí. Servios comunicar estas palabras á vuestro gobierno y á S. E. Sir Lawry Cole. Participadlas á vuestros compatriotas, amigos míos; pues espero que no se olvidarán de mí, mientras cumpla con mi deber. La civilización de mi pueblo es el mas ardiente de mis votos, y estoy dispuesto á hacer cuanto pueda contribuir á ella.»

Habiendo Mr. Lyall manifestado á S. M. su deseo de ver maniobrar sus tropas regulares, una compañía de granaderos con su música se adelantó en columna en el patio, y á los gritos de *viva Radama!* vino á formarse en batalla delante de nosotros. Mandada por el coronel Rayna, hizo varias evoluciones y manejo de armas con tanta precisión, que me dejó atónito; hizo tambien fuego por filas y peloton; en seguida el rey se dignó brindarme á que yo mismo mandara: me coloqué en el centro, mandé romper en columna y la division desfiló, mientras que la música éntonaba la marcha favorita de los granaderos ingleses. De vuelta á bordo, encontramos un banquete. Una hora despues, el rey nos volvió la visita, acompañado de sus guardias y estado mayor y unas veinte mujeres encargadas de amenizar, con sus cantos, la presencia de su amo, y que lo hicieron de un modo capaz de romper el tímpano. Estuvieron media hora en cubierta; y no se marcharon hasta haber vaciado algunas botellas de Champaña. «Esta es una visita de franqueza, dijo el rey al marcharse, y os prometo que no será la última.»

El 31 de octubre, día del banquete de S. M., un ministro suyo vino á bordo del *Erin*, y hablando con Mr. Lyall de cosas indiferentes, soltó algunas palabras que revelaron el objeto de su visita. «Madagascar, dijo, tiene sus usos particulares como los demás países. Ya que hoy comeis con el rey, permitidme que os cite uno que es bueno sepais. En la mesa de S. M., el puesto de honor es frente al príncipe, pero el convidado que él se digna colocar á su derecha ocupa el lugar mas distinguido, porque le trata como amigo.»

A la hora del banquete, pasamos á la Batería, donde recibimos los mismos honores militares que en la ante-vispera. Mr. Lyall se sentó á la derecha del príncipe. La mesa estaba elegantemente adornada con va-

jilla de cristal; cubrióse sucesivamente de una prodijiosa cantidad de manjares, de pescado y de caza. En medio de la comida, el rey se levantó, y bebió á la salud de Jorje IV. Mr. Lyall brindó á su vez por el augustó soberano de Madagascar; tanto este brindis como el primero fueron acompañados de un triple *viva* y seguidos del canto nacional *Rule Britannia*; otros le acompañaron. El rey bebió un vaso de vino con cada uno de los convidados. A los postres, Mr. Robin y Mr. Lyall cantaron, el primero una canción francesa acompañada de orquesta, y el segundo una balada escocesa. Tocarón las once, y aun estábamos en la mesa; por fin levantóse el agente británico diciendo: «Creo que hemos obsequiado bastante las botellas.» El rey hizo lo mismo; pero, encendido por el Champaña, se puso á bailar, y los demás siguieron su ejemplo. Despues de haber dado una vuelta de vals, todos subimos á caballo, con peligro de perder el equilibrio. Así dió fin nuestro convite.

Los tres dias siguientes se pasaron en visitas entre Radama y el agente. Una tarde acompañé á este al palacio de S. M. El jeneral y la princesa Rafarlah se encontraban en el salon. Sirvieron una merienda compuesta de queso y bizcochos y cerveza escelente; en seguida, nos reunimos en el patio para asistir á los bailes, ejecutados por mas de doscientas personas de ambos sexos. Esos bailes me parecieron muy grotescos y lascivos; en cuanto á la música, no he oido nada mas discordante. Cinco músicos componian la orquesta: el primero soplabá con toda su fuerza una especie de pífano, y los otros cuatro tocaban un tambor y unas planchas de estaño y de cobre. Acabado el baile, Mr. Lyall me rogó que tomara la flauta, é hiciera observar el contraste de la melodía europea con la batahola que acabábamos de oír. Efectivamente toqué algunas canciones inglesas y escocesas y acabé con una contradanza que puso otra vez en movimiento á todos nuestros bailarines, con S. M. á la cabeza. Por fin se separó la reunion dando un *viva* jeneral. El rey y el príncipe Rafarlah querian acompañarnos á nuestro alojamiento: Mr. Lyall no consintió sino con la condicion de que S. M. nos permitiera acompañarle á su vuelta. Subimos los cuatro á caballo, y despues de haber bebido un vaso de Champaña en casa de Mr. Lyall, volvimos á la Batería, marchando de frente, acompañados de una multitud considerable, que hacia resonar el aire con sus salvajes aclamaciones. A corta distancia de palacio, el rey mandó formar un círculo, y nos proporcionó el placer de ver una lucha de sus mas robustos luchadores. Habiendo entrado en su habitacion, nos despedimos, despues de haber bebido un vaso de *Madera*.

El 4 de noviembre, el rey vino á comer en casa de Mr. Lyall. Llegó á las seis, acompañado del gran mariscal, del jeneral y de la princesa Rafarlah, del príncipe Ratafe, de los S. S. Coroller y Philibert, y escoltado por sus guardias, con la música á la ca-

beza. Recibí á S. M. en la puerta de la casa, y Mr. Lyall le aguardaba á la entrada de la habitacion. Habia diez convidados: se observó la misma etiqueta, y se dieron los mismos brándis que en el palacio del rey. A las nueve, una salva de artillería anunció el café. «Dentro de una hora parto para mi capital», nos dijo S. M. Júzguese de la sorpresa de sus oficiales, al escuchar tan inesperada noticia: la mayor parte desaparecieron, pero el rey se quedó todavía con nosotros. Despues le acompañamos á la Batería, y al despedirse nos dijo:

«Voy á mudarme de traje y en seguida me pongo en camino para Tauanarivan. Adios, añadió estrechándonos la mano, hasta *el mes de junio*.» Media hora despues quise asegurarme si el rey habia partido: su palacio estaba desierto, y no ví mas que algunos esclavos encargados del trasporte de los bagajes. En cuanto á la tropa, dos horas habian bastado para reunir la y ponerla en marcha.

La marcha repentina de S. M. hacia por demás nuestra permanencia en Tamatave; por consiguiente resolvimos volver al momento á la isla Mauricio: el

7 de octubre nos hicimos á la vela. El único peligro que pasamos durante el viaje fué una manga á la que con algunos cañonazos hicimos mudar de direccion. Llegamos felizmente á Puerto-Luis, despues de una ausencia de veinte y tres dias.

Al acabar esta relacion, citaré un hecho que prueba hasta qué punto Radama hace ejecutar la ley sobre la abolicion del tráfico de negros. Encargó á uno de sus vasallos que pasara á una provincia del sur, ocupada por el enemigo, á fin de observar lo que sucedia relativo al tráfico, encargándole que no hiciese nada que tendiera á fomentarlo. Aquel desgraciado jóven, cediendo al atractivo de algunas monedas de oro, vendió un esclavo que le servia. Cuando el rey tuvo noticia de ello, le mandó conducir á la capital y le condenó á muerte; suspendióse la ejecucion hasta la reunion del gran consejo que el rey debia presidir. S. M. mandó presentar al reo, y despues de haber recordado á los asistentes el delito, le hizo matar en su presencia, exclamando: «¡He aquí la suerte de cualquiera que ose quebrantar las leyes dadas contra el tráfico de negros!»

Los monjes del monte San Bernardo.

ENTRE el Valés y el valle de Aosto, entre la Suiza y la Italia, se eleva una cima terrible, á 7550 piés sobre el Mediterraneo. Patria eterna de hielos y nieves, si alguna vez su cumbre se despoja de su blanca corona, no se cubre de verdor ni esmalta de flores; solo deja ver entónces sus peñascos áridos y desnudos. La vejetacion, tan lozana al pié del monte, hácia la parte de Italia, se aniquila y muere antes de llegar á la cresta; solo crecen allí, al abrigo de algunos peñascos, algunos céspedes y plantas herbaceas. En medio del mismo verano se experimentan horrores huracanes que barren las nieves que cubren la superficie del suelo, y las mezclan con la que cae de las nubes, tras tornando y oscureciendo los aires con sus torbellinos. Un lago pequeño, cuya cuenca se abre hácia lo alto de la montaña, en vez de derramar la vida por aquellas soledades, aumenta su tristeza. Sus aguas, casi perpetuamente heladas, no ofrecen mas que la blancura del hielo; y si alguna que otra vez las reanima el deshielo, toman entónces unos tintes negros que les dan un carácter mas lúgubre. Solo un torrente, el Valtorey, que se despeña en el Valés, cavándose espanto-

sos precipicios, interrumpe el silencio de aquellas montañas. La vida animal es allí tan estraña como la vejetal, y ni aun las perdices blancas se aventuran á remontar su vuelo hasta esta altura. Dos aldeas asentadas en declive, San Remy en la parte italiana, y San Pedro en la suiza, señalan los puntos donde principia este desierto absolutamente siberiano. Y sin embargo, al través de esta horrible rejion, donde el hombre carece de todo socorro y le están amagando continuamente graves riesgos, pasa uno de los dos únicos caminos que unen la Italia con la Suiza. El paso es tan peligroso, que los antiguos se ponian bajo la salvaguardia de la Divinidad cuando tenian que emprender por él algun viaje. Habíase edificado en la cumbre del monte un templo consagrado á Júpiter, y los viajeros deponian allí sus ofrendas para propiciarse aquella deidad. Piedras, aras é inscripciones están atestiguando todavía que el peligro de aquellos lugares despertaba la devocion pagana: pero el sentimiento religioso cristiano debia manifestarse de un modo mas noble y jeneroso. Despues del establecimiento del cristianismo, á mediados del siglo



X, el saboyano San Bernardo de Menthon, amantísimo de la humanidad, célebre ya en la Helvecia por sus hazañas apostólicas, fundó una cofradía de religiosos cuya única patria debía ser aquel monte tan terrible, y su vida dedicada exclusivamente á socorrer á los viajeros y librarlos del frío, las tempestades y aludes. Formóse en breve la generosa asociación; y desde entónces, por espacio de cerca de nueve siglos, se reproduce y trasmite su misión de jeneración en jeneración, sin que falte nunca ni una plaza en sus filas. Todo elogio y respeto es inferior á la ardiente caridad de los discípulos de San Bernardo; porque todos los dolores, todas las fatigas del cuerpo y las impresiones morales mas tristes y penosas son el premio del cumplimiento de su instituto. Sus ojos no ven por donde quiera mas que una naturaleza árida y sombría, presentándoseles continuamente los padecimientos de la humanidad; ni el celestial arrobamiento de un cielo halagüeño y templado, ni los recreos de una campiña risueña, ni el deleite de las artes y la indus-

tria, halagan jamás sus sentidos. Ni gozan un momento de calma y sosiego. Mientras que los unos se ocupan voluntariamente en las faenas domésticas, se abalanzan los demás, cual víctimas perdidas, al través de las tormentas y huracanes, considerando las nieves, escuchando el rumor mas leve, y precipitándose por todos los escollos al primer indicio, á la mas mínima señal. Si su energía y desinterés se exaltan en semejante lucha contra los elementos, su fuerza física se postra en breve, su salud se menoscaba, y una vejez anticipada les obliga á abandonar su benéfico instituto. Rara vez se ven las canas en la frente de los monjes del monte San Bernardo; solo la juventud puede resistir á la permanencia en el Hospicio; pero al salir de él los monjes inválidos, no van en busca del descanso: hacen un servicio menos activo en los puestos situados mas abajo en la falda de la montaña, y luego van á mendigar por todas las aldeas de Italia y Suiza; porque el Hospicio, después de haber sido rico, no posee en el día mas que algunas cortas ren-

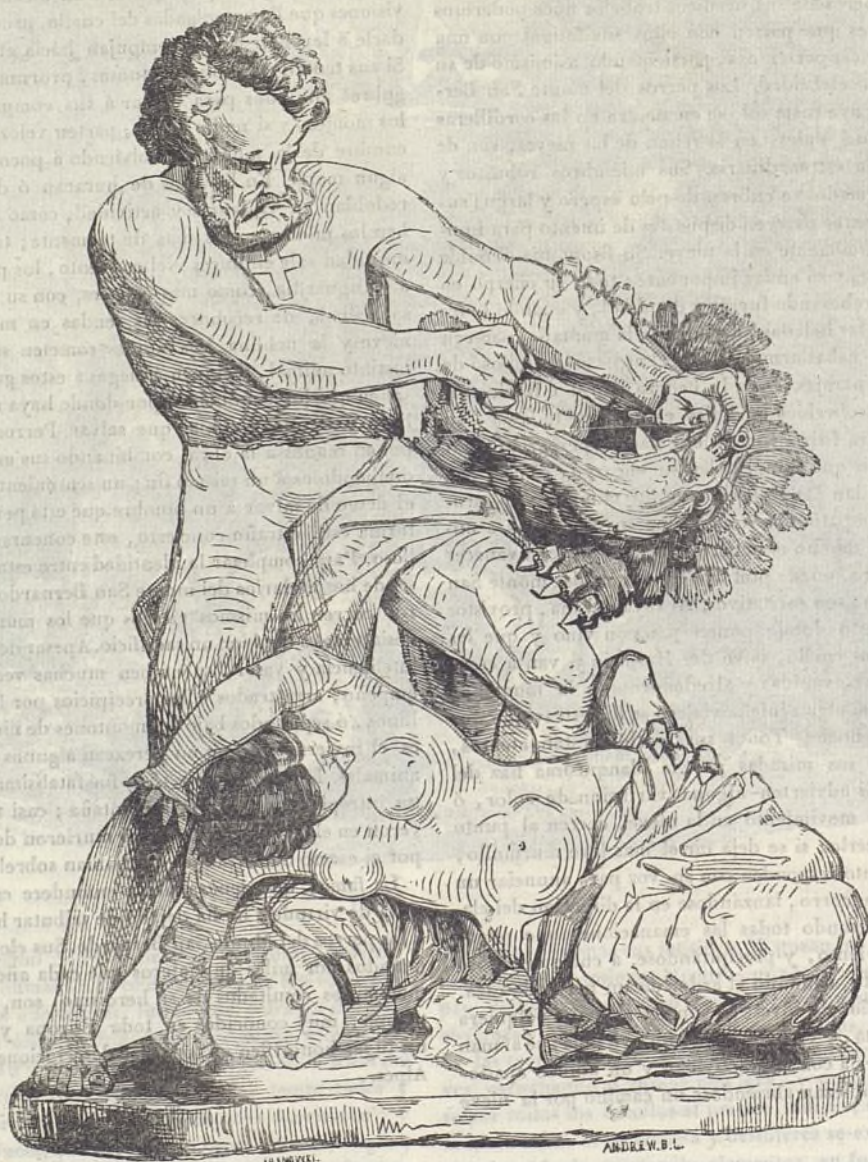
tas, y los monjes tienen que acudir á la caridad pública para ejercer su santa hospitalidad.

Los monjes del monte San Bernardo tienen por compañeros de sus heroicos trabajos unos poderosos auxiliares que parten con ellos sus fatigas con una inteligencia portentosa, participando asimismo de su honrosa celebridad. Los perros del monte San Bernardo, cuya casta solo se encuentra en las cordilleras alpinas del Valés, en la rejion de las nieves, son de una talla extraordinaria. Sus miembros robustos y bien formados se cubren de pelo áspero y largo; sus anchas patas parecen dispuestas de intento para hundirse difícilmente en la nieve. Su fisonomía es noble y salvaje, y su andar imponente; todo su cuerpo en fin está rebosando fuerza y dignidad, y cuando se les halla en las heladas soledades de la montaña, parecen estar en cabal armonía con el aspecto grandioso de aquellos parajes. Pero la belleza moral é intelectual de estos soberbios animales es superior todavía á su hermosura física. Increíble se hace la peregrina sagacidad con que comprenden su encargo, el celo con que auxilian las empresas de los monjes, y la profunda simpatía con que parten sus jenerosos sentimientos; solo un epíteto, el que mas debe envanecer al hombre, puede pintar á los perros del monte San Bernardo: son caritativos. Al rayar el día, provistos de un cesto donde ponen pan con vino y que les cuelgan al cuello, salen del Hospicio y van á escudriñar las avenidas y alrededores de la montaña, para ver si algun infeliz viajero se ha extraviado durante la noche. Todos sus sentidos están atentos, y pasean sus miradas por la blanquísima haz del monte. Si advierten alguna variacion de color, ó cualquier movimiento en la nieve, corren al punto á reconocerlo; si se deja oír el mas leve murmullo, al momento responden con su voz para anunciar un próximo socorro, lanzándose en la direccion del clamor, olfateando todas las emanaciones que puede traer el viento, y precipitándose, á cualquier aviso de su olfato, con todo el ardor de un perro de caza. Estos medios de investigacion les allanan cualquiera descubierta, y cuando hallan una victima, se afanan en socorrerla con una actividad y un ahinco apasionados; empiezan abriéndose un camino por la nieve

para llegar hasta ella, le lamen la cara y manos entumecidas, y las calientan con el contacto de sus miembros; bájanse para poner á su alcance las provisiones que llevan colgadas del cuello, procuran ayudarle á levantarse, y le empujan hácia el Hospicio. Si sus tentativas son infructuosas, prorumpen en lúgubres abullidos para llamar á sus compañeros ó á los monjes, y si nadie acude, parten velozmente á la cumbre de la montaña, volviendo á poco rato con algun monje. En los días de huracan ó de aludes, redoblan su vijilancia y actividad, como se aperciben los pilotos en los días de tormenta; toda la comunidad sale entónces del convento, los perros van á vanguardia, como mas capaces, con su prodijiosa sagacidad, de reconocer las sendas en medio de la nieve y la neblina. Los monjes someten su juicio al instinto animal, y siguen á ciegas á estos guías; pues saben que los conducirán por donde haya menos peligro y algunas victimas que salvar. Perros y monjes ponen manos á la obra, combinando sus esfuerzos y dirijiéndolos á un mismo fin; un sentimiento comun, el deseo de salvar á un hombre que está pereciendo, forma este extraño concierto, este concurso maravilloso. Para completar la identidad entre estas dos clases de hospitalarios del monte San Bernardo, los perros corren los mismos riesgos que los monjes, y su desinterés es tambien un sacrificio. Apesar de su vigor, inteligencia y valor, sucumben muchas veces en su empeño, arrastrados á los precipicios por los torbellinos, ó sepultados bajo los montones de nieve; raro es el invierno en que no perezcan algunos de estos animales. La campaña de 1819 fué fatalísima para estos intrépidos pilotos de la montaña; casi todos cayeron en el campo del honor, ó murieron de resultas por el esceso de las fatigas que habian sobrellevado.

La fama, que generalmente enmudece cuando se trata de virtudes, no ha dejado de tributar homenaje á los perros del Monte San Bernardo. Sus elojios, pregonados por miles de viajeros que cada año esperimentan los resultados de su heroismo, son, ya hace tiempo, muy conocidos en toda Europa y ocupan un lugar honorífico en todas las descripciones de los Alpes.

PERSECUCIONES CONTRA EL CRISTIANISMO.



PERSECUCIONES CONTRA EL CRISTIANISMO.

CATORCE terribles persecuciones experimentó el cristianismo, ó mas bien, segun la poética espresion de Chateaubriand, dió catorce batallas, en tiempo de los emperadores romanos, siendo cada una de ellas

una victoria; corrió en todas la sangre de los cristianos, y cuantos mas soldados perdia, mayor fuerza y poder cobraba el cristianismo, porque el martirio ha sido uno de los medios mas enérgicos para el triun-

fo y propagacion de la religion cristiana. Apenas habia transcurrido un año desde la muerte de Jesucristo, cuando la Cruz tenia ya mártires y adoradores; san Estéban, condenado á muerte en Jerusalem, nueve meses despues del suplicio de su maestro, tuvo el honor de ser inscrito el primero en la lista de los mártires. Numerosas fueron las víctimas causadas por esa persecucion, pero no tuvo el carácter de una medida jeneral, y mas bien se dirijió contra individuos cristianos que contra el cristianismo.

La segunda persecucion empezó en el año 64 de nuestra era, bajo el reinado de Neron; en uno de sus crueles raptos de ira, habia este mandado incendiar la ciudad de Roma para gozar del espectáculo de una gran catástrofe y dar ancho campo á su manía de edificar. Haciéndose pública la voz de que él tenia parte en tan odiosa locura, buscó los medios de hacer recaer en otras cabezas el horror que se levantaba contra él; acusó á los cristianos como autores del incendio. La inmensa mayoría del pueblo romano era enemiga de la nueva religion; aprovecharon pues la ocasion de perseguir á sus sectarios; aunque, segun el mismo Tácito, la inocencia de los cristianos fué conocida. La persecucion, mandada por un decreto, duró hasta la muerte de Neron (año 68); procedióse con furor; San Pedro y San Pablo fueron los caudillos de esa segunda serie de mártires.

El cruel Domiciano fué el que mandó la tercera persecucion (año 90). Temores políticos contra los descendientes de David que pudieran libertar la Judea y restablecer su independencia, falsas interpretaciones relativas á las espresiones figuradas del Evangelio hablando del reino de Jesucristo, que el desconfiado emperador tomaba al pié de la letra, y mas que todo, la sed de sangre, fueron la causa de las penas crueles á que un decreto condenó el crimen de cristianismo. Solo la muerte de Domiciano puso fin á los suplicios de que fueron víctimas hasta algunos miembros de la familia imperial.

Las ideas de órden y los intereses del paganismo, que era entónces la religion del estado, determinaron á Trajano á prohibir las asambleas y asociaciones cristianas. Los gobernadores de las provincias, escediéndose en las órdenes, ejercieron contra los cristianos las mas inauditas crueldades, de modo que la cuarta persecucion fecha del tiempo de uno de los mas grandes é ilustres emperadores que hayan gobernado á Roma. Pero la misma violencia de los rigores les puso un término; era tan fecunda la sangre de los mártires, que despues de diez y nueve años de lucha (desde 97 á 116), un gobernador de Judea escribía al emperador que no bastaban los verdugos para castigar á los reos; entónces Trajano mandó suspender las ejecuciones.

Consideraciones políticas obligaron á Adriano á hacer aplicar con vigor las leyes que proscribian el establecimiento del nuevo culto, y desde el año 118 al 126, sufrió el cristianismo la quinta persecucion.

En esa época, persuadido el emperador por los discursos de un obispo y un filósofo cristianos, mandó suspender los suplicios; sin embargo, hácia el fin de su reinado, volvieron á empezar parcialmente los rigores.

Durante el imperio de Antonino, empezó la sexta persecucion. El emperador mas bien la toleró que no la mandó; solamente habia privado leer los Evangelios, porque apartaban al pueblo de los altares de los falsos dioses; pero los jueces romanos confundieron los cristianos con el decreto dirijido contra las sagradas Escrituras, y la religion de Cristo fué proscrita por espacio de quince años (de 138 á 153). Desolado el imperio romano en 153 por grandes calamidades públicas, por el hambre, el incendio, inundaciones y terremotos, Antonino mandó implorar la compasion de todos los dioses, y en su amargura, dirijió sus votos y súplicas hasta el pié de los altares cristianos: cesó entónces la persecucion, y solo algunas víctimas cayeron á la venganza de sus contrarios.

El reinado de Marco-Aurelio proporcionó dias de gloria á los cristianos, y por espacio de mas de doce años (de 161 á 174), pagaron con la vida su religiosa creencia. En 174, algunas victorias adquiridas contra los bárbaros, debidas al valor de una lejion compuesta de cristianos, conocida con el nombre de *lejion de los rayos*, causaron una revolucion en el ánimo del pueblo y del emperador. Los edictos, hasta entónces dirijidos contra los cristianos, se trocaron para protegerlos, y hasta para castigar á sus enemigos: el acusar á un cristiano fué un crimen que se castigaba con la hoguera.

El cristianismo gozó una larga temporada de sosiego despues de la séptima persecucion. La octava no empezó hasta el año 200, en tiempo del emperador Severo. Aunque primeramente no se dirijia mas que á los Judíos y Gnósticos, algunos de los cuales merecian el castigo, estendiéndose hasta los cristianos, que no pudieron ejercer en paz su culto, hasta el año 211, despues de la muerte de Severo.

La persecucion novena no tuvo lugar hasta el año 235, en tiempo del emperador Maximino. Este no deseaba sacrificar mas que los jefes del cristianismo, pero estendiéndose á mas, despues de haber herido á los pastores, se dirijieron contra los rebaños.

El emperador Decio mandó una nueva persecucion (249), diez años despues de haber cesado la novena. El decreto que dió á este efecto fué de los mas rigurosos, sacrificando una multitud de víctimas en los dos años de su imperio. El emperador Galo, que le sucedió, despues de haber hecho suspender por un momento las ejecuciones, mandó continuar las medidas de rigor, y el edicto de Decio se puso en planta hasta el fin de su reinado.

En el año 257, Valerio y Galieno renovaron el edicto de Decio, que era un decreto de proscripcion jeneral contra el cristianismo, y esa fué la undécima persecucion en los anales cristianos. Duró tres años,

tras los cuales la Iglesia gozó de una profunda tranquilidad, turbada únicamente por algunos actos de opresión y violencia en las provincias lejanas.

La duodécima persecución, durante el imperio de Aureliano, cesó antes de dos años, y fué seguida de una larga tregua (de 275 á 303.) Sin embargo, durante esa paz tuvo lugar en el Valés el martirio de la leijon tebana (286); pero esa famosa ejecución fué mas bien motivada por consideraciones de disciplina que de relijion: habiendo la leijon, compuesta de cristianos, rehusado asistir á un sacrificio hecho á los falsos dioses, en que tomaba parte todo el ejército, el jeneral romano mandó matar los soldados que la formaban, mas como á rebeldes que como á cristianos.

Los nombres de Diocleciano y Maximino van unidos con la persecución décimotercia, que fué una de las mas largas (de 303 á 325) y violentas, y cuyo odio debe recaer enteramente sobre el emperador Galerio; despues de haber obligado á Diocleciano y Maximino, por medio de la fuerza y el engaño, á que promulgasen el decreto de proscripción, lo aplicó él mismo con la mayor crueldad, desde el momento en que subió al imperio junto con Constantio Cloro (304). Acosado de una dolorosa enfermedad, resolvió suspender el decreto, y atribuyendo los dolores que padecía á la venganza del Dios de los cristianos, quiso aplacarle, no prohibiendo mas el culto de sus altares. Pero habiendo muerto Galerio, los emperadores Maximino y Licinio restablecieron la lejislacion que proscribía el cristianismo: en los años 320 y 324 fué cuando Licinio desplegó la mas activa severidad contra los adoradores de la Cruz: Constantino, arrebatándole el trono y la vida, puso fin á la persecución.

Parecia que la conversion de Constantino debía terminar los tres siglos de calamidades, en medio de los cuales el cristianismo se habia acrecentado en términos de traspasar los límites mas lejanos del imperio romano. Sin embargo la lista de los mártires no se habia cerrado todavía. Es verdad que las rigurosas medidas dictadas por los emperadores Constantio (337), y Valente (366), sectarios de Arrio, fueron solamente dirigidas contra los católicos, y no contra las creencias cristianas; pero entre estos dos emperadores, Juliano el Apóstata empezó la persecución décimocuarta emanada de los césares.

Esta fué la última que sufrió el cristianismo: la iglesia cuenta veinte y seis, pero solo las de los emperadores romanos tuvieron un carácter de proscripción jeneral, porque un decreto dado en Roma se ejecutaba por todo el mundo conocido, en Europa, en Asia y en Africa. Doloroso é imponente es el espectáculo que ofrecen los accidentes de esa larga lu-

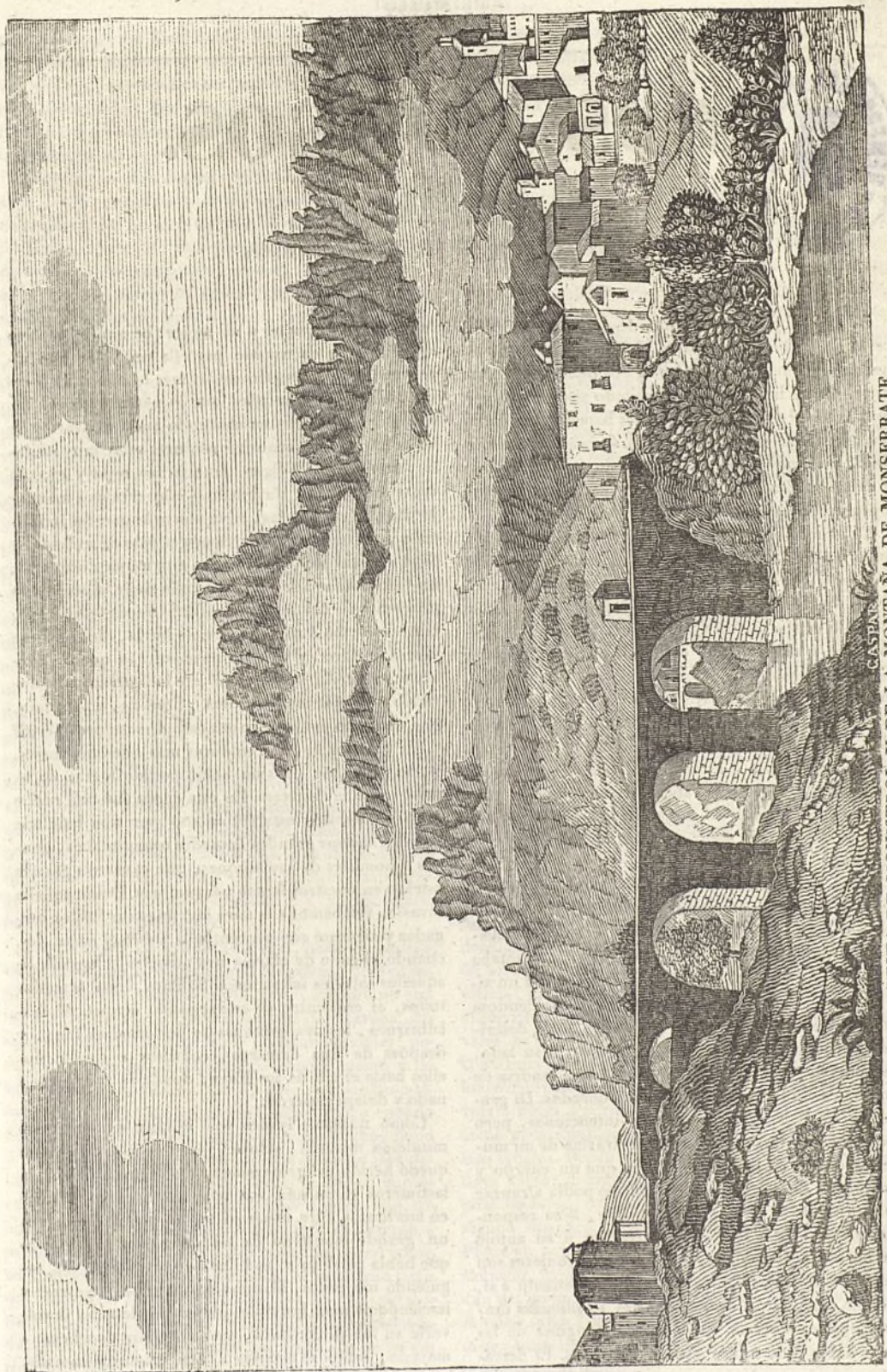
cha entre el paganismo revestido de todos los poderes materiales, y el cristianismo armado de valor solamente para resistir. Furioso el paganismo con la inutilidad de sus esfuerzos de represión, apuró con la ferocidad propia de los salvajes de América todos los tormentos para amplificar la pena de muerte combinada de diferentes maneras; el hierro, el fuego, el hambre, los dientes y las garras de las fieras, eran los horribles suplicios á que acudían. El cristianismo, por su parte, opuso á sus verdugos grandes fuerzas morales, prodijios inexplicables de valor, de constancia, resignación y serenidad; debía salir vencedor.

No es creible que el pueblo romano se mostrase tan enconado contra los cristianos por afecto al paganismo. Habia ya mucho tiempo, cuando fueron sacrificados los primeros mártires, que los filósofos se burlaban de las fábulas mitológicas, y que se escuchaba con desprecio á los augures. No fué pues el fanatismo pagano la única causa que hiciera arrojar tantos cristianos á las fieras: y si, como lo creemos, esta observación es fundada, fuerza es confesar que los Romanos del imperio eran aun mas despreciables. Dejalados tras aquellos juegos sangrientos en que veían lidiar fieras con fieras, hombres con hombres, ó bien fieras con hombres, sin duda que no les disgustaria la aparición de una relijion nueva, que ofrecía abundante pasto de carne humana al pueblo rey, y gracias á ella, nunca faltaban actores para los dramas del anfiteatro. Los combates de los gladiadores no hubieran bastado á saciar la sed de sangre que sentía la ferocidad romana. « Ya no eran, dice Chateaubriand, aquellos hijos de Bruto que maldecían al gran Pompeyo porque habia hecho batir á unos elefantes: eran unos hombres embrutecidos por la servidumbre, ciegos por la idolatría, y en cuyo corazón se habia apagado toda humanidad á la par que todo sentimiento pundonoroso. » Y á no haber sido así, ¿cómo cabe que permanecieran insensibles á los embellecos de la desgracia, de la mocedad y de la virtud? ¿La voz de la compasión, no hubiera mil veces desarmado su ira, al ver tantas víctimas jenerosas que arrostraban la muerte con la mayor intrepidez? Sin embargo, el pueblo romano fué clemente un dia: durante el reinado de Neron, una familia de cristianos, compuesta del padre, la madre y una criatura, habia sido condenada á ser arrojada á las fieras; habiéndoles echado un enorme leon, el padre le aterró, despues de haberle despedazado la boca. Incapaces de sentir la sublimidad moral de los mártires, admiraron ese triunfo de la fuerza material, levantáronse vivas aclamaciones, y salvaron á la familia proscrita.

MONISTROL.

Esta villa está situada en Cataluña, á 3 leguas de Manresa y á 7½ de Barcelona, al pié del Monserrate, en la orilla derecha del Llobregat, sobre el cual tiene un famoso puente de mampostería, cuyo arco pasma al viajero por su anchura y elevación. Ricganla además los rios Mayans y Fallver.

Ayuntamiento de Madrid



VISTA DE MONISTROL Y DE LA MONTAÑA DE MONSERRATE.



LOS PONGOS.

A MR. JAMES HOGG, EDIMBURGO.

MI CARO AMIGO:

Os escribí por primera vez desde Vander-Creek, cerca de la ciudad del Cabo, donde habíamos fijado nuestro establecimiento, como ya os dije en mi última carta. Es un hermoso país, habitado por una nación bondadosa y sencilla, llamada los Kousis. Habiéndonos asegurado de la protección y amistad de su caudillo, vivíamos tranquilos, trocando con ellos hierro y cobre por bueyes, cuando un suceso singular vino á perturbar aquella buena armonía.

Ya conocéis á mi querida Sofía: su belleza ha ido en aumento desde que le doy el nombre de esposa; y el lance que voy á referiros probará tal vez que no es mi parcialidad de marido la que me hace hablar así de la madre de mi Carlitos. Un día, el jefe Karou vino á encontrarme con su intérprete, á quien dictó un largo discurso sobre su poder, sus riquezas, su virtud y su beneficencia. El lenguaje de este honrado trujaman era una mezcolanza tan ridícula de inglés, de café y holandés, que con harto trabajo pude contener la risa al escucharle, cuando después de un exordio diplomático, añadió que su amo me proponía que le cediese mi mujer en cambio de cuatro bueyes, que podría elegir entre los mas gordos de su rebaño.

Como se me hacia esta proposición en presencia de mi Sofía, pude conservar mi gravedad; pero ella no hizo lo mismo, y echóse á reír á carcajadas. Karou, creyendo que esta estrepitosa alegría denotaba el placer que le causaba la compra, la miró con un aire de satisfacción difícil de imaginarse, y dirigiéndose esta vez á ella por medio del intérprete, hizo describirle todas las ventajas que la esperaban á su lado, ponderando, entre otras, el honor que tendria de montar en un buey con los cuernos dorados. Dí gracias al jefe Karou por sus buenas intenciones, pero declarándole que era imposible separarme de mi mujer, pues que no formábamos mas que un cuerpo y una misma sangre. El salvaje, que no podia alcanzar una intimidad conyugal tan perfecta, hizo responderme que: «todos los hombres pueden á su antojo vender sus mujeres é hijas, pues que las mujeres son propiedad esclusiva de los hombres.» En cuanto á sí, él habia comprado á sus vecinos los Tamboukis muchas mujeres todavía vírgenes, por ninguna de las cuales habia dado nunca mas de dos vacas. Él desea-

ba en extremo poseer á mi mujer: he aquí el motivo de ofrecirme en cambio por ella un valor que alcanzaba á feriar cuatro de las mas hermosas mujeres del país. Rogábame pues que lo pensase mejor. Yo le repliqué que nada en el mundo haria separarme de mi Sofía. Karou demostró entonces estar muy irritado, mordióse el pulgar, frunció las cejas y guardó un triste silencio, dirigiendo por intervalos á mi mujer lánguidas miradas, cuyo efecto le parecia irresistible. En fin golpeó la tierra con el palo de su lanza, y dijo: «¡Pues bien! ofrezco por esta mujer diez vacas, un toro y una vírgen, que podréis elegir, á mas de lo prometido.» Cuando esta oferta quedó desairada, Karbu se echó á reír con aire de burla, diciendo que yo era un loco, y que me pronosticaba que *me arrepentiria*. Marchóse después el jefe indignado, murmurando no sé qué entre dientes. ¿Creeréis, amigo mio, que, en cierto modo, tuvo que cumplirse su predicción?

Mi Carlitos no tenia entonces mas que once meses, y aun mamaba: pues no habia podido lograr de su madre que le destetase. En esta época fué una noche invadido nuestro establecimiento por una bandada de estos monos grandes llamados orang-utanes, pongos ú hombres de los bosques, que causaron grande estrago en nuestros frutos y legumbres. Desde aquella invasion estábamos á la mira con nuestros fusiles cargados y siempre con un centinela sobre el *quien vive*, cuando el grito de alarma nos advirtió la llegada de aquellos salvajes saqueadores. Salimos, bien armados todos, al encuentro de este segundo ataque. Al descubrirnos, los orang-utanes se pusieron en fuga, y después de una descarga, echamos á correr tras ellos hasta el rio de los Keys, donde se arrojaron á nado y desaparecieron.

Como nuestros fusiles solo estaban cargados con munición menuda, solo un jóven de estos ladrones quedó herido peligrosamente, dando unos gritos tan lastimeros y con una voz tan aniñada, que le tomé en mis brazos muy conmovido. Su padre, que era un grande monstruo de seis piés de alto, viendo que habia perdido á su hijuelo, volvió otra vez, siguiendo mis pasos, blandiendo un enorme garrote y haciéndome unos horribles jestos. Yo deseaba devolverle su fea proenitura, pues no podia decidirme á matarla, tanto se parecia á una criatura humana;

pero antes que me fuese dable, mis compañeros tiraron muchos fusilazos al monstruo, que se puso otra vez en fuga, volviéndoseme muchas veces con ademán amenazador. Un criado kousi que nos servía remató desgraciadamente al joven orang-utan, y yo lo mandé enterrar.

Estando tres días despues mi Sofia con su negra en el prado, ocupadas en ordeñar nuestras vacas, yo en el huerto, y nuestro Carlitos divirtiéndose en cojer flores, sobresaltó de repente á las mujeres la vista de un horrible orang-utan que salía de nuestra casa: el pismo y el terror les embargaron el habla; pues ninguna de ellas dió grito alguno, hasta que el monstruo, abalanzándose sobre el niño, lo cojió y se lo llevó. En vez de acudir á mí, las mujeres le persiguieron, sin saber seguramente lo que hacian. Yo solo fui avisado por sus voces descompasadas, y corrí al prado, imaginándome que las vacas se habrían sublevado contra las lecheras, como sucede algunas veces en este país, donde estos cuadrúpedos se encolerizan con mucha facilidad; pero antes de llegar, el orang-utan estaba ya lejos, á mas de media milla, y no habia en su persecucion mas que las pobres mujeres rendidas de susto y cansancio. Yo no podia comprender bien de qué se trataba; pero teniendo la azada en la mano, seguí maquinalmente la misma direccion. Aun no habia alcanzado á las mujeres, cuando oí los gritos angustiosos de mi pobre hijo, de mi querido Carlitos, entre los brazos del monstruo. No hay palabras con que espresar mis sensaciones al presenciar este trance. Mis músculos perdieron su tension: yo me sentia sin ninguna fuerza, pero comunicándome repentinamente la desesperacion nueva celeridad, aventajé bien pronto á Sofia, que, al pasar yo cerca de ella, se desmayó. Kela-Kal, nuestra negra, describió entónces una tanjente en su carrera para ir á avisar á los otros colonos, mientras que yo seguí corriendo jadeando, y ya perdiendo terreno en vez de ganarlo.

Yo creo que, advertido á tiempo, hubiera podido en mi desesperacion alcanzar al monstruo; pero pronto reconocí que habia acudido tarde, aunque no embarazase poco al orang-utan la presa que llevaba. No sabria esplicaros la naturaleza de estos animales: pero tienen esta particularidad de conformacion y de costumbre, que, cuando van al paso ó bajan una altura, caminan en pié como un hombre; pero cuando tienen que precipitar su carrera por un terreno llano ó subiendo, se sirven de sus brazos como de piés delanteros, para apresurar su huida. Si llevan entónces sus hijuelos, van el doble mas lijeros que un hombre, pues los jóvenes orang-utanes se agarran á su cuerpo con sus cuatro patas ó manos; pero como mi Carlitos hacia todo lo contrario, el monstruo tenia que abrazarlo fuertemente con una de sus patas y huir sobre tres, lo que no le impidió dejar una larga distancia entre él y yo, hasta que llegó á la orilla del rio de los Keys. Desvaneciése allí mi última esperan-

za; yo no sabia nadar, mientras que el orang-utan echó con mucha destreza al niño por encima de sus espaldas, teniéndolo por los piés con una pata, y hendió el agua con las otras tres con una rapidéz prodijiosa. En este momento descubríome mi Carlitos acudiendo á él, y exclamó juntando sus manitas: ¡Papa-pa!...

¡Ay de mí! este fué el momento en que se encontraron por última vez nuestras miradas; en pocos instantes el monstruo desapareció por entre los juncos y sotos de la otra orilla. Llevar mas lejos mi persecucion era esponer mi vida.

Hube de pensar en mi desgraciada esposa, á quien se la hubiera quitado, si la dejaba viuda en un país lejano. No tuve mas recurso que echarme de rodillas é invocar la misericordia de Dios. Sacóme de este estado de angustias la llegada de doce de nuestros compatriotas que habian seguido mis huellas por el llano, armados todos, cuatro de los cuales, denodados nadadores, se arrojaron inmediatamente al agua; eran estos Adan Johnstone, Adan Haliday, Pedro Carrhuters y José Nicholson; los ocho restantes y yo tuvimos que subir por la orilla del rio durante media jornada de camino, hasta el lugar llamado Cheka, donde los Tamboukis nos trasportaron á la otra orilla sobre una especie de almadía. Allí nos ajenciamos un kousi que tenia un perro, capaz, segun decia, de seguir la pista de un orang-utan hasta el cabo del mundo.

Llevados de nuestro afán, no nos detuvimos en nuestras pesquisas mas que á la noche, y entónces fué cuando encontramos á Pedro Carrhuters, que habia perdido á sus tres compañeros por un accidente singular. Se habian convenido los cuatro en que se mantendrian al alcance de la voz, pero de repente Pedro creyó distinguir los gritos y llores de un niño delante de sí á la derecha; volviése hácia aquella direccion, y no oyó nada mas. No obstante, á fuerza de buscar, descubrió un orang-utan escapándose, como á pesar suyo, de un taller. Pedro, armado de un sable y de una pistola, quiso servirse de esta última; pero el cebo se habia mojado en el rio, y el orang-utan, asustado de pronto, recobró entónces su valor, se acercó á él y pareció dispuesto á disputarle la entrada en el taller. En fin el monstruo, con una increíble inteligencia y una especie de jenerosidad, volvió hácia Pedro con dos palos, y le arrojó uno, como para significarle que queria atacarle con armas iguales. Pedro no hizo caso, y sacó su estoque de la vaina; al ver brillar el acero, el orang-utan se puso en fuga, dando dos ó tres gruñidos; despues, á alguna distancia, volviéndose de repente, arrojó á Pedro su palo con tanta fuerza, que, habiéndole alcanzado, le derribó. Encontramos á Pedro aturdido aun del golpe, y por sus indicaciones penetramos en el taller. ¡Ah! Bien reconocimos el sitio donde el orang-utan habia hecho alto, pero ya no habia ni orang-utan ni niño.